
VIENTOS
DE
CONQUISTA
ALAN PITRONELLO
13

Año 1538. Deseosos de ganar el favor de Su Majestad, una familia de mercaderes de Sevilla, los Cardeña, apuesta su riqueza en una de las campañas más ambiciosas del rey, la expedición del adelantado Pedro de Alvarado a las islas de las Especias. El joven Fernando de Cardeña se embarcará a las Indias con la intención de salvaguardar los intereses de su familia y abastecer a la flota del adelantado en la capitanía de Guatemala. Alvarado mantiene una guerra abierta con los naturales de la región y con sus enemigos en el cabildo, dispuestos a acabar con su poder. Su ambición y una revuelta en Nueva España darán un giro a los planes de su poderosa armada, mientras la sombra del virrey se cierne sobre su autoridad. Fernando se verá obligado a seguir los pasos del viejo conquistador y a luchar contra las adversidades, todo por evitar que su familia se arruine. Un largo viaje por las Antillas, Guatemala y México que lo llevará a descubrir un secreto de su pasado y a presenciar el poder destructivo y la ira de los dioses en un mundo regido por la codicia de los hombres. Una historia que cruza los océanos, hacia un crisol de culturas, donde lo hispano se funde con lo indígena y los vientos portan la última llamada a los conquistadores por alcanzar la gloria, a fuego y sangre.

Alan Pitronello

Vientos de conquista



Título original: *Vientos de conquista*
Alan Pitronello, 2022

-

Revisión: 1.0
)¡(06.07.2022

A Javier Díaz y Jorge Vicent,
armadores de esta campaña.

Guía de personajes

Casa de Cardeña

Rodrigo de Cardeña, mercader de especias y cabeza de la familia Cardeña.
Giacomo Bardi, mercader genovés, aliado de la familia y mentor de Fernando.
Juan de Cardeña, hijo de don Rodrigo, administrador de la casa palacio.
Fernando de Cardeña, sobrino de don Rodrigo y aprendiz de mercader.
Doña Teresa, esposa de don Rodrigo.
Lucrecia Bardi, esposa de Juan y sobrina del señor Giacomo.
Aldonza, criada de la casa.
Diego de Estrada, veterano de los Tercios, amigo e instructor de Fernando.
Amir, esclavo africano procedente de las costas de Guinea.

Sevilla

Pedro de Alvarado, gobernador y adelantado de Guatemala.
Álvaro de paz, lugarteniente de Alvarado.
Baltasar Montoya, escribano de Alvarado.
Francisco Duarte, mercader y cabeza de familia de los Duarte.
Leonor Duarte, hija única de don Francisco.
Ocaña, oficial de la Casa de la Contratación en el Puerto de Indias.
Hernado de Soto, gobernador de Cuba y adelantado de La Florida.
Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila, esposa de Soto.

Santo Domingo

Inés de Tapia, viuda de don Fernando de Cardeña, madre de Fernando.
Alonso Monroy, secretario de don Fernando y administrador de la hacienda.
Pedro de Becerra, encomendero y mercader de la isla.
María de Becerra, hija mayor de don Pedro.
Alonso de Fuenmayor, gobernador de La Española.

Santiago de Cuba

Doña Beatriz del Castillo, mercader de especias.
Juana, doncella de doña Beatriz, hija bastarda de Pedro de Portocarrero y María.

MARÍA, criada de la casona de doña Beatriz.
GASPAR DE LA TORRE, hijo de Juan de la Torre y doña Beatriz.
HERNÁN JÉMEZ, oficial del taller de doña Beatriz.
ANTONIO BELTRÁN, encomendero de La Habana, pretendiente de Juana.
ANTÓN, mesonero.
ANA, hija del mesonero y amiga de Juana.
GONZALO DE GUZMÁN, hidalgo principal y último gobernador de Cuba.
LUIS DE CARRANZA, hidalgo principal del cabildo y aliado de Guzmán.
FRAY DIEGO SARMIENTO, obispo de Santiago de Cuba.

GUATEMALA

FRANCISCO MARROQUÍN, obispo de Guatemala.
FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, fraile dominico.
PEDRO DE PORTOCARRERO, antiguo lugarteniente de Pedro de Alvarado.
DOÑA LEONOR DE ALVARADO, hija del adelantado, esposa de Portocarrero.
BALAM, mozo mestizo, criado de Portocarrero.
IKAL, chamán quiché.
DOÑA TERESA DE UGARTE, vecina de Guatemala.
GONZALO ORTIZ, alcalde de Santiago de los Caballeros de Guatemala.
PADRE PEDRAZA, obispo de la provincia de Honduras.
FRANCISCO MONTEJO, adelantado de Yucatán, gobernador de Honduras y Tabasco.
DOÑA BEATRIZ DE LA CUEVA, esposa de Alvarado.

LA FLORIDA

JUAN DE AÑASCO, capitán y contador de Hernando de Soto.
VASCO PORCALLO DE FIGUEROA, hidalgo principal de Cuba y capitán de Soto.
JUAN ORTIZ, superviviente de la expedición de Narváez.
MARÍA AGUILAR, vecina de Cuba, esposa de Pedro Recio.

NUEVA ESPAÑA Y NUEVA GALICIA

ANTONIO DE MENDOZA, virrey de Indias.
CRSTÓBAL DE OÑATE, gobernador de Nueva Galicia.
JUAN FERNÁNDEZ DE HÍJAR, gobernador de la villa de la Purificación.
FRAY DIEGO DE CHÁVEZ, fraile agustino, monasterio de Tiripetío.
FRAY ALONSO DE LA VERACRUZ, fraile agustino, monasterio de Tiripetío.
LUIS DE CASTILLA, hombre de confianza del virrey Mendoza.

NOTA SOBRE MONEDAS Y EQUIVALENCIAS

En el siglo XVI coexisten diversas monedas y valores en cada uno de los reinos y territorios de la monarquía hispánica (incluyendo monedas de cuenta). Con el fin de agilizar el cálculo y mantener el halo histórico de su nomenclatura, he optado por simplificar las equivalencias del maravedí, el real, el ducado y el castellano de oro de la siguiente manera:

1 ducado = 375 maravedís.

1 real = 34 maravedís.

1 ducado = 11 reales.

1 castellano = 500 maravedís.

Nota histórica

A mediados del siglo XVI, la monarquía hispánica se había convertido en la mayor potencia europea, por encima de naciones como Portugal, Francia o Inglaterra, y la ciudad de Sevilla, en su eje económico, gracias a la llegada masiva de mercancías y de metales preciosos provenientes de las Indias.

Durante esos años, la Corona trata de buscar financiación en nobles, hidalgos principales y mercaderes de renombre para sus campañas en el Nuevo Mundo, con la mente puesta en dos objetivos: el primero, encontrar un paso navegable entre los océanos, al norte de La Florida y Nueva Galicia; el segundo, hallar la ruta definitiva a las islas de las Especias a través de la Mar del Sur.

«Su atroz codicia, su inclemente saña,
crimen fueron del tiempo, y no de España».

Manuel José Quintana
Poema *A la expedición española* (1806)


Mapa de Indias
—1538—
Gran río Espíritu Santo
Mobila
La Florida
Bahía del Espíritu Santo
La Habana
Isla de Cuba
La Española
Santiago de Cuba
Santo Domingo
Nueva Galicia
Guadalajara
México
Veracruz
Santa María de la Victoria
Yucatán
Mar del Norte
Nueva España
Puerto de San Blas
Puerto de la Navidad
Acapulco
Tabasco
Chiapas
Santiago
Puerto Caballos
Honduras
Mar del Sur

PRIMERA PARTE

EL MERCADER

MARZO DE 1538

I

MERCADERES DE SEVILLA

1

Los rayos de sol se vertían sobre el atrio como si fueran oro líquido, en una cascada luminosa. La casa palacio tenía dos alturas y su patio interior, rodeado de arcos y de columnas, exhibía una suntuosa balaustrada de mármol. En la escalinata del atrio, Fernando se detuvo a contemplar un haz de luz que se derramaba sobre la piedra. Había vuelto a soñar con la india y con su voz, y, en vano, trató de recordar su nombre. Bajó a las cocinas y encontró a la criada, Aldonza, que calentaba agua para llevarla a la estancia de los señores. La mujer saludó al sobrino de Rodrigo de Cardeña, y fue a por unas viandas para él.

—¿Y el capitán? —preguntó la mujer.

—Estará al caer —murmuró Fernando, y se sentó a la mesa.

Diego de Estrada, al que llamaban capitán, era su mejor amigo y su maestro en armas. El veterano acudía por las mañanas a la casa de los Cardeña para dar a Fernando lecciones de destreza. Fernando amaba el acero y la complejidad de aquel arte. Su padre, don Fernando, había dado órdenes a su hermano, Rodrigo, para que la Destreza Verdadera formara parte de su educación, si bien en la Sevilla comerciante y en los círculos burgueses que frecuentaban difícilmente habría de utilizarla. Fernando era un aprendiz de mercader. De niño, había dejado Santo Domingo poco después de cumplir los seis años. Embarcó rumbo a Castilla en 1525 con su tío, con el fin de aprender en la princesa de las ciudades el oficio de la familia: el comercio. Los Cardeña se habían aliado con unos genoveses, los Bardi, y juntos conformaron una compañía de mercaderes beneficiosa para ambas partes. Tanto fue así que uno de sus socios, el señor Giacomo Bardi, se fue a vivir con ellos a la casa palacio de Sevilla, y Lucrecia Bardi, sobrina de don Giacomo, acabó por desposarse con el primo de Fernando, Juan. Géneros de variada naturaleza eran cargados en Cuba y en La Española con destino a la Casa de Contratación y luego tomaban rumbo a Génova para regresar en

forma de ricos tejidos que eran vendidos nuevamente en Sevilla. En veinte años, la familia se enriqueció. Don Fernando de Cardeña procuró que su hijo creciera en aquella gran ciudad, que era donde se producían los mayores intercambios comerciales entre grandes mercaderes de todo el continente. Ahora, después de todos esos años, Fernando sentía que era el momento de demostrar su valía y de devolverle a su tío Rodrigo todo lo que había hecho por él.

La casa no tenía ventanas que dieran a la calle en la planta de abajo, y Fernando apreciaba aquella privacidad. Empuñó su ropera en el atrio y practicó varios arcos y compases antes de que llegara su maestro. Luego vio en el portón a uno de los pajes, que daba los buenos días a su instructor. No traía buen aspecto. Diego de Estrada se plantó delante de él con un humor de perros. Dejó caer su bolsa en mitad del patio, se quitó el sombrero de ala ancha, que fue a parar a una maceta, y desenvainó la vieja ropera con las maneras que posee un hombre acostumbrado a usarla por un sueldo.

—¿Una mala noche? —preguntó Fernando al verlo.

—Mala de cojones.

Estrada tenía el cabello sucio, peinado hacia atrás, y barba de varias semanas. Un pendiente de acero en forma de cruz relució en su oreja. El capitán rondaba los cuarenta y había hecho carrera en las campañas de Italia, a sueldo de Su Majestad, cobrando una miseria. Ahora malvivía en la Sevilla más canalla con aquella paga de maestro en destreza que se le iba entre el alquiler de un cuartucho cercano a la puerta de San Juan, la putería y el vino. Sin embargo, y pese a su aspecto, se decía que no había nacido aún un hombre capaz de vencerlo en un duelo a espadas. Don Rodrigo sabía que, si pretendía que su sobrino aprendiera del mejor, debía hacerse con los servicios de alguien que dominara tanto la destreza más honrada como la más sucia y vulgar.

—Frase de armas —murmuró Estrada—. Vamos allá.

—He estado practicando —dijo Fernando.

El joven era lo contrario a su amigo, el capitán. Acababa de cumplir veinte años, era un muchacho apuesto que llevaba el cabello corto a la italiana y vestía con la elegancia de un mercader, gracias a los consejos del señor Bardi. Apenas despuntaba una suave barba sobre sus labios gruesos y aquella mandíbula tan marcada causaba rubores y risillas entre las damas de la parroquia de San Esteban. Una de ellas era Leonor Duarte, objeto de deseo del joven.

—Ahora lo veremos —mascculló el capitán.

Fernando alzó la ropera a la altura de los ojos. Su instructor hizo lo mismo

y ambas hojas se agregaron y se escuchó el filo del acero como un susurro. El eco retumbó en las paredes esa mañana. El joven sabía que a través de aquel roce sería capaz de percibir en su oponente la manera de sostener el arma. Era lo que se conocía como «sentimiento del acero». El hecho de sentir su fuerza y su tensión, así como la manera de moverse y de esquivar su hoja —de empuñar una espada, en definitiva—, era suficiente para intuir la forma de combatir de un oponente. Iba más allá, incluso. Estrada solía decir que los hombres tiraban la espada, en realidad, como eran en la vida.

La frase de armas continuó. Ambos se tantearon, probaron la fuerza del otro, bloquearon sus avances, dieron compases —pasos— mientras trazaban un círculo imaginario sobre la loza, en el patio rodeado de columnas. Estrada lanzó una estocada de repente y desvió la hoja de Fernando hacia un costado. El joven, que se esperaba aquel lance fugaz, dio un paso largo hacia atrás para esquivar el ataque. Rápidamente volvió a la guardia.

—Bien —dijo Estrada, y bajó la ropera.

Fernando se mostró satisfecho. Llevaba un tiempo adivinando sus argucias y compases y había empezado a comprender una de las cosas más complejas de la destreza: la geometría. Desde que Diego de Estrada había comenzado con sus lecciones hacía una década, Fernando pensaba que su maestro era invencible. Ahora las cosas eran distintas.

Ambos regresaron al centro del patio.

La distancia inequívoca para la defensa era aquella que marcaban las dos hojas erguidas, una apuntando a la otra. Fernando esperó a que Estrada trazara su guardia para un nuevo duelo cuando, de pronto, el capitán dio una zancada hacia delante y lanzó una estocada con una elasticidad asombrosa. Fernando sintió la punta de la ropera en la camisa. Aquel duelo había acabado en un único movimiento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el joven, visiblemente molesto.

—Un movimiento de la destreza italiana —murmuró Estrada con su voz gruesa, mientras volvía a su posición—. No me has visto venir y ahora estás muerto, Cardeña.

—Eso no es justo; no habíamos marcado la guardia.

Estrada rio entre dientes y se llevó los cabellos hacia atrás.

—¿Acaso un asesino va a marcarte la guardia? Has muerto.

Fernando oyó una risa y alzó la mirada hacia la planta alta.

Su primo, Juan, contemplaba el duelo con una sonrisa en el rostro. Aplaudió las palabras del instructor y luego bajó las escaleras. Juan de Cardeña era el encargado del gobierno de la casa. El hijo de Rodrigo de Cardeña era un

hombre presumido que se jactaba de llevar una vida de rectitud y honradez como buen hijo de comerciante.

—Tranquilo, Fernando —le dijo Juan, sonriente de camino al portón—. Para tu fortuna, en esta familia nunca tendrás que ganarte la vida como soldado.

Fernando amagó con ir a por él y Juan se alejó entre risas. Estrada no reprimió una risa canalla. Al joven le molestó el comentario. Vio a su primo echarse a la calle en compañía de un criado.

—Venga, vamos otra vez con ese movimiento —dijo al fin.

—*Scherma antica* —musitó Estrada en italiano, y blandió su hoja.

Fernando nunca se rendía, y menos cuando algo lo ponía de mal humor.

2

Aún faltaban algunas horas para el mediodía y la casa olía a una mezcla de madera vieja y flores silvestres. En las cocinas, la señora Aldonza acababa de preparar la mesa para Fernando y Estrada. Colocó sobre la tabla unas hogazas de pan recién horneado, unas carnes, almendras, miel, quesos y una jarra de cerveza espumosa. La criada manejaba los fuegos y la despensa como si fuera la dueña del cortijo. Aquella mujer de más de cuarenta años, de mirada risueña y cuerpo generoso, conocía la casa mejor que ninguno de los hombres. Liberado de las obligaciones diarias de la casa, el señor, don Rodrigo, podía ocuparse de los asuntos de comercio de la familia, junto a Giacomo Bardi. Fernando era el aprendiz de su tío y del genovés.

El joven y su instructor comieron y bebieron hasta saciarse. El calor se levantaba en el patio con el transcurso de la mañana. Aún estaban en marzo, y no tardarían en llegar esas tardes soporíferas estivales que tanto caracterizaban a la ciudad.

—Me vendría bien un adelanto si no es mucho pedir —murmuró Estrada, poco después. Fernando se imaginó la clase de problemas en los que andaba metido su compañero. Se contuvo de decirle algo. No quería ofenderlo dándole consejos sobre cómo manejar sus dineros.

—¿De cuánto?

—Una semana estaría bien.

—No tienes por qué vivir como un perro, Diego. Don Rodrigo te ha ofrecido asignarte una estancia aquí y acogerte en el servicio. No te faltaría de nada. Solo debes cumplir las reglas de esta casa, eso es todo.

El capitán echó un vistazo a la criada, que disimulaba al otro lado de la

estancia como si no hubiese oído nada, cortando cebolla en una mesa. Estrada la conocía desde hacía años. Poco a poco se iba levantando el murmullo tempranero de la ciudad de fondo.

—¿Usted qué piensa, Aldonza? —le preguntó Estrada llevándose una mano al pendiente como cada vez que soltaba una chanza—. ¿Me ve viviendo aquí con usted o qué?

—No sé de qué me habla, capitán —dijo la criada.

Estrada miró a Fernando y ambos rieron por lo bajo.

Fernando los dejó discutir y subió a su estancia. En las escaleras distinguió la figura noble de su tío acompañado de Cereceda, su secretario. Rodrigo de Cardeña iba con un jubón y una ropilla. Se había ataviado con un sombrero pequeño, tan de moda en las cortes italianas, que mostraba el cabello plateado que le sobresalía por los lados. Era un hombre anciano, enérgico y que gozaba de buena salud.

—Vístete como Dios manda y date prisa —le ordenó Rodrigo—. Nos vamos al Arenal. Hoy vas a empezar con tus nuevas labores, hijo.

—¿Nuevas labores? —preguntó sonriente. Rodrigo comenzó a bajar por las escaleras.

—Tienes veinte años, Fernando. Has dejado de ser un aprendiz. Después de la primavera, pasarás un tiempo fuera de Sevilla.

Su tío bajó con Cereceda al piso inferior. *«Fuera de Sevilla…»*. Eso significaba casi con total seguridad que su destino sería el norte de Italia. Génova, Lucca o Florencia. Hasta entonces Fernando había sido la sombra de Giacomo Bardi, el invitado de la casa, y del propio Rodrigo. Sabía cómo funcionaba el comercio, y conocía las distintas rutas y géneros que trataban. Los Cardeña y los Bardi no eran simples comerciantes como los del mercado. Si bien carecían del poder económico de la nobleza y eran mercaderes más modestos, poseían la solvencia necesaria para embarcarse en la aventura del comercio a distancia. Contaban con agentes en distintas ciudades —tenían a uno en Valencia y otro en Nápoles, además de su padre en Santo Domingo y el hermano del señor Giacomo en Génova— y vendían todo tipo de mercancías. De las Indias traían azúcar, especias, maíz, tabaco y metales preciosos que, aunque no era mucha plata ni tanto oro, se trataba de una parte importante del negocio. Aquellos metales los gestionaba otra familia sevillana y aliada de los Cardeña, los Espinosa, mercaderes banqueros. Por otro lado, adquirían en Génova tejidos de lana, terciopelo y seda, así como especias, azafrán, canela y pimienta, quesos curados, vinos y aceites y cualquier producto que pudiera ser provechoso dependiendo del momento.

Desde que Fernando había pisado tierras castellanas siendo un crío, había aprendido a leer y a escribir en la pequeña escuela de la parroquia junto a otros hijos de comerciantes. Más tarde, en su propia casa, se le introdujo en la aritmética, el álgebra y los cálculos y, sobre todo, en todo aquello relacionado con los libros de cuentas. Bardi le enseñó a manejar el arte de la doble anotación en las cuentas. Luego, latín e italiano, pues eran las lenguas imprescindibles para el comercio familiar. El joven, además, había leído varios tratados filosóficos sobre la moral y la religión en el arte de los negocios. En definitiva, Fernando había sido instruido para conocer los entresijos de aquel oficio y heredar aquel imperio. El descubrimiento del Nuevo Mundo había transformado a Sevilla en la ciudad más importante de la Cristiandad y todo parecía estar del lado de los Cardeña.

Fernando era consciente de estas cuestiones, y las palabras de su tío lo hicieron pensar en navegar por el mar y establecerse en Génova. Por fin podría demostrar lo que valía, convertirse en un gran mercader y pagar su gran cuenta pendiente con la vida. Ante aquella perspectiva, no sería descabellado pedir la mano de Leonor Duarte. La joven, a quien había conocido en la plazoleta fuera de la iglesia hacía un par de años, era la hija de un importante mercader y poseía cierta nobleza emparentada con el marqués de Tarifa, los Enríquez de Ribera, impulsores de la parroquia de San Esteban.

Emocionado por lo que parecía prepararle el destino, Fernando tomó prestado de una de las cajas forradas de terciopelo del despacho de su tío tres sueldos adelantados para Estrada. Lo reunió todo en una bolsa de cuero en moneda sucia. De haberle pagado con un ducado de oro, en su lugar, no habría sido capaz de encontrar un sitio donde cambiarlo.

—No lo malgastes —le dijo cuando le entregó la bolsa.

—Es solo para vivir y para deudas, Fernando —se defendió Estrada.

El capitán seguía sentado a la mesa de las cocinas en compañía de Aldonza, que no dejaba de mirarlo como una alguacil de justicia. La mujer le había preparado una bolsa de provisiones, con carne, pan y queso. Fernando se despidió de él con una palmada en el hombro.

—Necesito que me acompañes al puerto mañana.

—De acuerdo —respondió Estrada—. Pero ¿qué pasará con las lecciones?

Fernando negó con la cabeza. Estaban a principio de marzo.

—Nada hasta después de la procesión de la Semana Santa —sentenció el joven, sonriente, y salió de las cocinas en busca de su tío.

3

Los Cardeña vivían en la calle que iba de San Leandro a la Puerta de Carmona, a tiro de piedra de la parroquia de San Esteban. Sevilla era el cielo y el infierno juntos. Hermosa si se la miraba hacia arriba. Sus casas, sus árboles grandiosos, tejados y torreones y ese cielo radiante cortado únicamente por la maravillosa torre árabe de la catedral que dominaba el horizonte. No obstante, la ciudad hacia abajo era una cosa bien distinta. La mayoría de las casas —por no decir todas— echaban sus desechos a la calle, y la porquería se fundía en el barro con los restos de comida y cuantas cosas más hubiera. Se formaban charcas de dudosa composición, y era necesario tener ciertas dotes en el andar para esquivar esas pozas pestilentes. Las calles presentaban un aspecto deplorable. La ciudad olía mal, y, pese a ser aún las horas de la mañana, el calor levantaba un hedor fuerte y nauseabundo.

Fernando siguió a Rodrigo y a Cereceda a través de la callejuela, cubriéndose la boca con un pañuelo. Pronto recorrieron las calles irregulares y tortuosas en dirección a la catedral. Situada en una llanura espléndida, Sevilla se había edificado prácticamente ovalada siguiendo la línea de su muralla, con más de una docena de puertas flanqueadas por torres y postigos. Al sudoeste estaba recortada por el trazo brillante del viejo río Betis, el Guadalquivir.

Ya por la catedral, Sevilla era un hervidero de gente. Fernando percibió el murmullo incesante de la calle principal —una de las pocas empedradas—, tan ancha y transitada como alegre y soleada. Vio a mucha gente que deambulaba alrededor de la catedral, mercaderes y tratantes extranjeros, señores acompañados de sus criados berberiscos, negros del África, indios de la Nueva España, vendedores, soldados, señores ricos, nobles, curas, buscadores de fortuna, pobres, mutilados, mendigos… Fernando agradecía vivir alejado del trajín diario de aquella zona, en una calle más íntima y menos ruidosa.

Rodrigo se había detenido a responder a las preguntas de unos comerciantes burgaleses. El joven se llevó una mano a la frente para contemplar la torre de la catedral.

—Esta noche hospedaremos a un principal en nuestra casa —dijo Rodrigo cuando regresó—. Cuando vayas a la parroquia esta tarde, procura volver con Damián, el chico que toca la vihuela. Ya he apalabrado con él que nos amenice la velada.

Rodrigo y Fernando continuaron andando por la calle en dirección a la puerta del Arenal. En esa zona estaba la alcaicería, la aduana, los almacenes de aceite y otras mercancías. Era un lugar muy concurrido, y en una ciudad

plagada de niños huérfanos había que estar atento a los ladronzuelos y cortabolsas. Llegaron a la lonja del pescado junto a la puerta y desde allí vieron el puerto de Indias. El sol en lo alto hacía resplandecer a la Torre del Oro. Fernando se cubrió la frente con la mano y reconoció a lo lejos, más allá de los arrabales y la Cestería, en el muelle, a su primo Juan y al señor Giacomo Bardi junto a un oficial real. Un ejército de criados y esclavos descargaban las bodegas de la nao que reposaba a sus espaldas.

Rodrigo tomó el brazo de Fernando con familiaridad. Solía hacer eso cada vez que le explicaba algo referente al negocio.

—A partir de ahora vas a encargarte de la recogida de los cargamentos —dijo su tío mientras señalaba la nao—. Tendrás que acompañar al oficial real y declarar las mercancías.

Fernando asintió complacido. Llevaba años viendo cómo su tío o el señor Giacomo realizaban esas tareas, y no le parecía complicado.

En el muelle, tres barcas alargadas acercaban la mercancía descargada de la nao a la grúa de madera. En ese momento, Giacomo Bardi le comentaba a Ocaña que aquella carga provenía de Génova y que eran en su mayoría tejidos del oriente. Rodrigo y Fernando dieron los buenos días a todo el mundo. Luego el viejo mercader estrechó las manos del oficial, que parecía estar de buen humor. Fernando vio que Bardi dibujaba un gesto con su mirada apenas perceptible y que su tío captaba con naturalidad. Eso significaba que un pellizco de telas iba para Ocaña. El joven sabía que Bardi y Rodrigo se entendían solo con mirarse. El señor Giacomo era un anciano de cabello canoso y aspecto saludable. Vestía con elegancia una capa de terciopelo de Flandes. Se trataba de un hombre afable que parecía imposible de engañar. Llevaba mucho tiempo ocupando una de las alcobas más lujosas de la casa, y para todos era uno más de la familia.

Fernando oyó a su tío conversar en voz baja con Ocaña. Le explicó que su sobrino comenzaría a encargarse de esas labores. Además, querían obsequiarle con algunos de los tejidos traídos de Italia. Aunque Fernando era recto en cuestiones de moral, comprendía que aquel trato persuasivo resultaba indispensable para los asuntos de comercio. Mantener contentos a los oficiales reales, a los escribanos y a los cargadores era la clave para la prosperidad de la familia.

4

Fernando y Rodrigo dejaron a Juan, Bardi y Cereceda con el oficial en los

muelles, y cruzaron nuevamente la puerta del Arenal en dirección a la catedral. Su tío se volvió a Fernando con gesto serio.

—He separado una parte de los tejidos más costosos para que se lo des a Leonor Duarte como obsequio.

—Vaya —dijo Fernando, que no disimuló su sorpresa.

—Nos alegramos mucho de que te hayas fijado en ella —prosiguió su tío entre el gentío—. Una unión con los Duarte podría ser beneficiosa para ambas partes.

—Ella parece dispuesta —comentó Fernando.

—Eso está muy bien —concluyó Rodrigo—. Esta tarde le llevarás a la parroquia una muestra de seda para que todo el mundo vea que se la entregas. Ah, y no te olvides de volver con Damián, el músico.

Fernando se detuvo en ese momento de improviso ante un puesto de tejidos de algodón y esparto. Se trataba de un comerciante que vendía, además, objetos y baratijas traídas de Indias y de África. Acarició un vaso de cerámica en el que aparecía pintada con trazos negros, verdes y rojos una mujer sentada sobre sus muslos. Llevaba los pechos al descubierto y una serpiente en la cabeza. El buhonero esbozó una sonrisa de dientes mellados y sus ojos brillaron.

—¿De dónde es esto? —le preguntó el joven.

—Cerámica de Indias —explicó el hombre—. Tiene un dibujo de una manceba y una inscripción en la lengua de los indios. Ochenta maravedís, mi señor.

—¿Ochenta maravedís por un vaso? ¿Es que ha perdido el juicio?

—Ese vaso ha recorrido medio mundo, señor.

Rodrigo se acercó y observó el objeto sin mucho interés.

—Le doy cincuenta —dijo al tiempo que le entregaba las monedas. El hombre las aceptó de mala gana. Fernando y su tío continuaron su recorrido.

—No tenías que comprarlo, tío. Menudo ladrón.

—No pasa nada, hijo.

Aunque le molestara admitirlo, el tratante tenía razón. Fernando contempló la figura. Se parecía a la india de sus sueños. ¿Cuál era su nombre? ¿Por qué no podía recordarlo? Se fijó en las marcas en aquella lengua extraña que evocaba en su imaginación lugares remotos y leyendas de seres mitológicos. ¿Por qué razón soñaba con ella?

Al llegar a la catedral, Rodrigo se desvió hacia las gradas. Allí, al costado de los muros del templo, los comerciantes cerraban tratos y los buhoneros colocaban sus puestos, y también se instalaba el mercado de esclavos. Había

hombres, mujeres y niños de toda condición, blancos moriscos, bereberes, turcos y negros del África, todos ellos con grilletes en las manos y en los pies. Allí se exhibían, se subastaban y se vendían. En ese momento, uno de los pregoneros alzó la voz ante una pequeña muchedumbre atenta a lo que ofrecía en aquella partida de esclavos.

—¡Hombre berberisco de treinta años! —Le palpó los músculos de los brazos y el pecho—. ¡Ciego de un ojo y manco del dedo meñique derecho!

Uno de los presentes levantó la mano.

—¡Aquí!

Era un vecino que se adelantó con un criado y fue a negociar el precio, que podía rondar los dos mil maravedís. La gente en Sevilla solía comprar esclavos para el servicio doméstico en general, y en algunos casos, como el de los nobles o comerciantes más pudientes, por simple prestigio u ostentación de su riqueza.

—¿De verdad quieres llevar uno a casa? —preguntó Fernando a su tío sin entender del todo qué hacían allí. Ya tenían suficientes criados como para no necesitar de nadie más.

—Ahora que vendrás al puerto con más frecuencia, no quiero que vayas por ahí en solitario —dijo Rodrigo mirando la mercancía.

—Puedo venir con Estrada.

Su tío frunció el ceño.

—El capitán es un buen hombre, y no pongo en duda su lealtad —dijo.

—Pero crees que es un vividor.

Rodrigo se encogió de hombros.

Dieron un paseo por las gradas, atentos a lo que se ofrecía. Entonces vieron un poco más allá a un hombre encadenado que trataba de forzar los grilletes, a punto de ser subastado. Era un negro tan alto como una columna de piedra, ancho y musculoso. Sus manos, de haber estado en libertad, habrían aplastado con facilidad el cráneo de su vendedor. Su piel era muy oscura, y el blanco de sus ojos parecía de marfil.

—¡Esclavo de Guinea! ¡Con todos los dedos y los dientes! ¡Fuerte y grande como un toro!

—¿Crees que podría fiarme de un hombre así? —le preguntó Fernando a su tío, sin dejar de mirar hacia la grada.

En ese momento, los dos oficiales sujetaron al hombre y lo golpearon con fuerza en el estómago. El africano se doblegó y cayó de rodillas. Un tercero se dispuso a marcarle el rostro con un hierro con una letra S y un clavo. *«Esclavo»*. Esa merced estaba reservada únicamente para aquellos que no se

sometían a la ley. A Fernando le molestó que lo trataran como a un perro.

—¡Quieto ahí! —gritó.

El oficial que iba a herrar la cara del hombre encadenado como a un caballo se detuvo.

—¿Lo quieres, acaso? —preguntó el vendedor.

—Puede que sí.

—¿Cuánto ofreces por él?

Los hombres lo sostuvieron para empezar a quemarle el rostro con el hierro.

—Si lo marcas, haré que te marquen a ti también —se adelantó Rodrigo tomando la palabra—. Si es un esclavo difícil de domar, espero una sustanciosa rebaja en su precio.

El comerciante hizo un gesto a los suyos. Los oficiales lo soltaron y Rodrigo regateó el precio. Tras dar por concluida la transacción, ordenó que le quitaran los grilletes. El esclavo se sobó las muñecas, llenas de llagas a causa del metal corroído por la lluvia y por el tiempo. Aquel negro le sacaba más de una cabeza en altura a Rodrigo de Cardeña.

—¿Entiendes el castellano? —le preguntó con firmeza en la voz.

El hombre echó un vistazo a su antiguo vendedor y luego asintió.

—A partir de ahora, Fernando de Cardeña, que es este de aquí, es tu nuevo señor —dijo Rodrigo señalando a su sobrino—. Hoy es tu día de suerte, pues a partir de ahora no te faltará ni un techo ni comida. Obedece y no tendrás problemas.

El hombre miró a Fernando y no dijo nada. El joven tuvo dudas de que aquella fuera una buena idea. No obstante, el africano pareció apaciguarse y se dispuso a seguirlos por las callejuelas con una expresión que era una mezcla de cansancio y de resignación.

5

Emprendieron la marcha hacia la calle de San Leandro seguidos del nuevo esclavo de la casa. Fernando había recibido su mirada con cierto temor. El hombre llevaba unas sandalias y unas calzas harapientas.

El joven anduvo junto a su tío Rodrigo.

—¿Quién vendrá esta noche? —quiso saber Fernando.

—Un principal de Indias —dijo Rodrigo con la mente lejos de allí—.

Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala. Se ha entrevistado con el rey y tiene varios asuntos que podrían importarnos. Busca armar una flota para cruzar el océano.

—¿Tiene influencia en la corte? —preguntó Fernando.

—Su futura esposa, doña Beatriz de la Cueva, forma parte de una de las familias más influyentes de Úbeda, y su tío es Francisco de los Cobos, el secretario favorito de Su Majestad, don Carlos.

Fernando comprendía que a su tío le interesara aliarse con gente que se movía en los círculos más altos de la corte, pero ¿y Alvarado? ¿Qué aportaba?

Se alejaron del trajín de la plaza de la catedral y se internaron en calles más estrechas. El sol marcaba que había pasado del mediodía. Fernando sintió el estómago vacío. Solía comenzar su jornada muy temprano, al alba, y a esas horas acostumbraba a sentarse a la mesa a comer con los hombres de la casa. Ahora la planta baja y el salón serían un hervidero de criados y pajes preparando la visita de aquella noche.

Rodrigo retomó la conversación:

—El rey le ha perdonado a Alvarado todos los pleitos que sus rivales en Indias le habían impuesto. Es un hombre que ha batallado muchas guerras, pero que no cuenta con habilidades para el comercio. Sin embargo, Su Majestad está a punto de otorgarle varias mercedes, como el nombramiento de adelantado, y una serie de licencias para la venta de algunos géneros que podrían ser de nuestro interés como familia. Todo eso nos hace pensar que de algún modo se ha ganado el favor del rey.

—Tal vez haya intercedido el tío de su esposa simplemente —se aventuró Fernando.

—Es una posibilidad, por supuesto.

—¿Y qué piensas que puede agradarle a él de nosotros?

Hacía mucho que su tío le hablaba con la intimidad de un confidente, pero últimamente notaba que la confianza puesta en él había aumentado. Fernando tenía un don, comprendía a la perfección el juego cortesano de los asuntos de comercio y de las alianzas entre nobles, principales y mercaderes. En opinión de Rodrigo, el joven estaba listo para cumplir con cualquier cargo que se le asignara, tanto en Sevilla como en Génova.

—Bueno, supongo que seríamos unos aliados solventes para él: necesita armadores para su flota a Indias —sugirió el viejo mercader mientras echaba un vistazo a la calle sucia—. Algo me dice que ese hombre va a ofrecernos algo interesante.

Rodrigo de Cardeña y Giacomo Bardi llevaban unos años buscando la

manera de ascender en aquel mundo rígido como la piedra. En el siguiente paso, probarían suerte como prestamistas, mercaderes banqueros, pero aquel salto no resultaba sencillo, dados los riesgos. Una aventura de tal calibre podía suponer perderlo todo de un plumazo, como les había sucedido a tantas familias. Nada daba tanto beneficio como el propio dinero. Fernando frunció el ceño y acarició el vaso de cerámica que portaba con preocupación, sin dejar de pensar en las verdaderas intenciones de su tío.

6

La señora Aldonza mandó a los criados a llenar los cubos más grandes en el pozo. Luego, en el patio trasero de las cocinas, calentó un poco de agua y cocinó el jabón a base de sosa y un poco de sándalo para darle buen aroma. La mujer había visto a muchos hombres en su vida, pero ninguno como aquel africano que tuvo que bajar la cabeza para pasar por el umbral de la puerta. Exhibía todos los músculos de Dios, además de poseer una mandíbula ancha y unos labios carnosos. A continuación, la criada puso un taburete en el centro del patio y acercó dos cubos llenos de agua. Después llevó la cacerola donde había preparado el jabón.

—¿Sabes lavarte, muchacho? —le preguntó con los brazos en jarras.

El hombre hundió las manos en el agua caliente y se mojó el rostro con parsimonia, como si llevara una vida sin hacerlo. Echó una mirada a la mujer y asintió. Ella le entregó una escobilla de madera que solía utilizarse con los caballos para restregar la suciedad incrustada en su lomo. El africano no esperó a que se marchara para desnudarse frente a ella y derramarse el jabón por el cuerpo.

Fernando, que acababa de dar buena cuenta de la comida con su familia, apareció en el patio de las cocinas con una cesta de ropa en las manos. A lo lejos, su esclavo se esparcía cubos de agua por el torso, lleno de cicatrices, y poco a poco recuperaba las fuerzas y el temple. Fernando cruzó el patio embarrado y fue hasta él. Se sentó en otro taburete mientras el hombre se secaba y se vestía con las calzas y la camisa limpias que acababa de llevarle en la cesta. Era evidente que algo había cambiado en su mirada desde el mercado de las Gradas aquella mañana.

—Has dicho antes que sabes el castellano.

—Sí, un poco.

—¿Dónde lo has aprendido?

El hombre se puso las calzas, abombadas y del color de la arena, que le

quedaron a la altura de las rodillas. Luego se echó un vistazo con la camisa blanca, abierta por el pecho. Parecía otra persona. Tomó asiento frente a su amo. Su voz era grave.

—Hace diez años unos portugueses remontaron el río más grande de mi tierra y me cogieron. No hubo preguntas. Luego me vendieron a un señor en el reino de las Canarias. Desde entonces he servido a otros señores.

Fernando conocía aquel negocio. Los portugueses se adentraban en la costa de Guinea con partidas de soldados, prendían a todos los hombres, mujeres y niños que encontraban y llenaban las bodegas de sus naos. Luego se lanzaban al mar nuevamente para venderlos en Canarias o en Lisboa.

—¿Te han bautizado?

—Una vez un cura me puso un nombre cristiano —dijo el hombre al tiempo que examinaba sus manos limpias—. Mi verdadero nombre es Amir.

Fernando asintió.

—Mi tío, Rodrigo de Cardeña, es el señor de esta casa. Ha pagado por ti una gran cantidad de dinero y espera recuperarla en forma de trabajo. Como todos los esclavos de la ciudad, puedes reunir el dinero suficiente para pagar tu Carta de Ahorría y largarte, si lo deseas, o quedarte en esta casa a servir como un criado más.

Amir cambió el gesto y mostró interés ante sus palabras.

—¿Cómo voy a juntar dinero si estaré aquí, sirviéndote?

—Debes cumplir con tus obligaciones, eso es todo —dijo Fernando.

—De acuerdo.

—El resto del tiempo puedes ganarte la vida como buenamente puedas por la ciudad, siempre de manera honrada y que no ponga en peligro los intereses de nuestra familia.

—¿Dices que puedo salir de la casa? —preguntó el africano como si fuera un crío.

—¿Y cómo pensabas vivir, si no? Eres un esclavo, no un prisionero. Toma, esto es para ti como una muestra de mi amistad. —Fernando le entregó una bolsa de cuero con una pequeña cantidad de maravedís—. No lo desperdicies —continuó—. Esta tarde y esta noche eres libre para que conozcas la ciudad. Cuida de no meterte en líos. Mañana por la mañana me acompañarás al puerto a cumplir con mis tareas.

Amir sostuvo la bolsa, y a Fernando le resultó imposible descifrar la expresión de su mirada. Se puso en pie y el africano lo miró desde el taburete, sentado.

—No intentes salir de la ciudad, o los oficiales te matarán y yo no podré

hacer nada para evitarlo —dijo Fernando.

Amir no respondió, tan solo asintió con un gesto. Antes de que Fernando se marchara, el africano volvió a tomar la palabra.

—¿Por qué me habéis salvado?

Fernando frunció el ceño.

—Mi tío no te ha salvado. Te ha comprado.

Amir lo vio alejarse, sin decir nada más.

7

Antes de salir de la casa hacia la parroquia, Fernando se lavó el rostro y las manos con agua perfumada y se vistió con la elegancia de un mercader. A esas horas los pajes y criados iban y venían del almacén al comedor y las cocinas, mientras disponían todo lo necesario para la cena. El joven cruzó uno de los pasillos del atrio hacia el despacho de su tío y encontró a los hombres de la casa bebiendo vino, alrededor de la gran mesa. Giacomo Bardi, Rodrigo, su primo Juan y el secretario Cereceda hablaban acerca de la visita esa noche de Pedro de Alvarado. La alianza con el principal y su dama, doña Beatriz, podía suponer un impulso a los negocios familiares. Con la intercesión de Beatriz de la Cueva, su tío Francisco de los Cobos —comendador mayor de Castilla— podría actuar para que los Cardeña optaran a licencias o incluso a alguna merced de Su Majestad. Lo importante, como solía decir Rodrigo, que soñaba algún día con estar en la corte y ser banquero del rey, era estar presentes en el tablero.

—Mis pajaritos en la corte me han dicho que, de consumarse el matrimonio, doña Beatriz de la Cueva no sería la primera mujer de Alvarado —comentó Giacomo Bardi con un movimiento de cejas.

—Y te aseguro que no será la última —soltó Juan, y los demás rieron.

Rodrigo de Cardeña prestó toda su atención a su amigo Giacomo.

—Hace unos años tuvo otra esposa —prosiguió el genovés, elocuente como de costumbre, y todas las miradas fueron para él—. En su anterior viaje a la corte, contrajo matrimonio con una dama de gran linaje y hermosura, doña Francisca, y ambos embarcaron juntos hacia Nueva España. La señora llevaba un gran séquito y toda una casa, con sus muebles y todo. El caso es que enfermó de fiebres durante la travesía y murió nada más pisar tierra. Fue enterrada por su marido en Veracruz con profundo pesar. El año pasado, cuando Alvarado regresó a la corte para dar relación al rey de los últimos años en Guatemala, aprovechó para pedir la mano de la hermana de doña

Francisca. Es decir, su cuñada.

—¿Beatriz de la Cueva era la hermana de doña Francisca? —preguntó Rodrigo con incredulidad.

—Dicen que todo lo que sucede conviene —dijo Giacomo con un gesto con la copa.

—¿Y cómo pretende hacer eso? —preguntó Rodrigo.

—El rey ha solicitado una bula papal para que se case con ella.

—Vaya por Dios —murmuró Rodrigo reclinándose en la silla—. Me pregunto cómo demonios ha podido conseguir tal favor.

Fernando sabía lo que significaban aquellas mercedes. El rey jamás pedía una bula de ese tipo para ningún hombre. Pedro de Alvarado, por algún motivo que desconocían, había ganado el favor del rey y este había accedido a premiarlo con una bula y con algunos títulos pendientes de aprobación. Era evidente la influencia del secretario favorito de Su Majestad, Francisco de los Cobos, amo y señor de los asuntos de Castilla y de las Indias, pero la gran pregunta seguía siendo un misterio. ¿Qué le había ofrecido Alvarado al rey a cambio de tales muestras de amistad?

—¿Qué más sabemos de él? —preguntó Rodrigo, incorporándose en la silla.

Los hombres dirigieron la mirada al genovés.

—Es un hombre de guerra —dijo Giacomo, y se cruzó de brazos—. Es impulsivo y un pésimo comerciante. Muchos dirían de él que es un hombre acabado; viene de perderlo todo en el Perú a manos de Pizarro. Después de montar una flota para descubrir los territorios al sur de Panamá, su travesía acabó en desastre, y se vio obligado a malvender a todo su ejército, criados, esclavos y pertrechos al adelantado del Perú y regresar a Guatemala con lo puesto. Podéis imaginaros la estampa. Sin embargo, los que lo conocen dicen de él que es un hombre enérgico y que jamás se da por vencido ante una adversidad.

Se hizo un silencio en el que todos pensaron en lo mismo.

—Entonces el rey ya le ha concedido licencias con anterioridad —murmuró Rodrigo, mientras ordenaba sus ideas en voz alta—. Contaba con su favor.

—Así es; aunque su campaña fue una calamidad, el rey lo estima por alguna razón —continuó Bardi—. No sacó de Pizarro más de ochenta mil ducados por una armada que le había tomado años y penurias construir. Ha venido a la corte a jugarse su última carta, y, al parecer, gracias a sus poderosas amistades, le ha salido bien la apuesta.

Giacomo Bardi dejó a los Cardeña comentando sus palabras y acompañó al joven Fernando a uno de los almacenes de abajo. Las puertas que precedían a la sala más importante de la casa palacio estaban siempre bajo cerrojo, y únicamente el genovés y el señor tenían las copias de esas llaves. El lugar —en el que había dos armarios inmensos y una mesa larga de madera— estaba destinado a guardar los objetos y géneros más preciados y que era mejor tenerlos bajo llave, como los tejidos de seda y algodón, cuadros, pinturas y diversos botes de especias. Cerrados en un arcón de cuero con candado, descansaban algunos de los colorantes de tejidos más caros y difíciles de conseguir de toda la cristiandad.

Sobre la mesa, estaban dispuestos varios tejidos de seda traídos desde Génova. La familia Bardi tenía contactos con algunas de las rutas de comercio más antiguas del mundo, algunas a través de Venecia, y que alcanzaban incluso el oriente.

El señor Giacomo escogió un hermoso pañuelo del color del trigo.

—Este será perfecto para tu dama —dijo.

Fernando dobló el tejido en varias partes con cuidado.

—Desearía ir a tu tierra algún día y conocer esos mercados. Espero que mi tío decida enviarme a vivir a Génova o a Florencia.

—Todo a su tiempo —dijo Bardi con una sonrisa mientras cerraba nuevamente la sala con llave—. Nunca sabes lo que te deparará la vida, hijo. Aún eres joven. Yo, por ejemplo, jamás imaginé vivir en Sevilla. Solo te diré, Fernando, que tanto tus deseos como los de tu tío van de la mano.

Fernando esbozó una sonrisa. Aquello confirmaba lo que llevaba tanto tiempo anhelando. Antes de irse, volvió la mirada al señor Giacomo.

—Me pregunto qué cosa tan importante le ha ofrecido Alvarado al rey a cambio de todo lo que le será concedido.

—Bueno, si Dios quiere, esta noche lo sabremos —murmuró el genovés.

La tarde aún era calurosa cuando salió Fernando de la casa y se encaminó hacia la iglesia de San Esteban, sin dejar de pensar en estos asuntos. Las parroquias, órdenes, hermandades y cofradías se preparaban para la procesión de la Semana Santa en un ambiente de recogimiento, pero a la vez festivo. Cuando Fernando alcanzó la plazoleta, vio frente al espléndido arco gótico un pequeño corrillo de personas. Distinguió, entre todas ellas, la figura de Leonor Duarte, que lo miró con disimulo al verlo aparecer y siguió charlando con las damas que la acompañaban. Se hallaban también algunos jóvenes, hijos de mercaderes y comerciantes, así como algunas familias de cierta nobleza. La parroquia era el único sitio en el que podían hablar al amparo de las leyes de la

religión y la moral.

Leonor era una joven bella y refinada, delgada como una espiga de trigo, de cintura estrecha y escaso pecho. Era unos años mayor que Fernando, y aunque había tenido otras oportunidades para desposarse algunos años atrás, había contado con el beneplácito de su familia para elegir a un pretendiente. Fernando la amaba, pero no sentía un deseo incontenible de yacer con ella, y eso, en parte, le amargaba. Aquella distancia, de alguna manera, había incrementado entre ellos el respeto y el amor cortés, y había apaciguado por completo cualquier estallido de lujuria.

Se acercó a ella, mientras saludaba a los otros vecinos.

Entonces las damas de compañía de la joven abrieron el corrillo y el muchacho se presentó ante Leonor con el paño extendido en sus manos.

—Un hermoso obsequio del oriente que en nada se compara con vuestra gracia y hermosura, mi señora —dijo con una reverencia y con sus ojos verdes puestos en ella.

Algunas de las jóvenes murmuraron al ver a Fernando, siempre tan cortesano, tan varonil, haciendo alarde de su estirpe y de su posición. Leonor y Fernando se sostuvieron la mirada. Leonor no pudo evitar esbozar una sonrisa ante el atrevimiento del muchacho, cuyos ojos brillaron de tal modo ella misma pudo verse reflejada en ellos.

8

Fernando regresó a la casa palacio en compañía del músico Damián. Nada más llegar, vio que la casa había cambiado de aspecto. Abajo, en el patio rodeado de plantas, habían dispuesto una silla para que tocara el chico su vihuela iluminado por dos lámparas de aceite a ambos lados. Arriba, los criados habían colocado unas sillas en la balconada, con arreglos florales, lámparas y velas. Una mesa exhibía dulces y manjares, un barril de vino, copas y una hermosa jarra de plata. En el salón comedor, todo parecía preparado para el gran acontecimiento. Fernando distinguió a Rodrigo y a Giacomo en el despacho, ataviados con sus mejores ropajes, en compañía de su tía Teresa, la esposa de Rodrigo, y de Lucrecia Bardi, la mujer de Juan. Con todo, quedaba demostrado que la familia Cardeña era pudiente y que nada tenían que envidiar a ninguna de las familias de los grandes comerciantes del reino.

Fernando fue a su alcoba y se lavó las manos en el aguamanil. Todas las habitaciones contaban con un recipiente de agua perfumada que los criados cambiaban cada día, por orden del señor Bardi. Aunque Sevilla oliera como

una porqueriza, en la casa palaciega siempre se respiraba el dulce aroma de flores silvestres. El joven echó un vistazo a su estancia. Había una cama acolchada, una escribanía, papel, plumas, tintero y una biblioteca con algunos libros. Uno de los más preciados se lo había obsequiado Giacomo Bardi, *Practica della Mercatura*, de Giovanni da Uzzano, un hermoso ejemplar traído desde Lucca, forrado en piel. Aquello era de por sí un tesoro que costaba una fortuna. Sobre la escribanía colgaba un mapa del mundo conocido, el objeto favorito del joven y que su tío había conseguido a través de un viejo amigo cartógrafo en la Casa de la Contratación. Solía pasarse horas contemplando aquel portulano y memorizando sus nombres y sus costas. Allí estaba Europa, África, Asia. Y, al oeste, las Indias. Estas últimas se delineaban como una costa infinita e incompleta que parecía partir el orbe de norte a sur, desde La Florida a la tierra de los patacones, descubierta por Magallanes. El Nuevo Mundo. ¿Qué había más allá antes de llegar a las islas del clavo y la canela? Fernando a veces fantaseaba con ser un aventurero en tierras lejanas, con trazar mapas como un cosmógrafo con un astrolabio, con abrir rutas comerciales, descubrir especias exóticas y conocer a reyes y reinas de lugares remotos. Sin embargo, por primera vez sintió temor ante la incertidumbre de marcharse a un lugar desconocido para él e iniciar una nueva vida lejos de lo que consideraba su hogar. Hasta entonces nunca había sentido aquel vacío.

La campanilla sonó y los pajes anunciaron la llegada de Pedro de Alvarado y de su séquito. Fernando apoyó el vaso de cerámica que le había regalado su tío en la escribanía y a su mente volvió la india de sus sueños. El trazo del dibujo en la arcilla era como el de su silueta. Entonces, como una brisa de primavera, vino su nombre a su memoria. *Ixchel.* Fernando se emocionó al recordarlo. En ese momento, Rodrigo apareció en el umbral. Fernando fue con él. Siguió a su tío hasta el atrio y vio desde la balconada, por primera vez, la figura noble de Alvarado, sin saber que aquel conquistador cambiaría su destino para siempre.

II

Más allá de la Mar del Sur

1

Los señores fueron recibidos con una copa de vino jerezano. Se encontraban en la balconada hablando en corrillos antes de pasar al comedor a cenar, mientras el músico Damián interpretaba algunas piezas con su vihuela en el patio del atrio. Durante la última hora del crepúsculo, la casa estaba iluminada por lámparas de aceite y velas que se derramaban sobre las lujosas prendas que portaban tanto los anfitriones como los invitados. De todos ellos, sobresalía uno en particular, tanto por su altura como por su aspecto de principal.

—Don Pedro, quisiera presentaros a mi sobrino Fernando —lo anunció Rodrigo con una pizca de orgullo en la voz.

Al joven le impresionaron los modales y el temple de Pedro de Alvarado. Su altura, su cuello largo y la anchura de sus hombros, junto a sus cabellos claros —peinados y recortados— y la mirada cristalina de sus ojos azules, le daban un aire noble. Pese a su edad, su cuerpo parecía esculpido para la guerra. Alvarado pasaba de los cincuenta años y, aunque su cabello rubio exhibiera tintes plateados en las sienes, no era un anciano, ni mucho menos: sus manos y sus brazos seguían dotados de fuerza y en sus ojos aún persistían la vivacidad y el vigor de un conquistador insaciable. Siempre enérgico y despierto, evidenciaba la experiencia de un hombre curtido en mil batallas.

—Percibo ciertas dotes de soldado en vuestro sobrino, Cardeña —dijo Alvarado con una sonrisa satisfecha al tiempo que escudriñaba a Fernando. El joven respondió al apretón de manos con firmeza.

—Todo buen cristiano debe saber blandir una espada, señor —dijo Fernando.

—Así es —respondió Alvarado, quien había borrado la sonrisa de pronto —. Así es.

Rodrigo de Cardeña lo acompañó a rellenar su copa. Fernando observó alejarse al viejo conquistador de México y sintió admiración por él. Deseó que la vida le enseñara tan solo la mitad de mundo que había visto aquel hombre.

Echó la vista hacia su séquito. Lo acompañaban García de Celis, tesorero; Francisco Cava y Nicolás de Irazaga, ambos procuradores de la villa de San Pedro de Puerto Caballos, y el escribano Baltasar Montoya, un hombre de leyes de aspecto afable, además de dos criados y dos pajes. Alvarado venía a caballo desde Úbeda, tras visitar a doña María Manrique, viuda de don Luis de la Cueva, señor de Solera, y a su hija, doña Beatriz de la Cueva, la dama a la que aspiraba desposar.

—Vaya vino, y qué casa tan lujosa —comentó de pronto el escribano Montoya cuando Fernando se le acercó. El hombre alzó la copa en un gesto cordial hacia el joven.

—¿De qué parte sois, escribano? —le preguntó Fernando en tono cortés.

—Mi familia es de Burgos, de toda la vida. ¿Y vos, señor Cardeña?

—Podéis llamarme Fernando —dijo el joven sin apartar la vista de Alvarado, que charlaba animadamente con su tío y el señor Giacomo—. Mi familia es de Sevilla, pero me crie en Santo Domingo antes de regresar a Castilla.

—¡Un indiano! —exclamó Montoya con excitación—. Yo he solicitado a la Corona el título de Escribano de Indias para pasar allí junto a don Pedro y servirle en la capitanía de Guatemala. Si las cosas siguen su curso, pronto estaré al otro lado del océano para orgullo de mi familia.

—Os felicito por ello, señor Montoya.

Habían preparado bandejas y manjares de todo tipo para que los invitados degustaran con buen vino las maravillas culinarias de Sevilla. Tanto pajes, coperos como criados estuvieron atentos para que no faltara de nada durante la cena. Tras haber saciado el apetito, el señor Giacomo pidió a don Pedro que les relatara alguno de sus episodios en Nueva España, mientras probaban unos dulces y confituras.

—No quisiera molestaros con mis historias —se excusó el hidalgo con caballerosidad.

—Para nada. Nos complacería mucho oír alguna de ellas —manifestó doña Teresa, esposa de don Rodrigo.

Alvarado hizo una pausa y asintió tras un momento.

—En los primeros años de conquista, yo era un joven con las aspiraciones de cualquier hombre —dijo mientras barría la mesa con su mirada—. El gobernador de Cuba, que por ese entonces era el señor Diego de Velázquez, organizó una expedición a Yucatán. Con mucho esfuerzo conseguí armar una de las naos, gracias a la ayuda y la confianza de algunos amigos vecinos, que es como solemos hacer las cosas en Indias, y salimos de Cuba a explorar ese

litoral desconocido. Fuimos los primeros en ver aquel lugar, con esas costas rebosantes de naturaleza y a esos pueblos que construían casas, torres, templos de piedra. Recuerdo un acantilado en la isla de Cuzamil. Sobre él vimos a un grupo de mujeres con túnicas que nos contemplaron junto a una torre blanca. Fue el encuentro de nuestros reinos. Aquel día, sin que nadie más lo supiera, un puñado de valientes cambiamos la historia de Castilla para siempre.

Una atmósfera de reflexión siguió a las palabras del adelantado. Fernando se vio arrastrado por la elocuencia de aquel señor, tras cuya apariencia de hombre de la corte se escondía un aventurero de los pies a la cabeza. El tono de su voz demostraba que Pedro de Alvarado era ambas cosas en los cargos de gobernador y adelantado. El corazón de Pedro de Alvarado ardía en deseos de nuevos descubrimientos y de conquistas, pero la vida y los años se perdían en el paso de los días.

—Es hermoso, don Pedro —murmuró doña Teresa.

—¡Por el adelantado de Guatemala! —brindó Giacomo Bardi con una sonrisa, en pie, para romper aquella tensión. Los presentes se levantaron de sus sillas y brindaron con orgullo por el gran conquistador.

2

Cuando la velada concluyó, el adelantado se ofreció a su anfitrión para que charlaran en privado en su despacho. Rodrigo de Cardeña se mostró de acuerdo y mandó llamar a su socio, Bardi, y a su sobrino para que lo acompañasen.

—Lo que hablemos debe quedar entre nosotros —le advirtió Alvarado.

—Algún día mi sobrino heredará esta casa y los negocios de nuestra familia —dijo Rodrigo con seriedad—. Necesito que os oiga y aprenda.

—Como vos dispongáis, pues —cedió Alvarado con una reverencia.

Los señores entraron en el despacho seguidos de Fernando, que cerró la puerta a su paso. Su tío le hizo un gesto para que le sirviera a cada uno el licor que guardaban en el armario. La sala se encontraba iluminada tenuemente por tres candiles.

—Vamos al grano, Cardeña —lanzó el adelantado como si disparara un arcabuz, en un tono mucho más directo y menos cortesano que el que había llevado durante la cena—. Tanto vuestras mercedes como yo buscamos una cosa en común. Llenar nuestras arcas de plata y oro. ¿Me equivoco?

Rodrigo echó una mirada a Bardi. Luego dio las gracias a su sobrino

cuando este le entregó un vaso de licor.

—La riqueza es solo una parte, don Pedro —añadió el genovés—. Los hombres de nuestra categoría son empujados por diversos motivos.

—Gracias, Fernando —dijo Alvarado al recibir su copa, y volvió la mirada a Bardi—. Estoy de acuerdo. Decidme, pues, cuáles son los vuestros.

Rodrigo de Cardeña se adelantó a su socio.

—La corte de Su Majestad —dijo sin rodeos.

—Yo cuento con gente próxima al rey, gente a la que escucha y estima su consejo. Es lo que puedo aportar a nuestra negociación.

—¿Habláis de Francisco de los Cobos, comendador mayor de Indias? —preguntó Bardi con el mismo gesto amable que de costumbre. Fernando había tomado asiento entre su tío y el señor Giacomo. Sabía que el genovés podía ser apacible y venenoso a la vez, como una serpiente. Su pregunta había salido disparada como un dardo. Alvarado miró a su interlocutor contrariado.

—Don Francisco es uno de ellos, así es.

Bardi no pareció intimidarse en absoluto por su tono.

—Sin embargo, sabemos que el señor De los Cobos no os prestará su ayuda hasta que no desposéis a su sobrina.

De pronto el despacho vio formarse una atmósfera de tensión. Fernando mantuvo la mirada puesta en Alvarado sin que le temblara el gesto. Una parte de él sentía curiosidad por ver cómo se manejaba el hidalgo en aquellas aguas peligrosas. Apreciaba la manera en la que Bardi y su tío se enfrentaban a un principal, sin tapujos. Alvarado bebió de su copa para ganar tiempo. No se esperaba que esos señores tuvieran tanta información de primera mano.

—Don Francisco era el tío de mi difunta esposa, doña Francisca, a la que respeté hasta el último día de su vida. Su Majestad ha aprobado que despose a la hermana de doña Francisca, doña Beatriz, y ha intercedido por mí el padre Marroquín, obispo de Guatemala. No soy un hombre acostumbrado a dar explicaciones, señores, pero si las ofrezco es porque con ello espero ganar vuestra confianza. Diré las mismas palabras que me dio Su Majestad sobre esta cuestión: el matrimonio se consumará. Denlo vuestras mercedes por hecho.

Hubo un nuevo silencio en la sala. Luego Rodrigo tomó la palabra.

—Entended, don Pedro, que, para nosotros, vuestras amistades son vuestro aval —dijo en un tono cordial que daba a entender que buscaba un punto de entendimiento pero que al mismo tiempo dejaba clara cuál era la postura de la familia Cardeña.

Alvarado los miró sin desvelar ninguna expresión.

—El señor De los Cobos está tan interesado como el rey en que mi matrimonio llegue a buen puerto, por varios motivos. Uno de ellos es porque Su Majestad le ha otorgado a su secretario favorito las licencias para la compra y venta de esclavos africanos, tanto a él como a dos de sus socios. Ciento cincuenta cada uno, para empezar. En cuanto el rey ratifique mi nombramiento como adelantado y capitán general de Guatemala, haré uso de los recursos de mi capitanía para la compra de esos hombres, que servirán en las minas de oro y plata.

Fernando hizo cuentas rápidamente. A cincuenta ducados por esclavo, el negocio ascendía a siete mil quinientos ducados. Una auténtica fortuna. Rodrigo echó una mirada a Bardi.

—El comercio de esclavos puede ser rentable, desde luego —dijo el genovés—. ¿Dónde entramos nosotros, pues?

—La compañía del señor De los Cobos les traspasará la licencia de esclavos a vuestras mercedes para que adelanten los pagos. Los portugueses les cobrarán cincuenta por cabeza. Yo les pagaré con el oro de las minas de Guatemala, digamos setenta y cinco ducados por esclavo.

Fernando distinguió un brillo imperceptible en la mirada de su tío. El joven lo conocía lo suficiente como para saber que aquello le había agradado. Significaba entrar en un juego de comercio superior al resto. En el fondo, comenzaban a ser prestamistas de hombres de la corte. Los Cardeña adelantaban los pagos hasta que Alvarado pagara con la riqueza de su capitanía para su propio beneficio. Era un negocio redondo.

—Nos parece bien, pero queremos alguna garantía —dijo Rodrigo.

—Me lo suponía —respondió Alvarado, atento como un espadachín—. Os otorgo una encomienda cercana al puerto de Iztapa, en Acajutla, con mil quinientas cabezas de ganado y una casa con su hacienda y esclavos indios, colindante al cabildo de la ciudad, en la plaza Mayor de Santiago de Guatemala. Mañana mismo mi escribano, el señor Montoya, redactará los documentos y las escrituras.

Fernando pensó en Amir y en la vida de aquel africano, de cómo pasó de ser un hombre libre en las costas de Guinea a servir en la casa de un señor en Sevilla. Aquella ruta de hombres y mujeres condenados al trabajo forzado comenzaba en el África y acababa al otro lado del mundo, en las costas de la Mar del Sur. ¿Por qué Dios permitía que los hombres se vendieran unos a otros como dueños de las almas? ¿Por qué la Biblia hablaba de siervos y de amos?

Rodrigo de Cardeña y Giacomo Bardi aceptaron las condiciones de

Alvarado. No obstante, todo estaba sujeto a que Su Majestad consiguiera la bula papal con la que Pedro de Alvarado desposaría a su propia cuñada, Beatriz de la Cueva. En caso contrario, el trato quedaría anulado. Rodrigo imaginó que aquello sería todo; no obstante, Alvarado permaneció en su silla de brazos sentado como un monarca.

—¿Tenéis algo más que proponer, don Pedro? —preguntó Bardi con cortesía.

—Os he dicho que Su Majestad está interesado en que mi matrimonio llegue a buen puerto por varios motivos —dijo Alvarado—, pero no os he dicho el principal de todos ellos.

Rodrigo y Bardi intercambiaron una mirada. Fernando advirtió que los ojos de Alvarado exhibían un brillo diferente. El adelantado volvió a tomar la palabra.

—Guatemala está cambiando. En estos momentos mis hombres preparan la mayor flota que haya surcado jamás la Mar del Sur. Os hablo de más de una docena de galeones. El rey me ha otorgado las licencias para el descubrimiento de todas las costas hacia el poniente, desde Nueva España hasta las islas de las Especias, las islas del clavo y la canela. Haré de Guatemala el gran puerto de la Mar del Sur.

Bardi alzó las cejas y Rodrigo se llevó una mano al mentón. A Fernando también le brillaron los ojos. De pronto, conseguir la bula papal para un matrimonio de un principal les pareció algo simple, poca cosa. Alvarado clavó su mirada encendida en los tres.

—Lo que hizo Magallanes por el sur lo haré yo por el norte —musitó Alvarado, y esta vez no pudo ocultar en el tono de su voz la desmedida ambición que guardaba su alma—. Ese océano es demasiado ancho e infinito como para que no haya un pedazo de tierra que descubrir y señorear. Su Majestad, don Carlos, me otorgará el título de conde de todo lo que encuentre, y yo procuraré acordarme bien de todos los que apostaron por esta campaña.

Hubo un silencio. Nadie dijo una sola palabra.

Rodrigo de Cardeña se puso en pie y anduvo hasta la ventana con los brazos cruzados. Sabía por los contactos de Bardi en la corte que no era la primera vez que Alvarado preparaba una armada similar. Lo había perdido todo en el Perú. ¿Cómo era posible que el rey le concediera una nueva oportunidad? Con aquella empresa, Alvarado podría llegar a convertirse en uno de los hombres más importantes y poderosos de los reinos de Su Majestad. Hasta entonces, solo habían oído las historias de un principal en la

corte que se había ganado una merced similar, Hernando de Soto, a quien el rey acababa de conceder la conquista de La Florida. Soto andaba esos días en Sevilla ultimando licencias y preparativos para su flota.

En cuanto a ellos, a la familia Cardeña se le presentaba la oportunidad de dar un paso hacia delante. Si el rey confiaba en Alvarado, ¿por qué no habrían de hacerlo ellos también? Pasarían de ser simples mercaderes a prestamistas e inversores de grandes señores y grandes campañas. Como los Pasamonte, los Ruiz, los Centurione o los Grimaldi. No obstante, la única forma de crecer era tomar riesgos, apostar fuerte, aunque aquello supusiera poner en peligro la riqueza de toda una vida. Todo o nada.

Alvarado se puso en pie también.

—Os ofrezco ser los armadores de mi expedición. Es una decisión que debéis pensar con detenimiento con los vuestros, don Rodrigo —dijo al tiempo que le estrechaba la mano. Luego hizo lo mismo con Bardi. Por último, dio la mano a Fernando—. Dadme una respuesta mañana, antes de mi partida.

Alvarado abandonó el despacho. La reunión había concluido.

3

A la mañana siguiente, Alvarado tomó asiento en la escribanía y comenzó a redactar una carta a su amigo y aliado Francisco de los Cobos acerca de los últimos acontecimientos. Dejaría un espacio en blanco hasta conocer la respuesta de los Cardeña. De lo que dijeran dependería el futuro de su campaña y el de su matrimonio. Necesitaba armadores. Para una expedición de tal calibre, debía reunir una suma considerable, y dadas las circunstancias, cualquier aporte sería bienvenido.

Alvarado estaba acabado. Le quedaban menos de tres mil ducados para todo lo que tenía por delante, y eso era algo que nadie más sabía. No tenía dineros ni siquiera para pagarse una nao a Indias, y, además, por si fuera poco, allí lo esperaba con las garras afiladas la larga lista de enemigos que había cultivado esos años, encabezados por el licenciado Alonso de Maldonado, el oficial encargado de hacerle un juicio por sus acciones como gobernador.

La última década había sido un desastre tras otro. En 1527, los oficiales de Nueva España lo acusaron por sus excesos contra los indios durante la conquista de México y Guatemala. ¡Excesos en la guerra! Eran cargos con la gravedad suficiente como para que los oficiales de la Casa de la Contratación lo apresaran. Aquellos años, todo aquel que hubiese servido en las campañas

de Hernán Cortés contaba con enemigos en la corte. Alvarado viajó a Castilla antes del proceso. No tenía amigos ni alianzas, solo su fama de conquistador, su apariencia y su cortesía. Consiguió así cortejar a doña Francisca, la hija de Luis de la Cueva, señor de la Solera, emparentado con el duque de Alburquerque, y de doña María Manrique. Gracias a ellos, obtuvo la amistad del secretario favorito de Su Majestad, De los Cobos, el hombre que habría de sacarlo de aquel agujero.

Cuando Alvarado volvió a México con un indulto firmado por el rey, sus enemigos se vieron obligados a dejarlo en paz. Pese a que doña Francisca murió de fiebres nada más pisar tierra, logró mantener la alianza con De los Cobos en la corte, a quien le venía de perlas contar con un hombre leal en Indias. En dos años, Alvarado armó una flota en la Mar del Sur y pidió al rey los permisos para conquistar las tierras que hallara en dirección a las islas de las Especias. De los Cobos le consiguió la licencia. Alvarado construyó cuatro galeones con el sudor y la sangre de los indios y el resto las requisó a un par de hidalgos, sin importar las consecuencias. Pidió préstamos, vendió sus propiedades y lo arriesgó absolutamente todo. Partió en 1532 desde Guatemala hacia el sur y, frente al Perú, se dispuso a cruzar el océano. La mala suerte hizo que los vientos contrarios lo llevaran de regreso a la costa. Alvarado no tuvo más remedio que desembarcar a su ejército en el Perú, con todos sus pertrechos, y desistió de cruzar el mar.

Debido a que el sur pertenecía al adelantado del Perú, Francisco Pizarro, Alvarado decidió iniciar una larga travesía hacia el norte en busca de alguna región sin dueño por conquistar, tentado por las riquezas de la tierra que había entre Castilla del Oro y el Perú. Aquella travesía les reportó a él y a su hueste ocho meses de extrema dureza. El sueño de Alvarado de hallar nuevas tierras donde hubiera más oro y plata que en Guatemala se desvaneció. Entonces los pocos hombres que había dejado junto a la flota, en el sur, lo traicionaron: avisaron al adelantado Pizarro, y este fue a su encuentro con un ejército. Meses después, en agosto de 1534, se vieron frente a frente los dos ejércitos, a cientos de leguas al norte de Cuzco. Alvarado no estaba en condiciones de luchar, de modo que Pizarro lo obligó a deshacerse de su armada. La bolsa o la vida, la venta o la muerte.

Aquel podría haber sido el final de sus desgracias; sin embargo, cuando por fin Alvarado consiguió llegar a Santiago de Guatemala, descubrió que sus enemigos, aliados del virrey de Nueva España, le habían impuesto aquel dichoso Juicio de Residencia. Este era un procedimiento habitual por el cual todo aquel que se hubiera visto agraviado durante su cargo podía acusarlo.

Luego, tendría que pagar las multas dictadas por el tribunal. A Alvarado se le acusó de despoblar Guatemala y de vender a los indios a Pizarro para su propio beneficio.

El designado por el virrey para el proceso fue el licenciado Alonso de Maldonado. Don Pedro, en su opinión, no se había jugado la vida contra los aztecas y luego en la sangrienta campaña de Guatemala como para acabar sus días empobrecido por culpa de un maldito juicio dirigido por un secretario. Se negaba a pensar que había obrado mal o que aquello era fruto de una ambición desmedida. Alvarado estaba convencido de que su empeño lo convertiría en el hombre más poderoso de la Mar del Sur. Tomó una carabela en Puerto Caballos y puso rumbo a la corte en busca de aliados poderosos.

A su llegada a Castilla, mostró los respetos a su suegra, doña María Manrique, viuda de Luis de la Cueva. Entonces quedó cautivado por la belleza de su cuñada, la hermosísima Beatriz, hermana de su difunta esposa. La familia lo vio como una nueva oportunidad. Tras su visita, Alvarado cabalgó a la corte y consiguió impresionar nuevamente a De los Cobos y a Su Majestad. Su agilidad de palabra, la justa ambición que demostraba y su planta de hombre noble lo ayudaron a persuadir a sus interlocutores. Estaba tan seguro de los motivos que lo movían que resultaba imposible no dejarse arrastrar por aquel discurso tan encendido. Y el rey necesitaba de hombres así. Aquel océano inmenso llamado Mar del Sur no podía cruzarse por el Perú. Magallanes y Elcano lo habían logrado, pero más abajo de la capitanía de Chile. Estaba convencido de que había que intentarlo por el norte, frente a Nueva España. Tanto el rey como sus cartógrafos estuvieron de acuerdo. De los Cobos, que necesitaba recuperar los dineros prestados al hidalgo, sedujo al rey. Lo demás fue coser y cantar, y de esta manera Su Majestad le volvió a dar una nueva licencia y lo obsequió con una bula papal. Con astucia y buen hacer, Alvarado se había ganado una segunda oportunidad, y estaba dispuesto a todo con tal de descabezar a sus enemigos.

4

A la mañana siguiente, Amir, el africano, apareció por las cocinas, y la señora Aldonza lo obligó a tomar asiento en la mesa y a comer un poco de pan y carne. Apenas despuntaban las primeras luces. El día había salido plomizo, cubierto de nubes que anunciaban lluvia.

—Venga, muchacho. Come un poco, que debes de estar hambriento.

—Gracias, señora.

La mujer siguió con lo suyo.

—¿Has pasado la noche fuera? —preguntó de espaldas a él.

—No, no —se explicó el africano—. He dormido en el cuarto del almacén. He salido a caminar por las calles de por aquí, pero luego tuve miedo de perderme. Estaba muy oscuro.

—En un par de días conocerás bien la ciudad —suspiró la criada mientras apoyaba una jarra de cerveza en la mesa y se quedaba mirándolo—. Cuida bien del señor. Los Cardeña son buena gente y se ocuparán de ti.

Amir le sostuvo la mirada.

—Eso haré.

—Venga, que no se te enfríe el plato.

Amir comió la carne y el pan con avidez y luego dio un trago largo a la cerveza. Poco después, vio que la criada trataba de levantar una cacerola para ponerla sobre el fuego. El africano se levantó y cogió la olla con sus brazos fuertes. La señora Aldonza se llevó una mano a la frente.

—Uf, cuánto pesa eso, hijo mío.

En ese momento apareció Fernando. Iba ataviado con unas lujosas prendas y un sombrero, una parlota de terciopelo tocada con una pluma. Para sorpresa del esclavo, el joven apartó una de las sillas y se sentó a su lado. Después de dar buena cuenta de la carne y el queso, Fernando le explicó que cruzarían la ciudad hasta el Arenal para ver si había llegado algún cargamento de la familia.

—Tu labor es acompañarme y hacer lo que te diga —dijo—. Eso es todo.

Amir asintió. Luego se dirigieron al portón y vieron que Diego de Estrada los esperaba en la calle. Fernando le había pedido que lo escoltara al puerto. Estrada tenía mala cara, como de costumbre, y Fernando habría apostado que había pasado la noche en vela.

—Buenos días de Dios —lo saludó Fernando.

—Para algunos sí —respondió su amigo. Estrada echó un vistazo al esclavo de arriba abajo. No ocultó la impresión que le provocaron su altura y su constitución, así como la camisa de mangas acuchilladas que relucía, blanca y limpia, en el cuerpo del africano—. ¿Y este quién es?

—Se llama Amir, y entiende bien lo que dices —dijo Fernando, que se giró hacia el africano—. Este es el capitán Diego de Estrada.

Amir le ofreció su mano para estrechársela.

—Buenos días, capitán —dijo con su voz gruesa.

Estrada aceptó el saludo y fue junto a Fernando.

—Espero que nos paremos a comer algo antes de ir al puerto.

—Aldonza ya nos ha alimentado bien —comentó Fernando sonriente—. La próxima vez te vienes antes.

El capitán masculló algo entre dientes, mientras esquivaban charcas de barro y suciedad. Los tres tomaron rumbo hacia la puerta del Arenal. Vieron a lo lejos varias naos y galeones que pertenecían a una misma armada y cuyos aparejos y jarcias cortaban el horizonte. Ya entre el ajetreo del Arenal y los arrabales —llenos de mercaderes, comerciantes, porteadores, criados y esclavos entre cajones y sacos de diverso género—, bajo el murmullo y el mal olor, Fernando distinguió al oficial Ocaña, que volvía de revisar unas barcas cargadas con baúles de mercancías.

Estrada y Amir lo aguardaron a cierta distancia.

—Joven Cardeña —dijo el oficial—. Ayer por la tarde llegó una nao de Indias que llevaba semanas retenida en las Azores. Vino con un cargamento de azúcar para vosotros que ya pasó por la Casa de la Contratación y ahora está en los almacenes. Os trajo algunas cartas. Tendréis que declararlo.

Fernando recordó los consejos de su tío.

—He hablado con un comerciante que busca colocar un cargamento de especias —añadió Ocaña, y Fernando supo exactamente a lo que se refería. Una parte del negocio iría para el oficial—. Le he dado el nombre de vuestro tío.

El joven le estrechó la mano y le dijo que la familia tendría en cuenta su aportación, como siempre. Ocaña le entregó la información del mercader y se despidieron. Los tres se dirigieron a los almacenes que estaban en la misma calle ancha de la alcaicería y la aduana. Fernando entró con sus aires de principal y habló con los oficiales. Luego, uno de los mozos lo acompañó y le indicó cuál era su cargamento. Fernando frunció el ceño, preocupado, al verlo.

—¿Eso es todo?

El mozo asintió y se retiró. Era poca mercancía, tan poca que pensó en venderla a algún comerciante local. Se preguntó por qué razón en Indias habían cargado esa cantidad de especia. ¿Qué había ocurrido?

—¿Qué pasa? —preguntó Estrada—. ¿Te han robado?

Fernando negó con la cabeza y dio una palmada a uno de los sacos. El murmullo de los comercios de la calle se colaba por el ventanuco del almacén.

—No, no lo creo. Pero me pregunto por qué ha venido tan poco género. Es menos de la mitad que la última vez. —Fernando echó un vistazo alrededor y se detuvo en el capitán y el africano—. Diego, enséñale a Amir dónde alquilar un carro y a unos porteadores para llevarnos un quintal a nuestra casa. Después, regresad. Yo tengo asuntos que resolver.

Estrada y Amir intercambiaron una mirada.

El joven dejó a su amigo y al esclavo con esas tareas y se marchó a la aduana a declarar las mercancías. Después, subió por la misma calle hacia la catedral y tomó rumbo a la Casa de la Contratación. El edificio se encontraba en las antiguas dependencias del Alcázar Real. En aquel lugar se regulaban tanto el comercio como la navegación a Indias, así como todos los asuntos referidos a las licencias de pases, la declaración de remesas de oro y plata o las expediciones y flotas. Todo lo que entraba y salía de las Indias estaba controlado y pasaba por las mesas y las manos de los funcionarios de la Casa de la Contratación, sus oficiales y su tesorero. Fernando accedió por el postigo y vio que estaba lleno de señores hablando en corrillos, dando voces con buen ánimo. Se dio cuenta de que en su mayoría eran portugueses. Fue a la sala de los funcionarios y preguntó por sus cartas. Un secretario regresó con un fajo bastante grueso de correspondencia de diversos sitios para su familia. Fernando casi no oía lo que le estaba diciendo el funcionario a causa de la algarabía en el patio del alcázar.

—¿Se puede saber qué sucede ahí fuera? —preguntó Fernando de mal humor.

El hombre le entregó el paquete de cartas después de que el joven trazara su firma en uno de los libros.

—Han venido señores de Portugal a sumarse a la flota de Hernando de Soto, el nuevo gobernador de Cuba —dijo sin mucho interés—. Están aquí para sus licencias.

Fernando miró por la ventana. Varias semanas atrás había oído hablar de aquella expedición. Hernando de Soto era un hidalgo que había hecho fortuna en el Perú y llevaba más de un año viviendo en un caserón en Sevilla. Se decía de él que se había desposado con la chiquilla más hermosa de la corte, doña Isabel de Bobadilla. El rey le había otorgado a Soto los permisos para armar una flota para la conquista de La Florida, y muchos hidalgos de su tierra se habían sumado. Ahora, eran los portugueses los que acudían a la llamada a la aventura en el Nuevo Mundo.

Fernando salió con las cartas bajo el brazo y cruzó el patio entre los capitanes. Acostumbrado a ver a gente de categoría, se dio cuenta de que aquellos hombres eran gente distinta al resto, aventureros habituados a andar con la muerte tras ellos. Estaban allí por la gloria de su nombre y nada más. Se preguntó cómo alguien podía ser capaz de vivir de tal modo. Esos hombres se embarcaban a lo desconocido y buscaban hacer riqueza desesperadamente en campañas y expediciones temerarias. Lo contrario al orden y a la estrategia de

un buen mercader.

5

El cielo de Sevilla se cubrió de nubes, y corrió el viento que solía anunciar la lluvia. Fernando regresó a la casa y comprobó que Pedro de Alvarado y su séquito se habían marchado esa mañana. El gobernador de Guatemala tendría tantas cuestiones y asuntos por resolver que no tenía tiempo que perder. Eso significaba que su tío y Giacomo le habrían dado una respuesta. Fernando fue del atrio a las escaleras con el legajo de cartas en las manos. A la distancia vio a Amir y a Estrada comiendo juntos en las cocinas, con Aldonza. El joven subió los escalones de dos en dos. Se dirigió al despacho de Rodrigo. Tocó a la puerta dos veces y, sin esperar, entró.

Giacomo Bardi, Rodrigo de Cardeña y su primo, Juan, estaban sentados a la mesa discutiendo. El secretario Cereceda estaba en la escribanía redactando un documento. Los tres hombres de la mesa alzaron la vista al ver aparecer a Fernando. El joven dejó las cartas sobre la mesa. En otra ocasión, su tío las hubiese abierto en ese mismo momento; sin embargo, aquella discusión era lo suficientemente importante como para no distraerse con otra cosa.

—¿Y bien? —preguntó el joven de pie, con las manos en el respaldo de una de las sillas.

Fue el señor Giacomo quien habló.

—Hemos decidido comerciar con esclavos con las licencias del señor De los Cobos —anunció con cautela—. No podemos rechazar una oportunidad como esta. El hombre más poderoso de Castilla será nuestro socio.

—¿Y a qué vienen esas caras, pues? —quiso saber Fernando.

—La campaña de la Mar del Sur. Guatemala —dijo su primo.

Fernando tomó asiento. Estaban en juego los destinos de su familia. Si bien eran negocios para enriquecerse como ningún otro, tanto los esclavos como un campaña acarreaban un riesgo considerable.

—¿Qué pasa con eso?

Rodrigo miró a Fernando con un gesto de preocupación.

—Nuestra familia va a probar a hacer negocios con esta gente, porque tenemos la posibilidad de acercarnos a la corte.

—Sabemos que hay algo que Alvarado ha querido ocultarnos —añadió Giacomo.

—No solo eso —continuó Rodrigo—. Temo que sea de esos hombres acostumbrados a no pagar sus deudas y que dejan tirados a sus socios. Si

nuestra familia adelanta los pagos para sus esclavos, él obtendrá la fuerza de trabajo necesaria para construir la flota que pretende, y podría largarse a hacer su campaña y esperar a descubrir esas tierras antes de devolver las ganancias.

Fernando barajó todas las opciones.

—Bueno, por eso nos ha ofrecido una hacienda en Santiago de Guatemala, cabezas de ganado, una encomienda…

—Es él quien ha tasado el precio de ese aval, Fernando —argumentó Rodrigo—. Ninguno de nosotros ha visto con sus ojos esa casa ni ha contado las cabezas de ganado. Y en cuanto a la encomienda… Los hombres de Indias se reparten el territorio a su antojo; nadie me dice que quizás esté plagado de tribus y tenga que ir yo mismo a pacificarlas.

—No estarás insinuando que… —dijo Fernando.

—Eso es, hijo. No me fío de ese hombre —sentenció su tío.

Todos permanecieron en silencio durante unos instantes.

—Si solo participamos del comercio de esclavos, corremos peligro de que Alvarado nos la juegue y se marche a su expedición antes de devolvernos nada —recapituló Fernando mientras pensaba en voz alta con la vista en la mesa—. Eso nos deja dos opciones. La primera, no hacer nada. La otra, apostar por las dos empresas.

Rodrigo de Cardeña asintió, satisfecho de que su sobrino comprendiera la difícil encrucijada a la que se enfrentaban.

—Eso es.

—¿Entonces? —preguntó el joven.

Su tío se inclinó y apoyó las manos en la mesa.

—No podemos hacer frente a las dos cosas —le explicó Rodrigo.

Fernando no estaba seguro de cuánta sería la participación de su familia en la campaña de la Mar del Sur.

—¿Cuánto habéis decidido apostar?

Rodrigo intercambió una mirada con su amigo, el genovés.

—Cuarenta mil ducados —dijo Bardi.

—Dios mío —murmuró Fernando sin aliento.

—Hemos hablado con los Espinosa para que nos hagan un préstamo —dijo Rodrigo.

Fernando sabía que, aunque aquella familia sevillana de mercaderes banqueros tenía buenas relaciones con su tío y con Bardi, era demasiado arriesgado.

—¿Qué os han dicho? —Fernando miró a Rodrigo y luego al señor Giacomo.

Rodrigo se puso de pie y fue hacia la ventana. Fuera comenzaba a lloviznar.

—Quieren esta casa y nuestra nao como garantía por esa cantidad —prosiguió el genovés.

Fernando se quedó sin palabras.

—Vamos a actuar con cautela —los tranquilizó Rodrigo—. Alvarado no se irá de aquí hasta que el rey haya firmado por escrito sus capitulaciones, el papa le entregue su bula y consiga desposar a doña Beatriz de la Cueva. Después tendrá que armar una flota, que no es poca cosa. Pensad en Hernando de Soto y en cuánto tiempo le ha tomado armar sus asuntos aquí en Sevilla. Alvarado no se irá antes de la próxima primavera. Tenemos un año para pensar las cosas con calma.

Las palabras de Rodrigo de Cardeña apaciguaron a los suyos.

A continuación, trataron otros temas. Fernando les informó acerca de la llegada de un cargamento de azúcar que había visto esa mañana y del comerciante de especias que le había dicho el oficial Ocaña. Tuvieron la impresión de que trataban asuntos pequeños en comparación con las grandes campañas y negocios con hombres de la corte. Luego Fernando volvió a tomar la palabra y habló sobre su propuesta a Leonor Duarte. Solo faltaba que las dos familias se pusieran de acuerdo para el matrimonio.

—Iremos juntos esta misma semana y hablaré con Duarte sobre esto y el asunto de la dote —comentó Rodrigo—. Os casaréis antes del verano y viviréis aquí antes de marcharos a Génova.

—¿A Génova? —preguntó Fernando sonriente, y luego echó una mirada a Bardi, que lo obsequió con un gesto cómplice.

Su primo Juan se adelantó.

—Si vendemos esclavos de África, me llevaré a Lucrecia y a mi hijo a vivir a Lisboa —dijo entusiasmado.

Fernando volvió la vista a Rodrigo.

—Desposarás a Leonor Duarte y os iréis a la casa de los Bardi en Génova —anunció su tío, que intercambió una mirada con su socio y amigo Giacomo—. Pero me parece que ya estabas al tanto de eso. Juan se irá a Lisboa y tu padre, Fernando, se encargará de Guatemala y de Alvarado y de ir hasta allí. Tú serás el agente de nuestra familia en Italia, Fernando, como siempre has querido.

La tarde se oscureció, y lloviznaba de tanto en tanto. La gente se resguardó en sus casas; fueron muy pocos los que se dejaron ver por las calles o la plaza de la catedral. Fernando invitó al capitán Estrada y a Amir a beber vino en una de las tabernas más concurridas en la calle de las Escobas. Aquel lugar era tan viejo como podía serlo la ciudad, su fama era conocida por todos. Cuando los tres compañeros cruzaron el umbral, la luz tenue y el ambiente cargado los envolvió. Tomaron asiento en una de las mesas del fondo, y Fernando pidió que le llevaran una jarra de vino bueno, pan, quesos curados, tocino y aceite para celebrar la decisión de su tío. Luego le contó a su amigo los planes para su familia enviarlo a Génova.

—Yo no volvería a Italia por nada del mundo —esgrimió Estrada mientras mojaba un trozo de pan en el aceite de oliva, espeso y sabroso.

—Esto es diferente —dijo Fernando—. Yo no me he alistado en los Tercios. Viviré en la villa de los Bardi.

Estrada se encogió de hombros.

—¿Por qué razón no quiere regresar, capitán? —intervino Amir.

Estrada le hizo un gesto a Fernando ante la pregunta. Luego miró a Amir y esbozó una media sonrisa cargada de ironía.

—Italia es como una mujer, africano. Es hermosa y canalla, depende desde dónde se la mire. Es el cielo y el infierno en un mismo sitio. Puta y dama.

Amir asintió lentamente, sin comprender las palabras de Estrada. Fernando le explicó lo que había querido decir su amigo con esas palabras.

—A todos nos ha pegado la vida —esgrimió el africano al tiempo que se cruzaba de brazos y exhibía sus músculos. El esclavo había visto las desgracias de su gente a manos de los portugueses que recorrían las costas de su tierra en busca de prisioneros. Sabía de lo que hablaba.

—La historia del capitán es diferente, Amir —sostuvo Fernando—. Podría decirse que ha bajado varios escalones en el infierno de los hombres.

Estrada alzó un poco el vaso para brindar. En la mesa de al lado dejaron escapar risas y chanzas. Jugaban a las cartas y apostaban.

Amir seguía con los ojos puestos en el capitán.

—¿Qué es lo que ha visto? —le preguntó el africano.

El capitán endureció el gesto.

Diego de Estrada había participado como infante en la batalla de Pavía en febrero de 1525 y había visto con sus propios ojos la captura del rey de Francia. Dos años después, fue ascendido a capitán. En marzo de ese mismo año, vivió en sus propias carnes cuando se les negó una paga por enésima vez

a los cinco mil españoles que iban en el grueso del ejército de Su Majestad. No obstante, sí se les pagó a los más de doce mil lansquenetes que iban con ellos. Estrada era un hombre acostumbrado a matar, a obedecer y a malvivir, casi siempre con hambre. En una armada con tantas banderas e idiomas, se dio cuenta de que lo único con lo que podía contar era con la camaradería y lealtad de sus compañeros de armas. El rey francés había sido derrotado, y fueron a por su aliado, el papa. Dos meses después, aquel ejército tan desigual, con sus pagas adeudadas, llegaba a las puertas de Roma, y daba inicio al saqueo más sanguinario de la historia.

—Recuerdo que nos colamos por la ventana de un palacio y a través de allí logramos alcanzar la plaza de San Pedro —relató Estrada, a quien le había cambiado la voz, sentado a la mesa de la taberna. Fernando, que pocas veces le había oído comentar aquellos episodios, sabía que habían forjado el carácter del hombre que tenía frente a él. El capitán prosiguió con su relato ante la mirada apasionada de Amir—: Los lansquenetes fueron llenando la explanada empuñando sus alabardas, partesanas y montantes en primera fila. Frente a ellos se dispuso la Guardia Suiza, una compañía de mercenarios cuyo único propósito era salvar la vida del papa. Formaron en bloque frente a San Pedro, para proteger a su señor y a las reliquias sagradas. No eran más de ciento cincuenta hombres contra miles de mercenarios alemanes que venían a por ellos.

—Eso no lo sabía —murmuró Fernando. Estrada asintió, muy serio.

—Nunca, en toda mi vida, he vuelto a ver tal muestra de valentía como la que exhibieron esos suizos. Aguantaron como hombres y bañaron con su sangre la escalinata de la basílica.

—¿Y qué pasó después? —quiso saber Amir, con los ojos brillantes.

Por su mirada, Fernando se dio cuenta de que Amir era también un aventurero. Un hombre que había visto mucho mundo y que tenía la certeza de que habría de morir muy lejos del sitio que lo había visto nacer.

—Fueron masacrados, pero le dieron tiempo al papa para huir al castillo de Sant'Angelo a través de un pasadizo secreto.

El africano dejó escapar una risa y dio un puñetazo a la mesa, como un crío. Tenía toda su atención puesta en la historia del capitán. Jamás había oído nada acerca de esas guerras ni de esos lugares.

—¿Y con la ciudad? ¿Qué ocurrió? —siguió Amir. Estrada y Fernando intercambiaron una mirada. El capitán bebió de su copa para pasar el mal trago del recuerdo.

—La saquearon —dijo Fernando, dando por concluido el relato.

Esa historia Fernando la sabía bien, cómo los hombres se cobraron sus pagas derramando sangre y violando a todas las mujeres. Como le había contado Estrada en su día, los españoles fueron los más ingenuos. Muchos alemanes regresaron ricos a su tierra. Estrada apenas consiguió el sueldo de un año. Sin embargo, fue testigo de cosas a manos de los lansquenetes que jamás olvidaría. Fernando era consciente de que la campaña de Italia había cambiado la manera de ser de su amigo, que ahora malvivía entre la mala gente. Se preguntó si acaso habría alguien en el mundo que después de ver aquello mantuviera alguna esperanza. Para Estrada, la realidad del hombre era violenta y salvaje, como el saqueo de una ciudad sagrada.

—Lo que ha visto, capitán, tiene una explicación —dijo Amir después del silencio en el que se habían quedado—. Una guerra, las decisiones de hombres poderosos. Ese es su consuelo.

—Pues vaya consuelo de mierda —respondió Estrada.

Amir negó con la cabeza.

—La gente de mi país vive libre y trabaja la tierra para dar de comer a sus hijos, nunca hicimos nada malo. Un día vimos aparecer cinco naves en la bahía. Pensamos que eran hombres del norte que venían a comerciar con nosotros. —Amir se detuvo, y Fernando vio que su expresión volvía a ser la misma del mercado de las gradas, aquella mirada apagada—. Nunca imaginamos que, en realidad, lo que buscaban comerciar era *a nosotros* mismos. Vi a muchos hombres y mujeres pelear y morir sin ninguna razón; a unos los mutilaron y les cortaron las manos, otros perdieron su cabeza, a las mujeres las violaron y a las madres les arrebataron a sus hijos para venderlos.

Fernando bajó la mirada, contrariado. El hecho de que su familia fuera a dedicarse al comercio de esclavos lo entristeció. Podrían haber vendido cualquier otra cosa; lo que le interesaba a su familia era estar cerca de los hombres de la corte. Sin embargo, tenían licencias para vender esclavos africanos, bereberes, turcos e infieles. Pero, como decía Amir, se trataba de hombres libres.

Estrada asintió al oír todo aquello y se bebió el vino de su vaso de un trago, como si de pronto las palabras del africano lo hubieran despertado de un letargo. Llevaba mucho tiempo sin pensar en nada referente a esos años, en espera de que el duelo pasara. Sin embargo, aquel duelo se alargaba en el tiempo, mientras el capitán desperdiciaba sus días con vicios de mala vida tan solo para olvidar.

Poco antes de la medianoche, Fernando se despidió de Estrada en la taberna y regresó a casa en compañía de Amir mientras en el cielo los truenos anunciaban un aguacero. Al llegar a la casa, el africano le dio las buenas noches y se retiró a su cuarto junto al almacén. El joven subió las escalinatas. La lluvia descargó en ese momento, y Fernando se detuvo a contemplar la cortina de agua que caía por el atrio y hacía resonar con fuerza la piedra del suelo y de las columnas. Desde siempre había apreciado mirar la lluvia desde la balconada. La tranquilidad de la noche lo llevó a pensar en las historias de Estrada y de Amir. El agua corría por las canaletas y por las tejas hasta el hueco de la alcantarilla, que se había transformado de pronto en una fuente natural. Imaginó que se hallaba bajo la cascada en un lugar indómito, en mitad de la selva, y entonces se encontraba con la india que se le aparecía en sus sueños. La pasión que despertaba en él era lo contrario a lo que sentía por Leonor, un amor recto y distante. Fernando nunca había tenido la necesidad de acudir a la mancebía a calmar sus arrebatos carnales; sin embargo, se preguntó si acaso los hombres compartirían alguna vez aquellos impulsos con sus esposas o si, por el contrario, calmaban sus culpas en compañía de concubinas o amores de pago. Estas cuestiones lo apenaban, y más lo hacían por el hecho de que iba a pedir la mano de Leonor y a llevársela lejos de su familia. Vivir en Génova significaba recorrer el norte de Italia, acudir a los mercados de Lucca, Florencia y Venecia, visitar hermosas ciudades con las que trazaría nuevas alianzas —como Siena, Verona y Ferrara—, y pensaba hacerlo en solitario, sin la compañía de su mujer, que lo esperaría en la casa de los Bardi. El matrimonio era el precio que había que pagar por ser un hombre de su categoría. Incluso señores como Pedro de Alvarado se veían en la obligación de desposar a una dama con el fin de cumplir sus objetivos. Del mismo modo, Fernando necesitaba de la dote de Leonor y del santo sacramento para alcanzar la adultez.

No había visos de que la lluvia fuera a detenerse. Fernando recorrió el pasillo hacia su alcoba cuando vio la puerta entreabierta del despacho de su tío. Distinguió la luz de los candiles. Tocó dos veces al marco y entró. Rodrigo de Cardeña estaba sentado a la larga mesa con una mano en el rostro, con las cartas abiertas frente a él. El joven sabía que aquella semana era crucial para cerrar los tratos y negocios de la familia, por lo que no era raro verlo trabajar hasta esas horas de la noche.

—¿Qué haces por las calles a medianoche? —le preguntó Rodrigo.

—He ido con Estrada a la taberna —respondió—. No tienes que preocuparte.

Su tío asintió y pasó por alto el tema. Cuando apartó la mano que tenía en el rostro, Fernando comprobó que tenía la mirada cristalina y que un velo funesto cubría su semblante. Distinguió en la carta que tenía delante el trazo a vuelapluma de una tal doña Beatriz del Castillo.

—¿Qué ocurre? —El joven fue hasta su tío y tomó asiento. El gesto de Rodrigo pasó de la amabilidad a la preocupación.

—Las cosas van a cambiar, hijo.

Fernando entornó la mirada.

—Lo sé —dijo—. Todo será diferente.

Rodrigo negó con la cabeza con parsimonia.

—No lo entiendes. No es eso a lo que me refiero.

El viejo mercader pasó la mano por la carta que tenía frente a él. De pronto, Fernando se dio cuenta de que algo irreparable había acontecido. El gesto de Rodrigo le dio a entender que la muerte y la desgracia se habían hecho presentes y habían cambiado para siempre los destinos de su familia y el suyo.

—¿Qué ha sucedido? —se atrevió a preguntar.

Rodrigo alzó la mirada hacia él y la luz de las velas tiñeron sus lágrimas de tristeza. Sus palabras emergieron del dolor y la incertidumbre.

—Tu padre ha muerto, Fernando.

III

LICENCIA A LAS INDIAS

1

Quiso llorar, pero no pudo. Cerró los ojos y se cubrió el rostro con una mano. Llevaba casi quince años sin ver a su padre, y el recuerdo le resultaba lejano. No obstante, aquel hombre le había dado todo y había procurado que creciera en una gran ciudad como Sevilla, al amparo de su tío Rodrigo. Gracias a esto, Fernando se había educado como un joven de cualquier corte, alejado de la figura del hombre de Indias, soldado y buscavidas. El joven guardaba imágenes de su infancia en Santo Domingo y recordaba que era un pueblo pequeño y polvoriento, muy lejos de su realidad. De niño su padre lo guiaba al puerto para ver a las flotas que arribaban de Castilla. Con los años, todo aquello había quedado atrás. Si bien Fernando poseía un espíritu aventurero, en realidad siempre le interesaron el saber, los libros, el arte y el comercio. Las Indias enmarcaba la idea de conquista y de un territorio por explorar, pero era un lugar pobre y abandonado. Fernando, en cambio, soñaba con zambullirse en el conocimiento que guardaban las ciudades italianas, visitar centros de saberes, entablar alianzas con familias importantes de nobles y mercaderes. Se preguntó qué sería de su madre, Inés de Tapia, en ese momento. ¿Regresaría a Sevilla a vivir en la casa de los Cardeña?

Fernando desvió la mirada hacia la carta que permanecía en la mesa.

—¿Quién la ha escrito?

—Doña Beatriz del Castillo —dijo Rodrigo en voz baja—. Es de una de las familias hacenderas de Santiago de Cuba aliadas de mi hermano. Dice que había llegado a la villa para cerrar tratos y que a los pocos días lo hallaron muerto. Tu padre estaba en su posada cuando sucedió.

A Fernando se le hizo un nudo en el estómago. Cogió la carta y la leyó. El trazo de la pluma indicaba que había sido escrita con rapidez. Era corta y concisa. Además, solicitaba ayuda para cubrir algunas deudas de don Fernando contraídas los últimos años y que ascendían a cuatrocientos ducados.

—No sabía que las cosas estuvieran mal allí —dijo el joven—. ¿Mi padre tenía deudas con los hacenderos con los que trataba?

Rodrigo frunció el ceño.

—Yo tampoco estaba al tanto. En su última carta no mencionó nada de eso. Decía que las cosas marchaban bien, sin sorpresas, y que pensaba viajar a Sevilla en una primavera o dos.

—Es extraño —murmuró Fernando.

—Tenemos que encontrar una solución, y con presteza.

Fernando se pasó una mano por el rostro con preocupación.

—¿Qué piensas hacer?

Rodrigo apoyó la espalda en el respaldo de la silla con un gesto de cansancio, tristeza y confusión.

—Quería mucho a mi hermano —murmuró—. El comercio nos volvió grandes; todo lo que ves lo conseguimos juntos. Ahora hemos decidido participar en las empresas de Alvarado para intentar alcanzar a los hombres de la corte. Los Espinosa nos han adelantado un préstamo importante, hijo. Nuestro negocio y nuestra casa están en juego. Sin el comercio de Indias, que es nuestro pilar, todo este castillo de naipes se nos vendrá abajo.

Fernando pensó en todas las alianzas —de todos los cargamentos que se enviaban año a año de todas las compañías de mercaderes— que habían construido en cada una de las rutas y mercados en los que participaban. Tanto esfuerzo quedaría en manos de unos mercaderes banqueros que se cobrarían su préstamo con las garantías si no eran capaces de llevar los planes a buen puerto.

—No podemos permitir que eso suceda —manifestó Fernando con seguridad en la voz.

—No, no podemos —respondió Rodrigo con seriedad mientras cogía la carta—. Hay que actuar con determinación. Sin embargo, no tenemos a nadie que administre ni nuestros asuntos en Indias ni todas las propiedades de tu padre. Si esta mujer está pidiendo ayuda por deudas, es porque mi hermano ocultó los intercambios en los que probaba suerte. Además, era un hombre que guardaba enemistad con muchos señores, pues en los años que consiguió tratos con los hacenderos más rentables se granjeó muchos enemigos. Si perdemos a los aliados de Santo Domingo y de Cuba, nuestra familia caerá en desgracia.

Fernando sintió que se le secaba la boca. Su tío era demasiado anciano para embarcarse, cruzar el océano y solucionar tantas cuestiones.

—Lo mejor será que Juan se establezca en La Española y pida la ayuda del

gobernador de Santo Domingo, para empezar. Luego podrá cruzar a Guatemala con Alvarado y encargarse del abastecimiento —expuso Rodrigo en voz alta.

Fernando pensó que aquello lo obligaría a él a irse a Lisboa con Leonor Duarte y manejar él mismo el comercio de esclavos. Los asuntos de la familia no podían detenerse. Sin embargo, en ese preciso instante comprendió que su sitio estaba en otro lugar.

—Iré yo —dijo.

Su tío alzó la mirada hacia él.

—¿Cómo dices?

—Iré a Santo Domingo y a Guatemala y arreglaré las cosas.

Rodrigo se cruzó de brazos.

—No, no, irá Juan —insistió—. Él sabrá tratar este asunto. No puedo enviarte, Fernando. ¿Entiendes lo que está en juego? La responsabilidad es enorme; no voy a cargar ese peso sobre tus hombros.

—¡Conozco mejor que Juan lo que está en juego! Yo mismo redacté con Bardi el libro de cuentas. —Fernando clavó la mirada en los ojos de su tío, apretó los dientes y bajó la voz—. Dime, si no, por qué no lo has hecho partícipe de la negociación con Alvarado. ¿Crees que no me he dado cuenta? Amo a mi primo, pero es un hombre que no sabe negociar nada. Ni siquiera sabe cómo funciona una Letra de Cambio.

Rodrigo se revolvió en la silla. No cabía en él la posibilidad de que Fernando se marchara en solitario a arreglar los asuntos de la familia. Juan, su hijo mayor, debía ser el encargado de tratar aquellos negocios, aunque sus métodos fueran contrarios a los suyos.

—Fernando, eres muy joven, y no creo que mi hermano haya sido recto en cuestiones de moral. Habrá respuestas que tal vez no quieras conocer —le advirtió.

—Puedo hacerlo.

Rodrigo negó con la cabeza.

—No me perdonaría que te pasara algo. Irás a Génova como hemos acordado. Yo encontraré la manera de solucionar esto.

—Sé cómo funcionan las cosas —insistió el joven—. Sé que confías en la experiencia de Juan, pero es impulsivo y a la vez condescendiente. No solo se trata de enderezar los asuntos en La Española o Cuba, sino de que también habrá que preparar parte del avituallamiento para Alvarado antes de que llegue y encontrar la manera de aprovisionar a toda su flota.

Rodrigo, que conocía de sobra a su hijo, asintió.

—No te quitaré parte de razón.

Fernando continuó.

—Además, es mi padre —dijo—. No me prives de la posibilidad de limpiar su nombre.

Rodrigo cerró los ojos un momento. Se dio cuenta de que frente a él había un hombre. Fernando había madurado deprisa esos últimos años. Veía en él la figura que encarnaba al heredero de la fortuna familiar, un joven entusiasta, inteligente, sagaz. Rodrigo se puso en pie y anduvo hasta la ventana, un gesto habitual antes de tomar grandes decisiones. Entretanto, Fernando imaginó que en Santo Domingo vería a su madre, revisaría las cuentas de la casa y acudiría a Santiago de Cuba con presteza a reunirse con los hacenderos aliados de su padre. Una vez allí, sabría actuar.

—Hoy he visto a los hombres de Hernando de Soto pedir las licencias para el pase a las Indias —dijo Fernando—. Estaban reunidos en el patio de la Casa de la Contratación. Tal vez puedas conseguir una para mí.

Rodrigo se volvió hacia él. De pronto, pareció haber tomado una decisión.

—Hernando de Soto parte para Sanlúcar en menos de una semana y cruzará el océano al frente de dos flotas en diez días. Apenas hay tiempo. —El viejo mercader hizo una pausa y miró a su sobrino a los ojos, con una mezcla de inquietud y nostalgia—. No estoy de acuerdo, Fernando, pero confío en ti. Tú también debes confiar en mí. Iréis los dos con Juan.

El joven asintió, resignado. Rodrigo se detuvo ante el respaldo de la silla.

—Me reuniré con los oficiales de la Contratación y pediré las licencias para vosotros —prosiguió su tío—. Eres indiano, los oficiales verán que es un retorno, por lo que será más fácil que se la concedan a Juan. Me temo que deberéis reuniros con don Hernando de Soto en su caserón, como cortesía, y ofrecerle vuestro servicio. Es el único que podrá hacer que cruces el océano y que no tengamos que esperar un año. Tendrás varios meses para ver el estado de las cosas allí antes de la llegada de Alvarado.

Fernando sintió el mismo vértigo que experimentaría si se precipitara a un despeñadero. Se alegraba, al menos, de cruzar el mar en compañía de su primo.

—Iré mañana mismo —dijo. Su mente fue de un lado para otro, sin dejar de pensar en todos los asuntos que tendría que zanjar antes de partir. Entonces le vino la imagen de Leonor Duarte—. ¿Qué pasará con mi matrimonio?

Rodrigo negó con la cabeza.

—Hablarás con la muchacha, y ella entenderá que estarás alejado un

tiempo. Tal vez puedas estar de vuelta para la próxima primavera.

Fernando asintió, intranquilo. Su vida estaba a punto de cambiar por completo, y un abismo se abría ante él. Se preguntó si acaso Dios no habría condenado a su familia por la codicia, por perseguir las riquezas a lo largo del mundo. Fernando era consciente de su responsabilidad. La vida parecía ajustar cuentas con él y lo obligaba a regresar al lugar que lo había visto nacer. Un lugar al que pensó que no volvería jamás. El Nuevo Mundo.

2

La lluvia descargó con fuerza esa noche, mientras el viento golpeaba los postigos de madera que cubrían las ventanas. El cielo tronaba sobre la casa de Sevilla. Fernando tuvo un sueño inquieto y se movió de un lado a otro. En él, el agua y el lodo lo inundaban hasta la cintura, y apenas conseguía moverse en el lugar en el que se hallaba atrapado. Vio una extensa plaza mayor de un pueblo y en medio de ella, a un toro. La bestia estaba con la cabeza inclinada, lista para la carga ante el menor movimiento. A su alrededor se esparcían los cuerpos de hombres y mujeres sin vida. Fernando desvió la vista al cielo mientras un aguacero caía sobre él. Tuvo la certeza de que una marea los sepultaría a todos. Anduvo entre el lodazal, con la mala fortuna de atraer la atención del toro en la lejanía. El animal tensó los músculos y fue en su dirección. En ese momento, Fernando vio a una india que estiraba una mano hacia él a cierta distancia. Estaba de pie, sobre un montículo seco, apoyada en un tronco.

—¡Corre! —gritó con la voz desgarrada.

La marea. Una masa infernal de agua, rocas y lodo venía tras él. Alcanzó a ver de soslayo que se llevaba por delante las casas, la plaza, los cuerpos y al toro. Sintió que la sangre se le helaba, todo a sus espaldas se volvía oscuro y rugía con un estruendo ensordecedor. El ruido de la muerte. Hizo un esfuerzo por alcanzar el terraplén, pero se dio cuenta de que ya nada podía hacer. Era el final de su vida. Lo último que vieron sus ojos fue el llanto de la india.

—¡No! —gritó Fernando cubierto de sudor, en su cama de Sevilla.

Frente a él, la ventana estaba abierta de par en par y daba violentos golpes contra el muro. El agua entraba en la habitación, y había mojado el suelo de madera y la cama. Fernando trató de recuperar el aliento. Se levantó cuando vio que algunas cosas del mueble habían caído a causa del viento. Se lamentó al descubrir el vaso de cerámica que había comprado en el mercado hecho añicos. Se inclinó y recogió los trozos esparcidos. La lluvia y el viento le

bañaron el rostro. Cogió el trozo más grande. Era el de la india. *Ixchel.* Fernando guardó la cerámica en un lugar apartado y cerró la ventana sin comprender el enigma. ¿Quién era esa mujer? ¿De qué trataba de advertirle?

Aquel sueño persistió en él los días siguientes. Una atmósfera de tragedia e incertidumbre invadió la casa. Los ánimos cambiaron. Su primo Juan discutió largas horas con su padre, Rodrigo, por el viaje a las Indias. Giacomo Bardi era partidario de que su sobrina Lucrecia, la mujer de Juan, esperara en Sevilla. No obstante, estas ideas y reclamos carecieron de sentido días más tarde, cuando Rodrigo regresó de la Casa de la Contratación con el dictamen de los oficiales. Estos habían aceptado el pase a Indias para Fernando, por ser indiano, y en ningún caso concedieron el permiso para ningún otro Cardeña.

—*«Se le permite el pase a Santo Domingo únicamente a Fernando de Cardeña y a las personas de su servicio, criados y esclavos, no así a sus familiares, y siempre y cuando cubra con las provisiones para su viaje y encuentre sitio en alguna de las flotas que salen a final de mes, a cuatro de marzo de mil quinientos treinta y ocho»* —leyó en voz alta el señor Giacomo.

El anuncio cayó como una losa en los presentes.

Fernando intercambió una mirada con su primo Juan. La responsabilidad era enorme. El joven debía hallar una solución a unos problemas que desconocían, pues don Fernando padre los había mantenido en secreto, y abastecer una flota al completo en Guatemala.

—Me niego a que vayas solo —murmuró Rodrigo.

—¿Cómo has podido conseguir esto tan rápido? —preguntó Juan con la mirada puesta en su padre, en referencia al pase a Indias.

Rodrigo guardó silencio un momento.

—Los Espinosa han intercedido por mí en la Casa de la Contratación —dijo. Aquellos mercaderes banqueros llevaban varios años siendo aliados de los Cardeña—. Tienen negocios con sus agentes, y he hecho uso de su influencia.

Bardi se pasó una mano por el rostro. Aquel gesto preocupó a Fernando.

—Todo o nada —murmuró el genovés.

—Ya estamos en el embrollo —esgrimió Rodrigo, molesto—. ¿Qué más da usar su influencia?

Bardi lo apaciguó con un gesto con la mano y tomó la palabra.

—Si Alvarado finalmente no desposa a esa dama…, ¿qué pasará con el préstamo si no vendemos esclavos ni hay campaña? —Bardi alzó las cejas tras su pregunta.

—Pues devolveremos todo y solo pagaremos una parte, porque el trato

estará anulado —explicó Rodrigo.

—Y en el caso de que Alvarado obtenga sus mercedes, todo seguirá adelante —reflexionó Fernando, y miró a su tío en busca de una confirmación.

—Así es —respondió Rodrigo—. Los Espinosa nos han dado siete años para pagar la totalidad y el interés, pues suelen ser siete los años que otorga Su Majestad una gobernación. En los dos años próximos, debemos devolver una décima parte del préstamo, como muestra de buena fe. Luego, se conformarán con esperar hasta la primavera del año 1545.

—Cuatro mil ducados de los cuarenta mil —murmuró Juan.

—Eso es —dijo Rodrigo—. Es lo único de lo que debes preocuparte, Fernando.

Fernando grabaría aquella cifra a fuego en su memoria.

3

Tres días habían pasado desde que Fernando se enterara de la desgraciada noticia, y fue el tiempo que tardó su tío Rodrigo en conseguir el pase a las Indias. No era sencillo encontrar la manera de cruzar al Nuevo Mundo. La Casa de la Contratación controlaba las entradas y salidas de personas y mercancías con rigurosidad, aunque siempre era posible colar tanto a gente como a género a ambos lados del océano —sin ir más lejos, ellos mismos no declaraban toda la mercancía que traían—. No obstante, para las personas era una historia diferente.

Fernando bajó a las cocinas y encontró a Amir, que cargaba cubos de agua para la señora Aldonza.

—Buenos días, señor —dijo Amir al verlo.

—Necesito que vengas conmigo —ordenó Fernando, y echó un vistazo a la criada, molesta de que le arrebataran a un ayudante—. Ve a cambiarte.

Poco después, el africano estuvo listo, y lo esperó en el atrio. Fernando consideró que tenía buena presencia. Era alto, fuerte, y su sonrisa era agradable, con una hilera de dientes blancos bien alineados. El semblante de Amir había cambiado con el paso de los días. En poco o nada se parecía al esclavo del mercado de las Gradas; la señora Aldonza se preocupaba de vestirlo con gracia, de que no faltara comida en su plato, y procuraba que su estancia estuviera limpia y que el lecho fuera cómodo.

Ambos se internaron por las calles de Sevilla.

—¿A dónde vamos? —quiso saber el africano. A Fernando le agradó su

tono, dispuesto a acompañarlo de buena gana.

—Vamos al caserón de un señor llamado Hernando de Soto —dijo el joven.

—Hernando de Soto —repitió.

—Eso es.

Amir asintió con seriedad. A su amo le había cambiado el semblante durante los últimos días, y aunque el esclavo no supiera toda la verdad, sabía que algo grave había sucedido.

—¿Qué tiene de importante ese hombre? —preguntó.

Fernando se acomodó la parlota.

—El hidalgo es el capitán general de la flota de navíos que reposa en el puerto —le explicó—. Su armada partirá en unos días a La Española para luego cruzar a Cuba.

Fernando sabía que más adelante proseguiría su viaje hacia San Cristóbal de la Habana y que de ahí saltaría a La Florida. Una travesía de miles de millas náuticas y otros cientos de leguas tierra adentro. Su Majestad lo había nombrado gobernador de Cuba y adelantado de La Florida, para su conquista.

—¿Y eso qué tiene que ver con usted, señor?

Fernando miró a Amir un momento a los ojos.

—Necesito que me haga un hueco entre su pasaje.

De camino a la posada en la que se hospedaba el hidalgo, Fernando recordó lo que le había contado su tío acerca de Hernando de Soto. El capitán general había destacado en la conquista del Perú y había regresado a Castilla con parte de la fortuna del emperador inca Atahualpa. Tenía fama de ser un hombre íntegro. Tanto por su gracia como por su riqueza, había ganado el favor de Su Majestad. Entretanto, desposó a Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila y descendiente de la estirpe de los Bobadilla, con gran influencia en la corte de Castilla. Incluso Fernando había oído los rumores acerca de que don Hernando y doña Isabel se habían enamorado de verdad.

La posada era un caserón cercano a la catedral, a tiro de piedra de la taberna de las Escobas. Contaba con una entrada tan ancha que cabían dos carros. Al final del corredor, Fernando distinguió la luz pálida de un patio interior, rodeado de balconadas y azoteas de madera. Soto y su gente llevaban semanas ocupando todas las estancias y almacenes de aquel sitio.

—¿A quién busca? —preguntó una voz en uno de los balcones.

Era un hombre de cabello corto, que vestía como un principal. No parecía gran cosa. Fernando se situó en mitad del atrio.

—Busco a Hernando de Soto —dijo con firmeza, y su voz retumbó en la

madera.

El hombre lo observó unos instantes, tanto a él como al africano, y luego hizo un gesto con la mano para que subiera por las escaleras. Amir esperó en el patio. Poco después, Fernando estuvo frente al hombre de la balconada. Aquel hombre estaba supervisando las labores de tres criados.

—¿Quién me busca? —preguntó el hidalgo.

Fernando lo miró con extrañeza. Aquel individuo podía ser cualquiera de los capitanes de la hueste.

—¿Sois vos don Hernando de Soto, capitán general de la armada?

El hidalgo se dirigió a los criados y dio las instrucciones para que cambiaran algunas cosas de un baúl a otro. Luego regresó a Fernando.

—Y nuevo gobernador de Cuba —añadió—. ¿Quién me busca?

A Fernando le desconcertó su trato informal y su manera de hablar. Intuyó que detrás de sus títulos se hallaba en realidad un hombre práctico y, por la manera de portar el cinto de la ropera, un rodelero experto.

—Soy Fernando de Cardeña, señor —dijo, y le tendió la carta de la Casa de la Contratación en la que se especificaba su pase a Indias—. He venido a presentaros mis respetos y a pediros pasaje en alguno de vuestros navíos.

Soto leyó el documento con rapidez.

—Para vos y vuestra gente… —murmuró en voz baja. A continuación, alzó la mirada hacia el joven—. ¿Cuánta gente?

—No lo sé aún —respondió Fernando—. Uno o dos más, como mucho.

Hernando de Soto le entregó la carta y volvió la vista al baúl.

—¿A qué se dedica vuestra familia, Cardeña?

Fernando le explicó por encima el comercio de especias desde Santo Domingo a Sevilla y, posteriormente, la ruta hacia Génova y el norte de Italia. Le dio a entender que eran mercaderes pudientes que hacían sus negocios con honradez. Cuando Soto le preguntó acerca del verdadero motivo del viaje, Fernando no lo ocultó.

—Mi padre ha muerto en Indias, señor. Debo llegar hasta Santiago de Cuba.

Soto frunció el ceño.

—Lamento oír eso. Dios lo tenga en su gloria.

Ambos dejaron un instante para la reflexión. Mientras, Soto pareció deliberar sobre si aceptar a nuevos tripulantes.

—Os pediré algo a cambio —resolvió el hidalgo tras un momento—. Si, como bien decís, contáis con la amistad de algunas familias de mercaderes en Santo Domingo, debo pediros que, a nuestra llegada a La Española, uséis de

vuestra influencia para suministrarme provisiones para continuar con mi travesía. Necesitaré agua, vino, harina, aceite, armas, velas, caballos…

Fernando guardó silencio un instante. No tenía la menor idea de cómo estaban las cosas en Indias, ni del poder de influencia de la casa de su padre con otros mercaderes de la isla. Además, la sombra de las deudas y de su muerte sobrevolaba los pensamientos del joven. Por otra parte, estaba el asunto de Alvarado y Guatemala, pero si no aportaba nada a la campaña de Soto, el hidalgo no tenía razones para hacerle sitio en ninguno de sus navíos. Tendría que jugársela.

—Haré lo posible por aprovisionaros con algo, don Hernando —se aventuró con cautela—, pero no puedo aseguraros una gran carga.

Soto esbozó una sonrisa satisfecha y le dio una palmada en el hombro.

—Me basta con vuestra palabra, Cardeña —dijo, resolutivo—. Hablad con mi despensero, y él os dirá el coste de vuestras provisiones para la travesía. ¿Tenemos un trato, entonces?

Fernando se dio cuenta de que no tenía alternativa si quería cruzar el océano. No sabía cuántos meses podrían pasar antes de que una nueva flota se hiciera a la mar. No había más opción que apostar a la suerte.

—Trato hecho, señor —dijo, y ambos se estrecharon la mano.

—Así sea —concluyó Soto—. Acudid a La Magdalena en el puerto cuanto antes, con vuestras provisiones y pertrechos. En Sanlúcar os embarcaréis en la nao capitana, la San Cristóbal. Llegáis justo a tiempo.

—¿Cuándo saldrá la flota? —preguntó el joven.

—En cuanto suba la marea del río —anunció Soto—. Mañana mismo.

Fernando, que esperaba contar con algunos días más, se quedó sin aliento.

4

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Amir.

Fernando y el africano salieron de la posada de Soto y se dirigieron hacia la plaza del cabildo de la ciudad, San Francisco. En los períodos en los que salía una flota a las Indias, la actividad en Sevilla era frenética. No obstante, a esto se sucedían meses de escaso movimiento. La falta de trabajo provocaba que las actividades poco honestas volvieran a salir a la luz. La ciudad estaba llena de hombres desalmados, delincuentes, asesinos, rufianes, jugadores, matadores y espadachines —a veces reunidos en bandas— que se disputaban el poder de los bajos fondos a cuchilladas y espadazos. Fernando sabía que toda esa mala gente merodeaba el puerto y las tabernas de la ciudad, contaba

con su propia jerga y remataba sus negocios en la mancebía. Era fácil distinguirlos, por la mirada, la ropa sucia y el mal olor. Sevilla era un mosaico de gentes, desde los más empobrecidos y enfermos que malvivían en la calle tirados como perros hasta señores principales que vestían de algodón y seda y comían más de un plato al día.

Aunque Amir fuera un recién llegado, se dio cuenta de esto último al entrar en las callejuelas cercanas al Compás de la Laguna, la mancebía. Al africano le cambió el gesto.

—Abre bien los ojos, Amir —murmuró Fernando al entrar en la callejuela y recibir la mirada de los habituales del lugar, hombres de mala vida.

—Si alguno se acerca, le arranco la cabeza —soltó el africano, envalentonado.

—No tan rápido, compañero —musitó el joven con calma—. Ninguno te gana en tamaño, pero basta un puñal bien afilado para matar a cualquiera.

El Compás, o la Putería —como era conocida por la mayoría—, se hallaba entre la puerta del Arenal, la de Triana y la muralla. Ofrecía un muestrario de gente hundida en la mala vida, que trapicheaba con esto y con lo otro para ganarse el pan y negociaba con la lujuria de los hombres.

Un hombre borracho les gritó algo, y Fernando hizo caso omiso. El joven se encaminó a la puerta de la mancebía. El burdel de la ciudad había sido un intento del cabildo para mantener en un único sitio a las mujeres de mala vida y hacer que todos los negocios y asuntos se hicieran tras sus murallas. De esta manera, trataron de liberar a la ciudad y sus calles de prostitutas, aunque siempre era posible encontrarse a mujeres dispuestas a ofrecer un servicio en cualquier callejón.

En la puerta de la mancebía vieron a un grupo de hombres, y uno de ellos los detuvo. Miró a Fernando de arriba abajo y cambió el tono debido a sus ropajes.

—El negro no puede entrar —tiró con marcado acento sevillano.

—No venimos a por mujeres —dijo Fernando—. Busco a alguien.

—Aquí todos buscan a alguien, pero nadie sabe nada.

—No lo busco para matarlo —sostuvo el joven—. Es un compañero de armas. Diego de Estrada. ¿Te suena ese nombre?

Fernando le enseñó un ducado. El hombre hizo un amago de cogerlo, pero el joven volvió a guardárselo. El sujeto echó un vistazo a Amir.

—Sígame —ordenó con mala leche—. Pero que el negro se espere aquí.

—Es mi esclavo y viene conmigo —resolvió Fernando con firmeza, sin dar pie a una negociación. El hombre lo miró con resignación y comenzó a

andar por el corredor. La mancebía era un lugar enorme, casi un barrio, formado por varias fincas, estancias, balconadas, azoteas y un gran patio encharcado en el centro. Recorrieron un pasillo desabrigado y subieron unas escaleras. Arriba, un pasaje oscuro distribuía las entradas a más de una veintena de estancias cuyos umbrales estaban separados únicamente por cortinas. Fernando oyó jadeos, gemidos, ruidos dudosos, respiraciones entrecortadas. A Fernando, que nunca se había dejado llevar por la lujuria, le resultaba repugnante pagar por ello y que, además, otros hombres y mujeres pudieran oírlo.

—Está ahí, en la tercera —dijo el hombre, y estiró la palma de la mano para recibir su propina. Fernando le devolvió una mirada gélida y se encaminó al umbral. Distinguió tras la fina tela que cubría el arco a dos figuras desnudas que se movían acompasadas y que forcejeaban y gemían.

—¿Estrada?

El sujeto que estaba dentro se detuvo.

—¿Quién va? —preguntó jadeante.

Fernando se volvió al hombre que los había llevado hasta allí y se sacó el ducado del bolsillo.

—No pueden compartir a la muchacha —le advirtió el sujeto de la mancebía mientras cogía la moneda—. Si quieren hacerlo, antes me lo dice. Ah, y el negro que no la toque.

—Vete a hacer lo tuyo —lo echó Fernando de mala gana.

En ese momento se deslizó la cortina y apareció un Diego de Estrada desnudo con una daga en las manos. Tenía la frente y el cabello cubiertos de sudor. No ocultó la extrañeza al ver al joven y a su esclavo. Este último esbozó una sonrisa al verlo de esta guisa.

—¿Qué cojones hacéis aquí?

Fernando distinguió al otro lado a una mujer sin ropajes, y le asombró descubrir que tenía tanto vello entre las piernas. Era una muchacha fea, con la nariz demasiado grande y los párpados caídos, pero generosa en carnes. El cuerpo menudo y musculoso de Estrada parecía poca cosa frente a ella. Fernando miró a su maestro en armas a los ojos.

—Mañana embarco en una de las naos de Hernando de Soto para Sanlúcar, y de ahí a las Indias —anunció el joven con prisas—. Necesito que vengas conmigo. Tengo un pase para ti.

Estrada no comprendió ni una sola palabra. Se llevó una mano a su pendiente en la oreja.

—¿Indias? ¿Qué ha pasado con Génova?

Fernando negó con la cabeza.

—Las cosas han cambiado, Diego; no hay tiempo para dar explicaciones. He venido a buscarte para saber si estás dispuesto a cruzar el océano conmigo y, si se da la ocasión, ganar fortuna en las Indias. Tengo mucho por hacer.

Estrada echó un vistazo a Amir y luego volvió a Fernando.

—¿Qué coño se te ha perdido en Indias?

Fernando frunció el ceño, molesto de que el capitán necesitara de más explicaciones en un lugar tan indigno para darlas.

—Mi padre ha muerto.

Amir borró la sonrisa.

Estrada se llevó los cabellos hacia atrás, con preocupación.

—Cojones.

—Necesito tu espada y tu juicio, Diego —continuó Fernando—. No quiero plantarme en una tierra que desconozco y que me rebanen el cuello nada más llegar. Quiero que vengas conmigo.

—¿Cuándo piensas volver?

—La primavera próxima —se aventuró Fernando.

—Pero eso no puedes saberlo —sostuvo el capitán.

Los tres guardaron silencio un instante.

—No me queda tiempo, y debo reunir todas las provisiones y correr al puerto en busca del despensero de Soto —soltó Fernando con apremio.

Estrada entornó la mirada un instante.

—¿Qué pasará con este? —preguntó mientras señalaba a Amir.

—Pagaré su Carta de Ahorría para que sea un hombre libre, y que haga lo que quiera con su vida —anunció Fernando de pronto—. No me iré de aquí con deudas de ningún tipo, y menos con la libertad de un hombre.

A Amir le cambió el semblante. Durante esos días en Sevilla había descubierto que ningún esclavo era capaz de reunir dineros suficientes como para pagar su Carta de Ahorría en menos de una década al servicio de un señor.

Estrada regresó a la estancia. Se puso las calzas y la camisa a toda prisa, mientras la prostituta le pedía explicaciones desde el lecho. El capitán se colocó las botas en la silla y luego fue hasta ella para darle una palmada en una nalga. La muchacha se incorporó hasta quedar de rodillas sobre el jergón. Sus pechos grandes se balancearon con gracia, y Estrada aprovechó para apretarlos una última vez.

—¿Cuándo volverás? —le preguntó.

—Solo Dios lo sabe —esgrimió a modo de despedida antes de cruzar el

umbral. Cuando estuvo fuera, vestido, pero con la camisa abierta, Fernando lo miró una vez más esperando su respuesta.

—Venga —les dijo el capitán a los dos—. Poca cosa me queda en esta mierda de ciudad.

5

Fernando, Estrada y Amir pasaron toda la mañana comprando provisiones y pertrechos para la travesía. Se dirigieron con un carro lleno de sacos y cajones que tiraban unos chiquillos hacia la playa del Arenal. El puerto era un hervidero de actividad ante la inminente salida de la flota. Fernando vio a la distancia la nao La Magdalena, sobre las aguas marrones y brillantes del Guadalquivir. Tres o cuatro barcas con cargamentos eran empujadas con remos hacia la embarcación. Sus bodegas se llenaban poco a poco.

—Mañana, al amanecer, apenas habrá sitio en esa nao —murmuró Fernando—. Necesitamos hacernos con una barca y cargar todo esto cuanto antes. Decid que vais en mi nombre.

El joven dejó al capitán y al africano con esas tareas en el puerto y regresó a su casa para comer algo antes de ultimar preparativos. Aquella tarde tenía el deber de acudir a la casa de Leonor Duarte y hablar con su padre. En un impulso de juventud e inexperiencia, Fernando había tenido la idea de desposarla antes de partir, pero recordó el consejo de su tío. Desde entonces, Fernando no había dejado de darle vueltas al asunto, y había llegado a la misma conclusión que él. Para ocuparse de las tareas que tenía encomendadas, era necesario marcharse libre de preocupaciones y ataduras. Se preguntó si acaso Leonor lo esperaría. Ese sentimiento de abandono lo angustió. La joven estaba preparada para el matrimonio, y tampoco podía darse el lujo de perder su tiempo. ¿Qué hacer en ese caso?

La familia comió reunida en el comedor y, por primera vez, Fernando tuvo la extraña sensación de estar en presencia de un recuerdo que pronto sería lejano. Vio a Giacomo con su habitual sonrisa, que charlaba animadamente con su primo Juan, sentado a la vera de su mujer, Lucrecia, que en ese momento sostenía a su hijo recién nacido en los brazos. Al otro lado de la mesa estaba su tía Teresa, siempre recta y servicial, junto a su esposo, Rodrigo de Cardeña. Fernando contempló la escena como un lienzo detenido en el tiempo. No se imaginaba cuánto echaría de menos aquello y los lujos que lo rodeaban.

Cuando acabaron, Fernando les informó de que tenía sitio en el pasaje de

Hernando de Soto y que acudiría a La Española en compañía del capitán Diego de Estrada. El joven, sin embargo, ocultó el trato al que había llegado con Soto acerca de usar sus influencias en Santo Domingo con el fin de aprovisionarlo de bastimentos. Una vez se hubiera subido a la nao, todas y cada una de las decisiones serían suyas, y tendría que saber actuar. Fernando sabía que exponer su estrategia ante los hombres de la casa derivaría en una discusión y en la propuesta de otras alternativas. Debía decidir en solitario la manera en la que manejaba sus asuntos.

Una vez concluida la comida, cada uno regresó a sus quehaceres. Fernando estaba en su estancia rellenando un arcón cuando Giacomo Bardi apareció en el umbral. Le preguntó con un gesto si podía entrar. El joven dejó un momento lo que estaba haciendo mientras Bardi cerraba la puerta y tomaba asiento en la única silla de la estancia.

—Estás preparado, Fernando —musitó Bardi—. Sabes todo lo que necesitas para llevar a cabo tu cometido.

—Tengo miedo —reconoció Fernando, con pesar.

Bardi esbozó una media sonrisa.

—Lo raro sería que no lo tuvieras.

Fernando se mantuvo en silencio unos instantes.

—Necesito que me hagas un último favor —le pidió el joven.

—Lo que sea, hijo.

—Se trata del esclavo, Amir —murmuró Fernando—. Quiero que consigas su Carta de Ahorría. Significaría mucho para mí.

—Descuida, yo me ocuparé de eso —respondió el genovés, sin darle más importancia. Fernando tomó asiento frente a él, al borde del lecho—. Imagino que esta tarde irás a hablar con esa joven, Leonor Duarte —dijo Bardi en tono confidente.

Fernando asintió, y en su rostro se reflejó el pesar.

—Ella estará esperando que acuda con mi tío a hablar con su padre para pedir su mano. En lugar de eso, tendré que decirle que me marcho al otro lado del océano. No es plato de buen gusto para nadie, la verdad.

Bardi lo miró con preocupación.

—Voy a darte mi consejo, porque en caso de guardarlo me carcomerá por las noches mientras un océano nos separa, Fernando. No irás por un año. Debes pensar que vas a ir a las Indias al menos por dos años, tal vez más. Ninguno de los cambios que propondrás a los hacenderos se hará efectivo de una primavera a la otra, ¿comprendes? Por mucho que Rodrigo insista en que vuelvas el próximo año, tú mismo decidirás quedarte hasta zanjar los asuntos.

No eres de esos hombres que abandonan un trabajo a medias. Guatemala está muy lejos, y llenar de provisiones esa flota para Alvarado te llevará mucho tiempo.

Hasta entonces, el viaje a Indias le había parecido un simple paréntesis en su vida, un año apartado, y luego vendría el regreso triunfal y la recompensa de verse en Italia. El consejo de Bardi fue revelador para Fernando. Agradeció que el genovés tuviera la confianza para hablarle de forma tan franca. Sabía que su tío nunca le diría algo así.

—¿Qué piensas que debería hacer con Leonor?

Giacomo Bardi carraspeó. Alzó su dedo índice.

—Dejarle claro a su padre que no desposarás a su hija y que te marchas a las Indias. Te lo advierto: no existe una manera amable de decirlo.

Fernando apretó la mandíbula.

—Una alianza con los Duarte significa para mí pagar por todos los años que mi tío se ha hecho cargo de mí —reconoció Fernando en voz baja—. Sabes que mi tío ansía que me case con ella.

—¡Olvida a Rodrigo y a tu familia por una vez! Debes obrar con la mente puesta en tu porvenir. En la vida se ha de ser prolijo, como en la doble anotación de un libro de cuentas.

—Piensas que no la amo —concluyó Fernando.

—No dejes cosas a medias, Fernando —le advirtió Bardi.

Las palabras y consejos del genovés lo acompañaron el resto de la tarde. Fernando guardó ropajes en un arcón, así como algún libro y papeles. Poco después, cuando hubo acabado, Estrada y Amir regresaron a la casa y cargaron los baúles que habían preparado los criados por orden de su tío. Fernando acordó verse con Estrada al amanecer en el puerto.

Luego, a media tarde, se vistió con un jubón oscuro, más sobrio que de costumbre, y se dirigió a la casa de los Duarte. Fue recibido por un paje. Poco después, el joven era conducido a través de los pasillos hacia la estancia donde lo aguardaban. Cruzó la casa, y a cada paso suyo que crujía sobre la madera vieja, sentía que el corazón se le iba a salir. Esperaba no ver a Leonor antes de despachar con su padre. El criado tocó a una puerta y entró.

Fernando accedió a un despacho sin mesa. Era una sala lujosa, con sillas de cuero, cuadros y candiles. Frente a él estaba Francisco Duarte, flanqueado por su esposa y su hija. Leonor se había enfundado un precioso vestido para la ocasión. Al verlo, esbozó una sonrisilla. Para los Duarte se trataba de un acontecimiento fundamental en la vida de la joven. Fernando lamentó que ambas damas hubiesen sido avisadas. Cruzó una mirada con Leonor. Duarte

se puso en pie y estrechó la mano del joven.

—Pensé que vendríais con don Rodrigo —manifestó con extrañeza.

Fernando hizo un esfuerzo por recomponerse y no mirar a Leonor.

—Don Francisco, tenemos que hablar —dijo con voz sombría—. Vos y yo. De hombre a hombre.

6

Sevilla despejó sus cielos y aquella noche hubo luna llena. Fernando no probó bocado durante la cena, aún con el recuerdo amargo de Leonor y de su llanto. En la mesa, recibió los últimos consejos de su tío Rodrigo, de Giacomo y de su primo Juan. Permaneció sentado con gesto serio, casi sin hablar durante la velada. A continuación, se despidió de ellos y se retiró a su alcoba. Toda la familia estaría despierta antes del alba para verlo partir.

Dejó atrás las voces del comedor y fue hacia su estancia. La puerta estaba entreabierta. Amir estaba de pie, frente a la ventana, y se giró a mirarlo cuando el joven se detuvo en el umbral. Llevaba un documento en las manos.

—Soy un hombre libre —dijo con los ojos brillantes.

Fernando cerró la puerta y se acercó a él. Cogió el documento para leerlo. En efecto, se trataba de su Carta de Ahorría, la que certificaba que Amir ya no era un esclavo y que a partir de ese momento podía decidir el destino de su vida. Sin embargo, su expresión era de todo menos de felicidad.

—Me marcho al otro lado del mundo, Amir —murmuró Fernando—. Espero que con esto me recuerdes. Eres un buen hombre.

Amir lo miró con intensidad.

—He tenido otros señores —reflexionó el africano—. Te han bastado tres días para tratarme como nadie lo había hecho hasta ahora.

Fernando esbozó una media sonrisa.

—Ahora podrás volver a tu tierra.

Amir negó con la cabeza.

—No lo entiendes, señor. No me queda nada ni nadie.

Fernando frunció el ceño.

—Lamento oír eso.

—Si me haces libre, tendré que malvivir en esta ciudad para ganarme la vida y acabaré sirviendo a un señor por cuatro monedas —soltó Amir—. El día que vine a esta casa me dijiste que podría servir como criado el día que fuera libre, si esa era mi elección. Pues es lo que elijo. ¡Permite que te sirva!

Fernando tomó asiento en la silla de la escribanía. El africano lo

contempló de pie, frente a él, con gesto serio.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque me marcho a Indias, Amir —le explicó Fernando—. Lo sabes bien.

—Entonces déjame ir contigo y con el capitán.

Fernando lo miró a los ojos. No estaba seguro de que el africano supiera realmente lo que significaba esa petición.

—Amir, no lo entiendes.

—¡Quiero servirte como criado y devolverte la misma lealtad que has mostrado por mí! No tengo ni un maravedí, en Sevilla no tengo nada, no conozco a nadie. Acabaré malviviendo en algún barrio con otros esclavos realizando trabajos de fuerza o de mala vida para ganarme el pan. Esta libertad es una condena para mí.

A Fernando le amargó comprobar que aquella acción que él consideraba un acto honorable pudiera ser vista como un obstáculo. No obstante, comprendía sus motivos, algo que hasta entonces no había pensado. Amir tenía razón. Lo más probable era que acabara de porteador en los muelles, o trabajando en alguna taberna de mala muerte, y casi con toda seguridad llegaría el día en el que lo venderían nuevamente en algún mercado de esclavos, como sucedía con muchos otros. Miró a Amir a los ojos y finalmente asintió con un movimiento de cabeza.

—Si es tu decisión, vendrás conmigo y me servirás como criado —dijo Fernando, a lo que Amir respondió con un gesto de excitación—. Pero recuerda, Amir: eres un hombre libre.

Amir estiró el brazo, y ambos se estrecharon la mano. Poco después, el africano se retiró a su cuarto del almacén.

Fernando se sumió en el silencio de su alcoba. Sintió, de pronto, la presión de los acontecimientos, y tuvo temor de mirar al abismo de cara. Su futuro era incierto, y cada paso, cada decisión determinaría el destino de las cosas. Pensó en todo lo que había hecho ese día, en Hernando de Soto, en el capitán Estrada, en la familia Duarte y en Leonor, en Amir. No supo cuánto tiempo estuvo con estas preocupaciones en su cabeza antes de que la fatiga lo sumiera en un sueño profundo.

Esa noche, la luz de la luna se coló por la ventana. Fernando soñó con una lluvia que caía con fuerza, y la tierra temblaba. El estruendo del agua era ensordecedor. En ese momento, vio a un toro en medio de una plaza. Fernando contempló sus ojos salpicados de sangre. Entonces oyó una voz

clara, que reconoció al instante, sin saber de dónde provenía.

«Tu padre fue nuestro guardián». Fernando miró a su alrededor. Volvió la mirada al toro, y esta vez comprendió que el animal tenía tanto miedo como él. Distinguió una cuerda larga y gruesa anudada en su cuello, que estaba enganchada a un pilote en mitad de la plaza. La bestia solo buscaba la manera de huir. Fernando dio unos pasos hacia delante y el toro exhibió sus cuernos ante él. Arañó el barro con sus pezuñas, desafiante. *«Yace en ti la misma fuerza»*. Fernando sintió que aquellas palabras lo inundaban de valor. Avanzó con cautela hacia el animal hasta que consiguió llegar a la cuerda. Desenvainó un cuchillo y la cortó. El toro se alejó de la plaza hacia el camino. Fernando descubrió que sus manos estaban cubiertas de sangre. Probó a limpiarse con el agua de la lluvia, y tiñó de rojo esa tierra.

Entonces despertó. Como si la hubiera perdido para siempre, no volvería a soñar con Ixchel en mucho tiempo. Su voz se apagó y el brillo de sus ojos se convirtió en un recuerdo tan lejano que Fernando acabaría por olvidar casi por completo su rostro.

7

Amir fue el primero en llamar a su puerta, con sus pocas pertenencias metidas en un saco de esparto. Estaba listo para dejar atrás esa tierra, Castilla, y labrarse un camino junto a Fernando y el capitán Estrada en el Nuevo Mundo.

Fernando se despidió de su tía Teresa y de Lucrecia en la escalinata del atrio. A continuación, los hombres de la casa lo acompañaron hasta el puerto, mientras Amir y los otros criados cargaban los fardos. Aún no amanecía en Sevilla, y el puerto bullía de actividad. Las barcas iban y venían hacia las naos. En poco tiempo seguirían la corriente hacia la desembocadura del Guadalquivir, en su camino hasta el mar. En uno de los muelles vieron a Diego de Estrada con un fardo colgado de un hombro y otro hato en las manos. El capitán se había cortado el cabello y se había afeitado. Por primera vez en años parecía haber dormido la noche entera, como solía hacer antes de una batalla. Le hizo un gesto a Amir para que los criados fueran hasta allí, pues los esperaba una barca.

—Capitán —lo saludó Amir sonriente—. Me voy contigo y con el señor.

Estrada frunció el ceño sin comprender ni una palabra.

—¿Te lo ha ordenado él?

—Más o menos.

Estrada y Amir cargaron los fardos en la barca, y, mientras, el africano le

relataba los hechos acontecidos las últimas horas.

Fernando se detuvo con la comitiva en el muelle. A su alrededor, los hombres subían a los bateles con sus pertenencias y remaban en dirección a los navíos. Decenas de hombres llenaban las naos, y en las cubiertas se percibía un murmullo de excitación. Fernando vio en ese momento a Hernando de Soto, acompañado de un séquito de capitanes y señores principales. Una hermosa dama acababa de subirse a uno de los bateles, junto con sus doncellas. Fernando reconoció que se trataba de Isabel de Bobadilla, la esposa del capitán general. Desvió la vista hacia la puerta del Arenal y contempló los tejados de la ciudad, la muralla y la torre.

—Regresa a salvo —fue lo único que le dijo su primo Juan. Luego lo rodeó con los brazos con efusión.

A continuación, Giacomo Bardi se acercó a él, y se dieron un abrazo. El viejo mercader genovés le devolvió una mirada cristalina que a poco estuvo de romper a Fernando.

—Esto es para ti —murmuró Bardi con emoción. Puso en sus manos una caja pequeña, envuelta en una tela. Fernando amagó con abrirla, pero él lo detuvo—. Ahora no —le dijo. Acabó por guardarla dentro de su fardo. El joven se sintió afortunado de contar con el afecto de aquel buen hombre—. Calma, siempre calma —le aconsejó por última vez—. Piensa antes de actuar. Sé prolijo en tus decisiones, y no vaciles ante nada. Que la madre de Dios te proteja.

Fernando se despidió nuevamente de los dos. Luego fue hacia la barca, donde lo esperaba su tío Rodrigo con el semblante serio. Su mirada reflejaba la inseguridad y el desasosiego que le provocaba mandar a su sobrino al otro lado del mundo, en solitario, a defender los intereses de la familia.

—Envía una carta de relación de los hechos en cuanto tengas ocasión —le ordenó con las manos sobre sus hombros—. Debes remitir cuanto antes la décima parte del préstamo. Cuatro mil ducados. Ten cuidado, hijo. Indias está lleno de vividores y de veteranos de otras guerras que buscan riquezas a costa de los ingenuos. Mantén los ojos bien abiertos.

—Estrada no se separará de mí —lo tranquilizó Fernando—. Además, me acompañará Amir, el africano.

Rodrigo frunció el ceño, poco convencido, pero acabó por asentir.

—Te haré llegar cartas en la siguiente flota que cruce el océano —insistió su tío—. Si las cosas siguen su rumbo, Pedro de Alvarado desposará a esa dama y armará la flota. Cuando eso suceda, deberás estar en Santo Domingo para la próxima primavera. Tendrás que hospedarlo y conseguir sus

provisiones. Tienes un año para prepararlo todo. Somos sus armadores: eso significa que tendrás que mandar a alguien en nuestro nombre a Guatemala.

Volvieron a la mente de Fernando el préstamo y la obligación de pagar la décima parte en menos de dos años.

—Puedes estar tranquilo de que me ocuparé de todo.

—Confío en ti, hijo.

Fernando notó un nudo en el estómago. Aquella era la despedida.

—Gracias —dijo Fernando con un hilo de voz—. Por todos estos años.

Su tío apretó los labios, sin más palabras, y abrazó a su sobrino con fuerza.

—Ve con Dios, muchacho.

En el batel lo esperaban Estrada y Amir, además de otros cuatro hombres y los fardos de cada uno de ellos. Fernando se montó y la embarcación se balanceó de aquí para allá. El barquero dio una voz y los voluntarios a los remos comenzaron a dar paladas. El joven contempló a los tres hombres de su casa, todavía en el muelle, como tres estatuas silenciosas, mientras él se alejaba.

En torno a la nao La Magdalena se apiñaron cuatro barcas. La primera de ellas en acercarse al casco fue la de la esposa de Hernando de Soto, Isabel de Bobadilla, junto a sus damas, que pronto subieron a la cubierta. Cuando le llegó el turno a Fernando, un hombre en la cubierta les preguntó sus nombres.

—Acomodaos aquí en la cubierta, donde halléis sitio —les ordenó.

Fernando, Estrada y Amir se dirigieron a la borda, para contemplar por última vez la imagen de la ciudad.

—¿La echarás de menos, capitán? —le preguntó el africano a Estrada.

Las primeras luces del alba resplandecieron en el horizonte. El capitán negó con la cabeza, y su mirada brilló de manera diferente. Poco después las naos estuvieron listas para salir del puerto. Fernando se apoyó en la madera y oyó un disparo de arcabuz en la lejanía. Los hombres de las embarcaciones lanzaron vítores hacia el puerto y la gente del Arenal respondió con algarabía. Entonces todas las campanas de la ciudad comenzaron a repicar, como despedida y buen augurio. Una nueva flota se marchaba a Indias a conquistar tierras desconocidas en nombre de Su Majestad. Fernando se preguntó de qué manera encontraría las respuestas a los interrogantes a los que debía enfrentarse. Cómo hallar el camino correcto. ¿Confiaría en su instinto o lo dejaría todo en manos de Dios?

Fue entonces cuando recordó el regalo de Bardi que había guardado en su bolsa. Rebuscó entre su fardo y lo extrajo, aún envuelto en el trozo de tela. Quitó el tejido y abrió la caja.

Era una brújula.

IV

La hija del extremeño

1

Juana salió de la casona a media tarde por el portón que daba a la plaza y bajó por la calle Mayor hacia el puerto a toda prisa. Llegaba tarde. La villa de Santiago de Cuba resplandecía con el sol anaranjado del atardecer. La ciudad contaba con más de cien casas y haciendas dispuestas alrededor de la plaza de armas, la catedral y la casa del gobernador. Había crecido desde el puerto, en ascendencia hacia la colina que coronaba el final de aquella bahía espléndida, y en esos años había pasado de ser una aldea a la villa más importante de Cuba. Juana había nacido allí, en aquella casa, en esa pequeña ciudad. Aunque la joven guardaba un amor eterno por su comarca, soñaba algún día con conocer el mundo y viajar a lugares remotos, más allá de las Indias.

La muchacha saludó a unas vecinas y sonrió con frescura cuando un grupo de marineros se giraron a mirarla. Juana vestía la falda de un jubón, una camisa y una ropilla por encima, sin escote ni nada que pudiera resultar indecoroso; no obstante, era imposible ocultar la hermosa silueta de su juventud.

Entró en el mesón de Antón por las puertas del almacén hacia las cocinas. Ya a esas horas oyó el murmullo de la gente en la sala. Descubrió que los dos criados estaban en la barra. Su amiga Ana, que era una muchacha de cabello rizado y ojos pardos, apareció por la cocina y la saludó con algarabía. Le inspeccionó la trenza que se había hecho antes de salir de su casa.

—Ha vuelto el mismo de ayer y ha preguntado por ti —anunció con una risa—. ¿Sabes lo que eso significa?

Juana hizo un gesto con los hombros.

—¿El qué?

—¡Que has perdido la apuesta!

—¡Venga, va! —resolvió la joven, disgustada.

Ana se acercó al mesón y rellenó una jarra de cerámica con el vino de un barril. Juana tomó el recipiente y fue a la sala, resignada. De no hacerlo, sabía

que su amiga se lo reprocharía durante semanas, así que cruzó al otro lado de la taberna y fue hacia una de las mesas de la ventana en la que había una docena de hombres. Le ofreció un vaso de vino picado a un joven al que habían visto el día anterior. Como solo le sirvió a él, las risas y los aplausos del resto de los comensales se oyeron hasta la calle. El muchacho la obsequió con una sonrisa. Juana estaba acostumbrada a no pasar desapercibida para los hombres, así que mantuvo el temple sin sonrojarse. Cuando regresó a las cocinas de la taberna, su amiga Ana se mordió el labio para evitar la risa.

—Ni pizca de gracia me hace, que lo sepas —dijo Juana.

Ana le devolvió un gesto altanero con el hombro.

—El chaval está bien, así que no te quejes, que no ha sido para tanto.

—Pues si tanto te gusta, todo para ti —la invitó Juana sonriente.

Ana le dio un empujón con la cadera cuando pasó por su lado, y cruzó el umbral canturreando, con una tabla de quesos en las manos para una de las mesas. Con el transcurso de las horas, el mesón de Antón acabó por llenarse de clientela. Se trataba de la taberna más concurrida de la villa de Santiago de Cuba. Dentro, se respiraba un ambiente cargado y húmedo, bajo el murmullo incesante de la gente y la luz de los candiles. Juana se detuvo a secarse la frente, brillante de sudor, y contempló las mesas. El dueño del local —del cual procedía su nombre— era un anciano que había sido uno de los primeros pobladores, hacía más de tres décadas. El viejo Antón solía ocuparse del trabajo por las mañanas, con su esposa. Luego, su hija Ana tomaba el relevo, acompañada de dos criados y de Juana, que llevaba trabajando para ellos desde los doce años. Ana era su mejor amiga desde la infancia, y Juana apreciaba a Antón y a su mujer como si fueran de la misma familia.

La joven era hija de María, la de Cáceres, popular entre los vecinos por echar las cartas, leer auspicios y conocer la suerte de las manos, prácticas que la Iglesia censuraba, pero que seguían en uso con cotidianidad. En realidad, María era la criada y confidente de doña Beatriz del Castillo, la única dama de la villa que tenía tratos y negocios con los principales del cabildo y otros mercaderes. Juana admiraba a doña Beatriz, y la quería tanto como a su propia madre, por haberlas cuidado a las dos, sobre todo durante esos tiempos de escasez. Un tiempo atrás, María había intercedido a través de la mujer del viejo Antón para que tomaran a la pequeña Juana como aprendiza en la taberna. María la había criado sola, con la ayuda de doña Beatriz, y nunca le ocultó que era una niña bastarda, fruto de un encuentro fortuito con un tal Portocarrero, el lugarteniente esos días de Pedro de Alvarado.

Con los años, la joven ya ganaba un sustento que le permitía echar una

mano en la frágil situación de la casa. Doña Beatriz debía hacer frente al gobierno de una casona que desde hacía un tiempo había dejado de ser productiva. Ahora todos aquellos que dormían bajo su techo, como Juana, se hallaban en la obligación de buscar alternativas para ganarse el pan.

El manejo de la taberna se le daba bien. Juana era hábil con las manos, y no le temblaba la voz a la hora de responder a los hombres. Aquellos mismos vecinos de la villa que la habían visto crecer y servir jarras de cerveza de niña ahora se deleitaban con su figura. Juana, a diferencia de su amiga Ana, era más alta que ella, y sus caderas eran más anchas y su pecho, más abultado. Juana desprendía sensualidad, enmarcada por una tupida melena, oscura y ondulada. Tanto su mirada como sus labios carnosos eran la perdición de todo parroquiano que se adentraba en la taberna. Las damas eran un bien escaso en Indias, y una joven agraciada como ella era el objeto de deseo de muchos hombres.

—Ha venido un hidalgo, con dos señores —le dijo Ana cuando regresó a la cocina.

—¿Dónde está? —preguntó Juana.

—En una mesa de fuera.

Juana se lavó las manos en la pila y salió de la taberna por la parte frontal. Frente a la casa había mesas y banquetas y se oía el murmullo de la gente bebiendo y riendo. Una brisa salada arrastró el olor a madera quemada y la carne a la brasa proveniente del otro lado de la calle. Juana vio la última mesa, que estaba pegada a la pared del mesón, ocupada por un hidalgo y dos criados. Se acercó allí mientras se secaba las manos con la falda. La luz cobriza de los candiles de la cantina se derramó sobre su melena, su hombro y su pecho cuando se detuvo frente a ellos. La piel de Juana brillaba como si fuera una figura de bronce.

—¿Qué van a querer los señores? —les preguntó pasándose una mano por la frente.

Al hidalgo le cambió la cara al verla, y se puso en pie al mismo tiempo que se quitaba el sombrero.

—Bendita sea la nao que os trajo hasta aquí —soltó él, cautivado.

Juana esbozó una sonrisa complaciente con el fin de esquivar el halago.

—¿Entonces una jarra de vino bueno para el señor?

El hidalgo, en un movimiento imprevisto, la tomó de la mano. En un instante, la muchacha borró la sonrisa del rostro, disgustada. Juana jamás dejaba que nadie la tocara. Hizo un esfuerzo por separarse de él, pero el hombre la había cogido con firmeza.

—Soy Antonio Beltrán —dijo él con cierta solemnidad—. Os ruego que me obsequiéis con vuestro nombre.

Juana se apartó de él con brusquedad.

—Ni mi nombre ni mi mano son de ofrecimiento para la clientela, caballero —dijo con la mirada encendida—. Y ahora, si quieren beber algo, se van los tres al abrevadero de las yeguas.

Juana pasó por su lado, apartándolo con el hombro, y regresó a la taberna. Beltrán la vio alejarse, incapaz de reaccionar ante su temperamento, y siguió su figura hasta que se perdió tras el umbral de la posada.

2

Alrededor de la medianoche Juana cruzó la calle Mayor de vuelta a la casona. A esas horas, Santiago era una villa oscura y peligrosa. No era raro que se produjera alguna reyerta o algún ajuste de cuentas al amparo de la noche. Las guerras de familias y de bandos era una cosa común aquellos días, y así había sido desde la fundación de la villa. Juana se cubrió el cabello y el rostro con una mantilla y caminó por la solitaria calle en penumbra, en ascenso hacia la plaza. A poca distancia, distinguió la figura de Hernán Jémez, como todas las noches, con un candil en las manos, esperándola. Jémez era uno de los oficiales de doña Beatriz. El padre de Hernán Jémez, Bartolomé, era un anciano que vivía en la casa y que en sus años mozos había sido el primer socio de doña Beatriz en su taller azucarero. Hernán Jémez tenía una casa construida en el terreno de la hacienda de la señora, y en ella vivía con su padre, su mujer y su hijo.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó cuando se acercó a él.

Juana se encogió de hombros.

—Como siempre.

Pasaron bajo el umbral de la casa, y Juana se despidió de Hernán. Percibió la luz que provenía de la estancia de doña Beatriz. La casa principal tenía dos alturas —después de una ampliación de Juan de la Torre, el segundo esposo de la señora—, con una balconada con vistas a la bahía. A un lado del caserón estaba el huerto, amplio y cultivado, y al otro, el patio y el taller azucarero. Hacía cuatro o cinco cosechas que apenas se utilizaba el taller, pues la mercancía que llegaba era poca. Junto al taller estaban los almacenes y otras estancias, que era donde vivían la madre de Juana, los criados y Juana. Era una hacienda bastante grande; sin embargo, la decadencia del lugar hacía pensar que pronto la señora habría de vender su parcela en el caso de no hallar una

solución a la mala situación de sus negocios.

La joven se recostó exhausta en la cama, con el sayo puesto. Se durmió sobre la manta, agotada. Al amanecer se oyeron las campanadas de la iglesia. Era viernes, lo que significaba que era día de mercado. Juana despertó con un humor de perros, con la sensación de haber dormido menos de un padrenuestro. De camino a las cocinas, se recogió el cabello en un moño disperso. La chica tenía la suerte de que la señora no las obligara a vestir la cofia como sucedía en otras casas. Juana conocía bien la historia de Beatriz y sabía que ella había comenzado desde lo más bajo, como aprendiza de criada, por lo que no era presuntuosa ni altiva con ellas.

En las cocinas estaba su madre preparando un caldo. Sobre la mesa encontró una infusión caliente y una docena de bollos recién horneados. Juana comió con voracidad. Llevaba casi un día entero sin probar bocado.

—¡Estás comiendo como una cerda! —la regañó su madre.

—Lo siento, es que tenía mucha hambre.

La señora María se secó las manos con la falda y contempló a su hija con un gesto serio. Juana siguió comiendo.

—Atiende, niña. Hernán ha dejado listo un carro frente al portón de la plaza —le dijo—. Carga diez gallinas en las jaulas y llévalas al mercado para venderlas.

—¿Cuánto quiere la señora que saque por ellas? —preguntó con la boca llena.

—Dos reales, cada una —dijo su madre—. Un real si se ponen pesados.

La muchacha terminó de comer y salió a la huerta en dirección al gallinero. Vio a la distancia junto al carro con las jaulas a Gaspar, un mozo de doce años, hijo de doña Beatriz y Juan de la Torre, el heredero de aquel caserón y de todas las deudas. Juana tenía por el chico el mismo aprecio que por un hermano.

—¡Acerca el carro al gallinero! —le gritó.

El muchacho hizo un gesto con la mano y fue a por la mula para engancharla. León, el alano de la casa, corrió por la parcela para saludar a Gaspar.

Juana dio la vuelta a la caseta del huerto, que era donde estaban las gallinas, y se encontró con Beatriz. La señora iba con la camisa remangada, el cabello revuelto y las manos sucias de la tierra. Juana consideraba que su belleza no tenía par. Pese a haber sido madre y sobrepasar la treintena de edad, Beatriz del Castillo seguía siendo una mujer hermosa, de cabellos castaños y unos inmensos ojos almendrados de color caoba. Su cuerpo

menudo la hacía parecer más joven de lo que era, y muchas veces en la villa creían que eran en realidad dos hermanas. Pese a ser la señora de la casa, Beatriz nunca le había permitido a Juana dirigirse a ella con la formalidad de una criada, y Juana se había acostumbrado de niña a llamarla por su nombre. Beatriz consideraba a la joven parte de su familia.

Beatriz le dio los buenos días y le señaló las gallinas que quería vender.

—Mi madre me ha dicho que pruebe a sacar dos reales por cada una —dijo Juana con preocupación—. ¿Por qué tan poco? Están muy gordas.

Beatriz se encogió de hombros.

—Estas están poniendo pocos huevos —le explicó con una mano en la frente—. Además, tengo apalabrado otro negocio con un señor para comprarle el jugo de caña y poner a los muchachos a trabajar en el taller. Han pasado ya demasiado tiempo sin cumplir tareas, y les vendrá bien sudar un poco.

—Entiendo —murmuró Juana.

—Llévate a Gaspar —le ordenó Beatriz—. Cuando regreses, ve al despacho, que quiero darte algo que tengo para ti, niña.

A Juana se le iluminó la mirada y Beatriz ocultó la emoción con un fingido gesto de preocupación.

—¿El qué? —preguntó la joven con los ojos brillantes.

Beatriz esbozó una sonrisa y se alejó hacia la casa sin responder a eso último. Gaspar se acercó con el carro tirado por la mula mientras León mordisqueaba una de las jaulas. Cuando llegó hasta el gallinero, el chico se rascó la cabeza.

—¿Qué nos llevamos? ¿Las más gordas?

—No —murmuró Juana—. Yo te diré cuáles. Ve abriendo las jaulas, anda.

Poco después, ambos abrieron el portón y tiraron de la mula y del carro con esfuerzo, mientras oían el murmullo del mercado entre el cacareo de las gallinas y los ladridos del perro.

3

El mercado olía a animales y a pescado. Juana y Gaspar consiguieron colocar el carro y montar un puesto en una intersección. Echando la vista alrededor, el mercado era un mosaico de gente. A esas horas, el sol se alzaba sobre la colina en un cielo sin nubes. Juana distinguió a una india a la que reconoció al instante. Iba cubierta con un manto marrón y portaba un cesto. Tenía el

cabello recogido y, al igual que la primera vez que la vio, le resultó imposible determinar su edad. Juana la había visto una noche al acabar su jornada en el mesón de Antón. Aunque era raro cruzarse con alguien a esas horas por las calles oscuras, lo que más le llamó la atención fue el hecho de que iba acompañada de un señor. Aquel hombre había hecho negocios con Beatriz durante muchos años, y al día siguiente había aparecido muerto en la posada en la que se hospedaba. Don Fernando de Cardeña era su nombre. Juana no tenía ninguna sospecha contra ella, pero estaba segura de que, por las horas, esa mujer había sido de las últimas personas en verlo con vida.

La mañana transcurrió hasta el mediodía, y solo consiguieron vender una sola gallina, por menos de cincuenta maravedís. La joven maldijo su mala suerte.

—¡Yo creo que es por el olor a mierda! —exclamó Gaspar a su lado.

Juana se encogió de hombros.

—Anda, toma —dijo la muchacha, y le entregó algunas monedas al chico —. Ve y compra algo de pan o alguna empanada para que comamos.

A Gaspar, que estaba hambriento, le pareció una idea maravillosa, y se alejó contento por la calle. Juana estuvo un rato sola hasta que se le acercó un señor.

—¿Las vendéis o las acabáis de comprar? —preguntó.

Juana alzó la mirada y, para su sorpresa, se encontró con el hidalgo que la había provocado la tarde anterior, en la taberna. Recordaba su nombre: Antonio Beltrán. El hombre esbozó una sonrisa amable como saludo, sin quitarse el sombrero. Juana, que estaba harta de pasar la mañana en el mercado, probó a ser condescendiente, a ver si le vendía alguna.

—Siento mucho lo de ayer, señor Beltrán. Pero desde niña me han enseñado a que no me toque otro hombre que no sea mi marido.

A Beltrán le cambió la expresión.

—¿Estáis casada?

Juana dejó escapar una risa fresca.

—¡Claro que no! ¿Para qué iba a querer yo a un hombre?

Antonio Beltrán rio con ella. Su risa era agradable y sincera.

—Bueno, hay hombres que sabemos ser buena gente.

—Vos, en cambio, no lo fuisteis ayer —replicó ella.

—¿Qué puedo hacer para ganarme vuestro perdón?

Juana supo que lo tenía comiendo de la palma de su mano.

—Compradme una gallina y os perdono.

—Y me decís vuestro nombre.

—De acuerdo, pero son dos reales —dijo mientras cogía una de las jaulas. Eligió para él una gallina bastante gorda; así al menos se marchaba satisfecho.

Beltrán contó con la mano alzada el número de gallinas en el carro.

—Mejor me las llevo todas.

A Juana le cambió el gesto. Aquello estaba lejos de ser un simple cortejo. Aquel hombre iba a darle casi veinte reales de plata.

—Señor Beltrán, no es necesario.

—Llamadme Antonio.

—Pues Antonio —replicó Juana—. Que no hace falta.

—Un hombre hace con sus dineros lo que le place, y más si con aquello logra contentar a una bella dama como vos…

—Juana —dijo ella finalmente.

—Juana —repitió él—. Mandaré a uno de mis hombres a por las gallinas. ¿Cuál es vuestra hacienda?

La joven le indicó dónde estaba su casa. El hombre sacó una bolsa de terciopelo, contó las monedas y se las dio a la muchacha. Al ver en su rostro un semblante de consternación, el hidalgo la obsequió con una sonrisa.

—Tranquila, los negocios son negocios —esgrimió con un ademán—. Además, siempre he querido tener gallinas enjauladas.

Juana dejó escapar una risa ligera.

—Os lo agradezco, Antonio.

El hidalgo hizo una reverencia y esta vez se quitó el sombrero.

—Pasaré a por ellas esta tarde.

Se alejó por la callejuela. En ese momento Gaspar regresó con dos empanadas y un botijo de jugo de caña. Le entregó una de las empanadas a la chica y aprovechó para darle un bocado a la suya, mientras León gimoteaba a su lado, hambriento.

—¿Y bien? ¿Qué quería ese?

Juana contempló al hidalgo alejarse a la distancia.

—No lo sé —dijo, perpleja—. Pero nos ha comprado todas las gallinas.

4

Regresaron a la casona con la mula y el carro al mediodía, bajo un sol de justicia. La joven se aseó con un cubo con agua y un trapo. Luego se dirigió al comedor, donde su madre había dispuesto un *tojunto* de patatas, verduras y ajos en un caldo hecho con los huesos restantes del día anterior. Poco después apareció Beatriz en el comedor, en compañía de Gaspar. Juana nunca se había

planteado hasta entonces que la señora y su hijo no tenían la obligación de comer junto a las criadas, o sea, con su madre y ella. Sin embargo, habían pasado tantos años que ahora resultaba algo cotidiano, y todos se consideraban parte de la misma familia. Incluso durante los días en los que Juan de la Torre, el padre de Gaspar, vivía en la casona, doña Beatriz había exigido comer todos juntos al mediodía.

Juana agradeció el plato que le sirvió su madre, sin dejar de pensar en el absurdo cortejo de Antonio Beltrán. Entonces caviló en que ninguno de los de esa mesa tenía a nadie más en el mundo. Beatriz había perdido a dos maridos. El primero, siendo muy joven. Fue tras unos meses de matrimonio cuando sobrevino la desgracia de Martín del Castillo. Con aquella alianza Beatriz se había convertido en la señora de la casa. Hasta ese momento, había sido la aprendiza de criada de la madre de Juana, y ambas habían servido al primer señor de esa casa, el tío de Martín, Diego de Sánchez. Con el tiempo, Beatriz volvería a casarse, esta vez con un mercader y tratante, Juan de la Torre. El señor promovió varios cambios, y con sus dineros se compró la parcela colindante, para agrandar el cortijo y el huerto. La peste y las fiebres se lo llevaron después del nacimiento de su hijo, Gaspar.

—Qué callada estás hoy, hija mía —soltó María en la mesa al verle la cara.

—Es por el olor a mierda de hoy en el mercado —dijo Gaspar.

—¡Gaspar! —lo regañó Beatriz, con el dedo índice alzado. Luego se volvió a Juana—. ¿A quién le habéis vendido las gallinas?

La chica probó el caldo, distraída.

—A un señor que iba bien vestido.

—¿Sabes su nombre? —preguntó Beatriz.

—Beltrán —dijo—. Antonio Beltrán.

La señora negó con la cabeza y se humedeció los labios en su copa de vino aguado. Beatriz conocía bien a los principales de la villa, pues había hecho tratos con casi todos ellos. Incluso estaba al tanto del séquito del obispo, Diego Sarmiento. También estaba al tanto de los aliados del gobernador de Cuba, Gonzalo de Guzmán, y, por otra parte, al bando que aguardaba disputarse el poder, encabezado por los Carranza, los Cabrera y los Agramonte. Juana también sabía estas cosas, y, en general, los conocía a todos de vista, pues ninguno dejaba pasar la ocasión de beber algo en el mesón.

Tras dar cuenta de la comida, Gaspar salió a dar de comer a los perros y María se dispuso a limpiar la estancia. Beatriz y Juana cruzaron la sala y el despacho y subieron las escaleras. Aquella altura la había mandado construir Juan de la Torre, para obsequiar a su esposa con una balconada que tuviera

vistas al mar. En realidad, y por culpa de los árboles frondosos de la parcela, apenas se veía una ligera línea azul los días claros. La estancia de doña Beatriz era amplia. Contaba con un lecho de madera, una escribanía y varios arcones gruesos hechos de cuero con remaches de hierro. Además, tenía un armario donde guardaba algunas prendas de valor. La chica sabía que, en los años buenos, la familia había logrado vender mercancías a señores que posteriormente las llevaban al otro lado del océano, a mercados lejanos como el de Sevilla.

Beatriz cerró la puerta y Juana se sentó en la cama. Cuando la señora la invitaba a compartir ratos con ella, ambas podían hablar sin tapujos de casi cualquier cosa. Beatriz conocía de sobra a María, y sabía que a ella no le hacía gracia que su hija se tomara ciertas licencias que consideraba un exceso de confianza.

Beatriz cogió un peine para alisar la larga cabellera negra de la joven. Mientras, Juana le relató lo que había oído esa semana en la taberna, las habladurías de los hombres, los planes de algunos sobre viajes a La Española o Nueva España, los negocios y alianzas que habían trazado a la luz de las velas frente a jarras de cerveza que ella misma había servido con los oídos y los ojos bien abiertos. Toda aquella información le era útil a Beatriz, pues una dama tenía vetada la entrada a esos sitios exclusivos de los hombres, sobre todo si quería mantener intacta su reputación. Juana le comentó, por último, que los hombres hablaban de la llegada de un nuevo gobernador.

—Gonzalo de Guzmán es el gobernador hasta ahora —le explicó Beatriz —. En realidad, el rey ha nombrado a otro señor, aunque es probable que no venga hasta la primavera.

La joven asintió. Siempre aprendía cosas de ella.

—Hoy he vuelto a ver a esa india de la que te hablé —dijo Juana, cambiando de tema—. Iba con el gesto serio andando por el mercado.

Beatriz frunció el ceño. Detuvo el peine.

—Da que sospechar —dijo—, pero puede que no signifique nada. No sé en qué negocios estaba envuelto ese hombre. Apenas pudimos completar un envío de azúcar la última vez.

—¿Te debía dineros? —preguntó Juana con los ojos muy abiertos.

Beatriz asintió.

—Unos cuantos, sí. Pero don Fernando me dio una oportunidad hace muchos años, cuando yo era una cría; apostó por mí y me otorgó un préstamo para que yo montara mi taller azucarero. Aunque las cosas iban a peor en este último tiempo, no me importaba guardarle una deuda algunos años, niña. —

Beatriz hizo una pausa—. Nunca te he contado bien esa historia, pero todo lo que ves en esta casa se lo debemos a Fernando de Cardeña. Le he escrito una carta a su hermano, en Sevilla, para avisarlo de su muerte y para pedirle ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda? —preguntó Juana.

Beatriz le explicó que apenas les quedaba dinero para el día a día y que debían sostenerse con lo que producían el huerto, las gallinas y los cerdos. Los Cardeña les debía cuatrocientos ducados, y Beatriz confiaba en que al menos le pagarían una parte. A Juana le impresionaba que Beatriz tuviera todos esos contactos y supiera manejarse tan bien frente a señores importantes. Se imaginó la casa de los Cardeña en Sevilla como un palacio enorme lleno de caballos y damas de compañía, una estirpe de hidalgos enriquecidos por el azúcar de Indias.

—¿Seguirás haciendo tratos con ellos?

Beatriz se encogió de hombros y continuó alisando su pelo. La cabellera de Juana relucía.

—No sé lo que pasará —respondió—. Todo depende de si nos devuelven parte de la deuda que tienen con nosotros. Pero me temo que, a la muerte de alguien, sus deudas se van con él. No creo que su hermano quiera hacerse cargo de las responsabilidades de don Fernando en un sitio tan lejano como este. Solo somos uno más de los tantos hacenderos con los que trataba esa familia.

—Pero son ricos.

—Su hermano en Sevilla quizás. Pero dudo que don Fernando se fuera de esta vida con demasiada fortuna. Las cosas no pintaban bien para él.

Juana volvió a pensar en la india y recordó la imagen esa noche en la callejuela a oscuras. Don Fernando se había girado hacia ella, al verla pasar. La muchacha se estremeció al pensar que aquella había sido la última mirada de un hombre que estaba a punto de morir.

Poco después, Beatriz se levantó de la cama y fue hacia el armario. Regresó al lecho con algo envuelto en una tela. Juana se sentó junto a ella y Beatriz sonrió al verle el cabello tan largo y frondoso. Su mirada era una mezcla de amor y orgullo por la joven.

—He dicho que tenía algo para ti.

Juana entreabrió la boca, emocionada. Tomó con las manos un tejido que estaba doblado en varias partes. Era suave. Cuando Beatriz le pidió que lo estirara sobre la cama, Juana descubrió un pañuelo que estaba enteramente bordado. El diseño contaba el relato de un muchacho y una dama. La historia podía seguirse paso a paso, de izquierda a derecha, y continuaba en la línea de

abajo. Era un regalo maravilloso.

Juana miró a Beatriz con los ojos brillantes y se mordió el labio inferior de la emoción. La señora esbozó una sonrisa y las dos se abrazaron. En ese momento, alguien tocó la campanilla del portón.

—Debe de ser ese tal Antonio Beltrán —dijo Beatriz. Ambas se asomaron juntas a la balconada y vieron a Hernán, que abría las puertas. En efecto, era el hidalgo, que se presentaba a buscar su mercancía, tal y como había prometido.

Solo que portaba un ramo de flores en las manos.

5

Doña Beatriz recibió a Beltrán en el comedor de la casa, con la comodidad de sus sillas de cuero, y le ofreció jugo de caña para que se refrescara. Los dos criados que venían con él se llevaron el carro con las gallinas hacia el puerto. Beltrán se quitó el sombrero y se abrió un poco el cuello para que le entrara el aire. Juana estaba detrás de la puerta que daba a las cocinas, atenta a lo que hablaban. Su madre acababa de servirles una jarra a ambos, y, al volver, la regañó con la mirada. Juana hizo un ademán con la mano para que la dejara oír.

Antonio Beltrán era un hacendero de la villa de San Cristóbal de la Habana, o simplemente La Habana, una aldea de menos de una veintena de casas que estaba al norte de la isla. Beltrán y Beatriz estuvieron un rato comentando las informaciones que habían llegado desde la corte de Castilla. Gonzalo de Guzmán cedería su cargo de gobernador a Hernando de Soto, quien a su vez había obtenido las mercedes para la conquista de La Florida. Dada esta situación, Guzmán se quedaría en Santiago cumpliendo algunas funciones en el cabildo y Soto viajaría al norte para establecer en La Habana su puerto principal, antes de cruzar el mar e iniciar su campaña. Al enterarse de todo esto, Guzmán había enviado cartas a algunos hidalgos y encomenderos del norte para que viajaran a Santiago a aprovisionarse de suministros con el fin de esperar de la mejor manera al nuevo gobernador.

—De modo que ha venido usted unas semanas en busca de pertrechos y luego se marcha de vuelta a La Habana —recapituló doña Beatriz.

—Eso es. De hecho, salimos mañana mismo, mi señora —dijo Beltrán—. Los vecinos que hemos venido compartimos la embarcación, y mañana pondremos rumbo al norte. Tenemos las bodegas llenas de víveres y provisiones para preparar la aldea.

Doña Beatriz lo contempló con gesto serio. Estaba sentada al borde de la

silla con la espalda muy recta.

—¿Y a qué se dedica su familia en La Habana? —le preguntó.

Beltrán carraspeó.

—Al rescate de oro en los arroyos y en los riachuelos. Además, criamos cerdos. Ahora mismo contamos con más de cien cabezas. Nuestra hacienda es una parcela tan grande como el solar de esta villa, con árboles frutales y buena madera. Hay un huerto, algo descuidado, pero que tengo la intención de extender a mi regreso y para eso he comprado algunas semillas. Además, mi familia posee una casa en Castilla, cerca de Burgos. No soy el hidalgo más rico de La Habana, mi señora, pero sí un hombre esforzado que sabe lo que quiere.

Al otro lado de la puerta, a Juana se le hizo un nudo en el estómago. Tuvo la certeza de saber a dónde se dirigía esa conversación. Beatriz dejó un momento de silencio en la estancia, como si necesitara de un instante para sopesar a aquel hombre. Beltrán, por su parte, permaneció erguido en la silla, y de vez en cuando volvía a abrirse el cuello de la camisa por la brisa caliente que venía de fuera.

—Intuyo que esas flores que ha traído no son para mí —murmuró Beatriz.

El hombre se removió en la silla y esbozó una sonrisa nerviosa que no tardó en borrar.

—Son para Juana, mi señora, su criada —dijo Beltrán, en tono formal—. He venido a rogar su permiso y el de su padre para cortejarla. Mi intención es pedir su mano en matrimonio.

Juana ahogó un grito tras la puerta.

—La joven no tiene padre —explicó Beatriz—. Debéis hablar con su madre y con ella misma.

—Pues, cuanto antes, tanto mejor. Debo volver a La Habana, y no volveré hasta dentro de unos meses, mi señora.

Beatriz lo contempló en silencio durante un momento.

—No os puedo prometer nada, don Antonio. No está en manos de su madre ni en las mías elegir al hombre al que debe desposar.

La joven dio un suspiro de alivio y agradeció que Beatriz fuera tan clara con él. Deseó que le negara el encuentro y lo invitara a marcharse con cortesía.

—Soy un hombre justo y generoso —se explicó Beltrán—. Conmigo no le faltará de nada, ni techo ni comida. Tampoco hijos.

—No cabalguéis tan rápido sin haber atado la silla, caballero.

—Era tan solo una manera de hablar —explicó él, y se incorporó—. Solo quiero la oportunidad de cortejarla. Quiero que vea que soy un buen hombre. El que la aprovisionará en la vida con riquezas, amor e hijos.

Beatriz se retiró.

Juana y María estaban de pie, junto al mesón de la cocina. La joven intercambió una mirada con Beatriz cuando esta apareció y agradeció su apoyo y su compasión. Juana sintió un nuco en el estómago. Hizo un esfuerzo por contener el llanto y mantener la compostura. Solo quería que aquel hombre se marchara. Su madre le arregló un poco el cabello.

—Debes recibir a ese hombre.

—No quiero hacerlo —respondió ella, muy seria.

Beatriz frunció el ceño. No todos los días se recibía a un hidalgo con esas intenciones, tan seguro de sus deseos. Tal vez fuera un hombre con poca gracia, pero había acudido allí de manera honesta.

María tomó el rostro de su hija con ambas manos y la miró a los ojos.

—Ese hidalgo ostenta riqueza, y has tenido la suerte de que se fijara en ti —le dijo con seriedad—. Ojalá hubiese habido un joven con un ramo de flores esperándome a mí en el comedor. En lugar de eso, me abandonaron a mi suerte, y tuve que criarte yo sola y pasarme la vida como criada en esta casa. No quieras vivir la vida como tu madre, hija. Es hora de despertar de tus sueños de niña: la juventud se te irá, igual que el brillo de tu pelo. Algún día dejarán de venir hidalgos a tu puerta, y te verás vieja y sola. Ve y escucha lo que va a decirte ese muchacho o con los años lo lamentarás y recordarás este día.

Juana apretó los labios de impotencia. Vio a su madre vestida de manera tan pobre que se le encogió el corazón. Quería un futuro digno para ella. También soñaba con devolverle todo el amor a Beatriz. De pronto cayó en la cuenta de que apenas tenían nada. Beatriz luchaba contra las vicisitudes de la vida y capeaba el temporal como buenamente podía; sin embargo, las cosas no tenían visos de ir a mejor. ¿Qué sería de ellas, pues? ¿Qué sería de su madre y de ella si Beatriz decidía vender su casa? ¿A dónde irían? No podía creerse lo que estaba sucediendo. Hasta ese momento no lo había pensado. Le bastaba su vida pequeña entre la casona y el mesón, la compañía de su amiga Ana y los quehaceres cotidianos de su casa. Aquello era una bofetada de realidad, injusta y amarga. Pensó con tristeza en que la vida era eso; el despertar de los sueños imposibles.

—¿Entonces? —preguntó Beatriz.

Juana miró a su señora y amiga. El hecho de que insinuara la opción de no

recibir a ese hombre era una muestra más de su amor. Sin embargo, su madre llevaba razón: ellas vivían una realidad distinta. ¿Qué haría Juana en un futuro cercano? ¿Pretendía quedarse para siempre en la taberna? Con profunda amargura, se dijo que su madre estaba en lo cierto. Al ver el gesto que hacía su hija, María se le adelantó y acompañó a Beatriz de regreso a la sala. Antonio Beltrán estaba frente a la ventana mirando a través de la celosía de madera. Cuando vio a la joven aparecer, cogió el ramo de flores que estaba sobre la mesa y se acercó a ella.

6

La tarde transcurrió lenta, como si en una extraña venganza el tiempo hubiese decidido detenerse. Juana acudió al mesón de Antón, como todos los días. Aquella tarde trabajó en silencio, con una expresión taciturna, alejada de las risas y las gracias con las que solían llenarse la jornada su amiga y ella. Hizo su trabajo hasta el anochecer, y mucho antes de la medianoche Ana le dijo que se fuera a casa, que ya acabaría ella con los muchachos. En el exterior de la hacienda no estaba Hernán Jémez esperándola, así que fue hasta su casa al final de la parcela para avisarlo de que había llegado antes. Luego se retiró a su alcoba, junto a los almacenes. Podría haber subido a la estancia de Beatriz para hablar con ella y escuchar su consejo, pero quería estar sola. La joven era consciente de lo que significaba tomar una decisión como la que tenía frente a ella.

Antonio Beltrán era un hombre que se había esforzado en ser agradable, y había tratado de cortejarla de la mejor manera que había podido. No fue rudo ni tosco en el trato —tal vez un poco torpe—, pero demostró que sus intenciones eran honestas. Más allá de los gustos de Juana, Beltrán era una elección con la que cualquier muchacha de la villa podía sentirse afortunada. Era joven, no era feo y, al menos, parecía aseado las veces que había coincidido con él. Había tenido el detalle de llevarle flores y de explicarle sus planes. Podía afirmar con rotundidad que, pese a lo majadero que le había parecido en un principio, era un hombre con las cosas claras.

Juana no había pensado en casarse hasta ese momento. Conocía las historias de Beatriz, que, siendo una niña, tampoco había mostrado intenciones de unirse en matrimonio a ningún hombre. Sin embargo, acabó casándose en dos ocasiones. No había mujer sin esposo, excepto las monjas de convento y las mujeres como su madre. Sentía un profundo respeto hacia ella y hacia la lucha que había empleado a lo largo de su vida, para sacarla

adelante. Su madre, empujada por la lujuria y los deseos imposibles, había sido usada por un hombre que la había dejado preñada de una niña sin padre. Juana pensó en Portocarrero. ¿Qué habría sido de él? ¿Habría muerto en la conquista del imperio mexica, en Nueva España? Su madre no le prohibió utilizar su apellido. No era algo que Juana acostumbrara a hacer, aunque a veces pronunciara su nombre completo en soledad. *Juana de Portocarrero*. Le gustaban su sonoridad y su significado, como si en realidad ella fuera la hija de un hidalgo importante que formaba parte de una estirpe de caballeros y no una criada huérfana, sin ningún porvenir. ¿Dónde estaba Portocarrero, ese al que en la villa llamaban «el extremeño»? ¿Dónde estaba su padre? ¿Sabría acaso que existía una hija bastarda en Cuba, la hija que abandonó para largarse con Pedro de Alvarado y Hernán Cortés?

Juana no necesitaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Beatriz la amaba, nunca las dejaría en la calle, pero no podía solucionarle todos sus problemas. La joven debía encontrar su camino y hallar la manera de cuidar de su madre. ¿Cómo pretendía pasar la vida en los años venideros? ¿En la taberna y bajo el amparo de Beatriz? Y cuando su madre envejeciera y apenas pudiera levantarse de la silla, ¿ocuparía su lugar en las labores de esa casa? No podía seguir viviendo con los ojos vendados por la ingenuidad. *Ha llegado el momento de dar un paso adelante por mi cuenta*, se dijo en la soledad de su estancia. Antonio Beltrán había pedido cortejarla y que los pretendientes se conocieran. ¿Por qué no aprovechar esa oportunidad? Antes de que se produjera cualquier bendición de los pretendientes, como marcaba la costumbre, habría tiempo de conocerlo. Y como él mismo le había dicho, eso podría suceder a final de año o en la siguiente primavera. Podría habituarse a su presencia y conocer la manera en la que tratarlo. Juana sentía impotencia y rabia hacia ella misma por mostrarse conforme. Pese a sus arrebatos de niña, era consciente de que la vida no era una alegría constante y que siempre era mejor vivir con tedio que bajo la amenaza del hambre.

Pasadas algunas horas, apenas entraba luz de luna por la ventana, y un halo púrpura delineaba las cosas en la penumbra. Juana estaba absorbida por sus pensamientos, y su mente volvió a imaginar el rostro de Beltrán. Al día siguiente acudiría para saber su respuesta. ¿Estaba Juana dispuesta a permitir el cortejo? No sentía ilusión, ni tenía ganas de conocerlo, pero debía empezar a jugar sus cartas de la vida con inteligencia. Quizá, con años y dedicación, lograría acostumbrarse a su pretendiente.

V

LA ESPAÑOLA

1

Santo Domingo resplandecía al sol y sus aguas refulgían con la luz de Indias. La lluvia de la noche anterior se fundía con el calor sofocante de la mañana y hacía brillar los tejados de sus casas. La ciudad no tenía las proporciones enormes de Sevilla, pero contaba con un amplio muelle al que se accedía desde la boca del río Ozama que abrazaba la villa y desembocaba sus aguas en la ensenada.

—La imaginaba más grande —dijo Estrada con la vista en la villa. Amir oteó el horizonte a su lado. Fernando negó con la cabeza, sonriente.

—No será Sevilla, pero me vale cualquier pedazo de tierra para estirar las piernas de una vez.

El capitán y el africano rieron y volvieron la mirada a la costa. Habían sido dos meses duros de travesía. Desde las cubiertas de los galeones divisaron a la gente que se agolpaba en el puerto para recibir a la flota de España. En la lejanía pudieron distinguir los tejados y torreones y una parte de la catedral, la primera construida en el Nuevo Mundo. Fernando tardó poco en descubrir que en nada se parecía a sus recuerdos. Pese a que la Audiencia de Santo Domingo había perdido parte de su autoridad en Indias por el auge de la de Nueva España, la ciudad había seguido creciendo y recibiendo a nuevos pobladores.

Las autoridades recibieron a Soto y a su esposa con presentes, entre ellos, dos hermosos ejemplares de caballos. Cuando fue el turno de Fernando y los suyos, Diego de Estrada fue de los primeros en saltar a tierra. Hincó una rodilla, puso la palma de una mano sobre la arcilla del puerto e hizo una plegaria a Dios en agradecimiento. Amir echó una mirada a su alrededor y vio que aquel sitio estaba lleno de gente de distinto color de piel, desde indios taínos, españoles, portugueses, canarios y mestizos hasta negros del África. El esclavo había temido preguntar si acaso iba a ser el único negro en el Nuevo Mundo, pero sus sospechas se esfumaron enseguida.

Tras el recibimiento, Hernando de Soto dio órdenes a los oficiales para desembarcar. Su esposa, Isabel de Bobadilla, y sus doncellas esperaban sentadas sobre unos cajones, con los rostros felices y agotados de la larga travesía. Fernando se acercó hasta ese grupo y se quitó la parlota cuando pasó frente a las damas. Hernando de Soto lo saludó con buen ánimo.

—No olvido el negocio que tengo con vos —dijo Fernando—. Os hice una promesa de aprovisionamiento, y voy a cumplirla.

Soto se llevó una mano a la frente y miró a su alrededor a la flota, a los hombres, mujeres, soldados y criados que se afanaban en descargar lo justo y necesario para pasar unos días en Santo Domingo. El puerto era un hervidero de porteadores yendo de un lado a otro. El capitán general volvió la mirada hacia el joven.

—Estaremos al menos unas cuatro semanas aquí, ultimando preparativos con las autoridades —le informó—. Estaré hospedado en la casa del gobernador, Alonso de Fuenmayor. Venga a verme estos días, Cardeña, y hablaremos.

Hernando de Soto le resumió la lista de provisiones y pertrechos necesarios. Aceite, legumbres, bizcocho, quesos, salazón. También le irían bien caballos, ganados, pólvora y armas. Fernando le estrechó la mano y se alejó. Cruzó el puerto hasta donde lo esperaban Estrada y Amir. Ambos habían sido buenos compañeros de viaje, siempre animosos y esforzados cuando requería la ocasión. Además, habían entablado amistad entre ellos, y también con varios de los hombres con los que habían compartido el reducido espacio de la cubierta de la San Cristóbal. A Fernando le impresionó la actitud de su amigo, el capitán. Diego de Estrada se mostraba despierto y vivaz, dispuesto a cumplir con su cargo de segundo, como una nueva oportunidad en la vida. También le alegró comprobar la fidelidad de Amir hacia él y hacia Estrada. Ahora los dos reían y estaban de chanzas con el grupo de la cubierta.

—Quedaos aquí y descargad nuestras cosas —les pidió Fernando cuando se acercó a ellos.

—Eso está hecho —dijo Amir.

—¿A dónde vas? —quiso saber Estrada.

—Iré a la casa de mi padre a ver qué descubro —dijo Fernando.

—¿Quieres que te acompañemos? —preguntó el capitán.

—Y lo que haga falta —añadió Amir.

Fernando negó con la cabeza.

—Estaré aquí antes del mediodía.

Fernando se alejó y tomó la calle principal que iba hacia el alcázar y la

plaza. Santo Domingo tenía la apariencia de una villa tranquila; no obstante, aquel día era distinto a todos los demás con la llegada de la flota de España. Todos los vecinos y pobladores se habían echado a la calle a recibir a los viajeros, a obtener noticias, a preguntar por sus cartas y a intentar vender algo de mercancía. Fernando se detuvo un instante a respirar el aire puro de La Española.

El caserón de su infancia estaba a las afueras de la villa, rodeado de árboles frutales. Fernando sintió cierta emoción al reconocer la higuera que se erigía a la entrada de la hacienda. Se detuvo allí, bajo su sombra, con los brazos en jarras, con la camisa y la frente sudada, y miró a su alrededor. Después de tantos años, jamás imaginó que volvería. De pronto, tuvo la sensación de que el tiempo no había pasado en realidad y que todo se mantenía de la misma forma que lo recordaba. Sin embargo, quince años eran suficientes para que las cosas cambiaran. Tuvo miedo de no ser capaz de reconocer el rostro de su madre.

La luz de Indias era distinta a la de Castilla; su brillo era más intenso, y el aire puro y renovado se expandía libre desde la costa a las sierras, portando consigo el viento salado del océano. Fernando cruzó el sendero que separaba la higuera del caserón. Se trataba de una casa de una planta con forma de herradura. Pasó el umbral de la puerta principal, que permanecía abierta, y la penumbra de la sala lo envolvió. En la casa corría una brisa cálida. Vio a un muchacho mestizo de unos doce años que estaba junto a la puerta del patio trasero. Vestía ropajes viejos y unas sandalias de esparto. El chico desvió la vista a su sombrero y a su espada.

—¿Sabes dónde está la señora de la casa? —le preguntó Fernando.

—¿Doña Inés? En el huerto, señor.

—Llévame con ella.

El muchacho lo guio por el patio y siguió andando hasta los cultivos. Fernando se detuvo a contemplar el pozo sin reparar, las gallinas que revoloteaban sueltas y a una criada que echaba los desechos de un cubo en un barrizal. Los signos de abandono de la finca lo encendieron de rabia. Las ventanas de las estancias estaban abiertas; los perros, las palomas y las gallinas se colaban a su antojo, la hierba crecía por el pórtico y las enredaderas escalaban por los muros. ¿Cuánto tiempo hacía que vivían en esas condiciones? ¿Quién estaba al mando de aquella casa?

El muchacho, que se había adelantado, volvió.

—La señora dice que no quiere ver a nadie, que para cualquier cuestión pregunte por el señor Alonso Monroy, que es el que lleva los asuntos en esta

casa.

—¿Dónde está Monroy? —Fernando miró a su alrededor. ¿Quién era ese hombre y por qué no había oído hablar de él hasta entonces?

—Ha ido a la villa, señor. Si quiere, puede esperarlo aquí, pero tardará en volver. No suele hacerlo hasta el atardecer.

—¿Cómo te llamas, chico? —le preguntó Fernando.

—Francisco —respondió él—. Soy el paje de doña Inés.

—Necesito que hagas algo por mí —dijo Fernando mientras sacaba un par de monedas—. Irás a la villa y traerás un poco de carne y de pan. Luego ve al puerto y pregunta por el capitán Diego de Estrada. Quiero que regreses con la comida y con mi gente.

El chico cogió las monedas y se quedó mirándolo.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

Fernando frunció el ceño.

—Soy el señor de esta casa. Cumple con tus labores y te recompensaré.

El chico asintió y se fue corriendo. Fernando cruzó el patio y hundió las botas en el huerto embarrado en dirección a un grupo de árboles. A la sombra de uno de ellos, descubrió a su madre sentada en un tronco, con un libro de horas en las manos. Doña Inés de Tapia había sido una de las damas más hermosas de Indias en su juventud. Ahora el tiempo le había dejado huellas en el rostro y en su cuerpo. Veinte años después de tener a Fernando, parecía ligeramente encorvada, y su pelo había perdido tanto su brillo como su color. Doña Inés vestía un sayo simple de algodón, negro, y una mantilla del mismo color para marcar el luto por su marido. Fernando la vio pequeña y frágil, abandonada en esa casa y en esa naturaleza silvestre, lejos del lugar en el que él consideraba que merecía estar.

El roce de sus botas en la hierba hizo que doña Inés desviara la mirada hacia él. Cerró su libro de rezos y se puso de pie, con la espalda erguida, orgullosa como una estatuilla de mármol. Fernando sintió tanta compasión hacia ella que tuvo el impulso de abrazarla, pero se contuvo. Sin darse cuenta, sus ojos se habían humedecido.

—¿Quién sois? —preguntó Inés a la distancia, con más fuerza en la voz de la que aparentaba su cuerpo menudo. Sus ojos se mostraban encendidos de tanto llorar—. Si habéis venido a cobrar dineros como el resto, os diré lo mismo que a ellos. ¡Largaos! Mi marido ha muerto, y alguno de vosotros ha puesto su firma sobre su tumba.

Fernando se acercó hasta ella sin responder. A ella le subió el pulso, sin entender las intenciones de aquel hidalgo desconocido, y mucho menos

comprendió nada cuando el joven con ropajes de principal hincó una rodilla en la hierba frente a ella y se quitó el sombrero con respeto. Entonces su expresión cambió. En los ojos del joven doña Inés vio reflejados vestigios de su propia alma y de otra que tanto añoraba y que se había perdido en el tiempo.

—Fernando… —musitó con una mano sobre los labios, conteniendo el llanto. Su hijo la cogió de la mano y le besó el dorso, como a una gran señora.

—He vuelto, madre.

Doña Inés tomó su cabeza y la apoyó contra su vientre. Acarició su cabello mientras una brisa cálida los mecía a ambos como a los árboles. Inés de Tapia derramó lágrimas junto a su hijo. Fernando abrazó a su madre y hundió el rostro en su sayo. Solo entonces pudo llorar la muerte de su padre.

2

—La señora Aldonza estaría orgullosa de mí —dijo el capitán.

Amir rio la gracia. Los dos contemplaron las cocinas y el almacén ordenado, todo puesto en su sitio. Les tomó menos de dos semanas hacerse con el control de la casa y gobernarla como se debía. Fernando había pedido a Estrada que se ocupara de la organización de la casa, con la ayuda de Amir. En esas dos semanas, el capitán se había vuelto a recortar el cabello y la barba y había aprovechado para raparle la cabeza al africano. Amir exhibía una expresión reluciente, siempre aseado y con una sonrisa dispuesta. Con su ayuda, Estrada guio a los criados de la casa como a una compañía de soldados. Amir, en funciones de lugarteniente, procuraba colaborar en todas las tareas.

—Capitán, ¿qué hago ahora? —le preguntaba Amir de tanto en tanto.

Estrada se pasaba la mano por la frente para quitarse el sudor de tanto trabajo y de tanto ir de aquí para allá.

—Lo que te salga de los cojones, africano, pero haz que estos vagos muevan el culo —respondía el capitán, enérgico como siempre.

—¡A la orden! —decía Amir.

Pronto el caserón empezó a funcionar con todo el mundo acompasado como en una dichosa nao. Se ocuparon de limpiar la casa, acabar reparaciones en los muros y en las tejas; quitaron hierbajos, arreglaron el pozo y los corrales; se organizó de mejor manera el almacén y establecieron las obligaciones de los ocho criados que formaban parte del cortijo. Además, Fernando procuró pagar sus sueldos adeudados. Doña Inés no se separó en ningún momento del capitán, y aprendió muchas cosas de él. En pocos días le

cambió el semblante, inmersa en la faena, y sirvió para dejar atrás el duelo por su esposo.

Fernando descubrió que el señor Monroy era un hombre de unos cincuenta años que había sido el secretario de don Fernando, su padre. Doña Inés, su madre, le explicó que Monroy tenía buenas relaciones con el cabildo y la Audiencia, y muchos contactos en la corte del gobernador de La Española. Era un hombre más o menos respetado, que vivía en la casa de los Cardeña desde hacía una década. Monroy no cuestionó en ningún momento la autoridad de Fernando, todo lo contrario: desde el primer día estuvo a disposición de él para lo que estimara oportuno.

Una mañana soleada, Fernando reunió el valor de entrar en el despacho de su padre. Estudió con atención los libros de cuentas, y lo primero que notó fue que había doble caligrafía en ellos.

—¿Quién ha hecho estas anotaciones? —le preguntó a Monroy, que se pasaba las jornadas enteras en compañía del nuevo señor. La expresión de Fernando esos días estaba marcada por la responsabilidad del mando y por llevar las cosas a buen puerto. Monroy se encogió de hombros.

—A veces su padre me pedía que las escribiera yo mismo, señor.

Fernando frunció el ceño. Algo no cuadraba. Desde el primer vistazo, se dio cuenta de que algo no iba bien, cuestión que confirmó después de haberlo revisado todo. ¿Por qué razón su padre había decidido ocultar algunos movimientos y negocios con algunos señores?

Una de esas noches, Fernando, Estrada y Amir cenaron juntos en una mesa en el patio, a la luz de una vela. El africano regresó de la cocina con un poco de carne y una jarra de vino.

—No está tan malo como creía —dijo Estrada mientras rellenaba los vasos.

—Lo mezclan con alguna semilla silvestre para darle ese sabor —dijo Fernando, con la cabeza en otra parte.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el capitán.

Fernando los puso al tanto sobre los desconocidos movimientos comerciales de su padre. Estrada no era un mercader, y no sabía nada sobre el arte del comercio; sin embargo, sabía leer a la gente, y su consejo, siempre astuto, era valioso.

—Si en tu libro aparece una anotación como un pago y no están los dineros por ningún sitio, caben dos posibilidades, a mi manera de ver las cosas: o bien Monroy se ha guardado una parte para su bolsillo o tal vez tu padre se lo haya cobrado a esa gente con un favor.

—¿Crees que los vecinos le debían favores a mi padre?

Estrada se encogió de hombros.

—Creo que la única manera de averiguar lo que ha sucedido es con una visita a cada uno de los de tu lista, Cardeña.

Fernando, que ya lo había estado pensando, asintió con seriedad.

—Mañana iremos los tres, pues —ordenó.

Dicho y hecho. Al comenzar la tercera semana de su llegada a Santo Domingo, Fernando salió a caballo en compañía de Estrada y Amir a las haciendas de todos los comerciantes, mercaderes y tratantes con los que había trabajado su padre. Llevaban provisiones para toda la jornada y comían en la sierra. Fernando utilizó todas sus artes persuasivas para hacer que se les soltara la lengua a los hacenderos. A algunos de ellos su padre les había perdonado la deuda o simplemente les había retrasado el pago una primavera más; a otros, en cambio, era el propio don Fernando quien les debía dinero. La suma de deudas de don Fernando era considerable pero asumible si Fernando cobraba aquello que le debían. Si parecía tan sencillo, ¿por qué razón no lo había hecho?

El secretario Monroy se lo explicó.

—Señor, la gente aquí es distinta que en Sevilla —le dijo, en el despacho de su padre.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Fernando.

—No solo son negocios, señor. También son vecinos. Ninguno aquí espera hacerse rico a costa de los otros. Con todo respeto, señor Fernando, no puede ir usted ahora a cobrarle todo lo que le deben así porque sí. Hay una costumbre.

—Eso lo dirá usted, Monroy —repuso Fernando—. Una deuda no puede permanecer para toda la vida; en algún momento habrá de pagar esa gente.

—Las cosas en Indias funcionan de un modo diferente —dijo el secretario con calma—. Mi consejo es que lleve cuidado, señor. Estos vecinos serán los mismos el resto de su vida. No cultive enemigos en el jardín. La lealtad aquí vale tanto como un cargamento de especia.

A Fernando le costó admitir que Monroy estaba en lo cierto. Comprendió que su padre tenía las ganancias y las deudas a raya en La Española, en una especie de juego cortesano que tenía que ver más con su influencia que con el comercio. Lo que sacaba de Santo Domingo pagaba el gasto que suponía acudir a Santiago de Cuba cada primavera, que era donde aunaba el gran comercio. Fernando recapituló sus informaciones. Su padre, al parecer, no había sido capaz de abrir ninguna ruta de comercio. El gran pilar de la familia

en Indias, ese al que se aferraban su tío Rodrigo y Bardi, se basaba en una serie de hacenderos en Cuba que le vendían la mercancía a su padre, sin más. ¿Y en La Española? ¿De verdad su padre no tenía ningún negocio en la isla? Fernando hizo cuentas. Esperaba a Pedro de Alvarado para la siguiente primavera, y se preguntó de qué manera iba a hacer frente a sus responsabilidades. Acudir a la élite del cabildo de Santo Domingo era una posibilidad. Giacomo Bardi le había enseñado el entramado de las estirpes importantes de La Española: los Caballero, Dávila, Ampiés, Pasamonte, Centurión o Tostado. Quizá alguno estaría inclinado a unirse a él.

—¿Creéis que alguna de esas familias estaría dispuesta a participar en una ruta de comercio? —le preguntó Fernando después de enumerarlas.

Monroy negó con la cabeza, sorprendido de que el joven supiera quiénes eran ellos.

—Su padre nunca quiso hacer negocios con ellos, señor. Viejas rencillas. Hay algunos arcones que es mejor no volver a abrir en la vida.

—Ha llegado la hora de cambiar eso —dijo Fernando—. Quiero que esta tarde les lleve un mensaje en mi nombre a esos señores.

Al secretario se le ensombreció el semblante.

3

Los farolillos de algunas naos parpadeaban tenuemente en el puerto de Santo Domingo, dominado por las sombras de los aparejos y las jarcias de la flota de Hernando de Soto. Un velo de incertidumbre cubría el semblante de Fernando. Vio la figura del secretario Monroy en compañía de Amir, que guiaba un carro cargado con la documentación. Fernando había pasado la tarde con su madre, y esperaba ansioso desde hacía horas las noticias de Monroy. De algún modo, había obligado al secretario a demostrar su lealtad con la familia Cardeña. Necesitaba averiguar la postura de algunos señores sobre una posible alianza con los Cardeña.

—Dejaré esto en el despacho —le dijo Amir al tiempo que señalaba el baúl de documentos. Fernando le cedió la silla al señor Monroy y se quedó de pie frente a él.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido?

Monroy se pasó una mano por la frente. Estaba exhausto.

—Señor, esta gente lleva casi treinta años sacando provecho de lo mejor de esta isla. Siempre se ha beneficiado de los mejores repartos de indios, esclavos y encomiendas. Cuentan con trapiches e ingenios azucareros por

todo el territorio, cobran los impuestos y están en los cargos más importantes de la Audiencia. Los negocios inciertos, como pequeñas participaciones en una campaña a La Florida o a Guatemala, o una ruta de comercio a Cuba son meras inversiones que no les interesan demasiado.

Fernando sabía que, entre ellos, los Pasamonte o los Centurión eran dos grandes nombres en el comercio de azúcar en Sevilla y se quedan con la mayor parte de las ganancias. Su influencia alcanzaba hasta la corte, incluso adelantando pagos a la Corona y haciendo las veces de prestamistas. Exactamente a lo que aspiraba su familia. Pero ¿cómo lo conseguían? No podía ser únicamente con sus campos de caña y trapiches. Algo se le escapaba.

—Tienen las mayores explotaciones de cañas… —expuso Fernando en voz alta, con la mirada perdida.

—Tienen muchos ingresos y además gestionan los cobros de impuestos —añadió Monroy.

Fernando se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—¿Cree que se guardan dineros de Su Majestad? —preguntó.

—Es un secreto a voces el tema de los impuestos, el famoso Quinto real —murmuró el secretario—. Hablamos de miles de ducados por año. Está usted muy lejos de esa cima, señor.

—La vida los pondrá a cada uno en su lugar —respondió Fernando, algo ofendido por el último comentario de Monroy.

Extensas encomiendas, numerosos indios y esclavos de África, cargos y nombramientos y desvío de dineros de la Corona que iban a parar directamente a sus arcas. Fernando se dio cuenta, de pronto, de que su padre había tomado la decisión más inteligente. Alejarse de esa gente y pescar en otros caladeros. Santiago de Cuba. Ninguno de esos hombres habría de tomarse jamás la molestia de viajar, entablar relaciones con los hacenderos de aquella isla inmensa y reunir un cargamento aceptable.

—¿Cuántas alianzas tenía mi padre en Cuba?

—Pues, que yo sepa, con los Miranda, los Cepero y con doña Beatriz del Castillo. El resto de los señores eran hacenderos más pobres que le vendían su mercancía de tanto en tanto.

Fernando se detuvo un momento a pensar. En una semana, la flota de Hernando de Soto saldría para Santiago de Cuba, y él debía cumplir con su parte del trato y darle una carga de suministros. Sin embargo, aún no había sido capaz de reunir ni una sola arroba de nada. Tampoco tenía dineros suficientes como para comprar una carga por su cuenta. Necesitaba de socios. Recordó que tenía poco menos de un año para arreglar las cosas y regresar a

Santo Domingo listo para abastecer de provisiones a Alvarado.

—¿Hay algún hidalgo que no forme parte de esa primera línea de principales? —le preguntó Fernando a su secretario. Monroy frunció el ceño, pensativo. El joven añadió—: Alguien dispuesto a desmarcarse de aquella gente y arriesgarse en empresas inciertas, como las llama usted.

—Puede que sí, señor.

Fernando se mantuvo en silencio mientras ordenaba las ideas en su mente.

—Vamos a reagrupar a la hueste —musitó mientras recordaba las lecciones del capitán Estrada—. Reuniremos a todos nuestros aliados en una sola compañía de mercaderes. Juntos seremos más fuertes.

Monroy esbozó una media sonrisa. Aquella idea podía dar resultado.

—Creo conocer al hombre perfecto —aseguró con cierta emoción en la voz—. Su nombre es Pedro de Becerra. Tiene pocos esclavos en su encomienda, pero les ha dado la libertad a todos ellos y ninguno se le ha ido. Le advierto que algunos piensan de él que ha perdido el juicio.

4

Tras cuatro semanas en Santo Domingo, Fernando se dijo que era un buen sitio para criar ganado y tener hijos. Sin embargo, sabía bien lo que había al otro lado del océano. No olvidaba su sueño de vivir en las grandes ciudades italianas. Aunque La Española tuviera un clima espléndido —a excepción del período de lluvias—, sus gentes fueran amables y la tierra diera buena cosecha y criara buenos cerdos, Indias estaba lejos de suplantar sus sueños. Las grandes cuestiones se sucedían en el Viejo Mundo y no en aquel sitio tan marginal.

Fernando encontró a su madre en la sala de estar, una habitación cuyas ventanas daban a los árboles de la entrada y traían el olor de las flores del jardín. A doña Inés le había cambiado la expresión desde su llegada. Fernando se sentó a su lado y cogió su mano.

—Necesito que me cuentes la historia de mi padre.

A doña Inés se le ensombreció el rostro de pronto al oír sus palabras. Poco a poco, volvió a la normalidad y le relató los primeros años, su matrimonio y sus negocios. El recuerdo de Fernando sobre su padre era vago y distorsionado. Al joven le intrigaba saber qué clase de hombre había sido él, pues, a fin de cuentas, apenas lo había conocido. Doña Inés no creía que hubiera muerto de causa natural, pero tampoco tenía indicios de quién podía estar detrás de eso. Ella se enteró de lo sucedido gracias a una carta enviada

por Beatriz del Castillo, la dama de Santiago, mercader y socia de su padre.

—¿Quién es ella? —quiso saber Fernando—. ¿Es de fiar?

Doña Inés asintió.

—Quizás sea la única persona a la que le puedas confiar tu vida. —Fernando asintió levemente—. ¿Qué piensas hacer? —quiso saber su madre.

—Trataré de levantar una ruta de comercio —dijo Fernando—. Algo desde Santo Domingo a Cuba, y de ahí a La Florida.

—¿Y eso cómo se hace?

—Por lo pronto necesito de algún socio y que a Soto le parezca bien.

—Los hombres como Hernando de Soto siempre necesitan suministros —murmuró doña Inés—. Son como un saco roto.

Fernando se dio cuenta de que su madre era una mujer inteligente y perspicaz, desaprovechada por su marido. Ella escuchó con atención su plan al detalle. Conocía bien a la mayoría de los señores que le nombró, y trazó el perfil de cada uno de ellos. Luego le dio dos o tres consejos bastante útiles sobre cómo moverse y hablar con los hidalgos indianos, bastante más orgullosos que las gentes de Castilla.

—Cuando llegues a Cuba, procura visitar a doña Beatriz del Castillo en primer lugar —le aconsejó Inés—. Ella te dará hospedaje, y estoy segura de que te ayudará en todo lo que necesites. Era una gran aliada de tu padre.

—¿Sabes algo de la deuda que tenemos con ella? —preguntó Fernando en referencia a los dineros que alegaba doña Beatriz en la carta escrita a su tío Rodrigo. Su madre negó con la cabeza.

—No sé nada de deudas, hijo, pero sea lo que sea, págale y mantenla de tu parte. Ella nunca te traicionará, puedo asegurártelo.

Fernando guardó esa valiosa información.

—Por cierto, ¿conoces a Pedro de Becerra?

—Muchos dicen que está loco.

—Ese mismo.

—No sé nada que tú ya no sepas, hijo. Ve con cuidado.

Esa tarde, Fernando salió de la hacienda a caballo bajo un sol radiante, ataviado con su espada y en compañía de Diego de Estrada, hacia la casa del gobernador. Allí se hospedaba Hernando de Soto junto con su esposa y alguno de sus capitanes. Fernando andaba preocupado. Necesitaba juntar, al menos, una carga de provisiones; ¿cómo aspiraba si no a cumplir su compromiso con Soto? Ahora tenía claro que iba a montar una ruta de comercio desde La Española a Cuba.

Fernando y Estrada se detuvieron frente a la casa del gobernador

Fuenmayor y desmontaron. Soto los recibió en el patio de la casona.

—Entiendo el punto en el que os encontráis, Cardeña —dijo el hidalgo. Hernando de Soto era un hombre sensato, que había armado varias veces durante su vida expediciones y campañas y que comprendía la dificultad de hallar buenos socios que confiaran en arriesgar sus posesiones. Soto se apoyó en el brocal del pozo. Fernando estaba frente a él. A sus espaldas lo esperaba el capitán Estrada, atento a lo que decían.

—Mis socios están en Cuba —le explicó Fernando—. Acudiré con vos a Santiago a reunirme con los hacenderos con los que trato. Allí juntaré la carga necesaria para pagar lo que os debo. Espero tenerla en menos de dos semanas.

Hernando de Soto se cruzó de brazos, con aire pensativo.

—En Cuba dispondré algunas ordenanzas en el cabildo de Santiago e iniciaré una marcha a pie por la isla hasta San Cristóbal de la Habana. Es por ello por lo que necesito de vuestro aprovisionamiento. No me refiero a pagar vuestro pase a Indias, sino a invitaros formalmente a que seáis uno de mis armadores. ¿Creéis que podríais hacerlo?

Fernando iba a ser el armador de Alvarado en Guatemala, y no podía comprometerse con Soto. Sin embargo, en ese preciso instante pensó en que, si Alvarado no conseguía su matrimonio y se anulaban sus licencias, Hernando de Soto podía ser una solución para su familia. Lo más prudente sería mantenerlo de alguna manera.

—Quisiera ofreceros una ruta de comercio, señor. De La Española a La Florida.

A Soto le brilló la mirada al oír aquello.

—Os apoyaré en lo que pueda, siempre que podáis proveerme de algo antes de salir de Santiago de Cuba —sostuvo el hidalgo.

La idea de reunir la décima parte del préstamo de su familia antes de la llegada de Alvarado —esos cuatro mil ducados— era tentadora. Podía intentar cerrar tratos con hacenderos y comerciantes y así participar en la campaña de Soto, pero era imposible de predecir.

—No lo sabré hasta que me reúna con mis aliados —dijo tras un momento—. Señor, mi familia ha apalabrado el aprovisionamiento de Pedro de Alvarado la próxima primavera. ¿De cuánto es la dotación que pensáis cruzar a La Florida?

El hidalgo frunció el ceño. Tantos hombres y responsabilidades requerían de carisma, valor y capacidad para calcular todas esas provisiones. Hernando de Soto tenía fama de buen jinete y gran espadachín, pero pocos conocían su don para la organización y el abastecimiento de una gran flota.

—El total de mi armada asciende a nueve navíos con más de ochocientos hombres, entre servicio y hueste, y doscientos cincuenta caballos —dijo Soto con sus ojos negros sobre el joven—. Nos organizaremos en el puerto de La Habana, que es el más seguro del norte, antes de cruzar. Espero estar allí antes de la Navidad. Cruzaremos el océano la próxima primavera. Abril o mayo, solo Dios lo sabe.

Fernando tuvo claro cómo se presentaba su año. Iba a contar con algo más de nueve meses para armar su ruta de comercio y, con ello, abastecer de provisiones a dos expediciones, la de Soto y la de Alvarado. Armar expediciones significaba también quedarse una parte del gran botín. Al igual que las bodegas de una nao, las campañas se dividían en participaciones. Muchos mercaderes y tratantes soñaban con ser armadores, pero el riesgo era elevado, y no eran demasiados los hidalgos con posibilidades de embarcarse en negocios tan inciertos. Fernando llevaba una vida aprendiendo los entresijos de ese tipo de comercio y de las compañías de mercaderes toda su vida. «Partes», las llamaba Giacomo Bardi, como los trozos de una tarta. Y la de Soto era de oro. Si el hidalgo le pagaba sus suministros por adelantado, Fernando sería capaz de reunir los cuatro mil ducados que debía enviar a los mercaderes banqueros de Sevilla antes de la llegada de Alvarado.

—De acuerdo, iré con vos a Santiago y en un par de semanas os haré mi oferta —respondió Fernando con astucia. El hidalgo se mostró conforme y ambos se estrecharon las manos. En menos de dos días pondrían rumbo a Cuba. Fernando sabía que no tenía capacidad para participar en solitario. Era esencial conseguir al menos a un aliado en la isla. Algo con lo que su padre nunca estuvo de acuerdo. Notó cierto vértigo ante los acontecimientos. No podía estar seguro de que su plan de conseguir un socio y crear la ruta de comercio en Cuba fuera a salir bien.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Estrada ya sobre el caballo con preocupación, mientras iban al paso por las calles de Santo Domingo. Las cosas comenzaban a tomar un cariz mucho más serio—. Pretendes llenar las bodegas de nueve naos cuando apenas tenemos provisiones para nosotros y el africano para una semana, como mucho.

—Lo sé, pero necesito algo más que venderle una simple carga a Soto —dijo Fernando—. Mi padre no tenía nada aquí, y ni mi tío ni Bardi lo saben. Debo inventar algo. He pensado en hacer una ruta de mercancías, conseguirlas aquí en La Española o en Santiago y vendérselas a Soto en La Habana o en La Florida. Con eso me cuido las espaldas en el caso de que Alvarado no consiga venir.

Estrada asintió.

—Pero te arriesgas a perder los pocos dineros que has traído.

Fernando no tenía nada que objetar.

—Así es. Esa es la vida de un mercader, pero también es una oportunidad cojonuda para reunir esos cuatro mil ducados, Diego.

El capitán no estaba tan convencido; aun así, sonrió.

—Estás como una cabra, Fernando.

El joven exhibió una media sonrisa.

—Quiero que regreses a la casona y comencéis a preparar la partida a Cuba —dijo Fernando—. Compra provisiones para dejar la casa bien equipada durante nuestra ausencia.

Estrada tomó nota de las órdenes.

—¿A dónde vas ahora?

—Me reuniré con Monroy e iré a ver a ese hombre, Pedro de Becerra.

—No vayas solo.

—No, iré con Amir.

Espoleó a su caballo y se alejó hacia el camino del oeste.

5

Detuvo su montura sobre la hierba mojada, en un barrizal. En La Española era frecuente que lloviera de tanto en tanto y que durante un período corto de tiempo descargara un aguacero. Fernando hundió las botas en el barro. A su lado estaba el señor Monroy, aún sobre su mula, acompañado de Amir. El joven guio a su caballo hasta un sendero que discurría junto a un arroyo. Los tres agradecieron la sombra de una hilera de árboles e iniciaron el camino hacia el caserón de Becerra. El canto de los pájaros y de las cigarras era ensordecedor.

—Señor Monroy —dijo Fernando—. La tierra de esta isla parece ser abundante en todo, no le falta de nada.

—Así es, señor.

—Entonces ¿por qué hay tanta decadencia en Santo Domingo?

El secretario les hizo un resumen de los hechos. Los hidalgos, encomenderos y hacenderos habían apostado por el atajo más corto hacia la riqueza: la búsqueda de oro. Olvidaron su obligación evangelizadora y civilizadora y empujaron a los indios a trabajar en las minas o en los riachuelos en busca de metales preciosos. ¿Cómo no sentir impotencia ante tal desperdicio de la fuerza de la gente? Pocos hicieron otra cosa que no fuera

tratar de enriquecerse lo más rápido posible. La mayoría probó suerte con el oro, y todos acabaron de la misma forma: con la pérdida de sus indios. Los nativos murieron por culpa de la carga de trabajo, extenuados. Cuando la mano de obra escaseó, los principales de La Española procuraron comprar esclavos de África. Muchos señores de Sevilla y de Lisboa vieron en el auge del comercio de personas una nueva oportunidad para seguir llenando sus bolsillos de oro y plata.

Pensar en esta situación desde su casa cercana a la Puerta de Carmona era algo bien distinto a verlo con las botas hundidas en el barro en La Española. Fernando sintió una punzada de vergüenza. Ahora, con la mayor parte de la población nativa de la isla desaparecida, los africanos eran la fuerza trabajadora. Cuando los principales vieron que el oro de la isla estaba agotado, apostaron por el azúcar. Plantaron extensas llanuras y laderas de cañas e hicieron ingenios junto a los ríos, utilizando la fuerza del agua para mover los molinos. Sin embargo, las cosas habían cambiado. Los africanos no eran tan dóciles como los taínos, y comenzaron a rebelarse, a matar a españoles y a levantarse en armas. Incluso el cabildo de la ciudad empezaba a pagar a aventureros despiadados que se echaban a la sierra en cacerías de negros. La Iglesia y las misiones luchaban contra estos abusos en defensa de los nativos y de los esclavos.

—Trabajar la tierra es duro —dijo Monroy—. Los grandes señores de la isla buscaron el oro rápido y dejaron morir a la gente. Traer a esos hombres del África ha sido un error que costará muchos años arreglar. —Monroy desvió la mirada hacia Amir, casi como una disculpa—. Los negros se alzan todos los días en las villas y en las aldeas, y vagan por las sierras como proscritos de la ley. Incluso se mezclan con las indias locales y tienen hijos zambos.

—¿De qué ley habla, Monroy? —le preguntó Fernando, incisivo—. ¿La de Su Majestad o la de Dios? La ley natural de la vida no debería permitir que los hombres vendan a otros hombres como mercancía.

Monroy intercambió una mirada con Amir y volvió a Fernando.

—Tal vez, señor, pero ¿acaso vuestra familia no se dedica ahora al comercio de esclavos en Sevilla?

Fernando recibió aquella pregunta como una bofetada. Le devolvió al secretario un gesto adusto y agradeció que ya estuvieran frente a la casa. Un portón simbólico que permanecía abierto de par en par era el límite entre el camino y la casa de los Becerra. Fernando había visto en la lejanía que los criados avisaban al señor de la casa y que este salía a recibirlos. Pedro de

Becerra era un hombre robusto, que iba con la camisa abierta. En su velludo pecho al descubierto exhibía un colgante con una cruz de plata. Por su aspecto tosco y rudo, Fernando se preguntó si acaso aquel hombre de aire mediterráneo era tan miserable y cruel como el resto de los señores de la isla.

Becerra les echó una mirada poco amigable.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —tiró como un arcabuz.

Fernando soltó las riendas de su caballo y se acercó a él con parsimonia. A su alrededor, los criados mestizos y negros habían dejado de hacer sus labores y se habían reunido en torno a su señor. Fernando volvió la mirada a Becerra.

—Soy Fernando de Cardeña —se presentó—. He cruzado la sierra para presentaros mis respetos y ofreceros un negocio. Muchos dicen que habéis perdido el juicio y que yo también lo he hecho por venir hasta aquí en busca de vuestra amistad.

Becerra separó las piernas y se cruzó de brazos.

—Conocía a vuestro padre —señaló—. Un tipo que los tenía bien puestos.

—Mi padre no quiso aliados en La Española. Los principales de esta isla tienen otros intereses diferentes de los de la gente como nosotros.

—Esta isla está llena de locos —masculló Becerra—. Pero soy yo el único con fama de ello. Manda cojones.

—Por haber liberado a vuestros indios.

—Por eso y por más.

—¿Y por qué lo habéis hecho? —quiso saber Fernando.

Becerra se volvió un momento a sus hombres, que permanecían de pie a sus espaldas.

—El hombre es igual que el perro —dijo en voz baja—. Si se le da con el látigo y se le ata con una soga al cuello, buscará la manera de atacar y de huir. Incluso tal vez pruebe con la venganza. ¿Qué hago yo solo aquí, en mitad de la sierra, con mi mujer y mis hijas, contra ochenta negros con sed de justicia? Sé cómo gobernar mi casa. El que no quiera estar aquí, con un techo y una escudilla de comida todos los días, puede largarse cuando quiera. Ahora, dígame, don Fernando, ¿quién es el que está loco?

—Entiendo vuestros motivos, señor —dijo muy serio, tras un instante—. Pero no creo que hayáis perdido el juicio ni nada parecido.

Becerra dejó escapar una carcajada.

—¿Ah, no? ¿Acaso conocéis a otro hombre que haya decidido hacer libre a sus esclavos? —preguntó Becerra.

Fernando frunció el ceño. Becerra se encogió de hombros, en un gesto

complaciente. En ese momento, Amir dio un paso al frente y se situó junto a Fernando.

—Aquí tenéis a uno —dijo el africano.

Becerra, que no se esperaba aquello, cambió de expresión y desvió la vista a Fernando. Lo mismo hizo su secretario, el señor Monroy. Fue el joven, esta vez, quien los obsequió con una ligera sonrisa.

6

Fernando aceptó de buen grado la hospitalidad de Becerra. Su casa no era lujosa, pero contaba con una cómoda sala comedor. La esposa de don Pedro, doña Carmen, y sus cuatro hijas se ocuparon de la mesa. Les sirvieron vino picado, pan, carne de cerdo y maíz tostado. La mayor, María de Becerra, era una muchacha de la edad de Fernando. Era espigada, alta y delgada como un tallo de junco, con una melena castaña ondulada que gastaba recogida en un moño. Tenía unos ojos vivaces, la nariz ligeramente aguileña y los labios finos. Fernando consideró que la muchacha no era fea, aunque su belleza no hubiese despertado nada en él, e imaginó que don Pedro no tardaría en encontrarle un marido conveniente.

—¿Le interesa la mayor, Cardeña? —soltó Becerra al ver la dirección de sus ojos mientras cortaba el pan y luego se llevaba un poco de carne a la boca. Ya habían pasado a llamarse de usted, que suponía mayor confianza entre las personas.

Fernando casi se atragantó.

—El señor Cardeña no ha venido a por una esposa, don Pedro —dijo Monroy en su auxilio. Becerra se encogió de hombros, restándole importancia.

—Pues qué pena —dijo con gracia—. Además de socios podríamos haber sido familia. Bueno, hábleme de esas campañas suyas. ¿Cuánto dice que hay que aportar?

Fernando se mojó la garganta con un poco de vino y le explicó su plan. Becerra apoyó la espalda en su silla con aire pensativo.

—Usted acaba de llegar a Santo Domingo, Cardeña —expuso Becerra—. Déjeme que le diga que este es un paraje inhóspito. Me refiero a las Indias. Aquí cada cual vela por lo suyo, y la desgracia está a la vuelta de la esquina. Basta una mala cosecha, un incendio, una inundación para que todo se vaya al cuerno. La idea de un gremio me entusiasma, no se lo voy a negar; tengo cuatro hijas, y si a mí me ocurriera algo, Dios no lo quiera, a ellas les quedaría

alguna cosa. Pero si vamos a ser una hermandad, necesito verles la cara a los otros sujetos. No pienso poner un solo maravedí si no confío en esa gente.

—Pues venga conmigo a Cuba, Becerra —lo invitó—. Venga conmigo a cerrar los tratos con los demás socios y a armar esa ruta hasta La Florida. ¿Cuánto está dispuesto a aportar?

—Aquí tengo algo de provisión —aseguró el hacendero pasándose la mano por la barba—. Podría armar a dos compañías de hombres para Soto. Le hablo de provisiones y pertrechos para cuarenta rodeleros y criados y alguna que otra carga de pólvora.

A Fernando se le iluminó la mirada. Aunque la compañía de mercaderes fuera únicamente entre Becerra y él, podía mostrarse ante Soto con esa pequeña participación. Si se movía con astucia, veía la posibilidad de obtener riquezas suficientes como para enviar a Sevilla los dineros del préstamo.

A media tarde, Becerra los acompañó al establo a por sus monturas. Un aire caliente mecía la arboleda que les daba sombra. Becerra acarició la crin del caballo de Fernando.

—Iré con usted a Cuba, Cardeña —le dijo Becerra en tono confidente.

Fernando recibió la noticia con alivio.

—La flota se echa a la mar pasado mañana —le informó.

—Mañana al atardecer estaré con mi gente y mi carga en el puerto —explicó el encomendero—. Necesitaré que pueda hospedarme en su casa.

—Puede darlo por hecho. ¿Con cuánta gente piensa venir?

—Cinco muchachos y mi hija María.

Becerra buscaba la manera de presentarla a otros señores dispuestos a cortejar a una dama castellana. ¿Quién acaso iba a cruzarse la sierra hasta esa hacienda perdida en la inmensidad de La Española para buscar a una muchacha?

Fernando, Amir y el secretario Monroy hicieron el viaje de vuelta en silencio. El cielo pintó una franja anaranjada y otra púrpura en un atardecer rodeado de nubarrones. Fernando enfiló hacia la casa del gobernador e informó a Hernando de Soto acerca de su primer suministro a cargo de uno de sus socios. El hidalgo recibió la noticia con entusiasmo. Fernando pudo respirar al fin aliviado.

7

Aquella noche, cuando la cena acabó, Estrada, Amir y Monroy se retiraron y dejaron solos a madre e hijo. Fernando deseó que estuvieran allí su tío

Rodrigo y Giacomo, para exponerles sus planes y seguir su consejo. Llevaba días escribiendo a su tío una extensa carta de relación de todos los hechos desde su llegada a La Española y las acciones que había realizado. Además, estaba redactando otra para Bardi. La ausencia del consejo del genovés lo angustiaba. Fernando le habló a su madre de lo que vendría a continuación, de esas siguientes semanas.

—Debes ir con cuidado —dijo doña Inés tras oírlo—. Tu padre tuvo hace unos años un enfrentamiento con el gobernador de Cuba, Gonzalo de Guzmán, y con el obispo de Santiago, Diego Sarmiento. No conozco los hechos, ni los motivos. Solo sé que aquellos hombres le guardaban enemistad por algo.

Fernando se pasó una mano por el mentón.

—Ahora el gobernador de Cuba será Hernando de Soto, y es nuestro aliado. Guzmán pasará a ser un encomendero más de la villa —repuso el joven—. En cuanto al obispo, no pretendo entablar relación con él.

Su madre frunció el ceño. A través de la celosía que la separaba del mundo de los hombres, había sido capaz de ver los movimientos, alianzas y afrentas de los señores de Santo Domingo y de Cuba, y conocía bien su manera de actuar.

—No debes confiar en Soto, ni en Becerra ni en ningún hombre, Fernando. Aquí todo el mundo pone buena cara y luego aprovecha la ocasión para clavar puñales por la espalda. Recuerda: Soto va a aliarse con Guzmán y su séquito, como hacen todos cuando toman el mando —afirmó doña Inés convencida—. Guzmán es un hombre fuerte, con mucha influencia en el cabildo y en su corte. Ha sido la autoridad de Cuba muchos años. Aún hay gente que le guarda lealtad, y Soto no desaprovechará la oportunidad de sumar aliados.

Fernando se quedó en silencio. Las palabras de su madre tenían mucho sentido. Era necesario conocer los bandos de Santiago, saber quién ostentaba el poder y quién el contrapeso.

—¿Por qué razón desconfías así de ellos?

Doña Inés clavó sus ojos claros en los de su hijo.

—Creo que Guzmán está relacionado con la muerte de tu padre. —Fernando no dijo nada y asintió. Doña Inés prosiguió—: Nunca supe los motivos de la afrenta de nuestra familia hacia él. Sé que tu padre no quiso entablar negocios con los hombres que frecuentaba su corte. Hay mucha gente que lo veía como un rival, un intruso de La Española que iba allí a saquear las mercancías de hacenderos con menos recursos.

—Eso no es así —sostuvo Fernando.

—Tanto da lo que tú y yo pensemos. Ahora que se lo han quitado de en medio, no esperan la llegada de su hijo. Debes mantener los ojos abiertos, y has de cuidarte las espaldas, Fernando.

Aquella advertencia retumbó en la mente del joven como el eco en una gruta.

Poco después, Fernando se sentó en el patio en solitario a contemplar las estrellas. Su madre se retiró a su alcoba y el resto de los criados permanecieron en sus estancias. Todo estaba listo en los carros, que serían conducidos a la mañana siguiente al puerto. Fernando recordó las noches que pasaba en el patio tras las cocinas en su casa de Sevilla mirando el cielo nocturno. Se preguntó si allí también sería de noche y si estarían observando la misma luna. Fernando tenía la sensación de llevar años alejado de su casa.

En ese momento apareció Estrada y se sentó a su lado. Ambos estuvieron un rato sin hablar, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Mi madre dice que no me fíe de nadie —dijo Fernando poco después.

—Es un buen consejo.

Fernando le echó una mirada afilada a su amigo.

—En alguien habrá que confiar, maldita sea —expuso—. Si no asumo ese riesgo, ¿cómo pretendo hacer esa ruta y vender mercancías?

—¿Lo dices por Becerra?

—Sí, por él, pero también por Soto, y qué decir de Guzmán en Cuba.

El capitán se llevó una mano al mentón, con aire pensativo.

—Dicho de otro modo, estamos rodeados de hijos de puta que nos la pueden jugar —murmuró—. Nada nuevo en el horizonte, Cardeña. Es la vida.

Fernando resopló.

—Esta incertidumbre me mata por dentro, Diego.

Estrada le dio unas palmadas en la rodilla.

—Para eso tienes a tu gente, Fernando. Gente como yo o como el negro —dijo el capitán—. Sabes que nosotros dos nunca te vamos a traicionar, y te seguiremos allá donde vayas.

Fernando asintió y luego volvió la vista a su amigo.

—¿Tan seguro estás de Amir?

Estrada lo miró convencido.

—Esa Carta de Ahorría que no pagó con dinero te la devolverá con lealtad. Reconozco a un hijoputa a la legua. Amir es un buen tipo.

—Es un buen hombre, sí —dijo Fernando—. Lamento la vida que le ha tocado.

Estrada hizo un gesto con la cabeza y se levantó para marcharse a descansar.

—Procura mantener la guardia alta, Fernando, y hacer lo que sabes hacer. Del resto nos encargamos nosotros.

Estrada se despidió de él y se retiró a su alcoba. Fernando lo vio perderse en la penumbra y dio gracias a Dios de tener a un hombre como el capitán. Aquella noche no tenía sueño; las dudas lo inquietaban y agitaban su pensamiento. Sintió vértigo por lo que estaba por venir.

VI

UNA VISITA INESPERADA

1

La catedral de Santa Catalina, en la villa de Santiago, había sido engalanada con ramos de flores para la misa. El día anterior el bergantín Santa Bárbara había llevado la buena nueva. La flota del nuevo gobernador de Cuba, Hernando de Soto, estaba al caer. Rápidamente, el gobernador saliente, Gonzalo de Guzmán, ordenó a los hombres del cabildo hacer un llamamiento a los vecinos de la villa para que se organizaran los festejos.

Esos días Santiago resplandecía bajo un sol ardiente, y el azul del cielo parecía más intenso que en otras épocas del año. A Juana le sorprendió la cantidad de gente reunida en la plaza, en el exterior de la iglesia. La joven iba cogida del brazo de su pretendiente, Antonio Beltrán. Uno de los motivos por los que Beltrán había vuelto a la villa era para que ambos obtuvieran la bendición del obispo, siguiendo la costumbre y la tradición, antes de proclamar públicamente su enlace. En la puerta de la catedral Juana distinguió a Diego Sarmiento, obispo de la villa, y notó un nudo en el estómago.

Juana se moría de vergüenza de solo imaginárselo. Detestaba aquella tradición en la que algún familiar o allegado anunciaba el futuro compromiso de los contrayentes, para que la gente aplaudiera e hicieran chanzas indecorosas sobre la consumación en el lecho. Lo había visto muchas veces, y aborrecía la vulgaridad de los hombres y de las mujeres mayores que ya habían pasado por el mal trago y parecían cobrarse una venganza con el tiempo. De cualquier forma, después de aquel acto, ya no habría vuelta atrás.

—He hecho traer un hermoso regalo para ti —dijo Beltrán.

Juana simuló una sonrisa. Llevaba una basquiña de color trigo, larga hasta los tobillos, que le había prestado doña Beatriz, y que acinturaba su figura. La acompañaba un jubón interior pálido rematado con una mantilla sobre los hombros. La escoltaban Beatriz, Gaspar, Hernán Jémez con su mujer y, por supuesto, María, su madre.

—Cojamos sitio en la iglesia —dijo doña Beatriz. La comitiva se dispuso a

seguirla a través de la escalinata de piedra.

En el recorrido, Beltrán se acercó a su dama.

—¿Quiénes son? —murmuró, al tiempo que señalaba a los vecinos que había alrededor. Él conocía a alguno de los hombres de Guzmán, pero no sabía nada del resto. Juana, en cambio, podría haber dibujado el mapa de alianzas de la villa con los ojos vendados. Uno a uno, los fue nombrando en la lejanía. Distinguió a Guzmán y a su séquito de secretarios, lugartenientes y hombres de confianza y de poder en el cabildo.

—Esas de allí son las familias que se disputan las influencias: los Cabrera, los Carranza y los Agramonte —musitó la joven al oído de Beltrán—. También están los Martínez, los De Sevilla, los Miranda, los Cepero, los Contreras, estirpes con cierta riqueza.

La llegada de Hernando de Soto y de nuevos pobladores daba a la villa un aire de celebración. Juana no podía negar que sentía cierta emoción. Además, la aparición de Antonio Beltrán había apaciguado un poco las aguas y había borrado parte de la incertidumbre de su vida. Tal y como había prometido, Beltrán procuró escribirle cartas a Juana desde La Habana durante esos meses. La joven anhelaba tener un poco más de tiempo para aceptar su nueva vida, sin precipitarse. Sin embargo, comprendía la impaciencia del hidalgo, que, desconfiado, prefería dejar atadas las cosas cuanto antes.

Cuando acabó la misa, los principales charlaron en corrillos en torno a Gonzalo de Guzmán. Juana contempló al anciano de nariz aguileña con cierta envidia, más por la libertad de hacer lo que le daba la gana que por su poder y riqueza. En ese momento, Ana, la hija del viejo Antón, apareció por uno de los laterales de la iglesia. Asió a Juana del brazo. La hija del mesonero besó la mano de su amiga y le sonrió. Juana se apartó hacia una de las columnas.

—Solo quería darte la enhorabuena —murmuró la muchacha, sonriente.

Juana esbozó una sonrisa forzada.

—Todo saldrá bien —continuó Ana—. Debes sentirte afortunada.

—Espera un momento —le dijo Juana—. He tenido una idea.

Juana vio a Beltrán impaciente por ver al obispo, que permanecía rodeado de señores. Dejó a su amiga allí y fue a por él. Su pretendiente se volvió a ella mientras impostaba sonrisas y saludos a los vecinos que pasaban por su lado.

—Antonio, ¿por qué no hablas con el obispo en otra ocasión?

Beltrán frunció el ceño.

—¿Cómo dices? He charlado con él antes para que nos dé su bendición en cuanto salga la gente de la iglesia.

—No creo que nadie se retire tan pronto —expuso Juana—. Soto no

tardará en llegar, y los principales querrán comentar cosas. Además, Antón me necesita.

Juana mostró una expresión suplicante y señaló a su amiga. Luego tomó las manos de Beltrán con afecto.

—He mandado a redactar unas palabras —le explicó él—. Haré que lean la proclama como manda la costumbre, después de la bendición.

Juana carraspeó.

—No pasa nada si todo se retrasa —se aventuró en tono amable—. Por unos días más, no cambiará nada, te lo aseguro.

El hidalgo la miró con decepción y desvió la mirada hacia su boca, a su cuello y a su escote. Hasta ese momento, Juana no le había permitido ningún acto indecoroso. Ninguna caricia, ningún beso. Era un tema complicado para ella, pues sabía que aquella abstinencia algún día se acabaría y tendría que cumplir con sus obligaciones de mujer.

Beltrán cambió el gesto y creyó en las palabras de su prometida.

—De acuerdo —dijo con resignación—. Pero deja que te acompañe de vuelta. Quiero darte el obsequio que te he traído.

La joven mostró una amplia sonrisa. Tras avisar a doña Beatriz y a María de que el encuentro con el obispo sería en otro momento, emprendieron el regreso a la casona cogidos del brazo. A su paso por la plaza el sol les dio de pleno y una brisa caliente y salada proveniente de la bahía les acarició el rostro. Juana pensó en cuánto amaba aquella villa.

—Es hermosa Santiago —comentó Beltrán de camino a la casa, como si le hubiese leído el pensamiento—. Pero cuando conozcas La Habana, verás lo bonito que es el norte.

La joven no dijo nada. Aprovechó para despedirse de su amiga Ana, que procuró seguirle el juego.

—Te espero en la taberna —le dijo Ana antes de alejarse.

Toda la villa se había echado a la calle, algunos vecinos habían sacado sus mesas y comían al aire libre, en espera de la llegada de la flota ese mismo día. Juana imaginó que tanto el puerto como el mesón estarían llenos como en las grandes ocasiones. Fue a su estancia y se quitó las ropas con ayuda de su madre, que las dobló con cuidado y las llevó de vuelta al armario de Beatriz.

—¿Por qué no habéis hablado con el obispo? —inquirió su madre, molesta.

Juana hizo un ademán tranquilizador.

—Estaba muy ocupado con su gente.

—¿Tú te crees que yo soy tonta?

—No sé de qué me hablas.

Su madre la miró como pocas veces en la vida, dura y rigurosa.

—No juegues con Beltrán, hija.

Cuando la muchacha estuvo lista para bajar al mesón, vio que la gente de la casa y los criados se habían congregado en el patio.

—No juego con él —respondió antes de salir.

Abajo, en la explanada, un mozo tiró de las bridas de un hermoso ejemplar de un caballo pura sangre, negro azabache, con las crines relucientes como su propia melena. El criado le entregó las riendas a Beltrán y este dirigió al animal hasta el centro del patio. Juana hizo su aparición y las gentes de la casa estallaron en aplausos. Su madre la fulminó con la mirada. Juana disimuló y anduvo hasta el animal. Vio a Hernán Jémez, a su familia, a los criados, a Gaspar. Incluso distinguió a Beatriz sonriente, que permanecía en un lateral, de brazos cruzados, contemplando la escena. Antonio Beltrán, galante y satisfecho, estiró una mano hacia la muchacha y la guio hacia el estribo.

Juana calzó un pie dentro del soporte y, con un impulso, montó al semental. Un murmullo de asombro y alegría se levantó en el patio. La silueta voluptuosa y sensual de la joven sobre aquella bestia salvaje relucía, y no hubo quien no pensara que Antonio Beltrán era el hidalgo más afortunado de Cuba.

—¡Para la dama más hermosa de Indias! —exclamó.

Juana dio un rodeo al patio sobre el caballo, orgullosa, y no pudo evitar sonreír. Toda su gente la aplaudió. La joven giró al caballo, que sacudió la cabeza, y el sol hizo brillar su lomo. Juana miró a su pretendiente y le brindó una sonrisa de agradecimiento. Beltrán, por su parte, se mordió el labio, consciente de que no hallaría en toda la Cristiandad tal belleza en una mujer.

2

A media tarde, el mesón de Antón estaba algo más tranquilo después de servir varias docenas de comidas. Corrían el vino picado, la carne de cerdo y las hogazas de pan con aceite. Juana llevaba un par de horas yendo de aquí para allá sin notar el cansancio. Prefería eso a recibir cualquier bendición del obispo. Entretanto, Ana la había interrogado en las cocinas y ella le había contado la verdad. Las cartas, los obsequios, las miradas envidiosas de otras damas, el hermoso caballo traído desde su hacienda. Incluso a su madre Beltrán había procurado agradarla con algunas cosas, como una manta y una mantilla traídas de Sevilla. A Juana le gustaba la sensación de sentirse cortejada, pero deseaba tener más tiempo. Quería que el matrimonio fuera lo

más tarde posible, y eso pasaba por retrasar la bendición del obispo y el anuncio. Beltrán le había dicho que tenía pensado leer la proclamación de su compromiso después de la llegada del nuevo gobernador.

Juana estaba limpiando la mesa con un trapo cuando oyó las campanadas de la catedral. Un murmullo se levantó en el puerto y en la calle. La muchacha salió por la puerta con el trapo en las manos, seguida de su amiga Ana, y ambas contemplaron en la lejanía, a la entrada de la bahía, una hilera de naos que se aproximaban. Muchos vecinos aplaudieron de la emoción y la excitación. Un muchacho, a lomos de una yegua, cabalgó por la calle hacia la plaza anunciando la llegada de la armada.

—¡La flota de España! —gritó a plena voz.

El viejo Antón salió de la taberna y se acercó a las jóvenes.

—Podéis marcharos las dos —les dijo, y ambas sonrieron con alegría—. Id a preparaos para la celebración, que el viejo Antón hará esta guardia.

Ana abrazó a su padre y Juana le besó la mano. Luego se despidieron y quedaron en verse allí mismo en un rato. Juana subió a la casona y cruzó el portón, abierto de par en par. La muchacha anunció la llegada de la flota, y pronto se corrió la voz. Su madre la llamó desde la puerta de las cocinas.

—Doña Beatriz quiere que subas a su alcoba —comentó en tono seco.

Juana asintió y trató de no demostrar alegría. Sabía que a su madre no le hacía gracia que ambas compartieran momentos de intimidad como si fueran dos amigas. Desde siempre María había querido enseñarle que eran distintas: Beatriz, la señora de la casa; ella, la hija de la criada de aquella. Sin embargo, la realidad era bien diferente, y cuando Juana tocó a la puerta, Beatriz la recibió con una sonrisa amplia.

—¿Qué ha pasado hoy en la misa? —le preguntó mientras escogía algunas prendas para ella y para la joven en su armario. Juana se encogió de hombros. Tomó asiento y cogió el peine.

—Pues que Antón necesitaba de mi ayuda —mintió.

Beatriz frunció el ceño.

—Te conozco, Juana —murmuró.

—Has hablado con mi madre, ¿verdad?

—No —explicó Beatriz—. Sé que te da pavor el tema de la bendición del obispo, pero es un momento que se pasa rápido, y Beltrán estará agradecido de recibir eso a cambio. Hasta ahora él te ha dado mucho, y tú, en cambio…

—Bueno, él debe cortejarme, ¿no es así?

—Desde luego —sostuvo Beatriz—. Para eso ha venido aquí y se ha gastado una pequeña fortuna en presentes. Pero no seas ingenua, niña: debes

corresponder con algo. Y como con lo otro eres bastante tradicional, solo te queda obsequiarlo con esa bendición.

—¡Beatriz! —exclamó Juana, sorprendida, y se ruborizó.

La señora esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Me equivoco, acaso?

Juana negó con la cabeza.

—No, apenas nos hemos tocado las manos.

—Tranquila, mi niña, es normal —dijo Beatriz mientras dejaba un jubón interior encima del lecho—. Eso vendrá con el tiempo.

Juana cambió el gesto.

—De solo pensarlo me da náuseas.

—Pues tendrás que hacerte a la idea —la aconsejó Beatriz—. Acércate más a él, poco a poco, y le irás cogiendo afecto. Así será mucho más fácil luego.

—¿Te ha dicho algo de la bendición?

Beatriz asintió y puso los brazos en jarras.

—El obispo se pasará por aquí al caer la tarde y os dará su aprobación.

—De acuerdo —musitó Juana con resignación.

—Y ahora ponte esto, y que el nuevo gobernador vea que eres la reina de Indias, venga —dijo Beatriz con los ojos brillantes.

Ambas acabaron de vestirse y de acicalarse y bajaron al patio, donde las esperaba la comitiva de la casa. En ese momento, Gaspar regresó desde la calle Mayor e informó de que la nao capitana estaba atracada y que el resto de los navíos aguardaban los permisos para desembarcar en la bahía. Desde el patio de la casona se alcanzaba a percibir el murmullo y el ajetreo de una multitud en la lejanía. Antonio Beltrán, vestido con los mismos ropajes que en la misa, se acercó a Juana, tomó sus manos y las besó. Ella respondió con una sonrisa condescendiente y lo cogió del brazo para iniciar la marcha.

En el puerto se lanzó una descarga de artillería, y unos músicos hicieron sonar sus tambores y flautines. Una muchedumbre vitoreó a los hombres y mujeres de las cubiertas que agitaban las manos. Juana y el resto de la gente de la casa se apostaron en la esquina que daba al mesón, y desde allí contemplaron a un grupo de hombres que ataron con cabos la San Cristóbal y cruzaron un puente de la tolda al muelle. Un hombre de estatura media, de cabello moreno y ropajes en tonos rojizos, fue el primero en cruzar, y se corrió la voz de que aquel hidalgo era Hernando de Soto. Los principales, encabezados por Gonzalo de Guzmán y el obispo Sarmiento, fueron los primeros en estrechar su mano.

Una multitud arribó aquel día a Santiago. El nuevo gobernador, con ayuda de los principales de la villa, se dispuso a acomodar a los viajeros en las distintas casas de los vecinos. En los rostros de los recién llegados podía verse el cansancio de los días de navegación desde Santo Domingo. Juana y los suyos esperaron entre la multitud que descargaba las provisiones y los pertrechos. Beatriz envió a Hernán Jémez y a Gaspar a ofrecer su casona para lo que dispusiese el gobernador. Juana no apartó la vista de la nao capitana, y se acercó a Beatriz.

—¿Quién es ella? —le preguntó Juana, de pronto. Vieron a una dama que descendió del puente de la tolda, acompañada de siete doncellas y otras tantas criadas blancas. Llevaba un vestido bellísimo, en tono azulado, de escote blanco y mantilla. Sus cabellos rubios caían en forma de tirabuzones y sus ojos azules brillaban con la luz de Indias. Era la mujer más hermosa que había visto Juana hasta entonces.

—Es Isabel de Bobadilla —dijo Beatriz—. La esposa de Hernando de Soto.

—¿Son así todas las damas en Castilla?

Beatriz se permitió sonreír mientras la contemplaban al cruzar los muelles y saludar a los principales.

—Esa mujer proviene de una de las estirpes más importantes de Castilla. Su padre fue Pedrarias Dávila, conquistador de Panamá, y su madre, Isabel de Bobadilla, dama de corte de la reina Isabel.

Juana estudió con todo detalle sus movimientos pausados, sus ademanes propios de la corte más importante del mundo, y se preguntó cuáles serían los motivos de aquella mujer para arribar a un sitio al que los vecinos consideraban el último rincón del orbe.

—Un viejo dicho rezaba «Después de la reina de Castilla, la Bobadilla» —le musitó Beatriz al oído—. Su familia es poderosa. No es casualidad que su marido fuera nombrado gobernador de Cuba. Cuentan que Soto es un hombre de honor. Como los de antes.

En ese momento, Hernán Jémez volvió junto a Gaspar.

—Agradecen nuestra hospitalidad —le informó a Beatriz—. Esta tarde enviarán a un mensajero a nuestra casa por si debemos hospedar a alguien.

Beatriz y su gente regresaron a la casa. Después prepararon las estancias por si el gobernador decidía ofrecerla a alguno de sus capitanes. Esa tarde una brisa cálida bajó desde la colina hacia el mar y una bandada de gaviotas graznó a su paso sobre la hacienda. Juana y Beatriz terminaron de engalanar el comedor para los invitados cuando sonó la campanilla del portón.

—El obispo. —A Juana se le pusieron los ojos como platos.

Beatriz se dirigió al portón seguida de la joven. Hernán Jémez había recibido a dos hombres vestidos con ropajes de viaje. Ni rastro del obispo. Hernán presentó a la señora de la casa a los dos señores. Uno era robusto y vestía a la usanza de Indias. El otro era un capitán, un soldado de toda la vida.

—Señora, mi nombre es Pedro de Becerra —anunció el hombre más alto —. Soy un encomendero de Santo Domingo. Este es el capitán Diego de Estrada. Venimos de parte de mi socio a pedir hospedaje en vuestra casa.

Beatriz saludó a ambos con cortesía y se volvió a Becerra.

—Por supuesto. ¿Venís de parte del gobernador? —les preguntó, mientras les daba paso hacia el patio. El encomendero echó una mirada al capitán y luego negó con la cabeza.

—Venimos de parte de Fernando de Cardeña, mi señora. Vuestro socio.

Beatriz entornó la mirada y frunció el ceño.

—Mis señores, siento deciros que don Fernando falleció hace unos meses —explicó en tono solemne—. Que Dios lo tenga en su gloria.

Pedro de Becerra hizo la señal de la cruz sobre su pecho.

—Lo sabemos, por eso estamos aquí —dijo el capitán Estrada—. Venimos de parte de su hijo, Fernando de Cardeña. Es mi señor quien os solicita hospedaje en vuestra hacienda. Nos ha dicho que vos sabríais quién es.

Juana desvió la mirada a la señora. Beatriz, por primera vez en mucho tiempo, se había quedado sin palabras.

3

Fernando cruzó el puerto en compañía de los capitanes de Hernando de Soto. El nuevo gobernador de Cuba mantenía una charla animada con Gonzalo de Guzmán —el que hasta entonces había sido el gobernador de la isla— y el obispo Sarmiento, frente a unos baúles llenos de objetos y regalos para los principales y para la iglesia. Nada más llegar a ellos, Soto presentó a sus capitanes de nao y, por último, a Fernando. Pese a su juventud, el muchacho estaba acostumbrado a los encuentros con principales, y no vaciló en estrechar la mano de ambos hombres. Guzmán le pareció un anciano sin malas intenciones.

—Cardeña es uno de mis armadores —dijo Soto. Guzmán se pasó una mano por la barba y contempló al joven de arriba abajo. Fernando reparó en que se fijaba al detalle en sus ropas y en la ropera que llevaba en el cinto. Tanto el jubón como las calzas y la parlota eran prendas italianas, traídas de

los mercados de Florencia. Guzmán entornó la mirada.

—Mucho gusto, caballero —respondió.

A Fernando le sorprendió que no dijera nada en referencia a su padre. Aquella omisión despertó sus dudas. Sabía perfectamente quién era él. Recordó entonces el consejo de su madre de cuidarse las espaldas antes esa clase de señores. Cruzó el muelle hacia la barca que estaba descargando sus pertenencias. Encontró a Amir, sin camisa, subiendo sus cosas a un carro. Al verlo, el africano se detuvo un instante a recuperar el resuello.

—¡Aquí hace más calor que en Guinea!

Fernando se sonrió y se quitó el sombrero para secarse la frente.

—¿Y Estrada?

—Ahí vienen esos dos —señaló Amir casi sin voz señalando la calle Mayor.

Pedro de Becerra y Diego de Estrada pasaron frente al mesón de la esquina y se dirigieron hacia donde estaba Fernando con sus pertrechos. Caía la tarde en la villa, y los hombres estaban cansados y hambrientos. Necesitaban tener pronto un lugar donde descansar.

—¿Y bien? ¿Habéis encontrado la casa de doña Beatriz?

—Está frente a la plaza —comentó Becerra—. La mujer no se esperaba su llegada, Cardeña. Solo con mencionar el nombre de su padre fue como si viera una aparición.

Fernando se detuvo un instante a contemplar a Amir, que tiraba del carro con ayuda de los isleños que habían contratado en el puerto. Becerra se alejó y fue a darles las órdenes a los cinco muchachos que había traído consigo. Luego echó a andar con su hija María cogidos del brazo. Fernando reparó en que la muchacha cruzaba una mirada con Estrada, pero no dijo nada.

—¿Cómo es ella? —le preguntó Fernando, mientras volvían a andar.

—¿La hija de Becerra?

—No, hombre —soltó Fernando, alterado—. Me refiero a doña Beatriz del Castillo. ¿Cómo es?

—Pues una dama de los pies a la cabeza —respondió Estrada—. Ha aceptado hospedarnos y ha dicho que apreciaría mucho charlar contigo a solas.

—Querrá hablar de deudas e impagos.

—No lo sé. Espera la visita del obispo esta tarde —dijo el capitán—. Ha pedido que nos demos un poco de prisa.

Fernando distinguió la figura de Sarmiento aún con el grupo de los principales. Subieron por la calle polvorienta hacia la plaza. Le costaba creer

que él mismo había nacido en aquella villa, a pocos años de su fundación. Santiago de Cuba era cálida y vestía de árboles frutales. De vez en cuando el viento traía el aroma salado del mar. Aunque no era una simple aldea y su iglesia tenía la categoría de catedral, no dejaba de ser un pueblo pequeño en comparación con Sevilla. Sus calles eran anchas, de hierba y arcilla.

Cuando llegaron a la plaza, Fernando respiró el aire que movía los cipreses y las higueras. La catedral se erguía orgullosa sobre una colina. En torno a la explanada se esparcían las casas más viejas e importantes de la ciudad. Pedro de Becerra le hizo un gesto para indicarle la dirección. El grupo siguió al robusto encomendero. Estrada se apresuró a ofrecerse para escoltar a María, y la joven aceptó gustosamente su brazo. Poco después estuvieron delante de un portón que permanecía abierto de par en par. Fernando echó un vistazo alrededor. Era una hacienda grande, con dos fincas —la principal tenía doble altura—, un taller, almacenes, corrales y un huerto. En ese momento, una mujer salió de las cocinas con un trapo en las manos.

—Busco a la señora —le dijo Fernando a distancia.

La mujer, que era la criada, fue hacia él. Fernando vio que se detenía en seco al verlo y que se le humedecían los ojos de pronto. Pasó un instante antes de que pudiera hablar.

—Yo sé quién eres, muchacho —murmuró la criada antes de cogerle la mano con emoción—. Dios te bendiga.

Fernando agradeció el buen augurio con cortesía, algo incómodo.

—Soy el hijo de don Fernando de Cardeña —respondió.

La criada lo miró con intensidad y sin decir nada. Se dirigió al umbral del comedor, cuando se cruzó con doña Beatriz, que salió al patio apresurada al oír las voces. La mujer se detuvo bajo el pórtico a contemplarlo. A Fernando le impresionó su edad. Desde que había leído la carta en el despacho de su tío Rodrigo, se había imaginado a una viuda, una anciana. En lugar de eso vio a una dama que aparentaba poco más de la treintena de edad y cuyos ojos almendrados brillaron de emoción al verlo. Fernando sintió de pronto que esa gente le guardaba afecto por una razón que él desconocía y pensó en cuánto bien había hecho su padre en esa hacienda. Pronto salieron al patio el resto de las gentes del lugar y demás criados del servicio. Fernando se acercó a la señora y se quitó el sombrero. Hizo una reverencia formal y cortesana a la vista de todos.

—Doña Beatriz, soy Fernando de Cardeña, hijo de vuestro antiguo socio, mi padre, don Fernando —se presentó el joven—. He venido a saldar todas las deudas que guarda mi familia con vos y a ratificar nuestra alianza. No

estaría aquí de no haber sido por vuestra carta y vuestra lealtad. Dios os bendiga.

La señora hizo un gesto para que se levantara y se acercó a él. Fernando notó que no dejaba de mirarlo, como si, en efecto, fuera una aparición, tal y como le había dicho Becerra. Fernando imaginó que Beatriz nunca creyó que los Cardeña enviarían a alguien. Su mirada fue más allá de una bienvenida al uso, como si aquellos ojos estuvieran en busca de alguien o de algo tras ellos. El joven no se incomodó, y le devolvió una mirada apacible. Con un gesto que iba más allá de la mera cortesía y se aproximaba al afecto, doña Beatriz lo cogió del brazo, como para comprobar que estaba vivo.

—Siempre seréis bienvenido en esta casa, Fernando —dijo con los ojos luminosos, con los sentimientos a flor de piel. Fernando pensó en las penurias que habría pasado esa gente por culpa de unas ventas tan escasas.

—Venid conmigo: os enseñaré vuestra estancia —lo invitó la señora, tratando de recuperar la compostura—. Esta noche vendrá el obispo a cenar, y estaremos encantados de que nos acompañéis, Fernando.

El joven la obsequió con un gesto amable, y por un instante fugaz notó que ella era una parte importante de su pasado. Algo que fue incapaz de comprender. Notó cierto alivio al ver la disposición de doña Beatriz ante aquella visita imprevista. Necesitaba de un lugar en el que instalarse esas semanas antes de tejer la nueva red de alianzas que pretendía en la villa para la posterior creación de su compañía de mercaderes. Ya habría tiempo para hablar de esas cosas.

Fernando y la señora entraron juntos en la casa. En ese momento, vieron aparecer en el umbral a una joven tan alta como él. Le pareció que era la doncella de doña Beatriz. Sus ojos negros se encontraron de pronto con los suyos en la distancia, y, como en un movimiento maestro de ropera, ella lo desarmó. Fernando quedó cautivo de su mirada, que lo traspasó de un lado a otro. ¿Quién era? Desconcertado, se sintió atraído por la fuerza y la expresión de sus ojos, por la belleza de su cabellera, de sus labios carnosos, por la sensualidad que desprendía su cuerpo. Fernando jamás había percibido nada igual. Apenas pudo saludarla con un simple movimiento de cabeza, incapaz de decir nada, víctima de una fascinación inesperada.

—Ella es Juana —los presentó doña Beatriz sin percatarse de nada de esto último—. Prometida del señor Beltrán. Juana, él es don Fernando de Cardeña, hijo de don Fernando.

—Mi señor —murmuró ella.

Fernando se apresuró a quitarse la parlota y a coger su mano. Advirtió que

se ponía nervioso como un necio y rogó para que nadie se diera cuenta. Notó un ligero temblor en la mano de la muchacha con el roce de su piel. Ambos volvieron a mirarse durante un instante.

—Y este es Antonio Beltrán, su futuro esposo —los interrumpió la señora.

Fernando alzó la mirada y vio acercarse al hidalgo de La Habana. El embrujo anterior se deshizo tan rápido como había surgido. Juana dio un paso hacia atrás. La luz de sus ojos se desvaneció, como si se hubiese hundido en las sombras. Fernando estrechó la mano de Beltrán con disimulo y, acto seguido, acompañó a la señora por el corredor de la casa, aún preso de un sentimiento enteramente desconocido para él.

4

Esa misma tarde, en la lejanía del patio, el capitán mantenía una charla disimulada con la joven María de Becerra. La muchacha estaba a unos pasos de él y de vez en cuando dibujaba una sonrisa o dejaba escapar alguna carcajada. Estrada, por su parte, parecía concentrado en arreglar la vaina de su cinto, apoyado sobre un barril de madera, con la camisa abierta y una media sonrisa de galán. Un brillo distinto se percibía en su mirada.

—¡Diego! —lo llamó Fernando.

Estrada se volvió hacia él y se despidió de la joven con un gesto. Cruzó el patio al trote y sus pisadas hicieron crujir el suelo de arcilla.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán sonriente.

—Echa un ojo a las cocinas —le pidió Fernando—. Quiero saber si en esta casa cuentan con las provisiones necesarias para darnos de comer a los recién llegados.

—Voy a ello —dijo Estrada, y se alejó.

El joven había sido acomodado en una estancia luminosa, en la finca principal, con un gran lecho, un armario y una escribanía. Tenía ventanas a ambos lados de la hacienda. La señora María, criada de doña Beatriz, procuró que el joven tuviera todas las comodidades necesarias. Incluso le acercó un cubo con agua templada para que se aseara.

Poco después, el capitán entró en su estancia.

—Hay poca cosa —le informó—. No te esperes aquí un banquete de la corte.

Fernando se acercó a su bolsa y extrajo de un estuche de cuero algunas monedas.

—Manda a Amir con alguno de los mozos de la casa a comprar algo al mesón —le ordenó—. Trae también un barril de vino bueno, no importa lo que cueste, jamón ahumado y un queso curado grande, para varios días.

—¿Estás seguro de querer hacer esto? —le preguntó Estrada enarcando una ceja—. No está bien visto hacer una cosa así. Quizá esta gente es orgullosa y se lo toma a mal. Tú me entiendes, Cardeña.

—Diremos que es un obsequio de mi parte —respondió Fernando, mientras escogía otra prenda para la cena—. Al parecer, el obispo ha venido para bendecir el matrimonio de la doncella de la señora con el hacendero de La Habana.

—Ahora el obispo está con Becerra charlando en el huerto —dijo Estrada, que se guardó las monedas y se dirigió a la puerta. Fernando lo llamó una última vez.

—¿Qué pasa con la hija de Becerra? María, la mayor —preguntó el joven con seriedad. Estrada se encogió de hombros.

—¿Qué pasa con ella?

—No cometas ninguna estupidez. Becerra es nuestro aliado.

—Solo he sido amable con la muchacha —se defendió el capitán.

—Vale, pues no lo seas tanto.

Estrada le devolvió un gesto molesto y salió por la puerta sin decir nada.

Fernando decidió vestirse no demasiado formal; escogió unas calzas oscuras, del mismo color que las botas. Aunque aún había luz del sol a la última hora del crepúsculo, la estancia comedor estaba iluminada por varios candiles. Fernando salió de su estancia con un pequeño cofre en las manos. Se encontró con la criada, María, que daba órdenes a unos mozos para que dispusieran los platos y las copas en la mesa. Le preguntó por doña Beatriz y María lo condujo hasta su despacho. La mujer le comentó que la joven que iba a desposarse con el hidalgo de La Habana era su hija. Fernando ató algunos cabos sueltos.

María tocó a la puerta y entró sin esperar. Doña Beatriz estaba sentada en una escribanía, cerrando una bolsa de cuero con la donación para el obispo. La criada cerró la puerta y se marchó. Fernando se disculpó por la intromisión.

—No pasa nada —dijo doña Beatriz—. Solo estoy haciendo cuentas para poder entregarle al obispo algo decente.

—¿La dama que se desposa es vuestra doncella?

Doña Beatriz esbozó una leve sonrisa.

—Algo así.

Fernando cruzó la estancia hasta el escritorio y allí depositó el pequeño cofre que llevaba en las manos. El metal en su interior resonó al contacto con la madera del cofre. El joven distinguió un brillo en los ojos de la dama que, lejos de la avaricia o la ambición, se acercaba al alivio de ver que su hacienda se mantenía a flote.

—La deuda de mi familia con vos. Cuatrocientos veinte ducados.

Doña Beatriz borró la sonrisa del rostro. Estiró la mano y abrió el cofre. Los reales de plata relucieron con la luz de la vela y se reflejaron en su mirada. Para muchos hacenderos, la fortuna de toda una vida.

—No sé cómo agradecéroslo —musitó, casi sin voz.

Fernando la miró con serenidad.

—No hay nada que agradecer —repuso—. Una deuda es una deuda. Lamento que mi padre no la haya liquidado con anterioridad durante estos años.

—Vuestro padre no estaba en disposición de pagar ni un solo maravedí.

—Mi padre llevaba sus negocios en desorden. He venido a arreglar las cosas.

Doña Beatriz lo contempló con una mezcla de confianza y de sorpresa.

—Vos y yo tenemos muchas cosas de las que hablar —dijo la señora.

—Lo haremos —dijo Fernando, que quiso pasar a otro tema—. En cuanto a las provisiones de mis hombres, he decidido comprarlas por mi cuenta. Vuestra hospitalidad es suficiente para mí, por lo que os pido que no os ofendáis si colaboro con raciones de comida para esta casa. He enviado a mi gente a comprar algunas viandas.

Doña Beatriz asintió sin oponerse y Fernando comprendió la situación en la que se encontraba aquella casa.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros? —le preguntó ella.

—Un mes, al menos.

La señora hizo un gesto de aprobación.

—Además, he venido a proponeros un negocio —añadió Fernando al ver su expresión, y la obsequió con un gesto cortés—. Pero hablaremos de eso en otro momento.

—Estaría encantada de participar, Fernando —explicó doña Beatriz con la mano sobre el cofre—; sin embargo, la tierra de mi encomienda apenas produce nada.

Fernando pensó para sus adentros que aquella era la verdadera razón de los escasos cargamentos que habían llegado al puerto del Arenal. Los hacenderos en Cuba apenas producían cañas, y no había trabajo en los talleres

y trapiches. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Faltaba mano de obra? Doña Beatriz le explicó la situación de su encomienda. Cuidaba a sus taínos y no los explotaba ni les mandaba que buscaran oro en los riachuelos como el resto de los encomenderos de la isla. No era, por tanto, un problema de mano de obra. La tierra, al parecer, estaba maldita.

—Los hombres y las gentes del lugar dicen que la tierra se ha cansado de la ambición de los hombres y ha dejado de parir frutos —comentó doña Beatriz con una mano en la frente—. No importa lo que se plante allí: ya nada crece.

Fernando se pasó una mano por el mentón. Se dijo que tendría que ver eso con sus propios ojos. A continuación, doña Beatriz acabó de reunir la donación para el obispo en una bolsa de piel, se puso en pie y se dirigió a la puerta para acudir a la cena.

—Señora, antes de ir —la detuvo Fernando—. ¿Qué relación tenéis con el obispo?

Beatriz frunció el ceño y bajó la voz.

—Es el mayor aliado de Guzmán —dijo la dama—. Desde siempre, Guzmán nos guardó enemistad a mí y al resto de hacenderos por vender nuestra mercancía a un mercader que no era vecino de Cuba. Nos exigía venderle el azúcar a él, pero nunca consiguió su objetivo, aunque jamás dejó de hacernos la vida imposible. Lo mismo que a tu padre, Fernando. —Beatriz cambió el tratamiento que venía dando a Fernando—. Ese hombre solo guarda maldad en el alma, y el obispo es su escudero.

—He venido a dejar atrás viejas rencillas —explicó el joven—. Espero que sea astuto y atienda a la razón.

Doña Beatriz no se mostró de acuerdo con sus palabras.

—Eso no sucederá a no ser que le entregues a todos los aliados, hacenderos y encomenderos con los que trabajaba don Fernando —aseguró la dama—. Ese hombre buscará cobrarse todo lo que él cree que tu familia le debe. Siempre será tu enemigo, porque siempre consideró a tu padre un invasor, un hombre que vino a esta isla a robarle sus negocios y su riqueza. Es un hombre rencoroso y vengativo.

A Fernando le sorprendió su confesión. Supo desde ese preciso momento que podía confiar en ella. Doña Beatriz lo miró a los ojos con miedo y anticipación, y bajo aquella ansiedad abandonó la estancia. El joven se quedó un momento pensando en el significado de su confidencia y en el tono en el que Beatriz lo había dicho. Fernando conocía una única manera de hacer comercio, basada en la palabra y el buen hacer. Sin embargo, en Indias la cosa

parecía ser muy distinta.

5

Juana y Antonio Beltrán recibieron la bendición del obispo de la villa, de rodillas, en el patio de la casona, a la vista de todos, incluido Fernando. La llegada del hijo de Cardeña había sido un soplo de aire fresco. Se trataba de un muchacho atractivo, que vestía con ropajes lujosos y que llevaba el cabello y la barba recortados como no se veía esos días en Indias. Desde el primer instante en que lo vio, Juana se sintió atraída por él, por sus ojos claros, sus labios carnosos y su mandíbula marcada. Un fuego desconocido ardió en su interior, pero fue rápidamente apaciguado por la presencia de Beltrán y del obispo. Juana se imaginó que la vida estaba llena de esas pequeñas decepciones y de deseos escondidos que jamás verían la luz y mucho menos llegaría a vivir.

Juana presidía la mesa junto a su pretendiente, escoltada a un lado por el obispo y al otro por Beatriz. Su amiga parecía, de pronto, llena de optimismo. Cardeña había hecho acopio del honor de su familia y había saldado las deudas de su padre. Iba acompañado de otro hidalgo, más robusto y campechano, Pedro de Becerra, que había decidido viajar con su hija María, una joven tímida de casi la misma edad que Juana. Iban con él un apuesto capitán, Diego de Estrada, y un africano, Amir, siempre sonriente y vigoroso.

Beltrán, por su parte, estaba exultante. Había recibido de buen grado las felicitaciones de todo el mundo y un presente de Cardeña, un hermoso jubón interior rojo, hecho por artesanos florentinos. A ella la había obsequiado con un pañuelo de seda traído de las rutas del oriente. Aquella noche Juana sintió vergüenza en varias ocasiones. La primera, al ver que su madre se negaba a sentarse a la mesa junto al resto de señores. La mujer había decidido que su sitio era servir, por lo que procuró permanecer en las cocinas. Después sintió vergüenza por Beltrán. Juana se dio cuenta de que Fernando de Cardeña venía de un mundo muy distinto al de Indias; era un hombre instruido que, pese a su juventud, dominaba todas las artes cortesanas, en comparación con su pretendiente, que le pareció de repente un hombre plano.

Tras la bendición, antes de la cena, Juana y Beltrán estuvieron un momento a solas, apartados del resto. El hidalgo le habló del documento que había ordenado que escribieran para él. Se trataba de una proclamación muy hermosa, que esperaba hacer que la leyeran pocos días antes de su vuelta a La Habana.

—He necesitado mucho tiempo para escribir esas palabras —dijo Beltrán con una sonrisa. Juana fingió alegrarse.

—¿No preferirías anunciarlo mejor al final del verano? —sugirió la joven con un gesto amable—. Sería una ocasión maravillosa.

—No veo la razón. Es un día tan bueno como cualquier otro —dijo él—. No regresaré a Santiago hasta dentro de un par de meses, por lo que me gustaría dejar zanjado esto de una vez. Luego, solo tendremos que ocuparnos de los festejos y de nuestra casa en La Habana. ¿No te alegra tanto como a mí?

—Por supuesto.

—Después de eso ya serás mi esposa y no tendrás que preocuparte por nada ni nadie más que por nuestros hijos.

Juana le devolvió una sonrisa complaciente. Por dentro, la cosa era bien distinta. Beltrán llevaba dos semanas en Santiago, y, por primera vez en su vida, Juana sintió que se ahogaba. Era como si de pronto la hubiesen dejado sin aire, atada de pies y de manos.

Regresaron a la casa y la cena transcurrió sin contratiempos. En la mesa, los invitados discutieron los planes del nuevo gobernador de la isla, pero Juana no los oía. Escuchaba un único murmullo, ajeno a sus divagaciones. No podía evitar pensar en las últimas palabras de Beltrán antes de la cena. En ese momento, Juana volvió a cruzar una mirada con Fernando de Cardeña. El hidalgo disimuló y siguió hablando con su segundo, el capitán Estrada. A partir de entonces, Cardeña la rehuyó durante toda la velada. Juana no era una necia. Ambos habían sentido como si un rayo los hubiese partido por la mitad la primera vez que se habían visto. Quería creer que ese muchacho la evitaba para no tener conflictos con nadie. Aquella parecía ser una muestra pequeña de las decepciones que le esperaban en la vida.

—Disculpadme —le dijo a su pretendiente, y se levantó.

Beatriz la interpeló con la mirada, pero Juana disimuló. Cruzó a la sala contigua y salió al patio. Dio la vuelta a la casa a toda prisa y descargó un llanto intenso. La muchacha se secó las lágrimas e intentó tranquilizarse y recuperar el aliento. Se acercó al brocal del pozo y extrajo un cubo de agua con el que se lavó el rostro. ¿Qué estaba sucediendo? Sintió, de repente, que una marea inmensa venía tras ella y que nada podía hacer por evitarla. La presión de acabar con los problemas de su madre, de devolver a Beatriz todos esos años que había cuidado de ellas, de encontrar un porvenir contrario al que estaba destinada, todo parecía estar acabando con ella. Se imaginó el día en el que Beltrán leería la dichosa carta en la que proclamaba que Juana, hija

de María la de Cáceres, iba a desposarse con él y que se la llevaría al norte a parir a todos los hijos que pudiera.

Poco después, Juana regresó a la cena y la velada transcurrió sin que ella hablara con nadie. Todos conversaban y reían, pero Juana, hundida en su tristeza, tenía la impresión de estar muy sola y lejos de allí. Hubiese deseado marcharse al lecho; no obstante, no quería levantar sospechas. Beatriz, para finalizar, agasajó al obispo y a sus invitados con unos dulces preparados por María.

—Estoy mareada —le dijo Juana a Beatriz.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió la chica—. Es solo cansancio.

Cuando los invitados acabaron con el último plato de dulces y la conversación decaía, Juana aprovechó la ocasión para retirarse y se despidió de todos. En el exterior de la sala, su madre la miró de arriba abajo y la joven disimuló.

—Buenas noches, madre —le dijo.

Su madre le dio un beso en la mejilla antes de desaparecer por las cocinas. Juana sintió un alivio tremendo al ver que la dejaban en paz. Anduvo por el pasillo y cruzó las estancias de abajo. Entonces tuvo un impulso. Volvió la mirada hacia una de las puertas. Era la alcoba de Beltrán.

La joven tornó sobre sus pasos y giró la manilla. La habitación estaba en penumbra. Distinguió el lecho, una mesilla, el armario y dos arcones. Volvió al pasillo para comprobar que no venía nadie. Aguzó el oído para tratar de oír la charla en el comedor. A continuación, se deslizó en la estancia, como una ratera, y fue hacia la mesa. El corazón le iba a estallar. Buscó papeles, abrió los cajones con cuidado, removió todo tratando de hallar una única cosa: el documento que había mandado redactar Beltrán. La joven fue hacia el armario y lo movió todo con desesperación. Estuvo un rato husmeando, sin éxito. ¿Dónde podía haber guardado Beltrán algo así? ¿Le habría pedido a Beatriz que lo mantuviera a buen recaudo en su despacho? Entonces fue a por los baúles. Los dos contenían ropajes, calzas y jubones. Examinó el primero. Juana volvió a cerrarlo con cuidado y se centró en el siguiente. En ese momento, notó que la luz de un candil la iluminaba a sus espaldas y a la joven se le heló la sangre.

—¿Señora? —preguntó una voz.

Juana se volvió de improviso.

Era Cardeña. Había oído ruidos desde el otro lado de la puerta, con la habitación a oscuras. El joven sostenía un candil con una mano, de camino a

su alcoba, y observó a la chica desde la puerta, que seguía de rodillas frente al baúl. Juana no fue capaz de pronunciar ninguna palabra. Cardeña acercó la luz unos pasos para verle el rostro. El joven miró el arcón y luego a ella. Los hechos parecían claros.

—Señor, no es lo que pensáis. Vos no lo entenderíais —dijo Juana, desesperada.

—Desde luego. No son mis asuntos —susurró el joven—. Buenas noches.

Juana frunció el ceño, ofendida, cuando oyeron el crujir de la madera en el pasillo. En aquel instante, emergió la figura de Antonio Beltrán en el umbral y a Juana se le vino el mundo encima. Venía acompañado de Beatriz. Habían despedido al obispo y se retiraban a sus estancias. En ese momento, solo quiso morir. Prefería que la echaran de la casa antes que pasar por una ladrona. ¡¿En qué demonios estaba pensando?! Beltrán echó una mirada a Cardeña y luego a Juana, sin comprender lo que estaba sucediendo ni por qué estaban allí metidos los dos frente a sus pertenencias.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó doña Beatriz en tono autoritario, ahorrándole el mal trago a su invitado. Beltrán se colocó a un lado. La muchacha hizo un ademán de levantarse del suelo y miró a Cardeña. El joven le devolvió la mirada durante un momento.

Un instante después, Fernando se giró hacia doña Beatriz.

—Esto es mi culpa, mi señora —dijo Fernando para sorpresa de la joven, que se quedó de piedra al oír sus palabras—. Señor Beltrán, ruego que me disculpéis. Le he pedido a la dama que me diera el jubón con que os he obsequiado para mandar grabar vuestro nombre en la solapa. Un detalle que esperaba que fuese una sorpresa. Lamento mucho este malentendido.

Beltrán asintió aliviado y cambió el gesto, satisfecho con su explicación.

—Ya decía yo que aquí había algo extraño —dijo el hidalgo con una sonrisa nerviosa, que Cardeña apaciguó con un gesto cortés. Beltrán se dirigió entonces a Juana—. Mi señora, el jubón florentino de don Fernando está en ese baúl.

Juana asintió, nerviosa. Removió un sayo y encontró el jubón. De improviso, bajo la prenda, halló el documento enrollado que tanto buscaba, atado a una cinta roja. A Juana se le iluminó la mirada. Cogió la prenda y con ella, abrazó el pergamino. De esta manera se la entregó a Cardeña.

—Aquí tiene, señor.

Cardeña la aceptó con una reverencia.

—Mandaré a que esté listo para mañana, don Antonio.

—Muy agradecido, don Fernando —respondió Beltrán, y le ofreció una reverencia cuando Fernando salió de la habitación.

Juana cruzó el umbral tras él y dio las buenas noches a su pretendiente. Cuando Beltrán cerró la puerta, Juana sintió que el alma le volvía al cuerpo y dio una bocanada de aire, aliviada. Vio entonces que Beatriz la contemplaba desde las escaleras. Por su expresión, supo que no se había creído ni una palabra de aquella historia.

6

Hacía una noche cálida en Cuba. Fernando abrió la ventana para que la poca brisa que mecía las cortinas refrescara el interior de la alcoba. Aquella última escena en la habitación del señor Beltrán lo desconcertó. Se preguntó acerca de los motivos que empujaban a una muchacha, cuyo futuro parecía estar solucionado con un buen matrimonio, a husmear en las pertenencias de su pretendiente. Resultaba absurdo pensar que fueran dineros lo que buscaba. No obstante, lo que más le impresionó no fue su osadía, sino la expresión de su rostro. Fernando era incapaz de olvidar el cruce de miradas que habían tenido esa tarde y la llama que había encendido dentro de él.

Juana era hermosa. Fernando no había pasado por alto durante la cena el brillo de su rostro al sonreír, su melena salvaje y frondosa y su cuerpo. Habían cruzado una única mirada durante la velada, pero fue suficiente para darse cuenta de que en su interior bullía un espíritu inquieto. Había despertado en él el anhelo oculto de querer perderse en sus ojos.

Fernando apartó estos pensamientos de su cabeza, se quitó las botas y colgó sus ropajes en el armario. Se sentó en la escribanía a repasar el pequeño libro de cuentas que llevaba de sus gastos, vestido con las calzas de muslos y el torso al desnudo. Durante la velada había tenido tiempo para observar a fray Diego Sarmiento, el obispo de Santiago. Le pareció un hombre prudente. Su tío Rodrigo le había enseñado a dudar de los hombres que no mostraban su juicio en público, pues decía de ellos que solían ser personas con máscaras, ocultos tras objetivos indignos. No estaba seguro de si podía ir tan lejos con respecto al obispo, pero una cosa le había quedado clara: Sarmiento lo había escuchado atentamente, y ahora sabía qué clase de hombre era el heredero de los Cardeña.

Fernando humedeció la pluma en la tinta y apuntó los gastos que había realizado ese día. Comida, provisiones y el pago de la deuda a doña Beatriz. Comprobó que aún había cierto margen de movimiento para la campaña de

Hernando de Soto. Pensó en todos los meses de los que disponía antes de la llegada de Alvarado a Santo Domingo. Si todo marchaba según lo previsto, tendría que designar a un lugarteniente para que se asegurara de armar la expedición en Guatemala. Pero ¿a quién? ¿A Estrada? Todo dependería de la situación en la que se encontrara; si Soto les pagaba bien y era capaz de reunir esos cuatro mil ducados antes de la llegada de Alvarado, la situación sería favorable y tal vez podría regresar él a Sevilla. Le comían por dentro la incertidumbre y el temor a no pagar las deudas de su familia, y a perderlo todo por culpa de su inexperiencia.

En ese momento, vio la figura de Diego de Estrada en el patio, de camino a su alcoba. Fernando cambió el gesto. Supuso que venía de las estancias del otro lado, una de las cuales ocupaba María de Becerra. El capitán desvió su derrotero y fue hasta el alféizar de la ventana para hablar con su amigo. Fernando decidió no comentar nada y darle una oportunidad sobre aquel asunto.

—¿Qué piensas de esta gente? —le preguntó Estrada en un susurro, apoyado en el marco de la ventana. Fernando fue hasta él y ambos charlaron en un murmullo casi imperceptible.

—La señora y los suyos son buena gente.

—¿Y Beltrán? —Estrada lo preguntó con una media sonrisa, y Fernando lo conocía lo suficiente como para saber que se estaba mofando de él. A ambos les había parecido un simple campesino con aires de principal. Fernando negó con la cabeza, en defensa del encomendero de La Habana.

—Solo busca ganarse la vida con amistades de renombre —dijo el joven —. Se ha ofrecido a unirse a nuestra compañía de mercaderes y a la ruta de comercio. Aportará una buena cantidad de dineros. También participará doña Beatriz, además de Becerra.

Estrada asintió satisfecho.

—Menuda perla se ha encontrado ese canalla.

Fernando esbozó una sonrisa y no dijo nada.

—¿Y el obispo? —preguntó Estrada después de un instante. El joven cambió el gesto al oír su pregunta y se llevó una mano a la frente.

—Ni mi tío ni Bardi se fiarían de él.

—Yo no sabré mucho acerca de negocios —tiró Estrada—, pero reconozco a un hijoputa a la legua. Mantén la guardia alta.

Ambos se dieron una palmada en los hombros para darse las buenas noches. Fernando contempló la figura del capitán perderse en la penumbra de la noche. Regresó a la escribanía y retomó la carta de relación a su tío Rodrigo.

Llevaba escritas en ellas más de una docena de páginas, y hubiese deseado que fueran más prolijas. En ellas detallaba los pormenores de su llegada, la situación de la casa, los negocios en Santo Domingo y sus planes para establecer una nueva red de alianzas entre Cuba y La Española. Humedeció la pluma una vez más y retomó el trabajo. Poco después, alguien llamó a la puerta. Durante un instante creyó que había sido el viento, pero volvieron a tocar. El joven se levantó.

—¿Quién va? —preguntó al tiempo que abría un palmo la puerta.

Era la doncella de doña Beatriz. Juana.

—Os lo ruego, dejadme pasar. Debo hablar con vos —musitó la dama.

Sus ojos oscuros brillaron suplicantes bajo la luz del candil. Pese a sus deseos, Fernando no quería tener problemas con nadie, y menos con la señora de la casa y con Antonio Beltrán. Pensó en que sería más fácil que entrara para acabar con aquel asunto de una vez, en lugar de discutir en el pasillo. Se hizo hacia atrás, para darle paso, y cerró la puerta. A continuación, cruzó la estancia para cerrar las ventanas. La muchacha se quedó de pie junto a la puerta y deslizó la mirada a través de su torso. Fernando volvió a enfundarse la camisa.

—Esto no está bien —dijo en un susurro.

—Siento mucho importunaros, don Fernando. ¿Dónde está el jubón que os he entregado? —quiso saber la joven. Fernando desvió la mirada hacia su arcón. Rápidamente, Juana fue hasta allí, lo abrió y cogió la prenda con las manos.

—¿Son estos los modales de las damas en Indias? —preguntó Fernando, molesto, mientras se dirigía al baúl y volvía a cerrarlo—. No os importa abrir los objetos de los demás sin su consentimiento.

La joven lo fulminó con la mirada.

—Vos, señor, jamás lo entenderíais —resolvió ella—. Un hombre como vos, con la vida sin contratiempos.

Fernando comprobó, para su sorpresa, que la chica había escondido un pergamino dentro de la prenda. Aquel era el objeto que estaba buscando en la alcoba de su pretendiente. La chica lo apretó entre sus manos y se dirigió hacia la puerta.

—Muchas gracias, caballero. Buenas noches.

Fernando puso una mano sobre el muro, para cortarle el paso. Ambos se miraron y ella desvió por un instante la mirada hacia su boca. A continuación, con un movimiento certero, Fernando le arrebató el papel de las manos.

—Me he jugado mi honor y la reputación de mi familia por vos, mi señora —dijo—. Merezco conocer los motivos y saber si esto me traerá más

problemas.

Juana hizo un amago de quitarle el documento y Fernando la detuvo, sujetándola de las muñecas. La joven forcejeó y acabó por echarse hacia atrás, contra el muro. Fernando quedó frente a ella, a un palmo de distancia.

—Nunca comprenderíais los motivos, señor —dijo Juana, agitada.

Fernando entornó la mirada, en aquella especie de tregua.

—¿Siempre juzgáis a la gente de esa manera? —Desvió la mirada hacia sus labios brillantes. Durante un instante, creyó que la dama se entregaba a su beso, presa del mismo ensueño; sin embargo, Juana pareció despertar y clavó una mirada encendida en los ojos del muchacho.

—Decidme, ¿qué sabe un señor como vos de lo que es verse en el deber de desposar a alguien a quien nunca se le tendrá afecto y mucho menos amor? Casarse con alguien tan solo para saldar las deudas y favores de los demás… Ver que todo el mundo está conforme con el trato y sentir que una está en la obligación de cumplirlo. Por mi madre, por mi señora. Vos, seguramente, podréis elegir a la dama a la que desposar, pero en mi caso la vida es bien distinta. Solo busco ganar algo de tiempo para aceptar de mejor manera mi desgracia.

Fernando la soltó y ambos se separaron. Juana se sentó al borde del lecho y el joven distinguió que derramaba lágrimas, exhausta. Sintió tanta compasión por ella que quiso abrazarla, pero se contuvo. Cogió el pergamino y quitó la cinta. Leyó un discurso insulso y mal escrito, en el que Antonio Beltrán anunciaba a los vecinos de la villa que Juana de Portocarrero sería su futura esposa y que los ángeles del cielo tocarían flautas por la gloria de los amantes. Imaginó lo que aquello podía significar en las costumbres de esa villa y de sus vecinos.

—No sabía que vuestro apellido fuera Portocarrero —musitó Fernando, y se sentó a su lado. La joven cogió el papel y lo leyó por encima. Fernando se dio cuenta de que sabía leer.

—Mi padre, Pedro de Portocarrero, fue el lugarteniente de uno de los hidalgos más importantes de Indias, descubridor del Yucatán y conquistador de México —le explicó Juana—. Pedro de Alvarado.

Fernando esbozó una leve sonrisa. Aquel nombre le traía a la memoria cuarenta mil ducados de participación.

—Sé quién es. Vaya si lo sé.

La joven lo interpeló con la mirada. Sus ojos parecieron inmensos de pronto.

—¿Cómo dices? —preguntó cambiando el tono en el que se dirigía al

joven. De repente parecía haber olvidado sus penas.

—Mi familia ha cerrado un trato con él —le explicó Fernando—. Si todo sigue su curso, seré el armador de su flota en la Mar del Sur. Es el gobernador y adelantado de Guatemala.

Juana asintió, muy atenta a sus palabras.

—¿Y Portocarrero? ¿Estaba con él? —La muchacha no pudo ocultar la emoción en su tono de voz. Fernando negó con la cabeza.

—Me temo que no. Lo lamento.

Juana frunció los labios, decepcionada. Fernando se levantó y abrió la ventana. A continuación, tomó la vela. La muchacha lo observó desde el borde del lecho. Fernando cogió el pergamino de Beltrán y le pegó fuego a una punta. Lo sintió por el hidalgo, pero si con aquello podía tranquilizar a esa dama, tal vez, a la larga, se lo agradecería. Pronto las llamas consumieron el papel, y aquella proclamación no fue más que un puñado de cenizas al viento. Juana se incorporó y fue hasta la ventana. Ambos vieron una columna de humo elevarse al cielo.

Fernando desvió la vista hacia su perfil y la deslizó a través de su cuello, su pelo, su boca. Luego los ojos oscuros de la joven se posaron sobre los suyos.

—Mi padre nos abandonó a mi madre y a mí antes de que yo naciera —musitó Juana—. Sueño algún día con encontrarlo. Desearía tanto tener algo de él para recordarlo…

—Yo apenas tengo recuerdos de mi padre —le confesó Fernando—. Me marché siendo un niño de aquí y ahora intento conocerlo a través de otra gente.

—Tu padre fue bueno con nosotras —reconoció Juana—. Beatriz siempre fue su gran aliada en Cuba. ¿Crees que Gonzalo de Guzmán y sus lacayos han tenido algo que ver con lo sucedido?

Fernando le devolvió la mirada. No se esperaba que la chica estuviera al tanto del mapa de alianzas de la villa y mucho menos de los enemigos de su padre.

—¿Por qué razón lo dices? —le preguntó. Ambos hablaban en susurros.

Juana se encogió de hombros.

—Los principales de la villa odiaban a tu padre. Llevo años sirviendo en la taberna de Antón y he oído miles de historias. Durante la época buena, don Fernando fue un hombre rico, y muchos hacenderos en Cuba preferían hacer tratos con él antes que con cualquier otro mercader o principal de la villa. Guzmán, siendo el gobernador, intentó echar por tierra su influencia y probó estrategias para que nosotras dejáramos de venderle nuestra mercancía.

Fernando se dio cuenta de que la muchacha estaba tan enterada de todo como la propia señora de la casa. Se cruzó de brazos, con el ceño fruncido.

—Esta semana iré a la casa de Guzmán y pondré un poco de luz sobre este tema —dijo Fernando en un tono que daba por zanjada la conversación —. Creo que es tarde para seguir discutiendo estos asuntos.

—Tranquilo —dijo Juana con una ligera sonrisa—. No sé cómo serán las muchachas en Sevilla, pero aquí sabemos guardar un secreto.

Fernando tuvo la extraña sensación de conocer a Juana desde hacía mucho tiempo. Era absurdo, apenas la había visto por primera vez hacía unas horas, pero esa complicidad le decía que podía confiar en ella. Ambos se dirigieron a la puerta.

—Yo tampoco diré nada de esta noche —dijo él.

Juana asintió y volvieron a mirarse durante un instante, antes de que ella cruzara el umbral. Fernando se quedó de pie, con la vista puesta en su silueta en la penumbra, mientras trataba de dominar un deseo oculto, uno que no había sentido jamás.

VII

UN MENSAJE FUNESTO

1

Muy lejos de Cuba, al otro lado del océano, el puerto de Sevilla estaba a rebosar de comerciantes y de tratantes que ultimaban sus ventas entre los más de cuatrocientos hombres que se marchaban al Nuevo Mundo en la flota de Pedro de Alvarado. El frío recorría las calles de la ciudad y los charcos malolientes se multiplicaban en sus rincones y en el Arenal, sobre todo en los arrabales. Alvarado se cubrió del hedor con un pañuelo a su paso y cruzó las puertas hacia la torre del Oro. Iba acompañado del escribano Baltasar Montoya; de fray Juan Alonso, su confesor, y de su lugarteniente, Álvaro de Paz.

Distinguió en la distancia a Rodrigo de Cardeña y al mercader genovés Giacomo Bardi, en compañía de uno de los oficiales de la Casa de la Contratación. Alvarado se dirigió a ellos y los saludó. Hubiese deseado hospedarse en la casa palacio de los Cardeña y haber disfrutado de su comodidad; sin embargo, se había visto obligado a acudir a la casa de uno de los allegados de su nueva esposa, Beatriz de la Cueva. Las relaciones con la familia De la Cueva, señores de Solera, y con los Manrique le habían proporcionado las alianzas necesarias en la corte. En especial, había renovado los acuerdos con Francisco de los Cobos, su gran valedor. Sin De los Cobos, Alvarado no habría conseguido ni la bula papal para desposar a la hermana de su última esposa ni la confirmación por Cédula Real de sus cargos como adelantado de Guatemala. Había tardado casi seis meses en encontrar socios que lo apoyaran para armar a la pequeña flota de tres galeones que tenía frente a él y había recibido sesenta mil ducados en participaciones, cuarenta de los cuales pertenecían a la familia Cardeña.

—Hoy es un gran día para todos, don Pedro —lo saludó Rodrigo de Cardeña con un gesto de satisfacción—. Hemos cumplido con nuestra parte, y hoy cerraremos nuestro primer negocio. Es digno de celebración.

Alvarado echó un vistazo a la nao.

—Permitidme, en primer lugar, ver la mercancía, mis señores.

Bardi esbozó una sonrisa pícara. Rodrigo de Cardeña, en cambio, frunció el ceño.

—Por supuesto —dijo—. Mi hijo, Juan, os llevará a las bodegas.

El hijo del mercader condujo a Alvarado a la escotilla que daba a los niveles inferiores del casco, y ambos descendieron. Juan de Cardeña vivía desde marzo en Lisboa, y se veía en sus gestos que se había acostumbrado a moverse en una nao.

—Aquí están, señor —dijo el hijo de don Rodrigo. Abrió la portezuela de las bodegas para que Alvarado asomara la cabeza. Bajo la nave, varias docenas de hombres de las costas de Guinea desviaron la mirada hacia él. Todos habían sido comprados en los mercados de esclavos de Lisboa. No viajaban atados ni tenían signos de haber sido maltratados, por lo que su valor se incrementaba.

A Alvarado le pareció que allí, en realidad, cabían muchos más.

—¿Cuántos hay aquí?

—Ochenta, señor. En la otra nao están las mujeres y los niños. Ciento cincuenta en total —respondió Cardeña. Alvarado asintió y volvió a la cubierta. El rey le había concedido la facultad y la licencia para portar a todos esos negros del África, y tenía la intención de ponerlos a trabajar desde el primer día.

—Haced que los repartan en las bodegas de la Santa Catalina y la Trinidad —le dijo a Rodrigo el hidalgo cuando regresó.

—Padre, bendiga este cargamento para que no se ponga malo, se lo ruego —le pidió Alvarado al cura como si se tratara de vino. El hidalgo volvió la mirada a don Rodrigo—. Vosotros habéis adelantado el pago, y yo se lo devolveré a vuestro sobrino Fernando en Guatemala.

—Tal como hemos pactado —apuntó el señor Bardi.

Alvarado sabía, por diversas fuentes, que los Cardeña debían pagar un préstamo enorme en un plazo de siete años. Esto conllevaba un riesgo considerable; no obstante, los comerciantes a distancia que estaban acostumbrados a realizar negocios de tal calibre no se amedrentaban ante campañas inciertas. Era la manera en la que se armaban las expediciones y se hacía que la riqueza creciera, todos empujados por las deudas contraídas con otros hombres y pagos a través de Letras de Cambio. Según lo dispuesto, el joven Fernando de Cardeña embarcaría con él en Santo Domingo rumbo a Guatemala, donde prepararían juntos la expedición a las Especias. La familia Cardeña vería su participación de cuarenta mil ducados devuelta en forma de

títulos y tierras conquistadas, y, si había suerte, en remesas de oro y plata con sus correspondientes intereses. En Guatemala esperaban a Alvarado más de diez navíos aparejados de gran tonelaje, con sus pertrechos, y más de un millar de hombres dispuestos a cruzar el gran océano de poniente hacia las islas del clavo y la canela.

—¿Hay noticias de vuestro sobrino? —preguntó Alvarado.

—Ha viajado a Cuba para reunirse con los viejos socios de su padre —respondió don Rodrigo—. Estará en Santo Domingo en la fecha estipulada.

—Recibirá el cargo de capitán como hemos acordado —anunció Alvarado—. Y si así lo desea, cruzará conmigo la Mar del Sur hacia las Especias.

Aquella afirmación hizo que se ensombreciera el gesto de don Rodrigo. Alvarado se dio cuenta de que don Rodrigo no apreciaba que su sobrino pasara más tiempo en Indias, y mucho menos al otro lado del orbe. No obstante, Alvarado recordaba bien al joven, y había visto en él los arrestos suficientes como para moverse en aquella tierra y mantener a flote los negocios de su estirpe.

—Le he escrito una carta recordándole sus instrucciones y sus deberes para con vos, don Pedro —dijo don Rodrigo finalmente.

La única razón por la que el joven Fernando iría a Guatemala era para que los Cardeña estuvieran presentes en la campaña. Cuando Alvarado pagara a los esclavos, Cardeña debía enviar las remesas de oro cuanto antes. Además, la familia estaba obligada a comprobar los avales que había añadido el hidalgo en el trato, tanto la casona en Santiago de Guatemala como la encomienda en Acajutla, en las costas de la Mar del Sur. Por si fuera poco, el joven debía proveer a su flota de bizcocho, vino, aceite, legumbres, tocino, garbanzos, lentejas, arroz, maíz, quesos, higos, azúcar, todos productos tremendamente difíciles de conseguir en Indias. Por esto, Alvarado veía justo invitarlo a cruzar el océano con él y unirse en la expedición. En definitiva, los Cardeña estaban más unidos a su campaña que ningún otro armador.

Por fin, después de dos años, Alvarado regresaba a la tierra que había conquistado. Después de tantas penurias y tragedias, regresaba a Indias como un hombre nuevo. Volvía con el apoyo de la corte y del rey, con una nueva esposa, sobrina del comendador mayor de Indias, con sesenta mil ducados en armas y pertrechos, y con una flota de más de cuatrocientos hombres dispuestos a luchar y embarcarse a la Especiería por él. Por fin, después de tanto tiempo, el destino estaba de su parte.

Amir estaba con los brazos en jarras bajo el sol. Se pasó una mano por la frente sudorosa. Estaba en el patio, junto al almacén, en compañía del capitán Estrada, y ambos contemplaban los sacos, barriles, cajones y toneles que traían los comerciantes y se acumulaban. Pedro de Becerra había cruzado a Cuba con armas y pertrechos para casi cuarenta hombres. Además, Fernando se había visto con todos los hacenderos que habían hecho negocios con su padre, y muchos de ellos que guardaban deudas con él enviaron provisiones. Fernando había decidido perdonar las deudas que guardaban los hacenderos con su padre a cambio de cualquier carga o provisión. Y eso significaba más trabajo para Amir, que se convirtió en el encargado de almacenar y ordenar la mercancía. Pronto llegaron alimentos, ropajes, velas, maderas, pólvora, armas, aceros, animales de granja y caballos. Todo aquello iba a ser de provecho para la expedición de Soto.

—Con todo lo que tenemos podríamos llenar dos naos —comentó Amir mientras pasaba la vista por encima.

—Y seguirán enviando más cosas aún —apostilló Estrada—. Esto no para.

—¿Crees que podrá hacer esa ruta de la que habla? —quiso saber el africano.

El capitán se encogió de hombros.

—No descansará hasta conseguirlo. Eso seguro.

Ambos vieron a Fernando salir de las cocinas y dirigirse hacia ellos. El joven los saludó y pidió a Amir que le enseñará el almacén. Los tres dieron una vuelta larga desde el patio hasta el interior, mientras el africano enumeraba las cargas y lo que había en los sacos y cajones.

—Hemos puesto la pólvora apartada y en un sitio seco, tal y como me ha dicho el capitán —explicó Amir.

—Buen trabajo —señaló Fernando.

—Hernando de Soto estará satisfecho con todo esto —comentó Estrada.

—Tal vez, pero no es suficiente para hacer una ruta que vaya desde Santo Domingo a La Florida. Necesitamos muchas cargas como esta.

—¿Y eso cómo se hace? —quiso saber Amir.

Fernando se pasó una mano por la frente con aire pensativo.

—Necesitas a gente que quiera vender su mercancía y a otros que estén dispuestos a comprarla —le explicó Fernando, y vio que el capitán también prestaba atención—. Entre unos y otros, en ese recorrido, debes poner a agentes de confianza para que reciban las cargas, vendan una parte en esa etapa de la ruta, compren más mercancía local y vuelvan a embarcar todo

hacia la siguiente etapa.

—Para eso se necesita de mucha gente —murmuró Amir, y Fernando asintió.

—¿Cuántas etapas tiene una ruta? —preguntó Estrada.

Fernando se llevó una mano al mentón.

—Depende —dijo—. Mi intención es asegurar una en Santo Domingo, otra en Santiago, una tercera en La Habana y la última en La Florida.

—Y dejarás a alguien de confianza en cada sitio —remató Amir.

—Eso es.

—Cojonudo —dijo Amir, que se le había pegado la palabra favorita del capitán. Estrada y el africano parecieron entender el negocio.

—Esta tarde vendrán los Miranda y los Hernández de la Torre para cerrar tratos con Becerra, con Beltrán, con doña Beatriz y conmigo —dijo Fernando.

—¿Qué pasa con Guzmán? —preguntó el capitán—. ¿Alguna noticia?

Fernando negó con la cabeza.

La villa de Santiago de Cuba era un pueblo pequeño, y eso acarreaba una serie de inconvenientes, entre ellos, el ganarse enemigos con facilidad. Al capitán Estrada no le hizo gracia cuando Fernando le contó que Gonzalo de Guzmán —el que había sido el gobernador de Cuba hasta ese día— no dijera nada con respecto a su padre y disimulara al haber oído su nombre. De alguna forma, aquel silencio lo delataba.

Fernando mandó a Estrada y a Amir a por un cerdo para asarlo esa tarde. Tras despedirse de ellos, cruzó una mirada con Juana, que estaba en ese momento frente a las cocinas vaciando un cubo de agua. La muchacha lo obsequió con una sonrisa cómplice y se acercó a él. Fernando sonrió para sus adentros. La chica se había escabullido varias noches a su estancia y ambos habían compartido largas conversaciones como esa primera noche, sobre Sevilla, sobre Alvarado, sobre la conquista de México. Fernando le había descrito Italia y sus ciudades. También hablaron sobre su padre y su muerte. Juana le confesó sus miedos y el temor de no conocer nunca a Portocarrero. La joven era una dulce compañía para él, y aquellos encuentros que empezaron de manera inocente se convirtieron en un secreto entre ambos. Fernando comprendía que la joven estaba sola ante aquella situación y necesitaba de un confidente. Se convenció de que no había maldad en ofrecer su apoyo, aunque una parte de él fuera consciente de que comenzaba a jugar con fuego. No podía negar que anhelaba que llegara la noche para estar un rato a solas con ella.

—Buenos días de Dios, mi señor —lo saludó Juana cuando Fernando

pasó por su lado. El joven echó un vistazo al patio para cerciorarse de que nadie los veía. Luego le devolvió una mirada brillante. Aunque no hubiera ocurrido nada entre ellos, la forma en la que Juana lo miraba despertaba todos sus sentidos.

—Esta noche —murmuró.

Juana asintió con una sonrisilla, sin decir nada.

En ese instante, Fernando vio a doña Beatriz en mitad del patio observando las arrobas y fanegas de provisión, con los brazos en jarras. Fue hacia ella. En la casa, se hacían los preparativos para recibir a los hacenderos en un encuentro que esperaba que fuera beneficioso para todas las partes. Fernando descubrió que la casa de doña Beatriz del Castillo estaba pasando por momentos difíciles y que su llegada había sido una bendición. Fernando y la señora no se habían separado esas primeras semanas. Él la había acompañado a la misa, esos días, para conocer de primera mano a los señores de la villa.

—Ese almacén no estaba tan bien desde hacía mucho tiempo —dijo doña Beatriz sonriente. Fernando anduvo con ella hasta la puerta de la sala principal, bajo la sombra del pórtico.

—Hoy será un gran día, mi señora.

—Ojalá pudiera participar con más, Fernando —se excusó la dama.

Fernando hizo un gesto tranquilizador.

—Me basta con que seáis parte de esto.

Doña Beatriz mostró un gesto amable. Fernando era incapaz de comprender el vínculo que se había creado entre los dos.

—Siento importunaros de esta manera —se disculpó Beatriz, como si Fernando le hubiese leído el pensamiento—. Es solo que me impresiona veros convertido en un hombre.

Fernando esbozó una ligera sonrisa, como para dejar pasar el tema.

—Debisteis de conocer a mi padre siendo muy joven.

La dama asintió y borró el gesto de repente.

—Era una cría. Tenía quince años.

—Me alegro de que mi padre decidiera apostar por vuestro taller.

—Cuando le propuse vender azúcar ni siquiera sabía cocinarlo —le contó Beatriz—. A vuestro padre no se le podía engañar. Siempre supo quién era yo y yo siempre supe que él era un buen hombre.

Fernando miró a su alrededor y contempló la fachada de la casona.

—Aquí fue donde nací —murmuró.

Doña Beatriz le señaló la estancia de invitados, la alcoba donde se

hospedaba.

—Fue en esa estancia —murmuró—. Antes era la principal de la casa.

Fernando acompañó a la dama y ambos dieron un paseo por la hacienda.

Fernando acompañó a la dama y ambos dieron un paseo por la hacienda hasta pasado el mediodía, cuando Estrada y Amir regresaron, y, con ayuda de María, se pusieron a limpiar y trocear el cerdo para asarlo. No tardaron en aparecer los dos hacenderos acompañados de algunos de sus hombres y familiares, Juan Miranda y Pedro Hernández de la Torre. Fueron recibidos por Antonio Beltrán y doña Beatriz. Se realizaron las presentaciones y fueron a la mesa a comer y a beber. La carne pasó de plato en plato y un murmullo de celebración se levantó en la sala principal.

Pedro de Becerra estaba sentado junto a Fernando. Bajó el tono de su voz para comentarle que había efectuado ciertas pesquisas con respecto al viejo gobernador, Gonzalo de Guzmán, y que este había sido un auténtico déspota.

—Pensé que sería una buena idea saber quién es. Al parecer, ha sido el mayor hijo de puta de cuantos vecinos han poblado Santiago —dijo el encomendero—. Lleva aquí desde que Diego de Velázquez plantó su culo en esa colina en mil quinientos diez.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Fernando.

Becerra esbozó una mueca.

—Participó en las campañas de Velázquez al Yucatán, y después de que Hernán Cortés dejara de ser el alcalde de la villa para largarse a conquistar México, Guzmán fue nombrado regidor perpetuo de la villa. Más tarde, después de un viaje a la corte, fue nombrado gobernador de Cuba. Hizo y deshizo a su antojo durante esos años, aplicando las leyes a placer y repartiendo a los indios según su conveniencia y la de sus aliados. Siempre ha procurado tener a la Iglesia de su parte. El obispo lo apoya.

—Eso quedó muy claro la noche que vino a bendecir al señor Beltrán —comentó Fernando. Beltrán le ofreció una leve reverencia al oírlo. Juana, que estaba a su lado, lo miró escondida tras su copa.

Fernando volvió su atención a Becerra.

—Si tanto mal perpetró Guzmán, ¿por qué no se le juzgó? —le preguntó con seriedad.

—¡Por supuesto que lo juzgaron! —soltó Becerra con un gesto con la mano—. Hace años los vecinos quisieron sacarlo de aquí y presentaron más de ochenta cargos en su contra. ¿Puede imaginarlo, Cardeña? ¡Ochenta cargos!

—Unos cuantos, sí —dijo Estrada.

—Aun así, logró librarse con la ayuda de sus amigos en la corte y en el

Consejo de Indias —remató el encomendero con la vista en Estrada—. Al final, para ser un ratero importante, se ha de tener amistades que vistan de seda. Lo que quiero decir, por si no me habéis entendido, es que este cabrón es un hombre poderoso. Puede que Hernando de Soto lo sea aún más, pero eso no quita ni el peso ni las influencias de este sujeto. Habrá que ir con cuidado.

Fernando se guardó el consejo. Todos aquellos hidalgos y principales, que bajo el sol de sus haciendas polvorientas parecían poca cosa, en realidad podían gozar de las más altas influencias del imperio. Al final, todo volvía a las palabras de su tío Rodrigo. *«Nunca nadie es solo lo que aparenta ser»*. Gonzalo de Guzmán iba siempre en compañía de un séquito de principales, viejos conquistadores e hijos de estos. Entre ellos se encontraban Luis de Carranza, Diego de Agramonte, Juan Cabrera o Manuel de Sevilla, todos ellos cabezas de las familias más importantes de la villa. Poseían las mayores extensiones de tierras y los cargos más importantes en el cabildo. Juana se lo había explicado con detalle una de aquellas noches.

Tras dar buena cuenta de la comida, Fernando se puso en pie.

—Os agradezco a todos que hayáis venido hasta aquí —reconoció con un gesto cortés—. Os he reunido para pactar nuestra compañía de mercaderes. Quiero que todos forméis parte de una ruta de comercio desde Santo Domingo a La Florida.

En primer lugar, hablaron Miranda y Hernández. Luego vino el turno de doña Beatriz y de Beltrán. Por último, Becerra tomó la palabra. Fernando, optimista por primera vez en mucho tiempo, les adelantó que la compañía podría participar como socia en la campaña de La Florida. Hernando de Soto estaba dispuesto a pagar lo que hiciera falta con tal de tener suministros en la isla, y aquello acabó por convencerlos. El joven estaba exultante. Ni en sus mejores sueños imaginó que las cosas se darían así. La ruta comenzaba a tomar forma. Con un poco de suerte, Hernando de Soto les pagaría con una Letra de Cambio antes de saltar a La Florida. De ser así, Fernando habría reunido los dineros para el primer pago del préstamo en menos de un año, justo antes de ocuparse de sus obligaciones con Alvarado en Santo Domingo.

Todo parecía coser y cantar.

3

Juana tocó a la puerta con suavidad. Fernando la aguardaba. Abrió con cuidado y la chica se escabulló hacia dentro. Aquel acto, en principio

intrascendente, en realidad estaba cargado de complicidad, y la hizo sentirse más viva que nunca. Fernando le ofreció la silla de la escribanía. Juana se mostraba más nerviosa que las otras noches. No sabía a qué jugaban, pero no quería que se acabara. La estancia de Fernando en Santiago había alegrado sus días y le había brindado algo diferente, como si en el camino de Fernando al conocerla, ella se estuviera descubriendo a sí misma. Tomó asiento y vio que el joven mercader había estado apuntando cosas en su libro de cuentas. Tenía una letra muy prolija. Él se cruzó de brazos y se apoyó en el alféizar de la ventana, a su lado, con la mirada chispeante.

—Esta tarde he probado a imaginar cómo sería tu casa en Sevilla —murmuró Juana, al tiempo que ordenaba el tintero, las plumas, los papeles, las cartas—. Antes de conocerte, siempre había creído que los Cardeña vivíais en un palacio.

A Fernando le hizo gracia su comentario.

—Es una casa grande, sí —comentó el joven, sonriente—. Fresca en verano.

—¿Y en invierno?

—Algunos inviernos son muy fríos. No es como aquí.

Juana trató de imaginárselo. Estaba acostumbrada al único clima que había experimentado en su vida, al de Cuba. Fernando le describió su casa, las distintas habitaciones, el almacén, el atrio y la balconada. Le contó que en primavera la luz del sol se colaba por el patio interior y hacía florecer las macetas que cuidaba la señora Aldonza. Luego decidió coger una cartilla, y mojó un poco de tinta con la pluma y dibujó un plano. A Juana le pareció increíble que Fernando malgastara un trozo de papel para explicarle eso a ella. Todo parecía una excusa para hablar de cualquier cosa, para evitar decirse lo que realmente sentían.

—Esta es mi estancia —señaló el joven en el mapa. A continuación, dibujó un hombrecillo dentro del espacio de la habitación. Fue un boceto rápido, a vuelapluma. Juana sonrió y sus ojos brillaron como los de una niña.

—Nunca he dibujado sobre un papel —dijo ella, maravillada—. Solo en la arena dura con un palo. Tienes que ser rápida antes de que el mar vuelva y se lleve lo que has trazado.

Fernando esbozó una sonrisa.

—Aquí puedes intentarlo con calma —musitó, y le entregó la pluma.

—¿De verdad?

—Venga, inténtalo.

Juana lo miró a los ojos y volvió la vista al papel. Tanto la tinta como el

pergamino eran objetos caros y difíciles de conseguir. Trató de copiar el mismo trazo de Fernando y dibujó otra figura más o menos igual al lado de la que había hecho él. Luego simuló que tenía el cabello largo. Fernando la miraba con intensidad, de pie junto a la ventana. Disfrutaba de su compañía. Una brisa cálida entró en ese instante y meció la cortina y sus cabellos. Se miraron dos veces, sin decir nada. Luego él echó un vistazo a la hoja.

—¿Sabrías escribir tu nombre? —le preguntó.

—Por supuesto.

La chica volvió a humedecer la pluma y escribió con lentitud *«Juana»*. Buscó su mirada para saber su opinión. Luego, sin que él le dijera nada, rasgó la pluma nuevamente y escribió el nombre de Fernando debajo del suyo. El joven cogió la hoja e hizo como si revisara un documento importante.

—Está muy bien.

A Juana le divirtió su expresión.

—Esa es tu cara de mercader.

—¿Cómo dices? —preguntó Fernando, serio de verdad.

—Sí —advirtió ella—. Así eres con los demás.

—¿De veras lo piensas?

Juana asintió. En la intimidad, ya no temían sostenerse la mirada.

—Ahora tus figurillas tienen nuestros nombres. Así cuando vuelvas a Sevilla, a tu habitación, podrás recordarme y pensar en mí —dijo ella, tras un momento.

Fernando entornó la mirada, sin decir nada. Había borrado su sonrisa.

4

Aquella semana pasó veloz. La casona se llenó de movimiento con el trajín de los criados y las ocupaciones de la compañía de mercaderes. Juana ayudó mucho a su madre esos días con los quehaceres cotidianos. Una noche, Juana estaba en las cocinas, y lavaba unas escudillas mientras divagaba sobre su vida, sobre lo que estaba por venir y, sobre todo, sobre Fernando. Con tanta faena, lamentó esa semana no poder acudir a la estancia del joven. Bajo la luz de la luna, la casa volvía a ser el sitio tranquilo y silencioso, donde solo se oía el crujir de las ramas de los árboles y de los grillos. En ese momento, apareció Amir por la puerta que daba al patio y dejó un hato de madera seca para el fuego.

—Déjame que te ayude con eso —se ofreció el africano al verla.

—Gracias, Amir.

A la chica le había sorprendido la manera de trabajar de aquel hombre de Guinea, o donde quiera que estuviera aquello. Le era muy leal a Fernando. Era ordenado, y cada vez que podía ayudaba a su madre y al resto de criados con las labores de la casa. Además, siempre iba con una sonrisa en los labios. A Juana le vinieron a la mente, de pronto, Beltrán, sus preocupaciones y su matrimonio.

—¿A qué viene esa cara larga? —preguntó Amir al ver su expresión.

Juana negó con la cabeza y se apresuró a mostrarse más distendida.

—No es nada —murmuró—. Estoy cansada, eso es todo.

Una voz la llamó desde el umbral en ese instante.

—Juana.

La joven se giró hacia la puerta. Era Beltrán.

—Yo acabaré con esto —se ofreció Amir, con la cesta en las manos, al verlo—. No te preocupes.

La joven se lo agradeció y salió al patio a hablar con su pretendiente. Se le revolvió el estómago al ver que Beltrán portaba un semblante serio.

—Hernando de Soto nos ha invitado mañana a la casa del gobernador a celebrar la alianza de nuestra compañía de mercaderes —anunció.

Juana se relajó un poco.

—Es una buena noticia —dijo al tiempo que trataba de esbozar una media sonrisa. Beltrán, en cambio, no varió la expresión de su rostro.

—Será un buen momento para leer la proclama frente a los principales y anunciar nuestro enlace —comentó.

Juana contuvo el aliento.

—¿La proclama…?

Beltrán negó con la cabeza.

—Te confieso que la he perdido. No consigo hallarla en ningún sitio; no sé cómo he podido perder una cosa así —se lamentó—. He tenido que pedir ayuda a don Fernando para que redacte unas palabras y así leerlas frente a Soto y su esposa, doña Isabel.

—¿Y él ha aceptado ayudarte?

—¿Por qué no iba a ofrecerse? No lo conoces. Don Fernando es un hombre instruido.

Juana asintió con un ligero movimiento de cabeza, sin saber qué decir. Aquello le cayó como un jarro de agua fría. No se esperaba eso último.

—Tranquila —dijo Beltrán—. Ha hecho bien su trabajo, y el anuncio nos pondrá en una buena posición. Haremos partícipes a Hernando de Soto y a su esposa de nuestra boda.

Poco después, Juana despidió a Beltrán, que se alejó hacia su alcoba. La joven regresó a las cocinas para terminar sus labores, mientras sentía en su interior que Fernando, de algún modo, la había traicionado. Él sabía por lo que estaba pasando. ¿Por qué había ayudado a Beltrán, maldita fuera? ¿Qué significaban para él esas miradas que cruzaban? Pensó en la importancia que le daba Beltrán a exhibirse frente al gobernador y a su séquito. Tuvo ganas de asfixiar a Beltrán. El matrimonio era un instrumento para mantenerse en la corte, para ganar en favores y en amistades. La joven no pudo evitar sentirse utilizada. Destruir la proclama no había servido más que para ganar un poco de tiempo, pero en ese punto no podría cambiar su destino.

Juana tiró un cubo con agua sucia y oyó que alguien tocaba al portón.

—¿Quién va? —preguntó cuando fue hasta allí.

Abrió la portezuela y vio la figura de una mujer apoyada contra el muro.

—Señora —dijo la india. Juana la reconoció. Aquella mujer había sido la última persona que había visto con vida a don Fernando de Cardeña. Tiraba de la mano a un niño de dos o tres años.

—Necesito ver al señor —murmuró la mujer.

Juana supo que aquello no presagiaba nada bueno. La joven la condujo hacia la casona y pidió a Amir que fuera a buscar a Fernando. A continuación, llevó a la mujer y al niño hasta una de las estancias. Le pidió que aguardara allí y fue al comedor a avisar a Fernando, que la escuchó con atención. Juana le habló con frialdad, aunque él no se diera cuenta de esto último. Luego el joven echó una mirada a Amir. El africano se encogió de hombros.

—No lleva nada consigo —dijo Amir—. Ni cuchillos ni armas. Entraré contigo si me lo pides.

Fernando negó con la cabeza.

—Es solo una mujer con un niño.

Al otro lado de la puerta, lo esperaba la india que había visto a su padre por última vez con vida, acompañada del crío. Juana lo miró con ansiedad.

—Volved cada uno a lo vuestro —ordenó Fernando.

La estancia permanecía iluminada por un par de velas, y las sombras reflejadas sobre el muro le parecieron al joven ánimas de otro tiempo. La mujer tenía medio rostro cubierto con un manto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Fernando, de pie, en tono autoritario.

—Jimena —respondió.

—Dicen que eres la última persona que vio a mi padre con vida.

La mujer asintió.

—¿Qué ocurrió esa noche? —preguntó Fernando. La india sentó al crío

en el suelo, entre sus piernas, y le pidió que se estuviera quieto.

—Don Fernando regresó de la casa del gobernador y me dio algunos dineros —explicó la mujer—. Dijo que no vendría a la villa hasta dentro de medio año. Luego se marchó. Al día siguiente supe que lo habían encontrado muerto y temí que pudieran venir a por mí. Tuve que escapar.

Fernando se sentó en la silla que estaba libre.

—¿Quiénes?

Las llamas flamearon e hicieron brillar la mirada de la india.

—Carranza.

Fernando entornó la mirada. Estuvo en silencio durante un momento, rumiando aquel nombre. Era uno de los hombres del gobernador Guzmán, uno de sus lacayos que aspiraban a ganarse su favor.

—¿Cómo sabías que estaba en la villa?

La india se encogió de hombros.

—Es un pueblo pequeño. Todo el mundo habla del hidalgo que ha hecho una compañía de mercaderes para Soto y que compra todas las cargas que puede.

Un extraño silencio invadió la estancia. Por si le parecían pocas las responsabilidades que llevaba encima, Fernando se encontraba ahora con ese asunto. ¿Cómo iba a explicarlo? ¿Qué le contaría a su madre?

—Dile que se acerque —le exigió con la vista en el crío.

Jimena hizo lo que le ordenó. El crío anduvo hasta él, con los brazos pegados al cuerpo, y se detuvo sin mirarlo. Fernando lo cogió de los hombros y lo observó con cautela. Buscó su mirada, hasta encontrarla. En efecto, aquel mestizo era verdaderamente hijo de su padre.

—Vais a quedaros en esta casa hasta que decida qué hacer con vosotros —le ordenó. La india asintió y volvió a poner a su hijo entre las piernas.

Fernando se puso en pie. Cualquier precaución era poca.

—La señora os dirá cuál será vuestra estancia —señaló Fernando, y miró al que era su hermanastro—. ¿Cómo se llama?

—Jerónimo —dijo la india—. Por el día que nació.

Fernando salió de la estancia y se retiró.

5

Aquella noche Fernando bebió en solitario en el pórtico, frente a su estancia. Pasaron las horas y los demás se retiraron a descansar.

Recordó las palabras de su tío Rodrigo. *«No creo que mi hermano haya sido*

recto en cuestiones de moral. Habrá respuestas que tal vez no querrás conocer». Finalmente, aquellas palabras habían resultado ser un vaticinio, o tal vez Rodrigo siempre estuvo al tanto de los asuntos de su hermano. Fernando reflexionó sobre cómo tratar ese tema, qué hacer con esa mujer y con ese niño. Presentárselo a su madre sería una deshonra, desde luego. Una posibilidad era asignarle una pensión y olvidarse de ella. Sin embargo, el muchacho tenía los mismos ojos que su padre y que su primo Juan. Fernando no había heredado nada o casi nada de los Cardeña, más que el carácter. Desde su niñez le habían dicho que era un reflejo de su madre, doña Inés. Ese muchacho mestizo era un Cardeña. No cabía la menor duda.

Fernando regresó a su alcoba exhausto. Agradeció el aire fresco que se colaba por la ventana. Se tumbó en el lecho, demasiado cansado para cambiarse los ropajes. Pensó en la india, en su hijo y en Carranza, el hombre que supuestamente había asesinado a su padre. En ese momento llamaron a su puerta, y se imaginó quién podía ser. Llevaban casi una semana sin hablar, y tal vez ella lo ayudaría a aclarar sus ideas. Hizo un esfuerzo por levantarse y giró la cerradura. Juana desvió la mirada al suelo. Fernando cerró la puerta tras ella.

—Tenías razón —le dijo—. Esa india sabe más de lo que aparenta.

La joven se había quedado frente a él, con una expresión poco habitual. Fernando le devolvió la mirada sin saber lo que pasaba.

—No sabía que dedicara su tiempo a redactar proclamas, señor Cardeña.

Fernando no comprendió el tono de la joven.

—¿Proclamas? ¿A qué viene eso?

—No te preocupes. Con tu ayuda, Beltrán se casará pronto conmigo, y ya no tendrás que abrirme esa puerta nunca más —esgrimió ella, agitada.

—Juana.

—He sido una necia —soltó—. He creído todas estas noches que tú y yo guardábamos algo de complicidad, que me entendías, pero no ha sido así.

—Claro que te he entendido, Juana.

—Pero no has podido negarle la ayuda a Beltrán. A sabiendas de mi situación.

—Eso no cambia nada las cosas.

Juana lo fulminó con la mirada.

—¡Por supuesto que cambia las cosas!

La joven se dirigió hacia la puerta y Fernando le cortó el paso.

—Espera, espera. ¿Qué pretendías que hiciera? —preguntó él, agitado—. ¿Pretendías que me negara a ayudarlo sin levantar ninguna sospecha?

Juana lo miró a los ojos.

—¿Sospecha de qué?

—Sabes a qué me refiero.

Ella entornó la mirada, casi como un desafío.

—No, no lo sé.

Fernando se pasó una mano por el rostro. ¿Por qué era tan difícil? Habían sido muchas noches las que habían compartido conversaciones y silencios juntos, en la soledad de esa alcoba. Fernando la había visto reír y la había visto llorar, había escuchado su historia, sus miedos y sus anhelos. Ambos se habían inventado un refugio repentino por las noches, y aunque no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Estrada, Fernando ansiaba que cayera el sol y que, bajo el amparo de la oscuridad, Juana llamara a su puerta otra vez. Fernando comprendió que aquel juego había ido muy rápido y, tal vez, demasiado lejos.

Juana mantuvo el gesto sin vacilar, esperando su respuesta. Fernando se había quedado en silencio.

—¿Lo ves? —advirtió Juana—. Los hombres pensáis que la valentía únicamente se demuestra con la espada. —La joven pasó por su lado y fue hacia la puerta.

—Juana, espera —dijo Fernando finalmente—. Sabes que no puedo confesar mis sentimientos. Vas a ser la mujer de otro hombre.

Ella abrió la boca para decir algo. Fernando se dio cuenta de que su pecho subía y bajaba con premura, agitado.

—¡Claro que puedes hacerlo!

—Existen unas reglas de honor.

—¿Qué importan esas reglas cuando hay tanto en juego?

—Precisamente por eso. No solo está en juego nuestra reputación, sino también la de todos aquellos que nos rodean. La de doña Beatriz y la de tu madre. No podemos cruzar esa línea. No voy a hacerlo.

Juana se había vuelto a acercar a él. Fernando bajó la mirada. Maldijo al amor, que había aparecido en el peor momento. Era innegable el fuego que ardía en su interior, la llama que se había prendido desde el instante en el que ambos se habían conocido y persistía en la lucha interna de los dos por mantenerse firmes a sus principios. Aunque ninguno se hubiera insinuado hasta entonces y solo hubiera habido cruces de miradas, resultaba evidente que se sentían muy cerca el uno del otro. Juana estaba frente a él. Tras un instante, Fernando dio un paso hacia atrás.

—No podemos seguir con estos encuentros, Juana —dijo con expresión contrariada—. No deberíamos volver a vernos de esta manera.

La joven cambió de actitud, ofendida.

—Entiendo. Has venido a cerrar tus negocios. No quieres que una estúpida cría te arrebate a uno de tus socios y deshaga tu ruta de comercio.

A Fernando le molestó su comentario.

—¿Cómo puedes decir algo así? Sabes que no es cierto. ¿Qué crees que pensaría Beltrán si supiera que has estado viniendo durante semanas por las noches a mi alcoba?

—No hemos hecho nada, y no me he visto deshonrada. Además, Beltrán no ha hablado ni una sola vez conmigo —aclaró Juana, enfadada—. ¡No me conoce! Solo me da órdenes y trae regalos para asegurarse una esposa. No me importa lo que pueda pensar. Estoy harta de realizar las cosas solo porque así las manda el mundo.

—Pues debería importarte. Será tu esposo —dijo Fernando.

—Eres un cobarde.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes.

Juana cruzó la estancia hasta la puerta. En ese momento, se volvió una última vez a Fernando.

—No guardas ningún sentimiento hacia mí. Tus intenciones siempre han sido otras; no necesitas esconderte detrás de ese hombre de honor. He comprendido que solo he sido una bonita compañía para el señor. ¡Adiós!

Juana dio un portazo tras de sí y Fernando se quedó en silencio, en la penumbra de la estancia, herido como si hubiera recibido un tiro de arcabuz, con aquellas palabras en el aire.

6

A la mañana siguiente, Fernando se presentó con sus pares en la casa del gobernador, junto con doña Beatriz, Antonio Beltrán y Pedro de Becerra. Además, fueron acompañados por el capitán Estrada y Amir, ambos escoltas de las damas Juana de Portocarrero y María de Becerra. Fernando buscó la mirada de Juana de todas las maneras posibles, pero ella lo rehuyó, y eso le provocó un nudo en el estómago. El séquito entró en la casa del gobernador. Fernando se sorprendió al descubrir un patio interior porticado, salones con celosías de madera y dos alturas y una hermosa balconada que daba al jardín interior. En Indias parecía faltar de todo; sin embargo, todo parecía estar

hecho en su justa medida. Aquella casa no tenía la suntuosidad de una casa palacio de Sevilla, pero era igualmente hermosa y señorial.

En otro momento, Hernando de Soto los habría recibido en solitario. Dadas las circunstancias, el salón estaba lleno de señores, con Gonzalo de Guzmán y sus hombres a la cabeza, entre ellos Carranza, Cabrera y Agramonte. También se encontraban algunos hombres próximos a Soto: su confesor, su contador y varios de sus capitanes. Fernando se dio cuenta de que esos señores querían verle la cara al hidalgo prepotente que pretendía crear una nueva ruta comercial. Se arrepintió de haber ido y de haberles ofrecido aquel espectáculo. Podría haberse reunido con Soto, que se mostraba ajeno a estas cuestiones, en cualquier otro lugar. Fernando saludó a Guzmán, por ser el dueño de la casa, y, a continuación, hizo una reverencia a don Hernando y a su esposa.

Soto se levantó de la silla en la que estaba y le estrechó la mano. Luego pidió a Fernando que le explicara lo que estaba haciendo en la casona de doña Beatriz. Los vecinos de la villa no dejaban de ver que entraban carros en la hacienda como si fuera el castillo del conde.

—Sucede que he perdonado las deudas que tenían algunos hacenderos a mi padre, señor —le explicó Fernando con seriedad. Vio que todo el mundo guardaba silencio para oírle hablar. Fernando se sintió raro oír su propio acento sevillano, tan distinto al de los hombres de Indias. Muchos de los del séquito de Guzmán lo contemplaban con expresiones que iban de la envidia a la admiración, por sus ropajes, su acento, su apellido o tal vez las tres cosas—. Los vecinos han traído las mercancías, y las hemos almacenado en la casona de doña Beatriz. Junto al señor Beltrán, don Pedro de Becerra, Juan Miranda y el señor Hernández de la Torre. Hemos conformado una compañía de mercaderes.

—Vaya —murmuró Soto.

—La primera carga para vuestra expedición está lista, mi señor.

Soto pareció muy complacido. Se oyeron murmullos en la sala. Doña Isabel de Bobadilla tomó la palabra.

—Imagino que vuestro marido estará de acuerdo con esto, doña Beatriz.

La dama dio un paso al frente e hizo una reverencia antes de hablar.

—Soy la viuda de don Juan de la Torre y de Martín del Castillo, mi señora. Después de tantos años, soy yo la que toma las decisiones en mi hacienda.

—Así es como debe ser —respondió doña Isabel, complacida de sus palabras.

Soto volvió a hablar, sonriente.

—Tan solo queda celebrar esta alianza con los armadores de mi expedición.

Fernando asintió con una reverencia cortesana. Advirtió que varios de los presentes torcían el gesto. Lamentó que aquella corte de víboras funcionara de ese modo, en el que era necesario la desgracia del prójimo para ascender en la escalera social.

La isla de Cuba debía cumplir la función de abastecer la conquista de La Florida, y esa era la única razón por la que Su Majestad había nombrado a Soto gobernador de esa tierra. La Florida era un territorio inmenso, tan difícil de poblar como México, incluso más. Su idea partía por establecerse en La Habana, una pequeña aldea al norte de Cuba con un magnífico puerto natural, y resguardar allí a la flota mientras reunía suministros. Llevaba consigo la nao San Cristóbal, la Magdalena, la Concepción, la Buena Fortuna, la Santa Bárbara y la San Antón, además de otra carabela más pequeña y otros dos bergantines. La hueste ascendía a más de ochocientos cincuenta hombres y mujeres, con pajes, secretarios, criados, esclavos blancos y otros negros del África. Esto requería comprar grano, maíz, aceite, legumbres, artillería, pólvora, arcabuces y caballos. El reto era considerable, el mismo que le esperaba a Alvarado en Guatemala.

La gran flota saldría en pocas semanas hacia el extremo occidental de la isla, hacia la bahía de La Habana, mientras Soto y un puñado de sus capitanes cruzarían a caballo las ciento ochenta leguas que separaban a Santiago de la pequeña aldea. Resultaba, pues, una obviedad que Soto requería de hasta el último vecino, hacendero o encomendero de la sierra para que le vendiera sus suministros y mercancías.

Soto precisaba de aprovisionadores, del mismo modo que Pedro de Becerra, que había hecho un viaje bajo un único propósito, o doña Beatriz, que necesitaba de esa alianza para salir a flote. A Beltrán se le presentaba la posibilidad de posicionarse como un hidalgo de renombre en La Habana. Precisamente fue él quien quiso hablar.

—Don Hernando, me gustaría recibiros en mi casa en el norte —lo invitó—. Gozáis de mi entera hospitalidad, vos y los vuestros —dijo, y se giró a Juana un momento. A la joven no le hizo gracia que Beltrán sacara pecho. El hidalgo volvió la vista a Soto nuevamente—. Además, quisiera ofreceros cincuenta caballos en el norte y algunas cabezas de ganado para vuestra hueste.

Fernando y los de su compañía se sorprendieron. Becerra torció el gesto. No le agradó que Beltrán probara a ganarse el favor de Soto por su cuenta.

—Recibo con alegría vuestra aportación —comentó Soto, y entornó la mirada—. ¿Vos sois el hidalgo que desposará a una dama de la villa?

—Así es —respondió Beltrán, e hizo un gesto a Juana para que se aproximara.

Soto y su esposa hicieron una reverencia.

—Anunciaremos el enlace durante la comida, mi señor —informó Beltrán.

El gobernador le ofreció un gesto en agradecimiento. Juana sintió que se le hundía el estómago. Soto miró a su alrededor. En la sala se mantenía el mismo silencio expectante del principio.

—Y vos, don Fernando, ¿acudiréis a La Habana con nosotros? —quiso saber Soto volviéndose al joven mercader.

—Mis obligaciones me lo impiden, señor —respondió—. Debo regresar a Santo Domingo para reunirme con Pedro de Alvarado.

Se escuchó un murmullo al oír ese nombre.

—Tal vez pueda acompañarnos doña Beatriz —sugirió doña Isabel de Bobadilla con la vista en la dama. Sus palabras fueron una invitación formal. Don Hernando se acercó a ella y le ofreció su mano. Estaba dispuesto a conceder la merced que fuera necesaria con tal de agradar a su esposa.

—Estaremos encantados de que os ocupéis de vuestros negocios en La Habana y que sirváis de compañía a mi señora, doña Beatriz.

La dama, que no se esperaba tal favor, aceptó la gracia con una reverencia.

—Por supuesto, mi señor, será un honor.

Soto la obsequió con un gesto amable y cortesano.

—No se hable más —dijo—. Pasemos a celebrar nuestra alianza y el enlace del señor Beltrán y de su dama, mis queridos señores.

7

Durante los días posteriores al encuentro en la casa del gobernador, Juana tuvo sentimientos enfrentados. Por un lado, le alegró descubrir que Beatriz había recibido una invitación para formar parte del séquito de doña Isabel de Bobadilla y que el hecho de pasar un tiempo alejada de la villa de Santiago daría nuevos aires a su vida. Además, si ella se marchaba a vivir a La Habana con Beltrán, le tranquilizaba el hecho de que Beatriz estaría cerca de ella. La compañía de mercaderes de Fernando había hecho que los acontecimientos de la casa dieran un giro. Beatriz partiría en compañía de Gaspar, su hijo. Pedro de Becerra y su hija María también acudirían a La Habana para estar presentes.

El único que permanecería en Santiago esperando las últimas cargas sería Fernando, junto con el capitán Estrada y Amir.

Todo parecía que iba a mejor, y las cosas tomaban forma. Sin embargo, en contraposición a esta alegría, Juana vivía atormentada, en lo más profundo. Fernando y ella no se dirigieron la palabra esos días. Juana era incapaz de quitarse de la cabeza una frase pronunciada por Antonio Beltrán en el anuncio de su enlace. Una frase hermosa y envenenada, pues ella sabía cuándo había sido escrita. *«Por la gracia de Dios o la suerte de un dulce embrujo, las musas de la fortuna me obsequian con la mano de la más hermosa de sus doncellas. Juana, bella aurora, guardiana de mi corazón, princesa de mis Indias».*

Malditas la aurora y las musas, maldito el embrujo y maldito Fernando de Cardeña. Beatriz, doña Isabel, incluso la joven María de Becerra habían caído dóciles al encanto de aquellas palabras de su pretendiente, que se mostró galante y cortés. ¿Quién podía negar ahora las dotes de Beltrán como custodio del amor? El séquito de principales estalló en aplausos ante su bella proclama, mientras Juana, aún con expresión de asombro, intercambiaba una mirada con aquel intruso que había rasgado el papel con su pluma y su poesía. Beltrán había procurado no decir ni una palabra. Fernando permaneció en silencio y aplaudió como los demás. Entonces desvió la mirada un instante, un solo instante, para descubrir los ojos oscuros de Juana y verse desenmascarado.

«Juana, bella aurora, guardiana de mi corazón, princesa de mis Indias».

La joven no podía quitarse aquella caricia del cuerpo. Lo que Fernando se había negado a confesar lo había tenido que oír en boca de otro hombre.

Cuando la comitiva regresó a la casa, los criados seguían las instrucciones del capitán Estrada y de Amir y acabaron de cargar la nao de Antonio Beltrán. En la villa se festejaba en diferentes casas la marcha de Hernando de Soto al norte y la salida de la flota a la mañana siguiente. La casona de Beatriz no fue para menos. La dama organizó una cena para honrar a la compañía de mercaderes. Aquella fue una noche de despedidas. Todos habían trabajado por el bien común. Santiago volvería a ser la misma villa pequeña de antaño y La Habana se convertiría de la noche a la mañana en el puerto más importante de Cuba.

Esa noche, tras la comida, los hombres de la casa y las damas decidieron dar un paseo por la plaza y por la calle Mayor, con la algarabía del resto de celebraciones en la villa. Antonio Beltrán ofreció el brazo a su prometida y Juana paseó con él bajo la luz de las antorchas y la música proveniente de algún patio. El hidalgo de La Habana se detuvo en la plaza, mientras la comitiva se alejaba a paso lento hacia la calle Mayor.

—Tengo muchos asuntos de los que ocuparme en La Habana antes del enlace —le explicó—. Quisiera que nuestro matrimonio se oficiara en presencia de Hernando de Soto y de doña Isabel, por lo que será mejor para todos que aguardes aquí en Santiago, con tu madre, hasta mi regreso.

Juana abrió mucho los ojos. No le atraía en absoluto la idea de separarse de Beatriz. Además, había aceptado su destino. Pese a los versos de la proclama, para ella valían los hechos. ¿Por qué Fernando había escrito eso? ¿Acaso se reía de ella? Juana había tomado finalmente una decisión, llevada por la confianza que le daba Beltrán y el miedo que le provocaban el hambre y la pérdida de la posibilidad de un porvenir mejor. Eso significaba que prefería someterse e iniciar una nueva vida en el norte, sin sufrir la presencia de Fernando y su desencuentro.

—¿Quieres que espere aquí hasta que hayas solucionado esos asuntos?

—No apreciaría que salieras de la casa de tu madre como una dama sin esposo.

—¡No es la casa de mi madre!

—Entiendes lo que he querido decir.

—Sí, que todos os vais a La Habana y me haces esperar meses como si tu prometida formara parte de la segunda carga de suministros para Soto.

A Beltrán pareció molestarle su comentario.

—¡Quiero que nuestro matrimonio sea ventajoso y sirva para algo! —gritó.

Juana entornó la mirada y guardó silencio.

Beltrán se llevó una mano a la frente e hizo un ademán de disculparse.

—Pretendo ganarme el favor del gobernador y obtener algún cargo o alguna merced —le explicó en un tono más conciliador—. Es por ello por lo que quiero que nuestro enlace sea un acontecimiento memorable esos días en La Habana, algo que el gobernador recuerde antes de su partida a La Florida y que en el futuro nos tenga en cuenta. Ya has visto el efecto que provocaron mis palabras.

No son tuyas, son de Fernando, pensó Juana, que se mordió la lengua. Comprendió los motivos y asintió, resignada. Beltrán le ofreció su brazo nuevamente. La joven se esforzó en recomponerse.

—No serán más de cuatro meses lo que tardaré en volver —dijo Beltrán poco después, con una sonrisa—. Estarás bien con tu madre. Luego ambas vendréis conmigo al norte, después del Año Nuevo.

Juana mostró una cara más amable y se esforzó en sonreír.

—No puedo estar más contenta.

Su pretendiente le devolvió la sonrisa, ajeno al verdadero sentimiento de su prometida.

8

La última noche de doña Beatriz en Santiago, Fernando tuvo unas palabras con ella en privado, en el comedor, y le agradeció su hospitalidad esas semanas con él y con los suyos. La cena había concluido y los invitados se habían marchado a sus alcobas. Tan solo María retiraba platos y viandas de la mesa.

—Me quedaré aquí hasta almacenar la última parte de los suministros, después de la Navidad —le explicó Fernando en voz baja—. Luego volveré a Santo Domingo para reunirme con el señor Alvarado.

Beatriz se mostró de acuerdo. Le habló en un tono mucho más cercano y confidente, tuteándolo.

—Puedes disponer de esta casa como si fuera la tuya, Fernando —le ofreció.

Fernando se lo agradeció.

—Debo pediros un último favor —dijo el joven.

Beatriz entornó la mirada.

—Puedes pedirme lo que sea.

Cuando acabó la conversación, Fernando cruzó el patio bajo la noche estrellada hacia las estancias de los criados. Todos habían regresado de los festejos en la villa y cada uno se había ido a descansar. Vio de lejos al capitán Estrada hablando en susurros con la joven María de Becerra. La muchacha sollozaba en el umbral y él cogía su mano. Fernando no le dijo nada. Se preguntó cuándo había sido la última vez que Diego de Estrada había amado a una mujer. Su expresión era de dolor. Fernando imaginó que para ellos sería una despedida a escondidas.

Tocó a la puerta de la estancia de Amir y el africano, en cuanto le abrió, supo que su señor traía órdenes para él. Ambos se sentaron frente a frente. Antes de hablar, Amir le dejó claro que podía decirle lo que fuera con franqueza.

—Necesito tu ayuda y tu lealtad, amigo —murmuró Fernando.

El joven no pasó por alto la satisfacción de Amir al oír el tono de confidencia con el que lo trataba. Tal era la lista de penurias y de malos señores con los que había tenido que lidiar que bastaba hablar con sinceridad para que Amir respondiera con lealtad.

—¿Qué ocurre? —preguntó, apoyando los brazos en las rodillas.

Fernando le confesó la historia que había tenido su padre con la india Jimena, y que, fruto de ese encuentro, había nacido un niño mestizo de nombre Jerónimo. Le explicó que no podía llevárselo a su madre a Santo Domingo, pues la dudosa «herencia» de su padre resultaba una ofensa para doña Inés. Además, seguían sin estar claros los motivos de su muerte. Fernando tenía un nombre. Carranza. Era un tema delicado que no podía dejar en manos de cualquiera. Requería discreción y fidelidad.

—¿Qué quieres que haga con ellos? —preguntó Amir, finalmente.

—He hablado con doña Beatriz. Enviaré a la india con su hijo a La Habana, a vivir y trabajar en su nueva hacienda, y que sirva como criada de la dama.

—Es una buena idea. ¿Dónde entro yo en todo eso?

Fernando se pasó una mano por el rostro y luego miró a Amir a los ojos. No le hacía ni pizca de gracia darle aquella instrucción.

—Quiero que vayas con ellos.

La sonrisa de Amir desapareció. Fernando supo que no le gustaba la idea de separarse de sus compañeros, y menos del capitán, y pese a que Fernando le había dicho en su día que él siempre podría elegir, lo cierto era que en los asuntos referidos a la lealtad había poca elección. Tras un momento de silencio, el africano asintió.

—Haré lo que me pidas —sostuvo, muy serio—. ¿Qué debo hacer?

—Velar por el muchacho, eso es todo —dijo Fernando—. Deberás permanecer hasta la primavera. El capitán y yo aguardaremos aquí hasta el último suministro y volveremos a Santo Domingo pasado el final del año.

Amir le devolvió un gesto con resignación.

—Hubiese preferido mantenerme con vosotros.

—Lo sé, pero no puedo permitirme otro frente, como un hijo bastardo de mi padre —dijo Fernando—. Necesito a alguien de confianza.

Amir volvió a esbozar una sonrisa, y aquel gesto tranquilizó a Fernando.

—¿Cuándo piensas cruzar el océano de vuelta? —quiso saber el africano.

—No lo sé, Amir —reconoció Fernando—. Tengo muchos negocios de los que ocuparme antes de pensar en el regreso a Sevilla. Le escribiré las instrucciones a doña Beatriz. No estarás obligado a trabajar para ella, pero le vendrá bien tu consejo.

Amir le estrechó la mano y Fernando le dio un abrazo.

Tras separarse, se quedaron un instante en silencio, y Fernando frunció el ceño.

—Una cosa más —murmuró, vacilante.

Amir aguzó el oído.

—A final de año, acudirá Juana a La Habana en compañía del señor Beltrán —musitó Fernando e hizo una pausa dubitativa—. Es una dama a la que le tengo mucho aprecio. Cuida de ella en mi nombre.

Amir asintió lentamente, sin juzgar los motivos.

—Así haré —respondió en un susurro.

9

Al día siguiente la villa entera salió a la calle para despedir con algarabía a Hernando de Soto y a su columna de hombres, que se marchaban a pie al norte. Por otro lado, la flota de navíos también se echaba a la mar, llevando consigo a las mujeres, los marineros y las provisiones. Fernando deseó buen viaje a Soto en la plaza. Luego acudió al puerto, en compañía del capitán Estrada, a decir adiós a la gente de la casa.

Pedro de Becerra lo abrazó con efusividad.

—Pasaré estos meses en La Habana, Cardeña —anunció, y miró al capitán—. Volveré a por vosotros para marcharnos a Santo Domingo.

—Vaya con Dios, don Pedro —lo despidió Fernando, sonriente. Luego Becerra se fundió en otro abrazo con el capitán Estrada.

Beltrán se acercó a Fernando y estrechó su mano.

—Gracias por su ayuda —le dijo—. Le debo un favor. Por favor, cuide de mi prometida. Sé que es usted un hombre de honor.

Fernando le devolvió un gesto de cortesía, sin saber qué decir. Agradeció que justo en ese momento doña Beatriz se acercara y le tendiera sus manos. El joven la obsequió con una reverencia. Fernando comprendía la oportunidad que se abría ante ella. Le había caído en gracia a doña Isabel de Bobadilla, por los motivos que fueran, y la esposa del gobernador quería tenerla en su séquito más próximo. Fernando imaginó que una vez Hernando de Soto cruzara a La Florida, doña Isabel iba a necesitar de gente honesta en la que confiar y a rodearse de un círculo capaz de aconsejarla con inteligencia. Era lógico contar con alguien como doña Beatriz, una mujer que llevaba tanto tiempo en Indias y que conocía de sobra la idiosincrasia de esa tierra.

El semblante de Beatriz se ensombreció.

—Debes tener cuidado, Fernando —murmuró con cautela—. Mañana mismo esta villa volverá a ser un lugar silencioso. He sabido que Soto ha concedido a Gonzalo de Guzmán como regidor y le ha ofrecido mantener la

misma casa de gobernación. Soto no ha querido mancharse las manos, ni ha buscado enfrentamientos con nadie, por lo que ha dejado vía libre a Guzmán para que mantenga su influencia en la villa.

—Entiendo lo que decís.

La dama negó con la cabeza.

—Tal vez lo comprendas, pero no conoces a esa gente —musitó—. Guzmán y los suyos llevan todos estos meses silenciados por Soto. No buscaban otra cosa más que ganarse su favor. Que los ratificara en los cargos de poder. Ahora que Soto se marcha, volverá su tiranía y ajustarán cuentas con sus enemigos.

—Gracias por vuestro consejo.

La dama se detuvo a observarlo durante un instante, y Fernando percibió un brillo de nostalgia en su mirada.

Ella cogió su mano y lo obsequió con una caricia.

—Cuídate, Fernando. Por lo que más quieras.

Con estas palabras de Beatriz se despidieron. Fernando vio a Juana despedirse de Antonio Beltrán con un beso en la mejilla. A su lado, el capitán Estrada estaba junto a Amir.

—Ve con Dios o con tus dioses; lo mismo da, africano —le dijo con afecto.

—Volveremos a vernos pronto, mi capitán.

Estrada y Amir se estrecharon las manos, como dos fieles amigos.

Fernando se acercó al guineano y le dio un abrazo.

—Gracias, Amir —murmuró.

—Gracias a ti, señor —reconoció Amir—. Por todo lo que has hecho por mí.

—Nos veremos más pronto que tarde —soltó Estrada sonriente cuando Amir ya cruzaba el puente de la tolda.

El capitán no dijo nada más. Hizo un gesto con la mano. Aunque Fernando quisiera mostrarse optimista, lo cierto era que lo acosaban las mismas dudas que a Estrada. Amir se había transformado en un amigo, y su ausencia se notaría. Ninguno de ellos fue consciente, en ese momento, de que habrían de pasar muchos años antes de que sus caminos se cruzaran nuevamente.

10

La casona, al igual que la villa, se vació. La señora María se ocupó, con ayuda

de su hija, de mantener la casa y el huerto. Juana también volvió a ayudar en el mesón de Antón. Pese a que doña Beatriz y Antonio Beltrán habían dejado la casa bien abastecida y ya no había tanta necesidad, la joven prefería mantener sus días ocupados. Además, sin Beatriz en la casa, su madre le prohibió comer con los señores —Fernando y el capitán— y pasar tiempo en su compañía. Tampoco había necesidad de que su madre se lo dijera; Juana prefería mantenerse al margen, aún dolida por lo que había sucedido.

Fernando, por su parte, tornó esos días a practicar con el acero. Diego de Estrada desempolvó las roperas, y ambos se empeñaron en retomar las lecciones y dominar la espada. El joven agradeció la soledad de la casa y el regreso a la tranquilidad. Hacía mucho calor, y en ciertas ocasiones tomaba las lecciones en camisa o simplemente con el torso desnudo. Una mañana de esas, una especialmente calurosa, Fernando retornó a la guardia, con la ropera en alto frente a su instructor, cuando descubrió que Juana los contemplaba oculta tras la celosía del comedor. El joven disimuló. Le hubiese gustado haber podido explicarle su situación y decirle que, en el fondo, extrañaba sus encuentros. Sin embargo, noche tras noche, cuando sus pensamientos no estaban en calcular gastos de abastecimiento, se preguntaba si había hecho lo correcto. ¿Qué otra cosa podía hacer? Las cosas parecían claras, y ambos estaban abocados a separar sus caminos.

Fernando tuvo la idea de acercar posturas y probó a invitar al mesonero Antón y a su esposa a la cena. Como se trataba de algo informal, la señora María no vio motivos para rechazar la invitación y aceptó comer en la misma mesa, junto con su hija. Juana se presentó hermosa aquella noche, vestida con un simple sayo de uso diario. Aquella velada todos rieron con las historias del mesonero. Estrada se encargó de hacer la velada más amena con sus chanzas, y la señora María acabó por cogerle cariño al capitán. Fernando necesitaba compartir la mesa con más gente, y sobre todo anhelaba poder hablar con Juana. No dejaba de pensar en ella, y una parte de él esperaba por las noches a que ella llamara a su puerta. Cuando la cena terminó, Fernando y Juana acompañaron al mesonero y a su esposa al portón. Tras la despedida, Fernando echó el cerrojo.

—Ha estado bien —murmuró.

Juana asintió, sin mucho entusiasmo.

—Nunca esta casa había estado tan vacía —le confesó.

Fernando anduvo unos pasos junto a la joven. Era la primera vez que hablaban a solas en muchos días.

—Tal vez podamos pasar estas semanas en algo más de compañía.

Juana frunció el ceño y luego negó con la cabeza.

—Supongo que tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Pues que no estaban bien. Nuestros encuentros.

Fernando no supo qué responder.

—Es mejor así —dijo ella finalmente, justo antes de llegar al umbral.

Juana se despidió del joven con un gesto frío como el acero y se alejó hacia su estancia. Fernando regresó a la oscuridad de su alcoba, con amargura. Se preguntó por qué Juana seguía con aquella actitud, en una postura que era dolorosa para ambos. Había establecido una distancia insalvable. ¿Por qué lo culpaba de lo que era evidente? ¿Por qué era incapaz de concederle una tregua?

La estancia estaba en completa oscuridad. Fernando llamó a la señora María para que le alcanzara un candil con el que encender la lámpara de aceite. Instantes después, la criada fue a la estancia con la luz en las manos, y de pronto, dejó escapar una voz de espanto.

—¡Dios mío!

Frente a ellos, sobre la escribanía, había un gallo muerto. El ave tenía un cuchillo atravesado en el cuello que se mantenía erguido, con la punta hundida en los documentos de Fernando y en la madera. La sangre fresca aún goteaba de la mesa a la silla y al suelo. Fernando fue hacia la ventana y comprobó que estaba abierta.

Rápidamente, Juana y el capitán Estrada aparecieron tras el grito de María y se quedaron de piedra al ver la sangre y al animal en aquel estado. Sin tiempo para pensar, Diego de Estrada salió a toda prisa al patio y fue al muro a comprobar por dónde podría haberse colado el intruso. Fernando se acercó lentamente al gallo sin vida y le sacó el cuchillo del cuello. La sangre se derramó por la mesa. María se retiró de la estancia en busca de utensilios para limpiar la alcoba. En ese momento, Juana dio unos pasos hacia Fernando.

—Es un mensaje —dijo ella, en tono confidente.

El joven asintió con seriedad, sin apartar la mirada del gallo.

—Sé lo que significa.

Diego de Estrada volvió del patio y fue hacia la ventana de Fernando. Portaba la espada desenvainada.

—Alguien ha saltado el muro por el lado que da a la callejuela.

En ese momento, regresó María para retirar al gallo y limpiar la mesa. Se llevó una mano a la boca, para ahogar una mueca.

—Este mensaje va dirigido a mí —dijo Fernando.

María lo miró a los ojos, como si lo conociera de mucho tiempo.

—¿Y quién dice que no seremos nosotras el próximo mensaje?

Estrada frunció el ceño. Fernando, que no supo responder a la señora, se dio cuenta de que la villa sin Hernando de Soto había dejado de ser un sitio seguro. Juana lo miró con preocupación, y por primera vez en esos días ambos parecieron bajar la guardia. De pronto, su conflicto se había esfumado, y se vieron frente a algo mucho más grande. La vida de todos en esa casa corría peligro. Fernando contempló la sangre derramada sobre su escribanía. Sin Soto ni más ley que la de Guzmán, los enemigos de su padre, finalmente, irían a por él.

VIII

El guardián de Ixchel

1

Fernando contempló la ciudad abandonada en mitad de la selva. El musgo y la hierba trataban de devorar la piedra y las columnas caídas de sus ruinas. Vio figuras extrañas labradas en los muros, estatuas de seres extraños, relieves en estucos que parecían fijar su mirada, a punto de devorarlo. Un rayo de luz que traspasó las copas de los árboles lo iluminó.

—*Guardián* —lo llamó una voz de pronto.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Dónde estoy?

La figura frente a él dio un paso hacia delante. La luz lo cegó por completo, y no pudo distinguir su rostro.

—*Has de seguir el camino de tu padre*.

A Fernando le molestó aquello, como si no hubiera hecho nada hasta entonces para descubrir la verdad.

—Por culpa de eso ahora me persiguen todos sus enemigos.

Hizo un esfuerzo por dar un giro a esa parte para ver a quién tenía delante, pero la figura se desplazó y subió a unas rocas.

—*El camino de Hunahpú* —murmuró la voz.

Fernando distinguió que se movía sobre unos muros. El joven dio un rodeo por la ciudad en ruinas y apareció por una plaza. Todo estaba cubierto de vegetación y de sombras. Podía oír el estridente ruido de los pájaros y de los insectos. Advirtió que se trataba de una mujer. Iba con un faldón y unas hombreras. Su cabello era largo y liso. De pronto, ella giró el rostro y Fernando la reconoció.

Llevaba tanto tiempo sin verla que su belleza lo cautivó.

—Ixchel —musitó.

Ella lo contempló desde lo alto de un muro de piedra con la majestuosidad de una reina. La india lo miró con sus ojos negros y brillantes. Un halo misterioso pareció envolverla, y su sombra se cernió sobre el joven.

—*Has venido a acabar con los impostores que dicen ser los hijos de Itzamná y a salvar*

al pueblo de Ixchebel Yax de la destrucción. Antes de eso, deberás encontrar al guía.

Fernando entornó la mirada sin comprender nada en absoluto.

La india cruzó los arcos de roca una vez más y regresó al otro lado. Fernando saltó de piedra en piedra y retornó al primer vestíbulo de las ruinas, iluminado por el sol. Oyó la voz más alejada y se guio por ella.

—*Encuentra al hombre que bajó al Xibalbá* —dijo Ixchel—. *Él te ayudará.*

Fernando se cubrió del sol con la mano y pudo ver a la india, que lo observaba desde arriba. Echó la vista alrededor. Percibió el aullido de las bestias en la espesura. Aquella ciudad perdida y abandonada estaba en mitad de la selva.

—¿Cómo sabré quién es ese hombre?

La india comenzó a alejarse, y Fernando supo que ya no podía seguirla hacia donde se dirigía. El joven repitió la pregunta e Ixchel se volvió a él por última vez antes de desvanecerse en un haz de luz. Fernando abrió los ojos y despertó.

2

Un sol de justicia se esparcía sobre la arcilla del patio. Diego de Estrada pasó la mañana afilando las roperas y sacando brillo a las armas y armaduras. Cuando Fernando apareció, le entregó su hoja lista para el combate. El joven tuvo el recuerdo de algunas de las lecciones del capitán en la casa de Sevilla, cuando Estrada se hallaba en el peor momento de su vida, perdido como un hombre sin motivos para seguir adelante. Esa mañana vio frente a él a un capitán de compañía rejuvenecido que en nada se parecía al hombre que recordaba.

—Vamos a despertar los sentidos —murmuró Estrada—. Hay que estar preparados para lo que pueda venir. Venga, frase de armas.

Ambos alzaron sus roperas en una guardia alta, frente a frente, y agregaron sus hojas hasta oírlas chirriar. Fernando conocía tanto al capitán que sabía que este combatía cada vez de un modo distinto. A diferencia de él, que siempre marcaba el mismo sentimiento del acero, firme y decidido. Estrada era lo que se conocía como un diestro vulgar, un oportunista de la espada, un superviviente que intentaría cualquier treta con tal de ganar un duelo.

Aquella mañana, Estrada sostuvo la espada de forma débil y dubitativa.

Fernando abrió el duelo. Probó suerte con una argucia, pero el capitán contraatacó más rápido que un felino y su movimiento se volvió de pronto

rígido y veloz. Estrada trató de desarmarlo con varias celadas y Fernando se movió varios compases hacia un costado para no caer en su ardid. Su defensa era intuitiva, fruto de años de Destreza Verdadera. Instantes después, volvieron a la guardia.

—Eso es —dijo Estrada, y bajó el arma.

Esta vez, Fernando mantuvo la guardia alta. Ese gesto hizo que el capitán se sonriera. Su pupilo había aprendido a no confiarse.

—Muy bien, Cardeña —dijo.

Fernando lanzó una estocada sin esperar, el duelo no había acabado, y Estrada la esquivó con tres compases oblicuos y tres toques de una hoja contra la otra. Luego se lanzó al ataque y Fernando se defendió con maestría. Ambos iniciaron a continuación una serie de trazos vertiginosos en el aire que llenaron el patio de acero y agitación. Estuvieron así hasta el mediodía.

En el último de los duelos —todos ellos igualados—, Fernando atacó y pasó de la defensa al ataque con más fluidez que en otras ocasiones. Por primera vez, el capitán se veía superado de esa manera. El joven tenía un espléndido dominio de la geometría del duelo, sus compases eran los correctos, sus argucias y el control de la ropera eran las de un maestro. Sin embargo, desarmar a un hombre como Diego de Estrada no era cosa sencilla. Fernando volvió a cambiar de defensa a ataque y se lanzó hacia él como una exhalación. El capitán retrocedió, y se oyó el crujir de la arcilla. Fernando mostraba una expresión tranquila, sin dejarse dominar por impulsos que le restaran concentración. Entonces Estrada probó una artimaña. Enganchó su hoja a la de él, con la argucia del desarme, pero esta vez desvió el duelo de las espadas hacia un costado. En ese momento y con el cuerpo de Fernando expuesto, hizo un movimiento imprevisto. Lanzó a Fernando una patada en su pierna de apoyo y el joven se fue de bruces al suelo. El capitán giró sobre sí mismo para evitar caer. Fernando rodó, y, cuando trató de incorporarse, vio la punta de la hoja de su oponente servida frente a él.

—Mierda —masculló.

Estrada apartó la espada y le ofreció su mano para levantarlo.

—Has salido bien —reconoció el joven, resignado.

Tardaron unos instantes en recuperar el aliento. Lo había hecho todo correcto. Si ambos hubiesen seguido la costumbre y el buen hacer de dos hombres de honor, no habría habido dudas de quién era el vencedor. Pero la vida era algo más compleja, y no siempre el enemigo era un sujeto de principios nobles.

—Fernando, en un duelo no puedes llevar el honor hasta el extremo —

dijo el capitán con seriedad—. Debes aprender algunas salidas que te ayuden frente a oponentes que no aprecian la vida.

Fernando, que desde siempre había estado en desacuerdo con aquello, se dio cuenta de que su amigo tenía parte de razón.

—No hay deshonra en tratar de salvar la vida frente a un malhechor —sostuvo Estrada como si le hubiera leído el pensamiento. Fernando asintió en silencio, como si aquella lección fuera la última lámina del libro de la destreza.

3

La villa se había vuelto un sitio peligroso. Tras la partida de Hernando de Soto con toda su gente, Gonzalo de Guzmán ocupó su cargo como regidor perpetuo de la villa y sus lacayos regresaron a lamerle las botas y a comer las migajas que dejaba el anciano tirano en su mesa. Santiago de Cuba permanecía bajo un extraño silencio. Juana estaba preocupada. Debía aguardar a que Beltrán fuera a por ella, y, mientras, Fernando y Estrada recibirían las últimas cargas de los encomenderos para luego enviarlas a La Habana. Además, Fernando confiaba en recibir noticias sobre el pago de Soto a su compañía. Sin embargo y como era de esperar, en los días que siguieron a la marcha de Soto la llegada de mercancías se detuvo, y ninguno de los hacenderos se atrevió a poner un pie en la casona de doña Beatriz.

Juana había pasado unas semanas sin pensar en Beltrán ni en el devenir de su futuro. La amenaza a Fernando los había reconciliado, y en la casa volvieron a compartir momentos y compañía. Recordar una vez más a Beltrán le creaba un nudo en el estómago, pero sabía que no pasaría mucho tiempo más antes de que el hidalgo de La Habana retornara a Santiago y se la llevara al norte.

Fernando había decidido visitar a todos los encomenderos, comerciantes y hacenderos de la sierra. Lo hizo a caballo y en compañía del capitán Estrada, con una mula cargada con dos barriles de vino bueno y objetos personales de mucho valor en Indias —anillos, papeles, plumas, cuchillos, ropajes, cueras, jubones, camisas, calzas, botas, sombreros— que utilizó para agasajar y sobornar a esos señores. Fernando cedió casi todos sus enseres, aunque nada de eso tuviera un efecto positivo. A Juana le conmovía el ímpetu que ponía para realizar las cosas, y se preguntó qué era lo que lo movía, porque su fin no aparentaba ser el acumular riquezas. Pese a todo, un veto mayor parecía ser la causa de que esos hombres no quisieran arriesgar sus vidas por una alianza con él. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué razón, de la noche a la mañana, los

vecinos habían decidido ignorar a Fernando y a su compañía?

Estas mismas preguntas se las hizo Juana a Antón, a quien también le relató el mensaje que habían encontrado en su alcoba, la misma noche en la que él había ido a cenar a la casona. El gallo muerto, el cuchillo, la sangre esparcida en la estancia. El mesonero se mantuvo en silencio. Era la última hora del crepúsculo y en la taberna únicamente bebían en la sala uno o dos vecinos en solitario.

—Su padre fue un estorbo para los principales —murmuró Antón tras escucharla—. No sé cómo será él ni lo que se propone.

—Él es un señor de los pies a la cabeza —le confesó la chica—. No vacila a la hora de cumplir con sus obligaciones, y además…

Se hizo un silencio y la chica se encogió de hombros.

—¿Y además? —preguntó Antón con las cejas en alto. Juana negó con la cabeza y frunció el ceño. El viejo mesonero era lo más cercano a un abuelo para ella—. Creo que deberías tener cuidado. Tu futuro parece bastante encaminado, Juana.

Ella guardó silencio unos instantes.

—Solo digo que es un buen hombre, ya lo has visto —reconoció la joven —. Incluso los criados que lo acompañan han procurado no mirarme de esa manera extraña en la que suelen hacerlo los sujetos que pasan por aquí. Nunca había conocido a un señor que no perdiera la vista en…, ya sabes.

—Sí, es un cortesano —dijo Antón.

Juana no estaba segura de lo que significaba, pero asintió.

—Está comprometido con su causa y es fiel a la promesa que ha hecho a su familia. No creía que pudiera haber gente así.

Antón miró a la joven a los ojos.

—El joven Cardeña me trae recuerdos lejanos, de cuando esta villa tenía sus primeras casas y todo estaba por hacer. De aquellos días en los que Velázquez envió a su sobrino al Yucatán y se vivió en la villa el asunto de la hija del notario, de Juan Hernández. Días añejos.

Juana no sabía a qué se refería.

—¿Qué asunto? ¿Quién era la hija del notario?

El mesonero hizo un gesto para ponerse en pie.

—Es mejor no levantar lápidas ni remover a los muertos, Juana.

Antón volvió la vista a la puerta, con aire pensativo, y se mantuvo sin decir nada durante unos momentos.

—Solo se me ocurre una sola persona capaz de enviar un mensaje como aquel al joven Fernando —dijo finalmente.

—¿Guzmán? —se precipitó Juana en un susurro. Antón negó con la cabeza.

—Tal vez fuera esa su intención, pero tiene a otros hombres que luchan por ganarse su favor dispuestos a hacer algo así —murmuró.

Juana clavó sus ojos negros en el mesonero. Sabía que no quería soltar prenda, tal vez por protegerla.

—Sé que sabes más de lo que cuentas. Te lo ruego.

Antón vaciló. Era evidente que no quería poner en riesgo a la muchacha.

Poco después, con la luna en lo alto, Juana regresó a la casona. Cruzó el huerto y fue hasta la casa de Hernán Jémez, que era donde dormía esos días con su madre. La avisó como siempre de que había llegado a salvo y fue hasta su estancia a descansar. Desde su ventana distinguió la casona y la ventana de Fernando, iluminada con la tenue luz de un candil, y se detuvo a pensar en él. Sintió que lo odiaba y lo amaba a partes iguales. Pronto se marcharía de allí, al igual que ella, y ya no volverían a verse. O tal vez sí, pero bajo otras circunstancias. Ya nada sería lo mismo. La joven decidió entonces escabullirse de su madre; apagó el candil y salió por la ventana hacia el huerto. Cruzó las plantaciones hasta la casona y entró con sigilo. En aquel lado únicamente dormía el capitán Estrada en una de las alcobas de los criados y, en la estancia de invitados, Fernando. La joven fue hasta allí, como había hecho en otras ocasiones, y se detuvo frente a la puerta. Juana se había jurado no volver a llamar a su alcoba, pero pensar en que Fernando y Estrada pronto se irían la empujaba a vivir aquello como un inocente pecado. Cerró los ojos y llamó a la puerta.

Un instante después, Fernando la abrió. Ambos se miraron.

—¿Has cambiado de opinión?

—Solo sé que te irás y que te olvidarás de nosotros.

Fernando esbozó una media sonrisa y la invitó a pasar. Juana se sentó en la escribanía. El joven había comenzado una nueva carta de relación para su tío en Sevilla. Fernando abrió la ventana y se apoyó de espaldas, para que le diera el aire fresco de la noche.

—Hay algo que deberías saber —dijo Juana. Fernando entornó la mirada, con los brazos cruzados, atento a las palabras de la joven.

—¿Has hablado con Antón?

La chica asintió.

—Para él no hay dudas de quién ha enviado ese mensaje —murmuró.

—¿Guzmán? —Fernando intuía que el viejo gobernador sabía quién era él, que había disimulado al conocerlo y que, una vez se había marchado

Hernando de Soto, había decidido vetarlo en la villa, prohibiendo a todos los hacenderos y vecinos abastecerlo de provisiones.

Juana negó con la cabeza.

—Uno de sus hombres —sostuvo—. Carranza.

—Lo mismo dijo la india Jimena.

—Es uno de sus allegados.

—Sé quién es.

Fernando se pasó una mano por el rostro. Aquellos hombres de poca monta trataban de intimidarlo, pero ninguno de ellos lo conocía ni sabía de lo que era capaz. Muchas cosas estaban en juego para él. Una ruta de comercio, el pilar del negocio de su familia, la casa palacio de Sevilla.

La chica se le quedó mirando, como si le hubiese leído el pensamiento.

—Fernando, no te juegues la vida. No vale la pena.

El joven negó con la cabeza.

—He aprendido que hay veces en las que no tenemos elección —dijo él, con pesar—. En ciertas ocasiones, debemos hacer simplemente lo que se espera de nosotros.

Juana comprendió que no solo se refería a Carranza. El joven desvió la vista hacia la ventana, y la chica pudo admirar el brillo de sus ojos claros. Quiso abrazarlo, pero se contuvo. Se dio cuenta de que tenía razón: a veces la vida trazaba caminos sin alternativa. Ambos eran precisamente eso, víctimas de su destino.

4

Los días siguientes transcurrieron bajo la incertidumbre. La joven se escabullía de la casa del final del cortijo y aparecía a hurtadillas para hablar con Fernando. Él le contaba cosas de Sevilla, de su ciudad, de las fiestas, la Semana Santa, de cómo era el puerto de Indias, cómo se preparaban las flotas que salían al Nuevo Mundo, y Juana le preguntaba sobre otros reinos. Fernando le enseñó con un dibujo sobre un papel dónde se hallaban Castilla, Aragón, Francia, Inglaterra, el Sacro Imperio, Roma o Venecia. Juana estaba sedienta de historias, de lugares y de conocimiento, y ambos estaban felices de volver a compartir noches escondidos, hablando en susurros.

Una noche, Fernando cenó en compañía de Estrada y se retiró a descansar. Se detuvo frente a las escaleras que conducían a la habitación de doña Beatriz, en la altura superior. Se había acostumbrado ya a la soledad y al silencio de la casona. Subió con sigilo y descubrió la puerta entreabierta. Juana

estaba de rodillas, frente al gran arcón de la señora.

—Es la segunda vez que te descubro así.

La chica esbozó una sonrisa cansada.

—Solo estaba poniendo unas cosas en su sitio.

Fernando se sentó junto a ella, sobre el suelo de madera. Entonces el joven desvió la mirada hacia el arcón y sus ojos brillaron. Estiró la mano para extraer una pequeña caja de madera. Su expresión cambió al ver la inscripción en el cofre.

«Guardián de Ixchel».

—¿Qué es eso? —preguntó.

Juana se encogió de hombros. Tiró del candado para abrir el cofre, sin éxito.

—Creo que Beatriz guardaba una llave por aquí —comentó la chica, que se puso en pie y fue a la escribanía.

—¿Quién ha escrito esto?

—Beatriz —dijo Juana mientras rebuscaba en las cosas de su señora—. Dentro hay un almanaque. Un libro de los indios. ¡Ay, aquí está!

Fernando llevó el cofre a la mesa y Juana colocó la llave en la cerradura. El cofre crujió y el viejo candado se abrió. Fernando no había olvidado aquel nombre. Ixchel. Se preguntó si esa inscripción haría referencia a la misma india de sus sueños. Dentro, Juana descubrió un libro envuelto en piel de animal. Al levantarlo, cayó al suelo un viejo colgante de madera.

Fernando se llenó de asombro, como si esa baratija fuera una pieza de oro. Se trataba de una pequeña talla de madera. La talla de madera, con forma de mujer, era similar a la del vaso de cerámica que le había comprado su tío Rodrigo aquella vez cerca de la puerta del Arenal, en Sevilla. Fernando estaba seguro de que era la misma figura. Tenía una cuerda de cuero anudada en la cintura.

—¿Quién es? —Juana cogió el colgante. La india estaba sentada sobre sus piernas, con los pechos al descubierto y una gran serpiente sobre su cabeza.

—Ixchel —musitó Fernando tratando de recordar las palabras de su sueño. A continuación, Juana abrió el libro, una lámina larga, plegada una docena de veces, llena de figuras coloridas y extraños jeroglíficos. Fernando se maravilló con los detalles. Hizo un esfuerzo por recordar esa palabra extraña que se le escapaba. Era una lengua hermosa, pero plagada de sonidos palatales y difíciles de pronunciar. En su sueño, Ixchel le encomendaba buscar al hombre que había bajado al…

Xibalbá.

—Es asombroso —reconoció él mientras acariciaba la lámina áspera.

Juana alzó la mirada.

—Ven —le pidió tras un momento—, te enseñaré algo.

—Espera, ¿dónde vas?

Fernando la siguió escaleras abajo, y ambos salieron de la casona a la oscuridad del patio y de la noche cerrada. Cruzaron el huerto con un farolillo en las manos. Frente a un muro derruido se apilaban las jaulas que utilizaban para vender a las gallinas en el mercado. Juana le entregó el candil al joven. Luego apartó dos o tres cestas y se subió al muro con agilidad. Volvió a coger la luz desde arriba y le hizo un gesto.

—Sígueme —dijo ella.

Fernando subió de un salto. Se sorprendió con lo que vieron sus ojos.

—No creía que pudiera distinguirse el mar desde aquí —dijo con la mirada puesta en la bahía de Santiago. Desde aquel mirador escondido se apreciaba alguno de los farolillos de las embarcaciones. Fernando se imaginó que en un día claro divisarían toda la ensenada y el mar. Anduvieron unos pasos sobre la ladera empinada y Juana se detuvo frente a una higuera. La joven señaló una vieja cruz clavada en las raíces. Sobre el madero podía leerse una inscripción.

«Guardián de Ixchel».

—Aquí descansan los restos del primer esposo de Beatriz —susurró Juana, y se giró hacia Fernando—. Su nombre era Martín del Castillo. Dicen que era un muchacho valiente. El libro y la figura fueron parte del botín de su campaña.

—¿Quién era él? —quiso saber Fernando, que se acercó lentamente y acarició con la yema de los dedos los signos de la cruz.

—Un capitán de Pedro de Alvarado —aseguró la chica—. Era el heredero del señor de esta casa, Diego de Sánchez. Martín era su sobrino. Acudió a la expedición que descubrió el Yucatán. —Juana se detuvo un instante—. Martín del Castillo cruzó la selva en compañía de mi padre.

—¿Fue con Portocarrero?

—Así es.

Ambos tomaron asiento en el mirador de la higuera, muy cerca el uno del otro. Fernando escuchó con atención el relato de Juana acerca de la expedición de Juan de Grijalva, en la que habían participado Alvarado, Martín y Portocarrero. Juana conocía muy bien esa historia, y el joven notó que la

chica se sentía orgullosa de contarle algo que él desconocía. Cuando Juana acabó, ambos se quedaron en silencio con la vista en la bahía.

—Pues han pasado veinte años de eso —murmuró Fernando.

—Así es —sostuvo Juana—. Y nunca he dejado de preguntarme qué fue de mi padre.

—Te prometo que hablaré con Alvarado —dijo Fernando. Vio que Juana se encogía de hombros sin demasiadas esperanzas. No soportaba ver que a ella se le iba el brillo de sus ojos—. Y te prometo que no me olvidaré de vosotros. Tienes mi palabra.

Juana esbozó una sonrisa apagada.

—Te olvidarás de nosotros y de mí, Fernando. Es la verdad. Tal vez te vayas a Guatemala y luego a Sevilla, y tendrás estos días en Cuba como un bonito recuerdo perdido en el tiempo. Nada más.

—Sabes que no podría hacer eso —murmuró él, molesto.

—Hay veces que no tenemos elección. Tú mismo lo has dicho —sostuvo ella, clavando la mirada en los ojos de Fernando. Una brisa fresca los envolvió, y la chica se arrimó un poco a él.

Juana estaba especialmente hermosa esa noche. Su melena enmarcaba unos ojos tan expresivos como hipnóticos, unos ojos de los que Fernando era incapaz de huir. Sin pensarlo, se acercó a su boca y la besó. Juana respondió a su beso con el mismo deseo, sin apartarse. El sabor dulce de sus labios le hizo recordar los versos que él había escrito y que tan poco esfuerzo le habían llevado. *«Juana, bella aurora»*. Fernando vaciló un instante, como si durante un momento tomara conciencia de lo que estaba sucediendo. Ambos se separaron y se miraron. Entonces fue Juana la que volvió a probar sus labios. Abrió más la boca para descubrirlo de verdad, entregada, y lo obsequió con su aliento más íntimo y el candor de su lengua húmeda. La chica pegó su cuerpo al suyo y Fernando se dejó arrastrar con delirio a través de ese deseo que ambos llevaban guardando tanto tiempo, sin importar que aquel acto ponía en juego la honra y la lealtad de sus más allegados.

5

Ambos volvieron con sigilo a la estancia de Fernando. Juana cerró la puerta con llave. Luego se besaron como si hubiesen enloquecido, sobre el lecho. Fernando actuó, por primera vez en su vida, sin pensar en las consecuencias. Habían sido tantas las noches en las que había fantaseado con besarla, con hacerla suya, que apenas podía creer que eso estaba sucediendo de verdad. Se

quitó el jubón. A continuación se liberó de su camisa. Juana pasó la mano por su torso mientras borraba la sonrisa. Al joven aquella expresión le provocó, y persiguió su boca carnosa hasta volver a besarla. Juana trató de levantarse el sayo. Fernando la ayudó. La chica pasó la prenda por encima de sus hombros, sus brazos y su cabeza. Llevaba una simple alcandora traslúcida por debajo que no tardó en quitarse.

Juana desprendía carnalidad y sensualidad bajo aquella belleza extremeña. A Fernando le impresionó el tamaño de sus senos, que eran grandes y turgentes. El vientre de Juana tenía una ligera curva. Sus caderas tenían la anchura perfecta para él. Ella lo abrazó con premura y ambos sintieron la piel cálida de otra persona por vez primera. Fernando besó sus mejillas y luego bajó por su cuello. Su cabello se había convertido en una melena revuelta. Notó que su miembro se tornaba rígido. Juana se percató de ello. Volvió a besarlo. Poco a poco, con su ayuda, lo desnudó. Juana se sentó sobre sus piernas, frente a él, y Fernando tomó el rostro de Juana con ambas manos, frente a ella. La besó con intensidad. Juana sostuvo su miembro con las manos y lo acarició. Ella nunca había hecho nada parecido en su vida. Aquellos movimientos le salían por pura intuición. Fernando sentía que iba a estallar de placer. Deslizó su boca por el cuello de la chica hasta sus pechos. Luego los apretó con las palmas de las manos y besó su piel suave y rosada. Juana cerró los ojos de puro deleite.

Fernando alzó la mirada para verle la cara. Ella le ofreció un gesto lleno de agitación. Sudaba, con las mejillas coloradas. El joven se tumbó sobre ella y comenzó a besarla de arriba abajo hasta alcanzar su vientre. Fernando no paraba de percibir una palpitación abajo, una suerte de estremecimiento y de calor. Volvió a apretar sus senos y a rodearle la cintura con sus manos, mientras su boca dejaba a su paso un reguero de caricias. Juana tembló de gozo. La chica acarició su cabeza y lo condujo hasta su entrepierna. Fernando rozó el vello que crecía allí. Nunca había visto nada igual. Pasó la yema de sus dedos por encima. Le resultó el sitio más placentero del mundo. Advirtió que estaba húmedo y caliente. Arrebatado, Fernando besó sus muslos y probó con suavidad los pliegues de su sexo con la boca. Juana emitió un gemido que fue una mezcla de placer y de asombro. Fernando volvió a besarla y a mordisquearla, mientras la joven hundía la mano en su cabello y cerraba la mano en un puño. Fernando nunca se había imaginado que el cuerpo de una mujer sería así. Sus pliegues eran una invitación al deseo, a la locura.

Se sentaron frente a frente una vez más. Juana se incorporó, encendida y arrebatada, y le mordió el pecho. La joven parecía otra ahora, desnuda, salvaje

y violenta. Se tumbó frente a él con las piernas separadas. Sin saber cómo, Fernando intuyó lo que debía hacer. Un impulso natural lo obligó a darse prisa. Se recostó encima y, con menos torpeza de la que había imaginado, entró en ella sin obstáculos. Juana dejó escapar una voz agitada.

—Fernando, hazme tuya —le dijo.

Ambos se sintieron como si se les hubiera cortado la respiración. Sintieron un calor intenso. Acto seguido, el movimiento uniforme de ambos los obsequió con el mayor deleite que habían disfrutado hasta entonces. Juana percibió un hormigueo constante en su bajo vientre y tuvo la sensación de que iba a estallar de satisfacción. Fernando sintió que no sería capaz de aguantar mucho más tiempo antes de dejarse llevar. La lujuria los desató. No tardaron en sudar y en hacer que se pegara una piel a la otra con frenesí. Antes de alcanzar el éxtasis, Juana lo miró a los ojos para besarlo con rabia. Entonces ocurrió. Fernando probó algo que nunca había vivido. Todo fue calor dentro de Juana, mientras ella lo besaba. El delirio dio paso a un ritmo más suave y placentero, y ambos, tras un instante agónico, fueron conscientes de lo que habían hecho.

Estuvieron abrazados, en silencio, lo bastante como para recuperar el aliento.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo podía haber transcurrido, pero intuyeron que la luna habría pasado de la medianoche. Nadie más dormía en la finca principal. María estaba en la casa del final y Estrada, en las estancias del almacén, por lo que estaban seguros de que nadie los había oído.

Fernando volvió la mirada hacia sus ojos, los cuales parecían más despiertos y vivaces. No se creía lo que acababan de hacer. Tampoco pudo evitar pensar que para él era la mujer más hermosa de Indias y que el contorno de su silueta tumbada era como la costa de la isla de Cuba: virgen, natural, salvaje y calurosa. Tenía la melena pegada a las mejillas y a la frente, y sus labios estaban tan hinchados que Fernando tuvo que besarla de nuevo. Poco después, hicieron el amor otra vez. Ninguno de los dos necesitaba dormir, ni quería que la noche llegara a su fin. Al contrario, ansiaban olvidar sus temores amándose con desenfreno. De esta manera se besaron hasta el amanecer.

6

Los días que siguieron a aquella noche los recordaría como un sueño difuso. Fernando, que nunca había estado tan disperso en lo que se refería a cumplir con sus deberes, se escabulló de Estrada y de María, y aprovechó cada instante

que tuvo para esconderse junto a Juana. Hicieron el amor docenas de veces. Cada día, cada noche parecía ser la última vez. Fernando, al igual que ella, se sentía vivo. Los días transcurrieron deprisa. Fernando había perdido la percepción del tiempo, y dejó de contar las veces que se habían amado. Ambos hablaron durante noches enteras. Fernando estaba seguro de que todo saldría bien, que hablaría con Alvarado y encontraría al padre de Juana y que llevaría a la joven a conocer esas ciudades de las que le hablaba.

Era ya mediados de diciembre y, pese a las visitas de Fernando a los hacenderos y a los sobornos, seguían sin llegar mercancías a la casona. El final de año se aproximaba, lo que significaba que más pronto que tarde Beltrán regresaría para llevarse la última carga para Soto y Becerra volvería para irse junto a Fernando y a Estrada a Santo Domingo. Fernando le había dado muchas vueltas al tema.

Poco después recibió una carta de su madre y puso un poco de luz sobre las cosas. Dentro traía otra carta procedente de Sevilla. A Fernando le dio un vuelco el corazón al reconocer la letra.

«Fernando, hijo mío.
A dieciséis de octubre del año 1538 de Nuestro Señor, espero que tus pesquisas en Cuba hayan llegado a buen puerto».

A continuación, su tío Rodrigo le hacía un resumen de la situación en la que se hallaban los negocios de la familia y lo informaba de que estaban a la espera de la llegada de una carga importante desde Génova.

«En otro orden de cosas, Pedro de Alvarado ha desposado a doña Beatriz de la Cueva, y sus negocios seguirán unidos a los de don Francisco de los Cobos, comendador mayor de Castilla y de los asuntos de Indias. Alvarado ha fletado tres galeones y, con la ayuda de otros armadores en Sevilla, ha comenzado a reunir las provisiones necesarias para cruzar el océano hacia La Española. Espera embarcarse justo después del nuevo año. Ha convencido a más de cuatrocientos arcabuceros, ballesteros y rodeleros para que se sumen a su campaña de las Especias».

Su tío le hacía una amplia descripción de la gran hueste que portaba Alvarado al Nuevo Mundo y que esperaba desembarcar en Guatemala en abril o mayo del año siguiente. Eso significaba que Alvarado tenía pensado quedarse apenas unos días en Santo Domingo.

«Sabes que nunca he querido poner sobre tus hombros esta responsabilidad, pero confío en que tienes la fuerza para ocuparte de ello. Deberás acompañar

a Alvarado a Guatemala y preparar la expedición a la Especiería. Es un gran cargo que requiere de inteligencia y compromiso. Enviaré tus instrucciones detalladas con el señor Montoya, escribano del adelantado. Alvarado te ha prometido el rango de capitán. Si consigues cumplir con tu cometido, te propondrá cruzar la Mar del Sur con su flota. Estará en tu mano tomar esa decisión».

El joven levantó la vista de la carta. Hasta ese momento, Fernando había estado seguro de que iba a poder cumplir con su obligación de armar a la flota en cuatro o cinco meses y regresar a Santo Domingo después del verano. Su intención era volver a Sevilla antes de que acabara el año 1539; sin embargo, empezaba a vislumbrar que esto no sería posible.

Fernando le comentó a Estrada durante la comida el contenido de esa carta. Estaba preocupado. El capitán lo escuchó con atención.

—Las instrucciones están claras —dijo Fernando—. Debemos reunir esta última carga para Soto y largarnos con Alvarado para preparar su expedición.

Estrada lo miró con aire pensativo.

—En Cuba solo nos queda averiguar el asunto de tu padre.

—Eso es —sostuvo Fernando.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó el capitán.

Fernando se mantuvo en silencio durante unos instantes. Tenía claro lo que había sucedido. Como bien le había explicado el señor Monroy en Santo Domingo, esos hombres se repartían los cargos más importantes del cabildo. Entre ellos, el recaudar impuestos. Un quinto debía ir para la Corona. Al igual que sucedía en La Española, aquella oligarquía de señores se guardaba un trozo del reparto. Llevaba años desangrando a los vecinos y viviendo a su costa. Fernando imaginó que, en la guerra particular de su padre contra esos miserables, este los había amenazado con denunciar esta situación y acabó pagándolo con su vida.

—No podemos seguir esperando —dijo—. Ha llegado la hora de mover ficha.

—Esta gente hará todo lo que esté a su alcance para joderte la vida.

—Lo sé. Por eso quiero que esta noche vengas conmigo —le pidió Fernando.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber el capitán.

Algunas horas después, con la luna en lo alto, Fernando y Estrada cruzaron la villa a oscuras como sombras de la noche. Siguieron las indicaciones que les había dado Juana y se encaminaron a una de las casas que estaba a las afueras de Santiago. Poco después, estuvieron frente al portón de

madera de la familia Carranza.

—¿Es esta? —preguntó el capitán.

—Sí, mira el arco de la entrada —murmuró Fernando—. Es el que describió Juana.

El capitán frunció el ceño.

—¿Estás seguro de querer hacer esto? —le preguntó Estrada una última vez—. Después no habrá vuelta atrás.

—Esto es una prueba, Diego —musitó Fernando—. Si ha sido Carranza el que ha enviado esos mensajes y acepta mi desafío, sabrá que he sido yo. De lo contrario, será un simple mensaje de un anónimo sin ningún significado.

Estrada se encogió de hombros. Visto así, le pareció un buen plan. Ambos dieron un rodeo y buscaron un punto débil en el muro para colarse en la propiedad. En menos de un padrenuestro estaban dentro. Fernando tenía el corazón en la boca. Notó que se le aceleraba el pulso y que se le despertaban los sentidos. Siguió a Estrada en plena oscuridad por el patio hasta una ventana. Juana les había dado unas vagas indicaciones de la casa, pero eran insuficientes. Encontraron una ventana abierta por la que colarse, y resultó ser el comedor. Estrada amagó con deambular por el interior de la casa en busca de la alcoba principal, pero entonces Fernando lo detuvo.

Aquel era un lugar perfecto.

—¿Aquí? —masculló Estrada.

—Aquí mismo —musitó el muchacho.

—Venga.

Estrada sacó de la bolsa de cuero que llevaba colgada del hombro un gallo ensangrentado y lo clavó en mitad de la mesa. Ambos lo miraron un instante y salieron de allí tan rápido como habían entrado. Era el mismo mensaje, pero una invitación diferente. Era la última oportunidad de descubrir la verdad antes de que se marcharan a Guatemala y luego, si así lo marcaba el destino, a la Especiería. Fernando estaba seguro de que, si Carranza aceptaba el duelo, estaría esperándolo con la espada en alto, dispuesto a limpiar el nombre de su padre y el de su familia.

7

Esa misma noche, Juana cruzó el huerto y acudió a la llamada de su madre. Ocupada en las labores de la casa, apenas había tenido tiempo de hablar con ella. María la dejó pasar y Juana cerró la puerta de la estancia desde dentro.

—Has estado semanas jugando con fuego —tiró su madre como un

dardo, sin esperar.

—No he jugado con nada —se defendió, sorprendida.

María se sentó en una silla junto a la ventana. Juana cruzó la habitación hasta ella.

—¿Por eso no te separas de Cardeña? —preguntó María—. ¿Sabes acaso quiénes son los señores que buscan a ese muchacho?

—¡Lo he ayudado! He hecho lo que habría hecho Beatriz —esgrimió la joven.

—¡Doña Beatriz! —la corrigió su madre en tono autoritario.

Juana resopló. Ya sabía de qué iba aquella historia.

—Siempre te ha molestado que fuéramos amigas.

María se puso en pie para mirar a los ojos a su hija.

—Lo único que me quita el sueño es que te has pasado cuatro meses a tu aire, como si fueras la puta de esos hombres, en refriegas que no son asunto tuyo —manifestó su madre.

Juana se encendió como una almenara.

—¡¿Y tú qué?! ¡Yo, por lo menos, no tengo una hija bastarda!

María descargó una sonora bofetada en la mejilla de su hija. Juana se llevó una mano al rostro. Aunque el golpe fue violento, más dolor sintió en el orgullo. Estaba segura de que su madre pagaba las desgracias de su vida con ella. La vejez, los sueños sin cumplir, la pobreza.

—Si no fuera por Beatriz, estaríamos muertas de hambre —murmuró la joven.

—Y si no fuera por mí, no tendrías la oportunidad de ser la esposa de un hidalgo como Beltrán, mocosa —soltó su madre, furibunda—. ¿Le has escrito, al menos?

—¿El qué? —preguntó Juana.

—¡Una carta! Te has pasado estos meses detrás de un hidalgo que no quiere nada de ti, como una manceba. ¿Crees que no me he dado cuenta? Has sido la criada de un hombre que pronto se largará muy lejos y por cuya atención suplicas. ¡Ahora maldigo tarde la lujuria de la hija del notario y la sangre infame de los Sánchez!

Juana no comprendió los motivos de aquel menosprecio.

—No sé de qué me hablas.

—¿Crees que ese chico va a darte algo por todo lo que has hecho por él?

Juana tragó saliva y vio que los ojos de María se llenaban de lágrimas de impotencia. ¿Era posible que su madre supiera de sus escarceos con Fernando? Juana tuvo ganas de largarse, pero se contuvo.

—Beltrán no encontrará jamás a una mujer como yo —dijo mientras intentaba recomponerse—. Vendrá dentro de poco y me hará su prisionera para siempre.

—Dios te cure esa arrogancia, hija mía. Beltrán buscará a cualquier otra muchacha si no dejas de comportarte como una necia. En el norte te esperan una casa, una hacienda, criados y esa vida de riquezas que yo nunca tuve. ¿Es que no lo ves? ¡Todo lo que he luchado por nosotras!

Juana permaneció en silencio. No necesitaba que su madre le recordara con otro sermón aquello con lo que había vivido toda la vida. Sabía que, en parte, tenía razón, pero se negaba a aceptarlo. Se preguntó si sus palabras eran ciertas. ¿Por qué razón ayudaba a Fernando? ¿Por qué pasaba esas horas escondida con él? Tal vez fuera una locura, pero sentía que lo amaba de verdad. *«Juana, bella aurora, guardiana de mi corazón, princesa de mis Indias»*. Hacerse preguntas carecía de sentido: en poco tiempo ella se iría al norte, ninguno de los dos volvería a verse y aquellos días caerían en el olvido.

Tras un momento, Juana se dirigió a la puerta.

—En cuanto la nao de Beltrán atraque en el puerto, embarcaremos a La Habana y ya nadie se acordará de esto.

María negó con la cabeza con rotundidad.

—Yo me quedaré cuidando de la casa aquí en Santiago —anunció su madre, otra vez desde la silla, sin mirarla—. Hace mucho que ya no creo en esas campañas y expediciones de hombres que no cumplen con su palabra. Malditos sean todos ellos y maldita la ambición que nos trajo a esta tierra. Permaneceré en esta casa, la misma en la que estoy desde hace veinte años, y en esta villa, que es lo que Dios me ha dado.

Juana no comprendió lo que su madre quiso decir con todo aquello.

—Pues sin el empeño de esa gente no estaríamos aquí —replicó la chica.

Su madre se giró un momento para verle la cara. Juana se arrepintió de haberle contestado, pero detestaba que fuera ella la que se quedara con la última palabra.

—Doña Beatriz volverá a caer en el mismo error que cometió hace tantos años cuando quiso inmiscuirse en los negocios de los hombres —dijo María, y alzó su dedo índice—. Se lo he dicho, pero, ay, hija mía, es lo que pasa cuando uno se monta castillos en el aire. Al final basta una brisa para echar abajo tus sueños. Lo mismo que te pasará a ti si no le prestas atención a ese hidalgo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Juana.

—Que Beatriz ya lo intentó una vez, y, por culpa de eso, esta casa cayó en desgracia. Tuvo que buscar la manera de sobrevivir gracias a un matrimonio

conveniente. Esa fue la razón por la que se entregó a su segundo esposo.

Juana, que creía conocer su historia, nunca había oído hablar de ello.

—¿Qué fue lo que hizo?

María entornó la mirada.

—Entregó su fortuna a ese tal Pedro de Alvarado para su campaña con Cortés en México, a cambio de partes y participaciones y todas esas cuestiones de las que una vieja como yo no sabe nada —murmuró en otro tono—. ¿Sabes lo que ocurrió? Pues lo único que podía pasar. Que Beatriz es una mujer, y a ninguno de esos hombres le importó un pimiento. ¿Crees acaso que volvió a ver un solo maravedí de lo que había prestado? Pedro de Alvarado es un desgraciado, igual que todos esos hombres. Igual que Hernando de Soto, igual que Fernando de Cardeña. Igual que tu padre. —María guardó silencio un instante y Juana, por primera vez, unió piezas sueltas de recuerdos de su infancia. Su madre la miró a los ojos una última vez—. Beatriz entenderá mi decisión. Y ahora, procura comportarte como una dama que espera a su hombre como debe y déjate de juegos que solo te llevarán a la ruina.

Juana se mordió la lengua y salió de la estancia dejando tras de sí la estela de su sayo. Indignada, cruzó el huerto herida en el orgullo, incapaz de llorar. Quería a su madre, pero parecían separadas por un océano. Le amargó pensar que pronto empezaría una nueva vida en un lugar desconocido y que nada sería lo mismo para ella. Solo le quedaba el consuelo de saber que Beatriz la esperaba en La Habana. De pronto, le asaltaron las dudas. Juana tenía la impresión de que hacía mucho que había perdido el control de su propia vida y que esta dependía de las decisiones de otras personas.

IX

EL DUELO

1

Pasaron dos noches de vigía en el patio hasta altas horas de la madrugada, con el portón abierto de par en par. A la tercera noche, Fernando y Estrada se encontraban sentados en unas sillas a la luz de un farolillo. Ambos bebían en silencio. Juana había sido advertida, y se encerró con su madre en la casa de Hernán Jémez, al final de la propiedad. Ni en el patio ni en la casona principal había nadie más, tan solo un silencio mortuorio que precedía a la noche.

—No vendrá —murmuró Estrada.

—Al menos sabremos que no fue él —dijo Fernando.

Estrada miró a su amigo de arriba abajo. Estaba vestido con camisa, calzas y botas. Aunque no le hacía gracia el asunto, sabía que Fernando estaba preparado para enfrentarse a cualquier hombre en un duelo. Pasada una hora, oyeron el crujir de unos pasos en la callejuela. Fernando y Estrada se pusieron de pie. Poco después, vieron a dos sombras que se detuvieron bajo el arco del portón.

Una de las siluetas anduvo por el patio unos cuantos pasos.

—Cardeña —deslizó una voz.

Fernando deshizo un trecho del patio hacia él. Apenas podía distinguir su rostro en la oscuridad. La luz del farol era insuficiente, pese a que la luna en lo alto volvía todo irreal, algo de otro mundo.

—¡Carranza! —respondió Fernando.

Distinguió una risa en la oscuridad. El hombre dio unos pasos hacia él hasta que la luz del farolillo le bañó el rostro. El segundo de Carranza se colocó detrás de él. Lo mismo hizo Estrada con Fernando.

—Nunca tuve nada contra vuestro padre. Pero amenazó a hombres más poderosos que yo y atrajo a la mala fortuna.

—Amenazó con contar la verdad al Consejo de Indias —replicó Fernando.

—Digamos que se enfrentó a hombres más grandes que él, muchacho.

Tal y como le había explicado Monroy, esos hombres se guardaban gran parte de los dineros que debían ir destinados a la Corona. Con el asesinato de su padre, se habían quitado un escollo de en medio.

—Yo solo cumplía con mi deber —añadió Carranza.

Fernando desenvainó su espada.

—Pues yo cumpliré con el mío.

Carranza desenvainó y se volvió para oír lo que le decía su sirviente. Estrada miró a Fernando a los ojos.

—Mantén la guardia todo lo que puedas —musitó—. Te esperará. Querrá que lo ataques en primer lugar. Recuerda que el primero que enseñe las cartas jugará con desventaja. Mantente firme.

Fernando asintió. Sabía exactamente lo que decía su amigo.

Alzó la ropera en dirección al rostro de su oponente. Estrada corrió a por el farolillo y lo sostuvo para iluminar un poco más el círculo. Los contendientes se miraron y anduvieron por la arcilla hasta posicionarse. Se tantearon en el aire, hasta que la punta de sus aceros se encontró en algún punto y las hojas se agregaron. El eco metálico resonó en el patio. Fernando notó que Carranza sostenía la espada con seguridad. Probó a desviar la hoja y notó rigidez. Él, por su parte, trató de hacer lo mismo, y Fernando demostró el mismo arrojo. Aquella primera frase de armas les dijo, por el sentimiento del acero, que iba a ser un combate entre dos diestros versados en el arte.

Estrada estaba atento al otro sujeto, que se encontraba precisamente en el sitio opuesto a él en el círculo. Llevaba en una mano el farol y en la otra la espada desenvainada. En el caso de que no se cumpliera la norma del honor, Estrada intervendría. Fernando, a pocos pasos, estaba muy concentrado. Sin apartar la mirada de Carranza. Era de esa clase de hombres que miraba a su enemigo a la cara y no tanto al acero. Carranza se tomó esto casi como un desafío e hizo lo mismo. Ambos se mantuvieron así algunos instantes, en los que únicamente se oyó el chirrido de los aceros lentos, de aquí para allá, conociéndose, tanteando y susurrando el sentimiento de cada espada. Fernando dio varios compases en busca de alguna posición más ventajosa.

Pero nada.

Carranza se mantenía estoico y firme. Sin público ni nadie ansioso por ver sangre, aquel duelo podría durar más de lo previsto. El círculo que trazaban ambos en la arcilla iba de un lado a otro. A veces cambiaba de dirección. Ambos daban distintos compases para ver la reacción del adversario. No dejaban de mirarse, en una especie de comunión íntima y macabra. Fernando sintió vértigo al descubrir, por primera vez, que, para matar a un hombre con

la espada, primero había que mirarle el alma.

Tras el último lance, Carranza dio un paso atrás, sin bajar la guardia.

—Sois una sorpresa, Cardeña.

Fernando lo vio claro. Tras esas palabras vendría su ataque. En el instante en el que agregó su hoja, el acero de Carranza se deslizó a una velocidad endiablada y trató de rodear con una celada la espada para apresarla. El joven conocía aquella treta. Dio un compás a la derecha y lanzó un ataque hacia arriba, obligando a su adversario a cambiar de dirección. Rápidamente tornó al ataque. Carranza no se esperaba aquella transición tan veloz y limpió la acometida con dos pinceladas fuertes a un lado y a otro. Al tercer golpe pasó al ataque y comenzó a arremeter contra el joven sin compasión.

Fernando trazó varios compases hacia atrás y escapó del filo de su acero con maestría. La tensión se cortaba en el ambiente. Estrada se mordía la lengua por no decir ni una palabra, con el farolillo en alto a menos de cuatro pasos del combate. Fernando desvió el último ataque con un golpe seco y volvió a agregar su hoja a la de su oponente. Los forcejeos eran cada vez más rápidos y fluidos. Ambos empezaron a sudar. Fueron de aquí para allá, trató de bloquear su acero, pero no lo consiguió. A continuación, pretendió desarmarlo, sin resultado. Por último, cuando Carranza quiso pasar al ataque. Fernando lo obsequió con una tajadura en el pecho que le pintó la camisa de sangre. Era un duelo cerrado.

Ambos se separaron, jadeantes, en una tregua transitoria.

Carranza se remangó la camisa y retornó a la guardia. Fernando permaneció unos momentos fuera del círculo. Entonces, sin que nadie se lo esperara, el joven dio un salto y se estiró hacia delante con todo su cuerpo y su ropera, al tiempo que trazaba una antigua figura de la destreza italiana. La *scherma antica*. La punta de su espada se clavó en el pecho de Carranza para asombro de su adversario. Un tajo profundo, pero en ningún caso mortal. El hombre se hizo hacia atrás y gritó de dolor. Fernando regresó rápidamente a su guardia. Estrada esbozó una sonrisa llena de orgullo.

El hidalgo se llevó una mano al pecho. Enrabietado por esto último, agregó su hoja, y volvieron a susurrar con el acero de un lado a otro. Fernando probó a escapar de su hoja con un golpe fuerte y, acto seguido, arremetió contra él. Carranza se defendió con agilidad, y de pronto se enzarzaron en una serie de estocadas vertiginosas que hicieron saltar chispas en el aire. Carranza atacó con más empeño y Fernando tuvo que retroceder.

—¡Te mataré! —le gritó con rabia—. ¡Te mataré como a tu padre!

De pronto, Fernando se vio en desventaja ante el ataque de ira de su

oponente. Carranza parecía haber enloquecido. Fernando se cubrió de su serie de golpes hasta agregar su hoja en el último lance y ambos acabaron en un forcejeo. Fernando estaba contra una de las columnas de madera del taller azucarero del patio. Hizo toda la fuerza que pudo. Carranza le ganó la partida y comenzó a desviar ambos aceros en dirección a su cuello.

—Eso es —masculló rabioso, fuera de sí—. Déjate morir.

Carranza lo empujó con todas sus fuerzas, y justo cuando se disponía a clavar su espada en la cara de Fernando, el joven se deslizó hacia abajo a una velocidad pasmosa y la hoja de Carranza se clavó finalmente en la columna de madera. A continuación, Fernando aprovechó su única oportunidad y le atravesó el abdomen con la punta de su espada.

El hombre soltó la ropera y gritó de dolor, cubierto de sangre.

Se dejó caer de rodillas frente a él. Tenía el rostro desencajado.

En ese momento, su sirviente huyó de la casona.

—Haz lo que tengas que hacer —musitó Carranza, vencido, con el rostro bañado de sangre.

Fernando echó una mirada a Estrada y este asintió. No había alternativa para el duelo, ni tampoco hueco para la piedad. Carranza no iba a vivir con la deshonra de haber sido perdonado por un hombre que lo había vencido en un duelo a muerte, en venganza por su padre. Aunque fuera doloroso matar a un hombre, Fernando se dio cuenta de que no tenía otra opción. Llevó la espada al corazón de aquel cristiano y lo atravesó limpiamente. Luego la retiró. Carranza se retorció y cayó sobre la arcilla y un charco de sangre.

2

Fernando derramó lágrimas en silencio. El dolor por quitarle la vida a un desconocido le arrancó algo del pecho, y sintió que algo grande cambiaba en él. Fernando no era un asesino, y se había visto obligado a desfigurar su alma para sobrevivir en aquel mundo. No conocía a Carranza. Tampoco sabía bien quién era su padre. Pero la vida y las circunstancias lo habían empujado a limpiar su nombre y a actuar en concordancia con su linaje.

El capitán se encargó de llevarse el cadáver. Cuando las primeras luces grises del día aparecieron, Fernando seguía sentado frente al almacén del patio, con la espalda apoyada sobre la madera y el rostro demacrado por el cansancio y la amargura.

—Lo hecho hecho está —dijo el capitán con voz ronca cuando regresó.

—No quería esto, Diego —masculló Fernando.

—Lo sé.

—No soy un asesino. Nunca he querido luchar contra unos canallas que no comprenden los negocios de un mercader ni lo que está en juego para mi familia.

—Guzmán y los suyos son unos miserables, Fernando. Sin más.

Su amigo lo miró con los ojos enrojecidos.

—Soto no nos ha pagado aún, he perdido todos los dineros que había traído por apostar en esa campaña que no ha servido para nada… La idea de la ruta hacia La Florida ha sido una quimera —murmuró con rabia y desazón—. ¿Y ahora qué? ¿Qué cojones pasará ahora? Vendrá Alvarado y tendremos que llenar las bodegas de doce galeones para su expedición. ¡Doce! ¡Mi familia lo pagará con su fortuna!

—No vamos a permitir que eso suceda. Ten paciencia. Soto pagará.

Fernando guardó silencio. El capitán entornó la mirada.

—Ahora quieres morir; es el bautismo de la batalla. Mañana será otro día y podrás pensar con más claridad. Eres más fuerte de lo que aparentas.

Fernando se mantuvo en silencio durante un instante.

—He perdido todos mis dineros en Cuba y he roto mi código de honor.

El capitán no comprendió lo que quiso decir con esto último. Fernando alzó la vista, y el corazón le dio un vuelco. Vio a Juana correr por el huerto en dirección hacia él. Estrada la miró y se giró a su amigo.

—Sigues siendo un hombre de honor, Fernando. Has vengado a tu padre.

Fernando volvió la mirada al capitán.

—¿Qué clase de hombre mata a otro de forma fría sin dejarse llevar por el odio o la rabia? Lo he matado sin sentir nada, solo porque era mi deber hacerlo. ¿Es que no lo entiendes? He matado a un desconocido porque debía hacerlo.

El capitán le pasó un brazo por los hombros y lo abrazó. En ese momento apareció Juana como una exhalación y cayó de rodillas junto a Fernando. Lo tocó para saber que estaba entero, acarició su rostro y su cabello y lo besó en los labios, antes de estrecharlo contra ella, desesperada. Estrada dio un paso hacia atrás. Fernando siempre había sido un muchacho recto, con una moral impecable, el digno ejemplo de un hombre sin fisuras. No obstante, abrazó a Juana como si se le fuera la vida en ello, y el capitán se dio cuenta de que su amigo se había entregado a un juego peligroso, a la mujer equivocada. Fue entonces cuando comprendió sus palabras.

Pasó la Navidad y el final de año, bajo la sombra amenazadora del círculo de Guzmán. Tras el duelo, muy pocos se hicieron eco de la muerte de Carranza por un ajuste de cuentas. Las cosas en Santiago se apaciguaron, y poco a poco se reanudó la llegada de mercancías. Fernando no sacó nada de provecho por vengar la muerte de su padre. Solo le sirvió para comprobar que este había sido asesinado por un miserable, vasallo de un hidalgo venido a menos. No conseguía sacar de su mente la imagen de Carranza cubierto de sangre sobre la arcilla.

Una tarde de enero de 1539, Estrada regresó del puerto a toda prisa y buscó a Fernando en su despacho. El joven mercader estaba en la escribanía terminando de redactar unas cartas. Su amigo entró sin aliento y le entregó la correspondencia, que había traído una carraca a la villa desde el norte.

—Becerra —dijo el capitán—. Ya está en el puerto. Se ha adelantado a Beltrán, que no tardará en llegar entre hoy y mañana.

Fernando cogió una carta de la correspondencia y la abrió con apremio.

«Mi señor don Fernando.
Me he establecido en una de las haciendas de la aldea, y don Hernando de Soto y su esposa, doña Isabel, han tenido a bien otorgarme una gran parcela y más de quinientas cabezas de ganado, como pago a nuestra compañía. He tratado de persuadirlo, pero me ha asegurado que es la única forma que tiene para hacer frente a su compromiso. Lamento, como todos, que no nos haya pagado con dineros ni con una Letra de Cambio. Este inmenso ganado requiere trabajo y muchos gastos para mantenerlo. Debéis saber que, en unos días, el señor Antonio Beltrán habrá salido de La Habana, en convoy con Pedro de Becerra, para traer la segunda carga a nuestro adelantado en nombre de la compañía de mercaderes. Espero que las cosas marchen según lo previsto y hayáis podido reunir una buena cantidad de mercancía. Soto ha prometido dineros y tierras como compensación. Esta aldea se convertirá en una gran ciudad. Os ruego que Juana embarque con su madre y traiga consigo mi cofre del guardián.

Que Dios Nuestro Señor os guíe.

Doña Beatriz, a veintiocho de diciembre de mil quinientos treinta y ocho».

Fernando bajó la carta y la mirada. Aquella era una noticia nefasta que confirmaba sus peores presagios.

—¿Mal asunto? —preguntó Estrada.

—Hernando de Soto ha pagado nuestra participación con ganado —murmuró con decepción—. Me he quedado sin un maravedí.

—Mierda.

A Estrada se le ensombreció el gesto. Había apostado por la ruta de comercio hacia La Florida, pero esas ganancias tendrían que esperar. El hecho de que Soto les pagara con mercancía significaba que podía olvidarse de reunir los cuatro mil ducados del préstamo de su familia. Fernando esperaba recibir de su participación una buena cantidad antes de irse a Guatemala.

—¿Qué pasará con Alvarado? —preguntó el capitán—. ¿Había que aprovisionarlo con algo en Santo Domingo?

—Eso es. No puedo recibirlo sin nada. Flaco favor nos ha hecho Soto —comentó Fernando—. El ganado da buenos dineros, pero también da más trabajo. Sinceramente, no lo entiendo.

—¿Entonces? ¿Qué pasará con lo del préstamo? ¿Y con la segunda carga?

—Soto ha tomado su decisión; nosotros tomaremos la nuestra. Habrá una segunda carga reducida para su campaña a La Florida. Nos llevaremos lo que resta para Alvarado —dijo Fernando con la mente puesta en mil asuntos.

—Eso va a cabrearlo —sostuvo Estrada.

—Desde luego, pero lo entenderá. Son negocios, Diego. Aquí no hay favores.

En ese momento, Juana tocó a la puerta y entró con la ropa limpia de ambos invitados y la apoyó en la mesilla junto al armario. La joven vio la carta y echó un vistazo al capitán y luego a Fernando.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Becerra ya está aquí —anunció Estrada.

Fernando le ofreció la carta. Juana se aproximó y la leyó con rapidez.

—Dios mío. —Juana levantó la vista y miró a Fernando a los ojos. La chica estaba al borde del llanto—. ¿Y Beltrán?

—Hablaremos más tarde —dijo Estrada al ver la situación. Cerró la puerta por el otro lado para ofrecerles intimidad.

Fernando cogió a Juana de la cintura y la acercó hacia él. Ambos se besaron con intensidad. Juana acarició la barba que Fernando se había dejado las últimas semanas.

—Quiero que vengas conmigo a Guatemala —dijo él.

—¿Y qué pasará con La Habana? —preguntó ella.

—No voy a separarme de ti, Juana —soltó Fernando—. Vendrás conmigo a La Española e iremos juntos a Guatemala a preparar la expedición de Alvarado. Nada más importa.

Juana esbozó una sonrisa y sintió que se le iba a salir el corazón del pecho.

—Me iré contigo, Fernando. Dime qué debo hacer.

El joven se pasó una mano por la nuca, al tiempo que trazaba algún plan.

Dio un par de pasos por la estancia de un lado a otro.

—Según el capitán, Beltrán arribará mañana a la villa. Iré a ver a Becerra al puerto ahora y haré que carguen su nao esta misma tarde. Esta noche dormiré en la cámara de la nao, con la carga y la tripulación, listo para partir. Mañana, antes del alba, te esperaré allí para salir con la primera luz. Con suerte, dejaremos atrás la bahía de Santiago antes de que llegue la embarcación de Beltrán.

Juana hizo un esfuerzo por recordar bien aquello.

—¿Y qué debo portar conmigo?

—Solo lo imprescindible —dijo Fernando.

Juana le devolvió una mirada emocionada y a la vez de incertidumbre. Aquel era un salto al vacío, pero nada importaba ya: estaba dispuesta a todo. La joven lo miró a los ojos y besó sus labios. Luego Juana salió de la habitación a toda prisa. Tenía aún mucho por hacer.

4

Fernando guardó todas sus pertenencias en su baúl. Luego fue al patio y encontró al capitán contando los suministros. Estrada le preguntó cuál era la parte del avituallamiento que pensaba trasladar a Santo Domingo y Fernando le señaló con el dedo las mercancías. A continuación, el joven le pidió que lo acompañara al puerto a ver a Becerra. Tenía intenciones de cargar la nao esa misma tarde. Su plan era salir al día siguiente para La Española y evitar cualquier encuentro con Antonio Beltrán. Estrada echó a andar junto a él y ambos bajaron por la calle hacia la bahía. A Fernando le había cambiado la expresión. Parecía llevar una carga muy pesada sobre los hombros.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber Estrada al verle la cara.

—La carga de Alvarado me quita el sueño, eso es todo —dijo él.

Estrada conocía a su amigo de sobra para saber que aquello era una excusa.

—¿Vas a traerla contigo? —se atrevió a preguntar tras un momento. Fernando asintió sin decir nada. Estrada se pasó una mano por el rostro con preocupación—. Imagino que sabes lo que te juegas.

—He perdido una fortuna por culpa de Soto, Diego, una riqueza que tardaré mucho en recuperar. No quiero perder también a la mujer que amo.

Estrada se detuvo un instante, en plena calle.

—La mujer que hasta hace unos meses era de Beltrán.

Fernando fulminó a su amigo con la mirada.

—Sé bien el terreno que estoy pisando.

Estrada negó con la cabeza y puso los brazos en jarras.

—Fernando, te pido que lo pienses con frialdad —le advirtió mientras hacía un gesto con la mano—. Si la traes, vas a cargarte la relación con los otros mercaderes. Ninguno de ellos volverá a confiar en ti. Todo lo que hemos hecho estos meses no habrá servido de nada.

Fernando esbozó una sonrisa fingida.

—¿Crees acaso que Soto me dará algo a corto plazo?

Estrada entornó la mirada.

—Mira, yo no sabré tanto de comercio como tú, pero sé algo de mujeres u otro tanto sobre la lealtad. Hemos trabajado mucho, y el tiempo hará que las cosas den sus frutos, así que no lo mandes todo a paseo. ¿Qué cara crees que pondrá Becerra cuando te vea embarcar con esa muchacha? Conoces de sobra la importancia del nombre y el honor. No manches el tuyo, Fernando.

—No puedo hacer otra cosa, Diego. Vendrá con nosotros a Guatemala. La suerte está echada —soltó Fernando, y pasó por su lado en dirección al puerto.

—Claro que puedes —esgrimió Estrada, que lo detuvo del brazo—. ¿Quieres que te recuerde lo que te juegas en Sevilla si este viaje sale mal?

Fernando se zafó de él, molesto.

—No necesito que me recuerdes mis obligaciones.

—¡Fernando!

El joven echó a andar y Estrada lo siguió a regañadientes. Fernando parecía otro, y el capitán sabía que el duelo con Carranza lo había cambiado, al igual que el saber que tardarían mucho más en regresar a Sevilla. Los esperaban Guatemala y la difícil tarea de preparar una expedición al completo.

Llegaron a los muelles, y Fernando vio en la lejanía a Pedro de Becerra. Le dio la impresión de que era menos corpulento que la última vez, y se preguntó si acaso habría pasado hambre en el norte. También vio a su hija María, y Fernando aprovechó para intercambiar una mirada con Estrada, como para recordarle que él también se había dejado llevar por sus impulsos. Becerra fue hasta él y lo saludó sonriente, con un abrazo y un apretón de manos.

—Tendría que haber visto La Habana, Cardeña —le dijo con entusiasmo —. Toda la hueste de Soto lista para embarcar y para conquistar La Florida. Esta compañía es el inicio de algo grande, se lo puedo asegurar.

Fernando fingió alegrarse. Luego le pidió que cargaran la nao esa misma tarde, que saldrían para Santo Domingo al alba, pues sus obligaciones así lo requerían.

—Mandaré a mis muchachos a por las cargas —resolvió Becerra.

El joven asintió e intercambió una mirada con Estrada, que tenía un gesto lleno de preocupación. Fernando sabía que se encontraba en el filo de la navaja y que las cosas comenzaban a tomar un cariz oscuro.

5

Una brisa recorrió la casa y golpeó el postigo de madera de una ventana. Aquella noche, la casona de Beatriz estaba más vacía que nunca. Los hombres de Becerra cargaron por la tarde tres cuartas partes del avituallamiento que había en los almacenes y en el patio. Fernando y Estrada decidieron guardar sus pertenencias en los baúles y se marcharon al puerto, decididos a pasar la noche en la nao. En la casa no quedó nadie más, y reinó el silencio y la soledad.

Juana deambuló a oscuras por el comedor y por la estancia de Fernando, donde se detuvo a contemplar la alcoba que había compartido con él tantas noches, y pensó en la manera en la que iba a cambiar su vida. Pese a la ansiedad y a la incertidumbre, no tenía miedo. Estaba dispuesta a emprender aquella aventura, y eso pasaba por prepararse para un largo viaje. Buscó una bolsa de cuero y fue a las cocinas. Se guardó un cuchillo afilado, alguna que otra especia, un queso curado y jamón ahumado. Estaba segura de que con Fernando no le faltaría de comer, pero siempre era mejor prevenir. También se guardó una pequeña cacerola y una cuchara de madera. Tras esto, fue a la que había sido su estancia, al otro lado del patio, y abrió su arcón. Extrajo de allí algunas prendas y el paño bordado que le había regalado Beatriz. En ese instante, una voz la sorprendió.

—¿Vas a marcharte? —preguntó su madre. Juana clavó la mirada en ella. María estaba muy tranquila, y su tono de voz era el de una persona que acepta una verdad. Juana supo que no era el momento de inventarse nada.

—Sí, madre —reconoció—. Me iré esta noche con Fernando.

—¿Lo amas?

—Más que a nada en este mundo.

María asintió lentamente y cruzó la estancia para sentarse en el lecho. Cogió el paño con el que había obsequiado Beatriz a Juana y lo plegó con cuidado.

—Imagino que ahora mismo pensarás que el amor puede con todo.

Juana cerró los ojos, hastiada.

—Sé lo que se dirá de mí mañana en esta villa.

—De ti y de mí —repuso su madre—. Pero puedo imaginar que no has pensado más allá.

—¿A qué te refieres?

María abrió la bolsa de su hija y echó una mirada a las cosas que se había guardado. Luego suspiró, cansada.

—Cuando te vayas de aquí, Beltrán recibirá la noticia como una traición. Esa compañía de mercaderes que ha hecho el joven Cardeña se perderá en el olvido por culpa de la desconfianza, y Beatriz se quedará sola en el norte, sin el apoyo de Beltrán, ni de Cardeña, ni de Becerra, y lo más probable es que pierda el favor de Hernando de Soto y de su esposa. Escúchame bien. Beltrán la obligará a darle su parte, y Beatriz no tendrá más alternativa que regresar aquí. ¿Y qué pasará con nosotras? Solo Dios lo sabe, hija mía, pero te lo puedes imaginar. No hay azúcar que cocinar ni nada para cosechar. Beatriz tendrá que malvender esta casa para poder vivir, y yo me iré a la calle, al igual que toda su gente.

A Juana le fue cambiando la expresión a medida que hablaba su madre, mientras tomaba conciencia de lo que significaba todo aquello. Hasta ese momento, no había sopesado ninguna de las consecuencias de su historia con Fernando. Habían transcurrido los meses, ambos se habían amado sin ataduras, y todo sin pensar en la realidad de los acontecimientos. Ahora que su madre lo ponía frente a sus ojos, había llegado la hora de reflexionar con madurez. Juana amaba a Fernando, era cierto, más que a ninguna otra cosa. Sin embargo, por primera vez puso en duda si marcharse con él era la decisión correcta. Si Juana huía de Beltrán, Beatriz acabaría expuesta en La Habana, en una posición comprometida, como el blanco de todas las acusaciones, en una corte aislada.

—Es injusto —dijo tras un instante.

—Claro que lo es. Pero la vida para nosotras es así, hija. Somos mujeres. Solo nos queda aprender a sacar provecho de lo que hay y a poner buena cara al mal tiempo. Esa compañía de mercaderes, de la que dependemos todos, cuelga de un hilo, que es la confianza entre Cardeña, Beltrán y Beatriz. Si te marchas, eso prenderá como una mecha.

Juana miró a su madre a los ojos. Notó como si la presionaran en el pecho, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Cargo sobre mis hombros con toda la responsabilidad —soltó Juana—. ¡No es justo!

María negó con la cabeza, decepcionada.

—No lo es, pero te has ido a enamorar de la piedra que sostiene el

porvenir de toda tu gente. Si la quitas, todo se vendrá abajo.

María rodeó a su hija con los brazos y la acunó. Juana derramó un mar de lágrimas al comprender la verdad. Elegir el amor de Fernando significaba, en definitiva, el fin de la compañía de mercaderes y la caída en desgracia de toda la gente a la que amaba. Sin la ruta de comercio, Soto no necesitaría para nada a Beatriz, que se vería desterrada del séquito de Isabel de Bobadilla. Beltrán le haría la vida imposible a su amiga, desde luego, abandonada por completo a su suerte. Y su madre… ¿Qué sería de María? Juana se dio cuenta de que Fernando, después de cruzar la línea y entregarse por completo a ella, había elegido no pensar en ninguna de estas consecuencias, ni en el peso de sus actos. En el fondo, él no se jugaba nada, al contrario que ella. Había dado por perdidos sus dineros, pues era imposible saber cuándo iba a pagarles Soto con otra cosa que no fueran vacas. Juana, en cambio, ponía todo en riesgo, su reputación, la de los suyos y el porvenir de su gente. Si decidía abandonar a Antonio Beltrán, todos ellos se verían abocados a la desgracia.

6

Fernando pasó la noche en vela. A su lado, en la cámara del capitán, Estrada roncaba sobre un jergón. Se sintió mal al recordar que le había llamado la atención por tratar de cortejar a María de Becerra. *«No cometas ninguna estupidez. Becerra es nuestro aliado»*, le había dicho. Estrada le era fiel, y, pese a la discusión que habían tenido, Fernando sabía que su amigo tenía razón. Ahora que se encontraba en esa misma posición, tal vez más implicado incluso, no le importaba perderlo todo por irse con Juana.

Abrió la portezuela y salió al castillo de popa a respirar el aire de la noche. El cielo presentaba una infinidad de estrellas en el firmamento. Fernando se pasó una mano por el rostro, mientras pensaba en los meses venideros. Estaba seguro de que Guatemala le llevaría más tiempo, quizá todo aquel año de 1539. Pensó en muchas cosas más, en Amir, en Estrada, en la venta de los esclavos de Alvarado, en la manera en la que tendría que buscar abastecedores para su flota… Armar una expedición era una tarea enorme, tenía que convencer y ganarse la confianza de mucha gente. Nadie lo conocía en Guatemala, así que ¿por qué habrían de venderle sus mercancías a él? Entendía que el viaje a Indias sería más largo de lo esperado y recordó lo que le había dicho Bardi antes de marcharse.

Una franja grisácea aclaró el horizonte. Los primeros rayos de sol aclararon la cubierta. Fernando barrió el muelle con la mirada. No había nadie. Una bandada de gaviotas sobrevoló la embarcación, que se mecía tranquila con el oleaje. Desvió la vista a la calle Mayor, vacía. Ni rastro de Juana. Poco a poco, los marineros, grumetes y pajes despertaron y encendieron la caldera y el hornillo para preparar la comida antes de partir. En ese momento, apareció Estrada y le dio los buenos días a su amigo. Echó un vistazo al puerto, a su lado.

—¿Dónde estás? —murmuró Fernando.

El capitán miró a su amigo con inquietud. Fernando se paseó de un lado a otro. Los hombres saciaron el hambre y comenzaron a preparar los cabos y el velamen. Las horas habían pasado y estaba todo listo para que la nao se hiciera a mar abierto. Pedro de Becerra subió al castillo y saludó a su socio y al capitán.

—Está todo preparado, y los hombres, ansiosos —anunció con voz ronca.

—Esperaremos un poco más —le dijo Estrada a Becerra al ver la expresión de Fernando. Luego se lo llevó al balcón, mientras le hablaba de otras cosas con el propósito de darle aire a Fernando. Poco después, un grumete que estaba subido a una jarcia alzó la voz, con una mano en la frente para cubrirse del sol.

—¡Nao a la vista!

Los hombres se volvieron a la borda. Becerra entornó la mirada.

—Es la nao de Beltrán.

Fernando se giró hacia Becerra. Parecía haber tomado una decisión.

—Saldremos antes de que ellos atraquen —le ordenó—. No me malinterprete, Becerra, pero no quiero discutir los quintales y fanegas de carga que traslado a La Española y la carga que le he separado al señor Beltrán para Soto.

Becerra asintió; lo que decía tenía sentido. Estrada se acercó a su amigo, preocupado. Era consciente de que, en ciertas ocasiones, las mujeres privaban a los hombres de su juicio y que estos se dejaban arrastrar por impulsos.

—Vas a tener que apretar las muelas, Fernando.

—Me voy a la casona —soltó él—. Me temo que le haya pasado algo.

—Fernando, tal vez haya decidido no venir —advirtió Estrada.

Fernando no quiso escucharlo. Cruzó el puente de la tolda al muelle y corrió a la casa de doña Beatriz. Iba con el corazón en un puño. Estaba convencido de que había llegado la hora de actuar sin pensar, de hacer lo que

sentía. Estrada bajó de un salto y lo siguió por la calle. Fernando atravesó el portón de la casa y vio que no había nadie. Reinaba el silencio. Fue hasta la casa de Hernán Jémez, y nada. Cuando volvió a salir al huerto, vio la silueta de Juana en la estancia de doña Beatriz, en la altura superior, al otro lado del huerto.

—¡Juana! —gritó, y corrió a la finca principal.

Subió los escalones de dos en dos y al llegar a la puerta, para su sorpresa, se encontró de cara con María, la madre de Juana.

—Se acabó, muchacho —le dijo ella, con la puerta a sus espaldas.

Aquello era un jarro de agua fría. Fernando se detuvo en seco. No entendía lo que estaba sucediendo. Oyó a Juana llorar al otro lado, desconsolada.

¿Qué ocurría?

—Señora, tiene que dejarme hablar con su hija —suplicó el joven.

María negó con la cabeza, con firmeza.

—Ha tomado una decisión —dijo, al tiempo que lo señalaba con su dedo acusador—. Y tú, muchacho, sabías a lo que te enfrentabas. Has sido tú el que la ha puesto en esta situación, entre la espada y la pared.

—Nadie es amo de sus sentimientos, mi señora.

—No, pero sí dueño de sus actos. La has empujado a elegir entre su corazón y su familia. Juana no va a traicionar a su gente.

—Yo nunca le pediría tal cosa.

María negó con la cabeza.

—Lo has hecho, y estás tan cegado que ni siquiera eres capaz de verlo.

Fernando sintió esto último como un golpe en el estómago. Él nunca había querido apurar las cosas hasta ese extremo. Miró a aquella mujer a los ojos, sin creerse lo que estaba pasando.

—Amo a su hija, y eso es lo que importa.

María clavó sus ojos en Fernando.

—Entonces, si tanto la quieres, márchate —sentenció—. No hay nada que puedas hacer por ella. Solo le harás daño y mancharás su honra y la de los suyos. ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué crees que se dirá en el pueblo si se va contigo?

—Lo mismo da, la llevaré lejos de aquí —sostuvo Fernando, con la mirada encendida.

—Veo que no has pensado en lo que eso significa. ¿Pretendes alejarla de su familia habiendo traicionado a Beatriz? No la conoces, no sabes cómo es ella. Juana sería incapaz de vivir con el peso de haberles hecho daño a las

personas que ama. No hagas que desperdicie la gran oportunidad de su vida.

Fernando se contuvo, y durante un instante solo se oyó el lamento de la muchacha al otro lado de la puerta. Recordó con amargura las palabras de su amigo, el capitán, el día anterior. El joven hincó una rodilla, sin aliento, al tiempo que derramaba lágrimas silenciosas.

—Se lo ruego —suplicó.

—Sabes que es lo correcto.

Se oyeron ruidos en la lejanía, y Diego de Estrada apareció por las escaleras.

—Ya están aquí —anunció el capitán.

María echó una mirada apremiante al joven.

—Eres un buen hombre, Fernando. Pero ahora demuestra tu honor y aléjate de ella.

Estrada cogió a Fernando por la espalda.

—Ya están aquí —dijo con los dientes apretados—. Será mejor que nos vayamos.

—No voy a irme así.

El joven trató en vano de zafarse, al tiempo que Estrada lo arrastraba escaleras abajo. Fernando oyó que María abría la puerta, pero no consiguió ver a Juana. Los dos hombres salieron de la casa y cruzaron el huerto para salir por la puerta que daba a esa calle, con el fin de no verles la cara a Beltrán ni a sus hombres. Estrada abrió el portón, y en ese momento oyeron un grito desesperado desde la finca.

—¡Fernando! —gritó Juana desde la balconada.

Al joven le dio un vuelco el corazón. La vio deshecha en lágrimas, y sintió una punzada de dolor al presentir que aquella sería la última imagen que guardaría de ella en su memoria. Estrada lo sacó de allí a rastras. Fernando se desmoronó en el callejón contiguo, donde lloró de impotencia y de dolor. Aquel desamor se unía a la pérdida de sus dineros y al duelo con Carranza. Atrás quedaban el joven soñador y el mercader optimista. Los reveses de la vida lo habían forjado a golpes, como al acero candente, y la fría realidad acabaría por endurecer su carácter. Supo que su historia terminaba así y que se marchaba a Guatemala y al otro lado del mundo sin ella. Su alma no sería la misma, y su corazón, que ahora pertenecía a Juana, sería prisionero de aquel sentimiento en la larga travesía que aún tenía por delante.

SEGUNDA PARTE

EL VIAJERO

MARZO DE 1539

X

HORIZONTES OPUESTOS

1

La nao de Becerra fondeó en la bahía de Santo Domingo, y los oficiales le permitieron desembarcar sus mercancías, que irían a las bodegas de la flota de Pedro de Alvarado. Aquel aprovisionamiento consistía en bizcocho, legumbres, aceite, vino y carne ahumada. Fernando estaba deshecho. Sentía la pérdida de Juana casi como una muerte, y persistía en él un dolor intenso. En Santo Domingo, pasó algunas tardes y noches de conversación con su madre. Le habló del asunto de Carranza y de cómo había limpiado el nombre de su padre. Doña Inés se limitó a asentir, y Fernando comprendió que no había en ella sentimientos de orgullo hacia la venganza. Fernando procuró no mencionar ni a la india Jimena y a su hijo Jerónimo, custodiados por Amir. Tampoco le habló de Juana. Hablaron largas horas sobre su padre. El duelo con Carranza zanjaba una historia dolorosa.

Las campanas doblaron en Santo Domingo, y se anunció la llegada de la flota de España. Fernando acudió a recibir a Pedro de Alvarado como estaba previsto. Después de casi un año de su llegada a Indias, por fin iba a reunirse con el adelantado y a cumplir con el verdadero propósito de aquel viaje. En el puerto se vivió un ambiente festivo, como casi siempre cuando un convoy cruzaba el océano. Las autoridades apenas lo hicieron esperar, y lo recibieron como a un principal de su categoría. En el puerto, varios señores saludaron a Fernando, entre ellos el escribano Baltasar Montoya, que se alegró de verlo.

—Traigo las instrucciones de su tío para vos —le dijo.

—No hace falta un trato tan cortés, señor Montoya. Le agradezco las instrucciones.

Pedro de Alvarado estaba exultante. Saludó a los señores y se dirigió hacia Fernando, a quien reconoció al instante.

—Mi mano derecha —le dijo Alvarado antes de saludarlo.

—Don Pedro, sea bienvenido a La Española —comentó el joven con una reverencia. A su lado, el capitán Estrada realizó un gesto con la cabeza.

—No se imagina el gusto de ver una cara conocida al otro lado del mundo, don Fernando —dijo Alvarado antes de estrecharle la mano. Luego hizo una seña a una de las damas, que se aproximó a él en compañía de varios criados y pajes—. Esta es doña Beatriz de la Cueva, mi esposa.

Fernando le ofreció una reverencia. La señora le devolvió el gesto con gracia. Era una mujer que sobrepasaba las cuatro décadas y que vestía como una dama de veinte años. Tenía la piel pálida y unos labios finos. Su expresión fría y rigurosa se contradecía con la alegría de su vestuario y de su tocado.

—Sé que es usted uno de los armadores de mi esposo, señor Cardeña, y que nos acompañará en nuestra travesía a Guatemala —dijo con voz firme. Fernando percibió que a Alvarado le agradaban el tono y la postura de su esposa. Fernando procuró ofrecerles hospedaje a los señores y a su séquito en su casa. Beatriz de la Cueva agradeció la invitación a Fernando y aprovechó para presentarle a sus damas, todas ellas de buenas familias, y alguna ciertamente hermosa. Mientras, el resto de la hueste, algunos capitanes y gentes de renombre, fueron alojados en posadas y en las casas de los vecinos. A Fernando le alegró ver a toda esa multitud y a esos hombres y mujeres que traían el olor y las voces de Sevilla. Vislumbrar aquella riqueza también significaba que Alvarado contaba con los dineros para pagar su aprovisionamiento, y eso, en parte, le animó.

Doña Inés acomodó a los invitados en la estancia principal de su casa. Estrada indicó a los demás invitados sus estancias y alcobas y procuró dar las órdenes a los criados. Luego volvió a la sala principal con Fernando.

—Menuda mujer se ha traído el adelantado —murmuró.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Fernando.

Estrada esbozó una sonrisa pícara.

—¿No te has dado cuenta, acaso?

Fernando negó con la cabeza.

—¿De qué?

—Es una marimandona —musitó el capitán, al borde de la risa—. No me extrañaría que sea ella la que escoge y decide por él.

Fernando le devolvió el gesto, y a Estrada le alegró. Hacía mucho que no sonreía.

—No lo sé… Creo que a Alvarado no le manda nada ni el rey —dijo Fernando.

El joven se retiró a la soledad de su escribanía a leer las cartas que le había entregado el escribano Montoya. Reconoció los trazos en el papel en una de ellas. Era de su tío Rodrigo. Se le formó un nudo en el estómago al saber que

dentro venían sus instrucciones.

> *«Fernando, hijo mío. Que Dios y San Esteban, nuestro patrón, hayan velado por ti estos meses. A enero de mil quinientos treinta y nueve, año de Nuestro Señor».*

Rodrigo le hablaba acerca de las rutas de comercio, de cómo estas se estaban viendo detenidas o mermadas por las guerras del rey. La situación de la familia había empeorado mucho en el último año. Luego venía una amplia explicación acerca del negocio de esclavos negros del África.

> *«Ciento cincuenta han embarcado en las naves de la flota. Alvarado tiene una mina de plata en una ciudad fundada por él mismo llamada Gracias a Dios, en la capitanía de Honduras. El adelantado nos ha prometido que nos pagará una vez lleguéis allí, y deberás enviar los dineros a Sevilla en cuanto tengas la ocasión. Esa cantidad será suficiente para cubrir la primera parte del préstamo de los Espinosa, que, como bien recordarás, debemos pagar en su totalidad antes del año 1545. Tendrás que acudir a Santiago de Guatemala y buscar la manera de comprar cargas y suministros para la expedición a la Especiería. Además, deberás comprobar los avales de Alvarado y hacer un inventario de nuestras posesiones y un testamento junto al señor Baltasar Montoya, cuyos honorarios ya han sido pagados».*

Fernando bajó la carta y se llevó una mano a la frente con preocupación. El flujo de riquezas de su familia se estaba deteniendo en el oriente por las guerras, y, en Indias, únicamente contaba con la maltrecha ruta de comercio que había tratado de implantar él mismo en Cuba. La situación era pésima. Dependían cada vez más del éxito de la campaña de Alvarado.

Alguien tocó a la puerta. Era Diego de Estrada.

—Todo está listo en el comedor —le avisó, y, al ver la expresión en su rostro, cerró la puerta desde dentro—. ¿Qué ha sucedido ahora?

—Noticias de Sevilla.

El joven regresó a la carta. Los Cardeña participaban de la campaña de Alvarado con un total de cuarenta mil ducados. La mayor parte de ese dinero lo usaría Alvarado para costear la construcción de los galeones y pagar a la hueste. Faltaba el abastecimiento, que corría a cargo del ingenio de Fernando. Su tío Rodrigo le dejaba claro que era imprescindible el pago de los esclavos en oro o en plata para contentar a los Espinosa y mantener a flote la empresa familiar.

> *«Sé que sabrás cumplir con tus obligaciones y sabrás cerrar los tratos y negocios con Alvarado. Ya sabes lo que pienso de él; es un gran señor. El*

porvenir de nuestra familia depende de los actos que el destino ha dispuesto en tus manos.

Que la Virgen, Madre de Dios, vele por ti en tu viaje a Guatemala.

Rodrigo de Cardeña, en Sevilla, a tres de enero de mil quinientos treinta y nueve».

—*«Ya sabes lo que pienso de él»* —murmuró Fernando para sus adentros. Cerró los ojos un instante y pudo ver a su tío en su despacho de la casa de Sevilla con el ceño fruncido, lleno de preocupación, frente a la ventana. *«No me fío de ese hombre»* era lo que le había dicho. La carta estaba escrita en clave, por si el hidalgo caía en la tentación de leerla durante la travesía en el océano.

Fernando miró a su amigo, el capitán.

—No podemos fallar esta vez —le comentó con seriedad.

—No lo haremos —dijo Estrada—. ¿Qué piensas hacer?

Fernando se llevó una mano al mentón.

—Necesito que el escribano Montoya redacte las escrituras de las posesiones que nos ha dado Alvarado en Guatemala.

El capitán no entendió para qué iba a servirle eso, y entornó la mirada.

—Sé que algo ronda por tu cabeza. Le diré que venga.

Fernando iba a arriesgarse, era la única forma. ¿De qué otra manera iba a abastecer de provisión a una docena de galeones si no actuaba con descaro? Había llegado la hora de utilizar todas las habilidades que le había enseñado Giacomo Bardi. Poco a poco, Fernando se recomponía del viaje aciago a Cuba, de su decepción y de su desamor, y veía en la campaña a la Especiería una nueva oportunidad. No debía olvidarse de que aquel era el verdadero motivo por el que habían cruzado a Indias. Tanto él como Estrada estaban dispuestos a acompañar a Alvarado a Guatemala, aunque fueran perseguidos por la sombra de la desgracia.

2

Fernando agradeció que la llegada de Alvarado lo mantuviese ocupado en sus invitados y en planificar una estrategia para proveer de suministros a la flota, antes de la salida a Guatemala. Una mañana calurosa, Alvarado le pidió a Fernando que lo acompañara a la estancia principal de la casa, que era donde se alojaba. Cuando el joven entró, vio que estaba llena de papeles, documentos y mapas. Alvarado aprovechaba esos días para aclararse las ideas.

En una de esas mesas, Fernando pudo ver el diseño de un galeón.

—Es la San Cristóbal —dijo Alvarado con buen ánimo—. Mi buen amigo, el señor Francisco de la Cueva, me ha informado sobre los avances en mis astilleros en Iztapa y en Acajutla. Tenemos siete navíos, don Fernando. ¡Siete! Y otros cinco están en construcción. No se habrá visto una flota así en la Mar del Sur.

De la Cueva era el primo de su esposa y un hombre de confianza de Alvarado, llevaba varios años en Guatemala y había viajado a Santo Domingo para recibirlos.

—Ya lo veo —murmuró Fernando con la vista en el dibujo y en el mapa de Guatemala. Aquella tierra parecía ser tan extensa y rica como lo era Nueva España. Fernando pasó los dedos por la costa hasta un punto llamado Puerto Caballos—. Al parecer hará usted de Guatemala una tierra provechosa, don Pedro.

Alvarado negó con la cabeza con vehemencia.

—Lo haremos juntos. Pero, recuerde, Guatemala no será nada sin la expedición a las Especias. Será el gran punto estratégico de todo el imperio. Todas las flotas de la Mar del Sur fondearán en sus puertos. Observe. Las mercancías del oriente llegarán a Santiago de Guatemala, que es esta ciudad de aquí, y en unas pocas semanas volverán a llenar las bodegas de las flotas que aguarden en Puerto Caballos, en el mar del Norte. Guatemala será el puente entre los dos océanos.

Fernando contempló el mapa en silencio durante un instante.

—¿Y por qué razón las flotas no habrían de fondear en Nueva España?

A Alvarado le asombró aquella pregunta, y no ocultó su sorpresa.

—Bien pensado, señor —advirtió el adelantado, con la mirada brillante—. La razón es la distancia que separa la Mar del Sur del puerto de Veracruz. Además, el camino es intransitable. Créame si le digo que lo conozco bien. En Guatemala hay un río ancho y navegable que los indios llaman Motagua y que llevará las mercancías de una costa a la otra. Guatemala es la solución al paso de ambos océanos, esa que tanto ansía el virrey Mendoza.

Por primera vez, Fernando fue consciente de la importancia de aquella campaña y lo que podía significar para el comercio a distancia. Alvarado había planificado todo, sin dejar cosas al azar, al igual que Hernando de Soto en el norte. Soto marchaba a La Florida con una hueste similar —nueve navíos, ochocientos hombres y doscientos caballos—, sin saber realmente con lo que se iba a encontrar. Alvarado, en cambio, más que conquistar un territorio o establecer una nueva provincia, planeaba abrir una ruta. La ruta definitiva

hacia la Especiería. Esa perspectiva de las cosas animó a Fernando. Se dio cuenta de que no estaba solo y de que Alvarado pelearía por sus intereses a su lado.

Alvarado deshizo sus pasos hasta uno de sus arcones. Lo abrió y sostuvo una espada con una vaina de cuero negro reluciente y un cinto a juego. Cerró el puño en su empuñadura y desenvainó el acero. Era una preciosidad.

—Hasta el día de hoy no había podido encontrar esta joya.

Fernando se vio reflejado en la hoja pulida como si fuera de plata.

—Es magnífica.

De pronto, Alvarado no le pareció un anciano ni un hombre de más de cincuenta años, sino un capitán de guerra temible. Era más alto que ningún hombre, y aún se mostraba enérgico. Su mirada, su fuerza y sus arrestos estaban hechos para la conquista. El joven no pudo hacer otra cosa más que admirarlo. Alvarado volvió a envainar.

—¿Le ha quitado la vida a un hombre alguna vez?

Fernando sintió la pregunta como si le abriesen una herida. Asintió con seriedad. Alvarado le tendió la vaina.

—Es suya —dijo entregándosela.

—Señor, no puedo aceptar esto —dijo Fernando con extrañeza.

—Esta espada se la envía su tío, don Rodrigo. Es un presente para que le acompañe en la travesía a Guatemala.

Fernando se llenó de alegría al oír aquellas palabras. Desenvainó la hoja medio palmo para admirar el acero. Luego le estrechó la mano al hidalgo. Su expresión volvió a aquella seriedad habitual en él.

—Como parte del trato con su familia, le nombro capitán —anunció Alvarado—. Entienda que antes debía asegurarme de que era usted un hombre digno de empuñar una espada en mi nombre, Cardeña. No tengo dudas de que actuará con lealtad, pues nuestros destinos y el de nuestras familias parecen más ligados que nunca. Que Dios le proteja.

El joven hizo una sentida reverencia, aceptando aquella suerte de vasallaje.

3

Fernando quiso ver a los esclavos que había traído Alvarado consigo y asegurarse de que se encontraban bien. Acudió al puerto de Santo Domingo, a orillas del río Ozama, en compañía del capitán Estrada y del señor Monroy para cerciorarse de que Becerra había cargado todos los suministros en las naves de la flota de Guatemala y que los oficiales del puerto no habían dado

problemas. Fernando se aseguró de que cada uno de ellos había recibido una parte para mantenerlos de su lado. Los hombres a sueldo de la Casa de la Contratación de Sevilla contaban con las ganancias del contrabando y con los sobornos de los mercaderes y señores que enviaban y recibían mercancías y géneros de España. Todo era caro en La Española. Incluso los oficiales iban justos de dineros. A Fernando, que llevaba toda su vida viendo la manera en la que su tío y Giacomo compraban a los oficiales, no le costó esfuerzo ganarse la simpatía de aquellos hombres. Si la Corona hubiese permitido el comercio entre las distintas Audiencias del Nuevo Mundo, todo habría sido más fácil, pero el Consejo de Indias tenía muy claro que cada territorio debía gestionar sus recursos únicamente con la Corona. De esta manera, nada se escapaba a la Casa de la Contratación. Las remesas de oro y plata iban a parar a las arcas del rey, y el flujo de los productos iba siempre en una única dirección, sin desviarse a otros puertos. Esto beneficiaba a la Corona; sin embargo, tal como le había explicado Bardi, era perjudicial para los territorios y para la gente que habitaba en ellos, pues la escasez de mercancías y la imposibilidad de comerciar con otros puntos más cercanos lo encarecían absolutamente todo. La grieta por la que colarse estaba en las expediciones. Con la excusa de vender suministros a un gran señor para su campaña, podían crearse rutas de comercio ocultas, que bordeaban la legalidad de las leyes.

Fernando y Monroy vieron volver al capitán Estrada con mala cara.

—El desgraciado de Álvaro de Paz no nos permite ver la mercancía —explicó el capitán, malhumorado, con una mano en la frente.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Fernando.

—El lugarteniente de Alvarado. Dice que son órdenes del adelantado.

—Dile que soy su armador. Ordenad bajar a todos los esclavos.

Poco después, ante la mirada retadora de Álvaro de Paz, una hilera de hombres y mujeres con las piernas y los brazos entumecidos comenzaron a desembarcar. Llevaban dos meses dentro de las bodegas y tres días encerrados frente al puerto. Algunos de ellos mojaron sus pies y se refrescaron. Fernando mandó abrir media docena de baúles que iban llenos de bizcocho para darles de comer. Aquellas provisiones eran las de Cuba y aún no habían sido pagadas por el adelantado.

—Cuéntalos —le pidió Fernando a su amigo, el capitán. El joven los observó en la distancia. Maldijo el día en que su familia y el destino lo habían puesto a él en aquella tesitura. Estrada regresó poco después.

—Ochenta hombres, cincuenta mujeres y una veintena de críos —comentó.

—Ciento cincuenta —murmuró Fernando—. Quiero que vayáis a hablar con Juan de Villena para que nos arriende su granero unos días. Es esa finca que se ve desde aquí, mirad. Vamos a llevar a esta gente allí.

Villena era un vecino que vivía más o menos cerca del puerto y que tenía en su hacienda un almacén lo bastante grande como para acomodar a esa gente. Monroy se vio en la obligación de intervenir ante su señor.

—Don Fernando, esto es absurdo —se aventuró al tiempo que negaba con la cabeza—. Esta gente puede estar aquí y luego retornar a las bodegas antes de que aparezca el adelantado. De esta manera solo conseguiréis perder más dineros y enemistaros con don Pedro. Todo lo que habéis hecho en Cuba y el suministro que le habéis vendido no servirá para nada. Atended a lo que os digo, os lo ruego. Sois demasiado joven para comprender estas cosas.

—Haced lo que os pido —ordenó Fernando sin dar ninguna otra explicación.

4

La acción con los esclavos no pasó desapercibida para Alvarado, quien descubrió que Fernando de Cardeña era más de lo que demostraba su juventud. Escuchó con atención las alegaciones de su mayordomo, Álvaro de Paz, y pasó un momento cavilando y preguntándose cuál sería la mejor manera de demostrar su autoridad. *¿Qué hago con usted, Cardeña?*, se preguntó Alvarado. Decidió esperar, sin emprender ninguna acción, para disgusto de su lugarteniente.

Alvarado echó un vistazo a la sala y vio en la mesa carne y buen vino. Doña Inés había mandado preparar esa cena. Recibir a su séquito le habría costado a Cardeña una pequeña fortuna, y Alvarado se preguntó acaso con cuántos dineros contaba la familia en Santo Domingo. Tuvo la duda de si el joven Fernando sería capaz de gestionar su responsabilidad y de guiar a su familia a través del desfiladero en el que se encontraban. De salir mal cualquiera de los negocios que tenían con él, los Cardeña caerían en la ruina.

Fernando se acercó al adelantado con dos copas en las manos. Alvarado se lo agradeció y se humedeció los labios con la copa. Cardeña había desviado la vista hacia el grupo de hombres de confianza del adelantado, que se encontraban al otro lado de la mesa.

—Esta mañana he desembarcado a los esclavos —anunció Cardeña. A Alvarado le agradó que no se escondiera ni esgrimiera alguna excusa.

—Esa mercancía sigue siendo suya —manifestó Alvarado—. No tengo

nada que alegar contra su disposición.

—Esa gente viajaba en unas condiciones deplorables —sostuvo el joven —. Apenas tenían aire, y muchos de ellos ni siquiera habían comido.

—No tengo nada que objetar —continuó Alvarado, y luego le ofreció una sonrisa impostada—. Después de todo, los dos queremos que se mantengan vivos.

Fernando no dijo nada.

En ese momento, Alvarado creyó descubrir la verdadera naturaleza del joven, una que lo alejaba de convertirse en uno de sus más allegados. Fernando de Cardeña era un hombre de ideales y de buenas intenciones, dos cualidades pésimas en un conquistador. *Tal vez necesite la experiencia de la guerra*, imaginó. Era inteligente, tenía dotes para el mando y era diestro con la espada. Su defecto eran sus principios. Los hombres así no valían para abrirse paso en las Indias. Le vino a la memoria una historia que había oído en el Perú, durante su penosa intentona de conquista, años atrás. Se trataba de Hernando de Soto, que por entonces era un jovencísimo capitán de Pizarro, un hombre inteligente, un jinete sin par, diestro con la espada. Se parecía mucho a Cardeña, en sus ideales, en su honradez. Para Alvarado, acatar ese supuesto honor cegaba al entendimiento y a la inteligencia. Tal fue el caso de Soto, que capturó al rey de los incas, Atahualpa, pero, sin embargo, sus valores le impidieron acabar con la vida de un prisionero indefenso. Más aún, se interpuso entre el inca y sus hermanos españoles, mandó que sus hombres custodiaran su celda e impidió que Pizarro lo ajusticiara a su manera. ¿Qué podía hacer Pizarro con uno de sus mejores soldados? ¿Cómo hacer para que no molestara en ciertos asuntos sin ganarse su enemistad?

—Lo mejor es quitarse de en medio a esos hombres con un cebo —le había dicho Diego de Almagro a Alvarado, el hombre que le había contado la historia en el Perú—. Enviarlos a una misión digna de su honradez.

Y así hizo Pizarro. Solicitó sus servicios y mandó a Hernando de Soto al frente de una hueste con el fin de rescatar a unos supuestos españoles prisioneros por unos rebeldes. A su regreso a Cuzco, Pizarro había ajusticiado a Atahualpa sin entrar en disputas con su capitán.

En Indias no había lugar para los hombres débiles. Para Alvarado, abrir territorios y caminos, fundar ciudades y excavar minas requería de pragmatismo y mano dura. Se preguntó entonces cómo iba a mantener de aliado a Fernando de Cardeña, su mayor armador, sin que su honradez y sus ideales se interpusieran en sus propósitos en su viaje a Guatemala.

5

Lejos de Santo Domingo, en la isla de Cuba, San Cristóbal de la Habana se alzaba con esplendor en el norte. Juana salió a la cubierta, junto a su prometido, Antonio Beltrán, para contemplar el puerto a su llegada. Más aislado que ningún otro asentamiento en el archipiélago del mar de los caribes, La Habana había dejado de ser una aldea gracias a los hombres y mujeres que habían acudido con Hernando de Soto. Algunos meses atrás, La Habana había sido arrasada por piratas franceses. Ahora se hallaba bien pertrechada, de armas y de soldados, y su bahía estaba llena de jarcias y aparejos que cortaban el horizonte. La villa se alzaba en la ribera, y desde allí podía verse en la lejanía la proyección de un fuerte para proteger a los navíos. Hernando de Soto había mandado a todos sus albañiles a levantar andamios y sentar los cimientos de la primera fortaleza de Cuba.

Cuando la nao se aproximó al puerto, Beltrán se giró hacia Juana.

—Hay algo que debes saber —musitó para que nadie más en la cubierta pudiera oírlos—. Esta semana, para mantener la costumbre, la casa de doña Beatriz te ofrecerá hospedaje. Nuestro enlace se celebrará el próximo domingo.

Juana trató de disimular el malestar que le produjeron sus palabras. Las últimas semanas habían sido un caos para ella. Había pasado por una historia prohibida que la había hecho vivir y amar, y durante el tiempo que duró, sintió que era libre. La amarga despedida de Fernando, la imposibilidad de hablarse y la certeza de saber que nunca más se verían la hundieron en la tristeza. Su madre la instó a ser fuerte por una vez, a no dejarse arrastrar por los sentimientos. Juana tendría la vida resuelta con Beltrán, y mantener su matrimonio significaba salvaguardar la integridad de la compañía de mercaderes. Juana no solo debía mantenerse estoica por ella misma, sino también por su madre y por Beatriz.

Hizo de tripas corazón. Bajó por el puente de la tolda y pisó la hierba mojada y embarrada. Llevaba los diez días de travesía con un mareo incesante, y aún en tierra mantuvo la sensación de balanceo. Echó la vista alrededor y vio una llanura salpicada de árboles y más allá, de colinas. Pronto, un grupo de españoles y de isleños se dispusieron a descargar la nao. Entre todos ellos, Juana reconoció a Amir, y su corazón dio un vuelco al ver una cara conocida. El africano cruzó el muelle al verla.

—Bienvenida al norte —dijo Amir sonriente.

Ella apoyó una mano sobre la suya, a modo de saludo.

—No traes buen aspecto —murmuró el africano con preocupación. No olvidaba que una de sus funciones era la de velar por el bienestar de la muchacha, aunque ella no lo supiera.

—Estoy bien, solo un poco mareada por el viaje.

En ese momento, vio a Beatriz en el camino. Iba vestida con un sayo de trabajo y con las mangas por los codos, tirando de un carro. Juana sintió tal emoción que dejó correr lágrimas por sus mejillas. Se sentía tan sola y abandonada por los acontecimientos que la imagen de Beatriz fue como un bálsamo. Hizo un gesto y agitó su mano en el aire.

Cuando los hombres cargaron todos los enseres a la casa de Beatriz, Juana pudo ver que se trataba de una finca de una sola planta con una docena de habitaciones. La fachada daba a la calle principal, a tiro de piedra de la plaza donde celebraban el mercado y de la iglesia. Por la parte posterior, se extendía una amplia parcela. Juana vio un corral lleno de gallinas, y una valla de madera cuidaba de que el ganado, las dichosas vacas de Hernando de Soto, no se escapara.

—Vaya carita que tienes, chiquilla —dijo Beatriz, sentada en la que sería su alcoba—. Vas a compartir la estancia conmigo. Espero que no te moleste.

—¡Claro que no! —dijo Juana mientras cogía sus manos.

Beatriz esbozó una sonrisa amplia y luego le acarició las mejillas. Apartó su cabello a un lado y a otro, con delicadeza.

—Ven, vamos a preparar un baño y a ponerte guapa, que pareces un arcabucero lleno de hollín.

Juntas fueron a calentar el agua en unas cacerolas en el patio, y Beatriz cocinó un poco de jabón. Llevaban casi seis meses sin verse. Nunca habían estado tanto tiempo separadas la una de la otra. A Juana le pareció que su amiga estaba más hermosa que nunca. Pasaron el día juntas. Juana le habló del matrimonio y Beatriz le explicó que ella misma se había encargado de los preparativos. Doña Isabel de Bobadilla y su esposo estaban ilusionados con la boda. Su amiga le describió cómo estaban las cosas en la villa. Hernando de Soto y doña Isabel se hospedaban en la casona más grande, que estaba junto a la iglesia. Se rodeaban de la corte de principales, que eran en su amplia mayoría los capitanes de Soto. La señora apreciaba mucho la compañía de su hermano y confesor, Francisco de Bobadilla, además de sus damas. Hernando de Soto no quería hacer las cosas con prisa, y no iba a marcharse hasta haber establecido una ciudad en condiciones en el norte de Cuba. Eso significaba que aquella gente aguardaría allí hasta el mes de mayo, como mínimo.

—Las cosas aquí van con mucha calma, ya verás. No tardarás en ser

apreciada en la corte de principales —le dijo Beatriz a Juana con una sonrisa en los labios, mientras le peinaba el cabello. Ambas fueron a sentarse al sol, en la parte trasera de la casa. Juana asintió, sin decir nada.

—¿Estás preparada para casarte? —preguntó Beatriz a bocajarro.

Juana bajó la mirada al suelo.

—Supongo que es lo que debo hacer.

Beatriz frunció el ceño, con preocupación.

—¿Has pensado rechazarlo?

Juana negó con la cabeza.

Beatriz le narró algunas cosas sucedidas esos últimos meses en La Habana. Beltrán se había convertido en un hombre fuerte en la villa, y representaba a la compañía de mercaderes de Fernando, después de la marcha de Becerra. El papel de Beatriz, al ser una mujer, había quedado reducido al de dama de compañía del séquito de Isabel de Bobadilla. Juana comprendió que, ante aquel panorama, tenía pocas alternativas.

—No voy a rechazarlo —dijo resignada—. No puedo hacerlo.

Beatriz desvió la mirada hacia los árboles, con tristeza. Ambas eran conscientes de la realidad que les estaba tocando vivir.

6

Al día siguiente de su llegada a La Habana, Juana fue presentada en la corte del gobernador, después de la misa, como dama de compañía de Beatriz. Doña Isabel de Bobadilla se encontraba con las esposas de los principales. Todos vestían sus mejores ropajes. Aquella era la pequeña élite de una villa en sus inicios.

—Ven, vamos a saludar a la señora —musitó Beatriz.

Juana la siguió hasta situarse frente a doña Isabel. Pudo distinguir de cerca la belleza de su rostro.

—Acercaos, doña Beatriz —dijo la señora, que recibió su reverencia y la de Juana con un gesto cortés—. ¿Quién es la belleza castellana que os acompaña?

Algunos capitanes volvieron la mirada para contemplar a Juana, que se había sonrojado de improviso.

—Es mi dama de compañía, mi señora —respondió Beatriz—. Su nombre es Juana, de madre y padre extremeños, nacida en Santiago de Cuba. Será la dama a la que despose el señor Antonio Beltrán el próximo domingo.

La joven hizo caso al gesto de su amiga y volvió a realizar otra reverencia,

algo torpe, frente a doña Isabel. La esposa del gobernador hizo un ademán con su mano.

—Dejad que os contemple. Tenéis un cabello hermoso.

La chica se llevó una mano a su pelo oscuro, brillante y frondoso. Beatriz disimuló un ligero gesto con sus cejas, y Juana no comprendió a qué se refería.

—Sí, mi señora. Es por el aceite que le pongo.

Algunas de las damas, como Ana Mejía, María de Caba o Ana Fadrique dejaron escapar risillas y comenzaron a hablar entre ellas, con las miradas puestas en Juana, que no entendía qué les había hecho tanta gracia. Doña Isabel no pudo hacer otra cosa más que sonreír.

—Acompañadnos y disfrutad con nosotras en la finca —las invitó.

Ambas aguardaron un poco apartadas, a la espera de que el séquito de don Hernando y su esposa se pusiera en marcha. Hasta entonces, Beatriz había sido invitada en tres ocasiones a la casa del gobernador. Mientras esperaban, Juana se volvió a su amiga.

—¿Qué ha sido eso?

Beatriz negó con la cabeza.

—Cuando la señora te obsequie con un halago, tienes que devolverlo. Halagarse es una excusa para entablar relaciones.

—Pues vaya tontería —esgrimió Juana, molesta, viendo que algunas de las damas de Isabel de Bobadilla aún le lanzaban miradas.

—No les hagas caso —dijo Beatriz, preocupada de otros asuntos—. Mira, ya comienzan a andar. Vamos detrás de la señora, y no hables si ella no te lo pide. Y procura hacer una reverencia cada vez que saludes a un señor, no lo olvides.

A Juana le costó adaptarse a su nuevo rol de dama de corte. Los días que siguieron acudió junto a Beatriz a la casa de doña Isabel con el único propósito de estar presentes. Los días pasaban y Beltrán se mostraba encantado con su asistencia. El hidalgo había hecho un acercamiento al gobernador, y cada vez se le veía más próximo a su círculo. Gracias a los muchos negocios de la compañía de mercaderes, Beltrán había hecho otros por su cuenta, y se había convertido en una pieza importante para el abastecimiento de Soto.

El domingo llegó más rápido de lo que Juana hubiese deseado. El día señalado, la muchacha fue conducida por el séquito hacia la estancia de doña Isabel. La señora había dispuesto algunas prendas de lujo para que ella pudiera escoger. Cuando Juana entró, las damas del séquito esperaron a un lado, resentidas. Algunas de ellas no ocultaron sus celos por el trato de la señora a la

que llamaban «la mesonera» en sus corrillos. ¿Quién era esa muchacha desconocida y por qué razón se había ganado el favor de doña Isabel?

—La señora ha tenido el detalle de traer algunas prendas para que elijas —murmuró Beatriz a su lado. Juana apenas supo qué decir, cohibida por las miradas de las damas congregadas. En ese momento, doña Isabel dio un paso hacia ellas y tomó la mano de Juana, guiándola hacia sus basquiñas y jubones.

—Elige el que más te guste —dijo doña Isabel, que aprovechó para echar una mirada de reprimenda a las otras damas por su actitud—. El señor Beltrán y el obispo no tardarán en venir.

La ceremonia se iba a celebrar en la capilla de la casa del gobernador. Juana agradeció la intimidad de la casa de Soto; sin embargo, pronto se dio cuenta de que allí únicamente asistiría su séquito y los hombres importantes de la villa, y eso la puso nerviosa. Aunque había tenido tiempo de aceptar su situación, no podía dejar de pensar en Fernando y de preguntarse dónde estaría en ese instante, si pensaría en ella.

Poco después, en la soledad de una estancia privada, Beatriz la ayudó a vestirse, con ayuda de la india Jimena.

—¿Estás bien? —le preguntó su amiga.

—¿Ha llegado Beltrán?

Beatriz asintió con seriedad.

—Te espera en la capilla.

Juana notó un nudo en el estómago. Tras vestirse y prepararse, salió al vestíbulo y vio que estaba Amir para escoltarla.

—¿Lista? —le preguntó el guineano sonriente.

Juana asintió también, con falsa seguridad.

—Pase lo que pase, yo siempre estaré de tu parte —le dijo el africano, más serio—. Puedes confiar en mí.

Juana sintió que iba a llorar, pero se recompuso y cogió aire.

—Gracias, Amir. Vamos allá.

Juana percibió que Amir bajaba la mirada y borraba la sonrisa, como si de algún modo fuera consciente del dolor y el esfuerzo que significaba todo eso. Saber que había alguien de su lado la reconfortó. Beatriz se colocó delante de la comitiva, seguida de Amir y Jimena. De esta manera cruzaron las habitaciones y la sala principal, donde aguardaban algunos invitados, y prosiguieron hacia la pequeña capilla de la casa de Soto. Dentro apenas cabía nadie más. Doña Isabel se situó delante, junto a sus más allegados.

Antonio Beltrán estaba en el altar, vestido con la cuera carmesí que le había regalado Fernando, y a Juana le dio un vuelco el corazón al verla.

El obispo hizo una señal para que se aproximara. Fue el propio Hernando de Soto quien se reservó el honor más grande y acompañó a la joven al altar.

—Que el Señor vele por vuestro matrimonio, mi señora —le dijo Soto antes de ofrecerle su brazo.

Juana avanzó indecisa, mientras las miradas se posaban en ella. Por un azar caprichoso, era envidiada en aquella corte de damiselas, sin que ninguna de ellas supiera que, en realidad, ella prefería estar muy lejos de allí. Recordó los años de pobreza y el tiempo como mesonera. Ahora su vida sería otra, rodeada de gente distinguida, intrigas y gestos forzados. Iba de la mano del gobernador de la isla a convertirse en la esposa de un rico mercader. Sin embargo, la imagen de Fernando persistía frente a sus ojos, al igual que sus caricias y sus palabras. El amor de su vida había aparecido de manera fugaz, en el peor momento, y ahora el joven estaría muy lejos de allí.

La corte se reunió en la sala más grande de la finca de Hernando de Soto para celebrar el enlace. Juana advirtió que allí estaban todos los capitanes, pilotos, consejeros y hombres cercanos a Soto. Además, lo acompañaban sus socios y armadores y, por último, algo apartadas del resto, las damas. Juana y Beltrán se dirigieron a la mesa principal, la de los esposos, y fueron recibidos con un sonoro aplauso.

Hubo festejos, bailes y música. Juana consiguió olvidar en parte sus miedos. Se alegró al ver que su esposo era recibido en la corte de Soto y que aquel enlace afianzaba las relaciones de Beatriz con doña Isabel. El precio de la prosperidad había sido muy caro para ella. En un tramo de la noche, cuando Juana por fin se sintió cómoda entre esa gente, Beatriz se acercó.

—Ha llegado la hora.

Juana la miró sin comprender.

—¿La hora de qué?

—De que Beltrán y tú os marchéis y que la gente os despida.

Juana sabía lo que eso significaba. Beatriz leyó su mirada de horror.

—Niña, es la última prueba —musitó—. Lo mejor será que estés tranquila. Te daré unos aceites para que puedas…

—Sé lo que tengo que hacer —la interrumpió ella.

Beatriz frunció el ceño, pero no pareció sorprenderse. Sacó del bolsillo de su basquiña un saquito de piel de embutido de carne y se lo dio a escondidas.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven.

—Es sangre de cerdo —murmuró Beatriz con expresión seria—. A tu esposo le complacerá tener una prueba de tu honradez.

7

Algunos días después de la boda, la corte volvió a reunirse. Juan de Añasco, capitán y contador de Soto, relató su travesía de avistamiento por la costa de La Florida. Explicó el régimen de vientos y de mareas que descubrió y que coincidían con las informaciones de la expedición de Pánfilo de Narváez, algunos años atrás. Juana estaba junto a Beatriz y las damas de compañía de Isabel de Bobadilla. Ella había crecido escuchando las historias de expediciones anteriores, como la de Narváez, y conocía al dedillo cada una de ellas. Soto seguía mostrándose prudente.

—¿Por qué pones esa cara? —quiso saber Beatriz.

—Menos de la mitad consiguió sobrevivir a la expedición de Narváez —murmuró Juana—. Fue una masacre por culpa del hambre, de la sed y de los naturales que les hicieron. La costa de La Florida es un pantano.

Su amiga la miró con asombro.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Juana se encogió de hombros.

—He oído esas historias cien veces en el mesón de Antón.

Todos hablaban de La Florida, de las fuentes de la eterna juventud y de las ciudades de oro. Para Juana, se trataba de cuentos e historias con las que los hombres se llenaban la cabeza y que esgrimían como excusas para sus campañas.

—No hemos avistado gentes desde la costa —prosiguió Añasco, frente a todos—, pero sabemos gracias al penoso relato de Narváez que hay tribus y que son hostiles.

Hernando de Soto no quería arriesgarse a cruzar con mal tiempo y perder a toda su flota, compuesta por casi mil personas, trescientos caballos, decenas de carros y cabezas de ganado. Hasta ese momento, nunca había habido una expedición tan preparada como aquella, ni siquiera la de Cortés, pues, aunque había cruzado al Yucatán con más embarcaciones que Soto, había reunido menos caballería y artillería. Los señores continuaron discutiendo sobre la campaña. Mientras, en el corrillo de las damas, Isabel de Bobadilla alzó la vista hacia Beatriz.

—Vos, doña Beatriz, participasteis en la campaña de Pánfilo de Narváez, ¿no es así?

—No, mi señora —respondió Beatriz—. Me vi obligada a participar en la expedición de Hernán Cortés a México, por los compromisos de mi difunto esposo.

Hernando de Soto prestó atención a sus palabras.

—¿Fuisteis armadora de Cortés? —le preguntó.

—De uno de sus capitanes —respondió ella—. Pedro de Alvarado.

Un murmullo se alzó en la sala. Aquel nombre levantaba a partidarios y detractores allá donde se pronunciaba. Muchos vecinos de Cuba lo tenían por buen cristiano, por haber hecho negocios con sus familias en los años en los que había vivido en la isla. Por otro lado, los sucesos acontecidos durante la toma de Tenochtitlán, la matanza del Templo Mayor y la Noche Triste habían cruzado el mar y se habían comentado en cada posada y en cada taberna de Su Majestad en las Indias. Juana había procurado guardar con celo aquellas historias, pues, en cierto modo, eran el relato de su padre, Pedro de Portocarrero.

Hernando de Soto negó con la cabeza, como si la imagen de Alvarado fuera lo último que quería ver frente a él.

—Alvarado es un hombre al que nunca le ha importado actuar como un bárbaro y llevarse por delante a quien se le interpusiera. Es un hombre sin ley ni moral. Ahora que el rey le ha otorgado los permisos para conquistar la Mar del Sur hasta la Especiería, utilizará esa licencia como le venga en gana. Siempre ha interpretado las ordenanzas reales a su manera.

Volvió a oírse un murmullo en la sala. No todos se mostraron conformes con su comentario. Para muchos, en especial para los armadores de Soto, la figura de Alvarado seguía siendo la de un buen vecino de la isla.

—Nadie puede acusar al señor Alvarado de falta de valentía —esgrimió Diego Cepero, uno de sus antiguos armadores en Santiago. Hernando de Soto estaba en medio de la sala, en postura gallarda. Era un hombre que tenía claro sus principios y que buscaba que quienes lo siguieran profesaran su misma moral.

—La valentía sin honor es pura ambición —dijo Soto—. He visto a lo largo de mi vida a muchos hombres lanzarse a la batalla o echarse a la mar empujados únicamente por el afán de acumular riquezas, títulos y nombre. Pedro de Alvarado no es un hombre valiente: es un hombre ambicioso. Un hombre que jamás ha pagado una deuda a nadie.

Esto último levantó una discusión entre los capitanes. En el grupo de las damas, Isabel de Bobadilla se volvió a Beatriz.

—A vos no os devolvió ni un maravedí —murmuró doña Isabel para confirmar sus suposiciones. Beatriz negó con la cabeza. Ni doña Beatriz ni ninguna de sus acompañantes necesitó conocer las razones. Todas conocían las maneras con las que se movían aquellos señores. Después de todo, Beatriz

del Castillo era solo una dama. Juana lamentó el destino que le esperaba a Fernando al otro lado del océano.

Cuando regresaron a la casona, Juana pensó en que llevaba más de un mes sin tener el período lunar. La última vez había sido mucho antes de su marcha de Santiago, y eso la preocupó. Tenía desde hacía días el impulso de hacerle mil preguntas a Beatriz, pero sus dudas levantarían sospechas. En ese momento, Beltrán entró por la puerta. Se sentó en una silla para quitarse las botas.

—Esta tarde, en la corte, he recibido una propuesta de Soto —dijo en tono seco. Juana se sentó al borde de la cama y frunció el ceño.

—¿Qué es lo que te ha ofrecido? —le preguntó.

Beltrán se despojó de sus ropajes lentamente tras haberse quitado las botas.

—Me ha prometido un cargo importante en La Florida.

—¿En La Florida? —preguntó Juana.

—Sí, en La Florida. He apostado todo por esta campaña y por este matrimonio —dijo Beltrán—. Es la única manera de prosperar. Debes entenderlo.

—¿Entender el qué? —exclamó Juana, exasperada, pero un instante después, cayó en la cuenta de lo que decía. Su expresión cambió. Ambos iban a cruzar el mar junto al millar de personas dispuestas a perseguir el sueño de Hernando de Soto.

8

La casa por fuera no demostraba gran cosa; sin embargo, en su interior escondía un pequeño palacio. Muebles, tapices, alfombras, libros. Era una muestra de los años dorados de La Española, cuando se había encontrado oro en sus arroyos y aún no surgía el problema de la despoblación de indios taínos. Fernando no tardó en descubrir que la casa palacio de la familia Pasamonte en Santo Domingo era la más rica de la villa.

El señor Monroy había movido sus hilos, y Fernando se presentó en compañía del escribano Baltasar Montoya frente a los herederos de Enrique de Pasamonte, el que hasta entonces había estado a cargo de la Tesorería de la Audiencia, uno de los hombres más ricos de Indias. Fernando había comprendido que, para cumplir con sus obligaciones, debía pactar con la élite, es decir, hacer aquello a lo que su padre se había negado.

Fernando fue recibido en una sala tapizada y elegante. A continuación, les

habló a Pasamonte y a sus dos secretarios con franqueza. Les explicó los planes del adelantado de Guatemala, la construcción de su flota de doce galeones y las licencias que guardaba para la exploración y la conquista de las islas de las Especias. Pasamonte lo escuchó con atención y luego juntó sus manos sobre su regazo antes de hablar. Fernando se dio cuenta de que tenía la piel muy fina, que era un hombre que jamás había realizado ningún tipo de trabajo manual cuyo máximo esfuerzo había sido abrir un libro de cuentas o una caja de caudales.

—Ya hemos visto que tiene el favor del señor Alvarado, y sabemos que ha hecho tratos con don Hernando de Soto —dijo Pasamonte con calma—. Sin embargo, pese a sus poderosas amistades, ha venido en busca de nuestro apoyo.

—Eso es.

—¿Qué puede hacer la familia Pasamonte por los Cardeña?

Fernando frunció el ceño. Le pidió al señor Montoya que le entregara un listado con todos los suministros y pertrechos que necesitaba cruzar al otro lado del mar, para la flota. Era mucho. Desde material para barcos, velas, anclas, jarcias, madera y herramientas hasta provisiones como vino, aceite, vinagre, tocino añejo, harina, pescado seco, maíz o azúcar. Y lo necesitaba en grandes cantidades. Solo los Pasamonte, cuya influencia abarcaba toda la isla, serían capaces de reunir a los comerciantes, hacenderos y campesinos necesarios para tal carga. Fernando era consciente de que aquella era su última carta en la isla.

—¿Cómo piensa pagar todo esto? —preguntó uno de los secretarios.

—Mi señor cuenta con una mina de oro y plata en la capitanía de Guatemala —intervino el escribano Montoya—. Eso no será un problema.

—Se le pagarán cuatro mil pesos de oro en cuanto llegue la mercancía —dijo Fernando, a sabiendas de lo que arriesgaba—. Además, tendrá como avales una casa junto al cabildo en Santiago de los Caballeros de Guatemala y una extensa encomienda en Acajutla.

El señor Montoya le proporcionó una copia de las escrituras. Aunque Fernando no había visto aún esas propiedades, no dudó en hacer uso de ellas en aquel momento crucial. Pasamonte entregó los pergaminos a sus secretarios, sin leerlos. No apartó la mirada de Fernando.

—Está pidiendo demasiado, señor Cardeña. No nos basta con esto.

Montoya intercambió una mirada nerviosa con Fernando, que no se inmutó.

—¿Duda, mi señor, de que don Pedro de Alvarado le entregará sus

dineros cuando arriben las cargas? —preguntó el joven.

—Cualquier cosa puede pasar; ya conocemos la naturaleza de estos negocios —manifestó Pasamonte con seriedad—. ¿Qué más tiene, don Fernando?

El joven frunció el ceño con preocupación. No tenía más alternativa. Todo o nada.

—Ciento cincuenta esclavos africanos —dijo tras un instante.

—Don Fernando, no… —murmuró Montoya.

Los señores intercambiaron una mirada entre ellos.

—Eso nos complace para aceptar el trato —anunció Pasamonte con una leve sonrisa y echando un vistazo a sus secretarios—. Además, nuestra familia quiere un pequeño porcentaje en la campaña a la Especiería.

Fernando dudó por un instante. Pedían demasiado, y se lo jugaba todo.

—¿Entonces? —volvió a preguntar Pasamonte.

—Hay trato —dijo Fernando, y se puso en pie.

Pasamonte hizo lo mismo.

—Tenemos un agente en Tabasco y otro en la Ciudad Real de Chiapas —le dijo el hidalgo de Santo Domingo.

—¿Por qué razón no enviarlo hacia Puerto Caballos? —preguntó Montoya.

—Quiero que esté presente mi agente en la entrega, señor escribano —sostuvo Pasamonte—. Además, Tabasco y Chiapas es el mejor recorrido hasta la capitanía de Guatemala desde el norte, mucho más que la ruta desde Veracruz.

Fernando, que se había estudiado los mapas, se mostró conforme.

—Deberá estar en el puerto de Santa María de la Victoria para el mes de septiembre, en la región de Tabasco. Necesitamos de al menos cinco o seis meses para reunir la mercancía.

—Allí estaré. Tiene mi palabra —dijo Fernando.

—Y usted la nuestra, pero procure aparecer con los dineros —le aconsejó Pasamonte en tono persuasivo, y bajó la voz—. Me veo en la obligación de recordarle que, de lo contrario, nuestra familia se quedará con todo el aval que ha puesto, y no desembarcaremos ni una sola arroba hasta que nos haya pagado las cargas.

Fernando asintió con seriedad.

—No le fallaré, señor Pasamonte. El adelantado de Guatemala es mi socio. Tendrá sus dineros.

Ambos estrecharon sus manos. Luego los secretarios le entregaron el

contrato con sus peticiones y obligaciones envuelto en piel. Poco después, fueron acompañados hasta la puerta, donde los despidieron.

Fernando y el señor Montoya anduvieron en silencio por las calles de Santo Domingo hasta la plaza. Antes de separar sus caminos, el escribano se giró al joven mercader.

—Se juega mucho, don Fernando.

—He apostado todo lo que me queda, señor Montoya —reconoció el joven con resignación. El escribano le devolvió un gesto preocupado, conocedor de la enorme responsabilidad a la que se enfrentaba.

—Nunca pensé que conocería a un hombre que arriesgara tanto o más que mi señor Alvarado —dijo tras un momento—. Espero de corazón, don Fernando, que la fortuna esté de su parte.

XI

GUATEMALA

1

El cielo presentaba un caótico cúmulo de nubes que portaban la lluvia y vientos incesantes. La flotilla de Pedro de Alvarado había salido de Santo Domingo a finales del mes de marzo, y, dos semanas después, el vigía de la Santa Catalina avistó tierra el día de Viernes Santo. Fernando y Estrada viajaban en la cubierta, y echaron la vista a la lejanía. Todo era distinto en aquella latitud.

—Mira esas sierras, qué altas son —murmuró Estrada.

Fernando las contempló largamente.

—Solo espero que nos traigan fortuna.

Frente a ellos vieron un horizonte de montañas cubiertas de una tupida masa vegetal. Los vientos amenazaban con partir el aparejo, y el contramaestre pidió a los marineros recoger parte del velamen. En ese momento, los vigías y los hombres que conocían aquella región hacía unos años se afanaban en reconocer un único punto en la costa: Puerto Caballos. El piloto escoró la nave hacia estribor en dirección a la tierra firme. Las tres naos iban cargadas con los primeros suministros y armas para la capitanía y para la expedición de la Mar del Sur. Hasta entonces, Fernando no se había preguntado de qué manera pretendía el adelantado Alvarado transportar todo ese material de un océano a otro. Únicamente tenía en la cabeza un nombre: Gracias a Dios. Era la villa en la que el adelantado haría el primer pago a su familia.

Unas horas después, la flota surcó las aguas con viento de través, y la Santa Catalina accedió a una ensenada resguardada de los vientos. Era Puerto Caballos. El lugar estaba desierto.

—Señor, ¿está usted seguro de que es aquí? —le preguntó el piloto. Alvarado permanecía en el balcón de la tolda, escudriñando la costa.

—Sí, este es el sitio —dijo tras un instante, con resignación.

—¿Esto es Puerto Caballos? —quiso saber Estrada en un susurro, mirando a su alrededor. Aquel sitio desolador estaba abandonado de la mano

de Dios—. La madre que nos parió.

—Me cago en sus muertos —soltó un hombre de la hueste, a su lado.

Se trataba de una ensenada profunda, ideal para las naves, y más allá, una larguísima línea de costa desierta, salpicada de palmeras y cocoteros que crecían a poca distancia del mar, que iba y venía, oscuro y arenoso. A eso se sumaba que el lugar estaba lleno de rocas, un terreno impracticable para ningún carro.

—Álvaro de Paz —llamó Alvarado con voz de autoridad. Su lugarteniente se encontraba en la cubierta, junto al palo mayor—. Prepare una hueste de veinte escopeteros y recorra el lugar, frente a la playa. ¡Los demás, a desembarcar!

Fernando saltó a tierra, en compañía de Estrada, y hundió las botas de cuero en el mar hasta las rodillas. Alzó la vista y sintió que la selva inmensa se cernía sobre él y sobre el puñado de españoles que bajaban a la orilla. Las palmeras se doblaban como juncos hacia la playa, como si quisieran tocar el mar con sus ramas. Oyeron ruidos de pájaros y de animales en el interior.

—Mantened los ojos bien abiertos —les aconsejó un soldado con la espada en la mano, al pasar por su lado.

El lugar llevaba mucho tiempo deshabitado. El adelantado se había ataviado con su yelmo y su armadura completa de coselete, por encima del jubón negro. Anduvo hasta la pequeña colina, sobre la que se había erigido un antiguo asentamiento, y se dirigió a sus capitanes de compañía que se habían congregado allí. Todos esperaban encontrar un pueblo que hubiera prosperado y que tuviera agua, vino y alimentos, pero en Indias se necesitaba de algo más que suerte y pertrechos para salir adelante.

—Dividid a las compañías —ordenó Alvarado en tono seco, visiblemente afectado por lo que acababa de descubrir—. Quiero a todos los hombres y mujeres trabajando. Dos compañías, que busquen el camino hacia la aldea de San Pedro; otras dos las quiero de vigías. —Luego se dirigió a tres de sus oficiales—. Que vuestros hombres descarguen todas las hachas y herramientas y se pongan manos a la obra a cortar madera. El resto hará dos columnas por nao, y bajaremos todo a tierra.

Se repartieron las labores asignadas y todo el mundo se remangó la camisa para trabajar. Bajaron a los ciento cincuenta esclavos, y se les repartió en todas las faenas. Fernando y Estrada fueron al principio de la columna de la Santa Catalina y ayudaron a descargar las bodegas. A doña Beatriz de la Cueva y a sus damas se les bajó una docena de sillas y se las acomodó a la sombra de un toldo. Se bajaron los caballos, las mulas y los cerdos. A las pocas horas, la

playa se había llenado de sacos, cajones y baúles, que se esparcieron como los restos de un naufragio. Algunos hombres construyeron entoldados para cubrir los suministros ante la posible lluvia. Fernando se llevó una mano a la frente, cubierto de sudor. Estrada compartió con él una bota de agua y el joven bebió un trago. El capitán se volvió a un muchacho sevillano que contaba con más años en Indias que en España y que en ese momento depositaba un saco pesado sobre un baúl.

—¿Cuánto has dicho que hay de aquí hasta Santiago de Guatemala? —le preguntó.

—Cien leguas —murmuró el chico.

Estrada echó una mirada a Fernando y alzó las cejas.

—Cien leguas —repitió Fernando con una mano en la frente—. Me pregunto cuánto nos tomará llegar hasta allí con todo esto —dijo con la vista en la playa.

—Te lo digo yo —comentó Estrada—: hazte a la idea de que va para largo.

Tardaron ocho horas en desembarcar la primera parte del cargamento, cuando Alvarado informó a sus capitanes acerca de su plan para las próximas semanas. Su intención era la de desmantelar las embarcaciones. Iba a cargar con la artillería, el velamen, el aparejo, las anclas, las jarcias y todo lo que pudiera serle de provecho en el otro océano, la Mar del Sur. Los capitanes cruzaron miradas entre ellos. La hueste comprendió que iba a ser una labor hercúlea: necesitarían de dos semanas solo para vaciar las bodegas, que estaban llenas hasta la cubierta, y para soltar las jarcias, velas, cabos y todo el material. Estrada le echó una mirada a Fernando, y el joven supo que pensaba lo mismo que él. Tardarían, como mínimo, cinco o seis meses en alcanzar Santiago de Guatemala. Era precisamente el período en el que él debía estar en Tabasco con los dineros, recibiendo las cargas de los Pasamonte. ¿De qué manera iba a conseguir que Alvarado le pagase y llegar a tiempo, dadas las circunstancias?

—No me imaginaba esto —advirtió el capitán, con preocupación, tras la reunión.

—Ni yo —respondió Fernando de igual modo.

—¿Le has escrito al africano? —quiso saber Estrada—. Pasaremos el año entero aquí, por lo menos.

—Le he mandado sus instrucciones antes de salir de Santo Domingo —dijo Fernando—. Le he pedido que permanezca en La Habana.

El capitán asintió, pensativo.

—Bien, al menos estará a buen recaudo en la casa de doña Beatriz —musitó.

Aquel día descargaron herramientas y comenzaron los trabajos de construcción de cobertizos. También bajaron hachas y azadones para abrir caminos y talar el bosque. Tras esa tarde el lugar pareció otro. Incluso doña Beatriz de la Cueva mandó que sus damas se pusieran a trabajar y a repartir alimentos y agua a los hombres. Un pequeño poblado había surgido de la nada, en unas horas. Al caer la tarde, Álvaro de Paz regresó con su compañía e informó a Alvarado de que habían encontrado a un hombre perdido que llevaba días buscando el camino de vuelta a San Pedro. El adelantado estaba bajo un entoldado, sentado a su escribanía, en compañía de fray Juan Alonso y del escribano Montoya. Alvarado acababa de escribir una carta al cabildo de Guatemala, dirigida al licenciado Maldonado, autoridad que lo esperaba para su juicio político.

—¿Han encontrado el camino? —le preguntó Alvarado a Paz. Su lugarteniente asintió y el adelantado suspiró con alivio. Había tardado meses en abrir aquella brecha en la espesura.

—Está cubierto de vegetación otra vez —dijo su hombre de confianza—. Apenas puede pasar una persona. Hay que ensancharlo, pero es fácil distinguir el sendero y la ruta, que es lo que importa.

—Bien, bien —repitió Alvarado, con la vista en la carta, mientras la sellaba con cera—. Señor Montoya, hágame el favor de llamar al señor Cardeña.

Poco después, Fernando se presentó en el entoldado de Alvarado. Los pajes del adelantado habían bajado sus enseres. Estrada esperó a unos pasos del lugar, bajo la sombra de una palma. Alvarado se puso en pie al verlo aparecer.

—No pretendo que cumpla labores de peón de descarga, don Fernando —le dijo. Dada su altura, tuvo que bajar la cabeza para salir del entoldado. Invitó a Fernando a dar un paseo junto a él. Álvaro de Paz se mantuvo allí, a la espera.

—No voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo trabaja todo el mundo —respondió Fernando—. Me preocupa que no lleguemos a tiempo con los plazos. Usted sabe mi necesidad de estar en el norte de aquí a seis meses. Es algo que le incumbe.

—Lo sé, Cardeña. Por esa razón, lo necesito para otra cosa —advirtió el adelantado—. Usted olvídese de cargar estos enseres hasta la capitanía; eso es asunto mío.

El joven entornó la mirada.

—¿De qué se trata?

—He redactado una carta dirigida al cabildo de mi villa. Voy a necesitar que vaya usted a Santiago de Guatemala junto a Álvaro de Paz y hable en mi nombre. Quiero que cuente lo que ha visto aquí: los pertrechos que traigo, cómo he venido… —prosiguió Alvarado—. Luego deberá reunir a todos mis criados e indios y traerlos hasta aquí, y si es posible, solicitar a los vecinos de la ciudad que envíen a cuantos hombres puedan prestarnos.

El joven guardó silencio y se llevó una mano al mentón.

—De acuerdo —dijo Fernando, y asintió.

—Imagino que usted estará al tanto del Juicio de Residencia que me aguarda.

Fernando conocía aquella historia por Bardi. El virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, había enviado a la capitanía de Guatemala al licenciado Alonso de Maldonado a repasar las actuaciones de Alvarado como gobernador y a escuchar las protestas y acusaciones de todo aquel vecino que se hubiera visto agraviado durante su mandato. Eso incluía también a aquellos a quienes se les adeudaba pagos.

—Su Majestad ha vetado el juicio y me ha concedido otros siete años de gobernación —continuó Alvarado en tono confidente—. No obstante, por respeto a las autoridades y al virrey y por salvaguardar mi nombre, me veo en la obligación de seguir la costumbre y mostrar consideración ante mi juez, el licenciado Maldonado. —Alvarado hizo una pausa y desvió la vista hacia Álvaro de Paz, que los esperaba en la distancia—. Le pido que acompañe a mi lugarteniente hasta Santiago de Guatemala y que presente esta carta ante el cabildo, no como mensajero sino como mi capitán. Sé que es usted un hombre instruido, Cardeña, de buena familia y de buen juicio. Nadie mejor para describir los propósitos de mi llegada. ¿Puedo confiar en usted?

Fernando miró a un lado y a otro con los brazos en jarras.

—Señor, quiero saber qué ocurrirá con los esclavos durante mi ausencia.

Alvarado le pasó una mano por encima del hombro, con la familiaridad de un padre con un hijo, y lo guio de vuelta al entoldado.

—De eso no debe preocuparse, Cardeña. Estarán a salvo.

Fernando asintió. No tenía más remedio que acatar la orden.

—De acuerdo. Me acompañará Diego de Estrada.

—Contaba con ello —dijo Alvarado, ya de vuelta en su escribanía—. Le llevará, además, esta carta lacrada a mi buen amigo el obispo Marroquín. Entréguesela en mano. Él le enseñará la casa que he puesto como aval a su tío,

don Rodrigo, y allí podrá hospedarse si lo desea.

Fernando aceptó el encargo con un nudo en el estómago. Era la misma casa que él había utilizado como aval para la compra de provisiones. Sabía que no podía fallar. Alvarado hizo un gesto para que se acercaran Álvaro de Paz y Diego de Estrada.

—Los señores deberán coger para mañana todo lo que necesiten: provisiones, caballos, mulas, armas, y salir de aquí antes del alba. Les esperan muchas leguas, y, cuanto antes vuelvan, mejor para todos. Una vez se emprenda el regreso, deberán hacerlo con dirección a la villa de Gracias a Dios. Ese será nuestro lugar de reencuentro.

—Está hecho, señor —dijo Fernando. Dio por hecho que, tras el viaje, Alvarado saldaría sus compromisos en el lugar acordado.

Fernando y Estrada salieron de allí en compañía del lugarteniente. Álvaro de Paz echó un vistazo al joven. Estrada esperó a que se hubieran alejado del entoldado para volverse a Paz.

—¿Conoces la ruta?

Paz intercambió una mirada con el capitán, con quien ya había tenido un encontronazo en el puerto de Santo Domingo.

—Espero que sepáis llevarme el ritmo —dijo en tono seco.

Fernando y Estrada lo vieron alejarse hacia la Santa Catalina, en busca de sus pertenencias y de provisiones. Les aguardaba juntos una larga travesía.

2

Una niebla misteriosa se posaba sobre los bosques. Guatemala era una tierra húmeda, llena de ríos y arroyos, montes, laderas y montañas cubiertas de una densa masa de vegetación. Fernando vio en su recorrido lagartos, iguanas y caimanes, además de muchas aves. No obstante, los señores de la selva no eran los grandes depredadores, sino que lo eran los insectos y las alimañas. A cada paso que daban veían gusanos, larvas, arañas y escarabajos, también reptiles como lagartijas o serpientes que ocupaban cada rincón de ese lugar. Bajo cada piedra, cada tronco podrido en el suelo, en aquel manto de hojas y ramas traicioneras, se escondía una alfombra de diminutos seres viscosos que escalaban a través de las raíces de los árboles e intentaban meterse en sus botas y entre sus ropajes.

La llanura costera era impresionante, llena de bosques y de ríos. Fernando nunca se había imaginado que el territorio de Indias era tan vasto, y no tardó en apreciar la soledad de la naturaleza. Esos días los hicieron a caballo. Pese al

dolor de espalda por cargar con los pertrechos, Fernando se sentía fuerte para continuar. Al quinto día vieron cosas que no habrían de olvidar en la vida. Ríos de aguas turquesas, hermosas cascadas que rugían sobre piedras calizas pulidas como el vientre de un animal, lagos apacibles rodeados de una naturaleza deslumbrante.

El viaje continuó y Fernando fue notando el cansancio en todos los músculos de su cuerpo. El capitán lo llevaba algo mejor. Paz, por su parte, acostumbrado a grandes marchas, parecía más entero. Fernando, en cambio, no era un viajero, ni un aventurero. Había vivido en Sevilla, rodeado de libros y tapices, y había pasado casi un año entre Cuba y Santo Domingo de vida apacible. Ahora estaba en mitad de la nada, con las botas rotas de tanto andar y las calzas rasgadas, mientras cavilaba en la dichosa hora en la que había aceptado tal cometido. Día tras día le costaba cada vez más alzarse y echarse al camino nuevamente. Le dolían las piernas y tenía ampollas en los pies, pero no podían detener la travesía. Los tres respiraban trabajosamente e intercalaban tramos a caballo con largas caminatas que los llevaban a la extenuación. Cuando el sol se escondía detrás de las montañas y los volcanes, iniciaban la búsqueda de algún refugio seco donde pasar la noche y poder tumbarse sobre una manta. Dormían algunas horas, sin que les importaran ya los insectos ni el viento cortante y frío de las noches, y continuaban su recorrido, con más dolor y cansancio que el día anterior. El viaje se volvió silencioso, y dejaron de admirar el paisaje. Entonces Fernando se sintió más cerca de sí mismo que nunca, no solo por empujar su cuerpo al límite, sino también por ese diálogo interior que entabla cada caminante consigo mismo. Tuvo tiempo para detenerse a pensar en su vida, en sus sueños sin cumplir, en la muerte de Carranza, en su padre, en el amor de Juana.

A los diez días anduvieron por un terreno menos escabroso que les permitió cabalgar. Así pudieron recortar muchas leguas los dos días siguientes. Un mediodía de finales de abril, Fernando remontó una ladera sobre su yegua y vio un poblado a lo lejos, con un puñado de casas. Sobre una de ellas se elevaba un campanario precario, con una cruz en lo alto. Paz y Estrada lo alcanzaron en lo alto de la colina y detuvieron sus monturas, uno a cada lado de Fernando. Llevaban tantos días sin ver a ninguna otra persona ni ninguna edificación que a los tres les alegró la vista ver una población y una cruz cristiana.

—¿Cómo se llama este pueblo? —preguntó Estrada.

—Gracias a Dios —dijo Paz con seriedad.

—Vaya nombre —comentó el capitán.

—Ya habéis visto lo difícil que es hallar aquí un pedazo de tierra que no sea bosque —explicó Paz—. La villa está sobre una ladera y tiene un río cerca.

—Pues eso, gracias a Dios —repitió Estrada. Fernando le dio un toque con las botas a su montura para que se pusiera en marcha nuevamente.

—Id con cuidado —les aconsejó Paz—. Esto es Honduras. Los hombres de Alvarado no somos bien vistos en esta capitanía.

Fernando se imaginó que aquello tendría que ver con las disputas entre las gobernaciones. ¿De qué manera se marcaba el límite entre una y otra? ¿Quién dictaba la justicia? Estaban alejados de todo, lejos de La Española y de Cuba. La única manera de dominar el territorio era siguiendo los dictámenes del honor y la honra, en los que cada hombre que pisaba el Nuevo Mundo era consciente de su lealtad hacia el rey y a Dios.

La aldea era una simple callejuela embarrada, salpicada de una docena de casitas a medio construir. Vivían quince vecinos, españoles y cristianos, antiguos soldados de una vieja hueste. Los tres viajeros se detuvieron al inicio de la población y vieron a un fraile salir de una de las casas para ir a su encuentro. Más allá distinguieron a tres hombres con herramientas en las manos que los miraron con desconfianza.

—Menuda bienvenida —musitó Estrada.

—No desmontéis —murmuró Paz.

—Buenos días os dé Dios, padre —lo saludó Fernando, de manera afable, desde el caballo. El cura arrastró el hábito por el barro hasta ellos.

—¿Qué trae a tres cristianos con buenos caballos a nuestra tierra?

Fernando intercambió una mirada con Paz.

—Vamos de parte de Pedro de Alvarado a Santiago de Guatemala a informar de que el adelantado ha llegado a Puerto Caballos —sostuvo el lugarteniente.

Al sacerdote pareció cambiarle la expresión.

—Finalmente ha vuelto —dijo mientras asentía—. Yo soy Pedraza, obispo de esta provincia de Honduras. Venid, señores; pasad dentro y quitaos las botas mojadas. Todo viajero tiene derecho a posada.

Fernando y Estrada miraron hacia la calle con desconfianza y siguieron a Paz, que había dejado a su caballo, hacia el interior de la casa del obispo. Pedraza ordenó a una muchacha que iba vestida con un sayo andrajoso que se ocupara de las monturas de los señores y las atara a un palo. La estancia olía a vino y ajo, y un aire pesado permanecía en la sala. El obispo los invitó a sentarse a la mesa, sacó unos vasos y les ofreció un aguardiente. Los tres viajeros se miraron unos a otros. Fernando pensó que cualquier obispo de

Castilla o de los otros reinos de Su Majestad viviría en buenas condiciones.

—No os doy vino bueno porque lo reservo para dar la misa —se excusó Pedraza—. Quedaos aquí un momento.

El obispo salió por una puerta trasera y los dejó a los tres en la sala.

—¿Creéis que está loco? —preguntó Estrada en un susurro.

—No, no lo está —dijo Fernando.

—Ha ido a por gente —dijo Álvaro de Paz, que había tomado asiento junto al capitán. Desenvainó su ropera y la apoyó sobre su regazo. Estrada hizo lo mismo. Fernando, que se había quedado de pie, se apoyó en el umbral de la puerta que daba a la callejuela. Echó un vistazo a la muchacha que estaba cuidando de los caballos.

En ese instante, Pedraza regresó acompañado de varios hombres. Uno de ellos era un anciano. Los otros eran los sujetos que habían visto al entrar en el poblado y que portaban sus herramientas, amenazantes. Álvaro de Paz se puso en pie, y Estrada, en un acto reflejo, hizo lo mismo. El anciano esbozó una sonrisa maliciosa y anduvo unos pasos hacia la mesa. Cogió un taburete y tomó asiento. Dio un trago al vaso de Fernando.

—¿Sabes quién soy yo, mozuelo? —preguntó el viejo dirigiéndose a Paz.

Este negó con la cabeza. La tensión en la sala daba a entender de que aquello iba camino a convertirse en una carnicería. El viejo, pese a la edad, demostraba guardar parte del vigor de antaño en sus músculos. Volvió a hablar con parsimonia:

—Soy Francisco Montejo, señor de Yucatán, Tabasco y Honduras. Decidme para qué envía Alvarado a su lugarteniente a mi pueblo y por qué razón no debería despellejaros y clavar vuestras cabezas en una pica.

—Hacedlo, anciano, y en menos de dos semanas la vuestra estará clavada junto a la nuestra —dijo Álvaro de Paz justo antes de escupir el suelo.

Fernando, de pie en el umbral, advirtió que Montejo portaba una daga oculta. Si no actuaba con rapidez, aquello iba a acabar en un negocio de muerte, sin ninguna razón aparente, más que el odio y la rivalidad entre dos hidalgos. Alvarado lo había enviado a él por una razón.

Decidió intervenir.

—Señor Montejo, yo soy Fernando de Cardeña, y este es el capitán Diego de Estrada; somos de Sevilla. Y este es Álvaro de Paz —dijo Fernando en tono conciliador—. No hemos venido a reclamar nada. Nos dirigimos a Santiago de Guatemala, y este es el único camino que nos lleva hasta allí. Solo pedimos pasar una noche en vuestra posada y poder marchar.

Montejo lo miró de arriba abajo y, poco a poco, cambió de expresión.

Fernando distinguió que guardaba su daga nuevamente en el cinto y que su mirada era una muestra de la tregua que les ofrecía.

—¿Dónde está Alvarado? —quiso saber Montejo.

—Desembarcando sus enseres en Puerto Caballos —dijo Fernando.

—Viene a quitarme los pueblos y mi encomienda —manifestó el anciano—. Después de años de guerrillas contra los naturales en las montañas, viene a arrebatármelo todo, como siempre han hecho los Alvarado.

—Este pueblo es de mi señor, y vos, anciano, se lo habéis arrebatado —lo acusó Álvaro de Paz.

Montejo entornó la mirada, y su expresión fue similar a la de una mueca.

—No he sido yo el que ha marcado el límite de las gobernaciones, sino Su Majestad —le corrigió Montejo—. Pero ¿qué sabe de esos asuntos el perro de Alvarado? Deberías seguir el ejemplo de Portocarrero, muchacho, y dejar de lamerle las botas a un desgraciado.

Aquel nombre despertó algo en Fernando, que supo que se refería al padre de Juana. Se preguntó si seguiría vivo, aunque sabía que aquella no era la ocasión para averiguarlo.

—Señor Montejo —dijo Fernando, que dio unos pasos hasta la mesa—. Don Pedro pasará por aquí con toda su hueste de camino a su gobernación. No tiene intención de hacer la guerra con vos. Llegad a un entendimiento. Trae a mucha gente y muchos suministros para hacer de esta tierra un lugar grande como Nueva España. La guerra, señor, no está entre los vasallos de un mismo rey.

Esto último pareció calar en el viejo soldado. Todos mantuvieron el silencio hasta que Montejo se puso en pie. Intercambió unas palabras con el obispo Pedraza y luego se volvió a Fernando.

—Casi logran convencerme tus palabras, hijo. Alvarado vendrá aquí y me aplastará como siempre ha hecho con todo aquel que se le ha puesto por delante. —Hizo una pausa en la que dio la impresión de que recordaba viejas disputas—. Me pareces un buen hombre, Cardeña. Marchaos al alba. No tengo más provisión que ofreceros que el techo y este suelo seco.

Tras decir esto, Montejo salió por la puerta trasera, seguido de sus hombres.

3

Los compañeros dejaron la aldea de Gracias a Dios mucho antes del amanecer. Hirvieron agua y mojaron en ella lo que les quedaba de bizcocho

mohoso para desayunar. La tierra despertaba con la niebla que bajaba de las cadenas montañosas hacia los valles. Una luz extraña y salvaje emergió en el horizonte, y Fernando tuvo la sensación de estar en una tierra misteriosa como ninguna otra.

Recortaron al galope varias leguas hasta el valle de los volcanes.

Fernando pensó mucho en aquella aldea, en el fracaso de la conquista de algunos territorios por culpa de las malas decisiones de los hombres que estaban al mando. Esa noche Fernando habló con el obispo de Honduras. Pese a su aspecto, Pedraza mantenía la cordura. Fernando y él hablaron en la penumbra del campo. Fernando no defendió a Alvarado, a quien apenas conocía en realidad: tan solo expuso su modo de ver las cosas. En esa tierra vivía tan poca gente que era beneficioso para todos la ayuda mutua, y en eso el obispo tenía un papel que desempeñar. De esta manera, Fernando le pidió que marchara hacia Puerto Caballos, en su nombre, y hablara con el adelantado para acabar de una vez con el conflicto entre Montejo y Alvarado. Ambos creían ser señores del territorio, y ambos estaban dispuestos a luchar por conservarlo.

A partir de Gracias a Dios, la travesía se volvió más dura que nunca. Al calor durante el día y a las noches heladas se sumó la humedad. Pasaban las jornadas, y recortaron laderas y valles, a veces a pie, otras sobre las monturas, siempre en ascenso. Guatemala, en su centro, era un mosaico de cadenas montañosas cubiertas de vegetación. Su naturaleza era frondosa, un inmenso bosque tropical que parecía dolorosamente deshabitado. Los tres compañeros tardaron casi veinte días en cruzar el país y en subir a su altiplano.

Fernando pasó de sentir dolor a acostumbrarse a esas largas caminatas. Sus músculos y sus pies se endurecieron. Después de tanto tiempo andando, día tras día, su cuerpo se hacía al camino. Lo mismo ocurrió con su amigo, el capitán, que estaba más delgado y fuerte, como si se hubiese quitado diez años de encima. Sin embargo, una noche lo vio temblar bajo la manta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Fernando mientras le daba una sacudida en el hombro.

Estrada no respondió. Fernando cogió todas las mantas y se las puso por encima. Encendió un fuego para calentarlo.

Continuaron la travesía los días posteriores, con el capitán enfermo. Fernando remontó una ladera a lomos de su caballo, y lo que vio ante él le cortó el aliento. A sus pies se extendía la espléndida ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala. La llegada, aquel día, los cogió al amanecer. Estaban cansados, sucios y hambrientos. Desde la colina en la que se encontraban, se

deleitaron con el sol naciente y las vistas del valle cubierto de nubes, las mismas que acariciaban las faldas de los volcanes y dejaban a la vista sus cimas, como islas en el cielo. Tanto Fernando como Estrada pensaron en lo lejos que había llegado la conquista de la Corona. Pudieron distinguir que la villa esparcía sus casas en una explanada a las faldas de uno de los volcanes más grandes de aquella garganta. Desde allí alcanzaron a ver la plaza Mayor y el campanario de una iglesia. Desde Gracias a Dios llevaban más de diez días sin ver a nadie, y la presencia de una ciudad como aquella, con gentes y posadas, los llenó de buen ánimo.

—Guatemala, tierra de conquistadores —masculló Álvaro de Paz.

—Me muero por un plato caliente —murmuró Estrada, que iba sobre la montura arrebujado en una manta para protegerse del viento.

El capitán apoyó una mano sobre el hombro de Fernando y este le devolvió unas palmadas. Los dos tuvieron el mismo pensamiento sobre lo distante que estaba Sevilla, tan lejos que casi les parecía otra vida. Bajaron por un sendero pedregoso y tomaron un camino principal. Siguieron a Álvaro de Paz al galope. A ambos lados de la ruta había extensiones de campo cultivado de trigo y, más allá, cientos de cabezas de ganado. Los españoles le habían ganado esas tierras al bosque para el pastoreo. Mientras se aproximaban a la villa, oyeron un murmullo de gente y de música, y el trajín de la plaza. Entraron por una avenida ancha y soleada, con caserones rodeados de arboledas. La mayoría de las casas contaban con una parcela amplia de tierra que alcanzaba para cultivar huertos y disponer de corrales y vallado para las vacas y los cerdos. Santiago de Guatemala era una villa de viejos soldados, ganaderos, criadores de cerdos y de caballos. Fernando vio en un cruce de callejuelas que la ciudad crecía hacia otros barrios que ascendían por las faldas del volcán. Se trataba de casas más bajas y pequeñas, construidas de forma distinta a la usanza española.

—¿Quiénes viven allí? —preguntó Fernando.

—Mexicas y tlaxcaltecas que vinieron con nosotros desde Tenochtitlán —dijo Álvaro de Paz, mientras echaba un vistazo—. Eran los guerreros aliados de Cortés y de Alvarado que ayudaron a derrotar al Imperio. Son gente dura, resistente. Ahora, en la hueste, hay gente de todos los pueblos. Ellos han elegido las tierras altas para cultivar en terrazas. Observad, allí a lo lejos.

En efecto, habían plantado gran parte de la falda de la montaña. A medida que se acercaban a la plaza Mayor, las casas eran más grandes y de mejor construcción. Aquella villa era amplia, mucho más grande que Santiago de Cuba. El sol de media mañana se escondió tras unos nubarrones y la plaza se

cubrió de sombra. Había mucha gente en la explanada. Algunos ganaderos intercambiaban cabezas en un mercado de animales; vieron también a compañías de hombres que se hacían con provisiones y armas, a vecinos españoles, indios de distintos pueblos y muchos mestizos. La mayoría eran quichés y cakchiqueles de esa región junto a otros pueblos mayas, además de los mexicas, tlaxcaltecas o cholultecas venidos del norte. Muchos de ellos vestían a la española. Fernando distinguió a mestizos, hijos e hijas de rodeleros españoles. Habían pasado más de veinte años, pero era inevitable sentir que en aquella tierra aún se respiraba el aire de la conquista.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Estrada antes de tener un ataque de tos. No tenía buen aspecto.

Álvaro de Paz cruzó una mirada con Fernando.

—Por la casa del obispo —murmuró Fernando con preocupación.

4

Estrada se tumbó sobre una cama de sábanas limpias y cayó rendido, entre fiebres y temblores. Fernando lo había visto delirar y sudar a mares, a la intemperie. Ahora lo miraba con inquietud. El joven se aseó y se cambió de ropas. Luego hizo compañía a su amigo para vigilarlo hasta que, pasadas unas horas, unos criados llamaron a la puerta con un caldo templado y una hogaza de pan. Fernando sacudió al capitán, que se incorporó para beber con su ayuda.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó. Tenía mejor aspecto.

—Como si me hubiera bebido un barril de vino yo solo —mascullό Estrada.

Fernando esbozó una sonrisa.

—Tienes que descansar, Diego. Iré a hablar con el obispo Marroquín.

Fernando lo dejó dormir y se retiró de la estancia.

La luz se colaba por los ventanales de la sala principal, y una ligera brisa proveniente de las laderas traía un aroma fresco y agradable a las habitaciones. Francisco Marroquín los había recibido el día anterior. El obispo rondaba la misma edad de su amigo, el adelantado, y cuando los vio aparecer, supo que eran portadores de buenas noticias. Mandó a sus pajes que les sirvieran comida y atendieran al capitán Estrada.

Guatemala era una ciudad en la que, si bien había pocos lujos, no parecía faltar de nada. El obispo vivía en una casa de buena construcción con vistas a la plaza de armas. Además, sin llegar a ser ostentoso, presumía de unas

estancias y unos ropajes que daban a entender que aquella tierra no se diferenciaba demasiado de un pueblo de Extremadura. La casa del obispo era sobria, sin más lujos que el suelo de madera barnizado. Tenía algunos muebles traídos de Sevilla, pero en su mayoría eran piezas hechas por albañiles del pueblo. Fernando agradeció la comida, pero también el suelo plano de madera, la comodidad de las sillas de cuero o la ausencia del viento cortante que le pegaba en el rostro desde hacía días. Había aceptado, además, algunos ropajes limpios, jabón y agua para el aseo. Llevaba tres semanas sin lavarse, tenía ampollas en los pies y heridas y cortes por todo el cuerpo. Pese a ello, se notaba más fuerte y dispuesto a seguir viajando.

Aquella tarde luminosa, después de haber descansado, Fernando cruzó el pasillo oscuro hacia la sala de Marroquín. Vestía ropajes nuevos y gastaba ahora una melena castaña, que peinaba hacia atrás. Había pasado más de un año sin cortarse el cabello. De igual modo, una barba ligera del mismo color enmarcaba su rostro y le confería un aire de principal indiano. En su mano portaba la carta personal del adelantado a Marroquín. No le había dicho ni una palabra sobre ese tema a Álvaro de Paz durante la travesía. Alvarado se la había entregado a él, encomendándole un encuentro privado con el obispo. Tocó a la puerta que estaba entreabierta y asomó el rostro. Marroquín estaba de pie, en compañía de otro fraile dominico, y ambos revisaban una documentación. A diferencia de Marroquín, el fraile llevaba la coronilla rapada.

—Adelante, Fernando —lo invitó el obispo—. Veo que le han sentado bien las ropas y el descanso. ¿Cómo se encuentra el capitán?

—Necesita descansar, padre —respondió Fernando, y se volvió un instante al otro fraile—. Espero no interrumpir nada.

—Nada de eso —convino Marroquín sonriente—. Él es el padre Bartolomé de las Casas. Fray Bartolomé, este es Fernando de Cardeña, armador de nuestro gobernador.

De las Casas lo miró con detenimiento antes de estrechar su mano. Fernando se fijó en que tenía las botas y el hábito embarrados. Sus ojos de halcón lo contemplaron desde cierta altura, y Fernando supo que ese hombre trataba de emitir un juicio. Viendo el buen ánimo que mostraba el obispo, pensó que simplemente aquella era la naturaleza de su compañero, el fraile.

—Discutíamos acerca de nuestras misiones —dijo Marroquín—, pero no vamos a molestarle con nuestras historias. ¿Qué es lo que necesita?

—Me interesa su misión —dijo Fernando, y aprovechó la ocasión para entregarle la carta de Alvarado al obispo—. Esto es para usted.

Marroquín se disculpó con ambos y se alejó hacia una ventana para leer la carta. Allí venían descritas tanto instrucciones como la orden de enseñarle a Fernando la casa asignada a la familia Cardeña. En ese momento, De las Casas clavó la mirada en el joven.

—¿Primera vez en la capitanía?

—Así es —dijo Fernando—. Llevo un año entre La Española y Cuba.

El fraile cambió de actitud al oírle hablar, tal vez por el tono o por la manera de pronunciar las palabras. Se volvió a él, de brazos cruzados.

—¿De dónde es su familia?

—De Sevilla.

—¿Y qué piensa de los indios, Cardeña? —le preguntó el fraile a bocajarro.

—No sé a qué se refiere, padre.

—¿Cree que son esclavos? Los indios.

Fernando no comprendía a razón de qué venía esa pregunta.

—No, no lo creo.

Fray Bartolomé frunció el ceño.

—Bueno, los castellanos hemos acudido hasta los confines del mundo para robarles las tierras y marcarlos en la piel, para repartirlos entre nuestros principales, como cabezas de ganado, para que hagan con ellos lo que más les convenga. ¿Qué le parece? Me ha dicho Marroquín que es usted armador.

Fernando se cruzó de brazos y adoptó otra postura ante tal acusación.

—Lo soy, pero nunca he pensado que un hombre sea superior a otro. Aunque sé bien, señor, que en todo el mundo se cometen injusticias.

—¿Injusticias? —Fray Bartolomé esbozó una sonrisa cargada de ironía—. La palabra se queda corta, señor. ¿Ha presenciado alguna vez un aperreamiento?

—No sé lo que es, padre.

—El señor al que usted sirve mantiene a una jauría de casi treinta perros de guerra que utiliza para escarmentar y ajusticiar a aquellos indígenas que están en su contra. Perros que son alimentados con carne de indio.

Fernando no supo qué decir ante eso.

—Esta es una tierra de injusticias, Cardeña —prosiguió el fraile—. ¿Y por qué cree que algunos señores actúan de esa manera? Me refiero a esa gente que vende o trae esclavos del África o a esos otros que hacen esclavos en los pueblos nativos con la excusa de que son prisioneros de guerra. O, peor aún, señores que avalan sus negocios con las vidas de otros hombres.

Fernando notó esto último como una estocada.

—Solo Dios conoce las motivaciones de cada hombre. A veces, no hay alternativa. Es el mundo el que empuja.

El fraile lo miró un instante en silencio, como si sopesara esas palabras.

—Esta gente vive como sus antepasados simplemente —dijo De las Casas —. ¿Eso le da derecho a nuestro gobernador y adelantado a usarlos como mulas de carga, a venderlos al virrey del Perú o a obligarlos a sacar todo el oro de las minas? —preguntó en tono tranquilo, como si aquello, dicho con palabras, no fuese una barbaridad. Antes de que Fernando pudiera responder, Marroquín regresó junto a ellos. Llevaba la carta en las manos.

—Alvarado cuenta con el favor de Su Majestad y trae los permisos para su campaña en la Mar del Sur. He de hablar con el licenciado Maldonado sobre estos asuntos. Ah, y debo acompañarlo a su casa, don Fernando.

De las Casas negó con la cabeza.

—Todos los hidalgos de esta villa a excepción de sus familiares y aliados están en contra de Alvarado —manifestó, y se giró hacia Fernando—. Ese hombre va a librarse de sus cargos gracias al apoyo de hombres como usted. El juicio será una farsa, y seguirá gobernando esta tierra con el látigo de un tirano.

—Fray Bartolomé… —le rogó Marroquín.

—Cumple con tu cargo como obispo, Francisco —esgrimió De las Casas, molesto—. Pero las cosas son así. La ambición de ese hombre hará estallar esta tierra como la pólvora. Nuestra labor es hallar la justicia en Dios y no descansar hasta liberar a todos los indígenas de la Tierra de Guerra. ¡No olvides tu misión!

De las Casas lanzó una mirada furibunda a Fernando antes de retirarse de la sala. Marroquín había borrado la sonrisa del rostro. El joven, que al día siguiente tenía que hablar en el cabildo en nombre del adelantado, se dio cuenta por primera vez de que aquella tarea era un arma de doble filo.

—No se preocupe, Fernando —lo tranquilizó el obispo cuando se quedaron solos—. El padre Bartolomé defiende sus tesis, y no teme esgrimir sus opiniones en voz alta. Lamentablemente no todos tenemos la misma posición, ni podemos alzar la voz como él.

—¿Qué ha querido decir con eso de Tierra de Guerra? —preguntó el joven.

En un mapa que estaba sobre la mesa llena de legajos, Marroquín le señaló la zona que estaba al norte del valle de Santiago de Guatemala.

—Todo esto, al sur de Chiapas y Tabasco, las regiones montañosas al norte de esta villa y todo el territorio del este, que son llanuras más bajas que

colindan con la selva del Yucatán, es tierra sin dominar. Tierra por conquistar, Tierra de Guerra. Desde que nuestro adelantado intentó cruzar el mar y acabó en el Perú, las tribus se han organizado y el ambiente se ha vuelto más violento que nunca —comentó Marroquín con preocupación.

—¿Por qué razón?

Fernando percibió que al obispo no le hacía gracia hablar mal de su amigo y señor.

—Alvarado se llevó a muchos indios de esta tierra: hijos, primos, hermanos de esa gente —dijo Marroquín—. Se vio obligado a venderlos, y con ello descontentó a los hidalgos de la capitanía y enfureció a los indígenas. Mire, Fernando, aquí todos pensamos como el padre Bartolomé, pero a veces el mundo está hecho de tal forma que impide cualquier cambio y requiere de decisiones más prácticas que utópicas. Espero que lo entienda.

—¿Es cierto…?

—¿El qué, don Fernando?

—Lo de sus perros de guerra. La jauría.

Marroquín frunció el ceño y guardó silencio.

—No creo que debamos culpar al mundo, padre —dijo Fernando tras un momento—. Creo que el padre Bartolomé tiene razón. Es el empeño de un solo señor. Y el resto pecamos en su nombre.

Esto último pareció molestar al obispo.

—Puede que lo sea, Fernando, pero haría bien en recordar que detrás de ese único hombre se halla la voluntad del rey. El soberano del mundo.

5

El sol se ocultaba tras el volcán, y el valle se tornó anaranjado, salpicado de una luz sobrenatural. Fernando llevaba solo unas horas en Santiago de Guatemala y ya había descubierto la guerra fratricida y silenciosa que mantenían los españoles, mestizos e indios de la villa. Las palabras de fray Bartolomé le habían hecho reflexionar. Estaba sentado junto a la ventana, con estos pensamientos en la cabeza, viendo el atardecer en la plaza. En ese momento, Estrada abrió los ojos.

—Tendríamos que habernos ido a La Habana a criar el ganado de Soto y viviríamos en paz —masculló el capitán, socarrón.

Fernando se volvió a él y lo vio sonreír. Tenía mejor cara.

—Podrías haberte casado con María de Becerra.

Estrada esbozó una media sonrisa.

—Lo habría hecho sin dudarlo —dijo el capitán—. Era una buena niña.

Fernando poco a poco borró la sonrisa de su expresión.

—Este sitio está envenenado —susurró el joven.

El capitán estiró un poco los músculos, aún débil, y se incorporó en la cama.

—Ponme al día —murmuró.

Fernando le habló de lo que había llegado a sus oídos. La facción de Alvarado seguía siendo poderosa; sus hermanos, primos y capitanes de la antigua hueste conquistadora ocupaban la mayoría de los cargos importantes. Sin embargo, también había muchos señores e hidalgos principales que habían visto sus nombres y sus derechos pisoteados por la ambición y la autoridad de Pedro de Alvarado. A muchos se les adeudaban pagos, y se les había despojado del ganado, de los indios o de las encomiendas con excusas sin fundamento. En aquella tensión se mantenía Francisco Marroquín como mediador, entre su gente, sus feligreses y su amigo y señor. Todo el mundo sabía que el obispo era el único hombre capaz de controlar los impulsos del adelantado. Del otro bando estaban el licenciado Maldonado, cabeza visible de todos los vecinos e hidalgos contrarios al dominio de los Alvarado en la capitanía, y fray Bartolomé de las Casas, el protector de los indios. Fernando necesitó de menos de una tarde para darse cuenta de que la villa de Santiago de Guatemala era el cuartel general de expediciones y escaramuzas contra los indígenas en el norte, en la llamada Tierra de Guerra. Los antiguos capitanes y soldados de la hueste de Alvarado, acompañados por un buen puñado de tlaxcaltecas y mexicas, realizaban ataques contra los indios rebeldes, pese a que fray Bartolomé había exigido a la Corona la conquista de la Tierra de Guerra por medio del Evangelio, prohibiendo la entrada a los conquistadores de Alvarado y vetando el reparto de indios en encomienda.

—Menuda fiesta tiene montada Alvarado —comentó el capitán tras oírlo—. Recuerda que lo de ese fraile y lo del adelantado no son tus asuntos. Cobra lo que tengas que cobrar, aprovisionamos a su flota y nos largamos de aquí.

—Me temo que no será tan fácil —sostuvo.

—A lo tuyo, Fernando —insistió Estrada—. No olvides a lo que hemos venido. Que Alvarado pague su parte, nosotros le entregamos el dinero a Pasamonte en el norte y cumples con tu palabra. No nos metamos en líos o nos veremos atrapados en la tierra de este hombre durante mucho tiempo.

Fernando lamentó verse envuelto en aquel conflicto. Se preguntó de qué manera iba a defender los intereses de su familia y salvarla de la bancarrota, y al mismo tiempo mantener los principios de su honor. En ese momento, un

criado le avisó de que el obispo lo esperaba en el patio. Fernando asintió y dejó a su amigo descansar.

Marroquín lo acompañó hasta una casa colindante. En la puerta, el obispo preguntó por una tal doña Teresa. Poco después apareció una mujer. Era española, y su rostro poseía una belleza diferente a la sevillana, cosa que cautivó a Fernando. Tal vez tuviera diez años más que el joven, pero hubo algo en ella que le atrajo, y se sorprendió de ver surgir un deseo tan espontáneo.

—Doña Teresa Ugarte, viuda de Pedro Suárez —la presentó Marroquín —. Su marido acompañó a Alvarado durante la campaña.

—Buenas tardes, señora —la saludó Fernando con formalidad. Ella lo miró un instante con sus ojos castaños y le devolvió el gesto cordial.

—Sea bienvenido a nuestra villa, don Fernando —dijo.

Marroquín le pidió las llaves de la casa aledaña que ella guardaba. Fernando comprendió que el obispo la había dejado a cargo del caserío para su cuidado y mantención. Los tres fueron hasta una de las casas que estaba a pocos umbrales, frente a la plaza de armas. La fachada tenía la misma cubierta en el soportal que el resto de las viviendas de la plaza, para proteger a los vecinos de las lluvias constantes.

—Este caserón perteneció a uno de los capitanes de Alvarado que falleció sin hijos —comentó Marroquín, mientras doña Teresa hacía girar la gruesa llave de la puerta de madera—. Lleva casi tres años deshabitada. Es una de las más ricas de la villa.

—Una de las estancias tiene el tejado por reparar —afirmó la mujer.

Fernando accedió a un vestíbulo y vio los techos altos que dejaban al descubierto las vigas de madera. El suelo era de losa y las ventanas que daban a la plaza tenían unas bonitas celosías. El joven y Marroquín siguieron a doña Teresa a través de la sala principal, otros dos gabinetes y un patio interior muy descuidado hasta los dormitorios, al otro lado. El obispo le describía la casa a su paso, y le habló de las maravillas de aquel caserón. Lo cierto era que tenía pocos muebles, y Fernando intuyó que Alvarado y el obispo habrían sacado una pequeña fortuna con la venta de los objetos de ese lugar.

Poco después, perdieron de vista a la mujer y los dos hombres quedaron solos.

—Según la carta que me ha escrito don Pedro, el adelantado ha decidido entregarle, junto con esta casa, un pueblo en encomienda con una partida de indios —le recordó Marroquín en tono formal, ya que era una gran merced—. Conozco esa propiedad, pues perteneció al fallecido capitán Juan de Mejía.

Está entre la villa de San Salvador y el puerto de Acajutla. Es una encomienda cacaotera que le dará buen beneficio, Fernando.

—¿Cacaotera? —preguntó el joven, sin tener la menor idea de qué era eso.

—Así es —dijo el obispo—. El cacao es un fruto que se vende a buen precio por estas tierras, señor, y es la mayor riqueza de los encomenderos de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Los señores han podido encontrar escaso oro en los ríos y afluentes, y el cacao es lo único que les da rentas. No está bien que sea yo el que se lo diga, Fernando, pero, aunque la Corona lo prohíba, el contrabando hacia Nueva España es bastante lucrativo. Créame: no tardará en encontrar mercaderes que le compren esas cargas.

Fernando nunca había visto esa fruta ni sabía el aspecto ni el sabor que tenía. Se sintió decepcionado. ¿Cómo iba a pagar un fruto desconocido toda la inversión de su familia? ¿Qué clase de avales eran esos? Aunque aquella casona fuera grande y estuviera bien construida y a dos pasos del cabildo y de la iglesia, estaba tan lejos de Sevilla y de cualquier puerto que no valía ni una quinta parte de lo que había puesto en préstamo su familia. Y en cuanto a la encomienda, tendría que verla con sus ojos. Fernando empezaba a desesperarse. Además, las posesiones las había utilizado a su vez para cerrar el trato con los Pasamonte. Todo pendía de un hilo.

—Debería estar agradecido —le dijo Marroquín al verle la cara—. La gente que viene nueva de España tiene que buscarse la vida y está fuera de todo reparto de indios y encomiendas. Usted, en cambio, ha pasado a formar parte de la élite de Guatemala de la noche a la mañana gracias a sus amistades.

En la última, hallaron a doña Teresa, bajo una abertura en el techo. Fernando cruzó una mirada fugaz con ella.

—Esto necesita una reparación —dijo Marroquín después de echar un vistazo—. Puedo enviar a mi gente a que se ocupe de todo si es que usted prefiere hospedarse aquí, Fernando.

—No hará falta que se moleste, padre —respondió Fernando—. No pienso quedarme más tiempo del necesario. Si mañana es la cita en el cabildo, espero ir al encuentro del adelantado en dos días como mucho. Debo hablar con él.

—Puede hospedarse en mi casa entonces —zanjó el obispo, sonriente.

—Se lo agradezco.

Marroquín le entregó la llave y Fernando volvió a dársela a doña Teresa.

—Le agradecería, señora, que la guardara consigo en mi ausencia —le rogó. La mujer asintió con un gesto.

—Puede venir a buscarla cuando regrese, don Fernando —dijo.

Los tres se dirigieron hacia la puerta.

—Puede echarle un vistazo a la casa —dijo Marroquín, que, tras el momento de crispación, prefería dejar a Fernando a su aire.

—Una cosa más —le pidió Fernando en un tono más tranquilo—. Alvarado me ha pedido que reúna a todos sus familiares y aliados. No sé a quién dirigirme para organizar a toda esa gente. Necesito que me dé algunos nombres a los que acudir.

Marroquín se detuvo a pensar un instante, con el ceño fruncido.

—Sus hermanos no están en la villa —murmuró el obispo. Al cabo de un rato, alzó su dedo índice—. Creo que hay una persona que puede serle de utilidad. Al otro lado de la plaza, hay una calle que se dirige hacia el barrio de los tlaxcaltecas. Allí verá una casa con un portón grande, que casi siempre suele estar abierto. Si mira desde fuera, verá un establo. Es la casa de la hija del adelantado, doña Leonor de Alvarado.

—Bien —dijo Fernando al tiempo que asentía.

El obispo salió de la casa y le señaló el lugar donde se encontraba la calle. Fernando se lo agradeció.

—Pregunte por el esposo de doña Leonor, un viejo capitán —dijo Marroquín—. Él podrá ayudarlo, pues conoce a todos los hombres del adelantado.

—¿Cuál es su nombre?

—Portocarrero —dijo el obispo.

Marroquín se alejó de allí y cruzó la plaza hacia el cabildo. Fernando permaneció en el umbral con la mente puesta en aquel soldado que había sido el antiguo lugarteniente de Alvarado. El hombre del que tantas veces le había hablado Juana. El padre que la había abandonado.

6

Cruzó la plaza y deshizo la calle. Una ráfaga de viento fresco traspasó la callejuela cuando Fernando se detuvo frente al portón, vacilante. Al otro lado se percibían las luces danzantes de un fuego y los relinchos de los caballos en el establo. Fernando advirtió que se trataba de la casa más grande y mejor construida de la calle, alejada del trajín de la plaza, cercana a una de las salidas de la villa. No había campanilla fuera, y, por las horas, Fernando pensó en que lo mejor sería regresar al día siguiente. Pero no tenía más remedio que quedarse. Entonces oyó unos pasos en la gravilla, al otro lado, y se decidió a tocar con su puño. Poco después un muchacho mestizo abrió la puerta y lo

recibió con desconfianza. Se trataba de uno de los mozos del establo. Su piel y su boca eran españolas, no así sus ojos, que eran vivaces y rasgados como los de un natural.

—Busco al señor de la casa —dijo Fernando—. Traigo un mensaje para él.

El mozo lo hizo pasar y lo guio hasta una estancia que estaba junto al portón, iluminada por un candil. Dentro había una mesa con unas sillas y algunas herramientas y materiales de uso diario. El chico se alejó hacia la casa. Poco después, volvió a oír unos pasos y vio a dos figuras acercarse en la penumbra. Uno de ellos era el mestizo. El otro era un señor de la edad de Alvarado, unos cincuenta años, tal vez. Fernando consideró que era apuesto. Era delgado, y, pese a los años, no había perdido la fuerza de su cuerpo. Gastaba una barba ligera y llevaba el cabello largo y recogido en la nuca, lo que le daba un aire gitano. Cuando cruzó el umbral y la luz se derramó sobre su rostro, Fernando se dio cuenta de que Juana era la viva imagen de su padre. Portaba una espada ropera, envainada, en las manos.

—Balam, déjanos solos —le ordenó al mestizo.

El criado se alejó hacia los establos.

—¿Es usted Portocarrero? —preguntó el joven, una vez solos.

El hombre apoyó la espada sobre la mesa, sin tomar asiento.

—¿Quién lo pregunta?

—Lamento las horas, señor —dijo Fernando en tono firme—. Vengo de parte del obispo Marroquín. Dice que es usted la única persona que puede ayudarme. Mi nombre es Fernando de Cardeña.

El hombre lo contempló en silencio durante un momento, en el que pareció sopesar el tipo de persona que tenía frente a él, por su ropa, su postura y su tono de voz.

—Cardeña… —repitió Portocarrero en un susurro, y clavó sus ojos oscuros en los de Fernando—. ¿Qué es lo que quiere el obispo?

El joven carraspeó.

—Alvarado ha regresado, y está en Puerto Caballos. He venido hasta aquí en compañía de Álvaro de Paz, su lugarteniente, para pedir al cabildo la ayuda de todos los vecinos. Necesitamos que un grupo numeroso de gente marche a su encuentro para transportar todo el bastimento y mercancía que ha traído para la ciudad. No conozco a nadie, señor, y dudo que oigan los ruegos de un desconocido. El obispo ha citado a los señores del cabildo para mañana por la mañana.

—Álvaro de Paz, su lugarteniente —repitió Portocarrero mientras dejaba

escapar una risa, como si aquella hubiera sido una buena chanza—. Verás, Cardeña. Ahora me dedico a la cría de caballos y a cuidar de la hija de don Pedro, doña Leonor, como buen esposo. Mi tarea en toda esta conquista se ha acabado. Hemos fundado esta ciudad y en menos de una década la hemos llenado de rufianes y buscavidas. Vivimos rodeados de tribus rebeldes, y nuestro propio cabildo se llena de intrigas en las que no dejan de aparecer traidores y conspiradores. El espíritu de la conquista ha llegado a su fin.

Fernando lo miró con decepción.

—Llevo aquí menos de un día y he visto lo que hay, mi señor.

—No me llames «señor». No soy señor de nada.

Fernando guardó silencio un instante.

—No conozco a nadie en esta villa, y tengo unos pocos días para reunir a esa gente —dijo con preocupación—. Necesito de su ayuda. Sé quién es usted, sé todo lo que ha hecho y sé que es respetado por los vecinos de Guatemala. Si usted no me ayuda, nadie lo hará.

Portocarrero guardó silencio un momento, como si necesitara de ese tiempo para pensar. Volvió a contemplar al joven un rato. Fernando no parecía un simple soldado.

—¿Tu padre se llamaba Fernando de Cardeña? —preguntó de pronto. Fernando hizo un ligero movimiento de cabeza. Portocarrero exhibió una especie de brillo en la mirada—. Tienes acento sevillano, muchacho, pero juraría que has nacido en Santiago de Cuba.

Fernando cambió el gesto.

—¿Cómo puede saber eso?

Portocarrero esbozó una sonrisa de lado, como si acabara de caer en la cuenta de quién era Fernando en realidad.

—Dios mío, eres el hijo de la hija del notario… Tu madre es Inés de Tapia. Lo sé porque tienes su mirada. Y por esa vieja historia.

Fernando asintió con seriedad. Sabía que por aquellos años en los que se habían conocido sus padres, Alvarado y Portocarrero eran vecinos de Cuba.

—¿Qué historia?

Portocarrero negó con la cabeza, como si no fuera prudente abrir viejos baúles, rencillas de antaño.

—De acuerdo, muchacho —concluyó después de un momento—. Voy a ayudarte, y le echaré una mano a Alvarado por última vez. Reuniré a sus aliados y a su gente, porque no creo que ese Álvaro de Paz sea capaz de reunir ni una bolsa de provisiones. ¿Tienes algún punto de encuentro con tu señor?

Fernando dejó escapar un gesto de alivio.

—En Gracias a Dios, la aldea que está a medio camino de la costa —dijo.

—Mañana, después de tu reunión en el cabildo, saldremos hacia allí.

—Señor, ¿es que piensa venir conmigo? —preguntó Fernando, con asombro.

El hidalgo echó un vistazo a la penumbra del patio.

—Si el rey le ha dado otra oportunidad a ese hombre, supongo que no tengo alternativa —sostuvo—. Es lo mínimo que puede hacer un vecino de la villa al que Alvarado le ha dado tierras y ganado —dijo Portocarrero.

Fernando mantuvo el silencio que dejó el veterano capitán. A continuación, le tendió su mano, y aquel al que en Cuba llamaban «el extremeño» se la estrechó.

—Será mejor que prepares tus cosas, muchacho —anunció Portocarrero antes de despedirse de él—. Mañana al mediodía, en la plaza Mayor. Ah, y una cosa más.

—¿Qué?

Portocarrero lo señaló con el dedo.

—No vuelvas a llamarme «señor».

El joven se alejó por la callejuela en dirección a la casa del obispo. Reflexionó acerca de ese hombre, y su mente fue hacia Juana. Pensó en todas las noches que la joven le había hablado del viejo lugarteniente de Alvarado y de su deseo de tenerlo delante alguna vez en la vida, para preguntarle todas esas cuestiones que llevaba cinceladas en el corazón desde que tenía memoria. Fernando le había hecho una promesa a Juana. Le pareció que Portocarrero era un hombre lúcido, de mente despejada, inteligente, vivaz y de buen juicio. Se preguntó entonces si tendría el valor de adentrarse en su pasado y de reconocer el gran desacierto de su vida.

XII

UN ASUNTO DEL PASADO

1

A mediados del mes de abril de 1539, Hernando de Soto aún no se decidía a saltar a La Florida. Aunque alguno de sus capitanes comprendía sus motivos y su prudencia, otros comenzaban a impacientarse. No era un secreto en la villa que Soto perseguía emular la gesta de Pizarro en el Perú y de Cortés en México, y que para ello era necesario encontrar una gran ciudad como Cuzco o Tenochtitlán. La Habana se había transformado, y ahora contaba con más de ochenta casas, muelles en el puerto, almacenes, campos labrados y zonas de pastoreo para el ganado. La casona de Antonio Beltrán parecía, más bien, un almacén de pertrechos y bastimentos.

Juana repartía sus días en su nueva casa, en compañía de su esposo y de su hermano, Francisco, y del séquito de damas de doña Isabel de Bobadilla, del cual formaba parte. Estaba preocupada. Había hablado con Beatriz sobre los planes de Beltrán de marchar a La Florida. En otro tiempo, Juana habría estado en desacuerdo; sin embargo, después de la historia de Fernando, había cambiado su manera de ver las cosas. Y, además, guardaba un secreto que no había querido compartir con Beatriz. En el fondo, Beltrán era la solución a muchas cosas, aspiraba a grandes cargos para que su nombre fuera recordado, y ese anhelo de grandeza se traducía en seguir a Soto hasta el final.

Aquel día esperaban a Beltrán en el comedor de la casa de Beatriz. Amir estaba presente. El africano, cuya única función era la de velar por la india Jimena y su hijo, Jerónimo, se había convertido en una suerte de consejero y mano derecha de Beatriz. La mesa estaba dispuesta, y los criados aguardaban la llegada de Beltrán para servir la comida. Entonces Juana reconoció el ruido de un caballo en el patio.

—Ya está aquí —le dijo a la criada para que comenzara a servir la comida.

Beatriz fue a recibir a Beltrán a la puerta. El hidalgo apareció en la estancia con un gesto triunfal. Portaba un legajo de cartas en las manos.

—Ha venido una carraca esta mañana —comentó—. Pedro de Becerra ha

enviado desde Santo Domingo un cargamento de armas y de pólvora que Soto no se espera. Acabará por guardarnos una gran deuda ese hombre. Lo que significa mercedes y nombramientos, claro.

Beatriz asintió con gesto serio.

—¿Han traído noticias de La Española? —preguntó.

Beltrán cogió el fajo de cartas que traía y le entregó una de ellas. Juana estiró el cuello para intentar leer los nombres. Llevaba todo ese tiempo en espera de obtener alguna noticia de Fernando y del capitán Estrada. Ya no creía en sueños imposibles, y había comprendido que su sitio era aquel, junto a Beltrán, pero la idea de saber algo la llenaba de esperanza.

—Es de Fernando —musitó Beatriz con la carta en las manos. Juana borró la sonrisa de los labios y la miró con impaciencia—. Disculpadme —se excusó la dama, y se retiró a leer la carta a la sala contigua.

Juana intentó disimular su ansia de conocer noticias del joven. Beltrán cogió la jarra de vino aguado y rellenó su vaso y sirvió un poco en el de su mujer.

—Cardeña no volverá a España ni volverá a Cuba —le dijo en voz baja.

Juana no pudo disimular la expresión de amargura y aflicción que le provocó aquello. Beltrán se encogió de hombros, mientras se servía la comida en el plato.

—¿Por qué lo dices?

—Me lo ha dicho el capitán de la nao —continuó Beltrán—. Se ha embarcado con Alvarado a Guatemala. Estará en la capitanía un año, tal vez más. Es el tiempo que tardará en volver a Santo Domingo. Entonces podrá venir a Cuba y, tal vez, si hemos establecido una villa en La Florida junto a Soto, podrá visitarnos al otro lado del mar. El destino de su ruta de comercio ahora está en mis manos.

—Y en las de Beatriz —lo corrigió Juana.

Su esposo le lanzó una mirada furibunda. Juana bajó la mirada a su plato vacío y sintió que se quedaba sin aire. Tuvo ganas de vomitar.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Beltrán, extrañado.

—No es nada —se excusó la joven.

En ese momento volvió a entrar Beatriz. Portaba un semblante preocupado. Le resumió a Beltrán el contenido de la carta.

—Guatemala está muy lejos —comentó ella cuando acabó—. Me temo que Fernando tardará mucho en regresar a Cuba.

Juana apenas consiguió servirse un trozo de carne en el plato, y ni siquiera lo tocó. Beatriz cruzó una mirada con Beltrán.

—Disculpadme —soltó Juana de improviso, y se levantó para salir de la sala. Cruzó el campo y se dirigió a uno de los almacenes. Le hizo bien el aire puro en la cara, pero se notó al borde del desmayo. La chica entró con prisas, cogió un cubo de madera que usaban para recoger el agua y vomitó.

Llevaba casi un mes sintiéndose mal, y no era la primera vez que le pasaba. Le daba pavor pensar en lo que le podía haber sucedido. Lo cierto era que estaban a finales de abril y la chica había contado tres períodos sin sangrar. La noticia de Fernando había hecho que la cabeza le diera mil vueltas. Tal vez podría ocultar su secreto, pero estaba a punto de embarcarse a La Florida. ¿Qué podía hacer? El pánico le impedía pensar. ¿Y si Beltrán echaba las cuentas? Todo por lo que había pasado su madre se le venía encima. La joven se secó las lágrimas y respiró hondo. Sintió que estaba a punto de desfallecer cuando unas manos grandes cogieron sus hombros.

—Juana —musitó Amir tras ella.

La muchacha se sobresaltó.

—Tranquila, nadie me ha visto venir —murmuró el africano.

—Estoy bien —dijo Juana pasándose una mano por la frente sudorosa.

Amir la contempló un momento. Luego cogió un cubo y fue a por agua. A continuación, le ofreció un paño fresco para el rostro y el cuello.

—Estás pálida —advirtió Amir.

La joven trató de disimular, pero el africano no dejó de mirarla de manera inquisitiva. Entonces, de improviso, Juana se derrumbó y lloró desconsolada. Amir la rodeó con sus brazos.

—Amir… —musitó cuando pudo recuperar el aliento, y se llevó una mano al vientre. El africano abrió los ojos y entornó la mirada cuando se dio cuenta. Juana asintió y volvió a llorar. Amir era el único hombre sobre el que poder ahogar sus penas.

—Tienes un esposo; no tienes de qué preocuparte.

Juana negó con la cabeza, y sus ojos vidriosos se perdieron en el campo.

—No, Amir, no lo entiendes.

Amir no dijo nada. Le bastaron unos instantes para unir piezas sueltas.

—¿Es de mi señor?

Juana se cubrió el rostro y luego asintió.

—Estoy casi segura.

—¿Vas a decirle a Beltrán que es suyo?

Juana se encogió de hombros. No tenía otra opción.

—La señora Beatriz es la única que puede ayudarte —dijo Amir.

—No, no puede saberlo —murmuró con un hilo de voz—. Todo lo que

tiene aquí depende de su alianza con Beltrán, que busca cualquier excusa para quitársela de en medio. Esto significa poner en peligro sus negocios, su vida y la vida de toda la gente que la sigue.

—¿Y qué sucederá contigo? —le preguntó el africano, con los ojos muy abiertos—. Dentro de poco no podrás ocultarlo. No podrás ir a La Florida.

Juana negó con la cabeza.

—Preferiría morir antes que decirlo —musitó con voz temblorosa.

El africano había ido a La Habana para cuidar del hermanastro de su señor. Si Juana tenía un hijo de Fernando, iba a hacer todo lo posible por protegerla. Juana estaba desesperada. Y en aquellas horas de desdicha, tan solo podía oír la voz de su madre recordándole la torpeza de haber amado a un hombre que se había alejado de ella para siempre.

2

—Nunca había visto nada igual —observó Estrada con la vista puesta en las faldas de la ladera—. Que Dios nos perdone.

Fernando y el capitán estaban sobre sus monturas en la cima de una colina, con unas mantas de lana sobre los hombros para protegerse del viento. Una multitud de indios cachiqueles, quichés y zutuhiles —originarios de aquella tierra— eran obligados por jinetes españoles, capitanes y familiares de Alvarado, a emprender la dura marcha por las montañas hacia las llanuras bajas de la costa de la Mar del Norte. Los empujaban y les daban las órdenes como al ganado, rodeados por la jauría de alanos de guerra de los conquistadores de Alvarado para mantener al grupo en formación cerrada. La densa masa marchaba con penuria y castigo, como un río ancho y adormecido. Cada uno de ellos portaba en sus espaldas una cesta de mimbre atada con cintas de cuero que serviría para cargar los pertrechos del señor de esa tierra. Portocarrero, que estaba junto a su mozo de cuadras, el chico mestizo, negó con la cabeza.

—No podemos hacer nada por ellos —matizó antes de girar su yegua hacia la ruta—. Esos indios pertenecen a la gente de Alvarado, y los marcan como a reses. Son tamemes, y cada uno de ellos vale su peso en oro. Nos matarían si hiciéramos algo.

—¿Tamemes? —preguntó Estrada.

—Cargadores —dijo el muchacho mestizo.

Fernando se dio cuenta de que al extremeño tampoco le hacía gracia la manera en la que trataban a esa gente. Portocarrero iba acompañado de aquel

muchacho llamado Balam. Este llevaba la montura cargada con provisiones y un arco largo con un carcaj lleno de flechas. Fernando volvió la vista una vez más y advirtió que tras la columna de indios avanzaba un grupo numeroso de criados. Algunos de ellos tiraban de mulas y bueyes. A lo lejos, distinguió a Álvaro de Paz, montado en su caballo, que discutía con tres frailes. A ese paso, esa gente iba a tardar más de un mes en llegar a Puerto Caballos.

—Ya he hablado con Paz —le dijo Portocarrero, que había seguido la dirección de sus ojos—. Cada encomendero se encargará de su gente. Álvaro de Paz irá con ellos. Nosotros vamos por nuestra cuenta.

—Cojonudo —soltó Estrada, y siguió la estela del extremeño.

Fernando, Estrada, Portocarrero y Balam se pusieron en marcha en dirección a la aldea de Gracias a Dios. Al ser los primeros con noticias, Portocarrero llevaba un fardo con cartas para la gente de Alvarado. Portocarrero, a diferencia del resto de los capitanes españoles, le parecía a Fernando un hombre sensato. Vestía un simple jubón abierto, sin la armadura, al igual que Fernando y Estrada. Aparentaba ser más joven de lo que era, llevaba la camisa arremangada y sus brazos mostraban el vigor de antaño. Fernando comprendió que aquel hombre no se había detenido ni un instante en su vida. El extremeño situó a su yegua de tal modo que era él quien cerraba el grupo. Delante, Balam se adelantó centenares de varas para otear el horizonte desde una posición más alta y determinar el mejor sendero. A las pocas leguas recorridas, Fernando y Estrada comprendieron que el muchacho era un excelente guía y rastreador.

—Su padre murió poco después de tomar Tenochtitlán —les comentó Portocarrero con voz tranquila una tarde, mientras avanzaban por un sendero boscoso. A Balam se le veía como un punto en la lejanía. El extremeño les contó un poco acerca de las historias del dominio del Yucatán, Guatemala y Honduras hasta la fundación de la villa de San Miguel, mucho más al sur, más allá de la villa de San Salvador. Fernando notó dolor en la voz de Portocarrero, que continuó—: Durante esos años la hueste se movía sin descanso. La madre de Balam era una india de Tabasco, y siguió a la columna de Alvarado durante toda la campaña. Os hablo de más de trescientas leguas a pie. El chico aprendió las tradiciones de ambos pueblos y creció en Santiago de Guatemala.

—Mitad indio, mitad español —murmuró Estrada.

—Así es, capitán —dijo Portocarrero—. Mitad chontal, mitad cacereño. Es un hijo de la conquista, más que ningún otro.

—¿Y su padre?

—Murió en Cholula —dijo el extremeño.

Esos días, Fernando no pudo evitar pensar en el enérgico discurso de fray Bartolomé de las Casas el día que el cabildo se reunió por orden del obispo Marroquín. Fernando quería lo mejor para su familia, y a esas alturas solo buscaba llevar a buen puerto sus negocios. No obstante, una cosa era obtener ganancias con la venta de especias y mercancías y otra era hacerlo con la gente, con indios o con esclavos negros. *«¿Qué alma, sino una en la que habita el Maligno, es capaz de vivir con la carga de tal pecado sin sentir remordimiento?»*, les había exhortado fray Bartolomé al grupo de principales, todos ellos pertenecientes al bando de Alvarado. Esas palabras se habían grabado a fuego en la mente del joven. Por el contrario, los argumentos pragmáticos del obispo Marroquín fueron la defensa de aquellos hombres, que miraron a De las Casas como si hubiese perdido el juicio. *«Es necesaria la fuerza de todos para seguir adelante»*, había dicho Marroquín. *«La tierra de Guatemala ha de sentir el mismo dolor de un parto antes de ver florecer sus campos y sus ciudades. Por ello es necesario el sacrificio de todos»*. El problema era que unos pocos manejaban los hilos y eran los dueños y señores de la mayor parte de los indios, las tierras, las encomiendas y las casas de la villa. Una élite perversa que hombres íntegros como fray Bartolomé o el licenciado Maldonado, junto con otros vecinos, pretendían derrocar. Sin embargo, aquel mundo era salvaje y despiadado, y los conquistadores habían cometido atrocidades y sangrías inimaginables. Ni siquiera la voluntad del rey o la moral de Dios eran capaces de doblegar los planes de Alvarado y de sus hombres.

Una noche, Balam halló un lugar propicio para acampar, y el chico encendió una pequeña hoguera para pasar la noche. Se acomodaron los cuatro allí y hablaron en voz baja. Fernando y Estrada agradecieron volver a los caminos. Se sentían más vigorosos y descansados que nunca. Poco después, cuando el capitán y Balam se durmieron, Portocarrero quiso saber de los negocios de la familia Cardeña. Fernando le contó que se había criado en Sevilla y que su tío había entablado tratos con Alvarado. Portocarrero estaba al tanto del Juicio de Residencia que le esperaba a Alvarado en Santiago de Guatemala, y Fernando le detalló la dispensa real por la que se nombraba a Alvarado gobernador de la capitanía por otros siete años, con el fin de llevar a cabo la expedición a las islas de las Especias. Él era su armador.

—No dudo que lo consiga —dijo Portocarrero—, pero a un precio muy alto.

Fernando lo miró a los ojos.

—No estás conforme con él, ¿verdad? —le preguntó. Pasados varios días

de viaje, el trato entre ambos había cambiado.

Portocarrero guardó silencio un instante antes de responder.

—Yo no juzgo a nadie, chico. Solo digo que un hombre debe saber cuándo detenerse. Alvarado ha conseguido un buen pedazo de tierra para señorear después de tantos años de campaña. Guatemala es un reino. Está lleno de campos fértiles, y podría convertirse en un gran territorio si se lo propusiera. Pero su ambición siempre ha sido otra.

—¿Cuál?

—Sobrepasar a Cortés. En el momento en el que vio que los ríos de Guatemala no le ofrecían el oro del Perú, ha buscado nuevos horizontes.

Fernando pensó en todos los asuntos que tenía que hablar con el adelantado.

—¿No se han detenido hasta ahora? —le preguntó.

Portocarrero alimentó el fuego con unas ramas.

—La conquista fue larga; nos tomó casi dos años tomar Tenochtitlán. Después, la campaña continuó. Cortés envió a Alvarado a dominar a estos pueblos del sur con una gran hueste de españoles, indios aliados, criados y esclavos.

—Pero ¿para qué? —preguntó Fernando sin comprender—. Apenas había suficiente población como para fundar villas y el territorio es muy vasto. Podrías haber vuelto a Cuba.

Portocarrero le dio la razón.

—Así es, pero lo importante era hacerse con la tierra, a toda costa. Un gran territorio significa, a su vez, un gran título. Así es la guerra, Fernando. Nunca le pidas explicaciones, porque no las hay. —El extremeño se detuvo un instante y guardó silencio, con la vista clavada en el fuego. Poco después, prosiguió—: Esta tierra sufrió mucho, y Alvarado hizo cosas innombrables. Cuando al fin pudimos detenernos, fundamos Santiago de Guatemala. Recibí una gran parcela de tierra, construí una casa y me dediqué a la cría de yeguas. Una vida apacible. Había pasado demasiado tiempo como para volver a Cuba a levantar viejas tumbas. Suficiente tenía con intentar olvidar los horrores de la guerra.

Fernando comprendía bien lo que había querido decir.

—Yo he vuelto después de muchos años.

Portocarrero esbozó una sonrisa apagada.

—Recuerdo el día que tu padre, don Fernando, regresó a Santiago de Cuba en 1519. Doña Inés estaba encinta —dijo el extremeño—. Fue la última vez que vi a la gitanilla Beatriz.

—¿Hablas de doña Beatriz del Castillo?

—Sí, esa misma. —Portocarrero hizo una pausa—. Gracias a su ayuda conseguí ganar la confianza de Alvarado y pude alistarme en la expedición del gobernador Velázquez al Yucatán.

—¿Y a María de Cáceres? ¿La recuerdas?

Portocarrero asintió, sin dejar de sonreír.

—¿La criada de Sánchez? ¿Cómo iba a olvidarla? —Poco a poco su sonrisa se fue apagando, como si un velo oscuro cayera sobre su recuerdo—. ¿Tuvo un hijo, no es así?

Fernando negó con la cabeza.

—Una hija.

Portocarrero alzó la mirada y sus ojos brillaron con la luz del fuego. En ese momento oyeron un ruido, y el extremeño se levantó y fue a mirar. Fernando le vio dar una vuelta por el campamento. Poco después, distinguieron a un roedor huir a través de la espesura. Portocarrero fue hasta las alforjas de su yegua y extrajo la bota de vino. Le dio un trago y se la ofreció al joven, que la rechazó. Luego, se acomodó sobre su manta, para dormir un poco.

—No te pagará —musitó Portocarrero, de pronto.

Fernando pensó que no lo había oído bien.

—¿Cómo dices?

El extremeño cerró los ojos, dispuesto a dormir.

—Alvarado no te pagará ni un maravedí si puede evitarlo —le dijo, muy tranquilo.

—No puede hacer eso —soltó Fernando, que se incorporó.

—Lo hará, créeme —murmuró Portocarrero—. Será mejor que busques la manera de cobrar tu parte. Alvarado no se molestará en devolverte nada. Como ha hecho con todos los hidalgos y señores a los que ha engañado.

Una ráfaga de viento cruzó el campamento. El extremeño había puesto de manifiesto sus sospechas. Fernando se quedó en silencio junto al fuego, preso de sus temores.

3

Alvarado avanzaba con lentitud, como todo lo que se hacía en aquella tierra, y esperaba con impaciencia a que Cardeña cumpliera con su cometido y apareciera con un río de gente, de un día para otro. Entretanto, había tenido un inesperado visitante. Uno de esos días llegó por el camino, proveniente de

Gracias a Dios, el obispo de la provincia de Honduras. Pedraza le contó su encuentro con Fernando de Cardeña. Después le habló de Francisco Montejo, el gobernador de Yucatán, Tabasco y Honduras y viejo conocido de Alvarado. Montejo se presentó en Honduras, justo en el momento en el que Alvarado embarcaba hacia España en busca de sus apoyos en la corte y del favor del rey. Resultó que mientras Alvarado se reunía con el rey Carlos en Aranjuez, Montejo le arrebataba las tierras y las villas que había fundado antes de su marcha. No solo se había quedado con Gracias a Dios, sino también con sus minas de oro y plata.

Tras oír las explicaciones del obispo, Alvarado se puso en pie, con las manos cruzadas a la espalda.

—Conozco desde hace muchos años a los Montejo, Pedraza. Tanto él como su hijo tienen costumbres de la vieja Castilla. No hay nada en este mundo que no haga un Montejo sin intención. —Alvarado hizo una pausa—. No negociaré con él. Pienso cobrarle por cada día que ha pasado en mi villa y por la explotación de las minas de oro y plata.

—Pero, señor…

—Déjeme acabar —lo instó Alvarado, con tranquilidad—. Quiero que vuelva a Gracias a Dios y le diga que el valor de su deuda es de veinte mil castellanos de oro, y que espero que los tenga listos a mi llegada a la villa.

Pedraza empalideció.

—Señor, no creo que haya ningún hombre a cien leguas a la redonda capaz de pagar esa cantidad.

—Montejo es quien debe hallar la manera de solventar sus compromisos. Ya sabe desde hace años que pretendo intercambiarle el territorio que está al norte de Guatemala, Chiapas, por la provincia de Honduras, pero su orgullo y su avaricia le ciegan por completo. Aunque usted regrese y lo convenza de esto último, Pedraza, eso no lo priva de un pago por el uso de mis minas de plata y una demostración de buena voluntad por su parte. ¿Lo ha comprendido?

—¿Qué clase de demostración?

Alvarado echó la vista hacia fuera del entoldado. Cualquier humillación a Montejo sabría apreciarla como un vino añejo.

—Una disculpa estaría bien —le advirtió el adelantado—. Frente a toda la hueste.

Pedraza se marchó con el mensaje para su señor. *Una ayuda caída del cielo*, se dijo Alvarado. Sin ninguna posibilidad para pagar a Fernando de Cardeña sus ciento cincuenta esclavos, había pensado en que la única opción iba a ser

ponerlos a trabajar en las minas y que fueran ellos mismos quienes extrajeran el oro que pagara su compra. Con esos dineros, el joven mercader pondría en marcha su plan para comprar los suministros para su flota a la Especiería. *Dios, que siempre está conmigo, me ha obsequiado con esta oportunidad*, se dijo Alvarado con euforia. No solo le exigiría a Montejo el intercambio de tierras, sino también un pago que cubriría lo de los esclavos y permitiría que Cardeña se centrara en abastecerlo. Alvarado sabía que las ayudas de Dios se las cobraba en el tiempo con sacrificio, y que aquello era una señal de que su destino estaba en la gran expedición a las islas de las Especias. Todos los vientos soplaban a su favor.

Dos semanas después de este encuentro, Alvarado supervisaba a los esclavos, ataviado con armadura de coselete, cuando uno de sus oficiales vino del sendero boscoso hasta su posición.

—Señor, estamos a media legua de Gracias a Dios —le informó el hombre—. Se aproxima una comitiva.

—¿Una comitiva?

Después de ensanchar esa parte del camino, ordenó que los esclavos se detuvieran y mandó llamar a su esposa junto a todo el séquito de gentes de renombre que iban con ella. Luego ordenó a tres compañías de infantes armados que formaran delante y que los escoltaran. De esta manera, a la usanza de un general romano, el adelantado enfiló por el sendero que unía la zona boscosa con la villa de Gracias a Dios. Allí vio a un grupo de vecinos que los aguardaban para recibirlos con más flores que alimentos, encabezados por Francisco Montejo, su esposa y el obispo Pedraza. La marcha avanzó sin detenerse hasta que Alvarado se situó frente a las autoridades, sin desmontar. Le sorprendió el aspecto de Montejo, que parecía haber envejecido dos décadas en pocos años, y que mostraba la actitud de un hombre resignado.

—Sea bienvenido a su villa, don Pedro —lo saludó el viejo Montejo de mala gana—. Espero que podamos solucionar nuestras diferencias. Lamento cualquier malentendido que haya surgido entre nosotros.

Alvarado desmontó de un salto y se arregló el jubón y la armadura. La diferencia entre los dos señores era tan ancha como un océano. Alvarado vestía con elegancia, incluso para la guerra, con una cuidada barba y el cabello recortado, siempre pulcro, y su fragancia era agradable. Montejo, en su lugar, había envejecido y estaba en los huesos. Después de muchos meses de malvivir, su mirada parecía perdida, y tenía el pelo canoso como un matojo de paja y una barba que campaba silvestre por su rostro y su cuello. Alvarado hubiese sentido lástima por ese hombre de no haberlo conocido de verdad.

Sabía que, pese a su aspecto, era un guerrero formidable, capaz de subyugar una tierra salvaje como el Yucatán y aplastar a sus enemigos.

Dio unos pasos hacia él, y los adelantados se miraron frente a frente.

—Mi viejo amigo Montejo —dijo con una sonrisa ancha.

Montejo vaciló.

—Alvarado —lo saludó.

Ambos señores estrecharon sus manos y se fundieron en un abrazo fraternal. Todos los presentes estallaron en aplausos.

—¡Hoy y mañana serán días de fiesta en Gracias a Dios! —exclamó Alvarado, y su gente y sus soldados le devolvieron vítores y voces de alegría.

Entonces todo el mundo tuvo claro quién era el único señor de aquel lugar.

4

A principios de mayo, La Habana se vistió de fiesta para celebrar la partida de la armada de Hernando de Soto. Los navíos llenaban la bahía y la hueste se esparció por el puerto el día antes de embarcar. Juana acudió en compañía de Beatriz y de Amir. Hernando de Soto había esperado al regreso de la flota de avanzadilla, para decidirse a marchar a La Florida. Durante esas semanas, Beatriz y Juana hicieron compañía a su esposa. Doña Isabel de Bobadilla era una mujer vivaz y esforzada; quienes conocían a sus padres o habían oído hablar de ellos decían de ella que había heredado la fuerza para el mando de su progenitor, el temido Pedrarias Dávila, y las artes cortesanas de la estirpe de su madre, los Bobadilla y los Peñalosa. Isabel podía parecer en ocasiones un ser frágil e indefenso, hasta que sacaba a la luz el ímpetu de un soldado en algún gesto o en alguna orden que daba a su gente o a sus damas. Juana pasó muchas horas en su compañía, disfrutando de las largas charlas que mantenía doña Isabel con Beatriz, pues ambas tenían más o menos la misma edad, a diferencia del resto de las damas de su séquito, todas ellas más jóvenes. A veces, doña Isabel le confesaba a Beatriz el agobio de sentirse la madre e institutriz de todas esas muchachas que habían cruzado el océano para ser esposas de hidalgos de La Habana y parir a una nueva élite de señores. Doña Isabel era una dama instruida, amaba la lectura y las horas de oración y tenía gracia para recitar versos y dotes para el baile, todas ellas cualidades difíciles de encontrar en el Nuevo Mundo. Otras damas, esposas de otros vecinos de la villa —algunas venidas desde Santiago—, también probaron a ganarse la amistad de doña Isabel, pero sin obtener el mismo resultado. Juana creía saber

la razón de que Beatriz fuera su escolta favorita: su amiga era la única que de niña había sido criada, por tanto, sabía exactamente cuándo hablar, pero, sobre todo, cuándo callar, una condición esencial en cualquier corte, por pequeña que fuera. Hernando de Soto las apreciaba a las dos, y Beltrán había sacado partido de esa confianza. Las Indias era un lugar donde un ascenso social tan rápido y precipitado era posible.

Ya a finales de abril, Juana había notado que su cuerpo estaba cambiando y que su vientre se había hinchado un poco. Aún era fácil disimularlo. Lo que no resultaba sencillo era aceptar la realidad de aquello que tantas veces había oído en boca de otras mujeres y estaba ocurriéndole a ella. La cercanía de Beatriz y de la esposa del gobernador le daba esa fortaleza para decirse a sí misma de que todo iba por buen camino, que todo iba a salir bien. Además, estaba Amir, su único confidente. Siguiendo su consejo, Juana esperaba ansiosa saltar a La Florida para darle a Beltrán la noticia en las nuevas tierras. Aquel vástago nacería como un hijo de Beltrán, tomaría su nombre de familia y sería el heredero de las posesiones de su padre en el norte.

El último día de los expedicionarios en La Habana Juana acompañó a Beltrán a la misa. Dada su posición, Beatriz, Juana y Beltrán tuvieron sitio en las primeras filas, junto a los gobernadores y principales. Tras la misa, Hernando de Soto anunció que la flota se echaría a la mar, después de meses de preparativos. Comunicó que había hecho testamento ante el escribano y que nombraba a un nuevo gobernador y capitán general de Cuba para la administración de la isla en su ausencia. Una docena de principales, todos ellos posibles candidatos, se mantuvieron expectantes, a la espera del anuncio. Soto barrió a los señores con la mirada antes de hablar.

—He decidido que la nueva autoridad de Cuba sea mi esposa, doña Isabel de Bobadilla —dijo finalmente—. Confío en la lealtad de todos aquellos que os quedáis en La Habana, y estoy seguro de que os pondréis a su servicio. Recordad que su palabra será siempre la mía.

Hubo algunos aplausos, pero sus palabras se recibieron con sorpresa. Hasta ese momento, jamás había existido una mujer que tomara el mando de un territorio. Hernando de Soto, noble, inteligente y calculador, optó por la mejor de las alternativas contra cualquier intento de conspiración. La palabra de su mujer era la suya, por obra y gracia del santo matrimonio. Juana se volvió a Beltrán y cayó en la cuenta de los deseos ocultos de su marido. La decepción en su rostro reflejaba el anhelo de conseguir aquello por lo que había estado luchando: Antonio Beltrán había aspirado en secreto, durante todo ese tiempo, no embarcarse a La Florida, sino ser nombrado gobernador

de Cuba, lugarteniente de Soto. Juana no lo supo hasta ese preciso instante.

5

Aquella tarde cayó una tormenta sobre La Habana hasta el anochecer, y los vientos amenazaron con arrancar el tejado de la casa. La tempestad anunciaba la temporada de lluvias. Juana y Beatriz pasaron la tarde, en compañía de la india Jimena y de su hijo, Jerónimo, remendando ropajes y algunos sayos y sayuelos que se llevarían a La Florida. Permanecieron en silencio, cada una en su labor, y solo se oyó el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado. Más tarde, apenas sin luz en la estancia, Juana pensó en la suerte que tenía Beatriz al estar cerca de Isabel de Bobadilla y gozar de su amistad, pues, aunque La Habana fuera solo una aldea, con ella nunca le faltaría de nada. Beatriz le explicaría más tarde, ya en la intimidad de su alcoba, que Hernando de Soto le había legado una suma considerable de dineros a su esposa. Y doña Isabel necesitaría de gente a su lado para el buen gobierno de la isla.

—Beltrán tiene muchas posibilidades de ser el regidor de un pueblo nuevo en La Florida, siempre que sea fiel a Soto y que actúe con inteligencia —le aconsejó Beatriz—. Tienes que hacerle ver que va por el buen camino.

Juana resopló.

—Está decepcionado —dijo—. Cree que Soto ha jugado con él.

—Debes mostrarle que no es así: es tu labor como esposa.

—Es injusto que sea necesario un marido para recibir un cargo —reflexionó la chica—. ¿Por qué acaso tú no podrías ser contadora o escribana?

Beatriz, que no se esperaba eso, dejó escapar una risa.

—Yo estoy bien así como estoy —dijo sonriente al tiempo que encendía una vela—. En compañía de doña Isabel nunca me faltará de nada. Creo que en un año Hernando de Soto regresará, habrá fundado una gran ciudad y será el señor de esta isla y del territorio del norte. ¿Puedes imaginarlo? Tal vez, en un futuro, tenga que marcharme a La Florida con doña Isabel, y nos reuniremos todas allí. Solo Dios conoce nuestro destino, niña, pero estoy segura de que una estrella vela por nosotras en el firmamento.

Juana le devolvió una sonrisa cálida. Luego, poco a poco, aquel gesto se desdibujó.

—Beltrán ha gastado su fortuna en ganarse el favor de Soto y en esta dichosa expedición. Si Soto no le paga con algo, no sé de qué será capaz.

—Bueno —expuso Beatriz, pensativa—. Soto sabrá recompensarlo y le dará algún cargo que lo contente.

—No lo sé —suspiró Juana—. Eso espero.

Beatriz plegó unos ropajes y los guardó dentro de un baúl. Luego se volvió a mirar a su amiga.

—Juana, Amir me ha dicho que pasará a La Florida con vosotros.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes —dijo ella, y se sentó a su lado—. Tiene una Carta de Ahorría que lo libera como esclavo, y Fernando dejó escrito en sus instrucciones que Amir cuenta con su favor y confianza para ir a donde quiera.

Juana no supo qué decir. Le alegraba contar con él y con su compañía, desde luego, y era algo que también parecía agradarle a Beatriz. Entonces pensó en que Amir conocía su secreto.

—Supongo que es su decisión —murmuró Juana mientras se encogía de hombros.

Ambas mantuvieron un silencio en el que pensaron en muchas cosas.

Juana sentía que en los últimos meses había vivido una vida entera, y, aunque luchaba por sacar a Fernando de su mente y de su corazón, era consciente de que su paso por Santiago había cambiado para siempre su destino.

—Sé bien quién habría sido la persona ideal para suplir a Soto en su gobernación —murmuró Beatriz con amargura. Estaba recostada en el lecho. Juana la miró de soslayo desde la silla de la escribanía. Comprendía que se refería a Fernando, pero no dijo nada. Beatriz se mantuvo en silencio un rato, como si su pensamiento se hubiese ido muy lejos de allí—. Oí a Soto una vez lamentarse por Fernando. Creo que, si hubiera venido con él, el gobernador lo habría visto como un buen hombre para el cargo.

—Bueno, pues aquí sigue teniendo asuntos de los que ocuparse, empezando por Jimena y su hijo —sostuvo la chica. Beatriz volvió la vista a la joven, que de pronto se ruborizó. Un silencio incómodo se formó entre ellas, algo que casi nunca sucedía.

—Querías que viniese… —musitó su amiga.

Juana hizo un ademán con la mano y negó con la cabeza.

—¿Yo? Por mí como si se va a Sevilla.

Beatriz entornó la mirada y se incorporó en la cama.

—¿Y por qué lo dices en ese tono? ¿Pasó algo en Santiago?

—Solo digo lo que pienso —soltó Juana sin pensar, por sobrepasar aquel escollo—. He escuchado algunas historias de Fernando de Cardeña en la villa. Antón insinuó algo en el mesón. También mi madre lo hizo, antes de

marcharme, y me pidió que no hiciera preguntas… Todos hablan de una vieja historia, un tema que tuvo que ver con su familia, pero nadie ha querido decirme nada. ¿Sabes de lo que hablo?

La joven reparó en que Beatriz empalidecía.

—¿Sobre el qué? —preguntó su amiga con cautela.

Juana se detuvo un instante. Ya no estaba segura de querer indagar. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué tanto secretismo con un negocio tan añejo? Entonces se armó de valor, pues tenía razones más que suficientes en el vientre para querer conocer la verdad sobre ese joven.

—Es sobre la historia de la hija del notario —murmuró.

Beatriz abrió la boca para decir algo y luego guardó silencio.

—No vale la pena hablar de esas cosas —zanjó después.

—¿Lo ves? —soltó Juana—. ¿Por qué todos hacéis lo mismo?

—¡Porque aquello fue una desgracia! —exclamó Beatriz, fuera de sí.

Juana guardó silencio. Nunca en su vida había visto a Beatriz hablar con ese tono. Su amiga tenía los ojos vidriosos. Se levantó un instante y abrió la ventana. Fuera había dejado de llover, y un aroma a hierba y a tierra mojada llenó la estancia.

—Lo siento, niña —se disculpó.

Para Juana era difícil; su historia con Fernando la empujaba a conocer la verdad. Sabía que transcurridos los años se arrepentiría de no haberle preguntado la verdad a la única persona que podía darle respuestas.

—El notario se llamaba Juan Hernández —dijo Beatriz, antes de que ella insistiera, y su voz emergió como una confesión—. Era un encomendero de Santiago, respetado entre los vecinos. Había formado parte de la hueste de Diego de Velázquez durante la conquista de la isla. Tenía una casa grande con un jardín y unos limoneros, al otro lado de la plaza.

—¿En qué año fue eso? —preguntó Juana con cautela. Quería que su amiga continuara con el relato. Se levantó de la silla en la que estaba y se sentó al borde del lecho. Beatriz se apoyó en la ventana y se cruzó de brazos.

—Eso ocurrió hace veinte años, en mil quinientos dieciocho —dijo, como si no le hiciera falta pensarlo—. Habían pasado siete años de la fundación de la villa. No era lo que tú te imaginas, niña. Santiago era una aldea de senderos embarrados. Había unas sesenta casas, algunas haciendas de señores y otras más pobres. Varios hidalgos de cierto renombre vivían allí, como Velázquez, Alvarado, Montejo o Hernán Cortés. Eran jóvenes aventureros, con ansias de conquista y riqueza.

—¿Y qué pasó después? ¿Qué hizo ese Juan Hernández?

—Hubo una guerra de familias —relató Beatriz—. Una guerra de bandos, cosa común en aquellos tiempos. Los hombres defendían la honra y el nombre por encima de cualquier cosa. Hernández se levantó contra Sánchez, que era la casa de mi señor. Yo no era más que una chiquilla por entonces, y tu madre, una moza muy guapa. Ambas éramos las criadas de Sánchez. El resto de los señores y principales de la villa se vieron obligados a tomar partido en el asunto. Fue el año en el que el gobernador Velázquez preparó la primera expedición al Yucatán.

—¿Y cómo acabó? —quiso saber Juana.

—Bueno, el enfrentamiento precipitó las cosas, el viejo Sánchez murió y uno de sus secretarios se quedó con la casa. Su sobrino tuvo que embarcar en esa dichosa expedición con el fin de ganarse el favor de Alvarado para que lo ayudase a recuperar sus posesiones.

—¿Martín del Castillo…?

—Sí, Martín —dijo Beatriz en tono sombrío al pronunciar su nombre—. Se marchó al Yucatán, con Alvarado y con tu padre, Portocarrero.

Juana comprendió muchas cosas que le había contado Beatriz a lo largo de su vida, y ahora por fin era capaz de unir las piezas. Solo había un asunto que se le escapaba y que su amiga parecía haber pasado por alto.

—¿Qué tiene que ver la hija del notario en todo esto? —preguntó la chica —. ¿Qué ocurrió?

Beatriz desvió la mirada al cielo cubierto, sin estrellas ni luna.

—Una noche como esta, Hernández descubrió a su hija en los brazos de Martín. La flor de su casa, desvirgada por un muchacho sin nombre —dijo Beatriz con pesar—. Fue una deshonra para su familia.

—Vaya —murmuró Juana.

—Así fue. Y pronto sobrevino una matanza.

Los más viejos de la villa conocían aquella historia. Pero ¿qué tenían que ver los Cardeña con esa disputa? Juana clavó sus ojos oscuros en Beatriz.

—Inés de Tapia se llamaba esa chiquilla, ¿no es así? —preguntó la joven con asombro—. La que luego se casó con Cardeña…

Su amiga se quedó en silencio un instante antes de responder.

—Esa historia nos trajo mucho dolor, Juana —dijo Beatriz con aire cansado—. Perdimos a seres queridos. Tal vez lo mejor sea enterrarla.

Juana se tumbó en el lecho sin dejar de pensar en todas las cosas de las que habían hablado. Martín. Inés. Cardeña. No podía estar segura de nada. ¿De quién era hijo Fernando en realidad? ¿Se había desposado esa muchacha encinta, tal y como había hecho ella? ¿Cuál era la verdadera historia?

Todas esas incógnitas la atormentaron y la hicieron pensar en lo que llevaba en su interior. El hijo de Fernando que crecía en sus entrañas en secreto. Un hijo que iba a nacer bajo una mentira para sobrevivir, para ser alguien en la vida y no un bastardo. De pronto, Juana lo vio con claridad y se estremeció. Cayó en la cuenta de que, una vez más, la historia se repetiría en aquella estirpe. Y el nombre volvería a ocultar la sangre. Como una insondable maldición.

XIII

Tierra de Guerra

1

La hueste de Pedro de Alvarado llenó las callejuelas de Gracias a Dios de fuego y música. Se sacaron mesas y sillas a los portales y se repartió algo de vino entre los pobladores para que pudieran mezclarlo con agua. Los vecinos de la aldea, ajenos a los conflictos de los dos adelantados, agradecieron la llegada de Alvarado, de su gente y de los víveres y recursos que trajeron consigo.

Alvarado mandó a sus capitanes y jinetes preparar una encamisada. La fiesta la hacía en honor a su llegada a tierras hondureñas e iba dedicada a la Virgen. Los jinetes —Alvarado y Montejo, entre ellos— se vistieron con sus mejores ropajes y armaduras. A continuación, desfilaron por la calle con una antorcha en las manos que cada jinete encendía en un fogón, al inicio de la callejuela. La procesión la encabezaba Montejo, a quien Alvarado otorgó el honor de entregar al obispo Pedraza una imagen de la Virgen que había llevado a Guatemala desde Úbeda. Así, los más de sesenta jinetes que traía Alvarado desfilaron por las calles de Gracias a Dios al son de cánticos, y ofrecieron una Virgen que habría de proteger a la ciudad durante los siglos venideros. Aquella noche misteriosa de fuegos, silencio y procesión, Gracias a Dios pareció un oasis hispano en mitad de la inmensidad de aquella tierra, un único refugio castellano, cristiano y civilizado frente al bosque y a la naturaleza recóndita del valle.

Fernando despertó de madrugada por los cánticos de los encamisados. En el catre que estaba a su lado vio a Estrada. Ambos llevaban medio día durmiendo en la casa de barro en la que se hospedaban. La estancia estaba iluminada por los fuegos de la calle. Fernando se pasó una mano por el rostro y, al sentarse en el borde del lecho, notó dolor en la espalda a causa de los días durmiendo al raso. Tardaron menos de dos semanas en regresar desde Santiago de Guatemala: en total había transcurrido poco más de un mes desde que Alvarado le había encomendado tal misión. Fernando tenía la sensación

de que había vivido mucho más tiempo en realidad. Además, algo nuevo emergió en él. El impulso de viajar.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó a su amigo.

—Cojonudo —respondió Estrada con ironía y con la voz ronca—. No puedo quejarme: sigo vivo.

—Me muero de hambre —dijo Fernando mientras se ponía en pie y se cruzaba el cinturón con el cinto y su espada. Estrada se levantó pesadamente e hizo lo mismo.

—Vayamos con ojo —murmuró el capitán—. Ya hemos visto cómo se las gastan aquí. ¿Y Portocarrero y el chaval?

—Con Alvarado.

Con el paso de los días y las semanas, los cuatro compañeros habían entablado buena amistad y camaradería, y, para sorpresa de Fernando, Diego de Estrada había hecho buenas migas con aquel joven llamado Balam. Salieron a la calle y agradecieron el frescor de la noche, que los despertó. La noche era fría, pero los fogones daban calor y luz a las calles, abarrotadas de gente. Vieron a los vecinos y soldados cantar al ritmo de vihuelas y tambores y batir con las palmas, en grupos y corrillos alrededor de los fuegos. La gente comía carne de cerdo que cocinaban frente a sus casas. Estrada consiguió dos vasos de vino, y ambos calentaron sus estómagos en compañía de algunos soldados de la hueste. Fernando le pidió a Estrada que lo acompañara a la casona principal de la villa, que era donde se alojaba el adelantado. De camino hacia allí, divisaron a Balam.

—¡Chico! —exclamó Estrada. El mozo estaba junto a un fuego dando buena cuenta de un trozo de carne, mientras una compañía de rodeleros asaba un costillar. Les hizo un gesto para que se acercaran.

—Espérame aquí —le pidió Fernando a Estrada, y se alejó.

Dentro de la casa principal se respiraba un aire pesado. Estaba lleno de señores que preferían beber y charlar en el interior, rodeados de antorchas. Fernando se encontró con Baltasar Montoya, el escribano de Alvarado.

—Nuestro adelantado está en el patio, junto con el señor Montejo y sus principales —le informó Montoya en tono confidente—. Negocian el pago de una suma considerable por el asunto de sus minas.

Que Montejo contara con la plata y el oro significaba que Alvarado podría pagarle la partida de esclavos y las cargas y él prepararía el viaje a Tabasco, para reunirse con los Pasamonte.

—Hay algo extraño en Montejo —le comentó el escribano, de pronto.

—¿Qué quiere decir? —quiso saber Fernando. Montoya negó con la

cabeza.

—Es una impresión mía —dijo con preocupación—. Creo que se ha llevado todo el oro y toda la plata de esta villa.

—Eso sería un desastre.

El bueno del escribano se encogió de hombros.

—Sé lo importante que es para usted y para mi señor, don Fernando.

El joven frunció el ceño con ansiedad. Antes de ir con el adelantado, Fernando le preguntó acerca de sus pertenencias. Fue con Montoya hasta una estancia que cumplía las funciones de despacho de Alvarado y de almacén de baúles de algunos señores. Allí estaban sus cosas, intactas, y su arcón.

Él regresó a la reunión.

Fernando se sacó la llave que llevaba colgada del cuello y giró la cerradura de su arcón. Lo primero que vio fue que había entrado agua por una esquina y que algunos documentos estaban dañados. Le alegró ver sus ropas, sus jubones y cueras elegantes y sentir el aroma de esos tejidos que le recordaban a la estancia almacén de su casa de Sevilla. Durante un instante fugaz, Fernando pensó en que pronto se cumpliría un año y medio desde su partida. Buscó entonces los estuches de cuero donde estaban los documentos más importantes. Alzó uno cuando descubrió un colgante que cayó al fondo del arcón. Fernando dejó a un lado lo que tenía en las manos y rebuscó hasta encontrarlo. Un sentimiento inesperado emergió de su interior.

Era el colgante de Ixchel.

Fernando sostuvo la figurilla de madera que había pertenecido a Martín del Castillo y pensó en Juana. Su mente fue hasta esas noches en la casona de Santiago de Cuba en las que los dos se habían amado hasta la madrugada y acabaron sometidos al amor. Cuánto la extrañaba, cuánto echaba de menos su risa y su presencia. Imaginó, con una punzada de dolor, que se habría casado con Antonio Beltrán finalmente, y que, en compañía de su amiga, doña Beatriz, formarían parte de esa nueva élite de La Habana. *Juana, bella aurora*, pensó. Con amargura, se colgó la figura del cuello y salió de la estancia.

2

Hasta la noche de las encamisadas, Alvarado y Montejo habían estado negociando, buscando la manera de resolver sus diferencias. Incluso el obispo Pedraza se había visto en la obligación de pedir auxilio a sus esposas, las dos llamadas Beatriz, una De la Cueva, la otra, Herrera. Ambas señoras entablaron buena amistad —no eran muchas las damas castellanas en aquellas tierras, y

cualquier compañía femenina era bien acogida por las mujeres—, e intervinieron frente a sus esposos para que lograran alcanzar un acuerdo. A Alvarado no le hizo ni pizca de gracia que su esposa fisgoneara en sus asuntos, pero se dio cuenta, sorprendentemente, de que Beatriz de la Cueva era una calculadora: le aconsejó cerrar un acuerdo provechoso para él, sin renunciar a lo que ella también consideraba que era propiedad de su marido.

Hasta el encuentro de esa noche, los adelantados habían alcanzado un único punto en común. Se intercambiarían las provincias de Chiapas por la de Honduras, así cada uno tendría sus territorios unificados. Montejo se quedaba con el norte, o sea, el Yucatán, Tabasco y Chiapas, y Alvarado con el sur, Guatemala, Honduras y San Salvador. Todo habría ido de maravilla de no haber sido por un ligero escollo. Durante los dos años que Alvarado había permanecido en España, Montejo había aprovechado para sacar oro y plata de las minas de Gracias a Dios. Montejo consideraba que la exigencia de un pago era un castigo personal de Alvarado hacia él, una venganza por la rivalidad que guardaban desde la expedición de Juan de Grijalva en 1518.

Esa noche, Alvarado estaba arropado por sus más allegados. Confesor, tesorero, escribano, contador y un sinfín de infantes y oficiales. Fernando estaba entre ellos, y era el que más se jugaba. Tenía que presentarse frente a Pasamonte con oro y plata, o, de lo contrario, se le vendría abajo todo el castillo de naipes. Montejo también tenía a su gente, aunque no fueran tan hidalgos ni tan importantes. Discutieron durante horas hasta que se llegó a un entendimiento. Además del intercambio de provincias, Montejo aceptaba pagarle diez mil castellanos de oro en compensación por el tema de las minas. Alvarado, que en un principio le había exigido veinte, se mostró satisfecho, y los adelantados estrecharon sus manos. En el patio, en plena madrugada, se oyeron aplausos. Era una salida airosa para ambos: Alvarado obtenía lo que había querido desde un principio y aquella rebaja significaba que Montejo mantenía intacta su honra. Solo había un único problema. Un asunto que Montejo no comentó hasta ese preciso momento en el que las negociaciones parecían llegar a su fin.

—Imagino que sabrá, Alvarado, que no tengo ni un solo maravedí en esta aldea —dijo el adelantado de Yucatán en tono socarrón.

Se oyó un murmullo y algunas risas en el patio. A Fernando se le vino el mundo encima.

—¿Cómo dice? —preguntó Alvarado, a quien le había cambiado el semblante de pronto—. ¿A dónde ha enviado esas remesas, Montejo?

—A la villa de Santa María de la Victoria, en la margen del río Grijalva.

¿Dónde si no? Todo lo de Honduras lo he enviado a mi provincia, en Tabasco.

Alvarado se llevó una mano al mentón. Santa María de la Victoria era la única villa de Tabasco. Alvarado y Montejo conocían de sobra esa villa, al igual que muchos de los presentes. Aquel enclave era la antigua ciudad maya donde Grijalva se había entrevistado con el cacique Tabscoob y, al año siguiente, Hernán Cortés había entablado la sangrienta batalla de Centla, la primera guerra entre españoles y mayas chontales. Por su parte, Fernando respiró aliviado. Si el oro de Montejo estaba en Santa María de la Victoria, tan solo tendría que hallar el modo de viajar hasta allí, entrevistarse con Pasamonte y recibir la gran carga de suministros para la expedición de las Especias. Además, con los dineros restantes, Alvarado pagaría los ciento cincuenta esclavos y el joven podría enviar esas remesas a Sevilla. Por una vez en la vida, el destino parecía estar de su lado. Ante aquella perspectiva de las cosas, se animó.

—Estoy seguro de que le interesa mandar a su gente a Tabasco, Alvarado —dijo Montejo con una sonrisa maliciosa.

—Tabasco está a más de ocho semanas de viaje para alguien que conozca bien la ruta.

—Lo sé, Alvarado, pero también necesita usted de artillería, y yo tengo buenas piezas allí que custodia mi hijo, el teniente gobernador, y apostaría a que le interesan para su armada de la Mar del Sur. ¿Me equivoco?

—¿Qué clase de artillería?

—Veinte cañones pequeños de bronce y quince quintales de pólvora, además de algunas culebrinas y bombardas —enumeró Montejo—. No es fácil conseguir artillería en Indias… No es poca cosa.

—¿Cuánto quiere por ellas? —Alvarado no apreciaba dar rodeos, y fue al grano.

—Le costará un buen puñado de castellanos, don Pedro —comentó Montejo, casi saboreando sus palabras—. Cinco mil pesos de oro.

Varios de los asistentes dejaron escapar voces de asombro. Habían acordado que Montejo le pagara diez y ahora pretendía venderle la artillería por la mitad. Alvarado se detuvo a pensar. Reparó en que había aparecido por ahí Portocarrero, su viejo lugarteniente y capitán. El extremeño había tenido hacía una década una guerra particular con un hidalgo y capitán español llamado Diego de Mazariegos por el dominio del territorio de Chiapas. Portocarrero era el capitán de Alvarado que mejor conocía esa zona; la había recorrido de punta a punta, sabía manejarse a través de la selva y de sus ríos.

Además, había sido el único en cruzar a pie la selva de Yucatán durante la expedición de Grijalva. Portocarrero conocía más que nadie cómo era la selva de Tabasco, al otro lado de la Tierra de Guerra. Era la única persona a quien confiar tal misión.

—¿Acaso ha perdido el juicio, Montejo? —preguntó Alvarado tras un instante con un ademán airoso—. Usted me entrega nueve mil más la artillería y todos tan amigos como siempre.

—Ocho mil —lanzó Montejo, y estiró su mano.

Aquel asunto estaba resultando un quebradero de cabeza.

Alvarado aceptó el precio y estrechó su mano. Los presentes se dispersaron por el patio. Se fijó el pago de la artillería en dos mil pesos, es decir, con la deuda de Montejo, en diez mil, Alvarado recibiría las piezas más ocho mil castellanos. Aquello, junto al intercambio de provincias, resolvía el conflicto de una vez por todas. Alvarado se levantó de la silla, cansado, y se dirigió a su viejo amigo Portocarrero. Ambos fueron a la sala que hacía de despacho. Alvarado mandó que uno de sus pajes les sirviese algo para beber. Necesitaba estar a solas.

—¿Has podido descansar? —le preguntó el hidalgo en un tono de confianza absoluta, reservado a unos pocos. Portocarrero asintió. En ese momento volvió el muchacho con dos vasos y una jarra de cerámica. Dejó una bandeja sobre la mesa y se retiró.

—Ha sido una gran compra —comentó el extremeño.

Alvarado hizo un gesto afirmativo, con la mente en otros asuntos.

—¿Cuánta gente me trae Álvaro de Paz? —quiso saber.

—Más de seiscientos tamemes.

—Bien, bien. —Alvarado dejó una pausa—. En cuanto te vi aparecer supe que Cardeña había hecho bien su trabajo.

—Lo ha hecho bien —comentó el extremeño—. Es un hombre de provecho.

Alvarado se mantuvo en silencio. Aquel tema lo preocupaba. Había prometido pagarle a su familia en la villa de Gracias a Dios. Sin esos dineros, Cardeña no podría comenzar a comprar suministros para la expedición.

—¿Regresará la hueste a Puerto Caballos? —preguntó Portocarrero, interrumpiendo su pensamiento.

—He dejado dos compañías custodiando las naves y las cargas —dijo Alvarado—. Tengo que cruzar todos los pertrechos de un océano a otro. No puedo desaprovechar nada para la gran expedición. ¿Has reconsiderado tu postura?

Portocarrero brindó en el aire a modo de felicitación, sin contestar.

Alvarado no sonrió, y el extremeño bebió tranquilamente. Era de los pocos hombres que podía estar frente al adelantado de Guatemala sin sentirse intimidado. Antes de que se marchara a España, Portocarrero le dejó claro que no participaría en su campaña. Sus días de conquistador habían acabado. Entonces Alvarado le pidió a su único amigo —o lo que fuera— la protección de su hija, Leonor. Portocarrero accedió y se casó con ella, Leonor de Alvarado Xicotencatl, una belleza mestiza de piel de canela y ojos azules. Nunca llegaron a consumar el matrimonio, pues la muchacha contaba con doce años cuando su padre se marchó. El extremeño se hizo cargo de la princesa, hija de doña Luisa Xicotencatl de Tlaxcala, durante los tres años que había tardado su padre en regresar de la Corte.

—¿Cómo se encuentra doña Leonor? —preguntó Alvarado.

—Es inteligente y cuidadosa como su padre —comentó Portocarrero—. Cumplió dieciséis el mes pasado. Dedica los días a sus lecturas y a los bordados, y ha aprendido a cabalgar.

Alvarado desvió la mirada y esbozó una ligera sonrisa, mezcla de orgullo y nostalgia. Corta era la vida y poco el tiempo para hacer de padre, pero su espíritu estaba con ella. Recibir aquellas noticias y conocer esos detalles lo hicieron sentirse dichoso.

—¿Has reconsiderado tu decisión entonces? —volvió a preguntar Alvarado.

Portocarrero negó con la cabeza y una sonrisa.

—No voy a embarcarme a ningún sitio —zanjó—. Para mí la conquista ha terminado. He venido hasta aquí como un amigo. Por lealtad.

Alvarado se mantuvo en silencio, disconforme. A Portocarrero, muy seguro de sí mismo, no pareció importarle la actitud del adelantado.

—Si no vas a embarcar con mi hueste, entonces debo pedirte que te ocupes de otro asunto —solicitó el hidalgo tras un momento. El extremeño frunció el ceño. Después de tantos años y tantas campañas juntos, los dos hombres apenas necesitaban de palabras para entenderse.

—Sé lo que es —dijo Portocarrero.

Alvarado lo miró a los ojos, molesto.

—Necesito que acompañes a Cardeña a Tabasco.

Portocarrero guardó silencio unos instantes. No se esperaba aquello.

—Te pido que lo consideres —insistió Alvarado—. No puedo enviar a cualquier hombre en busca de esa artillería, y Cardeña tiene otros negocios que tienen que ver conmigo. Necesito alguien que sea de confianza. Además,

prometo quinientos castellanos de oro para ti.

Portocarrero se pasó la mano por el mentón, con gesto serio. Alvarado no comprendía que no se trataba de una cuestión de dineros, sino de principios. El extremeño había dado por finalizados sus días de guerra y sus servicios al adelantado, pero aquel hombre jamás aceptaba un no por respuesta.

—Dime, al menos, que lo pensarás en frío. Cardeña es indispensable en mi campaña. No puede pasarle nada.

Portocarrero lo miró a los ojos.

—Lo pensaré —dijo finalmente.

Alvarado sostuvo su mirada, poco convencido de sus palabras.

3

La villa de Gracias a Dios despertó con las cenizas embarradas de las hogueras y un cielo cubierto de nubes. Estrada aún dormía en el lecho, y, en el suelo, sobre un escaupil, descansaba Balam. Fernando se puso sus ropajes de viajero, se mojó el cabello en un abrevadero en el patio y se dirigió a la casa de Alvarado.

De camino hacia allí, paseó por la callejuela principal, que aquella mañana se presentaba tranquila. Entonces se dio cuenta de que había cambiado. El viaje por el océano, Cuba, Juana, el duelo con Carranza, Guatemala… Ya no era ese muchacho que había llegado a Indias con tres baúles de prendas, que se afeitaba todos los días y recortaba su cabello a la italiana. Atrás quedó ese joven que anhelaba resolver los asuntos de su familia en un año, desde su despacho, con la prolijidad de un libro de cuentas. Fernando tenía el aspecto de un rodelero. Iba con el cabello largo, la barba ligera y la mirada en alerta. Portaba la ropera en el cinto con soltura, y su rostro y el color de su piel tostada al sol demostraban que se estaba convirtiendo en un hombre de Indias.

Alvarado estaba en el patio de la casa principal junto a su maestro de artillería. Ambos inspeccionaban las armas y contaban las cargas de pólvora. Aunque aquella mañana el cielo estaba cubierto de nubes, hacía un calor húmedo que apenas aligeraba la suave brisa del valle. Fernando apoyó la mano en la empuñadura de su espada y anduvo hasta él. Alvarado alzó la vista un instante y luego siguió estudiando las piezas de artillería ligera que guardaban esos cajones.

—Sé para qué ha venido, Cardeña —advirtió Alvarado, con voz firme—. Lo que no sé es si está preparado.

—Los dos sabemos que solo yo puedo ir a por esas piezas de artillería. Los Pasamonte me esperan en Santa María de la Victoria con las primeras cargas para la expedición.

Alvarado dejó a un lado un arcabuz y alzó la vista hacia Fernando.

—Sinceramente, don Fernando, no esperaba cobrar los dineros de Montejo y quedarme sin nada.

Fernando entornó la mirada. Recordó que debía ser directo, como su tío y como Bardi, sin dar pie a alternativas.

—Ocho mil castellanos, mi señor. Cuatro son por los esclavos y otros cuatro por la vitualla, que son de la participación de mi familia. Yo regresaré a través de Chiapas con las cargas y con sus piezas de artillería.

Alvarado no tuvo más opción que asentir.

—De acuerdo —dijo con seriedad—. Cargará el material desde Tabasco a la Mar del Sur, al puerto de Chiapas. Yo procuraré mandar dos o tres galeones para que lo esperen en octubre, un mes después de su encuentro con Pasamonte. Será tiempo suficiente.

Fernando asintió, conforme con esas instrucciones, y luego frunció el ceño. Quedaba un tema por hablar, que no quería dejar pasar.

—He visto los avales que ha puesto en Guatemala, don Pedro —dijo el joven—. Sepa usted que no cubren ni una quinta parte de nuestra participación.

Alvarado no se inmutó ante aquella acusación. Fernando fue incapaz de contenerse, tenía que dejarle clara su postura. Los hombres de Indias, que llenaban las tabernas de historias y de glorias, en realidad eran sostenidos por familias como los Cardeña, armadores que se jugaban su riqueza para la consecución de las conquistas y expediciones. Fernando había ido allí para salvaguardar los intereses de su familia, y aunque ese hombre fuera un reputado principal y un hidalgo conquistador, le traía sin cuidado decirle las verdades a la cara.

—Olvídese de esos avales, Cardeña; no los va a necesitar —dijo Alvarado, elocuente, como siempre—. No desconfíe: la expedición y la campaña se llevarán a buen término, tiene mi palabra. Usted cumpla con su cometido y nos reencontraremos en Santiago de los Caballeros, dentro de unos meses. Visto lo visto, llegaremos a la par.

Fernando no podía negar que le molestaba que aquel hombre no perdiera las formas en ningún momento, más aún con un tema tan espinoso. Pensó entonces en la dificultad de armar una expedición como aquella, por las distancias, por la cantidad de hombres y de galeones, por tener que

transportar todo el material desde Puerto Caballos hasta Guatemala, por la imposibilidad de buscar más aprovisionadores. Fernando echó un vistazo a las piezas de artillería que revisaba el adelantado.

—¿Cuál es la ruta más corta hacia Tabasco desde aquí? —preguntó.

—Eso se encuentra más allá de la Tierra de Guerra —sostuvo Alvarado con la vista puesta en las montañas—. Deberá cruzar la selva del Yucatán hasta el río Grijalva. Desde allí será más fácil. Le advierto que no es una travesía sencilla.

—Escriba una carta a las autoridades del lugar con las instrucciones.

—Muy bien —dijo Alvarado—. Así será.

Ambos se estrecharon la mano. Luego Fernando miró al hidalgo con determinación.

—Necesitaré un guía que me lleve hasta el río Grijalva.

Alvarado negó con la cabeza, poco convencido, y frunció el ceño.

—Tendrá que hablar usted con él, Cardeña.

4

Portocarrero negó con la cabeza.

—No —respondió—. Ya estuve allí una vez y juré no regresar.

Fernando siguió sus pasos hasta el cobertizo donde descansaban las monturas. El extremeño fue hasta su yegua para ensillarla. Aquella mañana iba a adelantarse unas leguas por la sierra y a ver el lugar por donde marchaba la multitud de tamemes. Fernando sujetó las bridas de su caballo y miró al extremeño a los ojos.

—Te necesito, Portocarrero —le rogó—. No conozco la ruta, no sé llegar hasta allí.

El extremeño guardó algunas provisiones en su alforja.

—No encontrarás a nadie que sepa cruzar esa selva —dijo sin mirarlo.

Fernando apretó los dientes.

—Entonces, con mayor razón. ¡Necesito de tu ayuda!

Portocarrero se detuvo un instante.

—¿Vas a ir con el capitán Estrada?

—¿Con quién si no? —preguntó Fernando—. No puedo ir yo solo.

Portocarrero guardó silencio y desvió la vista fuera del cobertizo. En sus ojos se reflejó la selva baja de la sierra y, sobre ella, una espesa neblina que cubría las copas de los árboles como un manto de plata. Recordó el calor húmedo e insoportable que hacía que se le pegara la ropa a la piel por el

sudor. El suelo de hojas y rocas mojadas, la vegetación regada de agua y sabia y el barro, un lodo perpetuo en cada recodo que no daba tregua ni regalaba un solo sitio seco donde descansar. Así era la Tierra de Guerra.

El extremeño volvió la mirada al joven.

—Son ciento veinte leguas de peligrosa selva, chico. Primero has de cruzar la Tierra de Guerra, que permanece atestada de indios rebeldes, hasta el gran río, el Usumacinta. Luego debes seguir su curso hasta Tabasco. Es imposible que lo consigas sin un guía. Esa tierra está llena de brazos de ríos, afluentes y lagunas, y es fácil perder la orientación. La selva es la misma en todas las direcciones. No te juegues la vida por esa riqueza. No vale la pena.

Fernando intentó retener toda esa información. Luego negó con un gesto.

—No lo hago por el oro, sino por mi familia. Soy la única esperanza para mantener nuestra riqueza en Sevilla. Ellos esperan que cumpla con mi cometido. Si no cumplo con mi parte, entonces todo estará perdido, Alvarado perderá su campaña y mi familia caerá en la ruina. ¡Años de trabajo y empeño de varias generaciones! ¿Puedes comprenderlo? No viviré con la carga de saber que han caído en desgracia por culpa de mi cobardía.

—Deberías haber cogido una nao de Puerto Caballos.

Fernando negó con la cabeza.

—Alvarado las ha desarbolado. Solo queda cruzar esta tierra a pie.

—Pues morirás como un estúpido por acatar tu honor, o lo que quiera que sea eso —soltó el extremeño—. La selva es impenetrable, llena de pueblos que luchan contra nosotros y que te matarán en cuanto asomes la cabeza por encima de un seto, y eso sin contar con la infinidad de bestias y de criaturas que te saldrán al paso. Eres un mercader de Sevilla, Fernando, por Dios. No durarías ni dos días en esa selva.

—Sí, soy un mercader, y te recompensaré —dijo Fernando, impaciente—. Tienes mi palabra.

—¿Acaso piensas que me muevo por el oro, muchacho? —preguntó Portocarrero con extrañeza—. No lo entiendes, Fernando. Aquel sitio, Tabasco, se escapa a cualquier dominio hispano… Es un lugar peligroso. Allí donde el río grande se adentra en un desfiladero y los indios pasan a llamarlo Usumacinta, la tierra se vuelve negra y parece estar sumida en una maldición. Es un lugar donde habitan los guerreros jaguares. Allí los dioses… —Portocarrero cambió el tono y su voz se volvió sombría—. Los dioses paganos viven en esa tierra. Sus gentes les ofrecen sacrificios humanos y comen los corazones de sus enemigos. Es una tierra que no se atreve a pisar ni siquiera nuestro Dios.

Antes de que Portocarrero se apartara de allí, Fernando lo detuvo. El joven no comprendía los motivos de su negativa, y menos que uno de ellos fuera el miedo o el temor a ese lugar.

—Sé que, de joven, durante la campaña de Velázquez, cruzaste esa selva junto a Martín del Castillo.

—No sabes nada de Martín —masculló Portocarrero con pesar, como si aquel nombre llevara recuerdos vetados a su pensamiento.

—Sé que cruzó esa selva contigo.

—No la cruzamos —sostuvo el extremeño—, ¡la sobrevivimos!

Portocarrero guardó silencio. Entonces Fernando se quitó el colgante que llevaba en el cuello y le enseñó la figurilla.

—Esto le perteneció —musitó—. Conozco parte de su historia.

A Portocarrero le cambió la cara al ver esa talla. Sostuvo la figura de madera y la examinó con incredulidad. Había perdido su color. Guardó silencio, mientras la miraba, como si de pronto hubiese regresado al tiempo y al lugar donde la vio por primera vez.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó con un hilo de voz.

—La ha puesto Juana entre mis cosas —dijo Fernando—. Pertenece a doña Beatriz.

—¿Juana? —preguntó el extremeño.

Fernando cayó en la cuenta de lo que significaba esa pregunta. Comprendió que aquel momento era tan bueno como cualquier otro para decir la verdad.

—Es la hija de María, la de Cáceres, y doncella de doña Beatriz —dijo.

—Vaya —murmuró el extremeño. Permaneció en silencio. Apoyó las manos en el lomo de su yegua y bajó la cabeza. Fernando advirtió que su mirada se había humedecido y que hacía un esfuerzo por mantenerse firme.

—¿Cómo es ella? —quiso saber.

Fernando cerró los ojos al recordarla y la vio riendo, con la melena dispersa y la mirada brillante.

—Es inteligente e impetuosa, pero terca como su padre —dijo el joven. Portocarrero dejó escapar una leve sonrisa. Ambos guardaron silencio hasta que Fernando afirmó con rotundidad—: Es la dama más hermosa de Indias.

—Dios mío… —susurró Portocarrero, que se pasó una mano por los ojos vidriosos.

Una bandada de pájaros pasó por encima de ellos. Durante unos instantes, todo permaneció bajo una extraña calma. El extremeño se secó una lágrima y volvió a mirar la figura de madera. Era una talla sencilla, tan pequeña que

cabía en la palma de una mano.

—Han pasado tantos años… —comentó con añoranza—. Ella nos salvó la vida.

Fernando recordó la imagen de su sueño.

—Ixchel —dijo.

Portocarrero se giró de golpe al oír ese nombre pronunciado por él. Era extraño. Fernando se preguntó qué cosas le habrían venido a la mente al recordar aquel viaje. El extremeño contempló al muchacho de un modo distinto, como si hubiese comprendido algo, como si acabara de reconocerlo. Su vista fue hacia sus ropajes, hacia su rostro, a su melena, a sus ojos. *Fernando de Cardeña*, dijo para sus adentros. Una vieja historia pareció resurgir y cobrar sentido y, poco a poco, su mente vislumbró una certeza escondida durante años.

Una única verdad.

5

La flota de Hernando de Soto navegó en línea por el mar al norte de Cuba hacia la bahía del Espíritu Santo, en La Florida. Eran cinco galeones de buen tonelaje, dos carabelas y dos bergantines. Sufrieron el buen tiempo y la falta de viento, y alguna calma que los detuvo por completo. Juana se encontraba en la cubierta de la nao capitana, más entera de lo que había imaginado. Su esposo, en cambio, sufría con la marea, al igual que muchos de los hombres. Juana estaba junto a Amir, y el africano oteaba el horizonte.

—¿Por qué has venido? —le preguntó en un susurro, con cierta carga de culpa en la voz. Amir la miró a los ojos.

—Por lealtad. Le di mi palabra al hombre que me liberó.

Juana apretó los dientes.

—Beltrán es mi marido, y será el único padre de mi hijo —masculló, con el dolor de lo que aquello significaba—. Era mejor que te quedaras en La Habana cuidando de Jimena y del hijo bastardo del padre de Fernando.

Amir negó con la cabeza.

—Ellos estarán bien con doña Beatriz. Esto es más importante.

—¿Por qué habría de serlo?

Amir se acercó a ella y bajó el tono de su voz.

—Porque así me lo pidió.

Juana tuvo ganas de llorar. Saber que Fernando se lo había pedido, de algún modo, le reconfortó. Sintió el estómago revuelto.

—¿Guardarás el secreto cuando Beltrán vea a su hijo nacer?

El africano asintió.

—Tu secreto morirá en estas costas y yo habré saldado mi deuda cumpliendo una promesa.

La joven se alejó por la cubierta y regresó junto a su esposo a dejar pasar las horas y a observar a los expedicionarios.

Eran pocas las mujeres en la hueste. Juana contó apenas una docena, todas esposas de soldados. En la nao de Soto viajaba otra señora llamada María Aguilar. Ambas se conocieron al embarcar y establecieron una relación estrecha en pocos días. María Aguilar estaba desposada con un arcabucero de Soto llamado Pedro Recio, y Juana agradeció su presencia, pues no estaba bien visto que mantuvieran conversaciones con el resto de los hombres. Descubrió que María había aprendido de su marido a trabajar la pólvora, a limpiar el arcabuz, a guardar las cargas y a mantener una mecha encendida. Su nueva amiga había viajado desde Huelva con su esposo y ambos se habían sumado a la aventura con el único fin de ganar un trozo de tierra. Con algo de suerte, Pedro Recio obtendría un nombramiento en algún cabildo de una nueva villa, como todos los hombres de armas. Sobre esto último, a Juana le sorprendió que Beltrán viajara con una armadura y un morrión, como si fuera un soldado más de la hueste. Una tarde, en la cubierta, Juana le preguntó si sabía pelear con la espada, y sus palabras lo ofendieron.

Así transcurrió una semana de navegación. Al séptimo día, el día de la Pascua Florida del Señor, los hombres de Soto vieron el litoral. Sin embargo, nadie bajó a tierra, y continuaron navegando. En la costa, los árboles, la hierba alta y los juncos se mecían con la fuerza del viento. No parecía haber nadie a cientos de leguas a la redonda. Dos días después, la flota hizo señales frente a una bahía, y Hernando de Soto dio la orden de desembarcar a la armada en aquella ensenada.

Las damas fueron llevadas a la costa un par de horas más tarde, en compañía de varios pertrechos y unos cuantos cerdos. Aquel día, la gente montó un campamento en la playa. Al echar la vista alrededor, no había más que colinas de hierba alta y arbustos. Los hombres murmuraban acerca de que aquel no era un lugar propicio para ser poblado. Hernando de Soto encabezó un primer grupo de reconocimiento de la zona.

La primera noche fue plácida. Se preparó comida para toda la hueste y se repartieron raciones por todo el campamento. Juana se aproximó al lugar de reparto de la comida con dos escudillas, una para ella y otra para su marido. Cuando regresó al lugar donde tenían sus pertrechos, junto a los de María

Aguilar y Pedro Recio, vio que Beltrán se había apartado del resto de hombres.

—¿Por qué nos has alejado tanto? —preguntó la muchacha al verlo.

El hidalgo no tenía buen aspecto. Estaba cansado y parecía desquiciado por culpa de los mosquitos.

—No quiero que hables con esa mujer.

—¿Por qué no habría de hacerlo? ¡Es una esposa honrada y una mujer trabajadora!

—Soy uno de los hombres más cercanos a Soto —masculló—. No quiero que hables con la hueste como si fuéramos un matrimonio cualquiera.

—Tan solo lo has ayudado con el entoldado. Aquí estamos todos con el lodo hasta el cuello —soltó Juana, y un instante después, se arrepintió.

—Soy un hombre importante en esta campaña, y tu esposo —masculló entre dientes—. Haz lo que te digo.

Juana no supo qué decir.

Al día siguiente, Hernando de Soto reunió a toda la gente y se subió a un montículo para que lo oyeran hablar. Les dijo que habían descubierto un pueblo indio a dos leguas de donde se encontraban, un lugar llamado Ucita. El pueblo estaba vacío. Entretanto, iban a adentrarse mil pasos, a través de un sendero que habían hecho los caballos, y levantarían un poblado provisional.

—Vamos a bajar todo de los barcos, a cortar madera y a levantar cobertizos, mientras las compañías de exploradores van y vienen —explicó el capitán general.

Juana llegó al sitio que había elegido Soto para su primer asentamiento y vio un claro en mitad de un bosque siniestro, rodeado de hierba muy alta. A su paso por el sendero, la chica se dio cuenta de que aquella tierra era fangosa, un verdadero cenagal. Rápidamente Soto puso al millar de personas a cortar la hierba.

—Necesitamos una explanada para que los caballos puedan cabalgar y, en caso de un ataque, podamos pelear a campo abierto —les explicó Soto a sus hombres.

El adelantado nombró a cuatro capitanes de caballería y a otros tantos de infantería, y al resto de señores importantes también les dio cargos. Cuando fue el turno de Beltrán, lo nombró segunda autoridad del capitán de infantería Lobillo, pese a su falta de experiencia en combate.

En menos de tres días, aquel claro en el bosque se transformó en una suerte de plaza de armas. A su alrededor los españoles levantaron cobertizos y casas de madera. Se comenzó a construir una empalizada. Además, se habían

bajado a tierra todos los animales, el ganado, las gallinas, los cerdos y los caballos. Juana dejó de hacerse preguntas sobre su porvenir. Se sentía ansiosa, sucia y hambrienta. Todo estaba en el aire en aquella dichosa expedición. Sentía tanta tristeza por su historia con Fernando, por la mentira que iba a decirle a Beltrán, por su matrimonio, por la maldita idea de salir de Cuba y acabar en ese pantano que no quería pararse a pensar o acabaría derrumbándose.

A la cuarta noche del desembarco, se hizo un fogón y hubo un festejo comedido. Soto mandó repartir una ración de vino a cada hombre. Todos parecían satisfechos. Todos menos uno de los capitanes. Se trataba precisamente del hombre más rico de Cuba, Vasco Porcallo de Figueroa. El hidalgo más veterano de cuantos iban en la expedición no se mostraba a favor de las ideas de Soto, ni con el lugar escogido para descender ni con las decisiones de su adelantado. Además, algunos capitanes y soldados más fieles a Porcallo murmuraban cosas. Se situaron todos juntos en la hoguera, frente al gobernador, que no se dejó amedrentar ante el desafío propuesto por Porcallo. Tres años y cientos de castellanos de oro le había costado a Soto aquella expedición, y no estaba dispuesto a empezar con mal pie. Sin embargo, esa noche se hizo evidente una fractura en la hueste del adelantado de La Florida. Intrigas, conspiración o motín. Juana tuvo la sensación de que todo aquello había sido un terrible error.

6

Esa semana, Fernando y Estrada prepararon el viaje a Tabasco. Según la descripción de Portocarrero y el mapa que había visto en la casa del obispo Marroquín, se enfrentaban a más de cien leguas de selva. Primero habrían de cruzar el valle central, escoltado por dos cadenas montañosas, antes de alcanzar el gran río, el Usumacinta, que los llevaría al norte. El valle podrían cruzarlo sin problemas hasta las montañas. Después, vendría la Tierra de Guerra.

Estrada eligió a diez cargadores, los más fuertes que encontró. Se trataba de indios quichés, hombres de la región. Ellos serían los encargados de transportar todas las provisiones y los pertrechos. Fernando preguntó a toda la gente de la villa por alguien que conociera el Usumacinta o alguien que supiera cruzar la región. Habló con los jinetes de Alvarado, y algunos de ellos que habían estado en la Tierra de Guerra le dieron consejos. Sus pesquisas lo guiaron a un hombre que servía en la casa de Montejo. Su nombre era Ikal.

Era un indio quiché con el rostro surcado de arrugas, que decía recordar la tierra de Guatemala y sus leyendas, y aseguró haber navegado el Usumacinta —«Uzumatzintlán», lo llamó— hasta Yaxchilán. Montejo se lo ofreció como criado, pues el adelantado necesitaba que la misión de Fernando llegara a buen puerto. El joven no podía rechazar a ese guía. Era lo único que tenía.

Diego de Estrada, por su parte, se preparó para la guerra. Como si de un maestre de campaña se tratara, buscó todas las cuerdas que pudo acarrear, herramientas, pedernales para hacer fuego, madera seca, antorchas, un entoldado para protegerse de las lluvias, ropajes de repuesto, dos pares de botas para Fernando, mantas gruesas para el paso de las montañas, palos para caminar, vendas para curar heridas, grasa animal, jabón, aguardiente, vino picado, todo ello sumado a la gran cantidad de provisiones que portaban para las ocho semanas de viaje. Llenó las cestas de los tamemes de bizcocho, carne ahumada, salazón, legumbres y aceite. También consiguió una mula y dos caballos. Además, llevaban consigo varias armas, espadas de mano y media, rodelas, cuatro hachas, azadones, dos alabardas y tres ballestas con treinta cargas.

Fernando no tuvo más remedio que confiar en Alvarado para la custodia de su baúl de pertenencias. Luego guardó las instrucciones de Alvarado y los documentos referidos a su familia y a los negocios de Indias en una piel de venado y lo ató con dos cintas de cuero. Aquel rollo de papeles contenía la única manera de demostrar en Tabasco que él era quien decía ser y que los dineros enviados por Francisco Montejo eran suyos según el pacto de los dos adelantados. Cruzó una tira de cuero de un extremo a otro y se lo colgó a la espalda como un carcaj. Echó un último vistazo por encima de sus cosas con la sensación de que no iba a volver a verlas nunca más. Entonces descubrió uno de sus cuadernos. Lo abrió y cayó una cartilla al suelo. Al levantarla, esbozó una sonrisa llena de nostalgia. Era el mapa de su casa en Sevilla, hecho por él mismo. En él podían distinguirse dos bocetos, y estaban escritos su nombre y el de Juana, con una caligrafía esmerada. Con el recuerdo de aquella noche, se guardó el trozo de papel dentro del bolsillo de su camisa.

Cuando estaba por irse, una caja pequeña envuelta en una tela llamó su atención. Fernando la sacó y la llevó a la luz que entraba por la ventana. El corazón le dio un vuelco al reconocerla. Era el último regalo de Giacomo Bardi, en el puerto de Sevilla. Había pasado tanto tiempo que lo había olvidado por completo. El joven abrió la caja y extrajo de ella una brújula.

—Dios mío, en buena hora apareces —murmuró para sí.

Aquel objeto único era una pequeña aguja de marear del tamaño de la

palma de la mano, capaz de girar a toda velocidad y detenerse hasta marcar el norte, su destino final. Fernando no cabía en sí de júbilo.

El día de la partida, Diego de Estrada estaba en la plazoleta junto a los cargadores y al indio Ikal, rodeado de cestas y sacos. La luz teñía los nubarrones de color ceniza, y una espesa niebla emergía de las faldas de las montañas en el horizonte.

—¿Preparado? —le preguntó Estrada a Fernando cuando llegó junto a él. El capitán se mostraba excitado con la idea de emprender un viaje de tal magnitud. Fernando tuvo un pensamiento acerca de su amigo. Durante un instante recordó su vida en los bajos fondos de Sevilla, entre la mancebía y las lecciones de destreza en la casa de los Cardeña. Diego de Estrada había recuperado en Indias algo más que la confianza en sí mismo. Era otro hombre.

En ese momento, vio a Balam, el chico mestizo, por la plaza.

—Cuídate, muchacho —le dijo Estrada, que se acercó a despedirse de él.

Entonces Fernando vio a quien tiraba de los caballos detrás del muchacho, con las alforjas llenas para un largo viaje.

—No han venido a despedirse —murmuró.

Portocarrero llegó hasta ellos y le entregó las bridas a Balam.

Fernando y Estrada intercambiaron una mirada.

—Venga —les ordenó el extremeño—. ¿A qué estáis esperando?

7

Los indios lo llamaban Motagua en náhuatl y partía por la mitad el valle, en dirección al Mar del Norte. Fernando esperó con Portocarrero en la orilla del río al capitán Estrada y a Balam, que regresaron al galope hasta donde se encontraba la comitiva. Según Ikal y alguno de los cargadores, el Motagua contaba con intervalos en los que se volvía más rápido y otros en los que se formaban vados pedregosos por los que se podía cruzar. Fernando había comprobado que en aquella zona el río era demasiado profundo para sus hombres.

—Hemos encontrado un paso —dijo Estrada cuando llegó, sin desmontar de su caballo—. No está lejos de aquí.

El grupo levantó los fardos y las cestas y se puso a andar. Llevaban diez días de marcha. Avanzaban con lentitud, en opinión de Portocarrero, que conocía bien la distancia que los separaba de Tabasco, y les había dicho que iba a ser imposible cruzar el territorio en menos de dos meses. Era mucho

tiempo. Debían encontrar la manera de aligerar el paso.

Cuando cruzaron el vado, al otro lado del río, Fernando echó un vistazo hacia la sierra que tenía frente a él y frunció el ceño con preocupación. No podía permitirse pensar en que aquel viaje era una locura. Lo cierto era que podía sacar provecho de aquella travesía, enviar una remesa de oro a Sevilla, buscar mercaderes en Tabasco y regresar por la región de Chiapas, donde entablaría relaciones con más hacenderos dispuestos a participar en la campaña de Alvarado. Necesitaba los dineros, y era imprescindible buscar abastecedores, aunque fuera lejos, como podía ser la provincia de Chiapas.

Extrajo de su fardo la brújula de Bardi. Un muro de volcanes y picos altos cubiertos de niebla y vegetación marcaba el norte. Vio una bandada de gavilanes y otra de gorriones. La cuenca del río estaba llena de especies y alimañas. Fernando fue donde Ikal y le señaló la cadena montañosa.

—¿Dónde empieza la Tierra de Guerra?

El quiché oteó el horizonte y luego a su alrededor.

—En esa montaña habitan algunas tribus que llevan años en guerra contra los conquistadores —murmuró—. Debemos dar una vuelta.

—Por ese lado hay una quebrada por la que corre un río a través de un desfiladero y que luego se une al Usumacinta, muchas leguas más al norte —comentó Portocarrero.

—Eso es —dijo Ikal.

—¿Estás seguro? ¿Cuánto más al norte? —quiso saber Fernando.

—Mucho más al norte. Está lejos de aquí —insistió Ikal.

El quiché se alejó hasta dejarse caer a la sombra de unos arbustos. A mediodía el calor era húmedo; sin embargo, las noches comenzaban a ser frías. Fernando sabía que lo serían incluso más en las montañas. Sacó un pergamino sobre el que llevaba dibujado una suerte de mapa, hizo algunas anotaciones y dio algunos nombres a los lugares que había visto hasta ese momento. Los indios se sentaron a la sombra de unos árboles y sacaron agua y bizcocho para comer. Estrada guio a los caballos a la orilla para que pudieran beber y luego fue con ellos.

—Es mediodía —les advirtió Fernando—. No estoy seguro de que sea una buena idea aproximarnos a esas montañas al atardecer.

—Creo que esperaremos hasta mañana, al alba —dijo Portocarrero.

—Estoy de acuerdo —respondió el capitán.

Fernando le explicó a Estrada lo que les había dicho Ikal. El capitán desvió la vista a la montaña, con preocupación.

—Supongo que ya nos habrán visto desde la lejanía —musitó.

—Puede que así sea —masculló Portocarrero—. Será mejor no meternos en un desfiladero a oscuras sin conocer bien el terreno.

—¿Conoces la ruta? —le preguntó Estrada.

—Sí, pero no cada palmo —sostuvo el extremeño.

Estrada asintió.

—Bueno, vamos a movernos de aquí —dijo el capitán—. No es buena idea levantar el campamento junto al río.

Fernando sabía la inquietud que movía a su amigo. En aquellos valles y montañas deshabitados rondaban grupos de pobladores y guerreros de muchas tribus. Estrada estaba convencido de que no marchaban solos. Esa noche, Fernando trató de no pensar demasiado y cayó en un sueño profundo. Despertó con dolores por todo el cuerpo y con la sensación de no haber descansado un ápice. Estrada lo sacudió. Aún no había luz en el firmamento. Balam y Portocarrero recogían los fardos. Los tamemes estaban listos para partir con las cestas a sus espaldas.

—Venga, vamos —susurró el capitán con voz ronca.

Con lentitud, se pusieron en marcha hacia las montañas. El valle estaba cubierto de espesura, barro y hierbajos mojados. En muchas ocasiones, Balam y Estrada se pusieron delante con sendos azadones para abrir parte del camino. A esas horas el bosque les pareció un lugar oscuro y siniestro, del cual procedían aullidos y voces de extraños animales y criaturas. Los indios marchaban inquietos. De esta manera amaneció, el día se abrió y un sol de justicia se posó sobre sus cabezas. La humedad del rocío del alba dio paso a un bosque seco, lleno de arbustos espinosos. Fernando sentía dolores por el cuerpo a causa de sus ropajes de cuero; el clima de aquella cuenca era caprichoso y cambiante a cada momento. Les tomó tres días cruzar el valle y que Portocarrero encontrara la hondonada que buscaba. Hacía tanto calor durante el día que les costaba coger aire por el esfuerzo. Al final del tercer día, Estrada buscó un refugio a la sombra donde montar un campamento. Habían conseguido alcanzar las faldas de las enormes montañas de la sierra.

Esa noche, Ikal les contó algunas historias de esa tierra junto a un fuego. Les explicó que la región estaba poblada por gentes que llevaban todos esos años utilizando la montaña como resguardo contra los castellanos. Fernando aprovechó para observar con detenimiento a los compañeros que iban con él y que murmuraban en lengua maya, bajo la luz de la hoguera. Al cabo de un rato, cuando Ikal acabó su historia, Fernando le pidió que le explicara la ruta hasta el gran río en el norte, ese al que llamaban Usumacinta.

—Se cruza esta sierra para llegar a las montañas más bajas —dijo al

tiempo que trazaba una línea con un palo en el suelo—. Si hay suerte, tardaremos unos días, pero el camino es difícil y escarpado. Luego cruzaremos el altiplano hasta las últimas cimas. Desde lo alto se verá el horizonte de B'aakal, la «tierra del hueso». Podremos descender a las tierras bajas de la selva, el lugar donde moran los Señores de la Noche, en dirección al Uzumatzintlán. Desde las faldas de las montañas hasta el gran río nos esperan muchas leguas de selva.

—¿Quiénes son los Señores de la Noche? —preguntó Fernando.

El guía hizo una pregunta en maya al grupo y estos cuchichearon algo.

—¿Son peligrosos? —quiso saber Estrada.

Ikal desvió la mirada y no respondió.

Cuando los quichés se retiraron a descansar, Estrada alimentó el fuego y se tumbó con una manta junto al grupo. La noche era fría, y una brisa inquietante mecía la vegetación de un lado a otro, como una masa oscura. Durante un rato, el cúmulo de nubes que cubría el cielo se desplazó y dejó a la vista el mapa de estrellas en el firmamento. Fernando las contempló en silencio. Tenía miedo. Sentía temor de no cumplir con lo que se esperaba de él, temor de haber tomado las decisiones incorrectas. ¿Qué hacía allí? ¿Qué fuerza desconocida lo había arrastrado hasta los confines de la selva?

8

La lluvia, el barro y el clima hicieron del ascenso a las montañas un infierno. Fernando era consciente de que, llegados a aquel punto, no podían detenerse ni darse la vuelta. Un aguacero había caído sobre ellos, y el grupo temblaba con los ropajes y cabellos empapados mientras avanzaban sobre la ladera como espectros sombríos. Portocarrero cerraba el grupo, detrás de los tamemes, mojado y calado hasta los huesos. Al alba, una niebla densa emergía de la tierra y cubría la sierra hasta las cimas. El vapor húmedo apenas les permitía ver más allá de lo que tenían delante. Estrada iba primero, con el morrión puesto, una barba de dos meses y una ballesta en las manos y la otra colgada de un hombro. Fernando iba tras él, seguido de Balam, Ikal y los quichés. Ya les había costado mucho esfuerzo superar la sierra del Motagua, y aquella cordillera no parecía poca cosa. Las fuertes lluvias, la espesura y el terreno inestable habían frenado la marcha. Estrada aseguraba que durante algunas jornadas no habían conseguido avanzar siquiera un cuarto de legua. Tenían toda la comida húmeda y mohosa, los pertrechos, las ropas y los aceros cubiertos de agua. En cuanto a los caballos y la mula, estaban

resultando más un problema que una ventaja.

Alcanzaron un terraplén protegido por dos muros de rocas. Una suerte de explanada era suficiente para poder dejar las monturas y descansar unas horas. La visibilidad era pésima. Fernando contempló la pared que debían escalar. Iba a ser imposible continuar por aquella parte con los caballos y los quichés cargados.

—Estamos cerca de la cima —advirtió Portocarrero cuando apareció por su lado. Fernando frunció el ceño y se apartó el cabello mojado del rostro.

—Esto es la Tierra de Guerra.

Ikal asintió lentamente.

—Ya hemos cruzado la linde —murmuró—. Debes subir y comprobar si ves desde aquí el horizonte de B'aakal, la tierra del hueso. Solo así sabremos si vamos por el buen camino.

El grupo decidió esperar unas horas con la esperanza de que la niebla se dispersara y les permitiera continuar en mejores condiciones. Fernando y Estrada dejaron sus fardos y comenzaron a subir a la cima, mientras Portocarrero y Balam custodiaban a la comitiva. Era cerca del mediodía, y calcularon ascender en unas horas, echar un vistazo rápido y regresar. Aunque la brújula de Fernando fuera de gran ayuda, necesitaban comprobar que estaban en la dirección correcta. Estrada escaló con agilidad entre las rocas y Fernando lo siguió. Nunca se separaban de sus armas. Llevaban la ballesta al hombro y la ropera en el cinto. Ambos se ayudaron mutuamente y sortearon todos los obstáculos hasta arriba. Para su decepción, la cima también estaba cubierta de niebla.

—Mierda —soltó Estrada—. Esta tierra parece estar contra nosotros.

Fernando se dejó caer en el suelo, exhausto.

—Vamos a esperar un poco. Portocarrero tampoco se moverá.

Así hicieron. Fernando y Estrada eran conscientes de que no podían bajar sin luz. Aguardar arriba sin refugio ni fuego podía poner en riesgo sus vidas. No obstante, apuraron todo lo que pudieron. Poco después, el viento cambió y desplazó las nubes y la niebla de las cimas hacia el oeste. Fernando y Estrada se pusieron de pie y avanzaron unas cuantas varas hasta la cornisa de la montaña.

—Vaya por Dios —murmuró el capitán, sobrecogido.

Ante ellos vieron extenderse un manto de nubes blancas que cubría la montaña hasta las llanuras. A lo lejos, el horizonte de selva se pintó de cobre bajo el atardecer. El bosque tropical se esparcía hasta donde alcanzaba la vista de un buen vigía en el firmamento. Aquella visión conmovió a Fernando. La

tierra del hueso. Los dos compañeros supieron que jamás olvidarían lo que habían visto desde las alturas.

Descendieron en silencio y con cautela por la falta de luz. La imagen del sol y de sus rayos sobre los árboles alegró sus almas, pero pronto se vieron sumergidos nuevamente en la atmósfera sombría de la montaña. Fatigados hasta la extenuación, superaron la última parte del muro de rocas. Aún les quedaba un trecho cuando, de pronto, oyeron gritos en la lejanía del campamento. Fernando sintió que se le aceleraba el pulso y se le iba el cansancio de repente. Se detuvieron y aguzaron el oído. Distinguieron voces y gritos en lengua maya. Fernando echó una mirada rápida a Estrada y ambos salieron disparados como tiros de arcabuz. Bajaron un terraplén haciéndose añicos las manos y las uñas y sortearon las rocas a toda prisa para conseguir llegar a la explanada. Estaba oscuro como la boca de un lobo. Fernando se detuvo a esperar a su compañero. Estaba perdido.

—Hemos bajado por otro sitio —se lamentó.

Estrada pasó por su lado, con la ballesta en la mano, y trató de escudriñar la oscuridad. Entonces volvieron a oír gritos.

—¡Por aquí! —exclamó Fernando. Corrieron por la ladera sin dejar de oír un enfrentamiento. Cuando consiguieron llegar al fin, distinguieron una luz flamígera y vieron a Ikal en el suelo, entre las rocas. Estaba solo. A su alrededor, las cestas de los tamemes estaban rotas y todo lo que había en su interior estaba esparcido por doquier.

—¡Portocarrero! ¡Balam! —gritó Estrada.

Tampoco estaban las monturas. El campamento había sido saqueado. Una antorcha encendida se consumía frente al indio. Los compañeros alcanzaron la posición de Ikal.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Fernando con desesperación.

—Nos han atacado —susurró Ikal casi sin voz, herido.

—¿Qué quiere decir eso? —Estrada echó un vistazo a su alrededor, atento a cualquier ataque—. ¿Dónde están los otros?

El indio apoyó las manos en la tierra e intentó levantarse.

—Han huido.

Fernando sintió que se le venía el mundo encima. Vieron todos los pertrechos esparcidos por el barro, sus provisiones, las mantas y materiales, todo. Habían vaciado las cestas en el suelo sin ninguna contemplación. ¿Se habían llevado a Portocarrero y a Balam prisioneros? ¿Dónde estaban?

—¿Qué hacemos? —murmuró Fernando.

—Vamos a movernos de aquí —le dijo Estrada.

Fernando desvió la vista hacia la oscuridad con aprensión y desenvainó su espada. Estaba muerto de miedo. Eran solo tres hombres en la inmensidad de la montaña, rodeados de enemigos al acecho, dispuestos a cernirse sobre ellos.

XIV

LOS HIJOS DE IXCHEL

1

Diego de Estrada salvaguardó el fuego de la antorcha, una llamarada que hubiese sido imposible prender esa noche. Recogieron en unos sacos todas las provisiones que pudieron, y descendieron por la ladera a toda prisa. Aunque les había tomado todo el día anterior superar aquel tramo, no les importó perder terreno, pues los guerreros rondaban la zona más alta de la montaña. Decidieron alejarse, con las fuerzas que les quedaban, y bajaron por una quebrada hasta hallar un refugio en una gruta. Aguardaron allí para recuperar el aliento. El aire frío de la montaña les hizo rechinar los dientes. Estrada portaba consigo la antorcha, y se vieron en la disyuntiva de elegir entre apagarla o calentarse y arriesgarse a ser vistos. El capitán cavó un agujero en el suelo, puso yesca y la poca madera seca que tenían y depositó dentro la antorcha. Pronto, la pequeña hoguera les dio calor y los reconfortó. Fernando y Estrada curaron las heridas de Ikal. El indio, exhausto, perdió el conocimiento. Los compañeros lo dejaron recostado en el recoveco de una de las paredes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fernando con los ojos vidriosos.

Portocarrero y Balam no estaban y los quichés habían huido ladera abajo, lo que suponía el final de la expedición a Tabasco. No podían continuar los tres en solitario. Sin las provisiones sería imposible cruzar la selva. Fernando se preguntó entonces si tendrían, al menos, lo necesario para el regreso a Gracias a Dios. Quiso llorar de impotencia, pero con el peligro al acecho, sus sentidos estaban en sobrevivir. No reparó en que llevaba un día entero sin comer, ni que tenía heridas por todo el cuerpo.

Así pasaron un par de horas.

Fernando revisaba los fardos en busca de alimentos cuando el capitán hizo un gesto para que se detuviera. Ambos clavaron la vista en la espesura durante un instante, frente a la gruta. No estaban solos. Entonces volvieron a oír un ruido proveniente de la ladera. Tomaron las armas, con cautela. Aunque el

capitán había combatido a muchos enemigos a lo largo de su vida, nunca se había visto tan cansado y hambriento, en inferioridad numérica y sin conocer el terreno. Con Fernando exhausto y el indio herido, era poco lo que podían hacer frente a cualquier adversario en aquel infierno de montaña.

El follaje se meció con violencia y vieron aparecer a dos figuras armadas. Dos guerreros formidables que empuñaban sendos garrotes con piedras lascadas de obsidiana, incrustadas en la madera. Hablaron en náhuatl y fueron hacia ellos. Fernando sintió que se le erizaba el vello.

—¡No moriré en esta mierda de montaña! —gritó Estrada, al tiempo que descargaba la ballesta en uno de ellos. El virote salió disparado a toda velocidad y el indio se cubrió con un escudo de caparazón de tortuga. Los dos guerreros indios eran robustos y fuertes; se separaron un par de varas y cargaron contra Fernando y el capitán. A Fernando se le fue el cansancio de golpe.

—¡No te separes de mí, Fernando! —gritó el capitán.

Fernando alzó la espada a la altura de los ojos en postura de duelo. Esperó a su adversario bajo el arco de la gruta. No tenían más luz que la tenue llama de la hoguera. El guerrero se colocó frente a él, con las rodillas flexionadas, moviéndose de un lado a otro con agilidad. Fernando probó a realizar un compás, algo común en un duelo de roperas; sin embargo, su adversario se movía de manera distinta, casi como un navajero.

Trató de sorprenderlo y tiró una estocada frontal; sin embargo, su movimiento fue débil y predecible. El guerrero desvió el ataque con el escudo. Estuvieron así, frente a frente, durante unos instantes. Mientras, ambos buscaban alguna fisura en la defensa de su oponente. Fernando había cometido el error de retroceder más de la cuenta, y se vio atrapado en el interior de la gruta. Oyó que Estrada entablaba combate cuerpo a cuerpo con su adversario. En ese momento, el contrincante de Fernando se abalanzó sobre este. Fernando probó suerte con una estocada, que desvió el escudo, y recibió un golpe tremendo con la macana.

Se fue de bruces al suelo, aturdido.

Durante un instante notó que se le nublaba la vista, y estuvo a punto de perder el conocimiento. Quiso levantarse, pero ya tenía al indio encima. Este lo sujetó de la muñeca antes de que pudiese alzar la ropera y lo golpeó con la empuñadura de su arma en el rostro. Fernando gritó de dolor. Sintió que su propia sangre le bañaba la cara y la boca. El indio lo golpeó nuevamente y el joven dejó caer su espada, vencido. Apenas podía ver nada ya. Aturdido y sin visión, estiró las manos para defenderse con desesperación. De pronto, oyó

gritos y el inconfundible sonido de una flecha. El guerrero lo soltó de repente. Herido de gravedad, el guerrero maya intentó girarse hacia la entrada de la gruta cuando el acero de una espada lo atravesó con violencia. Su cuerpo se desplomó junto a Fernando. El joven trató de incorporarse, temblando de dolor, y distinguió la figura de un hombre que corría a defender a Estrada, mientras otro disparaba flechas desde la linde del bosque. El capitán y el sujeto que había aparecido de la nada tardaron menos de un movimiento en dar muerte al guerrero. Estrada hincó una rodilla en una charca, exhausto, y tendió una mano hacia el desconocido. El hombre se volvió a Fernando para ver cómo se encontraba. La débil luz de la hoguera bañó parte de su rostro.

Era Portocarrero.

2

Balam, el muchacho mestizo, juntó todas sus flechas para no desperdiciar las puntas y salió de la gruta como centinela, para comprobar que se hallaban fuera de peligro. Entretanto, Estrada y Portocarrero se deshicieron de los cuerpos y los ocultaron en la espesura, lejos de la cueva. Luego ayudaron a Fernando a curar sus heridas. Había recibido un golpe en un brazo y en el rostro. No era tan grave como le pareció en un principio; sin embargo, estaba aturdido y necesitaba descansar. En ese momento, comenzó a lloviznar, y el agua disipó la niebla. Portocarrero colocó los dos escudos de tortuga de los guerreros en el exterior de la gruta para juntar un poco de agua. Al cabo de una hora, Balam regresó al refugio con algunos pertrechos y provisiones que habían podido recuperar. El grupo estaba fuera de peligro. Ikal seguía dormido en aquel hueco de la gruta, inmóvil.

—Los tamemes han huido —dijo Portocarrero mientras alimentaba el fuego de la pequeña hoguera. Fernando cogió un trozo de tela y, con el agua de uno de los escudos, se lavó el rostro. Estrada buscó algo de comida en los sacos. Habían perdido el bizcocho. Apenas pudo encontrar algo de salazón. Portocarrero le hizo un gesto a Balam para que compartiera con ellos algo de lo que habían podido recuperar.

—Hemos oído los gritos de la pelea desde la cima —dijo Estrada.

—Nos emboscaron —comentó Balam.

Fernando se sintió mejor después de llenar el estómago con algo.

—Lamento que nuestro esfuerzo haya sido en vano —soltó.

—¿En vano? ¿Qué quieres decir? —preguntó Portocarrero.

El joven apoyó la cabeza sobre la roca.

—Esta expedición ha sido un fracaso. Han huido los hombres, el guía está malherido y nos hemos quedado sin provisiones y sin los caballos. Poco más se puede hacer.

Portocarrero negó con la cabeza.

—De eso nada —dijo muy serio—. Somos cuatro, más el guía. Podemos conseguirlo. Vamos a continuar.

Fernando no pareció convencido. Estrada tampoco se mostró más animado.

—No tenemos comida para viajar tantas leguas —sostuvo el capitán.

—En la cima hemos visto la llanura de selva que se extiende al otro lado de la montaña. Es enorme. El camino hasta el mar nos llevaría semanas —aseguró Fernando—. Es imposible que lo consigamos.

Los cuatro se miraron un momento, sin decir nada.

—Podemos cazar —murmuró Balam—. La selva tiene todo lo que necesitamos.

—Y, además, es mejor viajar ligeros de pertrechos y de gente —añadió Portocarrero—. Solo necesitamos alcanzar el Usumacinta. Tenemos herramientas y cuerdas para construir una canoa y navegar hasta el mar. Es sencillo.

Estrada echó una mirada a Fernando.

—No conocemos el río ni el terreno —dijo el joven—. No puedo pediros que os juguéis la vida por mi causa.

—Las decisiones las toma cada uno —advirtió Portocarrero—. Y no es del todo cierto que no conozcamos este lugar. Yo he estado aquí hace unos años, y Balam es hijo de esta tierra. Yo iré contigo.

El joven, tras un instante, negó con la cabeza.

—No tienes por qué hacerlo.

—Es mi decisión, Fernando. Además, ten por seguro que Alvarado nos recompensará a todos los que estamos aquí si le llevamos sus dichosas piezas de artillería y las vituallas para su expedición.

Estrada dio unas palmadas a Portocarrero en agradecimiento. Fernando lo meditó un instante. En realidad, no tenía otra opción.

—De acuerdo —dijo. A su lado, Balam esbozó una sonrisa esperanzadora.

—Muy bien —dio por zanjado el capitán, algo más animado—. Será mejor que durmamos un poco antes del amanecer.

Cada uno se acomodó junto al fuego. Poco después, intentaron conciliar el sueño. El primero en hacer el turno de guardia fue Balam. Mientras el

capitán roncaba, Fernando contempló la lluvia sin poder dormirse. El cúmulo de emociones y el dolor en el rostro se lo impedían. Aquel indio era el segundo hombre que veía morir frente a él. Entonces descubrió que Portocarrero permanecía con la vista en la cortina de agua que caía desde las rocas.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

Portocarrero desvió la mirada hacia él y luego regresó a la lluvia.

—¿El qué?

—Acompañarme.

Un trueno golpeó el cielo, y el agua descargó con fuerza. Un arroyo corría frente a la gruta e iba a parar al terraplén. Portocarrero se mantuvo en silencio un rato antes de hablar.

—Se lo debo a un viejo amigo —murmuró.

Fernando no dijo nada más. Pensó en Portocarrero y en Alvarado, en aquella extraña amistad, en todos esos años de conquista, la campaña contra el emperador mexica y la campaña del sur hasta Santiago de Guatemala. Más de veinte años de esfuerzo y de penurias. Se preguntó por qué un hombre como Portocarrero se jugaba la vida yendo a por un par de dineros y unas cuantas piezas de artillería por un hombre por el que, tal vez, no valía la pena el sacrificio.

3

Fue un alivio comprobar que Ikal se recuperaba y que era capaz de aguantar el ritmo de la marcha. Estrada y Balam repartieron la carga en varios fardos para que resultara más cómodo el viaje. Además, ambos hicieron labores de despenseros y contaron exactamente cuánto alimento portaban y qué herramientas y objetos tenían. El día después del ataque, el grupo regresó al paso de las montañas donde había tenido lugar la emboscada. Encontraron algunas cosas que les serían útiles, como ropajes, un par de botas y algunas cuerdas. Fernando dio gracias a Dios por haber subido a la cima, aquella tarde, con la brújula de Bardi y con el estuche de cuero que guardaba sus documentos, dos objetos de los que nunca se separaba. Rastrearon la zona y poco después oyeron a Balam, que los llamaba desde un recodo entre la espesura, colina abajo. Cuando se acercaron, vieron que había encontrado una alabarda. Estiró la pica hacia ellos y entre todos la sujetaron y ayudaron a subir al muchacho.

—Esto y las ballestas será suficiente para repeler cualquier ataque. Balam,

chico, coge una —dijo Estrada, al tiempo que le entregaba una de las dos ballestas con sus cargas—. Aquí tienes los virotes. Yo llevaré la pica.

—Prefiero el arco, capitán.

—Con la ballesta tienes un tiro asegurado. Luego puedes disparar las flechas que quieras. Llévala colgada al hombro, eso es.

Portocarrero lo ayudó. Fernando pensó que tenía suerte de encontrarse en compañía de un buen rastreador y vigía como Balam y con dos hombres veteranos en la guerra, acostumbrados a combatir. El extremeño le tomó el peso a la pica y comprobó la punta y el filo.

—Debemos tener clara nuestra estrategia ante un ataque —apuntó—. Fernando y yo nos pondremos delante con las espadas. Balam nos dará apoyo desde un flanco. Capitán, ¿seguro que sabes utilizar esta alabarda?

—¡Por Santiago! —soltó Estrada—. He luchado en Italia con una de estas.

—Entonces, alabardero, te pondrás entre Fernando y yo, desde atrás.

—En el sitio que toca.

—¿Puedes andar? —le preguntó Portocarrero a Ikal. El guía asintió, convencido—. Ante cualquier peligro, ponte junto al capitán Estrada.

De esta manera, el grupo se puso en marcha, como una pequeña hueste armada. Cruzaron la quebrada entre las montañas y siguieron a través de un desfiladero en dirección a la tierra de B'aakal. Balam fue primero, y durante un tramo lo perdieron de vista. Poco después, lo vieron regresar con buen ánimo, y les dijo que había encontrado un sendero que descendía de la selva montañosa hacia tierras más bajas.

Les tomó tres días dejar atrás las montañas. Consiguieron cazar iguanas y las asaron con palos. Estrada tuvo la idea de ahumar algunas piezas para comerlas más adelante, pero Portocarrero parecía inquieto, y quería que el grupo se alejara de la montaña sin tiempo que perder. Descansaban lo necesario, en refugios bien escogidos, apenas encendían el fuego, y se movían siempre silenciosos entre el follaje. Aquella era la entrada a una tierra distinta, cubierta por un manto de misterio y regida por fuerzas desconocidas. La llanura era en realidad un conjunto de montes y laderas que se alternaban entre valles y terrenos accidentados, tapizados de bosque. El paisaje se tornó verde y frondoso, y notaron que una fauna distinta habitaba aquel bosque. Al descender de las montañas sufrieron el cambio de la temperatura. Los días se volvieron calurosos y húmedos como nunca hasta entonces. El sol iba y venía entre enormes nubarrones que descargaban aguaceros de tanto en tanto y el calor volvía a evaporar toda el agua del suelo y de los árboles. La selva era un sitio lleno de vida, el bosque respiraba. Había insectos por doquier, huestes de

hormigas transportaban trozos enormes de hojas verdes y recorrían un suelo embarrado y traicionero. Distinguieron colonias de termitas que devoraban madera podrida, vieron todo tipo de serpientes y culebras. El ruido de las cigarras y de las aves era ensordecedor. Apenas podían ver el cielo entre la espesura, y aquel dosel arbóreo volvía el aire más húmedo y viciado. No obstante, lo que más impresionó a Fernando y a Estrada fue un animal, uno del que no habían oído hablar jamás.

—¡Lo he vuelto a ver! —soltó el capitán, pasmado, mientras trataba de buscarlo nuevamente—. Es un hombre pequeño con cola. Está cubierto de pelo.

Portocarrero y Balam intercambiaron una mirada y rieron por lo bajo.

A medida que avanzaron por la jungla esos días, tanto Fernando como Estrada se cansaron de ver a esas gentes pequeñas cubiertas de pelaje oscuro que pasaban por encima de sus cabezas, curiosas como gatos. Portocarrero los llamaba «monos». El capitán trató de hablarles y de atraerlos, les tiró piedras, ramas y todo lo que encontró, pero tras algunos intentos se dio cuenta de que esos animales tenían la misma inteligencia que la de un conejo. No sabían hablar, solo chillar y colgarse de los árboles.

Los días siguientes recortaron leguas a buen ritmo. La llanura que habían visto desde la cima de las montañas era un espejismo. El territorio estaba lleno de cimas y lomas partidas por quebradas y acantilados con gran desnivel. Una tarde ascendieron por un sendero resbaladizo, cubierto de vegetación, hasta lo alto de un desfiladero. En una suerte de mirador, Balam dio voces para que fueran a ver desde lo alto. Desde allí contemplaron un río que partía por la mitad una depresión, y que bajaba con tranquilidad hacia una región más llana. El paisaje era tan hermoso que los sobrecogió. El río discurría en varias cascadas que iban a parar a enormes pozas, pequeñas lagunas de color turquesa donde el agua reposaba apacible, como unas copas cristalinas talladas de lapislázuli. El azul del lecho era tan intenso como el plumaje de algunos pájaros, y el verde parecía hecho de preciosas piedras de jade.

—Es increíble —reconoció Estrada.

Fernando echó la vista a las montañas al otro lado, un macizo frondoso, y distinguió bandadas de pájaros sobre las copas que le dieron una perspectiva sobre el tamaño colosal de aquella selva. Ikal señaló el río, hacia abajo.

—Este es el único vado que permite el paso al otro lado —murmuró—. Debemos bajar la montaña hasta allí. Es un buen lugar para descansar unas horas.

A todos les animó la idea de hacer un alto en el camino, refrescarse y

limpiarse en aquellas aguas tranquilas, comer los pocos alimentos que tenían y dormir. Tenían barro y mugre hasta en el último recodo del cuerpo. Siguieron a Balam hasta el río. Allí la selva se separaba en dos y dejaba a la vista un cielo cubierto de nubarrones. Agradecieron salir de la vegetación y sentir el aire puro en el rostro. Oyeron el ruido ensordecedor del río que venía de más arriba y el griterío escandaloso de las cigarras en los alrededores. Ikal les explicó que el agua se internaba por un sumidero, tierra adentro, y que salía al otro lado, por debajo de las rocas, hacia las pozas turquesas. Fernando sintió temblar la piedra bajo sus pies por la fuerza del agua.

—No os separéis de vuestras armas —les aconsejó Portocarrero.

—Descansamos unas horas y nos movemos —le sugirió Estrada con la vista hacia arriba, intranquilo. Se quitaron las ropas y se sumergieron desnudos en las pozas. Fernando fue el último en bañarse. Algo lo inquietaba. Tras un momento, volvió a salir, lavó sus ropas para quitar el barro y el sudor y se vistió.

Portocarrero lo siguió. A Fernando le impresionó que, pese a su edad, mantuviera un cuerpo esculpido y vigoroso. Advirtió que el extremeño llevaba su alianza de oro con doña Leonor de Alvarado en un colgante. Su brillo era intenso. Portocarrero vio la dirección de sus ojos.

—Es oro de Moctezuma —dijo. Se lo enseñó para que lo tocara.

El joven lo apreció con curiosidad. Portocarrero acabó de secarse y de vestirse.

—Creo que estamos demasiado expuestos en este lugar —advirtió Fernando, y echó un vistazo a su alrededor, a las paredes montañosas a ambos lados del río—. Es fácil que puedan vernos desde cualquier mirador.

Portocarrero asintió, mientras volvía a ponerse sus ropajes.

—Lo sé, pero es bueno para todos recuperar el ánimo —respondió—. Nos queda un camino muy largo. Busquemos un refugio donde descansar.

—¿Conoces la ruta hasta el Usumacinta? —le preguntó Fernando.

—Hay que ir en dirección noroeste —dijo el extremeño—. Debemos estar a unas veinticinco leguas del gran río, tal vez más, no estoy seguro.

—Nos tomará tiempo —murmuró Fernando. Pensó, con amargura, que les llevaría varias semanas alcanzar el río, siempre y cuando no tuvieran ningún percance. Dejaron a Estrada con Balam e Ikal para ir en busca de algún refugio donde pasar la noche. Aunque a Fernando no le hacía gracia detenerse, comprendió lo que quiso decirle Portocarrero y la importancia de mantener el buen ánimo del grupo. Dieron vueltas por los alrededores. Poco después, hallaron una gruta donde apostarse sin ser vistos desde la lejanía.

Portocarrero regresó a las pozas a buscar al resto. Aquel recodo era siniestro. El río emergía de las profundidades y rugía al paso de las rocas como una bestia mitológica. Fernando pensó que al menos el estruendo cubriría sus voces durante la noche.

La luz de la tarde cayó y, con ella, una lluvia torrencial. Aunque aquel refugio era oscuro, a Fernando le pareció un buen lugar donde pasar la noche. Estaba húmedo, como toda aquella tierra, pero gozaban de la protección de la roca y no llovía sobre sus cabezas. Charlaron en voz baja, como solían hacer. Estrada y Portocarrero, con ayuda de unas cuantas piedras y palos, hicieron un mapa en el suelo. Después de preguntarle al guía, Ikal trazó con un dedo el camino que había pensado seguir.

—Es el camino más seguro —aseguró el quiché—. Los pueblos del norte que colindan con la selva baja no nos verán.

—También es el camino más largo —dijo Balam. El grupo se volvió a contemplar al muchacho. Eran pocas las veces que el mestizo abría la boca para decir algo, pero cuando lo hacía, solían prestarle mucha atención. Fernando se llevó una mano al mentón. Luego observó a Balam.

—¿Cuántos días nos tomará este desvío?

Balam se encogió de hombros.

—Dos semanas. El camino es impredecible. Hay que seguir el curso del río.

—¿Dos semanas más? —soltó el capitán Estrada mientras negaba con la cabeza y echaba una mirada a Ikal—. Ninguno de nosotros aguantará dos semanas más en esta jungla, por Dios.

—¿Tú qué dices, muchacho? —le preguntó Portocarrero a Balam. Fernando sabía que el extremeño confiaba en el mestizo casi tanto como él en su brújula. Balam frunció el ceño.

—La selva es grande. Podríamos arriesgarnos y tomar un camino más directo.

—Estoy de acuerdo —dijo Estrada.

—Somos pocos y podemos ir deprisa —añadió el mestizo.

Fernando reparó en que Ikal se guardaba su opinión. En ese momento el capitán y Portocarrero se enfrascaron en una discusión. El joven se acercó al guía.

—¿Existe alguna ruta más directa? —le preguntó Fernando. Portocarrero detuvo la disputa y volvió la vista a Ikal. Estrada también miró al quiché.

—Sí que la hay —susurró—, pero nunca la he recorrido.

—¿Por dónde? —quiso saber Portocarrero—. Muéstrala en el mapa.

Ikal se incorporó y trazó una línea casi recta entre su posición y el gran río Usumacinta. Dejó su dedo índice apoyado justo en la mitad de ambos puntos.

—¿Es peligrosa? —preguntó Fernando.

El quiché alzó las cejas.

—Más que eso. Es la entrada al Xibalbá.

Hubo un silencio inquietante tras oír sus palabras. Portocarrero entornó la mirada. Fernando se estremeció al oír la palabra de sus sueños.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es…

—La puerta del inframundo —intervino Portocarrero.

Ikal asintió. Fernando se giró al extremeño.

—¿Qué es ese lugar?

—El río sagrado que serpentea entre barrancos se dirige hasta la entrada sagrada —lo interrumpió Ikal—. El mismo que cruzó Hunahpú y Xbalanque en su viaje por la tierra de los jaguares. No puedo obligar a nadie a cruzar los templos sagrados del Xibalbá, por mucho que estén abandonados.

Nadie supo lo que quiso decir con aquellas palabras. Nadie excepto uno. Fernando reparó en que Portocarrero fruncía el ceño y se mantenía en silencio.

4

Juana despertó con el ruido de los cascos de la caballería de Soto. La costa pantanosa de la bahía del Espíritu Santo en La Florida era azotada por los vientos. El poblado provisional aguantaba como buenamente podía, rústico como un bohío taíno. Cuando la chica salió del cobertizo en el que dormían, echó la vista alrededor y vio la enorme explanada que habían roturado los expedicionarios. Ahora el ganado pastoreaba a sus anchas y los jinetes hacían galopar a los caballos y a las yeguas. La valla de madera estaba a medio construir. Juana tuvo un pensamiento fugaz y rememoró la comodidad de La Habana. Pese a que le había parecido una villa precaria, nada se comparaba con las condiciones penosas en las que se encontraban en La Florida. Un grupo numeroso de soldados llevaba semanas durmiendo al raso y solo unos pocos capitanes dormían bajo un techo.

Durante ese tiempo se habían realizado varias construcciones y se habían organizado las labores. Soto envió partidas de hombres en diferentes compañías para explorar el territorio, sin ningún éxito. Todo indicaba que la tierra era igual de pantanosa varias leguas tierra adentro. Juana cogió dos

cubos y fue a por agua al riachuelo, en compañía de unos indios traídos de Cuba. En ese momento oyó que un alabardero llamaba a gritos a la compañía de Juan Rodríguez Lobillo y a sus hombres para reunirse en la plaza de armas. La muchacha regresó al cobertizo y se encontró a Beltrán intentando ajustarse la armadura, con torpeza.

—Yo lo haré —dijo Juana, mientras sujetaba una de las correas.

—¡Puedo hacerlo solo! —gritó Beltrán, y la joven se apartó.

El hidalgo trató en vano de ajustarse bien los broches. Tras un instante, dejó que la chica le colocara el peto como correspondía y que le atara las correas. Llevaba varios días ansioso en espera de las primeras órdenes de Soto. Juana desvió la vista a las manos de su marido y descubrió que temblaban.

—Tenemos instrucciones de avanzar siete leguas al norte —dijo Beltrán, tan nervioso que, al levantarse, tiró sus guantes al suelo. La joven se los recogió y él se los arrebató de las manos, encolerizado—. ¡Dámelos de una vez!

Juana dio unos pasos atrás, con una mano en la frente, y dejó que su esposo acabara de vestirse. Vio que se ataba mal el cinto y probó a corregirlo, pero Beltrán le echó una mirada furibunda, por lo que desistió.

—Espera —lo detuvo Juana.

—¿Qué pasa?

—Estoy preñada —dijo la muchacha.

A Beltrán le cambió la cara y empalideció.

Cuando estuvo listo, su esposo se colocó el morrión sobre la cabeza y salió del cobertizo sin decir ni una palabra. En la plaza, la compañía de Lobillo estaba al completo y lista para partir. Era una docena de rodeleros y de ballesteros rudos, hombres que llevaban una vida guerreando. Los acompañaba una parte de la caballería al mando de Alonso Romo. Juana vio que cada hombre cargaba con sus propias provisiones, así que corrió al cobertizo a por un saco de cuero y fue a por el despensero para que le diera las raciones que le correspondían a Beltrán. Le preparó toda la bolsa y luego fue a la plaza. Su esposo estaba de pie junto a su capitán, Lobillo, de quien era segunda autoridad, mientras el resto de los hombres evitaba su mirada. Juana lamentó que su marido tuviera que actuar como un soldado sin serlo. Beltrán era un buen mercader y seguro que sería bueno en cualquier cargo en un cabildo; no obstante, su papel estaba lejos del campo de batalla.

—Coge esto —le dijo Juana.

Beltrán abrió mucho los ojos al ver el saco de provisiones y se pasó la cuerda por un hombro. A Juana le molestó que no le dijera nada, como si él

mismo le hubiese ordenado preparar las provisiones en lugar de olvidarse de ellas. En ese momento, el maestre de artillería dio una señal y los hombres se pusieron en marcha. Juana cruzó una mirada con Amir, que estaba al otro lado de la explanada. Los caballos dieron un rodeo a la plaza y avanzaron primeros por el sendero hacia el norte. Juana se quedó de pie mientras contemplaba a su esposo alejarse y sumarse a la hueste.

Juana vio al pequeño ejército perderse en el camino en la lejanía.

—Es mejor mantener las horas ocupadas —le dijo María Aguilar, que estaba allí cerca y la vio al pasar. Ambas intercambiaron una mirada. La prudencia de Hernando de Soto estaba haciendo mella entre sus hombres. Llevaban varias semanas detenidos en aquel poblado que no tenía nombre, pues no había querido levantar acta de fundación ante el escribano, ni nombrar regidores ni dar ningún cargo. La hueste seguía detenida en aquel atolladero fangoso, presa de las lluvias y de los vientos de la bahía, mientras se consumían las provisiones, la paciencia y las fuerzas. En aquella región no había hombres, ni indios, ni tan siquiera animales. Se veían bandadas de pájaros sobre sus cabezas, de vez en cuando, que emigraban al este. ¿Dónde estaba la tierra que había prometido Soto? ¿Dónde estaba la riqueza de La Florida?

5

A medida que deshacían leguas, el territorio en Guatemala cambiaba y las lomas y los montes disminuían en altura. La falta de provisiones portaba la angustia, el cansancio y el mal humor en el grupo. Al cuarto día, Portocarrero pidió hacer un alto en un claro, a la sombra de unas palmeras. Habló con Balam en voz baja. Luego el chico dejó sus fardos, cogió el arco con las flechas y desapareció.

—¿Qué sucede? —murmuró Estrada.

—Vamos a esperarlo aquí —sugirió el extremeño. Dejaron sus sacos en el suelo y aguardaron a la sombra de unos árboles. Poco después, Balam regresó.

—Lo he visto —dijo—. Viene un poco más atrás.

—¿El qué? —preguntó el capitán.

—Nos sigue un jabalí.

Abandonaron sus cosas a la sombra y siguieron a Balam con sigilo. Se internaron en una hondonada cubierta de espesura. Allí, el mestizo hizo gestos a Estrada y a Fernando para que se pusieran en alerta. Preparó la flecha en el arco. Todos se colocaron a cubierto tras la vegetación, con las ballestas

apuntando en la misma dirección. Estrada mantuvo la pica en guardia, para cuando llegara su turno.

Se produjo un instante de inquietante calma.

Entonces un arbusto se movió con violencia. Balam descargó una flecha, que impactó de pleno, y un chillido agónico resonó en la jungla. Rápidamente las tres ballestas de Portocarrero, Fernando e Ikal dispararon sus virotes. No todas impactaron. En ese momento, vieron salir al animal por debajo de los helechos, desesperado, en dirección hacia ellos. La bestia corrió sollozante tratando de embestirlos. Estrada lanzó un grito y, con sus fuerzas, clavó la punta de metal en el cuello del animal, dándole muerte.

—¡Eso es! —gritó el capitán.

Sin soltar la pica, Estrada se aproximó a la presa. El jabalí estaba tumbado delante de los helechos y arbustos. El capitán había dado solo unos pasos cuando, de pronto, vio emerger de entre la vegetación la majestuosa figura de un felino, de pelaje dorado y manchas negras, que se movió con el sigilo de un depredador. Estrada se quedó de piedra.

—La madre que me parió… —murmuró.

Los ojos verdes, brillantes y salvajes del jaguar, se posaron en los del capitán, que se había detenido en seco. Todos se mantuvieron quietos y contuvieron el aliento. El jaguar exhibió unos poderosos colmillos ensangrentados y rugió con bravura, antes de apoyar una de sus poderosas garras encima del jabalí.

Ikal pronunció unas palabras en lengua quiché, con estupor. Fernando y Portocarrero intercambiaron una mirada. Estrada estaba quieto, en guardia. Fue Balam quien habló finalmente.

—Es un *ocelotl* —susurró—. No podemos matarlo.

El jaguar volvió a exhibir sus fauces y su lengua roja y gruesa.

—Ese gato tiene nuestra comida —susurró Estrada, sin soltar la alabarda. Ikal se volvió a Fernando, con desesperación.

—Es Kinich Ahau, dios del Sol —dijo—. Vaga por esta tierra en forma de *ocelotl*. Si acabas con él, una maldición caerá sobre nosotros y sobre nuestros hijos. ¡No lo hagas!

Portocarrero y Estrada se miraron. El ansia por comer les había despertado los sentidos. No había tiempo para pensar. Ikal dejó el arma en el suelo y huyó. Estrada mantuvo al felino a distancia, gracias a la alabarda. El jaguar salió de la espesura por completo y se situó sobre el jabalí. Entonces Fernando descargó una flecha que le rozó el lomo. El depredador rugió de dolor. En ese momento, el capitán cargó con la pica. Logró clavar la punta en

uno de sus muslos, pero el animal se revolvió con una velocidad pasmosa y atacó. Esquivó la pica y se abalanzó sobre Estrada. Portocarrero, que había soltado la ballesta, lo cubrió con su espada, lo que provocó un corte en un costado. El jaguar, al verse rodeado, se escabulló entre los arbustos en un solo movimiento.

Los cuatro compañeros se cercioraron de que el felino había escapado.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Portocarrero. El capitán tenía unos rasguños. Arrastraron al jabalí con ayuda de dos palos cruzados hasta las palmeras en el claro. Allí los esperaba Ikal, con la mirada presa del temor aún.

—¿Lo habéis matado?

Fernando negó con la cabeza.

—Ha huido, puedes estar tranquilo.

Ikal entornó la mirada.

—Es un mal presagio. No debemos enemistarnos con los dioses.

Fernando vio que Estrada y Portocarrero sacaban sus dagas y cuchillos y empezaban a limpiar al animal de sangre y vísceras. Luego iban a desollarlo. Balam comenzó a recoger madera para encender un fuego.

—Tus dioses han de comprender que no podemos sobrevivir sin alimento —dijo Portocarrero. Ikal bajó la cabeza, sujeto a su bastón.

—Hemos provocado a Kinich Ahau —le advirtió.

—Era solo un jaguar.

—No, es más que eso —sostuvo Ikal—. El dios del sol adopta la forma de un jaguar. Además, es una advocación de Itzamná, dios de los cielos, cuyo hijo, Bacab, divide su espíritu en los cuatro jaguares que sostienen el cielo, uno para cada extremo del mundo. Un dios y cuatro partes…, diversas manifestaciones. Desafiar a Kinich Ahau es poner al sol y al cielo, la divinidad de Itzamná y de Bacab, en nuestra contra.

Fernando no dijo nada más ante el vaticinio del guía.

—No te preocupes —murmuró Portocarrero—. Hemos hecho bien.

Estrada cogió los palos que había traído Balam, y montaron una estructura para asar y ahumar la carne. Aunque les tomara un día entero, al final valdría la pena viajar con alimento. Fernando recordó que había acudido una vez en compañía de su tío Rodrigo al matadero de Sevilla, que estaba al otro lado de la Puerta de la Carne. Por aquel entonces sintió asco al ver cómo trataban a las presas y las vaciaban de vísceras. Ahora se sentía hambriento y agotado, y era tal la necesidad de comer que no le hubiese importado probarla cruda.

Aquella tarde, Ikal cortó un trozo de carne y se alejó del campamento para dejarla como ofrenda al dios solar. Esa noche susurró plegarias en su lengua y

realizó un ritual con fuego y unas piedras, con el único fin de congratular a Kinich Ahau, el dios solar. El resto del grupo comió carne hasta saciarse y sintieron cómo, poco a poco, recuperaban las fuerzas y el ánimo. Fernando pensó en Ikal y en los dioses extraños de esa tierra, y se preguntó por qué un dios habría de adoptar la forma de un jaguar en lugar de la de un hombre. ¿Qué clase de divinidad escogería bajar al mundo de los mortales con la forma de un animal?

6

La niebla descendió hasta el valle y cubrió la selva por completo. Habían racionado la carne ahumada y el agua, y gracias a esto consiguieron recortar más de diez leguas en menos de una semana. Ahora se hallaban en una hondonada oscura, bajo la inquietante sombra de unas ceibas centenarias. Balam mandó que el grupo se detuviera y aguzó el oído. El aire caliente era sofocante.

—Hay un arroyo cerca de aquí —dijo—. Baja muy lento.

—Es el río sagrado —aseguró Ikal—. Estamos cerca.

Habían decidido tomar la ruta que se internaba en lo que Ikal llamaba el Xibalbá. Faltaba descubrir ahora qué era aquel sitio que los mayas llamaban el inframundo. La niebla apenas les permitía ver más adelante. Avanzaron con cautela, hundiendo las botas en el barro en aquel suelo resbaladizo. Poco después, vieron regresar a Balam, que se había adelantado.

—He encontrado el río.

Lo siguieron a través de un sendero natural que serpenteaba entre arbustos espinosos. A Fernando le sorprendió el color de las aguas, que eran cristalinas, y su fondo era de un azul claro tan intenso que parecía irreal. Descubrió que el agua estaba fría como las nieves de una cumbre. Portocarrero se detuvo a contemplar el terreno.

—Haremos dos balsas —sugirió el extremeño—. Aquí hay madera que puede servir. Vamos, no hay tiempo que perder.

Cortaron palos y Balam se puso a confeccionar cuerdas con hilos de corteza de árbol, trenzados. Les tomó varias horas, pero al fin consiguieron hacer que flotaran y que aguantaran el peso de dos hombres y de sus bolsas. Fernando, Portocarrero e Ikal embarcaron en la más grande. Balam y Estrada fueron en la otra, que era un poco más pequeña y menos estable.

—La próxima vez debemos hacerlas más largas —sugirió Estrada, poco satisfecho con el trabajo.

—No te muevas mucho, capitán —le aconsejó Balam.

Cada uno cogió un palo con forma de remo y lentamente ayudaron a las balsas a tomar el ritmo del cauce. Las embarcaciones se deslizaron silenciosas por el río, cubierto por una enorme bóveda arbórea. Aunque Fernando agradeció viajar de este modo, resultaba extraño y perturbador dejarse arrastrar y aguardar a lo que pudiera venir. Tras una hora, las sombras se cernieron sobre ellos y el curso del río cogió velocidad, y el tramo se volvió más estrecho y sinuoso. Avanzaron a buen ritmo, zigzagueando entre meandros, hasta que vieron a lo lejos la entrada a una gruta y el río que se adentraba en ella.

Fernando entornó la mirada. Estaban bastante lejos aún, pero descubrió que el umbral de aquella caverna era colosal. Las balsas bajaron el ritmo y volvieron a deslizarse parsimoniosas a medida que se acercaban a la gruta y esta se hacía más y más grande ante sus ojos. Tomaron los remos y se dieron impulso. Rodeada de vegetación, vieron ante ellos una estructura natural rocosa que los sobrecogió. El río se internaba con estruendo en las fauces de esa cueva oscura, que parecía rugir con el eco de la fuerza del agua. Todos guardaron silencio. Ikal hizo un gesto para guiar las embarcaciones hacia una playa de rocas bajo el umbral, justo antes de los rápidos penetraran en la oscuridad más absoluta de la tierra.

—Descansaremos unas horas —propuso Portocarrero, intranquilo.

Aunque el lugar fuera oscuro y húmedo, la playa de rocas era un buen sitio donde dejar las balsas y aguardar a la luz del día. De esta manera acomodaron sus fardos para pasar la noche, sin encender fuego.

Unas horas después, Fernando despertó con la sensación de haber soñado con cánticos y timbales de ritos ancestrales que arrastraba el aire de la cueva. Apenas despuntaban las primeras luces del alba. Portocarrero y Estrada estaban reparando las balsas con cuerdas. El capitán había encendido un fuego y tenía preparadas dos antorchas. Todos se sacudieron y comieron un poco de carne antes de ponerse en marcha.

Fernando portaba la antorcha, mientras Portocarrero guiaba la embarcación con el remo como si fuera un timón. Estrada sostenía la ballesta cargada, por si las moscas. Las rústicas barcazas se perdieron como dos puntos de luz en la inmensa oscuridad. El cauce iba rápido, pero tranquilo. Fernando acercó la luz a la superficie e imaginó que en aquel punto las aguas serían profundas. Sintió escalofríos al preguntarse qué clase de criaturas habitarían aquel entorno. Alzó la antorcha y distinguió alimañas y colonias de murciélagos, que de tanto en tanto batían sus alas y emitían extraños crujidos.

Aquel trecho les tomó una hora, en la que se mantuvieron en silencio. Luego distinguieron luz del día más adelante. Se trataba de una sima, una cavidad en lo alto de la cueva que daba paso a los primeros rayos del sol. Fernando alzó el fuego y contó más de una veintena de varas hasta lo alto. Se detuvieron en una pequeña ensenada y arrastraron las balsas hasta las rocas. Frente a ellos, la cueva se adentraba en lo profundo, por encima de tres o cuatro niveles de rocas, como un graderío de piedra.

—Es por ahí —dijo Ikal.

Tomaron sus armas y escalaron la roca húmeda hasta arriba. La luz de la sima les ofrecía una perspectiva de lo grande que era ese lugar. Más allá, se enfrentaron a un pasillo oscuro como la boca de un lobo. Balam y Fernando fueron delante, con las antorchas. Avanzaron con las armas dispuestas, oyendo el crujido de sus botas sobre la piedra y la respiración jadeante de unos y otros. La luz flamígera apenas alcanzaba para ver a un par de varas hacia delante.

Tras aquel tramo, tuvieron que prender otra antorcha. Allí alcanzaron un mirador en la oscuridad, frente a una caverna colosal. El aire dentro era húmedo, y un viento frío discurría por los corredores. Fernando echó la vista hacia arriba para contemplar las estructuras rocosas que formaba la tierra en su interior; enormes columnas puntiagudas, deformes y aberrantes, como las vísceras petrificadas de la tierra. Entre las distintas alturas distinguieron escaleras de piedras. Fernando vio las figuras grotescas que creaba la naturaleza en relieves y columnas de piedra. Era fácil imaginar rostros endemoniados en esas monstruosas paredes rocosas. Aquella región parecía ser la cara oculta de la vida, la que no debía ser vista por ningún mortal, entresijos de la edificación del mundo. De algún modo, comprendieron que la belleza natural del exterior albergaba su opuesto en el interior de la tierra. De pronto, se vieron inundados por el temor a las tinieblas.

7

El sistema de cuevas estaba entrelazado a través de anchos corredores y túneles oscuros, de enormes muros de piedra caliza, cuyas columnas grotescas y demoníacas daban la impresión de sostener al mundo de arriba. El mundo de los vivos. No obstante, no todo era oscuridad en aquel inframundo; el recorrido de varias leguas estaba salpicado de simas y aberturas en lo alto que dejaban a la vista la vegetación y daban paso a la luz del sol. El Xibalbá seguía el curso de su río sagrado. En algunos tramos se almacenaba en lagos

subterráneos, para luego alejarse por corredores en forma de río.

Fernando no se separaba de Portocarrero. Notó en el extremeño una suerte de afecto hacia él, y se preguntó la razón. Con el paso de las jornadas, Fernando se imaginó que una parte de Portocarrero se sentía culpable por la historia de su hija, y ayudarlo era una manera de remendar ese algo que no tenía nombre. Además, Fernando no ocultó sus sentimientos hacia su hija. Tal vez aquella era la razón de que lo tratara con la estima de un padre. En alguna de esas travesías silenciosas, Fernando le habló de Juana en susurros. Portocarrero lo escuchó con atención y atesoró su historia como una joya perdida.

Durante el cuarto día oyeron ruidos. A medida que se internaban en la gruta, escucharon tambores y cánticos. El viento susurraba una música en la lejanía. Ikal le comentó a Fernando que oía las palabras sagradas de una ceremonia. Portocarrero se detuvo en el último umbral con luz, antes del corredor que conducía hacia un nuevo pasadizo. Volvió la vista al camino. Fernando, que había aprendido a leer las intenciones del extremeño, supo que estaba intranquilo. Cogió la brújula y comprobó la dirección hacia la que se dirigían, pero la pequeña aguja de marear comenzó a dar vueltas a un lado y a otro, sin sentido.

—¿Qué es este lugar? —susurró Fernando.

Portocarrero frunció el ceño al ver la brújula.

—Es por aquí —murmuró.

Fernando, Portocarrero y Balam cargaron las ballestas con virotes. El capitán Estrada avanzó con la pica en alto dispuesto a ensartar a lo primero que apareciera por ahí, y Balam y Fernando iban tras él con las ballestas. Desde allí vieron un nuevo pasadizo iluminado por una antorcha a punto de extinguirse. Oyeron con claridad los tambores y las voces.

—La ceremonia —dijo Estrada.

Fernando fue el primero en cruzar. Se trataba de una caverna gigantesca, un templo natural tan grande como una catedral. Rápidamente se parapetó tras unas rocas. Aquel lugar estaba lleno de gente. Un fogón en el centro presidía un ritual que estaba rodeado de antorchas, cuyos fuegos refulgían en la piedra. Más abajo, cuatro sacerdotes sostenían una cuerda pintada de sangre, y formaban un cuadrado perfecto, uno en cada esquina. En un nivel superior, un hombre desnudo de cintura hacia arriba y que portaba un penacho golpeaba unas estalactitas huecas, y estas emitían el eco de unos tambores. Portocarrero y Estrada se situaron a su lado. Los tres miraron por encima del montículo.

—La madre que nos parió —mascculló el capitán.

La atmósfera era densa debido a los sahumerios. Se encontraban en la parte más alta de aquel teatro macabro. Una pequeña multitud rodeaba la parte media, y, en el centro, dentro del cuadrado formado por la cuerda roja, había una docena de prisioneros de rodillas frente a cuatro guerreros con cabeza y piel de jaguar. Sus rostros, pintados de negro, estaban ocultos en las fauces de las pieles de los felinos, que exhibían con terror sus colmillos afilados. Los ojos del jaguar llevaban incrustaciones de piedras de jade, que relucían bajo el fuego. Las pieles doradas y manchadas caían por sus hombros y sus espaldas. Con el torso al desnudo, podían verse las pinturas y los símbolos que exhibían. Sus armaduras estaban ornamentadas y su brillo las hacía parecer de oro puro.

Portocarrero les señaló una zona donde había más guerreros, algunos de ellos pintados con los colores y los símbolos de un ocelote. Permanecieron atentos a la escena. De pronto, Fernando reconoció una estatuilla que estaba sobre un pedestal, frente a los prisioneros. Era Ixchel. La figura estaba hecha en jade. El joven desvió la mirada a Ikal.

—¿Quiénes son? —preguntó.

Ikal frunció el ceño.

—Es Bacab —dijo el quiché, y Fernando recordó lo que le había dicho tras el incidente con el jabalí.

—¿Quién es Bacab?

—Es el hijo de Itzamná. Bacab fue dividido en cuatro partes, los cuatro jaguares que sostienen el cielo en las cuatro puntas del universo —señaló el guía, señalando la cuerda roja—. Cuatro hermanos de una misma cosa, que fueron enviados al nacer al norte, sur, este y oeste. Sus nombres son *Hobnil, Can Tzicnal, Zac Cimi* y *Hosanek*.

Fernando entornó la mirada y volvió la vista al centro de la gruta.

—¿Para qué es toda esa gente?

—Es una ofrenda a la deidad.

Fernando cambió el gesto.

—¿Van a sacrificarlos?

Ikal asintió.

—¿Qué es lo que dicen? —quiso saber Fernando.

—Repiten las palabras del libro sagrado —murmuró el guía—. *«Luego el cielo caerá, caerá sobre la tierra, donde los bacab están situados, los que evitarán la destrucción del mundo»*.

Portocarrero y Estrada comenzaron a impacientarse. Era el momento de

dejarse de historias y marcharse de allí.

—¿Qué tiene que ver Ixchel? —quiso saber Fernando, con la vista en la figura que estaba sobre el pedestal—. ¿Por qué la veneran?

Ikal no se esperaba esa pregunta, y se sorprendió al oír el nombre de la diosa.

—Porque ella es la madre de Bacab, la madre de los cuatro jaguares —susurró el quiché—. Ixchel es la juventud, diosa de la luna llena, mientras que Ixchebel Yax, anciana, es la luna nueva. Dos caras de una misma cosa. Es la compañera de Itzamná, dios de los cielos, del día y de la noche.

A Fernando se le escapaba el misterio de aquel extraño panteón de dioses con diferentes advocaciones y que se manifestaban de distintas maneras ante los vivos.

—Ambos son el sol y la luna —dijo el joven.

Ikal asintió.

—Eso es. Y sus hijos, los Bacab, sostienen la cúpula.

Fernando volvió la mirada a los jaguares. Algo no cuadraba.

—Ixchel no quiere sacrificios: al contrario, es la madre de la vida.

Portocarrero interrumpió a Fernando y le tiró de la manga.

—Basta de cháchara. Es el momento de largarnos.

Balam fue el primero en moverse para dirigirse al pasillo por el que habían llegado. Apoyó una mano en la roca, con la mala fortuna de que una piedra se desprendió del macizo, al otro lado, y fue a parar al graderío. Durante unos momentos solo se oyó el silencio hasta que la roca cayó de forma violenta y estrepitosa. El grupo se puso a cubierto y contuvo el aliento. Pasaron unos instantes agónicos.

—¡Ahora! —susurró Portocarrero.

Ikal fue el primero en salir de allí y en colarse por el corredor. Entonces un guerrero que estaba en la parte más alta, al otro lado de la caverna, los vio y dio el aviso. La multitud se volvió hacia ellos y los timbales cesaron. Los cuatro jaguares comenzaron a subir hacia el primer graderío empuñando sus armas, y abajo se formó un tumulto. En ese instante, una flecha rozó la cabellera de Fernando y fue a parar a la roca.

—¡Tenemos que huir! —gritó Estrada.

Portocarrero levantó a Fernando y corrieron hacia el pasadizo. Estrada cargó contra un sujeto que hizo su aparición y le ensartó la punta de la alabarda en el abdomen. Fernando y Portocarrero, desde el umbral, dispararon los virotes de sus ballestas contra dos hombres y se internaron por el túnel. Lo último que vieron fue la conmoción provocada en la ceremonia. Los cautivos

vieron una oportunidad y alguien volcó los sahumerios, lo que produjo una llamarada tremenda. Los prisioneros habían aprovechado la confusión para escapar. Pronto la caverna se convirtió en un tumulto de fuego y caos.

Salieron del pasadizo a la gruta e Ikal señaló uno de los túneles. Portocarrero decidió quedarse el último, para cubrir la retirada, mientras cargaba un nuevo virote en la ballesta.

—¡Vamos, vamos! —los azuzó—. ¡Date prisa, capitán!

Estrada pasó corriendo delante de él. Balam y Fernando abrieron camino por un corredor oscuro, iluminado por el fuego de Portocarrero desde la retaguardia. Perdieron la noción del tiempo y de la distancia. Así corrieron hasta una gruta abierta por una tremenda sima, que dejaba a la vista la selva y la caída de un acantilado. Los animó saber que estaban cerca de la salida. Balam dio voces para que escalaran y se internaran por un nuevo corredor. Entonces escucharon el ruido de las cigarras y el canto de los pájaros, y salieron por una senda al costado del acantilado. Todos agradecieron respirar aire puro.

Aún no estaban a salvo, y oían las voces y gritos que se aproximaban desde las cuevas. El acantilado era imponente, y bajo este corría un río estruendoso. Bordearon el desfiladero hasta que Estrada señaló un puente colgante. Echaron la vista atrás y pudieron ver la entrada principal a la caverna. Se dieron cuenta de que habían huido por una salida adyacente. A sus espaldas, los prisioneros habían conseguido entablar combate y otros huían en mitad del caos.

—¡No es nuestro asunto! —gritó Portocarrero—. ¡Al puente!

El grupo hizo un esfuerzo por recorrer la distancia que lo separaban del viejo puente de madera. Balam y Estrada ayudaron a Ikal y lo arrastraron hasta la cornisa. El viento traicionero y las maderas podridas los hicieron dudar por un momento. Fernando echó la vista abajo y apenas pudo distinguir el brazo de río que partía la quebrada por la mitad. Una espesa nube de vapor ascendía y cubría parte de la pasarela.

Ikal fue primero, seguido de Balam y Estrada.

—Venga, chico. Es tu turno —le soltó Portocarrero a Fernando.

—No —dijo el muchacho—. Seré el último.

El extremeño lo empujó, sin dar pie a una negociación, y lo situó frente al puente. Fernando lo maldijo en voz alta. Se armó de valor y comenzó a andar. Las tablas crujían y las cuerdas se balanceaban peligrosamente. Se vio inmerso entre la bruma de vapor de agua que ascendía desde el valle y que comenzaba poco a poco a dispersarse. Una ráfaga de viento se llevó la nube y dejó a la

vista el acantilado y el otro lado del macizo. Portocarrero iba por la mitad cuando vieron a una mujer correr por el sendero. Se lanzó al puente y provocó que la pasarela se balanceara con violencia. Una de las maderas se resquebrajó y el extremeño se tropezó. Se incorporó con agilidad y siguió hacia delante. Fernando lo esperó al otro lado hasta estirar una mano y ayudarlo.

—¡Vamos! —gritó Estrada, para que se alejaran de allí.

—¡Esperad! —exclamó Fernando.

La mujer hizo un esfuerzo por alcanzarlos. Entonces vieron a sus perseguidores. Eran los jaguares. Los cuatro guerreros de Bacab. Fernando descolgó de su bolsa una de las hachas. Estrada se situó junto a Portocarrero y entre los dos sostuvieron a la mujer cuando consiguió llegar. Los guerreros se detuvieron al otro lado, frente a ellos. Uno gritó algo en su lengua, señalando a la mujer, y dio un paso al frente. Fernando asió el hacha con firmeza y, con un impulso, golpeó con todas sus fuerzas una de las sogas. El puente tembló. El guerrero no se intimidó y avanzó un poco más. Fernando volvió a golpear el mismo punto de la cuerda hasta que esta salió despedida al vacío. La pasarela se desestabilizó y el guerrero retrocedió. Portocarrero y Estrada cortaron el resto de las cuerdas hasta que el puente se descolgó y cayó al vacío.

Los jaguares no se movieron de la cornisa.

Fernando se aproximó hasta la mujer, que sollozaba y sangraba. Estaba malherida. Ikal estaba de rodillas, junto a ella. Comprobaron que tenía una tajadura grave en un costado; era poco lo que podían hacer por esa mujer. Fernando distinguió el brillo de una piedra de jade entre sus fardos. Apartó el tejido y descubrió el objeto robado por el cual los jaguares habrían de apostar sus vidas.

Era la figura sagrada de la ceremonia. La talla de Ixchel.

Ikal alzó la vista, con aprensión, y contempló a los guerreros.

—Vendrán a por nosotros —murmuró.

XV

EL ÚLTIMO JAGUAR

1

La india no dejó de murmurar cosas en su lengua durante todo el trayecto. Estrada, Portocarrero y Fernando se turnaban de dos en dos para cargar con ella. Balam iba delante de todos tratando de hallar alguna senda despejada; sin embargo, aquella región era escarpada y boscosa. Tras algunas horas, Ikal les pidió que la bajaran al suelo. Se apostaron a la sombra de dos ceibas enormes.

—No podemos seguir así —le soltó Estrada a Portocarrero, sin aliento.

Estaban exhaustos, acumulaban casi un día sin dormir. Ninguno se separó de sus fardos. Balam les pidió al capitán y al extremeño que lo acompañaran a rastrear la zona y ver si podían encontrar algún refugio más propicio. Si conseguían hallar un escondite, tal vez podrían dormir un par de horas. Los tres se alejaron por el bosque. Fernando tenía la sensación de llevar media vida en la selva, y el propósito de aquel viaje le parecía lejano, pero no podía olvidar por qué estaba allí. Debía cruzar esa selva y llegar a Santa María de la Victoria. El porvenir de su familia y el de la expedición de Alvarado dependían de ello.

Se acercó al guía, que en ese momento sostenía con una mano la cabeza de la mujer y con la otra le mojaba los labios con su odre de agua. La mujer masculló unas palabras inaudibles. Ikal acercó el oído y prestó atención. Fernando lamentó que esa mujer tuviera que pasar por aquella terrible agonía. Ikal desvió la vista hacia Fernando.

—Ha dicho que los asesinos son cuatro hermanos huérfanos que dicen ser los hijos de Itzamná —anunció con voz sombría—. Ixchel estaba cautiva y ellos realizaban rituales en su nombre, como las cuatro partes de Bacab.

Fernando se aproximó a ella. La miró a los ojos y sintió lástima por ella. La mujer estiró una mano y apartó la manta con la que cubría la figura sagrada de la diosa. Fernando la cogió con las manos y la alzó.

—Me pide que te la lleves —dijo Ikal.

Fernando entornó la mirada.

—¿Estás seguro?

Ikal cerró los ojos y asintió.

—No estamos lejos del gran río —murmuró el guía—. Portocarrero conoce la ruta. No perdáis más tiempo. Yo me quedaré con ella.

Fernando cambió el gesto y se detuvo a mirarlo.

—No, Ikal, no vamos a abandonarte.

El guía negó con la cabeza y apoyó una mano sobre la de Fernando.

—Mi viaje ha llegado hasta aquí —dijo, y cogió la figura de Ixchel y la envolvió con mucho cuidado en el trozo de tela. Luego se la entregó a Fernando—. Ixchel jamás querría un sacrificio —dijo al recordar sus palabras —. Buscad un sitio seguro, donde se venere la vida y la luna nueva la ilumine.

Fernando se guardó la figura en su bolsa y miró a Ikal con otros ojos.

—Lo haré, lo prometo.

—No debéis permanecer aquí —dijo Ikal—. Recortad leguas hasta entrada la noche. Los jaguares creen que la luna velará por ellos, y no se detendrán.

Ambos se estrecharon la mano, una última vez, conscientes de que no volverían a verse. Antes de que el joven se fuera, Ikal lo llamó.

—Itzamná e Ixchel tuvieron a Bacab, cuyo espíritu se dividió en cuatro partes —le dijo—. Debes saber que la quinta parte de Bacab es la más importante.

—¿La quinta? Creía que sus cuatro partes representaban las cuatro esquinas del mundo.

—Sí, pero falta una —sostuvo Ikal—. El jaguar del centro, aquel que resguarda a la Ceiba Madre. El verdadero portador del espíritu de Itzamná y de Ixchel.

Fernando guardó silencio. Ikal le sostuvo la mirada.

—Un extraño enigma de los dioses yace en ti —dijo el guía mientras señalaba el colgante del muchacho.

Fernando se alejó por el sendero. De pronto, alzó la vista al cielo y vio una bandada de aves sobre su cabeza. Eran muchas las preguntas que albergaba en su interior. Se alejó al trote por un sendero trazado por sus compañeros. Había aprendido a moverse por la selva, a distinguir el sonido de los animales, de un río, de una cascada. Aguzó el oído y oyó las voces de Portocarrero y de Estrada, que no estaban muy lejos de donde se encontraba. Cruzó una zona boscosa hasta que los vio junto a un arroyo. Portocarrero acababa de rellenar sus odres de agua. Habían hecho un alto en el camino para descansar.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Estrada preocupado al verlo aparecer

en solitario. Portocarrero intercambió una mirada con Fernando y comprendió lo que había sucedido.

—Ikal y esa mujer se quedarán aquí. A partir de ahora, solo estamos nosotros cuatro —dijo Fernando. Los compañeros cruzaron una mirada entre sí.

—No perdamos más tiempo, pues —dijo Portocarrero—. Aligerad vuestros fardos. Ha llegado la hora de correr.

Estrada dejó escapar una voz de excitación. Balam esbozó una sonrisa. Los tres compañeros ataron sus botas y eligieron bien sus pertrechos. Guardaron las armas y se prepararon para correr y recortar leguas. Fernando extrajo la brújula, que giró con velocidad y volvió a marcar el norte.

—No debemos de estar lejos del río —murmuró Balam.

Portocarrero asintió, al tiempo que se ajustaba el cinto de la ropera.

—Vamos a cruzar esta selva y a alcanzar el Usumacinta. ¿Estáis listos?

Balam echó a correr por delante del grupo y los tres españoles siguieron su estela, mientras sorteaban troncos y grandes hojas de palma y helechos entre la espesura de la tierra del hueso.

2

Aunque Portocarrero se mostraba más confiado, tenía dudas de que los guerreros jaguares les hubiesen perdido el rastro. Estrada aseguraba que esas bestias les pisaban los talones. No podían confiarse. Aquel día, al atardecer, vieron el Usumacinta, ancho y marrón. Buscaron un refugio cercano y allí se apostaron. Esa fue la primera noche que descansaron más de seis horas y pudieron detenerse a curar y vendar las heridas de la travesía. Esa noche, mientras Balam y Estrada descansaban, Fernando distinguió que Portocarrero lo observaba en silencio.

—Lo conseguiremos. Tranquilo —susurró el extremeño.

Fernando negó con la cabeza. Fue hasta él y se dejó caer a su lado.

—Me cuesta imaginar que cada una de las decisiones de mi familia y las que he tomado yo mismo me hayan traído hasta este punto, en mitad de la selva. Hasta esta noche. Todo me parece un sinsentido.

—Nada tiene sentido, visto de esa manera.

Fernando suspiró.

—Solo busco cumplir con lo que se esperaba de mí —le confesó—. Ayudar en los negocios de mi familia y convertirme en un mercader.

Portocarrero esbozó una ligera sonrisa.

—Haces bien, Fernando. Alvarado tiene suerte de tenerte a su lado: juntos sacaréis adelante su expedición a la Especiería. A tu regreso a Sevilla, este viaje te habrá cambiado para siempre.

—Ya lo ha hecho —reconoció él—. He visto demasiada injusticia y dolor.

Portocarrero desvió la vista al río.

—Lo tenías todo en Sevilla y has acabado en esta selva —dijo en un susurro, con una media sonrisa—. Te has lanzado a la aventura sin saber a lo que te enfrentabas. En parte, me recuerdas a mí.

—¿Por qué lo dices?

El extremeño volvió la mirada al joven.

—Yo también lo tuve todo una vez, ¿sabes? Pero quise echarme a los caminos. Necesitaba hacer algo por mí mismo. Hallar mi propio rumbo.

Fernando no comprendió del todo lo que había querido decir.

—Has tenido la suerte de contar con el favor de un señor como Alvarado.

—¿Tú crees? —El extremeño negó con la cabeza—. Alvarado siempre ha sido un hombre que ha sabido aprovecharse de lo que le rodea para conseguir sus planes. No es amistad lo que nos une, pero sí respeto. Yo lo admiro por lo que ha conseguido, y él me ha respetado por mi palabra y por ser quien soy.

—¿Y quién eres? —quiso saber Fernando.

El extremeño guardó silencio un instante antes de responder.

—Sangre noble corre por mis venas —dijo de pronto—. Imagino que sabes la importancia que tiene eso en Indias. La grandeza del nombre y el valor de la sangre.

Fernando lo miró con extrañeza.

—¿Noble? ¿Por qué razón embarcaste a Indias?

—No había ningún futuro para mí en Castilla. ¿Qué cosa podía hacer un mozuelo sino sumarse al bando que le había sido asignado por azar familiar? Entonces me rebelé, Fernando. Nunca quise ser la marioneta de nadie ni formar parte de esas disputas de poder. Por esa razón decidí largarme y olvidar a mi estirpe. Luego comprendí que en Indias la sangre noble tenía poco valor: aquí valen más la honra y la espada. El nombre no sirve más que para ganar la amistad de señores como Alvarado, que aprecian el peso de un linaje, pero un apellido jamás construirá el camino de tu propio destino.

Fernando miró al cielo, con la mente en aquellas cuestiones.

—¿Y quién era tu padre? —se aventuró el joven después de un rato.

La mirada del extremeño se perdía en la oscuridad de la noche.

—Se llamaba Juan —dijo Portocarrero en voz baja—. Tiene gracia que María le haya puesto Juana a su hija. A veces el destino se ríe con nosotros en

el tiempo. Era Juan de Portocarrero. Conde de Medellín. Mi abuelo, don Rodrigo, fue conde y caballero de la Orden de Santiago. Uno de los servidores más fieles del rey de Castilla.

Fernando recordó que él alguna vez había deseado en Sevilla tener lazos con el rey y algún título. Le hizo gracia pensar en que, en cierto modo, había acudido a Indias para realizar el viaje contrario a Portocarrero. Mientras él había cruzado el mar para huir de esa corte de mentiras y olvidar su nombre, Fernando estaba allí para ganar el favor de los más cercanos a la corte y, de alguna forma, enaltecer el nombre de su familia.

—Ojalá yo supiera algo más de mi padre.

Portocarrero asintió lentamente.

—Cuando regresemos a Guatemala hablaremos de él.

—¿Lo conociste bien? —quiso saber el joven.

—Algo así —murmuró el extremeño, y desvió la mirada. Ambos estuvieron un momento sin hablarse. Portocarrero cruzó un brazo por su hombro.

—Pase lo que pase, nunca permitas que el brillo de una estirpe te impida ver quién eres.

Fernando asintió y se guardó el consejo.

A la mañana siguiente deambularon por la ribera del Usumacinta, y, poco después, distinguieron a un puñado de indios en una ensenada a bordo de tres canoas con remos. Los cuatro se escondieron entre la espesura y los vieron desde la lejanía. Las barcas eran lo bastante grandes como para llevar a ocho o diez personas cada una. Acababan de encallar las embarcaciones en la hierba, y comenzaron a montar un campamento sobre la ladera. Portocarrero intercambió un gesto con Fernando y luego con Estrada.

—¿Qué hacemos? —preguntó el capitán—. ¿Tomamos una prestada?

Clavaron la mirada en la playa de hierba, tratando cada uno de idear algún plan. Entonces fue Balam el que rompió el silencio.

—Vamos a hablar con ellos.

—¿Acaso has perdido el juicio, chico? —soltó Estrada.

—Conozco su lengua —insistió Balam, y echó una mirada a Portocarrero.

El extremeño frunció el ceño.

Cuando cayó la tarde, Balam se acercó. Los otros tres esperaron a distancia con las ballestas dispuestas. El muchacho saludó y los hombres del grupo se volvieron hacia él. Charlaron en voz baja. Los españoles lo vieron gesticular y señalar las barcazas. Luego Balam apuntó hacia el lugar donde estaba el grupo. Estrada se revolvió inquieto en el escondite.

—Esto no me parece una buena idea, extremeño —masculló.

—Confía en él —murmuró Portocarrero, sin perder a Balam de vista.

Tras un rato, Balam les hizo señas para que fueran hasta allí. Con reticencias, se acercaron. El grupo de naturales los vio aparecer y discutieron entre ellos. Luego el que parecía ser el líder dijo algo a Balam en su lengua y señaló a Fernando y a Portocarrero.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Fernando.

—Que están dispuestos a bajarnos por el río hasta el mar, pero que quieren algo a cambio —soltó el muchacho.

Rápidamente Estrada y Portocarrero vaciaron sus bolsillos y sus fardos de todas las baratijas que llevaban. Algún cuchillo, pinzas, vendajes, un pequeño espejo para afeitar, un puñal largo, un odre, un par de escudillas para comer. Fernando sacó las cosas que cargaba y las dispuso de igual manera que habían hecho sus compañeros, sobre la hierba. El jefe estudió cada objeto como en un mercadillo y los fue pasando uno a uno a sus compañeros. Con el espejo surtió el efecto esperado. Sin embargo, el jefe indio se detuvo ante la pequeña caja. Era la brújula.

—No, eso no —dijo Fernando con un ademán para cogerlo.

El jefe se apartó de él con brusquedad, sin soltar la caja. Portocarrero intervino y retiró a Fernando unos pasos.

—Déjalo —masculló entre dientes.

Estrada echó una mirada a Fernando, que permaneció en silencio: sabía lo que significaba para Fernando aquel artilugio, obsequio de Bardi. Los naturales se mostraron maravillados con la pequeña aguja de marear. Era el precio por la travesía. Balam se acercó a los suyos, mientras los indios inspeccionaban las otras baratijas con curiosidad.

—Han dicho que bajaremos por el río con ellos, al alba.

Portocarrero y Estrada asintieron. Fernando guardó silencio, con gesto compungido, sin decir nada más.

3

El ambiente en La Florida era aciago. Llevaban semanas sin moverse del poblado provisional, mientras Soto enviaba partidas de hombres a los alrededores en busca de más información. Los naturales conocían bien a los españoles: habían entablado combate contra los hombres de Narváez y ahora corrían a esconderse en la espesura de los bosques para evitar cualquier encuentro con ellos. Soto sabía que necesitaba del comercio para hacerse

fuerte. Hernán Cortés se había aliado con los pueblos que sufrían bajo el yugo de los mexicas. Sin embargo, en la tierra del norte no había un gran imperio, y mucho menos un enemigo común que uniera los intereses del mosaico de sociedades que habitaba La Florida. La región parecía una amalgama de pueblos dispersos, sin recursos ni contacto entre ellos.

Las partidas de rodeleros, ballesteros y arcabuceros iban y volvían, hambrientos y desanimados. Juana y María Aguilar se habían hecho cargo de algunos heridos. Vasconcelos, el capitán portugués de Soto, cedió uno de sus cobertizos para convertirlo en casa de curación. Juana había aprendido de su madre y de Beatriz a cerrar heridas; sabía coser, suturar, limpiar y quemar las tajaduras, así como colocar grasa animal por encima y hacer vendajes y entablillados. Ahora la caseta estaba llena de vendajes y de cubos con agua que le llevaba Amir para limpiar. Tenía una jarra grande de aguardiente y otros ungüentos.

Una de esas tardes se produjo un revuelo en la plaza de armas. Acababa de regresar una nueva compañía de soldados. Luego, unos infantes fueron al cobertizo de curación y tumbaron sobre el catre a un indio herido. Juana vio que iba con el cabello rapado, con una trenza. Tenía tatuajes en la piel y perforaciones en las orejas.

Hernando de Soto y Vasco Porcallo entraron en la caseta para verlo.

—No es un indio —dijo uno de los soldados que lo acompañaba—. Es un sevillano que viajaba con Narváez. Lo hemos encontrado cazando animales junto a una partida de naturales. Debe de llevar años vagando entre los salvajes.

Juana y María se ocuparon de él. La muchacha le dio un cuenco con agua para que se enjuagara la boca y escupiera. Luego Juana limpió su sangre con un trapo. El hombre murmuró una palabra, apenas audible.

—¿Qué es lo que dice, señora? —le preguntó Porcallo a Juana. Ella pegó la oreja a sus labios. Tras un momento, alzó la mirada hacia los señores.

—«Sevilla» —repitió la joven.

El hombre durmió todo el día y parte de la noche. Juana permaneció a su lado, acompañada de Amir. Cuando pudo incorporarse, Juana le dio de comer legumbres y un poco de vino. El africano se marchó cuando el herido volvió a dormirse. A mitad de la noche, cuando no se oía ni una sola voz en el campamento y apenas rondaban los vigías en los alrededores, el hombre buscó la mano de Juana como signo de agradecimiento.

—Tiene usted mejor cara —le comentó la chica.

—Me llamo Juan Ortiz —murmuró él en un castellano rústico.

—¿Sabe hablar la lengua de los nativos? —quiso saber Juana, antes de nada. Esa tarde había oído lo que discutían Soto y Porcallo fuera del cobertizo. Era crucial contar con un intérprete en la campaña. Ortiz se encogió de hombros.

—Puedo entender algunas palabras, pero esta es una tierra que habla muchas lenguas.

La joven asintió. Estaba cansada y sentía molestias en el vientre.

—¿Cómo ha acabado de este modo?

Ortiz hizo una mueca de dolor y se incorporó un poco en el catre. Su relato intercalaba palabras extrañas que Juana no entendió. El castellano que pronunciaba era tan precario que la joven se dio cuenta de lo que significaba alejarse de la civilización. Le impresionó que un sevillano como Juan Ortiz pudiera olvidar la manera de hablar de su propia gente. Le contó que había llegado con Pánfilo de Narváez, en su expedición, y que los indios lo habían tomado prisionero. Allí, un reyezuelo quiso acabar con su vida, pero, en un arrebato inesperado, su hija se interpuso entre el castellano y su padre.

A Ortiz se le humedecieron los ojos.

—«No lo hagas, te lo ruego», le dijo. Y cuando me miró… lo hizo con todas las estrellas del firmamento en los ojos —susurró Ortiz—. Después del amor que me mostró esa niña, supe que podía morir en paz.

Juana esbozó una media sonrisa, cargada de nostalgia, y tuvo un recuerdo fugaz de Fernando mirándola sonriente desde el patio de la casona en Cuba.

—¿Y qué paso después? —preguntó Juana, emocionada por su historia.

—Pues que me salvó la vida y aquí me quedé. No había manera de volver.

Juana se imaginó la historia de amor entre el castellano y la india, un romance en dos lenguas, donde ninguno comprendía lo del otro más que por gestos y miradas. Estuvieron un rato sin hablar, con Ortiz rememorando su recuerdo como el final de un sueño y con Juana tratando de hallar sentido a las cosas.

—El capitán de esta expedición es Hernando de Soto —le dijo la muchacha—. Querrá saber si usted puede hacer de intérprete y si conoce esta tierra.

—¿Esta tierra?

—Así es —respondió Juana—. La Florida.

Juan Ortiz negó con la cabeza.

—Esta tierra no se acaba nunca.

—¿Qué quiere decir? ¿Y el paso de los océanos?

Ortiz la miró con decepción.

—Hacia el norte la tierra no se acaba. Al este se llega a la costa que da al gran océano; sin embargo, al oeste la tierra sigue más de lo que uno pueda imaginar. Nadie ha podido ir más allá.

Juana pensó en los planes de Soto, en la búsqueda de esa gran ciudad como Cuzco o Tenochtitlán, en el sometimiento a un gran imperio, en las historias de las que hablaban los hombres alrededor de las hogueras y que ella tantas veces había oído en la taberna.

—¿Y dónde está la gran ciudad? —preguntó Juana, desesperada—. Los hombres hablan de la fuente de la eterna juventud y de las ciudades de Cíbola, de las villas con tejados de oro… ¿Dónde están?

Ambos se miraron en silencio frente a los espejismos de las historias, a las ambiciones de los hombres y los sueños sin límites, aquellos que los habían empujado hasta esa ensenada pantanosa al otro lado del mundo. Juan Ortiz negó con la cabeza con desilusión.

—Nada de eso hay aquí —murmuró.

4

Fernando los vio, como un punto oscuro en la lejanía.

—¿Son ellos? —le preguntó Estrada, al tiempo que se subía el ala del morrión. Portocarrero asintió, con gesto serio. Eran los guerreros jaguares.

—Nos siguen en una barca.

El Usumacinta los arrastraba en su caudal. La canoa era espaciosa y, para fortuna de los expedicionarios, los indios les ofrecieron un saco de maíz. Dormían por turnos para gobernar la canoa a través de los rápidos y para evitar las rocas en cada uno de los meandros que dibujaba el caudal a su paso por la tierra del hueso. Tras un tramo rápido y un último meandro pronunciado, vieron un afluente que se unía al Usumacinta. Luego este cambiaba el color de sus aguas más adelante. A partir de entonces el río se ensanchó, y pudieron contemplar con claridad la selva que cubría la tierra como un enorme manto musgoso. En algunos tramos los manglares se internaban en la orilla pegados unos a otros, mientras los restos de ramaje ocultaban la superficie.

Dejaron de ver la barca a sus espaldas y durante un tiempo creyeron que los habían dejado atrás. Al quinto día desde que se hubieran embarcado en la canoa convencieron a los indios para detenerse a cazar y buscar alimentos y agua fresca de algún afluente. Los días siguientes el río se estrechó y comenzaron a aparecer montañas y laderas más altas a ambos lados. Entonces

Fernando volvió a distinguirlos en la retaguardia. Estaban más cerca, habían conseguido encontrarlos. Los jaguares remaban como si les fuera la vida en ello; el joven casi podía distinguir la expresión de sus rostros.

—Tenemos que remar —dijo Fernando, mientras hundía la pala en el agua.

Los indios se miraron entre sí, nerviosos. En ese punto, el río se volvió caudaloso y los tramos rápidos se hicieron frecuentes. La marea cambiaba constantemente, y el cauce dibujó extrañas figuras en su superficie, remolinos o corrientes contrarias que chocaban la una con la otra formando una dorsal caótica que empujaba la canoa y hacía que diera bandazos de un lado para otro. Fue en uno de estos rápidos cuando Portocarrero gritó a sus compañeros para que cogieran los remos al ver lo que venía más adelante. La canoa dio un salto violento en el agua, y chocaron de lado contra un remolino.

—¡Agarraos! —gritó Fernando.

Todo sucedió deprisa.

La embarcación siguió su curso ladeada y los compañeros intentaron estabilizarla y volver a ponerla de cara al cauce. Los indios gritaron y trataron, en vano, de gobernarla. En ese momento el río golpeó la popa junto a un lateral de la proa y la canoa volcó. En un instante Fernando sintió que el agua lo cubría por completo y era arrastrado por una fuerza tremenda. El ruido del agua chocando con las rocas era ensordecedor. El muchacho hacía un esfuerzo desesperado por salir a la superficie cuando notó que una mano tiraba de él hacia arriba. Era Estrada. El capitán había recuperado el control de la canoa, y lo ayudó a subir.

—¡Vamos, cojones! —gritó Estrada.

Fernando tardó un instante en recuperar el aliento. Echó la vista alrededor.

—¡Están allí! —gritó Fernando refiriéndose a Portocarrero y Balam. Ambos habían sido arrastrados por la corriente, y solo se veían sus cabezas. Rápidamente Fernando se colocó en la proa, mientras el capitán gobernaba la canoa desde la popa. Se aproximaron a ellos hasta que se cogieron de la madera de la barca con desesperación, y lo mismo hicieron los indios que habían caído. Con mucho esfuerzo consiguieron guiar la canoa hacia la orilla.

Los indios tosieron y escupieron agua. Fernando bajó a ver cómo estaban Portocarrero y Balam, que se tumbaron sobre las piedrecillas de la ribera para recuperar el aliento. El extremeño no dejaba de toser y de vomitar agua. Estrada revisó la canoa y descubrió que el río se había llevado consigo las ballestas, los virotes, la pica y la bolsa en la que guardaban la comida.

—¿Qué nos queda? —le preguntó Fernando, tras comprobar que sus compañeros estaban bien.

—Lo que cargamos encima —murmuró su amigo, con desánimo.

Fernando frunció el ceño. Había aprendido a no despegarse de lo más valioso, por muy incómodo que fuera para el viaje. Su espada, el rollo de cuero con los pergaminos y documentos de Alvarado y su familia y la talla de Ixchel. Fernando echó un vistazo a su alrededor. En aquel punto el río dejaba atrás los rápidos y el agua discurría con tranquilidad formando un enorme meandro que daba la impresión de abrazar la selva. El joven cogió su espada y se aproximó a la espesura; Estrada lo llamó a gritos, de pronto.

—¡Fernando!

Portocarrero y Balam se incorporaron de un salto. El joven regresó junto a los suyos.

—No estamos solos —advirtió Estrada.

En el horizonte del Usumacinta, una canoa con cuatro guerreros se desvivía por llegar a donde estaban ellos. El que iba en la proa alzó una mano y los señaló.

5

Aquel sitio poseía una atmósfera misteriosa, y una fuerza arcana parecía arrastrarlo hacia su interior. Fernando asió la espada y cruzó el arco. Los compañeros habían descubierto un muro de piedra a poca distancia del río; se trataba de una edificación robusta, una especie de fortificación. En su centro, un umbral oscuro se adentraba en lo desconocido. Aquel arco tenía forma de punta de flecha. El sitio estaba abandonado desde hacía siglos. La vegetación musgosa crecía entre las rocas y los muros, que eran sólidos y de piedras gruesas. Anduvieron por los pasillos de aquel templo en ruinas hasta hallar una salida en el lado opuesto. Un arco rectangular iluminado por la luz del sol dejaba a la vista una plaza.

Fernando bajó los escalones y se detuvo a contemplar su alrededor. Vio edificios, templos y una pirámide, con enormes graderíos y escaleras. Comprendió que aquello era una antigua ciudad abandonada. Portocarrero estaba inquieto. Fernando sabía que el extremeño, al ser el más veterano de los cuatro, asumía ciertas responsabilidades con el grupo. Portocarrero deseaba evitar cualquier enfrentamiento. Sin embargo, la situación había cambiado.

—No tenemos mucho tiempo para pensar —comentó Estrada—. ¿Qué

hacemos?

Fernando volvió la vista a Portocarrero.

—No vamos a seguir huyendo de esos hombres —dijo el joven—. Hay que hacerles frente.

—Estoy de acuerdo —respondió Estrada.

Portocarrero asintió, aunque no parecía conforme.

—¿Balam? —le preguntó el extremeño.

El joven mestizo cruzó miradas con Fernando y con el capitán sin decir nada. Portocarrero los miró uno a uno.

—Vamos a resguardarnos en una posición más segura.

Juntaron madera e hicieron un enorme fogón en la gran plaza, y dispusieron dos troncos que tardarían toda la noche en consumirse. Luego, subieron a lo alto de la pirámide y, tras comprobar que no había nadie en el templo de la cima, encendieron una hoguera arriba. Cuando sobrevino la noche, el grupo permanecía sobre la cima del templo, montando guardia desde lo alto, con la ciudad abandonada a sus pies. El fogón en la plaza bañó con una luz sobrenatural la piedra de los edificios.

Fernando se situó con la escalinata a sus pies y miró a su alrededor. Las nubes dieron paso a la luna llena, y el joven tuvo una idea de pronto.

—Buscarán la manera de acecharnos durante la noche; no podemos esperar —murmuró Fernando—. Hay que atraerlos.

—No se me ocurre de qué manera —dijo Portocarrero.

—Podemos ofrecerles lo que han venido a buscar.

Fernando extrajo de su bolsa la estatuilla de Ixchel. Portocarrero se sorprendió al verla.

—¿De dónde la has sacado?

—Ikal —murmuró Fernando—. En cuanto vengan a por ella, los estaremos esperando.

Portocarrero se mantuvo en silencio, pensativo, durante un momento. Luego tomó la figura de Ixchel con las manos.

—La india me ha pedido que la ponga a salvo —reconoció Fernando.

Portocarrero le devolvió una mirada intensa.

—Estoy convencido de que ese es tu destino. Y yo te ayudaré.

Fernando no comprendió lo que Portocarrero quiso decir. El extremeño llamó a Balam y al capitán para trazar un plan. Luego bajaron al centro de la plaza y con la ayuda de tres rocas gruesas levantaron un pedestal junto al fogón. Fernando depositó la figura de la diosa sobre las piedras. Balam recogió su arco y sus flechas y se situó en el recodo de un templo. Los

compañeros regresaron a la pirámide y subieron al primer descanso, donde un balcón dominaba la plaza. El fuego y la luna iluminaron el jade, y la estatuilla pareció cobrar vida. La sombra de su silueta se derramó sobre la ciudad abandonada y sus piedras ruinosas, como una llamada de la deidad a los hijos de Itzamná.

6

La tarde caía en La Florida cuando Juana volvió al cobertizo de curación para dejar sus cosas. Vio en la lejanía al grupo de capitanes y principales reunidos frente al entoldado de Hernando de Soto. Amir estaba con ellos. Juana se acercó al africano y le preguntó qué sucedía.

—El capitán Vasco Porcallo ha pedido a Soto que lo licencie para regresar a Cuba —le dijo Amir—. El hidalgo volverá con la flota de barcos, los heridos y algunos marineros a La Habana.

—¿Y qué pasará con la campaña? —preguntó Juana.

Amir se encogió de hombros.

—Lo único que sabemos es que Soto se quita de en medio un problema y Porcallo escapa de este agujero y se vuelve a sus haciendas de Cuba. Todos ganan, menos nosotros, que seguiremos igualmente jodidos.

En ese momento, Soto salió del entoldado y se dirigió a los capitanes de su hueste. Vasco Porcallo de Figueroa se iría a Cuba con la flota y retornaría en un par de meses con las bodegas llenas de provisiones y más gente. Enviaría cartas a Su Majestad informando de los hechos. Entretanto, la hueste de Soto levantaría el campamento e iniciaría la gran marcha hacia el norte, siguiendo las indicaciones de Juan Ortiz como guía e intérprete.

Tras este anuncio, se corrió la voz por todo el poblado. Muchos de los marineros que habían ido en la flota no tenían intenciones de volver a Cuba, pues aspiraban a ganar riqueza o algún cargo en las nuevas villas que había prometido fundar Hernando de Soto. Todo fue incertidumbre, y esa tarde hubo mucha confusión en el campamento. La gente quería saber quiénes podían contar con licencia para ir nuevamente a Cuba. Juana estaba en su cobertizo cuando vio a María Aguilar correr desde la valla mientras le hacía gestos con la mano. Juana tuvo un mal presentimiento. Poco después, oyó la voz de un soldado.

—¡Ha vuelto la compañía de Lobillo!

Juana se llevó una mano al pecho y salió de la caseta. María fue hasta ella y la muchacha corrió a su encuentro.

—¡Tienes que venir! ¡Hay muchos heridos!

La gente se agolpó en la plaza de armas en torno a los rodeleros de la compañía de Lobillo, que cargaban con la mitad de sus hombres heridos. Se habían encontrado con una hueste de salvajes que les habían hecho frente. Lobillo había conseguido quemar su pueblo y capturar a cuatro indias, que iban atadas de manos. Mucha gente se congregó allí para atenderlos. Entonces Juana reconoció el morrión de uno de los caídos.

—Dios mío —soltó la joven—. ¡Beltrán!

Juana se abrió paso a empujones hasta situarse junto a su esposo. Tenía un hueco enorme en el peto de acero y el escaupil estaba bañado en sangre. Juana le quitó el yelmo.

—¡Antonio! ¡Antonio! —exclamó la muchacha, mientras le daba una sacudida. Cogió su rostro con las manos para ver si respondía. María alzó la mirada hacia Juana, que no estaba dispuesta a dejarse vencer—. ¡Vamos a llevarlo al cobertizo! ¡Aún podemos hacerle una sangría!

—Juana…

—¡Está inconsciente! ¡Tenemos que despertarlo!

—¡Juana, está muerto!

—¡No! ¡Ayúdame a levantarlo!

Varios de los hombres que estaban allí contemplaron la escena, sobrecogidos. Juana gritó desesperada. En ese instante llegó Amir y la apartó del cuerpo de su marido. La joven se dejó caer sobre la hierba y lloró sin consuelo. El africano la rodeó con sus brazos. Poco después, un hombre ataviado con una armadura de coselete se acercó hasta ella e hincó la rodilla en el fango.

—Mi señora, ¿era usted la esposa de Beltrán?

Juana alzó la mirada, con los ojos enrojecidos. Aunque lamentaba su muerte, lloraba de rabia por la vida, por estar preñada y por quedarse sola en el mundo. Maldijo la hora en la que Fernando había hecho esa compañía de mercaderes para abastecer a Soto. Maldijo el día en el que se había enamorado de él. Solo ella pagaba el precio de aquel negocio, alejada de su gente y de su tierra, viuda de un hombre al que no amaba y embarazada de un hombre al que no volvería a ver jamás. Derramaba lágrimas por ese hijo que llevaba en el vientre y por verse atrapada en aquella trampa. De los mil hombres que acompañaban a Soto, Antonio Beltrán había sido el primero en morir, por culpa del maldito destino.

El capitán Lobillo cogió la mano de Juana.

—Que el Señor lo tenga en su gloria, mi señora.

Juana lo vio alejarse.

Esa noche se veló el cuerpo de Beltrán en el entoldado de Hernando de Soto. Juana apenas pudo pegar ojo, y pasó la noche preguntándose qué sería de ella a partir de ese momento. Estaba sola. No conocía a nadie más que a Amir en esa expedición, y por seguro que acabaría por ser la criada de algún capitán. A ella no iban a darle ningún cargo en una nueva villa, ni tampoco iba a tener ventaja por ser la viuda de un socio de Soto. Se preguntó qué sería de ella en los meses siguientes, cuando se le hinchara la barriga de verdad y no pudiera moverse.

Al día siguiente se hizo una misa por el fallecido y se le dio sepultura. Los marineros de la flota y los hombres de Porcallo comenzaron a subir a los navíos. Hernando de Soto no quería quedarse sin gente en su campaña, y fue muy riguroso a la hora de otorgar las licencias a los que regresaban con Porcallo, bajo la promesa de que debían volver a La Florida en un tiempo establecido, con más gente y más provisiones. Aquel mediodía, tras el funeral, Juana encontró a Amir con un pequeño hato de ropa en las manos.

—¿Qué haces?

—Coge solo lo necesario —dijo Amir—. Quiero que vengas conmigo.

En el cobertizo aún estaban todas sus pertenencias y las de su esposo. A Juana, en realidad, no le importaba nada de lo que había allí, y lo abandonó todo. Se dirigieron a la playa y vio a un grupo de rodeleros que cargaban a los heridos y los ayudaban a subir a los bateles. Algo alejadas, en la ensenada, vio las naves de la armada mecerse ligeramente por las olas. Amir apuró la marcha y Juana lo siguió. En ese instante, Amir la cogió de la cintura y la subió a un batel.

—La señora no puede embarcar —soltó uno de los soldados que arrastraba el bote de vuelta a las aguas.

—Claro que puede —respondió uno de sus compañeros. Este cruzó una mirada con el africano y Amir le entregó la bolsa de monedas que habían acordado.

Uno de los heridos, en el bote, la reconoció.

—Es usted la curandera —murmuró. Los hombres dieron voces para que arrastraran la barca hacia el mar. Juana no apartó la mirada de Amir en ningún momento, de pie, con las olas rompiendo sobre sus rodillas.

—¡Amir, espera! —vociferó la joven, como si cayera en la cuenta de lo que significaba esa última imagen—. ¡Amir!

Juana dejó correr las lágrimas por sus mejillas.

—Señora, él no tiene licencia —dijo el hombre que estaba a su lado.

Amir se despidió de ella con la mano. El africano la había salvado y la enviaba de regreso a Cuba, a salvo de aquella expedición incierta, y cumplía, de esta manera, con la promesa al hombre que le había dado la libertad. Ese mismo día, Juana puso su destino rumbo a La Habana, sin saber que escapaba de la muerte. Desde la cubierta, contempló la costa de La Florida en la lejanía. Tal y como había predicho Juan Ortiz, nunca hubo oro, riquezas ni gloria para los que se quedaron con Hernando de Soto.

Tan solo hubo muerte.

7

El fuego se consumía en la plaza y las llamas crepitaban. Pasada la medianoche, Estrada dio un toque a Portocarrero en el hombro y señaló una zona del bosque. Fernando miró en esa dirección y los vio. Los cuatro guerreros jaguares aparecieron de entre las sombras y permitieron que la luz de las llamas los iluminara. Tres de ellos esgrimían cuchillos largos de obsidiana, uno en cada mano. El cuarto portaba una macana con piedras lascadas y afiladas. Se situaron frente a la hoguera que rodeaba a la figura de Ixchel.

Uno de ellos dio un paso al frente, hacia la estatuilla. Fernando bajó un par de escalones y dio un grito. El jaguar se detuvo y se volvió a contemplar al joven. Fernando estaba en mitad de la escalera y su espada señalaba al guerrero maya. El guerrero murmuró algo a los suyos en su lengua.

—En la escalera no, Fernando —masculló Estrada—. Déjalos que suban.

Acto seguido, el guerrero enfiló por la hierba en dirección a Fernando. Arrojó uno de sus cuchillos al aire y volvió a empuñarlo con agilidad, hacia abajo. Fernando jamás se había enfrentado a un oponente ambidiestro. Dos de ellos cogieron algunos palos envueltos en llamas y escoltaron a su compañero hacia la escalera. Luego, con todas sus fuerzas, lanzaron la madera hacia la parte alta de la escalinata. Estrada dejó escapar una maldición y los compañeros retrocedieron. Fernando volvió a subir hasta el descansillo. En ese momento, los jaguares comenzaron a escalar la pirámide, como bestias nocturnas. Portocarrero cruzó una mirada rápida con sus compañeros, al tiempo que blandía su espada.

—¡No os separéis!

Fernando, en el centro de la formación, esperó a su adversario. Portocarrero se aproximó a la cornisa y soltó un grito justo en el instante en el que cruzaba armas con su oponente. El jaguar del centro dio un salto y

Fernando atacó antes de que alcanzara el descansillo. El maya desvió con dos cuchilladas el ataque de su espada, y Fernando vio con claridad que quedaba desprotegido, así que le dio una patada en el pecho y lo tiró escaleras abajo. El guerrero rodó y al llegar abajo se levantó de un salto. Fernando oyó a sus compañeros pelear y dar voces. Sin pensárselo, bajó y fue a por él. Ambos chocaron acero y obsidiana, frente a frente.

Arriba, en la pirámide, Estrada recibió una tajadura que lo tumbó sobre la piedra. Esquivó la serie de cuchilladas que le propició aquel guerrero. Logró ponerse en pie y esgrimir la ropera de tal forma que le hirió la mano y lo obligó a liberar la daga. Portocarrero combatía detrás de él contra un guerrero corpulento, al que consiguió mantener a raya durante un tiempo, hasta que el jaguar le obstaculizó el brazo y lo desarmó. El extremeño soltó su espada, que cayó escaleras abajo. Logró liberar su brazo y forcejear con él. Entonces el jaguar arremetió contra Portocarrero se dio contra la pared del templo. El guerrero rugió y ambos rodaron hasta la escalera, al borde de la cornisa.

Fernando bloqueó y esquivó las argucias de su oponente en la plaza. Vio de soslayo que el cuarto jaguar se dirigía hacia él. Decidió retroceder hacia las escaleras y subir de un salto algunos escalones para ganar una mejor posición. En ese momento oyó el arco de Balam tres veces seguidas, y dos flechas impactaron de lleno en la espalda de un mismo guerrero, que ahogó un grito y se desplomó en el suelo. Fernando alcanzó la mitad de la escalera y alzar la ropera para defenderse de un ataque. Era el guerrero que portaba una macana. Tiró un ataque tan fuerte y veloz que Fernando, al desviarlo, dejó abierta su defensa. El jaguar aprovechó la ocasión para asestarle un golpe tremendo en la cara. El joven sangró y se fue de bruces al suelo. El guerrero probó otro golpe que le provocó una tajadura en el muslo. Fernando gritó de dolor.

Mientras, junto al templo en la cima de la pirámide, el oponente de Estrada lanzó una cuchillada violenta; sin embargo, el capitán no desaprovechó su oportunidad. La esquivó y lo inmovilizó entre su pecho y su brazo. Un movimiento viejo de la destreza. El jaguar gritó. Acto seguido, el capitán dio una media vuelta con todas sus fuerzas, sin liberarlo, y le partió el brazo.

A sus espaldas, Portocarrero luchaba sin espada, cuerpo a cuerpo contra su oponente, y se estaba quedando sin fuerzas. Había conseguido desarmarlo de una mano; sin embargo, el maya empuñaba un cuchillo más corto y que no estaba dispuesto a dejar. Ambos pugnaron por sus vidas. El extremeño rodó con él nuevamente y pudo situarse por encima. Le bloqueó la muñeca en la que llevaba el arma y con la otra mano lo sujetó del cuello para asfixiarlo. El

jaguar se revolvió y forcejeó para zafarse. Mientras, Estrada tiró a su adversario escaleras abajo. Cogió la ropera y fue a auxiliar al extremeño.

—¡Portocarrero! —gritó.

El extremeño lo vio venir y se apartó para que Estrada diera la estocada mortal. En ese instante, el jaguar desbloqueó su mano y, acto seguido, apuñaló a Portocarrero en un costado. El extremeño sintió que se quedaba sin aire. Diego de Estrada lanzó un grito al tiempo que atravesaba la garganta del guerrero. Sacó la hoja y volvió a clavársela, esta vez en el corazón. La cima de la pirámide estaba bañada de sangre. Estrada no soltó su arma.

—¿Estás bien? —le preguntó a Portocarrero, sin aliento. Ambos estaban malheridos, cubiertos de sangre propia y ajena. El extremeño trazó una mueca de dolor en el rostro y se llevó una mano a la tajadura en un lado. Luego asintió con vehemencia.

—¿Dónde está Fernando? —preguntó casi sin voz.

A los pies de la pirámide, Fernando había logrado perder de vista al guerrero de la macana entre los árboles y regresaba con una cojera al centro de la plaza. Vio al jaguar que tenía tres flechas en la espalda agonizar sobre la hierba.

Oyó la voz de Balam a sus espaldas.

—¡Fernando, a tu derecha!

El último guerrero corrió desde la oscuridad de las sombras y dio un salto inverosímil hacia la estatuilla. Consiguió cogerla y caer al otro lado del fuego, rodando por la tierra. Fernando vio la posibilidad de permitirle huir; sin embargo, aunque estaba herido, se armó de valor, con el orgullo por delante, y se aproximó a él con la espada en guardia.

—¡Eh! —le gritó.

El guerrero se guardó la figura en un saco. Empuñó su macana y fue al encuentro de su enemigo. Fernando echó un vistazo rápido a la pirámide y vio a sus compañeros malheridos junto al templo. Tres de los hijos farsantes de Itzamná habían sucumbido al acero. No obstante, quedaba su líder.

La herida del muslo de Fernando permanecía abierta y la sangre resbalaba por su pierna. El joven trazó la guardia más recta que pudo. El maya comenzó a dar zancadas hacia él, como una bestia imparable, y a moverse con mayor velocidad, de un lado a otro. Fernando lo aguardó, sin dejarse amedrentar, y el tiempo pareció detenerse. Vio al jaguar levantar el arma para darle un golpe de arriba abajo, con todas sus fuerzas.

Fernando lo esperó hasta el final. El guerrero lanzó su golpe. El joven dio un ligero compás a un costado mientras su hoja acompañaba a la macana en el

aire y desviaba su trayectoria. En el siguiente movimiento, veloz como un maestro, Fernando le pintó una tajadura en la garganta. El guerrero perdió un instante en retroceder, fruto de la sorpresa y del dolor. Rápidamente, el joven dio un paso al frente y la punta de su ropera atravesó su abdomen. Fernando retiró la hoja y se apartó del combate, sin darle la oportunidad de acercarse a él.

Aquel guerrero formidable intercambió una mirada con él. Soltó el arma y se llevó las manos al pecho y a la garganta, tratando en vano de detener la hemorragia, impotente ante aquella argucia. Luego cayó de rodillas y luego se desplomó sobre la hierba.

En ese momento, Balam se acercó corriendo hasta Fernando y lo ayudó a incorporarse. Fernando pensó aliviado en que aquella persecución había acabado al fin y que habían logrado cruzar la Tierra de Guerra. Echó la vista a la pirámide y vio a su amigo, el capitán, que les hacía señas desde lo alto. Tuvo un mal presentimiento.

8

Les costó mucho esfuerzo bajar a Portocarrero desde lo alto de la pirámide y recostarlo en uno de los templos, frente a la plaza. Estaba herido y apenas conseguía moverse. Esa noche fue dura, y solo Balam tuvo fuerzas para estar alerta. Fernando despertó a las pocas horas y vio a Estrada que atendía a Portocarrero y lo ayudaba a beber agua. Poco después, cuando el joven respiró el aire frío del alba y mojó la herida de su muslo, el capitán se acercó a él con aire preocupado, con el gesto de un hombre que ha visto muchas veces a otros aproximarse a la muerte.

—Se está desangrando. Creo que su herida es más profunda de lo que nos ha dicho.

Fernando contuvo el aliento. Esa mañana Balam la ocupó en cazar y, más tarde, Fernando lo ayudó a asar la carne. Regresaron a la playa de piedras, con Portocarrero sujeto a los hombros de Fernando y de Estrada. Lo tumbaron con cuidado sobre las piedras. Esa misma tarde volvieron a embarcar, con provisiones, y el Usumacinta los arrastró. El ambiente era de camaradería y de buen ánimo; sin embargo, rondaba la incertidumbre. A excepción de Balam, los tres estaban bastante heridos, y Portocarrero apenas hablaba. Se recostó en la mitad de la canoa, inmóvil, y humedeció con agua de río un trapo para cubrir la herida del costado. Fernando lo vio tan desvalido que se compadeció de él.

Así pasaron los días. El río se estrechó y las montañas formaron un enorme sumidero. El clima se volvió más cálido y húmedo. La canoa viajó a la sombra de aquellos muros colosales, plagados de vegetación y fauna por doquier. En el cañón, el cauce corría veloz como el vuelo de un pájaro. Estrada se situó en la proa y Balam y Fernando en la popa, haciendo lo imposible por dominar la fuerza de las aguas. Entre los tres trataban de gobernar el bote como buenamente podían, sorteando los rápidos y cascadas, surcando las aguas de un río que cortaba B'aakal, la tierra del hueso, y Lakamhá, la tierra de grandes aguas. Vieron muchos animales, aves y reptiles en ambas riberas, y lograron cruzar el sumidero sin contratiempos. Luego, las montañas desaparecieron y el río se ensanchó como un mar. Vieron muchos afluentes que se incorporaban al cauce, y en aquel laberinto de aguas Portocarrero señaló con el dedo la dirección correcta. A Fernando no dejaba de sorprenderle la magnitud de aquella tierra, tan vasta. Desde la ciudad abandonada, el grupo hacía paradas por las noches, sobre todo en la zona de los rápidos. Se detenían un par de horas, hasta que la luz de la luna les permitía distinguir formas y regresaban a la canoa, desesperados por completar la travesía.

Portocarrero empeoró, y sus voces se apagaron. Hablaban únicamente lo necesario. El extremeño perdía la consciencia y Estrada se ocupaba de él, le daba de beber y volvía a poner los vendajes en su herida, esa que no dejaba de sangrar y que, días después, se tornó oscura y preocupante. Fernando se sobrecogió y se lamentó de las decisiones que había tomado. Maldijo el haberle pedido que fuera con él sin pensar en el peligro. Esperaba alcanzar pronto la villa de Santa María de la Victoria con la esperanza de hallar a algún curandero que obrara un milagro. Sin embargo, a medida que pasaban las horas, algo le decía que eso no iba a suceder. Al día siguiente, una mañana de agosto, el joven se aproximó a Portocarrero al alba y se sentó a su lado. Balam guiaba la embarcación desde la popa, mientras Estrada dormitaba. El extremeño parecía más débil que nunca, arrollado en una manta, y temblaba de fiebres, con la cabeza apoyada en el borde de la barca.

—Aguanta; no debemos de estar lejos —susurró Fernando.

Portocarrero entreabrió los ojos. Fernando tuvo la certeza de que aquel sería el último brillo de vida de un hombre que había visto muchas cosas durante esos años y vivido demasiadas vidas. El joven cogió su odre con agua y lo obligó a beber un poco. Portocarrero lo rechazó. Luego señaló una entrada de agua en un cruce de afluentes.

—Ese es el Grijalva —murmuró con una voz irreconocible.

Fernando se mantuvo a su lado, en silencio, con los ojos vidriosos. Portocarrero lo observaba resignado, mientras se le extinguía la vida en aquella lenta agonía. Hizo un esfuerzo para entregarle el anillo de oro que colgaba de su cuello.

—Busca a Juana. Dile que mi último pensamiento fue para ella.

Fernando notó un nudo en el estómago. Bajo aquellas palabras se escondía la aceptación de su destino.

—Así haré. Tienes mi palabra.

Portocarrero volvió a arrebujarse en la manta.

—Nunca tendrías que haber salido de Guatemala —dijo Fernando.

—Debería haberme quedado en Cuba —murmuró el extremeño con una mueca que pareció una sonrisa. Luego intentó decir algo, pero no salió su voz. Fernando se secó unas lágrimas, lleno de impotencia. Portocarrero le devolvió una mirada cálida.

—Te he dicho que se lo debía a un viejo amigo, Fernando.

—Alvarado no se merecía este último servicio —repuso.

Hubo un silencio y el extremeño apretó su mano por última vez, como si viera el final. Sus palabras emergieron como un último aliento de vida.

—No es a él a quien me refiero.

De repente salió el sol, luminoso como la mañana extremeña que lo había visto nacer. Agotado, Fernando comprobó que no había aliento en él. Descargó un llanto doloroso fruto de todas las injusticias y obstáculos de la vida. Balam dejó el remo y se acercó para arropar al hombre al que había prestado servicio la mayor parte de su vida. Vio que el capitán se acercaba a Balam y lo consolaba. Luego Estrada puso una mano sobre la del capitán de la Conquista, Pedro de Portocarrero.

—Ve con Dios, compañero.

Detuvieron la canoa en una playa apacible. No tuvieron intenciones de abandonar su cuerpo. Estaban dispuestos a escoltarlo a un lugar cristiano donde darle sepultura. Aquel día lo amortajaron con todas las vendas y ropajes que llevaban consigo y procuraron salvaguardar su espada y sus pertenencias. Fernando halló en su bolsa una carta arrugada, sucia y ensangrentada, en cuyo dorso descubrió el nombre de su hija.

«Juana de Portocarrero».

Volvieron al río que a partir de cierto afluente pasaba a llamarse Grijalva y siguieron su curso hacia el mar, en la región que alguna vez había sido la del cacique Tabasco y que estaba plagada de manglares. Fernando recordó la

noche en la que Juana le había relatado la expedición de Martín del Castillo y las historias de Portocarrero en aquel sitio. El extremeño había regresado para morir en las aguas del Grijalva, las mismas que lo habían visto volver una vez del inframundo de los mayas. El dolor por su muerte los acompañaría durante mucho tiempo, y aquella herida tardaría años en sanar.

El río los arrastró con lentitud entre espadañales y manglares. Poco antes de su desembocadura, distinguieron una pequeña villa española. Estrada la señaló. Era Santa María de la Victoria, y, más allá en el horizonte, pudieron ver, al fin, la delgada línea del mar.

Tercera parte

El guardían

Octubre de 1539

XVI

La gran Armada

1

La casa de Beatriz en La Habana olía a menta. Dos árboles viejos se erguían en el pórtico trasero y la brisa de la bahía repartía el aroma de sus hojas secas. Juana estaba sentada a la sombra, al atardecer, con las manos sobre su vientre. La joven había arribado con la flota de Vasco Porcallo de Figueroa y rápidamente fue requerida por doña Isabel de Bobadilla para dar relación. En una estancia privada, le había narrado los hechos acontecidos en el pueblo sin nombre, en La Florida. Le contó toda la verdad, cómo estaba su marido, y las dudas que crecían en la hueste por culpa de su prudencia. La señora lamentó saber que el primer hombre en morir en la campaña había sido Antonio Beltrán. Juana le confesó que había embarcado sin licencia de Hernando de Soto con la ayuda de un africano, Amir.

—La vida os ha arrebatado a vuestro amor —dijo doña Isabel—. Todos tenemos licencia de Dios para regresar a nuestro hogar.

Juana asintió y disimuló por aquello del amor. La vida con Beltrán era complicada, pero lo sería más sin él. Su hermano Francisco creyó ver un fantasma al verla aparecer por la puerta, además, preñada. Ella llevaba al heredero de todos los negocios de los Beltrán y ponía en riesgo sus aspiraciones. Juana vio en sus ojos un odio inconmensurable. Ese mismo día, el de su llegada, recogió sus cosas y le dijo que viviría en la casa de Beatriz del Castillo. Así habían pasado las semanas, y Juana dejó de presentarse en la corte de doña Isabel. En el estado en el que se encontraba le costaba andar y mantenerse mucho tiempo en pie. Beatriz, Gaspar, Jimena y su hijo, Jerónimo, la cuidaban día tras día. Aquella tarde, Juana vio a Beatriz andar por el patio hasta donde se encontraba.

—Juana —murmuró, mientras sacaba un paquete del bolsillo de su basquiña—. Me ha llegado una carta proveniente de Tabasco, de una villa que se llama Santa María de la Victoria.

—¿Dónde está eso?

—En tierra firme, más allá del Yucatán —señaló Beatriz, y le enseñó el papel atado con unas cuerdas—. Iba dirigida a mí, pero dentro venía una carta escondida para ti. Por cómo está escrito mi nombre, creo saber de quién es.

Juana cogió el pergamino que estaba abierto y su corazón dio un vuelco cuando leyó:

«Para doña Beatriz del Castillo, vecina de la villa de La Habana».

—¡Es de Fernando! —exclamó con un brillo en los ojos.

—Esa carta ha tenido que viajar mucho —advirtió Beatriz, a su lado—. Salió de Tabasco hacia el puerto de Veracruz y una semana después fue enviada con toda la correspondencia que iba para la Audiencia de Santo Domingo. Desde La Española han tardado en enviarla a Santiago, primero, y luego a La Habana.

Juana mantuvo su sonrisa, a diferencia de Beatriz, que no parecía tan alegre. La chica abrió el pergamino y halló dentro otro paquete envuelto. Era la carta oculta. Sobre el papel podía leerse, entre sangre y manchones, *«Juana de Portocarrero»*, con el trazado de otra pluma. En la carta original volvió a reconocer la letra de Fernando.

«Quien escribió esta carta falleció en el mes de agosto de 1539 en el río Grijalva, a causa de sus heridas por combate. Dios lo tenga en su gloria, buen cristiano, amigo y hombre de honor. Os la envío oculta para que nadie pueda hacerse con ella.

FdC».

—Dios mío. —La joven borró la sonrisa—. ¿La has leído?

Beatriz negó con la cabeza. Juana quitó las ataduras y estiró el papel, que estaba lleno de manchas y humedades. La carta parecía haber sido escrita en los confines de la selva. Juana tenía el corazón en un puño, y comenzó a leer despacio.

«En Tierra de Guerra, capitanía de Guatemala, a dos días de agosto del año mil quinientos treinta y nueve».

—Han pasado tres meses de esta carta —musitó Juana en voz alta.

—¿Quién la escribe? —quiso saber Beatriz, que apenas se contenía.

—No lo sé. —Juana dio la vuelta al segundo pliego de papel y descubrió la firma.

«Pedro de Portocarrero».

Su expresión cambió, y notó un nudo en el estómago. Volvió a leer la nota de Fernando, con la amargura de saber que aquella sería la primera y la última carta que recibiría de su padre.

—Dios mío… —murmuró.

Beatriz se levantó.

—Te dejaré a solas para que la leas.

Juana asintió. Su amiga se dirigió al umbral de la casa y desapareció. Juana volvió a la carta y la leyó de la única manera que sabía hacerlo, en voz alta.

«Me hallo en mitad de la selva, de camino a Santa María de la Victoria, en compañía de un joven mercader que me habla siempre que puede de vos y de Beatriz, la gitanilla de Santiago, y sus palabras me han traído recuerdos perdidos de mis días en Cuba. Su nombre es Fernando de Cardeña. Juntos hemos cruzado la selva, cumpliendo órdenes de nuestro señor, Pedro de Alvarado. Me ha dicho que sois una joven de corazón noble y que habéis sido desposada con un hidalgo honrado de La Habana. Quisiera deciros que yo soy vuestro padre y que conocí a María, la de Cáceres, hace muchos años en Santiago de Cuba. En ese tiempo decidí embarcar con mi señor y, por ello, abandoné a vuestra madre antes de que vos nacierais. Aquella decisión tenía unos motivos que poco importan ahora. Nada podrá reparar el daño que os ha provocado mi ausencia. Como resarcimiento, cederé en mi testamento la mitad de mis bienes en Guatemala y en Chiapas a vuestro nombre. No es mucho, pero haced con él lo que estiméis oportuno».

Juana detuvo la lectura. Se había quedado sin aliento. Se cubrió la boca con una mano antes de reanudar.

«Debéis saber que la otra mitad se la dejaré a doña Leonor de Alvarado, hija de mi señor. Ella es la única mujer a la que he desposado. La aparición de Fernando me ha hecho recapacitar y pensar en que nunca es tarde para arreglar las cosas. Es un hombre de honor. Y estoy seguro, pues así me lo dicen el alma y la intuición…».

Los ojos de Juana se habían adelantado en la lectura y la joven guardó silencio. De pronto, sus ojos se humedecieron.

—¡Beatriz! —llamó a gritos. Tardó un momento en recomponerse. Aunque lo había leído por encima, decidió continuar con la lectura con aquel murmullo.

> *«Y estoy seguro, pues así me lo dicen el alma y la intuición, de que el joven es un hijo de la guerra de familias entre Sánchez y Hernández, el notario. Su mirada y su carácter, así como su gallardía, lo confirman. Doña Beatriz sabrá deciros el nombre de su verdadero padre. Yo mismo se lo haré saber a nuestro regreso a Guatemala».*

La carta se deslizó de sus dedos y cayó al suelo con la docilidad de una pluma.

2

Beatriz le devolvió la carta arrugada y sucia, mientras contenía el llanto. Ambas estaban en la habitación de la dama. Fuera ya había oscurecido. Juana se acercó a ella y la abrazó.

—Yo conocí a tu padre —dijo Beatriz, con los ojos enrojecidos—. A pesar de lo que hizo, de largarse con Alvarado y abandonaros, yo vi a un buen hombre que me ayudó mucho. Siento mucho dolor por su muerte.

Juana tomó sus manos, y las dos estuvieron un momento sin hablar.

—Esta carta la tuvo Fernando en sus manos durante varias semanas —sostuvo Beatriz—. Tuvo en sus manos la verdad, pero jamás vio tentada su honradez.

—¿Crees en lo que pone? —le preguntó Juana.

Beatriz asintió lentamente.

—Siempre lo he sabido —reconoció—. Desde el día en que nació.

Juana la miró con extrañeza.

—¿Y por qué no se lo has dicho cuando has tenido la ocasión?

—¿Decirle el qué?

—Que Martín del Castillo era su padre.

Beatriz guardó silencio y una atmósfera densa pareció llenar la habitación. Juana comenzó a respirar trabajosamente. Beatriz se pasó una mano por el rostro y luego miró a su amiga, de mujer a mujer.

—¿Qué iba a decirle, acaso? Fernando apareció como un gran señor, con ese aspecto de mercader sevillano. Decirle cualquier cosa habría sido faltarle el respeto a su familia.

Juana rememoró su llegada y lo sucedido esos días. Volvió la vista a la carta y a la letra de su padre.

—Fernando soñaba con Ixchel.

Beatriz se quedó de piedra ante tal revelación.

—¿Cómo dices?

—Me preguntó acerca de Ixchel y yo le enseñé en Santiago el almanaque que estaba en el cofre del guardián —rememoró Juana—. Le di la figura de madera de la diosa para que lo acompañara en Guatemala.

Beatriz no dijo nada, aunque Juana sabía el dolor que le provocaba la pérdida de aquella baratija que tantos recuerdos le traía.

—Martín también soñaba con la diosa —advirtió Beatriz—. Un día, a su regreso, dejó de hacerlo. Nunca comprendió bien su cometido. Él siempre creyó que su misión era custodiar el libro sagrado de Ixchel.

—Fernando necesitaba conocer lo que había sucedido —insistió Juana—. Estoy segura de que mi madre también lo sabía. ¡Merecía la verdad! ¡Hasta se jugó la vida frente a Guzmán y frente a Carranza en nombre de los Cardeña!

—Yo no era nadie para poner en duda su vida ni para contarle nada, Juana —dijo Beatriz después de unos momentos—. Como te he dicho, Fernando es un señor mercader, un hombre rico de Sevilla. No había nada que una mujer de Indias pudiera decirle sin ofender a su honra. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Porque sigue sin saberlo —soltó Juana, encendida—. Portocarrero no volvió a Guatemala con él; eso significa que nunca pudo decirle la verdad. ¡Fernando se está cruzando el mundo en nombre de su familia y de su estirpe en busca de…!

Un dolor terrible interrumpió a la joven, que se llevó la mano al vientre y arqueó el cuerpo.

—¡Juana! —soltó Beatriz.

La joven se arrepintió de haber subido el tono de su voz y de haberse alterado. Sintió una contracción en el vientre y luego notó un líquido entre las piernas. Juana lanzó una mirada de terror a su amiga.

—No te muevas —le ordenó Beatriz, que salió disparada como un tiro de arcabuz de la estancia. Juana se sentó en el suelo, con las manos en su barriga, y le oyó pegar gritos y llamar a los criados. Juana sintió otro dolor intenso y volvió a arquearse. Unos instantes después apareció un criado por la puerta y la ayudó a levantarse para que regresara a su alcoba y se tumbara en la cama. Juana hubiese deseado tener cerca a Amir.

Así pasaron las horas y comenzó un tormento para la joven.

Juana luchó contra los dolores en el vientre que le consumían las fuerzas.

Pronto retornó Beatriz a la casona en compañía de una comadrona, que era una vecina de la villa. Su nombre era Carmen. Juana estaba en la cama, sudando a mares, en compañía de la india Jimena. Rápidamente la mujer sacó unos utensilios de su bolsa y los dejó encima de la mesa. Mandó a los hombres que calentaran agua. En la habitación tan solo quedaron Beatriz, Jimena y la comadrona. Carmen le pidió a Beatriz que le quitara la ropa a la joven. Juana apenas podía moverse. El instinto la llevaba a respirar bocanadas de aire y a empujar con todas sus fuerzas.

—Tranquila, no te canses aún —la calmó la mujer.

Beatriz dejó a la joven en enaguas. Tocaron a la puerta y Beatriz fue a coger el agua que le habían traído los hombres y cerró la puerta tras ello. Juana vio que su amiga cogía un trapo, lo mojaba en agua fresca y se lo pasaba por la frente y por el cuello. La comadrona se puso frente a ella.

—Ha llegado la hora —anunció.

Para Juana resultó menos de un par de padrenuestros, aunque lo cierto fue que estuvo un par de horas. Cuando todo hubo acabado, la joven estaba exhausta. Poco después oyó un llanto. Beatriz lavó a la criatura con el agua templada y un paño limpio. Luego la envolvió con cuidado y se la entregó a Juana. La joven no podía creer que aquel ser le pertenecía. Era suyo. Y así sería para siempre.

—Es un niño —murmuró Beatriz.

La joven lo rodeó con sus brazos. Le pareció frágil y pequeño.

—Su nombre es Rodrigo —murmuró Juana, al tiempo que besaba su frente—. Rodrigo de Portocarrero.

—¿Por qué no habría de llevar el apellido de Beltrán? —preguntó Beatriz.

La joven negó con la cabeza y su amiga borró la sonrisa. En ese preciso instante, Beatriz comprendió lo que significaba aquel gesto.

3

El Juicio de Residencia que debía dirigir el bueno del licenciado Maldonado quedó reducido a una única sesión en el cabildo de Guatemala. Alvarado había escuchado con atención su enérgico discurso y sus cargos con una ligera sonrisa en el rostro y un gesto de satisfacción. Luego, con tranquilidad, le entregó a uno de los secretarios la carta de Su Majestad dirigida a Maldonado y a *«todos los consejeros, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de la provincia de Guatemala»*. La carta resumía el deseo del monarca de que Alvarado se hiciera con el cargo durante siete años. El licenciado, un hombre

sensato, no puso objeciones, y entregó los poderes al adelantado sin más demora.

Fernando, Estrada y Balam entraron en Guatemala con los suministros de Pasamonte y la artillería varios meses después de estos acontecimientos, a principios del año 1540, tras un largo y tortuoso viaje de vuelta. El joven consiguió enviar desde Santa María de la Victoria la cantidad de oro suficiente para cubrir los pagos de su familia. También envió una carta a su tío, en Sevilla; otra a su madre, en Santo Domingo, y otra dirigida a Alvarado, en Guatemala. Además, procuró cumplir con la última voluntad de Portocarrero y enviar a La Habana la carta a su hija. Sin embargo, para proteger a Juana, decidió ocultar la carta dentro de otra que iba dirigida a doña Beatriz del Castillo, por si Antonio Beltrán caía en la tentación de leer la correspondencia de su esposa. Fernando desechó la idea de escribirle a Juana; ¿qué podía decirle a una mujer casada, aparte de que persistía en él un sentimiento incandescente por ella? Cualquier trazo significaría dolor.

Consiguió reunirse con Pasamonte y, tras el pago, este le hizo entrega de dos galeones llenos de vitualla y pertrechos para la expedición de Alvarado. Con la ayuda de Estrada y Balam, consiguieron reclutar chontales y transportar las cargas hasta Chiapas y, desde allí, llevarlas al mar, donde lo esperaban tres galeones de Alvarado. Allí tuvieron noticias del regreso del adelantado a Guatemala. Había vuelto con toda su hueste y con la marea de tamemes y esclavos que cruzaron el valle y el altiplano, cargados de pertrechos y enseres de su flota. Un hombre les contó que Alvarado había explotado a su gente hasta la extenuación, que no había dudado en castigar a punta de látigo a los que bajaban los brazos. Fernando imaginó a los nativos cargando todo su equipaje, sus provisiones y los pertrechos de las naos, el velamen, las jarcias, las anclas y cualquier cosa que les sería de provecho en Iztapa, su astillero en la Mar del Sur. Recordó las palabras de fray Bartolomé de las Casas: *«Los castellanos hemos venido hasta los confines del mundo para robarles las tierras y marcarlos en la piel»*. Le animó saber que las Indias era un territorio muy vasto en el que abundaban tanto los canallas como los hombres de honor, gentes como fray Bartolomé o Hernando de Soto. También oyeron historias acerca del recibimiento en la villa y de las noches de fiesta, comidas y encamisadas en honor a su esposa, doña Beatriz de la Cueva, y a sus hermosas doncellas castellanas. La Guatemala tranquila y sosegada que había descubierto Fernando en su primer viaje se esfumó con el regreso del señor de aquella tierra, que aspiraba a ser más temido que amado.

Los compañeros dieron sepultura a Portocarrero en Santa María de la

Victoria. A su llegada a Guatemala, vieron a su viuda, doña Leonor de Alvarado, vestir de luto a la usanza española. La princesa mestiza de Tlaxcala había sido advertida por su padre gracias a la carta de Fernando desde el norte. Pedro de Alvarado y otros pocos capitanes y viejos soldados presenciaron una ceremonia que ofreció el obispo Marroquín en honor al extremeño.

—Quiero que venga a mi casa esta semana —lo invitó el adelantado tras la misa—. Quisiera conocer los detalles de su viaje, Cardeña, y la situación de las provincias en el norte. Y tengo un asunto que hablar con usted.

Fernando y el adelantado tuvieron un frío encuentro en la iglesia. Algo había cambiado en el muchacho, que de pronto ya no era tan joven, ni tan ingenuo, ni tan condescendiente. No ocultó la brecha que se había abierto entre ambos. La desconfianza y las ideas opuestas que tenía cada uno acerca del gobierno de una provincia y del trato a los naturales parecieron insalvables. Aun así, Alvarado no tenía intenciones de alejar a Fernando de Cardeña de su círculo más próximo.

Fernando le relató el viaje, le dijo que habían sido atacados por una hueste de naturales en la Tierra de Guerra. Portocarrero murió a causa de sus heridas. Alvarado lo escuchó con atención y se lamentó. Al joven le sorprendió que un hombre tan despiadado pudiera albergar compasión hacia los suyos. Fernando se sintió atrapado en los favores y la deuda que aún guardaba con su familia el adelantado. No podía irse de allí ni permitirle marchar. Estaba obligado a seguirlo.

—Descansad del viaje —le dijo Alvarado—. En unas semanas saldremos al puerto de Iztapa y podréis visitar vuestra encomienda.

Fernando recordó aquella tierra concedida para su familia llena de plantaciones de cacao. Cuando estaban por despedirse, el adelantado se acercó a él y le habló en tono confidente.

—He decidido otorgaros uno de mis galeones como pago a los Cardeña por adelantado, como armadores de esta expedición.

Fernando sabía que la entrega de esa nave tenía trampa. ¿De qué iba a servirle un pago que no se podía cobrar ni separar, unido a la causa de su campaña? Aquel galeón no dejaba de ser otro aval de Alvarado, que apostaría por retrasar los pagos a sus acreedores todo lo que fuera posible.

—Nos debe más que un galeón, don Pedro —respondió el joven, que no estaba dispuesto a dejarse atrapar por aquel anzuelo.

—Cobrará todo, tiene mi palabra —le aseguró Alvarado, que lo miró con desconfianza—. Espero que esta semana vaya a mi casa. Tenemos muchos

asuntos de los que hablar.

Fernando se despidió con cortesía. Ese galeón lo apremiaba a encontrar a un hombre, tal vez un gran señor, que quisiera comprar su participación. Pero ¿quién? ¿Había en Indias un hombre capaz de aportar tantos dineros de golpe? Salió de la iglesia y cruzó la plaza polvorienta. Admiró en lo alto el volcán que derramaba su sombra sobre el valle, imponente como un dios de otro tiempo. Fernando necesitaba descansar unas semanas después de tantos meses de viaje.

En la villa, el obispo Marroquín mantenía las labores de construcción de la catedral, en la plaza de armas, y los vecinos más pudientes construían sus casas con riqueza desigual. No todos los conquistadores y capitanes habían recibido la parte merecida o prometida por la campaña. Pedro de Alvarado había hecho los repartos de indios a su antojo, favoreciendo a sus más allegados y relegando a la pobreza a parte de su hueste castellana y tlaxcalteca, que se veían obligados a continuar con la campaña con el fin de ganar algo de riqueza.

Balam y Estrada lo esperaban sentados en el pórtico de su casa, con todos los pertrechos en el suelo. El capitán agitó su mano en el aire. Estaban exhaustos, y no se levantaron cuando lo vieron venir.

—La puerta está cerrada —dijo Estrada.

Fernando se alejó bajo el tejado de los portales hasta la casa vecina de doña Teresa Ugarte, la viuda de Suárez. Llamó a la puerta. Poco después apareció la dama castellana. Portaba un sayo de trabajo y el cabello revuelto. La mujer llevaba una vida modesta. Todo lo que tenía se lo había ganado con el esfuerzo de su trabajo. No ocultó la sorpresa al verlo frente a su puerta después de tanto tiempo.

—Don Fernando —manifestó con asombro.

—Doña Teresa —dijo él, a modo de saludo—. No estaba seguro de si se acordaría de mí, mi señora. He venido a por mis llaves.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —repuso ella con una sonrisa—. Pase, pase. Siéntese en la mesa y déjeme que le dé la bienvenida. Se lo ruego.

Fernando sabía que Estrada y Balam lo esperaban, pero estaba demasiado cansado para replicar y poner alguna excusa. La casa estaba limpia y ordenada. La mujer regresó con una jarra de vino y luego volvió con pan, queso y un cuchillo. Le sirvió un vaso de vino, le cortó una rebanada de pan que mojó en aceite y colocó un trozo de queso encima. Fernando le dio las gracias y lo devoró. Llevaba tanto tiempo comiendo como un salvaje que se avergonzó de sus formas y volvió a adoptar los modales de un señor.

—¿Dónde ha estado, mi señor? —quiso saber doña Teresa. Una brisa proveniente del patio trasero arrastró el aroma de su piel, y Fernando se regocijó al recibirlo. Era varios años mayor que él, guapa y trabajadora. Le atrajeron su melena frondosa y la firmeza que poseían sus ojos al posarse sobre los suyos.

—He ido al norte, señora. A Santa María de la Victoria.

La mujer abrió un cajón de un armario y cogió la llave de la casa de Fernando.

—Puedo imaginar que su viaje ha sido duro. Conozco ese camino que baja desde la Ciudad Real de Chiapas. Acompañé a mi esposo junto con otras damas castellanas en la hueste de Alvarado hace muchos años. Arrastramos nuestros enseres por la sierra y por la selva de los valles. Las huellas de sus senderos testifican el sufrimiento de quienes hemos viajado por ellos.

Fernando apreció las palabras de la señora. Dejó a un lado la comida para contemplarla con detenimiento.

—Por suerte ahora puede disfrutar de una vida apacible.

Doña Teresa esbozó una sonrisa con ironía.

—Bien estábamos sin el adelantado en esta tierra. El señor no ha tardado ni dos días en recordarle a la gente las viejas rencillas que nos separan.

—¿Por qué lo dice?

—Le ruego que perdone mis impulsos —dijo la dama—. No hablaré mal de mi señor, don Fernando.

El joven asintió, comprensivo. La señora era una dama de los pies a la cabeza.

—Don Pedro guarda una deuda muy grande con mi familia —reconoció.

La señora alzó las cejas y cruzó la estancia hasta situarse de pie frente a Fernando. Apoyó las manos en el respaldo de una silla.

—No es usted el único, don Fernando. Hay muchos capitanes y vecinos de la villa que le han dado todo lo que tenían a préstamo para sacar adelante su expedición. Muchos hombres fueron obligados a hacerlo, como mi marido, que se vio en la tesitura de tener que demostrar su lealtad. Esos dineros nunca los ha devuelto. Esa deuda se ha perdido en el mismo valle de la Tierra de Guerra en la que mataron a mi esposo. Alvarado ha regresado y otra vez ha dividido a la provincia y al cabildo. Y qué decir de los quichés o los cakchiqueles.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Fernando.

Doña Teresa se encogió de hombros, resignada.

—No sé por qué le estoy aburriendo con estos asuntos.

—Le ruego que prosiga —le instó el joven—. ¿Qué pasa con los indios?

La dama se pasó una mano por el cabello.

—Los naturales son muchos más que nosotros, eso no es un misterio, pero ya han aceptado ser vasallos de Su Majestad. Los hemos vencido, y ellos ahora quieren vivir en paz. Muchos en Guatemala no le vemos sentido a la guerra que sustentan Alvarado y su hueste en el valle del norte. Además, Alvarado tiene prisioneros a los reyezuelos de esos dos pueblos por miedo a que se rebelen.

Fernando se preguntó qué clase de métodos habría utilizado el adelantado para pacificar esa tierra. Tal vez ni siquiera estuviera interesado en terminar su labor. Quizá buscaba enemigos que mantuvieran a su hueste en campaña y siguieran aportando participaciones que nunca pagaba. De pronto, muchas de las historias que había oído de fray Bartolomé comenzaron a tener sentido.

—No tiene comida —dijo doña Teresa.

—¿Cómo dice?

—En su casa. Imagino que no habrá nada: no tiene provisión ni alacena.

Fernando se puso en pie y se llevó una mano a la nuca.

—No, señora. No creo que haya nada más que polvo en esa casa, pero nos las apañaremos. Mis hombres y yo hemos pasado muchas semanas sobreviviendo como soldados en campaña.

—Vengan esta noche, don Fernando —le invitó doña Teresa—. Venga con sus hombres, y yo me ocuparé de ustedes.

—Señora, no hace falta que…

—Por favor, insisto. Vengan cuando caiga el sol.

Ambos se miraron un instante sin decir nada, y Fernando acabó por asentir.

4

El capitán Estrada y Balam se mostraron animados y agradecidos por la invitación, y probaron todos los platos que cocinó doña Teresa Ugarte. En la mesa, además de Fernando y sus compañeros, se encontraban el obispo Francisco Marroquín y el señor Baltasar Montoya. Fernando se enteró de que el escribano había ayudado a la señora con ciertos temas, y ella no dudó en invitarlo a su casa en reconocimiento a su labor. En la mesa había bastante carne, legumbres, pan negro, maíz tostado, cebollas fritas, embutidos y quesos. Además, la señora había tenido el detalle de no mezclar el vino con agua. Después de relatarle la larga travesía en el norte, Fernando aprovechó la

ocasión para preguntarle cosas al obispo sobre la flota y los astilleros en el puerto de Iztapa.

—La armada está a punto de completarse, don Fernando —le comentó Marroquín con entusiasmo—. He sabido, por boca de nuestro adelantado, que le ha concedido a usted en propiedad el galeón San Cristóbal.

Fernando no había conocido el nombre de la embarcación hasta ese momento. Estaba a la espera de que el adelantado le pagara su aportación antes de marcharse con su flota. De esta manera, Fernando podría comenzar a preparar su regreso a Sevilla.

—En realidad, es solo un aval de Alvarado por la aportación de mi familia.

—Ya veo —dijo el señor Montoya, que volvió la vista al obispo—. He oído que Alvarado ha nombrado un almirante para su flota. Me pregunto por qué no se ha reservado el cargo para él.

—Por muchas razones —respondió Marroquín—. Ha nombrado al capitán Juan Rodríguez Cabrillo almirante de su armada y alguacil de paz en Iztapa. El adelantado tiene muchos asuntos de los que ocuparse, y necesita de hombres como Cabrillo para manejar su autoridad.

El obispo y el escribano discutieron un rato sobre esto último, con alguna intervención del capitán Estrada. Fernando intercambió una mirada con doña Teresa. La dama lo miró y luego se dispuso a retirar los platos. Fernando volvió a la conversación que mantenían los tres hombres.

—La pacificación de Guatemala no ha acabado —argumentó el obispo.

—Señor obispo —dijo Fernando—. He oído que Alvarado tiene retenidos a los reyes de los quichés y los cakchiqueles.

La expresión del obispo cambió.

—Para don Pedro son prisioneros de guerra.

—Pero la guerra ha acabado.

—Para nuestro adelantado no ha terminado —zanjó Marroquín—. Los dos se encuentran a buen recaudo en el calabozo del fuerte de Guatemala.

—Sobre ese tema de los reyezuelos, don Fernando —intervino el escribano—, mi señor Alvarado ha decidido llevar a ambos en su flota hacia la Especiería. También acudirán muchos indios de esta tierra. El adelantado pretende que la expedición sea una empresa de toda Guatemala.

—¿Es eso cierto? —preguntó el obispo.

—Así es, padre —aseguró Montoya—. Le repito: el adelantado quiere que la conquista de poniente sea una cuestión de toda la capitanía. Con los reyezuelos, también acudirán muchos indios de esta tierra.

—Con esa acción contentará al bando contrario del cabildo, pero no tanto

a sus allegados, a quienes interesa continuar la guerra —murmuró el obispo.

Fernando frunció el ceño. De ser así, con los nativos Alvarado daría un giro a su política, hasta entonces basada en la intimidación. ¿Había prometido algo Alvarado a cambio de mantener con vida a esos reyes? El joven siguió la charla hasta el final, sin dejar de pensar en esto último. Luego el obispo y el escribano se marcharon, poco antes de la medianoche. Aquella era una noche fría. Se quedaron por espacio de una hora frente al fuego. Balam se durmió y Estrada estuvo absorto en sus pensamientos. Fernando y la señora charlaron en solitario, en susurros, sentados a la mesa. Ella estaba tan informada como el obispo o Montoya acerca de los asuntos de Guatemala. Le habló de los reyes nativos, los reyes de Utatlán y Guatemala. El rey cakchiquel, al que los españoles llamaban Sinacán, en realidad se llamaba Cahí Ymox. El rey quiché era llamado Sequechul, pero su nombre era Tepepul.

—Yo los he visto —murmuró doña Teresa—. No son gran cosa, don Fernando; cualquiera los confundiría con un par de tamemes, pero son los custodios de grandes linajes de esta tierra, ¿me entiende? Si no respetamos a esta gente y nos imponemos sobre ellos, ¿qué futuro les espera a nuestros hijos?

Fernando admiró la sensatez de aquella dama.

—Bueno, según Montoya, Alvarado ha decidido contar con ellos para su expedición —sostuvo el joven—. Me parece inteligente de su parte.

—Así es, pero lo hace para ganar tiempo —respondió la señora—. Tal vez les ha dado su palabra a ciertos hombres del cabildo contrarios a la guerra, que han aportado dineros en su campaña. Si el gobernador es un hombre de palabra, esos indios serán libres. De lo contrario, Alvarado resolverá el conflicto como siempre ha hecho con todo: a sangre y a fuego. Entonces conocerá usted al hombre al que se enfrenta, mi señor.

Fernando permaneció en silencio, y ninguno quiso quebrar aquella agradable atmósfera de reflexión. Entonces doña Teresa acercó su mano y rozó la de Fernando ligeramente. El joven se sobresaltó, pero no le sorprendió. Sus miradas se encontraron. Fernando nunca había sido testigo de unos ojos tan expresivos que daban la impresión de decirlo todo sin palabras. En ese momento, oyeron la voz de Estrada, que le decía algo a Balam. La señora aprovechó para lanzar una última mirada a Fernando, antes de marcharse de la estancia. El joven comprendió que se trataba de una invitación. Después de tanto tiempo, debía dejar marchar el recuerdo de Juana. Ella se había desposado con un hidalgo de La Habana, mientras el sentido del honor de Fernando continuaba guardándole fidelidad a la memoria

de la joven.

5

Los tres compañeros regresaron a la casa de Fernando y se retiraron a sus estancias a descansar. Pasado un rato, Fernando se escabulló y salió por la puerta delantera. Vio la plaza de Santiago de los Caballeros de Guatemala iluminada por la luna llena y pensó en la figura de Ixchel, la talla de jade que había traído desde el Usumacinta. Se dijo que después la sacaría al patio o a algún sitio donde la noche la bañara con su luz. Tocó una sola vez a la puerta de doña Teresa. Esta se abrió casi al instante. La dama cerró la puerta tras él.

—Debe de pensar que soy una mujer indecorosa —susurró—. Es usted tan distinto a los señores de Indias…

—No lo pienso, mi señora —murmuró Fernando—. Tampoco creo ser diferente a nadie.

Doña Teresa se había acercado a él lo suficiente como para que el joven pudiera apoyar sus manos en sus caderas e intuir el contorno de su cuerpo. La dama respiraba agitadamente. La señora había dejado a la vista un generoso escote.

—Es usted un caballero.

—Me basta con que sepa que la respeto.

—Don Fernando, conozco bien el mundo en el que vivo. No busco un esposo, sino un hombre que sepa amar. No uno de esos bárbaros que tanto abundan en esta villa.

Fernando acercó su boca y probó el beso de sus labios carnosos. Doña Teresa se estremeció. Fernando descubrió que aquella mujer seguía siendo joven, y así lo demostraban su piel y la suavidad de sus labios. Ella rodeó su cuello con sus brazos. Fernando la besó. Llevaba tanto tiempo sin sentir el cuerpo de una mujer que se embriagó con su aroma y con su aliento dulce. Al igual que él, doña Teresa llevaba varios años sin compartir el lecho con un amante. Hasta ese momento, no había aparecido nadie con los arrestos y los modales de Fernando de Cardeña, un muchacho hecho hombre, serio y decidido, que mantenía las formas y el orgullo de los señores de Sevilla, esos que añoraba y que estaban tan lejos de aquella tierra.

Fernando condujo a la dama hasta su alcoba. Ella lo desnudó con rapidez. El joven le abrió el sayo y dejó a la vista sus senos. Fernando tenía el torso lleno de cicatrices de su viaje, cortes, tajaduras y moraduras. Su abdomen era plano y musculoso. Ella lo acarició con un sentimiento que iba de la dulzura a

la admiración. Fernando demostró ser un amante entregado y se dejó arrastrar por el deseo. Desnudó a la dama y admiró su cuerpo con caricias, repasando su piel con las manos y los labios. Luego la tumbó sobre la cama y ella le devolvió una mirada arrebatada. Su respiración entrecortada hacía que su pecho subiera y bajara. Ambos se besaron con pasión y descubrieron sus bocas. Fernando ansiaba hacerla suya. Entró en ella con algo de esfuerzo al principio, hasta notar un caluroso placer. Tras ese instante fugaz, todo fue más fácil, y la dama volvió a besarlo. Lo hicieron sentados frente a frente en el lecho, completamente desnudos, sin que ninguno de los dos sintiera pudor. Ella rodeó su cuello y Fernando sujetó sus caderas. Disfrutaron del roce de sus pieles tan cerca, tan unidas. Doña Teresa hundía las manos en la cabellera de Fernando y arrastraba las uñas por los músculos de su espalda. Entonces comenzaron a balancearse con prisa, como dos animales, y ella lo miró con el brillo de la lujuria. Fernando no pudo aguantarse y acabó en ella. Ella lo abrazó. La luz del candil se derramó por sus cuerpos brillantes, como dos figuras de bronce.

Se hicieron compañía en silencio. Ella volvió a cubrirse con una camisa y una faldilla. Fernando agradeció la experiencia de aquella mujer, no solo por aquel acto, sino también por la distancia y el espacio que le ofreció después, sin requerimientos ni peticiones. Doña Teresa era consciente de los problemas de Fernando. El joven había regresado de un largo viaje en el que había perdido a un amigo, y todo por un negocio que no significaba ni una décima parte de la participación de su familia. A cambio, había recibido un galeón, lo que lo unía más, si cabía, a la causa de Alvarado.

Ambos estaban el uno junto al otro cuando ella rompió el silencio.

—Estoy muy sola —dijo doña Teresa en voz clara.

—Todos lo estamos —respondió Fernando.

—Usted tiene al capitán Estrada y a ese muchacho. ¿Yo a quién tengo?

Fernando se acercó a ella y besó sus labios con intensidad.

—Todos estamos solos en esta vida, mi señora. No se confunda.

Ella negó con la cabeza, más con expresión resignada que triste.

—Hemos conquistado esta tierra lejos de España con mucho dolor. La soledad es el precio que hemos de pagar por conservarla.

Con estos pensamientos en la cabeza, Fernando se vistió. Luego volvió a besar a la dama. Salió de su casa con la sensación de que aquel no sería su último encuentro. A su paso por la plaza silenciosa, se preguntó si sería capaz de quedarse a vivir en Santiago de Guatemala y prosperar, pasar el resto de sus días. Por primera vez, después de casi dos años y medio de haber salido de

Sevilla, tuvo dudas de si aquel no había sido, en realidad, un viaje únicamente de ida. Podría permanecer en Indias y enviar remesas de oro y de especia, entablar negocios como los que había hecho su padre. Recordó que Giacomo Bardi le había dicho una vez que su viaje sería de al menos dos años, ya que las cosas requerían de tiempo para cumplirse. Ese tiempo había pasado, y Fernando tenía la sensación de no haber hecho nada. Únicamente había seguido los pasos de Alvarado, como un perro faldero, cuestionándose una y otra vez si ese hombre iba a cumplir con lo pactado. Una parte de él quería creer en la grandeza de aquel hombre, uno de los grandes conquistadores de México, mano derecha de Hernán Cortés, «Tonatiuh» para los naturales. El rey confiaba en él, los hombres de la corte lo hacían también, ostentaba el cargo de gobernador y adelantado de una de las provincias más grandes e indómitas del imperio; ¿por qué acaso dudaba de su honor? Quienes lo conocían, incluyendo sus más fieles, como Portocarrero, le habían advertido de sus formas, de su arbitrariedad, de la manera particular que tenía para interpretar las ordenanzas y de su falta de palabra a la hora de pagar las deudas. Fernando se preguntó cómo un hombre que lo tenía todo para ser grande, para ser inmortal para la historia, caía en prácticas canallas y de tan baja moral. Era consciente de que la única forma de luchar por sus intereses era perseguirlo. Ir con él hasta el final.

Fernando entró en su casa. Estaba oscura como la boca de un lobo. Cruzó el vestíbulo y vio al otro lado de la sala, en una de las ventanas del comedor, la luz de la luna que se derramaba sobre la losa. Fue a su alcoba y sacó los fardos de su viaje junto con el baúl de sus pertenencias, ese que le había llevado Alvarado desde Puerto Caballos. Abrió su bolsa y extrajo la figura de Ixchel. Regresó al comedor y apoyó la estatuilla en el alféizar de la ventana. La luz de la luna traspasó el jade y se reflejó en el suelo en diferentes tonos de azul y verde. La talla de los ancestros estaba a salvo. Fernando, al fin, había cumplido con su promesa.

6

Tras la llegada de Alvarado y de su gente, Santiago de Guatemala crecía día a día, dispar. Los allegados del adelantado contaban con los recursos para construir caserones y aspiraban a vivir como señores. El resto, desde viejos rodeleros de su hueste, mal pagados, hasta nativos traídos de México, vivían de manera precaria y pasaban penurias. Ese día, Fernando le pidió ayuda a Estrada y Balam para reparar la casa. Aunque no sabía cuánto tiempo tendría

que permanecer en Indias, había llegado a la conclusión de que lo mejor sería comenzar a buscar a alguien que quisiera comprar la casa. Si se marchaba antes a Sevilla, dejaría a alguien encargado para que, además, se llevara una parte del negocio. Pensó en la figura del obispo Marroquín, un hombre al que no le importaba ocuparse de esos asuntos y que seguro que estaría encantado de elegir al vecino que habitaría una de las casas más privilegiadas de la villa, a tiro de piedra del cabildo, de la catedral y de la casa del gobernador.

Estrada y Balam fueron a por materiales y herramientas. Fernando permaneció en su despacho realizando cuentas y escribiendo correspondencia. Entonces el capitán llamó a Fernando para que fuera a ver algo en la entrada. Allí descubrió dos cuencos de maíz y uno de cacao, así como flores, en una especie de ofrenda.

—Me pregunto quién habrá sido —dijo el capitán.

Fernando intuyó lo que había sucedido.

Los días siguientes fueron tranquilos, y los tres restauraron la casona, limpiaron el patio, el huerto, arreglaron las vigas del techo, el tejado, las puertas. Por las noches, Fernando depositaba la figura de Ixchel en el alféizar para que la luna acariciara la piedra. Todas las mañanas encontraba ofrendas bajo la ventana. Con el paso de los días aparecieron más. Dejaban cuencos de comida, plantas medicinales, agua fresca o flores. Fernando se alegró al pensar que esa gente veneraba a Ixchel. Ya no volvió a soñar con ella, ni volvería a hacerlo, pero sintió que de alguna forma había cumplido con su cometido.

Los encuentros con doña Teresa fueron más continuos, y Fernando comenzó a replantearse muchas cosas. Ella cocinaba para los hombres, que acudían a su casa con buen ánimo y ayudaban a doña Teresa en lo que requería, y luego se sentaban todos juntos a compartir la mesa. Si bien las reglas del decoro impedían una relación tan cercana, el hecho de que la dama fuera viuda facilitaba las cosas. No eran más que un par de vecinos prestándose ayuda. Nadie en la villa sospechó nada, porque veían en Fernando a un señor de Castilla que no tenía intención de quedarse a vivir en Indias y que pronto se marcharía, y en doña Teresa a la viuda recatada, con fama de gran dama y amiga del señor obispo y de los señores del cabildo. No obstante, Fernando y doña Teresa hicieron el amor una infinidad de veces, y los dos se sintieron complacidos de contar con la compañía del otro. No importaba el pecado carnal de hacerlo fuera del matrimonio. Aquella amistad era un bálsamo contra la soledad y las injusticias, el único momento en el que ambos podían olvidar el mundo en el que se encontraban y dejarse llevar.

Un día de esos, Fernando envió a Balam con un mensaje para la casa del

gobernador. El chico regresó rápido con la respuesta de Alvarado de que lo esperaba esa misma noche para cenar. Fernando leyó la nota y echó a andar por el patio. Había cambiado mucho desde su llegada a Indias, y aunque no temía enfrentarse a un hombre como Alvarado, esa situación lo inquietaba. Según las ordenanzas de su tío Rodrigo, su misión era acompañarlo hasta Santiago de Guatemala, ayudarlo con la provisión de la flota y esperar a que el adelantado le devolviera su participación. Más tarde, tras la expedición a las islas de las Especias, la familia recibiría algo a cambio como beneficio, ya fuera dinero, tierras o algún cargo de renombre. Por tanto, Fernando esperaba con ansia que Alvarado hubiese pactado con los hombres fuertes del cabildo y sus socios para devolver a su armador el grueso del préstamo de los Espinosa. Sin embargo, nada tenía visos de acabar así.

Esa noche, Fernando dejó a un lado sus ropajes de viajero. Optó por sus prendas lujosas: calzones y hombreras acuchilladas, un jubón de terciopelo oscuro, con una cuera y una gorguera. Tras un momento, mientras cepillaba el jubón frente al espejo, tomó la decisión de vestir como venía haciendo esos meses. Los ropajes caros eran un signo distintivo y de ostentación. A veces vestirse así podía surtir efecto, pero en otras ocasiones podía provocar lo contrario. Se había dado cuenta de que en Indias valía más la experiencia que otra cosa. Los hombres no se amedrentaban ante un señor bien vestido, pero sí ante un capitán o un rodelero experimentado. Decidió, pues, acudir con sus ropajes usados del camino y sus botas gastadas. Cuando Estrada lo vio, comprendió su jugada.

—Me parece cojonudo.

—Quiero que vengas conmigo —dijo Fernando, mientras se ataba las botas. Estrada echó un vistazo a sus propios ropajes. No eran más que los de Fernando. El capitán se encogió de hombros—. No quiero que vean que voy en solitario —añadió el joven.

—Tampoco quieres que ese hijoputa mande a alguno a matarte. Lo entiendo.

—Alvarado está hasta el cuello de deudas, pero nunca mataría a un cristiano.

—¿Crees que va a pagarte? —preguntó Estrada de camino a la puerta.

Fernando negó con la cabeza.

—Lo dudo. Por eso quiere que hablemos.

—¿Y cómo coño vamos a volver a Sevilla?

—No lo sé —respondió Fernando con sinceridad—. No tengo la menor idea.

Ambos cruzaron la plaza de armas hacia la casa más grande, entre el cabildo y la catedral. Alvarado había iniciado unas obras en su palacio y se disponía a construir una segunda planta con una gran balconada que daba a la plaza. Desde allí oyeron el sonido de la música y el murmullo de una multitud en el patio interior.

—No le paga ni a Dios, pero que no falten lujos en su choza —murmuró Estrada, de mala leche.

Dos ballesteros los detuvieron en la entrada y les preguntaron sus nombres. Les advirtieron que el señor no admitiría ninguna disputa que fuera a romper la paz del gobernador. Estrada echó una mirada a Fernando, y ninguno de los dos supo de qué iba todo aquello. Al cruzar el umbral y el corredor que los guio hasta el patio, comprendieron que Alvarado había reunido allí a su corte y a algunos vecinos privilegiados para volver a honrar a su esposa, doña Beatriz de la Cueva, y a sus doncellas. Aunque los festejos se habían prolongado varias semanas, era habitual que Alvarado siguiera organizando saraos y encamisadas en el patio de su casa, con el gasto que eso suponía. Había dispuestas varias mesas llenas de comida, iluminadas por antorchas. Más allá, sobre una tarima, tres parejas realizaban bailes y junto a ellos un grupo de músicos amenizaba la velada. Estaban los hombres de Alvarado y de sus hermanos Jorge y Gonzalo, sus primos y muchos otros conquistadores. Fernando acertó en la manera de vestir. Muchos de ellos llevaban ropajes viejos y exhibían sus cicatrices de guerra, sus labios y orejas cortados. Muchos de ellos eran mancos o cojos. También había hombres con perforaciones en el cuerpo como los nativos y otros con pendientes en las orejas. Algunos llevaban la piel marcada con símbolos, como los indios de algunas tribus. Era gente ruda, curtida en el camino y en la guerra. A un lado Fernando y Estrada distinguieron al grupo de damas de doña Beatriz de la Cueva. Eran más de una veintena. Sus semblantes parecían reflejar el ambiente rígido de la noche.

—Míralas ahí, todas juntas como palomas —se lamentó Estrada—. Traídas con la promesa de un mundo nuevo, tierras y títulos.

—Están obligadas a casarse con alguno de estos viejos mutilados —comentó Fernando viendo el panorama.

—Para que luego nos quejemos de lo nuestro —murmuró el capitán.

Fernando desvió la mirada hacia doña Beatriz. Se mostraba segura y confiada, y llevaba de la mano a una niña esclava, mulata. En una mesa con otros capitanes, el joven vio a Alvarado, que disfrutaba de los bailes y de la música. Fernando saludó con un gesto al escribano Montoya, y estrechó la

mano a Álvaro de Paz cuando este pasó por su lado. Después de un rato, cuando la música acabó, los hombres apartaron las mesas para hacer juegos de espadas y duelos con los que impresionar a las damas. Fernando aprovechó la ocasión para acercarse al adelantado.

—¿Va usted a demostrarnos su destreza con la espada, Cardeña? —le preguntó Alvarado a modo de saludo, con los ojos chispeantes a causa del vino. Fernando le ofreció una reverencia.

—Don Pedro, esperaba hablar con usted esta noche.

—Será mejor que disfrute de la velada, señor —respondió Alvarado—. Puede que sea la última en mucho tiempo.

Alvarado desvió la vista a dos hombres que decidieron retarse a duelo, y algunos de los presentes aplaudieron. Ambos contendientes se pusieron en el centro de aquella plaza improvisada, con las camisas abiertas.

—La flota que he construido es la obra y el esfuerzo de muchos hombres, señor —esgrimió Alvarado, sin mirarlo—. Como comprenderá, no puedo pagarle a usted y no darle nada al resto. Sería una descortesía de mi parte. Y no es usted mi único armador.

Fernando no se creía las palabras que acababa de escuchar.

—¿Y qué pasa con el trato que teníamos? ¡Habíamos acordado que pagaría el préstamo de mi familia antes de salir con la flota!

—Me temo que la armada saldrá mucho antes de que eso llegue a suceder, mi señor —dijo Alvarado en tono de resignación.

—Señor, no puedo volver a Sevilla con las manos vacías.

El adelantado le devolvió un gesto con el que parecía lamentarlo de veras.

—Pues no vuelva a Sevilla hasta tener algo. —Alvarado se giró hacia él—. Le he cedido el galeón San Cristóbal como aval de su préstamo, y cuenta usted con el rango de capitán y con mi entera confianza. Es todo cuanto puedo ofrecerle, Cardeña. Embarque conmigo y únase a mi hueste, como el resto de mis armadores.

Fernando negó con la cabeza.

—Si piensa que voy a cruzar la Mar del Sur con usted, se equivoca. Sabe Dios cuánto tiempo podría tomarle llegar a la Especiería y hallar los vientos del tornaviaje. ¿Ha perdido el juicio, acaso?

—Cuide esa lengua, Cardeña. Está usted frente a la autoridad de esta tierra.

El adelantado miró a Fernando a los ojos, y ambos guardaron silencio durante un instante. Frente a ellos, dos hombres iniciaron un duelo de roperas.

—Puede esperarme aquí, en Santiago, hasta mi regreso —le ofreció Alvarado con voz pausada—. Puedo mover los hilos para que tenga usted un cargo importante en los asuntos del cabildo.

Fernando le sostuvo la mirada.

—Don Pedro, hablamos de cuarenta mil ducados, por Dios. Mi familia tiene de tiempo hasta el año 1545, es decir, poco más de cinco años. No me interesa ninguno de los cargos que pueda ofrecerme en esta villa. He cruzado la selva en busca de su artillería y sus provisiones, yo he cumplido con mi parte. Nuestro trato aseguraba que usted pagaría el grueso de nuestra participación aquí en Guatemala.

Alvarado pareció molestarse por el tono del joven. Lo miró una última vez, harto de las quejas de su armador.

—Las cosas han cambiado, señor. Puede usted volver a Sevilla con lo puesto o unirse a estos hombres de guerra dispuestos a conquistar las Especias, señor Cardeña. Además, le he prometido el rango de capitán y una posición privilegiada. Es mi última palabra.

Cuando el adelantado se alejó a discutir con los combatientes del duelo, Diego de Estrada se acercó a su amigo. Fernando permaneció con el ceño fruncido y la vista clavada en el gobernador.

—Vas a hacer que nos maten —murmuró Estrada. Fernando se pasó una mano por el rostro. Tendría que perseguirlo hasta el final.

7

Cansado de sentirse manipulado y engañado por un hombre que se decía grande y honroso, Fernando lamentó la manera en la que se dieron las cosas, en la que su familia se había aliado con un hombre así, en lugar de con otro como Hernando de Soto. Dos maneras de ver la vida, de entender las disposiciones de su rey y de vivir bajo las reglas del honor. Fernando ni siquiera estaba bajo el mando de Alvarado: en todo caso, habría sido al revés, por ser su principal armador y prestamista. Estaba atrapado entre sus redes, en aquella trampa llamada Guatemala y expedición a las Especias. Sabía que, una vez solventado el escollo del aprovisionamiento, enviados desde Santa María de la Victoria a través de los Pasamonte, tan solo debía luchar por salvaguardar los intereses de su familia. Eso significaba que no podía irse de allí sin más. Tampoco podía retornar a Santo Domingo ni a Cuba. No había ninguna nao atracada en Puerto Caballos, un lugar abandonado del todo, y el puerto más cercano se encontraba en la región de Tabasco, más allá de

Chiapas. Ahora que conocía el camino y la cantidad de leguas para llegar allí, su perspectiva de las cosas era bien diferente. Estrada le hizo varias preguntas para sopesar las opciones que tenían. El capitán iba a seguirlo allá donde fuera, pero la idea de quedarse a vivir un par de años en Guatemala a la espera de que Alvarado regresara de la Especiería era una cosa distinta.

Antes de salir hacia la casa de doña Teresa, Fernando oyó que el capitán Estrada estaba en su alcoba en compañía de una india y se sonrió. Se alegró por él, porque al menos podía disfrutar de los pequeños placeres que daba la vida. Fernando depositó la figura de Ixchel en el mismo sitio en el comedor, junto a la ventana, como todas las noches, y se dirigió a la casa vecina.

Doña Teresa y él hicieron el amor en silencio, con pasión y complicidad. Luego bebieron una copa de vino y ambos discutieron las alternativas.

—El corazón me pide que te quedes —dijo la dama, tras un momento. Ambos estaban desnudos—. La razón y la lógica me dice que no debes separarte de ese hombre. Si te alejas de él, no tardará en olvidar la deuda que guarda contigo. Pero si te alejas de mí, no tardarás en olvidar el amor que te guardo.

—Jamás podré olvidarte. Te prometo que regresaré, cueste lo que me cueste.

—Quizá podrías retornar en medio año.

—Ojalá fuera así, mi señora, pero las Molucas no están cerca.

—¿Las Molucas?

—Las islas de las Especias —dijo Fernando—. Tal vez tardemos dos o tres años en regresar a Guatemala, y eso siempre y cuando seamos capaces de encontrar los vientos para el tornaviaje.

—¿Por qué? —quiso saber doña Teresa—. ¿Es que acaso nadie ha vuelto por la Mar del Sur?

Fernando negó con la cabeza. En efecto, nadie lo había logrado. Era un viaje largo, más que ningún otro hasta entonces. Y peligroso. Las dudas crecían en él, y Fernando estuvo más silencioso que nunca los días que siguieron. Algo en él le decía que la decisión ya había sido tomada de antemano, por sus principios, por su honor. La cuestión radicaba en aceptar su destino, en someterse y en dejarse llevar. ¿Qué otra cosa podía hacer? Entonces pensó en que podría esperar a Alvarado en Guatemala, tener un cargo en el cabildo y desposar a doña Teresa, tener hijos con ella y trabajar su encomienda de cacao. Sin embargo, la sombra de su familia y el peso de la responsabilidad volvían a cernirse sobre él.

8

Una mañana de principios de mayo de 1540 salió con el capitán Estrada y con Balam a recorrer las montañas del valle. El chico los guio hacia el volcán más cercano, y el más grande de la región. Se trataba de un coloso monumental que los indios de esa tierra habían adorado durante años. A Fernando le sorprendió el frío gélido que experimentaron conforme subían la montaña y el viento cortante que les dificultaba el paso. Los caminos eran angostos y poco transitados. Balam los llevó a un mirador que se encontraba en uno de los cerros junto al volcán, donde disfrutaron de las magníficas vistas de la villa y de todo el valle.

—Desde aquí se ven mejor el volcán y la ciudad —comentó Balam, al tiempo que el capitán Estrada sacaba de la bolsa algunas viandas que había comprado en la villa y otras tantas que les había preparado doña Teresa. Las vistas, desde allí, cortaban el aliento.

—Es impresionante —dijo Estrada.

Fernando miró a sus compañeros con los brazos en jarras, aún cansado de la caminata, y luego desvió la mirada al suelo.

—Iré con Alvarado en su flota hasta la Especiería —anunció.

Estrada levantó la vista hacia él. Balam miró a uno y a otro.

—¿Eso qué significa? —preguntó el muchacho.

—Que se marcha al otro lado del mundo —soltó el capitán.

Fernando miró a su amigo.

—No hace falta que me lo preguntes, Cardeña —dijo Estrada como si nada, y regresó a las viandas—. Iré contigo hasta el culo del mundo si hace falta.

El joven dibujó una sonrisa. Estrada miró a Balam.

—¿Y tú qué? ¿Seguirás sirviendo en la casa de doña Leonor de Alvarado?

Balam negó con la cabeza. Desde la muerte de Portocarrero, el joven mestizo había vuelto como criado a la casa de la viuda de su señor.

—No lo sé.

—Puedes venir conmigo, Balam —le ofreció Fernando.

—No puedo permitirme ni las provisiones para un viaje tan largo. Apenas tengo dineros.

Estrada echó una mirada a Fernando y luego regresó al mestizo.

—Vamos tirando sobre la marcha, chaval. Tú te vienes con nosotros.

El muchacho sonrió y el capitán le dio unas palmadas en el hombro. Fernando se alegró al comprobar que sus amigos no lo abandonaban.

Cuando cayó la tarde, regresaron por la cara de la montaña que daba a la villa, un sendero sinuoso que bordeaba la montaña. A poca distancia del lugar en el que habían descansado, Fernando descubrió una gruta. Fernando le preguntó a Balam por aquel sendero y el muchacho le dijo que iba a parar directamente a Santiago de los Caballeros. Era el lugar idóneo que había estado buscando y el motivo de aquella travesía por la montaña. Esa noche la pasaron al raso, junto a la gruta. Fernando esperó a que la luna se posara en lo alto de la cúpula y solo entonces sacó de sus fardos la talla de Ixchel. Buscó una piedra grande dentro de la gruta donde apoyarla y la situó de tal forma que la luz de la luna la alcanzara y se reflejara en la oscuridad de la cueva. El efecto de luz surtió efecto y él mismo puso la primera ofrenda, el collar de madera que había pertenecido a Martín del Castillo. Sus compañeros volvieron a la hoguera para comer. Fernando permaneció solo frente a la talla.

—Ya estás a salvo —murmuró—. Ahora podrás proteger a tu gente, gran señora.

Algo alejados, el capitán y Balam contemplaban a Fernando y el atardecer.

—¿Crees que los quichés sabrán que hemos puesto la figura aquí arriba? —le preguntó Estrada a Balam con la vista en Fernando, en la lejanía. El muchacho asintió, con una mirada de esperanza.

—Estoy seguro de que sabrán encontrarla.

Estrada miró la luna, sobre la villa.

—Que Dios y esta señora nos proteja a los tres, allá donde nos lleve el destino —rogó de corazón.

9

Ocho meses después de la llegada de Alvarado a la villa, la plaza de Santiago de Guatemala volvió a llenarse de hombres, soldados, armas, artillería y un ambiente de campaña de guerra. Muchos de los veteranos y soldados venidos de España estaban ansiosos por bajar a los astilleros de Acajutla y al puerto de Iztapa, en la Mar del Sur, para embarcar en la gran armada de Alvarado e iniciar la expedición a las Especias y llenar sus bolsillos de riquezas. El murmullo de la hueste en la plaza despertó a Fernando, sobre el lecho de doña Teresa. La dama estaba vestida y lo contemplaba desde el arco de la puerta.

—Llegas tarde —dijo la señora—. Tus hombres te aguardan.

Fernando se incorporó y se aseó. Doña Teresa le había servido en la mesa carne, pan, maíz, queso y vino. Después de comer, la mujer le señaló un saco de cuero que le había llevado el capitán Estrada esa mañana, temprano al alba.

—Me ha dicho que no salieras a la plaza sin esto.

Fernando descubrió en su interior una armadura. Una coraza, un par de hombreras, brazaletes, grebas y un morrión, el casco de ala abierta y en punta tan característico de la hueste castellana. El joven sacó todo del interior de la saca. Doña Teresa, que siempre había demostrado ser una mujer fuerte, se derrumbó. Apoyada sobre el marco de la puerta, se cubrió el rostro con una mano y lloró desconsolada. Aquella era la marcha de su amante, el único hombre que le había hecho descubrir el amor en la lejanía de las Indias. Fernando se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

—Maldita sea la guerra —lamentó ella, mientras se secaba las lágrimas—. Maldita esta conquista que nos arranca el amor.

Doña Teresa acarició el rostro de Fernando con ambas manos. Luego fue hasta las piezas de la armadura. Cogió la coraza y la puso sobre el pecho de su hombre. Tiró de las correas y los cinturones para sujetarla por la espalda, como si fuera su paje, en un ritual de antaño. Hizo lo mismo con las hombreras, los brazaletes, los guantes. Cruzó el cinto con la vaina de su ropera por su cintura, en una suerte de danza íntima. Por último, le entregó el yelmo para que Fernando se descubriera a sí mismo como un capitán de la conquista.

—Que Dios te proteja, mi señor —dijo en tono solemne.

Fernando la besó en la frente antes de salir de la casona. Cruzó la plaza a paso decidido entre la multitud de compañías que se agrupaban en torno a sus pertrechos, sacos, cajones y demás provisiones. Era fácil diferenciar a los hombres de renombre por sus ropajes, sus armas y sus armaduras del resto de infelices que iban con lo puesto, algún escaupil de algodón o un simple peto de cuero remendado. Descubrió entre la muchedumbre al capitán Estrada, vestido de guerra, junto a Balam, que cumplía funciones de escudero. Su amigo le estaba dando órdenes a un grupo de hombres. Al verlo venir con la armadura, al capitán le cambió el gesto. Su amigo parecía otro hombre. Se estrecharon la mano, y luego Estrada le señaló a la hueste que aguardaba frente a ellos.

—Alvarado te ha asignado la vida de estos treinta desgraciados.

Fernando vio a los hombres sentados en el suelo en corrillos, esperando la orden de ponerse en marcha. Se dio cuenta de que un tercio de ellos llevaban alguna pieza de artillería en las manos.

—¿Cuántos escopeteros? —preguntó el joven.

—Doce —dijo Estrada—. El resto son rodeleros y piqueros.

Fernando recordó las lecciones de Portocarrero.

—Haz que se agrupen de tres en tres. Un arcabucero, un rodelero y un piquero. Seguro que muchos ya habrán hecho eso antes.

Rápidamente, Estrada alzó la voz y ordenó reunirse a toda la compañía de Cardeña. Les presentó a su señor, don Fernando, y dio la orden asignada. Los hombres comenzaron a hablar entre ellos y a buscar compañeros. Fernando mandó al capitán al palacio de Alvarado a por órdenes. Quería saber cuándo iba a ponerse en marcha la hueste. Poco después, vio salir de la casa del gobernador al adelantado a caballo y al resto de señores principales y señores del cabildo. También vio al obispo Marroquín, en compañía de fray Bartolomé de las Casas. Diego de Estrada regresó junto a Fernando.

—Nos movemos.

Estrada dio voces a su compañía para que se pusieran en pie y siguieran a su señor. Fernando se alegró de contar con la ayuda de un veterano como su amigo, que se sentía como un pez en el agua entre la hueste y la dureza de los soldados. Pocos podían decir que habían estado en Pavía o en el saqueo de Roma. Diego de Estrada era uno de ellos. Toda hueste necesitaba de hombres así, firmes y con coraje, hombres a quien seguir en la batalla.

La compañía de Fernando se echó los fardos y armas a la espalda y fue de las primeras en situarse junto al grupo de principales de Alvarado. El adelantado se acercó y estrechó la mano de su socio, Fernando de Cardeña. El joven lo vio vestido para la guerra, enérgico y vigoroso. Se dijo que aquel hombre había nacido para vivir en campaña, no para gobernar. El sosiego de la paz le perturbaba, y solo hallaba la calma en el preparativo a la guerra. Luego vio al escribano Montoya, con una armadura reluciente. Lo vio tan entusiasmado que le pareció ridículo. Lo saludó desde la distancia. Era de esos hombres que nunca había marchado a la guerra, pero ansiaba poder narrarla. Sintió lástima por él.

Varios vecinos salieron a despedir a los soldados. Fernando vio al obispo Marroquín despedirse de fray Bartolomé. Cuando el joven se acercó, el fraile le devolvió una mirada encendida.

—¡Usted vendió los esclavos africanos al gobernador! —le dijo, señalándolo.

Fernando no se esperaba ese ataque.

—No tuve más remedio, señor —respondió—. El destino de mi familia estaba en juego. ¿Qué pretendía que hiciera?

—Aunque ya no sean suyos, en usted recae la responsabilidad de sus almas. Que Dios haga su justicia y dé a los hombres el destino que merecen —le dijo De las Casas a modo de despedida.

El joven apretó las muelas y se contuvo de decir algo más. De las Casas no tenía idea de todo por lo que había tenido que pasar. ¿Qué sabía él de lo que pensaba, de lo que sentía? ¿Quién era él para juzgar sus actos?

—Vaya con Dios, padre —respondió finalmente, conteniéndose.

El sacerdote se apartó de él con brusquedad y se alejó. Fernando se pasó una mano por rostro y Marroquín le dio una palmada en el hombro.

—No se deje amedrentar por sus palabras, Fernando —le aconsejó el obispo—. Es usted un hombre sensato y un buen cristiano. Confío en que cuidará de los naturales de esta tierra y de sus reyes.

—Alvarado los ha perdonado, pese a su rebeldía —dijo Fernando.

—Esos hombres solo defendían su tierra, ya se han sometido.

Marroquín marchó junto a Fernando, que pensó en el difícil papel que le tocaba cumplir al obispo, a medio camino entre su fe y la lealtad a su amigo y señor.

—No sabía que usted vendría con la armada, señor obispo —dijo el joven.

A Marroquín le hizo gracia imaginarse en la expedición.

—Tengo asuntos que resolver en México, con el obispo y el virrey —le explicó—. La armada costeará el litoral hasta Nueva España. Allí, cuando paremos a cargar de agua las vasijas, tomaré rumbo a México.

En el exterior de la villa los esperaba una marea de tamemes y de esclavos negros que llevarían las provisiones y pertrechos al puerto de Iztapa. Fernando distinguió a los africanos que su familia le había vendido a Alvarado y que el adelantado le había pagado con los dineros de Montejo en Tabasco. También vio muchas monturas y carromatos. Fernando pidió tres caballos y regresó junto a Estrada y Balam. Los tres ataron sus fardos en las alforjas y montaron. Iban a cabalgar juntos un poco más al sur, para ver la encomienda que le había asignado Alvarado a la familia Cardeña.

En ese momento, vio a dos indios con grilletes, escoltados por una compañía entera de soldados. Dos quichés con el aspecto de dos tamemes. Fernando se dio cuenta de que eran los reyes de Utatlán y de Guatemala, aquellos señores de estirpes extinguidas de las que le había hablado doña Teresa. Finalmente, Alvarado había decidido llevarlos en su flota, como prometió, aunque fuera como prisioneros.

10

Cabalgaron durante varias jornadas hacia el sur junto a la caballería de

Alvarado. Luego el adelantado dio órdenes a uno de sus jinetes, Pedro Garcés, para que se desviara de la ruta junto con Fernando, Estrada y Balam y vieran los campos pertenecientes a su encomienda. Tardaron menos de medio día en llegar a una selva húmeda y bastante alta con respecto al mar. Se trataba de un valle ancho y cubierto de árboles de cacao. No había sendero ni casas. Tampoco habitantes. En realidad, la familia Cardeña había quedado a la espera de la llegada de Fernando a Guatemala para recibir un reparto de indios. Sin embargo, el joven sabía que ese reparto jamás se daría, puesto que el adelantado había usado hasta al último hombre como mano de obra para su campaña, tanto en los astilleros como de cargadores.

—¿Te ha dicho hasta dónde alcanza tu tierra? —le preguntó Estrada.

Fernando se cubrió del sol con una mano en la frente.

—Hasta las colinas que se ven desde el camino.

Muy lejos, tal vez a una jornada o más de viaje, se hallaban esas laderas que marcaban el límite. Era un territorio vasto, lleno de un fruto que Fernando desconocía. Aprovechó para desmontar y coger uno con sus manos. Le sorprendió que el cacao saliera directamente de los troncos y no de las ramas. El árbol estaba lleno de capullos blancos y rosados, tan frágiles como los de una orquídea. Fernando sostuvo uno, grande y amelonado. Estaba encerrado en una cáscara gruesa de color bermejo. Sacó un cuchillo e hizo un corte longitudinal. Al abrir la vaina, halló una pulpa blanca cuyas semillas eran los granos de cacao. Su aroma era distinto a cualquier otra cosa que hubiera sentido antes.

—Los indios secan los granos al sol —le comentó Garcés, el jinete—. Después los tuestan. Con ello preparan una pócima que tiene mal aspecto.

—¿Cómo de malo? —quiso saber Fernando.

—Parece mierda —dijo Garcés.

—¿Ha dicho que parece mierda? —preguntó Estrada, y el jinete asintió.

Fernando volvió a sentir el olor de la vaina. De regreso al camino de Iztapa, Fernando quiso saber más cosas sobre esa bebida. El jinete le contó lo que todos sabían en Guatemala acerca del cacao. Los indios tostaban sus semillas, las molían y hacían una harina oscura. Luego la mezclaban con agua o leche. Era un brebaje que se podía beber caliente o frío, con pimienta y picante. Llevaban siglos alimentándose con eso. Se trataba de un brebaje marrón o rojizo, espeso y vigorizante, que servía como tónico medicinal. Daba fuerzas y alimentaba. Aunque no fuera popular entre los españoles por su aspecto repugnante, Garcés les dijo que la mayoría de los encomenderos de Santiago de Guatemala y de la villa de San Salvador cargaban navíos enteros

con destino a México, Nueva España, para ser vendido en los mercados de la gran ciudad del lago.

—¿Allí también lo beben? —le preguntó Fernando.

—Así es —sostuvo Garcés—. Mucho más que aquí, incluso.

Balam lo interrumpió.

—Yo lo he probado.

—¿Cómo es? —le preguntó Estrada.

El mestizo se encogió de hombros.

—Da fuerzas para aguantar un día de trabajo o una jornada de viaje, refresca si se prepara frío y calienta hasta los huesos si se bebe caliente.

—Si es una bebida tan maravillosa, ¿cómo es que no he visto a ningún español disfrutando de ella? —le preguntó Fernando a Balam, y desvió la mirada a Garcés. El jinete miró al mestizo y se encogió de hombros.

—Lo que le he dicho antes —soltó Garcés—. Parece lo que parece.

De regreso al camino principal, cabalgaron sin descanso hacia el puerto de Iztapa. La costa de la Mar del Sur se hallaba a unas pocas leguas de Santiago de Guatemala. Alvarado había elegido la desembocadura de un río ancho y marrón para su puerto: de esta manera podía cargar materiales y pertrechos desde la llanura del altiplano hacia el mar. El lugar estaba rodeado de una selva espesa. Los compañeros entraron en la pequeña villa de Iztapa con el último sol de la tarde. A Fernando le alegró saber que la encomienda estuviera tan cerca del puerto.

Sobre las copas de los árboles se distinguían las siluetas oscuras de los volcanes, como colosos guardianes de aquella tierra. Al otro lado, el océano infinito los dejó sin palabras. Era la Mar del Sur. En la ensenada, vieron la imagen de la hueste lista para subir a los más de doce navíos que reposaban sobre las aguas. La flota de Alvarado cortaba el horizonte. La mitad eran galeones de gran tonelaje. El resto eran naos más pequeñas, pero igualmente pertrechadas y preparadas para afrontar un viaje largo, cargadas con las provisiones que había comprado Fernando. Una parte de él se sintió orgullosa de lo que había conseguido. En la playa se esparcía la hueste, y un ambiente solemne reinaba entre los hombres. Tal vez fuera el cansancio, la incertidumbre o el malestar que sentían por el adelantado lo que hacía que murmuraran.

—El gobernador aguardará a mañana para embarcar —dijo Pedro Garcés —. Esperemos que corra viento.

—Necesito hablar con don Pedro sobre la encomienda —dijo Fernando.

Garcés guio la montura hacia la playa y los cuatro cabalgaron levantando

arena. Fernando recordó a los hombres de Hernando de Soto y sus ganas de echarse a la mar para conquistar La Florida. Los hombres de Alvarado eran distintos, y los motivos que los movían eran diferentes. A muchos de ellos se les adeudaban dineros o participaciones, y se veían obligados a acudir a esa campaña para no caer en la pobreza o para demostrar su lealtad al gobernador. Otros lo hacían porque no tenían nada más en esa tierra. Los hombres bebían, hacían hogueras, jugaban a las cartas y apostaban, mientras dejaban pasar las horas en espera de órdenes. Estrada distinguió al escribano Montoya con sus fardos, sentado en solitario.

—¡Montoya! —lo llamó.

El escribano los saludó con una expresión fatigada.

—No hay abrigo para todos en Iztapa, mis señores. Tendremos que dormir al raso.

—Creo que podrá superarlo, mi señor —dijo Estrada—. ¿Ha visto usted a Alvarado? Don Fernando lo busca.

—Don Pedro ha pedido que no lo molesten —explicó Montoya, y luego señaló un camino—. Se ha alejado con una de sus compañías por ese sendero. Espere, mi señor, ¿qué hace? ¡Don Fernando, espere!

Fernando tuvo un mal presentimiento. Guio su montura hacia el camino y cabalgó a toda prisa por el único sendero que se dirigía al norte de Iztapa, muy cerca del mar. El sol se escondía en el horizonte y el océano se pintaba anaranjado. En ese momento, Fernando oyó un grito desgarrador. Distinguió una columna de humo y espoleó a su caballo en esa dirección. Un poco más allá, descubrió a la compañía de hombres y capitanes más fieles a Alvarado en un claro de la selva. Nadie reparó en su presencia. Fernando desmontó. Frente a él, los hombres habían atado a dos troncos a los reyes nativos, los reyes de Utatlán y de Guatemala. Bajo sus pies se apiñaba madera seca y yesca. Fernando llegó justo para ver la última bendición del obispo a esos dos hombres, antes de que un soldado depositara una antorcha encendida a sus pies. Un juicio rápido y sin valor era cuanto habían tenido después de tantos años de prisión. Alvarado había procurado dejar en Iztapa a todo aquel que pudiera mostrarse contrario a su decisión, pues jamás se fio de las palabras conciliadoras de esos rebeldes. Los reyes gritaron, desesperados, hasta quedarse sin voz, mientras las llamas crecían y chamuscaban su piel.

Fernando hizo un esfuerzo por no gritar y apartó la mirada. Al joven se le llenaron los ojos de lágrimas de impotencia. Lloró por los indios. Por él mismo. Por estar atrapado en las garras de un hombre despiadado, sin poder hacer nada contra él y por darse cuenta de que estaba frente a un miserable.

Advirtió que Alvarado nunca cumpliría con su promesa, que marcharían hasta la Especiería y que allí le otorgaría en pago lo que le fuera en gana, pero jamás cumpliría con su palabra. Pensó en doña Teresa y en sus palabras. *«A sangre y a fuego»*. Fernando estaba cansado de luchar contra las circunstancias y contra un hombre sin moral, capaz de poner su ambición por encima de cualquier cosa, aunque eso significara quemar vivos a los hombres y acabar para siempre con una estirpe de reyes.

El joven alzó la vista con los ojos enrojecidos mientras los reyes eran consumidos en aquella muerte atroz. Estrada apareció tras él. Alvarado permaneció de pie frente a ellos, sin dejar de mirarlos, impasible. El obispo Marroquín estaba con la mirada en el suelo, incómodo, entre los soldados. Finalmente, Alvarado había decidido limpiar Guatemala de sus linajes ancestrales, antes de marcharse a conquistar el otro lado del mundo. La quema de los reyes era la prueba de que Alvarado haría lo que fuera por conseguir sus planes. Engañó a sus enemigos en el cabildo, sin vacilar, y embaucó a quienes confiaron en sus maneras cortesanas y dieron su riqueza para su campaña. Pedro de Alvarado desvió la vista del fuego hasta la espesura del bosque y descubrió a Fernando, con quien cruzó una mirada. Ambos se sostuvieron el gesto. El joven pudo distinguir en sus ojos el reflejo de una amenaza envuelta en llamas.

XVII

Las ciudades de oro

1

A finales de octubre de 1540, la armada de Alvarado divisó el Puerto de la Navidad, situado en la costa de Nueva España. Había pasado un año desde el regreso desde Santa María de la Victoria. Fernando contaba con la San Cristóbal; sin embargo, había decidido viajar en la embarcación de Alvarado para no separarse del adelantado. Durante la navegación, Fernando adoptó el compromiso de seguir a Alvarado dentro de su círculo más próximo, sin importar las consecuencias. Había comprendido, en cierto modo, que lo mismo daba que el hidalgo fuera su deudor: lo único que importaba era que aquella era en gran parte su campaña y que debía hacer todo lo que estaba en su mano por sacarla adelante. Aunque eso le costara cruzar la Mar del Sur hasta las islas de las Especias. Alvarado aceptó ese pacto silencioso y lo nombró su lugarteniente.

El Puerto de la Navidad era una villa minúscula que se había visto sorprendida de la noche a la mañana por un millar de expedicionarios que llenaron su ensenada con una docena de galeones. Alvarado, algunos de sus capitanes, su escribano, su capellán y el obispo se alojaron en las pocas casas que había en el poblado, por cortesía de sus habitantes. El resto de la hueste durmió al raso en la playa. El adelantado ordenó desembarcar a la mayoría de su gente, pues esperaba pasar cuatro semanas allí antes de cruzar el mar. Esos días bajarían las vasijas de agua para rellenarlas y comprarían todas las provisiones que fueran posibles.

Esa tarde, la del tercer día, Fernando estaba bajo la sombra del pórtico de la casa en la que se alojaba con Alvarado, mientras observaba a una compañía de alabarderos limpiar y sacar filo a las hojas de acero. Vio de soslayo al adelantado situarse a su lado, de brazos cruzados. Apenas se habían dirigido la palabra durante la travesía.

—Sé que me acusa de muchas cosas, Cardeña. Lo entiendo. Pero le aconsejo que confíe en la experiencia que he ganado en todos estos años. Sé

bien lo que hago y por qué lo hago. La conquista y el dominio de un territorio no se alcanza de forma pacífica ni mediante los métodos que exigía el padre De las Casas. A veces hace falta tener el valor para romper con las reglas del honor cuando la situación lo requiere, porque de ello depende la vida de muchos. Nunca la guerra es un camino de rosas, y ese es el precio que han de pagar aquellos que tienen el mando y en cuyas decisiones recaen los destinos de su gente.

Fernando lo miró un instante, con expresión seria. Podía comprender sus motivos, pero eso no significaba que los apoyara. Alvarado prosiguió.

—Sé que no soy popular entre mis capitanes y que muchos de los hombres de mi hueste me temen —dijo—. Pero créame, Cardeña, cuando le digo que no hay otra manera de acarrear un ejército tan grande como este hacia un destino incierto, tan cercano a la muerte. A veces hay que tomar decisiones desagradables que muchos de los míos no aprecian, pero, en el fondo, agradecen no ser ellos quienes las han de tomar.

Fernando guardó silencio unos momentos.

—No seremos ni yo ni estos hombres quienes lo juzguen, caballero —respondió con voz sombría—. La historia verá sus actos y todo lo que ha hecho en esta vida, y será ella, en los siglos venideros, la que dicte la sentencia.

Alvarado frunció el ceño y su semblante se ensombreció. Fernando sabía que había dado justo en la llaga. El hidalgo era un hombre prepotente y orgulloso, que aspiraba a ser recordado como un grande, por encima de cualquier cosa. Alvarado no dijo nada más con respecto a eso. Los interrumpió el galope de un jinete a toda prisa. Lo vieron aparecer por el camino que colindaba con la playa. Iba con una armadura completa y armado hasta los dientes.

—¡Busco al señor Alvarado! —gritó al tiempo que se quitaba el capacete.

Un par de rodeleros se acercaron a él y sostuvieron las bridas de su montura.

—¡Dejadlo pasar! —ordenó el hidalgo, que se apartó de Fernando y anduvo hacia el camino—. ¿Quién sois?

Fernando siguió a Alvarado y se situó a su lado.

—Buenas tardes os dé Dios —dijo el jinete antes de desmontar y trazar una profunda reverencia hacia el adelantado—. Soy el capitán Juan Fernández de Híjar, mi señor, gobernador de la villa de la Purificación.

—Haceos cargo de su caballo —ordenó Alvarado a sus hombres, y luego se volvió a Híjar—. Entrad en la casa para que os ofrezca una ración de comida y algo de vino, señor. Cardeña, venga con nosotros.

Los tres entraron en la casa y Alvarado mandó a un paje que les sirviera algo de beber y les llevara unas viandas para el capitán Híjar. Tomaron asiento en la mesa del comedor, que esos días Alvarado utilizaba como despacho y que en ese momento estaba llena de papeles, libros de cuentas de la armada, listados de hombres, mapas y portulanos.

Híjar echó un vistazo a Fernando y luego miró al adelantado, que comprendió el motivo de su gesto.

—Puede hablar con franqueza, señor. Este es el capitán Fernando de Cardeña, amigo y armador de esta armada —dijo Alvarado. Híjar asintió.

—Don Pedro, vuestra fama es bien sabida por todos los españoles de esta tierra, y vuestra gesta en la toma de Tenochtitlán es recordada por todos. La firma de la conquista de Nueva España lleva vuestro glorioso nombre —comenzó. Fernando distinguió cierto brillo en la mirada de Alvarado tras las palabras de Híjar, como no podía ser de otro modo. El gobernador de la villa de la Purificación frunció el ceño y continuó—: Ha corrido la voz en toda la comarca sobre vuestra llegada, y solo puedo deciros que habéis sido enviado por la Divina Providencia y por María, que es la madre de Dios. En buena hora Su Majestad os dio las licencias para construir tan tremenda armada y fiera hueste.

A Alvarado le agradaron sus palabras. Fernando, en cambio, frunció el ceño con preocupación. Hacía mucho tiempo, Giacomo Bardi le había enseñado que las grandes adulaciones solían ir acompañadas de peticiones complejas.

—¿Qué le aflige, capitán? —le preguntó Alvarado tras un momento.

—Señor, la situación es grave —dijo Híjar sin más ornamentos.

—Ilústrenos, pues —solicitó Alvarado con su vaso de vino en las manos—. Apenas he desembarcado, y desconozco los problemas de la Nueva España.

El capitán Híjar negó con la cabeza.

—No se trata de Nueva España, señor, sino de Nueva Galicia. Una revuelta se ha levantado en el norte, en Nayarit, y azota a los pueblos cristianos de nuestra región, y cada día son más los indios que se suman a la causa. El territorio de la ciudad de Guadalajara es un hervidero de rebeldes teules y chichimecas que luchan día y noche contra nosotros. No hay manera de detenerlos, y por seguro avanzarán hasta México.

—¿Quién es el gobernador de Guadalajara? —quiso saber Fernando.

—Un bastardo —respondió Alvarado, a quien le había cambiado la voz.

El capitán Híjar carraspeó.

—Su fundador y también el conquistador de Nueva Galicia, Nuño de Guzmán —dijo—. El hombre más despiadado de cuantos han pisado esta tierra, Cardeña. Sus acciones se cuentan por atrocidades. Ha hecho lo que ningún bárbaro se ha atrevido a hacer.

—No es de extrañar que los naturales se hayan rebelado, pues —manifestó Fernando. Híjar hizo un gesto de aprobación, de acuerdo con sus palabras.

—La Corona lo puso ahí hace muchos años para contrarrestar el poder de Cortés en México, pero se les fue de las manos —explicó Alvarado—. Ese hombre se volvió un asesino y quemó pueblos enteros, sin ninguna estrategia. El reino de Nueva Galicia nació de las cenizas que provocó ese miserable.

—Así es —continuó Híjar—. Hace unos años, la Corona envió a don Antonio de Mendoza como virrey de Su Majestad para reorganizar el territorio. Lo primero que hizo Mendoza fue realizar pesquisas sobre los cargos de los que se acusaba a Guzmán. No tardó en tomarlo prisionero cuando todo salió a la luz, y se lo han llevado con grilletes a España, donde le espera un largo juicio por sus actos.

Alvarado se sorprendió.

—Parece que al final Mendoza ha tomado las riendas de Nueva España.

—Así es, señor —comentó el capitán—. No ha dejado un solo día sin tomar nuevas medidas para el buen gobierno de esta región.

—¿Quién está al mando del reino de Nueva Galicia desde entonces?

—Cristóbal de Oñate —respondió Híjar.

—¿Oñate? —repitió Alvarado.

Híjar asintió. Los tres estuvieron un momento sin hablar. El capitán fijó la mirada en Alvarado.

—Señor, los pueblos en Nueva Galicia se suman día tras día a la causa de los rebeldes. Apostaría todo lo que tengo a que Guadalajara caerá en menos de un año. Nuño de Guzmán les ha dado un motivo a todos los pueblos libres para unirse en una sola causa contra nosotros. En menos de lo que nos imaginamos, tendremos a las huestes de Tenamaxtli, su líder, sitiando México. No hay fuerzas ni hueste suficientes para detenerlos. Y eso lo sabe Cristóbal de Oñate y lo sabe bien el virrey Mendoza. Señor, los naturales cercan mi villa, la de la Purificación. He venido en busca de vuestro apoyo.

—Dios nos asista —murmuró Alvarado, que se puso en pie y anduvo hasta el otro extremo de la mesa con aire pensativo.

Aquel asunto cambiaba las cosas. La armada no podía salir a conquistar la Especiería sabiendo que una guerra en Nueva Galicia amenazaba con destruir

toda la conquista de Nueva España. Era cierto que la llegada de la hueste de Alvarado podía ser vista como un signo de la Divina Providencia. Fernando sabía que, si la campaña cambiaba su rumbo, lo hacían también su participación y el cobro de su deuda. En ese momento de necesidad, le pareció mezquino recordar los deberes de Alvarado hacia su familia. Miró al hidalgo y por un instante tuvo la impresión de estar frente a un hombre lúcido. Que pensara en prestar ayuda a sus hermanos cristianos demostraba su grandeza; sin embargo, le confundía recordar que había sido él mismo quien había quemado a los reyes de Guatemala. Alvarado era un ser contradictorio, a veces tan noble como un héroe de antaño y en otras ocasiones, necio y despiadado como un criminal.

Alvarado se volvió hacia Fernando; había tomado una decisión. No había tiempo para pensar con más detenimiento.

—Cardeña, es usted mi armador. El que ha reunido todas las provisiones y la artillería. Es usted a quien debo gran parte de mi hueste. Usted decide.

Fernando no se esperaba aquello, y le cayó como una losa sobre la espalda.

—¿Cómo dice? —Fernando cambió de expresión.

—Lo que oye. No apostaré mis recursos sin su apoyo.

—Señor… —quiso intervenir Híjar, pero Alvarado lo detuvo con un gesto.

En la sala se respiró la tensión.

—¿Cómo se atreve a responsabilizarme de esto?

Alvarado clavó su mirada brillante en Fernando, en medio de aquel pulso.

—Más de la mitad de mi hueste y mis navíos llevan avituallamiento pagado por la familia Cardeña, señor. Si esta revuelta nos detiene aquí unos meses, debo contar con su compromiso.

Fernando maldijo a Alvarado por ponerlo en aquella tesitura, y más frente a un hombre desesperado por ser auxiliado. El capitán Híjar desvió la mirada hacia Fernando en espera de su respuesta. Él cerró los ojos un instante. Le asombró que Alvarado decidiera apostar toda su campaña, sus hombres y sus dineros en pertrechos y armas que tanto le había costado conseguir por salvar la vida de los demás. Sabía que existía el deseo oculto de ser recompensado por Su Majestad y por el virrey; sin embargo, también había en él una parte humana que lo volvía indescifrable. Parecía realmente dispuesto a jugarse la vida por un puñado de españoles sin esperanza. Fernando se pasó una mano por el rostro. Luego asintió, conforme.

—Bien, reúna a todos mis capitanes y mande desembarcar a la hueste, a la

caballería y todas las piezas de artillería —le ordenó Alvarado—. Quiero que una compañía de cincuenta hombres marche inmediatamente hacia la villa de la Purificación. —El adelantado se giró hacia el capitán Híjar—. Señor, cabalgue sin descanso hacia su villa y envíe mensajeros a Guadalajara para informar a Cristóbal de Oñate de que mi ejército marchará a defender su plaza.

2

Unas semanas después de enviar a una compañía a la villa de la Purificación, los acontecimientos se precipitaron y Alvarado recibió en el Puerto de la Navidad a Agustín Guerrero y a Luis de Castilla, hombres de confianza del virrey Mendoza. Ambos habían cruzado el valle sin descanso para entrevistarse con el adelantado de Guatemala.

—El virrey ha concertado un encuentro con vos en la encomienda de vuestro pariente, Juan de Alvarado, en el pueblo de Tiripetío, para discutir sobre la revuelta de indios y sus expediciones —dijo Luis de Castilla, sin rodeos, tras ser recibido—. Estas son sus instrucciones.

A continuación, Castilla le entregó una carta a Alvarado. Pese a que él era el adelantado y gobernador de Guatemala, seguía estando bajo las órdenes del virrey de Nueva España y, por tanto, estaba obligado a cumplir con sus disposiciones. A Fernando le alegró oír aquello. Llegado el momento, tal vez podría vender su participación de la campaña al propio virrey y librarse de Alvarado y del viaje por la Mar del Sur. Estaba desesperado por recibir correspondencia desde Sevilla y conocer la situación de su familia.

La noticia sobre la llegada de Pedro de Alvarado había corrido como la pólvora por los pueblos de Nueva España y de Nueva Galicia. Fernando, al igual que el resto de los capitanes, sabía que la campaña podía alargarse incluso medio año. Era imposible sofocar una revuelta tan numerosa en menos tiempo, teniendo en cuenta las fuerzas de ambos bandos y las distancias que debía recorrer la hueste hacia el norte.

—¿Dónde está Mendoza? —preguntó Alvarado.

—Ha ido a ver el estado de las cosas en Guadalajara, y ahora mismo marcha hacia vuestro encuentro en Tiripetío —dijo Luis de Castilla.

Alvarado intercambió una mirada con su lugarteniente, Fernando.

—Informe al obispo y al licenciado Maldonado de que salimos para México —murmuró—. Que el capitán Estrada prepare a la compañía para marchar.

La comitiva partió esa misma tarde del Puerto de la Navidad a través del valle hacia el pueblo de Tiripetío. Por primera vez en días, Fernando tuvo tiempo para hablar con Estrada y con Balam acerca del giro de los acontecimientos y de sus planes. Alvarado iba a negociar con Mendoza los términos y licencias de su expedición y a decidir sobre la revuelta de los indios. Aunque se habían hecho a los caminos y a aquella vida en constante movimiento, lo cierto era que la campaña bélica podía alargar las cosas otro año más, y en aquel noviembre de 1540, Fernando y Estrada iban camino de cumplir su tercer año en Indias.

En el camino a través del valle vieron enormes picos nevados y llanuras que se abrían entre cadenas montañosas sobre cuyas cimas se mantenía una niebla sombría. Nueva España era una tierra enorme y abundante, muy distinta a Guatemala. Su paso estaba regado de bosques de buena madera de pinos, encinos, fresnos y hasta ceibas. Además, estaba plagado de una fauna desconocida.

La comitiva entró en el pueblo de Tiripetío a finales de noviembre, y fue el propio virrey, Antonio de Mendoza, quien salió a recibirlos. Iba acompañado de una escuadra de veinte alabarderos e infantes. Fernando observó que era un hombre de unos cincuenta años, y tenía el cabello oscuro con tintes plateados, al igual que su barba. Saltaba a la vista su aire noble, no tanto por sus vestimentas, sino por su manera de andar, de moverse y de saludar. El virrey daba la impresión de ser un hombre extremadamente inteligente.

Juan de Alvarado, familiar del adelantado, procuró atender a sus invitados con el mayor lujo que pudo. La fama de don Pedro, el tamaño de su armada y de su hueste y los propios negocios del virrey convertían aquel encuentro en un punto de inflexión para el futuro de las acciones dirigidas en Nueva España, Nueva Galicia y la Mar del Sur. Cada invitado se retiró a descansar, con la mente puesta en el día siguiente, cuando se iniciaran las conversaciones.

Fernando y Estrada vieron que la villa de Tiripetío era un hervidero de españoles e indios trabajando a destajo. Tras dejar sus cosas y ser alojados en las celdas del convento, fueron recibidos con un cocido y pan de maíz. Aún era mediodía, por lo que decidieron dar una vuelta y explorar aquel pueblo singular.

—Menuda parafernalia hay montada aquí —dijo Estrada con la vista en las calles del pueblo. El terreno estaba lleno de estacas y cordeles que unían diferentes puntos, como los trazados imaginarios de un papel. En una de esas calles, distinguieron a un fraile que daba unas indicaciones a unos albañiles. Se acercaron a él. El hombre los saludó y se presentó como fray Diego de

Chávez, de la Orden de San Agustín. Fernando, por su parte, le dijo que era uno de los armadores de Alvarado, y que tenían curiosidad por saber las técnicas de construcción que usaban en Nueva España. Hablaron un rato sobre la labor de los agustinos en la región y lo que habían hecho hasta entonces en el pueblo. A Fernando le impresionaron sus ideas. Lo primero que había diseñado en Tiripetío había sido un complejo sistema de acequias con las que llevar agua fresca.

—¿Para qué son esas cuerdas? —quiso saber Estrada, tras un rato.

El fraile esbozó una sonrisa y los invitó a dar un paseo por la villa.

—Hemos hecho todos los bocetos de las plazas y de las casas. Las cuerdas marcan el sitio donde se van a construir —les explicó—. Si se fijan, hemos proyectado tres barrios alrededor del convento. Miren. Es una obra magnífica, una idea de nuestro hermano fray Alonso de la Veracruz.

Fernando vio que muchas de las casas de los barrios ya estaban habitadas.

—¿Y quiénes viven allí?

—Todos los naturales de esta tierra. Se las hemos regalado. Toda la comunidad ayuda y construye las casas de los vecinos. Además, el señor de la encomienda, que es mi tío, nos ha dado tres haciendas con ganado para la manutención del convento.

—Fray Diego, ¿es usted sobrino de Juan de Alvarado?

El fraile asintió.

—También lo soy de don Pedro. ¿Es usted su lugarteniente?

—Más o menos —respondió Fernando, y echó la vista alrededor y se maravilló de cuantas cosas estaban haciendo allí—. ¿Qué es esa casa grande?

—Una escuela para niños —dijo el fraile, satisfecho—. El virrey ha hecho muchas cosas en la ciudad de México y en esta región. Ha fundado la villa de Valladolid, a medio camino de nuestro convento de Yuriria.

—¿Cómo han podido mantener la amistad de los naturales? ¿Por qué los apoyan en esta villa?

El fraile se encogió de hombros. Deshicieron la callejuela hacia la sombra de unos árboles. Allí había dos niños que llevaban un cesto con unos botijos con agua. Le ofrecieron un vaso a cada uno.

—No hemos venido a conquistarlos, sino a vivir con ellos. A partir de ahora, nuestros destinos están ligados para siempre —explicó fray Diego con la vista en el cielo—. Mucho han cambiado las cosas desde que vino fray Alonso de la Veracruz. Él fue el primero en aprender la lengua de los naturales para enseñarles la nuestra y evangelizarlos en la vida y obra de Nuestro Señor Jesucristo. Además, ha establecido la primera biblioteca de

Nueva España aquí en nuestro convento y él mismo da clases de filosofía de los clásicos y teología. Pero nada de esto hubiese sido posible sin la llegada del virrey Mendoza.

—¿Por qué lo piensa? —preguntó Estrada.

Los tres se sentaron en un tronco que estaba en el suelo, a la sombra de los árboles.

—Supongo que era necesario el buen gobierno de un hombre instruido que ordenara las cosas en Nueva España, hiciera caminos reales, acequias, ciudades. Durante mucho tiempo han abundado hombres del carácter de Nuño de Guzmán o de Hernán Cortés, o incluso de mi tío, don Pedro —manifestó con cierta decepción en la voz—. Son hombres hechos para la guerra, llamados a sí mismos conquistadores, hijos de la conquista de Granada y de las historias de caballería. Sin embargo, ese tiempo ha pasado ya. Ahora es necesario detenerse a arar el campo y cultivar la tierra, a levantar bibliotecas y monasterios y dar una vida mejor a estas gentes que son buenas de corazón.

A Fernando le recordó el sentir de doña Teresa. Fue tanta la pobreza e injusticia que vio en Guatemala que aquellas palabras lo llenaron de esperanza. Rememoró las palabras de fray Bartolomé de las Casas y recordó con desánimo el pragmatismo que mostraba el obispo Marroquín en los asuntos del gobierno de Guatemala. Estrada pareció pensar en lo mismo que su amigo.

—Diga que sí, padre —dijo el capitán dándole una palmada al sacerdote.

3

Las negociaciones entre Alvarado y Mendoza fueron largas y duraron un par de semanas. La noche en la que se firmaron por fin las capitulaciones, Fernando se retiró de la gran sala de los agustinos y regresó a la celda en la que se alojaba en el convento, junto con el capitán Estrada, Balam y el resto de la gente. La noche era fría. Estaba exhausto, pero sabía que no podría conciliar el sueño. La estancia era pequeña, pensada para un monje dispuesto a dedicar su vida a la contemplación, y, por esa razón, la ventana daba al campo. Fernando puso una silla junto al alféizar y se sentó con la vista en las estrellas, mientras recapitulaba lo que se había discutido esos días. Recordó la larga mesa de la estancia principal del convento, presidida por el virrey y por Juan de Alvarado, que se había llenado de grandes señores. Estuvieron presentes, además de Mendoza y sus escribanos, alguno de sus hombres de confianza como Luis de Castilla, Pedro de Alvarado, el escribano Baltasar Montoya, el

licenciado Maldonado y el obispo de Guatemala, Marroquín. Fernando comprendió entonces, por primera vez, el poder de un cargo de Su Majestad. En aquella tierra nada volvería a ser lo mismo bajo la figura del virrey. Aquel hombre era un funcionario leal a la Corona, la voz del rey en Indias, y resultaba que Mendoza era un hombre práctico y resolutivo que no se dejaba amedrentar por ninguno de los grandes conquistadores del Nuevo Mundo. Sin ir más lejos, no titubeó a la hora de apresar a Nuño de Guzmán o de desterrar a Hernán Cortés, que había embarcado a España con su hijo para acusarlo de haberlo desplazado del poder.

Alguien tocó a la puerta dos veces. Un instante después vio aparecer la figura de Diego de Estrada en el umbral. El capitán cerró la puerta y se sentó en un taburete junto a su amigo. Ambos estaban en la habitación en penumbra, bajo la luz de la luna creciente.

—¿Cómo ha ido la cosa? ¿Habéis acabado?

Fernando se llevó una mano a la frente. No sabía por dónde empezar.

—La gente ha enloquecido. Vivimos tiempos extraños.

—¿Qué ha pasado?

—Hace poco el virrey envió una expedición al norte de Nueva España, al mando de un tal fray Marcos de Niza —le relató el joven—. Cuando el fraile volvió a México, aseguraba haber visto en la lejanía de un cañón las siete ciudades de Cíbola, cuyos tejados son de oro. Más riqueza de la que nos podemos imaginar. Más que todo el oro del mundo.

—La madre de Dios —murmuró Estrada, incorporándose hacia Fernando.

—Rápidamente, el virrey organizó una campaña en busca de las ciudades de oro y puso al frente a uno de sus capitanes, Francisco Vázquez de Coronado. Como no quería que nadie más se le adelantara, envió otra expedición por el mar, al mando de un tal Hernando de Alarcón. Ambas expediciones buscaban el camino a Cíbola. Dicen que hay tanto oro que hasta el último soldado de la hueste volverá rico a España.

—Suena bien. ¿Y qué más han dicho? —quiso saber Estrada.

—Bueno, ninguna de las dos expediciones ha regresado aún, pero el virrey le ha propuesto a Alvarado participar en una nueva campaña. Además, le ha otorgado una participación en las expediciones de Coronado y de Alarcón. Se ha despertado la sed de oro. Incluso el virrey, que hasta ahora me había parecido un hombre sensato, no está dispuesto a desaprovechar una oportunidad como esta. Quiere hallar la tan soñada ciudad de oro y el paso que une los dos océanos en el norte.

Estrada se mostró pensativo y permaneció en silencio un momento.

—Al fin se habrá descubierto el oro que contaban las historias, el oro que perseguía Cortés —comentó Estrada sonriente, con un brillo en los ojos.

Fernando lamentó que su amigo cayera en los mismos anhelos ambiciosos que esos hombres. Para él era un simple delirio. Lo único que lo hacía diferente era que quien supuestamente había avistado la ciudad dorada era un fraile, Marcos de Niza, y, por tanto, en ningún caso podía ser un embaucador.

—El virrey ha accedido a comprar la mitad de mi participación de toda la campaña —murmuró el joven—. Me ha ofrecido treinta mil ducados, de los que me hará entrega en cuanto regrese a la ciudad de México.

—Vaya —dijo el capitán, con una mano en el mentón—. ¿Qué piensas hacer?

—He aceptado.

Estrada asintió, conforme. Fernando sabía que el capitán comprendía los motivos. Aquel viaje estaba siendo demasiado largo. No sabía cuándo podía aparecer otra ocasión como aquella, y vender la mitad de su participación por treinta mil ducados era un negocio redondo.

—¿Y qué ocurre con la parte que resta?

—Bueno, aún faltan por cobrar la mitad —sostuvo el joven—. Alvarado deberá pagarlo, ya sea con tierras, títulos o lo que se descubra en la expedición. Pero las cosas han cambiado.

—Ya lo creo —razonó Estrada entusiasmado—. Si esas expediciones llegan a Cíbola, recibirás mucho más. Tu tío apenas podrá creérselo.

Fernando no dijo nada con respecto a eso. Comprendía la euforia del capitán, aunque no compartiera ese optimismo. Luego le explicó que Mendoza era el dueño de un tercio de la armada de Alvarado y de lo que descubriera su expedición, según una cédula firmada por el rey. A cambio y para mantener la amistad, el virrey le ofrecía al hidalgo la cuarta parte de la expedición de Coronado y una quinta parte de la de Hernando de Alarcón.

—No me he enterado de nada —soltó Estrada con el ceño fruncido.

—Mendoza y Alvarado han creado una compañía —le explicó Fernando con calma—. Además de las expediciones de Coronado y Alarcón en las que ahora son socios, han dividido a la flota de doce navíos de Guatemala. Ahora, solo cuatro naves partirán a las islas de las Especias al mando de Ruy López de Villalobos. Otras cinco saldrán al norte, al mando de Juan de Alvarado, en busca del paso que une los dos océanos.

—Me he perdido. ¿Y las tres naves restantes?

—Servirán de socorro para las cuatro expediciones: Alarcón, Coronado,

Villalobos y Juan de Alvarado —aclaró Fernando con expresión cansada—. Además, el virrey ha dispuesto el puerto de Acapulco como astillero y lugar de abastecimiento de las flotas. Ha quedado todo zanjado, todo firmado. Alvarado se compromete a ayudar a sofocar la revuelta de indios en Nueva Galicia, y participará junto al virrey en todas estas campañas.

—Me parece cojonudo —dijo Estrada. Sin embargo, al ver la cara de su amigo, frunció el ceño—. Pero hay algo que te preocupa, ¿no es así?

Fernando se mantuvo en silencio un instante.

—Mierda, eres como tu tío —soltó el capitán—. No te fías de nadie.

—He preferido que toda mi participación fuera a una única expedición, en lugar de dividirla en tantas campañas.

—Bueno, la ganancia será mayor, pero también lo es el riesgo.

—Así es.

—Teniendo en cuenta las noticias de ese tal fray Marcos de Niza, creo que la expedición a Cíbola suena bien.

Fernando negó con la cabeza y su amigo cambió de expresión.

—No es esa la campaña por la que he apostado.

—¿Cuál has escogido?

—La Especiería, la flota de Villalobos.

Estrada se llevó una mano a la nuca. Desvió la vista al campo y luego volvió a su amigo. El capitán entornó la mirada.

—Fernando, no lo entiendo —murmuró el capitán, pensativo—. No sé mucho de comercio, pero por fin tienes la oportunidad de prosperar y de participar en las grandes campañas de estos principales. Te conozco como si te hubiera parido y veo que tu intención es coger esos treinta mil ducados del virrey y largarnos a Sevilla.

Durante unos momentos, ninguno de los dos dijo una sola palabra.

—Se trata de casi todo el préstamo de los Espinosa —advirtió Fernando tras un instante—. No puedo rechazarlo.

—¡Los hombres hablan de ciudades de oro y del paso del océano! ¿Por qué tanta prudencia justo ahora que has conseguido ganar la confianza de esos señores? Después de todo lo que hemos pasado y todo lo que hemos sufrido, no te retires ahora que puedes ganar.

—Precisamente por eso lo hago —razonó el joven con voz tranquila—. Porque recuerdo cada uno de los consejos de Portocarrero. De todas formas, tan solo he cobrado una parte. He decidido seguir apostando por la expedición a las Especias. Si conseguimos un trozo de tierra en esas islas y ponemos una factoría, seremos más ricos de lo que podamos imaginar.

—Pero si regresamos a Sevilla, dejarás en el aire esa expedición —concluyó Estrada, tratando de unir las piezas.

Fernando le dio la razón.

4

La comitiva de Alvarado y la del virrey pasaron el final del año 1540 en la villa de Tiripetío. Los pajes y criados procuraron que no faltara de nada, bajo las estrictas ordenanzas del señor de la encomienda, Juan de Alvarado. Esas semanas, Cristóbal de Oñate, gobernador provisional de Nueva Galicia, escribió una carta al virrey con nuevas acerca de los sublevados. Al parecer, se habían hecho fuertes en la región del Mixtón, cerca del peñol de Nochistlán, una zona difícil y escarpada, al norte de Guadalajara. El capitán Oñate escribía a Mendoza para tranquilizarlo e indicarle que contaba con fuerzas suficientes para escarmentarlos y someterlos por su propia cuenta y sin la ayuda de nadie. Finalmente, había optado por sitiar la fortaleza de los indígenas y esperar.

A la vista de esta nueva situación, Alvarado decidió marchar a la ciudad de México junto con el virrey para ocuparse de otros asuntos personales. Con él, marchaban también el licenciado Maldonado y el obispo Marroquín. Fernando se reunió con Alvarado la víspera de su partida, para recibir sus instrucciones.

—Cardeña —dijo Alvarado al tiempo que le entregaba una carta escrita por su escribano—, aquí tiene todas las ordenanzas que dispongo para que las haga cumplir. Quiero que regrese al Puerto de la Navidad, reúna a todos mis capitanes y comande a la armada para que se desplace unas veinte leguas rumbo norte, al puerto de San Blas.

Fernando, que había aprovechado esas semanas para estudiar los mapas y portulanos en la biblioteca del convento, frunció el ceño.

—Eso está demasiado cerca del pueblo de Tepic y de la región de Nayarit —sostuvo con preocupación—. Es la tierra de los rebeldes.

—Así es, bien visto —comentó Alvarado, satisfecho de que su hombre de confianza supiera esa información—, pero también es el puerto más cercano a la villa de Compostela, y, en caso de que Cristóbal de Oñate lo requiera, bastará que la hueste cruce el valle para llegar a Guadalajara.

—¿No cree que Oñate pueda hacerse cargo de la guerra, don Pedro?

Alvarado alzó las cejas.

—Creo que Oñate busca ganarse el favor del virrey, como cualquier otro cristiano, y ganar también en fama y honra. Si yo estuviera en el Mixtón con

cincuenta hombres aguerridos, le habría escrito lo mismo que él.

Fernando no pudo sino darle la razón.

—Dígale al capitán Estrada que tenga lista a la compañía. Nosotros partiremos a México-Tenochtitlán al alba. Viajará usted con don Luis de Castilla, el hombre de confianza del virrey.

Esa noche, de regreso al comedor, Fernando se cruzó con el obispo en el convento. Marroquín esbozó una sonrisa al verlo.

—Vaya con Dios, padre —se despidió el joven—. Gracias por todo.

—Tal vez no nos veamos en mucho tiempo. Que Dios lo acompañe en su travesía a Poniente, don Fernando —dijo el obispo—. Es usted un hombre de honor. Y no se preocupe por su casa en Guatemala, que yo me ocuparé de ella y le enviaré lo requerido a Santo Domingo.

Ambos se estrecharon la mano.

—Padre —murmuró Fernando al cabo de un momento—, ¿cree que pudieron hacerse las cosas de otro modo en Guatemala? Mire lo que han conseguido los agustinos en esta villa. Tal vez el padre De las Casas tenía algo de razón.

Marroquín se detuvo a pensar en su respuesta. Luego se encogió de hombros.

—La historia no la escribe un solo hombre, ni se dicta en un único tiempo. Es tarea de todos hacer de esa tierra un lugar mejor. Creo que disponemos de todo el tiempo del mundo para arreglar las cosas, Fernando.

—Vaya con Dios, señor obispo —le deseó Fernando.

Fernando cruzó el frío convento y fue hacia uno de los almacenes donde la compañía de alabarderos y rodeleros tenía dispuestos los pertrechos para salir al día siguiente. Allí encontró a Estrada, en compañía de dos muchachos, Oliva y Gutiérrez, y de Balam. Los hombres se servían un brebaje de una jarra y sostenían sus vasos en las manos para calentarse. El capitán les dio unas indicaciones y se acercó a Fernando.

—Está todo listo para mañana —informó—. Ven, quiero que veas una cosa.

Fernando siguió al capitán, que le sirvió un vaso de lo que bebían sus hombres. Balam le echó una mirada a Fernando y esbozó una sonrisa. Fernando observó el contenido. Se trataba de un brebaje espeso y caliente, de color rojizo como la terracota y especiado con un poco de pimienta y algo de picante. Fernando reconoció el aroma del cacao.

—Tenía razón Garcés acerca de su aspecto —murmuró. Lentamente se llevó el vaso a los labios y lo saboreó con parsimonia. Le supo amargo; sin

embargo, el gusto final en el paladar fue una invitación a beber un poco más.

—Es lo mejor que he probado en mi vida —le dijo Estrada.

Fernando tardó un poco en llegar a la misma conclusión. Su sabor era exquisito, tal vez un poco fuerte y amargo, pero era perfecto si lo que se buscaba era recomponerse y calentar el cuerpo con otra cosa que no fuera aguardiente. Fernando pensó en que tal vez, con la mezcla justa de leche y alguna especia que lo endulzara o apaciguara su amargor, la bebida sería incluso más agradable.

—Tienes una encomienda entera de esto, Cardeña —soltó el capitán, sonriente. El joven asintió con seriedad. Los amigos bebieron en silencio y lo saborearon hasta acabarlo. Luego Fernando miró a su amigo, el capitán, a los ojos.

—Alvarado quiere que esté todo listo para salir mañana al alba.

—Alvarado no tiene de qué preocuparse: los hombres estarán preparados.

Nunca, desde que habían salido de Sevilla, se habían separado. Ahora el capitán Estrada tenía un peso importante en la guardia de Alvarado, que confiaba en él por su experiencia militar y por su trato a los hombres e iba a acompañarlo a la ciudad de México, a la ciudad del lago. Fernando lamentó no poder ir con ellos, pero su cometido era otro. Su labor era mover a toda la armada al norte y esperar a la llegada del adelantado o hasta tener noticias de él.

—Cuida del chico —le dijo Fernando con la vista en Balam.

Estrada hizo un gesto con la mano.

—No tendrá problemas. Se ha adaptado bien a la hueste.

Fernando le tendió la mano al capitán y este se la estrechó con fuerza. Luego ambos se fundieron en un abrazo.

—Cuídate, muchacho —susurró Estrada.

—Descuida —dijo Fernando, quitando hierro al asunto—. Ve a la ciudad de México y trata de recordar todo lo que veas para cuando nos volvamos a ver. Quiero que me lo cuentes todo en una mesa, con una jarra de vino, como si estuviéramos en la taberna de las Escobas, en Sevilla.

—Volveré con el oro de tu familia —prometió el capitán.

Fernando asintió, un poco más serio.

—Déjalo aquí en Tiripetío —le pidió el joven—. Ya he hablado con fray Diego. Les daré una parte a los agustinos para ayudarlos en su obra.

En ese momento, Balam se acercó a Fernando y el joven dio un abrazo de despedida al muchacho.

—Volveremos a vernos en unas semanas —dijo Fernando.

Sus amigos lo despidieron. El joven se quedó de pie bajo el arco del umbral del almacén del convento. Estrada y Balam se alejaron y regresaron con Oliva y Gutiérrez a contar las provisiones que llevaban.

5

Los soldados de Indias eran orgullosos, y cualquier malentendido podía considerarse una afrenta. Por esa razón, Fernando se cuidó de no ofender a los capitanes de Alvarado y de tomar una postura de simple mensajero, pese a ser el armador de mayor peso. Lo mismo hizo Luis de Castilla, el hombre que representaba al virrey Mendoza en la expedición a Poniente. Entregó las instrucciones a los principales de Alvarado y entre todos ellos decidieron preparar a la flota durante esas semanas, cargar las bodegas, subir a la caballería y salir rumbo norte, hacia el puerto de San Blas.

La estancia de Alvarado en México se alargó. Las semanas y los meses pasaron. Fernando arribó con la armada a San Blas en abril de 1541. Alvarado no había querido separar a la flota todavía según lo pactado con el virrey Mendoza. De esas doce naves, solo cinco partirían a la Especiería con el capitán Ruy López de Villalobos como almirante y otras cuatro irían al norte, al mando de Juan de Alvarado, siguiendo la línea de costa de Nueva Galicia hasta el supuesto paso de los océanos. La armada descargó en San Blas con buen tiempo, a la espera de Alvarado, y el pequeño puerto se llenó de gente. Los capitanes determinaron armar a dos compañías de cincuenta rodeleros para cuidar el camino que iba hacia la villa de Tepic, pues la región de Nayarit era aún tierra de rebeldes.

Durante las semanas que siguieron, Fernando se sintió muy solo. Aunque permitió que los capitanes tuvieran la sensación de que tomaban el mando, todos ellos sabían quién era él. Además, estaban al tanto de la influencia que ejercía sobre Alvarado. Fernando acababa de cumplir tres años en Indias, y nunca había estado tan solo como en ese momento. Tuvo tiempo para reflexionar en cuánto había cambiado él en esos años. Recordó con nostalgia sus sueños de vivir en una gran ciudad italiana. Cuba, Guatemala y después México lo habían esculpido, ya no era la misma persona. Había sufrido. Había amado a una mujer cuyo amor era imposible, hija de un hombre que lo había querido como un padre y cuyo recuerdo jamás borraría de su mente. Fernando siempre pensaba en Juana, aunque ahora fuera la esposa de otro hidalgo; su recuerdo era una llama que persistía en su corazón. Juana fue muchas cosas para él, y lo habría dejado todo por ella. Fernando imaginaba

también a doña Teresa, aunque no del mismo modo. Ella le había enseñado cosas desde otro ángulo, un amor distinto y maduro. Muchas veces se preguntaba si no habría cometido el terrible error de seguir a Alvarado en su cruzada y de haberla perdido para siempre. A veces se imaginaba en la casa de Santiago de Guatemala junto a ella, como esposos, viendo prosperar sus negocios, viendo crecer a sus hijos.

Pero nada de eso iba a suceder. Juana se había marchado con Beltrán y Fernando había decidido abandonar a doña Teresa empujado por el peso de sus responsabilidades. Ahora, rodeado de la hueste y de olor a cuero y brea, no confiaba en ninguno de los capitanes de Alvarado, ni tampoco buscaba su camaradería. Después de todo, él era un armador. Lamentó que se hubieran marchado el escribano Montoya, el obispo Marroquín o incluso el licenciado Maldonado, que eran hombres con los que se podía compartir una velada y discutir acerca de muchos temas. Luis de Castilla era lo más parecido a eso; sin embargo, se trataba de un señor demasiado solemne y poco dado a la compañía. Fernando aprovechó para escribir una extensa carta a su tío a Sevilla y explicarle con detalles los hechos acontecidos el último año. También le enumeró los motivos de su decisión de cruzar el mar a Poniente. Para la familia significaba un salto importante el poder contar con una factoría al otro lado del mar del Sur, donde podrían adquirir especias de India o de Cipango. Bastaría una única nao llena de pimienta negra o de clavo para que los Cardeña se convirtieran en una de las familias de mercaderes más ricas del reino y así alcanzar la corte de Su Majestad.

Uno de esos días, Fernando cabalgó a una villa a la que llamaban Compostela de Indias. Vio con sus propios ojos el estado en el que estaban los vecinos de aquel lugar. La situación era grave. Fernando descubrió que sus habitantes —que eran poco más de trescientos entre españoles, indios y mestizos— vivían en condiciones precarias e intentaban levantar un poblado con lo poco que tenían. Nuño de Guzmán había fundado la primera Compostela, la capital del reino de Nueva Galicia, en el lugar donde se alzaba ahora la villa indígena de Tepic. Sin embargo, hacía unos meses, los rebeldes habían asesinado al capitán general español, por lo que Cristóbal de Oñate, señor de Nueva Galicia, mandó que Compostela se refundara en un valle al sur, a unas pocas leguas. Después de ver aquello, Fernando volvió al galope al puerto de San Blas y ordenó que una partida de cincuenta hombres acudiera en auxilio de Compostela. Del mismo modo, envió a otra compañía de treinta jinetes hacia Tepic. Ninguno de los capitanes de Alvarado se opuso a sus órdenes. La armada, ahora dividida en dos flotas, permanecía pertrechada en

la ensenada, lista para salir en cuanto se diera la orden. Por tanto, nadie quería jugarse la expedición por culpa de no haber resguardado bien los caminos.

Una mañana de esas en San Blas, un paje despertó a Fernando con un mensaje de los capitanes de Alvarado. Salió de la casa en la que dormía en el puerto y vio a la hueste alborotada. Los marineros iban y venían y los bateles regresaban de las naos llenos de pertrechos y provisiones y lo descargaban todo en la playa. Poco después, se encontró con Luis de Castilla en el puerto. Iba con aire apresurado.

—Don Luis, ¿qué es lo que sucede? ¿Es que se han vuelto todos locos? ¿Quién ha dado la orden de descargar la artillería?

—¿Es que no se ha enterado? —le preguntó el hombre del virrey.

Fernando negó con la cabeza.

—No, señor.

Luis de Castilla negó con la cabeza, con la vista en la flota.

—La hueste de Cristóbal de Oñate ha sido derrotada —le dijo—. Los rebeldes se han hecho con el control del Mixtón en Nochistlán y la barbarie caerá sobre Guadalajara si no le ponemos remedio. El virrey y el señor Alvarado se dirigen a la capital del reino. Ambos han ordenado que la hueste marche a la guerra.

—Dios mío —murmuró Fernando.

—Señor —le dijo Castilla—. Usted y yo hemos de marchar delante de la hueste. Órdenes de Alvarado y del virrey Mendoza. Le espero armado y pertrechado dentro de una hora en el camino del valle.

Fernando vio partir a Luis de Castilla a prepararse para la travesía. Una vez más la expedición a la Especiería iba a retrasarse, y nadie podía saber por cuánto tiempo. Antes, Alvarado y su ejército marcharían a Guadalajara a auxiliar a Cristóbal de Oñate y a sofocar la rebelión del Mixtón. Y Fernando, como su lugarteniente, estaría al frente de su hueste.

XVIII

NOCHISTLÁN

1

En la villa de Guadalajara, cabecera del reino de Nueva Galicia, Alvarado reunió a sus capitanes en la sala principal de la casa de Juan del Camino, un vecino del lugar y que además era el esposo de una sobrina suya, Magdalena de Alvarado. Camino se sintió honrado por hospedar al tío de su mujer, que fue recibido a su vez como un héroe por los temerosos vecinos de la villa. Alvarado llegó únicamente con una compañía de menos de treinta hombres que marchaban al mando del capitán Estrada. Unas semanas después, arribaron Fernando y Luis de Castilla con trescientos hombres para la guerra. Fernando cruzó la calle principal de Guadalajara a lomos de su caballo, mientras era vitoreado por los vecinos como un capitán victorioso.

—No se venga arriba, Cardeña —le dijo Luis de Castilla a su lado, al tiempo que saludaba a la gente—. Nos ovacionan por ser su última esperanza, no porque los hayamos salvado de nada. Esta revuelta no ha hecho más que empezar.

Anduvieron hasta la plaza Mayor y allí les dio la bienvenida el capitán general y gobernador de aquella provincia, Cristóbal de Oñate. Fernando tuvo la impresión de que se trataba de un hombre de aspecto rudo y serio, iba con una armadura completa y gastaba una barba cuidada. Oñate cruzó la plaza entre sus hombres y salió al paso a saludar a los dos hombres que encabezaban la hueste.

—Sean bienvenidos, mis señores.

Fernando y Luis de Castilla desmontaron. Luego estrecharon la mano de Oñate. Dos pajes se ocuparon de sus monturas y los tres hombres echaron a andar por la plaza. En ese momento, un nubarrón oscuro tronó en el cielo y comenzaron a caer gotas gruesas de lluvia.

—Mis hombres se ocuparán de alojar a la hueste. El adelantado Alvarado los espera en la casa de su familiar —dijo Oñate.

A Fernando le pareció que Oñate era en realidad un hombre inteligente y

atento, pese a su apariencia de hombre de guerra.

—¿Ha venido el virrey? —preguntó Castilla.

Oñate negó con la cabeza.

—Ha decidido dejar esto en manos de Alvarado.

—¿Cómo está la situación? —preguntó Fernando al poco de llegar a una casa que estaba en una calle empedrada. Fuera, reconoció a algunos soldados de su compañía, y le emocionó darse cuenta de que vería a sus amigos.

—Mala, mi señor —respondió Oñate—. Muy mala.

Los tres cruzaron el umbral de la casa, que estaba llena de hombres de guerra. En la sala principal, abarrotada de capitanes, algunos jinetes exploradores explicaban los movimientos de la zona sobre un mapa extendido en la mesa. Alvarado alzó la vista hacia Fernando y Luis de Castilla e interrumpió la exposición para estrechar la mano de sus hombres.

—Espero que el viaje de la hueste haya sido mejor que el nuestro.

—Hemos cruzado el reino sin contratiempos —comentó Fernando. Detrás de Alvarado se encontraba el capitán Estrada y Balam, que lo saludaron con gestos. Ya habría tiempo para abrazos. A su lado estaba el escribano Baltasar Montoya, con gesto serio, tal vez disimulando su falta de experiencia en la guerra.

—¿Con cuántos ha venido? —quiso saber Alvarado.

—Trescientos, don Pedro —informó Fernando—. Setenta jinetes.

Alvarado se volvió a la mesa y habló para todos.

—Según las informaciones de los hombres de Oñate, los rebeldes se sitúan en estas posiciones —explicó Alvarado marcando los emplazamientos sobre el mapa—, y se han hecho fuertes en las sierras del Mixtón, concretamente en el peñol de Nochistlán. Vamos a trazar una línea de contención en todo el territorio. Quiero que cincuenta hombres partan ahora mismo para la villa de la Purificación y se pongan a las órdenes del capitán Híjar y que otros cincuenta se dirijan al pueblo de Zapotlán y preparen una defensa.

Rápidamente dos capitanes salieron de la sala a ocuparse de ello.

—Don Pedro, mis ochenta hombres están a su disposición —dijo Oñate. Fernando intuyó que no era la primera vez que se lo ofrecía.

—Ya han hecho suficiente esos hombres, déjelo estar —respondió Alvarado, y todo el mundo comprendió el tono en el que lo dijo. Oñate endureció el semblante. Alvarado añadió—: Que su gente resguarde las defensas de esta ciudad. ¿Qué pasa con las huestes aliadas?

—¿Los naturales? —preguntó Oñate—. Doscientos infantes con escudos.

—Serán suficientes —soltó Alvarado, que, por el tono de su voz, dio a entender que prefería contar con los indios de aquella tierra antes que con los hombres de Oñate que hacía unos meses habían sido derrotados en el Mixtón.

Algunos oficiales discutieron sobre la defensa y la estrategia antes de que Alvarado volviera a tomar la palabra. En la sala se hizo el silencio.

—¡Zúñiga! —llamó Alvarado a un encomendero de la región—. Coja a cuarenta jinetes y márchese a su pueblo, en Etzatlán. ¡Ibarra! ¡Miguel de Ibarra! Usted haga lo mismo con otros treinta y salga para el valle de Tonalá. —Alvarado miró en derredor—. ¡Godoy! Escoja a treinta hombres y marche a la villa de Compostela.

Los capitanes salían de la estancia a medida que recibían sus órdenes.

—Ya he dispuesto yo una escuadra allí antes de partir, señor —anunció Fernando.

Alvarado asintió con aire satisfecho.

—¿Dónde está Nieto? —preguntó el hidalgo con rudeza.

—Aquí, mi señor —respondió Hernán Nieto.

—Quiero que vaya con doce jinetes y tome posiciones en el norte del lago Chapala —le ordenó Alvarado. Luego se giró a su anfitrión, Juan del Camino—. Lo mismo que usted, don Juan. Sitúese con una docena de buenos jinetes en la parte oeste del lago y aguarde instrucciones. Ante movimiento que vea por la zona, envíe un mensajero a Guadalajara.

—Saldré ahora mismo, don Pedro —respondió Camino.

Alvarado apoyó sus puños en la mesa, frente al mapa. Los hombres que permanecían en la estancia poco a poco fueron guardando silencio.

—¿Cuántos hombres nos quedan? —preguntó el adelantado.

—Menos de cien, sin contar a los hombres de don Cristóbal —dijo Fernando señalando a Oñate. Alvarado echó un vistazo a su armador, y el joven no pudo descifrar lo que decía su mirada.

—Los restantes, y esos doscientos indios con escudos, partiremos mañana mismo hacia el Mixtón y acabaremos con esta insolente rebelión de una vez por todas —anunció Alvarado.

Los hombres hablaron unos encima de otros, hasta que la voz de Cristóbal de Oñate se impuso a la de los demás.

—Don Pedro, permítame que le diga que no es una buena idea. Espere unas semanas y marche en cuanto acabe el período de lluvias. Se lo ruego.

Alvarado lo miró con severidad.

—Si esta rebelión no ha sido sofocada con anterioridad, Oñate, ha sido por su falta de empeño y de arrojo en querer ponerle fin —dijo con

rotundidad, y en la sala se hizo presente el peso de tal acusación. De haber sido cualquier otro hombre y bajo otras circunstancias, Cristóbal de Oñate lo habría retado a duelo ahí mismo. A cambio de eso, Oñate permaneció en silencio con la vista en Alvarado, sin replicar. El adelantado lo reprobó con dureza, como si el gobernador provisional de Nueva Galicia fuera uno más de sus capitanes—: Ni usted ni sus vecinos se han tomado esta guerra como era debido. Ha tenido muchos meses para planificar una defensa y para menguar las fuerzas del enemigo. Ahora haremos las cosas a mi manera, señor Oñate, que por algo tengo la experiencia de haber sido el conquistador de México y el pacificador de Guatemala.

El silencio y la tensión podían palparse en el ambiente. Ninguno de los capitanes levantó la vista del suelo.

—Poco importa lo que haya hecho en otras campañas si no conoce el terreno ni el comportamiento de estas gentes, mi señor —se atrevió a responder Oñate con claridad. Alvarado, que no se esperaba una réplica, alzó la vista nuevamente hacia el hidalgo.

—¿Cómo dice?

—Señor, el Mixtón es intransitable en período de lluvias y los indios hacen la guerra a escondidas —le explicó Oñate—. Se parapetan en un cerro, tiran flechas y lanzas, y cuando los atacamos, huyen a refugiarse a otro monte. No les importa aguantar el tiempo que sea necesario con tal de hacer menguar las fuerzas de su enemigo poco a poco. Además, han fortificado el peñol de Nochistlán y otras siete albarradas alrededor del pueblo. No sabe dónde se está metiendo.

Alvarado frunció el ceño y dio un rodeo a la mesa para situarse frente a Oñate. Fernando pensó en la valiosa información que acababa de entregarle el capitán general. Sin embargo, Alvarado parecía dejarse llevar por su orgullo y por sus ansias de ganar fama como pacificador de la mayor revuelta desde la conquista de Nueva España.

—Sé lo que hago, señor Oñate, y usted está al margen de esto. Es una vergüenza que cuatro gatos hayan hecho tanto ruido y hayan alborotado dos reinos —le dijo Alvarado en voz baja, y luego se volvió a sus capitanes en la sala—. La suerte está echada, señores. Y yo me encomiendo a Dios. Invito a que hagan lo mismo.

2

La hueste avanzó silenciosa, con los escudos por delante, entre laderas y

quebradas cenagosas, sin que dejara de llover. Los coloridos escudos en la columna de aliados eran lo único diferente en aquel paisaje gris y embarrado. Fernando, que iba detrás del capitán Estrada con su armadura completa y armado hasta los dientes, hundió una pierna en el fango hasta la rodilla y maldijo su mala suerte. Balam lo ayudó a sacar el pie del agujero. La marcha era lenta y dificultosa. Estaban rodeados de cardones, cactus y magueyales espinosos que obligaban a la infantería a dispersarse. Además, aquel terreno era un lodazal por culpa de las lluvias copiosas de esa temporada e impedía el avance de la caballería. Fernando desvió la vista a una colina y vio a Cristóbal de Oñate sobre su caballo, en una parte seca, al frente de veinte jinetes, observando con impotencia los movimientos de la hueste de Alvarado, sin poder participar. Muchos de los hombres comprendían las razones de Alvarado para apartar a Oñate de la guerra, pero no todos compartían su decisión. Fernando era de estos últimos. Alejado de supersticiones absurdas, Alvarado prefería descartar a ochenta valiosos españoles y un valeroso capitán.

Los cerros del Mixtón se encontraban al norte de Guadalajara. La hueste mixta de españoles y naturales de la región se dirigió al pueblo de Nochistlán. Eran unos trescientos efectivos. Aunque paró de llover durante buena parte de la mañana, a mediodía el cielo estaba gris como la ceniza. Un alférez dio órdenes de detener el avance frente al pueblo. Se hallaban en una pequeña llanura de vegetación baja, con el cerro delante de ellos. Más allá vieron un barranco y otras laderas con albarradas de madera y barro. El peñol frente a ellos también estaba fortificado, y cientos de rebeldes observaban desde la valla. Fernando reparó en que un arroyo rodeaba el peñol, dificultando más aún su acceso. La única vía era un puente de madera.

—Si fueran franceses, os diría que vamos directos a la muerte —advirtió el capitán Estrada al ver el panorama. Algunos de sus compañeros hicieron comentarios. El plan era lanzar un ataque e intentar que se dispersaran para sacarlos del peñol. Una vez fuera, la caballería remataría el trabajo. Con la artillería y un empuje enérgico bastaría para demostrar que no tenían ninguna posibilidad de vencer.

A continuación, Alvarado se bajó del caballo y ordenó a la caballería a rodear Nochistlán en busca de algún terreno más firme donde poder combatir. Uno de sus pajes le entregó una rodela, que el adelantado se cruzó por la espalda. A Fernando volvió a impresionarle que, pese a la edad, Alvarado se mostrara tan vigoroso y recio para la guerra, con la misma gallardía de antaño, como si estuviera aún en la vieja calzada de Tlacopan.

Mandó llamar a un oficial de nombre Ruiz y lo envió a leer sus condiciones de paz a la entrada del pueblo.

Todos aguardaron expectantes a que Ruiz dijera lo que tenía que decir. Tras su ofrecimiento de paz, se hizo el silencio en Nochistlán. Vieron a la caballería marcharse al este. Entonces se oyó el sonido de un arco. Instantes después, Ruiz recibió una flecha a sus pies como única respuesta.

—La madre que nos parió —murmuró Estrada delante de Fernando.

El capitán Ruiz retrocedió, al tiempo que recibía otra flecha. Volvió rápidamente sobre sus pasos. Alvarado levantó una mano y el alférez dio la orden a la primera compañía para que iniciara el avance.

Cincuenta hombres marcharon hacia el peñol cuando se oyó un zumbido tremendo en el aire. A continuación, una lluvia cerrada de flechas, lanzas y piedras cayó sobre sus cabezas.

—¡Rodelad! —gritaron todos al unísono para que levantaran los escudos.

Fernando estaba junto a Estrada y se limpió el barro de la cara. Estaban casi cien varas por detrás.

—Esto no pinta nada bien —sostuvo el capitán.

Vieron a los cincuenta hombres cruzar el arroyo por el puente —algunos lo hicieron por el agua, pues no era muy profundo—, e iniciaron el ascenso por la ladera. Los rebeldes no dejaron de tirar flechas, y los españoles se cubrieron. Poco después, un contingente indígena salió de detrás de una albarrada y descendió a toda prisa para entablar combate cuerpo a cuerpo.

Fernando oyó un silbato entre la hueste.

Poco a poco, el grueso del ejército de Alvarado comenzó a moverse en dirección al peñol. Delante, ambos bandos entablaron batalla, y los gritos se oyeron por todo el valle. Al joven le sorprendió que el adelantado marchara cerca de las primeras filas, con el escudo preparado y su espada en alto.

—¡Vamos, cojones! —gritó Estrada—. ¡No abandonéis al compañero! ¡Por Santiago!

Algunos soldados respondieron, pero Fernando apenas pudo oír nada a causa del griterío. Delante se oyeron los golpes del acero, gritos y lamentos. A Fernando se le heló la sangre al ver la violencia con la que arremetían los indios. El plan era sacarlos del peñol y llevarlos a una parte seca, más elevada, donde esperaba la caballería. Sin embargo, el primer contingente tuvo mala suerte. Pronto se vio obligado a retroceder. Regresaron menos de la mitad. Al ver aquello, Alvarado ordenó detener el avance. Se escucharon un clamor y vítores al otro lado de la fortificación. A continuación, los indios arrastraron a la veintena de cadáveres españoles al otro lado de la albarrada.

Alvarado llamó a unos cuantos oficiales.

Fernando se situó junto a Estrada, pero, al ser tantos, apenas podía ver nada, y mucho menos oír. El hidalgo trataba de improvisar una acción y extender el campo de batalla. Mandó a dos compañías de rodeleros junto con el grueso de las fuerzas aliadas que rodearan el peñol y probaran suerte por el lado opuesto. Alvarado iba a quedarse con las compañías castellanas cubriendo el frente.

Las tropas se movieron y volvió la lluvia. El cielo estaba oscuro. Fernando se preguntó cuánto tiempo habría pasado. Estaba exhausto de andar en aquel cenagal y aún estaba lejos de entablar combate. ¿Cómo pretendían subir hasta la cima de ese monte lleno de enemigos?

3

Desde que habían llegado al peñol de Nochistlán, Alvarado había tenido un recuerdo fugaz de una acción en la toma de Tenochtitlán que por poco le costó la vida. Recordó la vieja calzada de Tlacopan. Tal vez el enemigo estuviera dispuesto de manera distinta aquella tarde en Nochistlán, pero aquello no se alejaba demasiado a lo vivido aquel día de junio de 1521, precisamente veinte años atrás. Los españoles, secundados por la hueste de pueblos aliados, habían tratado de abrirse paso por la senda que iba a parar al palacio de Axayacatl, poco antes del Templo Mayor. Alvarado vaciló y actuó sin fervor ni empuje, avanzando con lentitud y prudencia, debilitado tal vez por las palabras contrarias que le había dicho Cristóbal de Olid al oír la orden de hacer avanzar a la hueste. Entonces decenas de barcas llenas de arqueros y lanceros aparecieron por la laguna de improviso y se abalanzaron sobre ellos a mitad de la calle obligándolos a retroceder y batirse en retirada. Los mexicas los sobrepasaron en poco tiempo. Alvarado no estaba dispuesto a caer en los errores del pasado en Nochistlán. La calzada era ahora un valle angosto y embarrado, las barcas tenían la forma de las siete albarradas fortificadas en el peñol. Y Olid había adoptado el rostro de Cristóbal de Oñate.

Con estos recuerdos y ciertamente temeroso de cometer los mismos errores del pasado, decidió que había que actuar con determinación. Dio el aviso a la caballería para que avanzara con la hueste. Luego esgrimió la espada y ordenó el ataque de todas sus compañías. Iba a marcharse a la Especiería como pacificador del reino de Nueva Galicia y Su Majestad lo tendría en cuenta. Los hombres alzaron las voces, y se oyeron gritos y vítores. Los españoles y la hueste aliada avanzaron sin detenerse hasta el arroyo e iniciaron

el ascenso del peñol.

—¡No os detengáis! —gritó Alvarado, fuera de sí, espada en mano.

Los hombres hicieron un esfuerzo por levantar las rodelas y tratar de alcanzar las primeras albarradas. En ese momento les llovieron flechas, lanzas, piedras. Ya en un primer asalto, perdieron la vida más de quince hombres. Desde las primeras líneas, vieron salir del otro lado de las empalizadas a varios escuadrones rebeldes que entablaron combate con los españoles y sus aliados. Entonces sucedió algo aterrador. Desde la fortificación lanzaron las partes mutiladas de los primeros españoles caídos. A Alvarado le cayó un trozó de carne en el peto, que lo manchó y lo atemorizó. Se dio cuenta de que era un brazo y, pese a haber visto todo tipo de atrocidades en su vida, tuvo ganas de vomitar. Los hombres a su alrededor soltaron voces e insultos contra los insurrectos, sin dejar de avanzar y de subir por la ladera, mientras se protegían las cabezas con los escudos y se animaban unos a otros. Alvarado permaneció unos instantes sin moverse, aturdido. Los hombres pasaban por su lado. Poco después, vio a un escuadrón de indios dirigirse hacia él, dispuesto a darle muerte. Bajaban la colina con saltos y gritos.

—¡Por Santiago! —gritó Alvarado, despertando de su propio letargo.

Cubrió un golpe con su rodela y clavó la espada en el pecho de un indio con tanta violencia que salpicó sangre por doquier. A continuación, se abalanzó como un bárbaro sobre dos muchachos, a quienes los obsequió con un golpe tremendo con el escudo a uno y un tajo en la cara al otro. Alvarado no se detuvo y siguió subiendo la colina como si hubiera enloquecido. Los indios le salieron al paso, pero el hidalgo desvió sus golpes con el escudo y pasó la espada por encima de ellos con tajaduras mortales. Los hombres que lo seguían se encargaban de rematar a sus víctimas. Observó desde allí que las compañías de soldados que había enviado a rodear el peñol lo intentaban por el otro lado; sin embargo, eran repelidas por decenas de indios. Alvarado sabía que la clave estaba en no detenerse, en no frenar el avance en ningún momento y en que la hueste no notara que se estancaba la estrategia.

Fernando estaba en plena ladera, cubriéndose con su escudo de las flechas, cuando vio pasar a Alvarado cerca de él, acompañado de un grupo numeroso de soldados. Aquello insufló ánimos en los que estaban en las primeras filas, y siguieron al hidalgo, que hacía de punta de lanza. Fernando se abrió paso a espadazos y, por un instante, perdió de vista a Balam y al capitán Estrada. En ese instante vio a Alvarado, el soldado más alto de cuantos formaban la hueste, formar una línea de rodeleros delante y posicionarse en bloque. Distinguió que, desde las albarradas, los rebeldes salían en masa de sus

trincheras y vallas fortificadas y corrían ladera abajo en busca de aniquilar a los invasores.

—Oh, Dios —murmuró el joven.

En ese momento, el cielo abrió una grieta y la luz del sol bañó a la hueste. Cientos de rebeldes salieron de las albarradas y bajaron la ladera como una marea de muerte. Fernando no podía creer la gallardía y el temple que demostraba Alvarado, ahí en medio de aquel barullo, con la espada en alto, convencido de que iba a ser capaz de repelerlos a todos.

—¡Hay que retirarse! —le gritó Estrada a Fernando, con el rostro bañado en sangre.

—¡No podemos abandonar a Alvarado ahí arriba! —gritó Fernando.

Estrada miró hacia arriba, a lo alto del peñol, y se dio cuenta de que los indios los superaban en demasía, tal vez habría más de mil o dos mil indios frente a un contingente mixto de trescientos españoles y aliados. Alvarado aguantó la embestida de sus enemigos, y esa primera línea resistió. Sin embargo, los flancos no corrieron la misma suerte y la hueste se compactó. La batalla se convirtió en un atolladero en el que apenas había movimiento. Alvarado nunca pensó en que los rebeldes saldrían de sus albarradas a luchar y a llenar la ladera de guerreros con escudos.

Apretado entre la hueste —incluso había algunos hombres a caballo—, Fernando apenas podía respirar. Oyó que algunos hombres gritaban que habían matado al capitán Falcón y a Juan de Cárdenas, dos hombres apreciados en la hueste. Entonces el capitán Estrada tomó la iniciativa y ordenó a los hombres de su flanco romper las líneas de ese lado. Fernando y Balam fueron con él y la batalla se abrió en aquella zona. Para su fortuna, pudieron respirar. Un rebelde se aproximó a Balam y probó a darle un golpe mortal. Estrada se abalanzó sobre este y lo remató con su espada. Fernando se defendió de los golpes de un guerrero hasta que un indio aliado que pasaba por ahí le clavó su acero.

Fernando tuvo un instante para levantar la cabeza y ver la situación en la que había quedado la batalla. Alvarado seguía defendiendo el frente, en aquel terrible atolladero de gente. Otros españoles habían roto la formación, siguiendo al capitán Estrada. Entre tanto, no dejaban de salir indios de detrás de las fortificaciones y de bajar como demonios.

—Esto es un desastre —soltó Estrada, enrabietado—. No podemos vencerlos así. ¡Venid aquí y agrupaos, cojones!

El capitán trató de reunir al puñado de españoles y aliados que tenía alrededor y de formar un frente, mientras blandía su espada y daba muerte a

rebeldes. Fernando se posicionó junto a él. Entonces vieron que los indios rompían la línea de Alvarado. La batalla estaba perdida.

4

El gran número de enemigos los había cogido por sorpresa. En poco tiempo, los españoles comenzaron a huir y a bajar la ladera como almas que llevaba el diablo, todo por intentar salvar la vida. Fernando combatió alrededor de su compañía, con Balam y Estrada. El frente se había roto, la batalla se había abierto. Los indios aniquilaban sin compasión a los caballos hundidos en el barro y perseguían a los españoles hasta donde les podían las fuerzas.

Nadie pareció quedarse en las fortificaciones. La guerra estaba en la ladera y la huida, en los flancos. Todos los rebeldes bajaron a matar españoles e indios aliados, a estos últimos, con más saña si era posible. Entonces se oyó entre la hueste la inconfundible voz de Alvarado. Su grito atronador significó muchas cosas, entre otras, que Oñate siempre tuvo la razón.

—¡Retirada! ¡Retirada! —gritó Alvarado.

Fernando y Estrada se abrieron paso con una docena de rodeleros de su compañía para que Alvarado los alcanzara a las faldas de la ladera. Aguantaron como buenamente pudieron. Fernando estaba muy herido, pero apenas era capaz de sentir el dolor. Tenía sus sentidos puestos en no dejarse matar. Alvarado unió su escuadrón al de Fernando, y juntos defendieron la retirada castellana en la retaguardia. Los cincuenta españoles vivos, más los cien indios aliados supervivientes, corrieron en desbandada, perseguidos por las huestes rebeldes. Tras el arroyo, Nochistlán era un reguero de cadáveres de españoles, indios y caballos.

El terreno escabroso dificultó más la retirada. Algunos jinetes abandonaron a sus monturas heridas, que eran más un estorbo que una ventaja en aquel lodazal infernal. La retirada se prolongó varias horas a través de una ciénaga. El bloque de Alvarado y Fernando defendió la huida e hizo frente a los rebeldes de Nochistlán hasta un par de leguas del peñol. Poco después, dieron con una llanura de terreno seco, y allí se unió por fin la caballería, que les plantó cara. En poco tiempo consiguieron que la vanguardia se batiera en retirada.

La hueste cruzó la llanura hacia una quebrada y hacia un terreno mucho más escarpado, y los perdieron de vista. Por fin pudieron detenerse un momento y tomar aliento. La caballería desmontó y el ejército se organizó para formar una delgada columna de uno o dos hombres de anchura para

marchar con lentitud y cansancio rumbo a Guadalajara. Alvarado se detuvo un instante, era el último hombre de la retaguardia. Fernando lo vio herido, más que en el cuerpo, en la honra. Cristóbal de Oñate se lo había advertido, pero su temple enérgico y belicoso, así como su orgullo desmedido, le había hecho tomar una decisión osada y desproporcionada.

—Esto es un desastre, don Fernando —murmuró con voz sincera—. Las palabras del capitán Oñate eran ciertas, pero en mi obligación de dar justicia a ese hombre no atendí a sus razones. Me arrepiento de ello.

Para más dolor, Alvarado había cometido el mismo error que en la calzada de Tlacopan, veinte años atrás, y eso era algo que solo sabían él y algunos de sus soldados más veteranos. Fernando no pudo sino sentir lástima por el hombre frente a él. Lo vio vencido. Pese a todas las desgracias que había cometido, sintió compasión por un hombre que todos los días se esforzaba en sacar adelante las cosas y al que la vida no paraba de devolverle reveses.

—Poco importa ya, don Pedro.

En aquel punto se les unió Luis de Castilla, el hombre del virrey, que estrechó la mano del hidalgo, para darle ánimos. Lo mismo hicieron el capitán Estrada y otros señores, que agradecieron la valentía y el empeño en su defensa de la retaguardia. Fernando se dio cuenta de que esa rebelión iba a durar más de lo previsto y que la expedición a las islas de las Especias tal vez nunca se llevaría a cabo. La Corona no aceptaría que las campañas se iniciaran mientras los reinos de Nueva España y Nueva Galicia estuvieran sin pacificar. Además, Alvarado parecía tomarse aquel asunto como algo personal. Como lugarteniente de Hernán Cortés durante la conquista de México, sentía aquella tierra como algo propio, y era su deber pacificarla.

Fuera como fuese, Alvarado había vuelto a ganarse el respeto de los suyos, incluso en la derrota. Los hombres reanudaron la dura marcha entre los montes de la quebrada. Fernando, que iba detrás del capitán Estrada, vio pasar por su lado al escribano Baltasar Montoya montado a caballo. El escribano tenía el rostro desencajado, fruto de la mala experiencia de la guerra. Pensó en las cosas horrorosas que habría visto y otras que se habría visto obligado a hacer. Lo sintió por él, un hombre de tinta y pergaminos, forzado a empuñar un acero en nombre de su señor. Poco avezado con el arte de la montura y jinete poco diestro, el caballo parecía llevarlo a él, y no al revés. Montoya adelantó a la hueste con paso ligero y se alejó. Algunos hombres dieron voces para que el escribano bajara el ritmo o simplemente desmontara, pues al otro lado tenían un barranco profundo, lleno de arbustos espinosos y vegetación.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Fernando. Estrada negó con la cabeza.

—Habrá perdido el juicio, eso es todo —respondió su amigo.

Fernando lo vio alejarse por la columna, ladera arriba. Tuvo el recuerdo de cuando el escribano había estado en su casa de Sevilla, durante la visita de Alvarado hacía más de tres años.

Continuaron por la sinuosa senda que discurría junto al acantilado hasta que llegaron a una cuesta de lo más empinada. Fernando adelantó al capitán Estrada y se situó detrás de Luis de Castilla, que marchaba a su vez detrás de un rodelero. Más allá iba Alvarado, que se vio con la mala fortuna de iniciar el ascenso de la cuesta con Montoya por delante de él y que no paraba de agitar al caballo.

—Cálmese de una vez, Montoya, y desmonte, que los indios ya no nos persiguen —le ordenó Alvarado a su escribano de mala gana.

En ese preciso momento, ocurrió lo impensable. Y sucedió en un instante. Sobre un terreno blando, el caballo de Montoya tropezó con sus patas traseras y rodó hacia el abismo. Se llevó por delante a Alvarado, que estaba detrás, y a su jinete, y ambos cayeron al acantilado con violencia. Una voz de horror se alzó entre los que estaban más cerca. A su paso se partieron árboles y las astillas volaron por los aires, al igual que una docena de arbustos espinosos. Se oyeron gritos en la caída y los lamentos terribles de la bestia. Luego sobrevino el silencio. Quienes estaban arriba dejaron escapar voces de horror. Rápidamente se acercaron a ver el lugar del accidente. El adelantado, el escribano y el caballo habían rodado por el barranco de forma tan violenta y espantosa que inmediatamente todos supieron que no saldrían con vida. Algunos trataron de descender hasta el lugar en el que habían ido a parar, pero el terreno era prácticamente inaccesible.

—¡Ayuda! —se oyó a Montoya desde abajo.

—¡Rápido! ¡Traed todas las sogas que tengáis! —gritó Diego de Estrada, el único que no parecía haber caído en la desesperación.

Los más cercanos llevaron lo que encontraron y ataron primero a Luis de Castilla y luego a Fernando para que pudieran descender, pues eran los que estaban más cerca del lugar de la caída. Fernando descendió con cuidado y con temor a despeñarse. El resto de los hombres tiró de las cuerdas para darles sujeción. Fernando tuvo miedo de lo que se iba a encontrar, y, un poco más adelante, lo que vio lo atenazó. El caballo estaba con el cuello partido, con los huesos expuestos y la sangre roja y brillante esparcida por todas partes. Montoya estaba de pie, ileso, sujeto a unas ramas, tratando de llegar a donde estaba Alvarado. El hidalgo se encontraba con medio cuerpo bajo el caballo y con el peto de acero completamente abollado. Sangraba por la

cabeza y por la boca. Fernando no podía creer lo que veían sus ojos. No se movía, tenía los ojos cerrados. No podían saber si estaba muerto, pero parecía evidente.

—¡Mi señor! —gritó Montoya con desesperación, con lágrimas en los ojos.

—¡Montoya, suba a esa roca! —le gritó Fernando, y se la señaló—. ¡Hay que deslizar al caballo y dejarlo caer! Don Luis, usted y yo vamos a hacer toda la fuerza que podamos para sacar a don Pedro de abajo. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor —respondió Castilla, visiblemente afectado por lo que acababa de contemplar.

—¡Diego, no nos soltéis! —le gritó Fernando a Estrada, que le hizo una seña con la mano desde arriba.

Montoya se cambió de posición para ayudar a los dos hombres.

A la de tres y con todas las fuerzas que les quedaban, consiguieron arrastrar al caballo un palmo, lo suficiente como para que cayera al abismo por su propio peso. Fernando apartó la mirada de aquella terrible caída. Rápidamente procuraron coger a Alvarado para que no se fuera con él. Luis de Castilla pudo aproximarse al adelantado. Lo primero que hizo fue quitarle el peto de acero. Fernando descubrió que tenía los huesos del pecho hundidos hacia dentro, y supo al instante cuál sería su destino.

—Dios mío —murmuró Castilla, con voz temblorosa—. Dios mío, don Pedro, se lo ruego, ¿puede oírme? ¿Don Pedro?

—Oh, Dios, ¿qué he hecho? —preguntó Montoya, fuera de sí, con las manos en el rostro. Alvarado abrió los ojos y escupió mucha sangre.

—Don Luis —susurró con la voz rota.

Fernando sintió que le volvía el alma al cuerpo al oírlo.

Fue junto a ellos, sin soltarse de la cuerda. Alvarado estaba con la espalda rota, sin sentir las piernas, apoyado sobre el tronco grueso donde había ido a parar. El hidalgo cruzó una mirada con Fernando, y al joven le pareció que se encontraba en un lugar muy lejos de allí.

—Lléveme a un sitio donde reciba la confesión y la cura de mi alma. Dese prisa —dijo Alvarado, con voz tranquila.

Fernando sintió una opresión en el pecho al oír esas palabras. El adelantado y gobernador de Guatemala estaba a punto de morir.

5

Varios hombres, entre ellos Luis de Castilla, Balam, Diego de Estrada,

Fernando y el propio Montoya, lo cargaron sobre un escudo pavés. Recorrieron las sierras sin descanso hacia Guadalajara con Alvarado agonizante. Para la hueste fue un golpe duro. Alvarado era el empuje de todas las campañas y de la guerra. Entre los hombres surgió pronto la duda de a qué señor habrían de servir en el momento en el que Alvarado falleciera. Quién iba a pagar sus deudas y sueldos atrasados. Quién se haría cargo de todo. Alvarado no tenía reemplazo posible.

Al principio, Fernando albergó ciertas esperanzas de que Alvarado pudiera salvar la vida. Sin embargo, cuando llegaron al pueblo de Atenguillo, a dos leguas del lugar del desastre, lo atendieron como era debido y lavaron sus heridas, y pronto se dieron cuenta de que no había ningún milagro posible para que sobreviviera. Alvarado se mantenía vivo gracias a la persistencia y a la terquedad de no querer abandonar el mundo sin haber confesado sus pecados, y así estuvo varios días. Necesitaba arrepentirse de los pecados cometidos en una vida de guerra y de conquista, de servicio a Su Majestad y a sus propios intereses. Sin duda había mucho que confesar. En Guadalajara fueron recibidos por todos los vecinos bajo una atmósfera de derrota y demostraciones de sentimiento. La muerte de Alvarado no presagiaba nada bueno. Los rebeldes se habían hecho fuertes en Nochistlán, eran numerosos y no tardarían en avanzar sobre los muros de la villa.

Cristóbal de Oñate recibió a los principales y los ayudó a trasladar a Alvarado a la casa de Juan del Camino, que aún se encontraba con su partida de jinetes en el sur, cumpliendo con las órdenes del adelantado. Recostaron a Alvarado, moribundo, en la cama de su sobrina y mandaron llamar a un confesor.

—Tenía razón —le reconoció el capitán Estrada a Oñate, fuera de la estancia.

El capitán general negó con la cabeza, afectado.

—De nada sirve tener la razón si esto le cuesta la vida a un hombre de honor como don Pedro —repuso él.

—Enviaré una carta al virrey —dijo Fernando, sin tiempo para más—. ¿Sabe dónde se encuentra?

—En Tiripetío, en el convento de los agustinos —le informó Oñate.

A Fernando le animó saber que no estaba tan lejos como pensaba.

—Necesitaré dos buenos jinetes que lleven la carta con urgencia.

Fernando se retiró a escribirle al virrey los hechos acontecidos y más tarde les entregó la carta a los jinetes de Oñate, que partieron bajo la última luz del crepúsculo. Fernando no dormía desde hacía días, y apenas había comido

nada. La muerte próxima de Alvarado certificaba el desastre de la participación de su familia en la campaña. Fernando decidió hospedarse con Estrada y Balam en una de las habitaciones de la casa de Juan del Camino. Esa noche, el joven fue a la estancia principal. En el gabinete contiguo, se encontró con el escribano Montoya, más afectado que nadie. También estaban el cura y Luis de Castilla.

—Ya ha hecho el testamento y se ha confesado —le informó Castilla.

Fernando asintió con expresión cansada.

—Pasaré a despedirme de él —dijo.

Fernando abrió la puerta lentamente y vio al adelantado tan desvalido sobre el lecho que sintió lástima por él. Estaba ligeramente sentado, pues era la única postura que le permitía respirar. Un aparatoso vendaje le cubría el pecho y las manos. Su rostro tenía muchos cortes, y nadie se había ocupado de afeitarlo esos días. Su aspecto era desaliñado y desastrado, lo cual lo volvía irreconocible. Apenas era capaz de mantener los ojos abiertos, unos ojos azules cuyo brillo poco a poco se iba extinguiendo.

—Don Pedro —lo saludó Fernando, y tomó asiento en la silla junto al lecho.

Alvarado hizo el esfuerzo de girar el rostro hacia él.

—Ha venido a cobrar sus deudas —masculló Alvarado, e hizo una mueca que pareció la sonrisa de un ermitaño. Fernando negó con la cabeza y Alvarado cerró los ojos un instante antes de volver a posar la mirada sobre él —. Siempre pensé que se cansaría de seguirme o que moriría en el intento antes de conseguir cobrar nada. Ni el Usumacinta ni Nochistlán han podido con usted.

—Supongo que soy un hombre terco —admitió Fernando—. Casi tanto como usted, don Pedro.

Alvarado volvió a medio sonreír y luego hizo un gesto de dolor. Fernando vio que la herida del pecho volvía a sangrar y que las vendas se teñían de rojo. Su voz era ronca y dificultosa. Su herida en el pecho expelía un hedor nauseabundo, y a Fernando le dio vergüenza sentirlo. Alvarado se dio cuenta de esto último y apartó la mirada. Junto a la cama había un aguamanil con una palangana y agua fresca para lavar las heridas del adelantado. Fernando se levantó, sin decir nada, volcó un poco de agua templada y la mezcló con jabón. A continuación, cogió una navaja para afeitarlo. Alvarado cruzó una mirada con él, sorprendido y luego profundamente agradecido. Ninguno de los dos dijo nada. Fernando dispuso un paño sobre su pecho y así, en un acto de entera complicidad, Fernando obsequió a su señor con un último servicio.

Tal vez le quedaran pocas horas de vida, pero para Alvarado significaba mucho más. Aquel gesto le devolvía cierta dignidad. Uno de sus hombres, al menos, se había ocupado de prepararlo para esperar a la muerte como un hombre de su categoría se merecía.

Cuando finalizó, Fernando dejó la navaja a un lado y secó su rostro. Estuvieron un rato sin hablar. El hidalgo estaba destruido, agotado y sin fuerzas. Le costaba mucho respirar. Era por ello por lo que sus palabras emergían lentas y parsimoniosas, en un esfuerzo por pronunciarlas.

—El virrey Mendoza no dejará que ningún hombre se vaya en ninguna flota hasta haber sofocado esta rebelión —le dijo en tono de confesión—. No se separe de Mendoza si quiere mantener su participación en la Especiería. Aunque yo me muera, usted seguirá contando con esa parte. Hágala valer frente a ese hombre del mismo modo que lo ha hecho conmigo. Lleve cuidado. Mendoza es un perro viejo en estas lides, un funcionario prepotente, avaro como un cuervo y un embaucador.

Fernando le agradeció el consejo. En realidad, el joven sabía que todos los conquistadores pensaban lo mismo de los funcionarios de la Corona, o de cualquiera que cumpliera funciones que significaran controlar su poder. Un poder que hasta ese momento había sido casi ilimitado. Fernando volvió a tomar asiento y lo miró a los ojos.

—Don Pedro, ¿se arrepiente de lo que provocó en Guatemala? ¿De quemar a sus reyes? ¿De haber vendido a su gente en el Perú?

Alvarado lo miró a los ojos, enigmático, y estuvo un rato en silencio antes de responder.

—Lo mismo da ahora, don Fernando. El destino de Guatemala ya no está en mis manos, sino en la de aquellos que se desangrarán por obtener el poder. Es cierto que las cosas se podrían haber concebido de otro modo. Yo solo he sabido llevarlo de una manera.

Fernando se puso en pie para despedirlo. Alvarado le pidió que se acercara.

—Quiero que haga algo por mí. Algo que solo un hombre de honor puede cumplir, y sé que no hay otro como usted en Nueva Galicia.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Alvarado se esforzó por contener una tos con un pañuelo. Fernando vio que estaba lleno de sangre. A continuación, el hidalgo se quitó una llave que llevaba colgada del cuello.

—Esto abre el cofre de mi despacho en Santiago de Guatemala —dijo al tiempo que se la entregaba—. Dentro hay una cantidad importante de dineros.

Coja la mitad para usted y entregue la otra parte al obispo Marroquín, que sabrá administrarla entre mis deudas. Vuelva a Guatemala y dígales a mi esposa, doña Beatriz de la Cueva, a mis hermanos y a los hombres del cabildo que mi último pensamiento ha sido hacia ellos. Don Fernando, si usted no acude, en Guatemala se abrirá una guerra por el control del poder. Mis hermanos derramarán la sangre que sea necesaria por mantener el control. ¿Me ha entendido?

—No puedo marcharme si la flota de Villalobos está al partir, señor.

Alvarado negó con la cabeza, con expresión cansada.

—Créame si le digo que ninguna flota saldrá de Nueva Galicia si el virrey Mendoza no ha sofocado esta revuelta. Le dará tiempo a ir y a regresar.

Fernando cogió la llave y lo miró con seriedad.

—Vaya a Guatemala, recupere esos dineros y retorne al Puerto de la Navidad —insistió Alvarado—. Si no se adelanta, el virrey enviará a uno de sus hombres de confianza, tal vez a Luis de Castilla, para tomar el mando de la capitanía, a cambio de favores a los miembros del cabildo, hasta que el emperador dicte su voluntad. Si el virrey es un hombre sensato, mantendrá a Francisco de la Cueva como teniente de gobernador y a mi esposa, doña Beatriz, al frente de la capitanía. Haga valer la paz, don Fernando, usted que tanto la anhelaba. No desaproveche esta oportunidad.

Fernando era consciente de lo que significaba esa orden. Aunque le costara admitirlo, ese favor podría salvar muchas vidas. El joven estiró su mano y Alvarado se la estrechó lentamente, por última vez. Antes de salir, el hidalgo lo llamó. Fernando se volvió hacia él.

—Ha sido usted de los pocos hombres leales que he conocido en mi vida, Cardeña —le dijo con parsimonia. Fernando hizo una reverencia antes de salir de la estancia. Aquellas fueron las últimas palabras que oyó decir al hidalgo en vida.

6

Pedro de Alvarado perdió la vida el cuarto día de julio de 1541, nueve meses después de que la flota atracara en el Puerto de la Navidad. Para entonces la revuelta del Mixtón no había hecho más que empezar. Fernando decidió seguir su consejo y salir de Guadalajara antes de la llegada de Mendoza. Si el virrey se decantaba por elegir a otro hombre en Guatemala, como podía ser Luis de Castilla, Fernando se vería arrastrado a combatir en una guerra en Nueva Galicia que no era suya ni tenía nada que ver con sus intereses. No

obstante, todos tendrían que levantar la rodela y luchar, pues eran muy pocos los castellanos en Nueva España, y qué decir de Nueva Galicia. La muerte de Alvarado dejó en el aire muchas cosas, pequeñas participaciones de cientos de hombres en la hueste que no sabían ahora a quién cobrárselas, tampoco sabían bien a qué flota pertenecían de todas las que se habían planificado en las capitulaciones firmadas en Tiripetío entre Alvarado y Mendoza. Con las huestes enemigas a las puertas de Guadalajara, ninguno tuvo tiempo para pensar en estas cuestiones. Menos de una semana desde que Fernando le escribiera al virrey Mendoza, como armador de Alvarado y lugarteniente, indicando cuáles eran sus planes y el motivo de su viaje a Guatemala, un jinete le llevó su respuesta. Antonio de Mendoza respondía que estaba de acuerdo con su viaje y que había decidido mantener a Francisco de la Cueva, primo de la esposa de Alvarado, como teniente de gobernador de la provincia hasta que Su Majestad decidiera qué hacer con Guatemala. El jinete le entregó sus instrucciones y una carta para los señores del cabildo de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Mendoza demostró una vez más su astucia. Pretendía mantener la paz, aunque eso supusiera defender un régimen injusto y a unas pocas familias beneficiadas.

Esa noche, aún en Guadalajara, mientras la hueste velaba por el alma de Pedro de Alvarado, el capitán Estrada entró en la alcoba que compartía con Fernando y cerró la puerta. Fernando estaba sentado a la escribanía y acababa de leer la carta de respuesta del virrey.

—Fernando, la participación en la campaña a las islas de las Especias, la que llevará Villalobos… —comenzó Estrada, al tiempo que daba unos pasos por la estancia y se situaba junto a la mesa. Fernando asintió.

—No es tan grande como puedas imaginar, pero es más de lo que ha puesto ningún soldado —señaló el joven con el ceño fruncido—. Hablamos de casi quince mil ducados; tal vez se trate de una quinta parte del total.

—Es decir, cinco navíos, y tu familia aportará uno —resumió Estrada.

—Eso es.

—Bien —dijo el capitán—, creo que he tomado una decisión.

Fernando alzó la vista de la carta que tenía frente a él y miró a su amigo con preocupación y algo de ansiedad.

—¿Qué decisión?

Estrada frunció los labios antes de hablar.

—A la compañía de rodeleros y arcabuceros que nos asignó Alvarado se han sumado ahora otros veinte hombres de la compañía del capitán Falcón, que murió en la retirada de Nochistlán. Soy el capitán de esos hombres,

Fernando. No puedo abandonarlos aquí y largarme a Guatemala contigo con un salvoconducto mientras ellos son enviados a luchar. Además, si luego regresamos al Puerto de la Navidad para saltar a la Especiería con ellos nuevamente…, no podría ni mirarlos a la cara. ¿Qué clase de capitán abandona a su compañía antes de ir a la guerra? —Estrada hizo una pausa y puso los brazos en jarras—. Me quedaré con ellos a preparar la defensa de la ciudad y marcharé a pelear cuando sea el momento de hacerlo.

Fernando guardó silencio un instante y dejó la pluma en el tintero. Sabía que Diego de Estrada no era un simple superviviente, y que no le había hecho gracia la idea de separarse de la hueste y huir de la guerra. El joven sabía que el resto de los hombres se hallaban en una especie de limbo, al servicio de nadie —estaba por ver si el virrey se hacía cargo de ellos—, pues, sin Alvarado, nadie iba a pagarles un mísero maravedí por las acciones emprendidas en esa guerra. Sin embargo, para Estrada y esos cincuenta rodeleros y arcabuceros la cosa era bien distinta. Fernando se había convertido en el responsable de sus destinos y Diego de Estrada, en el capitán que defendía sus intereses.

Fernando se puso en pie. Anduvo con aire preocupado hasta la ventana.

—Sé que puedes exigirme que vaya contigo a Guatemala, pero ya sabes la clase de hombre que soy —comenzó Estrada, pero Fernando hizo un ademán con la mano.

—No, Diego, no voy a obligarte a nada —dijo con la vista en la ventana, y luego se volvió a él—. Hemos hecho un viaje demasiado largo juntos y hemos intentado buscar nuestro sitio en este mundo. Ha llegado el momento de que elijas tu porvenir.

Estrada lo miró a los ojos.

—Recuerdo esa mañana en la que os presentasteis Amir y tú en la mancebía —rememoró con una media sonrisa y la mirada perdida—. Ese día les devolviste el aire a mis pulmones, Fernando. No te imaginas.

—Solo buscaba que no me mataran —esgrimió Fernando sonriente.

Ambos estuvieron un instante sin hablar, con el vivo recuerdo en sus retinas. Luego el capitán alzó la vista y lo miró de forma distinta, como si se hubiera recompuesto.

—Fernando, tus dineros los custodian los agustinos en Tiripetío. Yo mismo los cargué desde la ciudad de México. Es una caja de caudales de tres llaves con monedas acuñadas y algunas piezas de oro puro de buena calidad. Con lo que traerás de Guatemala, me refiero a los dineros que te ha dado Alvarado, eso será una carga demasiado importante como para arriesgarte a cruzarla por la Mar del Sur.

Fernando le dio la razón. Aquello era cierto.

—¿Crees que debería guardarla en México o enviarla a Sevilla?

Estrada negó con la cabeza.

—Fernando —dijo su amigo, e hizo una ligera pausa—. Creo que ha llegado la hora de que tú regreses a Sevilla.

El joven entornó la mirada.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que has oído —soltó Estrada—; atiende a lo que digo, por una vez. Son demasiados dineros como para enviarlos a través de alguien. ¡No puedes fiarte de nadie! Tampoco conoces a ningún hombre que te sea fiel hasta la muerte y pueda proteger tal riqueza sin jugártela. Al mismo tiempo, debes pensar en proteger los intereses de tu familia en la expedición a las Especias. Son dos frentes importantes, y no puedes permitirte descuidar ninguno de ellos.

A Fernando le costaba reconocer que su amigo tenía razón en todo lo que decía.

—Diego…

—Yo iré en tu nombre a la Especiería con Villalobos y me haré cargo de esa expedición —anunció Estrada—. Tú llevarás el comercio de Indias a Sevilla y volverás con esos dineros para cubrir las deudas de tu familia. Luego, solo tendrás que esperar noticias mías desde el otro lado del orbe.

Fernando guardó silencio.

—Pueden pasar años —reflexionó tras un momento—. Lo sabes.

—Lo sé bien —sostuvo el capitán—. Pero, llegados a este punto, Fernando, creo que no tenemos alternativa. Es lo más sensato.

Fernando no supo qué más decir. Se acordó de la discusión con su tío la noche en la que se enteró de la muerte de su padre. La manera en la que él le había expuesto su plan y que era, en el fondo, lo más razonable. Ahora volvía a suceder lo mismo; sin embargo, él estaba en la otra parte de la mesa. Sintió el peso de la responsabilidad de tener que dejar aquello en manos de su amigo.

—Diego, no quiero poner esto sobre tus hombros —dijo Fernando—. Es demasiada la responsabilidad, y es un viaje que puede costarte la vida. ¡Ni siquiera se ha descubierto la ruta del tornaviaje, por Dios!

—Dame una parte.

—¿Cómo dices?

—De ese modo te asegurarás de que velaré bien por las posesiones de tu familia, pues también me juego algo que es mío —dijo el capitán—. Dame una décima parte de tu participación, que para un hombre como yo significará

que seré rico.

Fernando sabía que una décima parte era lo justo. Significaba que la aportación del capitán ascendía a los dos mil ducados, prácticamente la participación de cualquier principal de Indias. Sin embargo, Diego de Estrada no era cualquier hombre, y después de tres años en Indias merecía su recompensa.

—No, te daré mucho más —concluyó Fernando—. Tendrás una participación de cuatro mil ducados.

Estrada se quedó sin palabras. Aquello era el doble de lo que esperaba. Ambos se dieron un apretón de manos. Luego el capitán se acercó a él y lo obsequió con un abrazo sincero, de profunda amistad. Aunque fuera unos años mayor que él, siempre se habían tratado como hermanos de sangre. Fernando no imaginaba la rutina diaria sin su presencia. La conquista de la Especiería podría llevarle muchos años antes de un posible regreso a Sevilla. Cuatro mil ducados. Una auténtica fortuna para Estrada. Si actuaba con inteligencia y luchaba por sus intereses, podría multiplicar por diez sus ganancias, como otros mercaderes portugueses habían hecho ya con la pimienta o el clavo.

—Hasta aquí hemos llegado —murmuró Estrada con los ojos vidriosos.

—Escribiré tus instrucciones —musitó Fernando, que apretó los labios para contener el llanto—, por si Villalobos adelanta la partida y no nos vemos antes. Intentaré volver lo antes posible con más pertrechos y provisiones.

—Te has convertido en un gran hombre, Fernando.

El joven derramó lágrimas, y Estrada lo abrazó.

—Gracias, Diego, por todo lo que has hecho por mí —musitó Fernando, al tiempo que se secaba las lágrimas—. Por enseñarme lo que sé.

—Siempre serás mi hermano —susurró el capitán, con la voz rota.

El joven asintió y Estrada le dio unas palmadas. Se mantuvieron en silencio, en la intimidad fraternal de aquellos que se conocen y lo han compartido todo, alegrías y tragedias. Años de lecciones de ropera, visitas a la taberna de las Escobas, en Sevilla, la travesía por el océano, los viajes por Santo Domingo y Cuba, la noche de la muerte de Carranza, el viaje a Guatemala, el Usumacinta, el dolor por la muerte de Portocarrero. Eran tantas las vivencias que cada uno formaba casi un compendio de recuerdos de la vida del otro. Así se separaban sus caminos, después de tantos años juntos y un viaje largo y sufrido. Fernando sabía que sería difícil volver a verse, que nada sería igual, ya que él mismo tardaría varios meses en volver de Guatemala. Para entonces, la flota de Villalobos habría partido a la Especiería y a Estrada

le tomaría años retornar a Sevilla.

—¿Qué pasará con el chico?

—¿Con Balam?

—Eso es —dijo Fernando.

—Vendrá conmigo —dijo Estrada, sonriente—. Ya lo hemos hablado.

Ambos volvieron a fundirse en un último abrazo.

Estrada se marchó de la estancia y Fernando permaneció en silencio, con la tristeza de ver que sus amigos tomaban otro rumbo y que su viaje a partir de entonces sería en solitario. No temía viajar solo. Sin embargo, se preguntó si volvería a ver al capitán con vida. Era otro hombre ahora, tan distinto a aquel desastrado maestro en armas de Sevilla que le costaba esfuerzo recordarlo en la vieja casa de San Leandro. Diego de Estrada había vuelto a vivir, y la travesía por el mar del Sur, hacia el otro lado del mundo, iba a ser la gran aventura de su vida.

7

Menos de diez días después de la muerte de Alvarado, Fernando se despidió de sus amigos y cruzó los valles al galope hacia el puerto de San Blas, en la región de Nayarit. Allí entregó algunas cartas del virrey a los capitanes Villalobos y Cabrillo en las que iban sus instrucciones sobre las flotas y expediciones, mientras los castellanos hacían frente a la revuelta. Fernando pasó tres días preparando el galeón San Cristóbal, aquel que le había entregado Alvarado y que ahora pertenecía a su familia. Según las cartas del virrey Mendoza, el obispo de Guatemala, Francisco Marroquín, se encontraba en la provincia de Chiapas. Era imperativo dar con él y ponerlo al corriente del fallecimiento de Alvarado antes de que se corriera la voz en la provincia, pues era el único hombre capaz de frenar los impulsos de la familia Alvarado, así como los de la facción contraria en el cabildo.

Salió del puerto de San Blas a mediados de julio, y su tripulación navegó más de veinte días con buen tiempo. Fernando ocupó un espacio resguardado del sol bajo la toldilla, un sitio reservado para las autoridades. No obstante, se puso al servicio del capitán de la nao y de su piloto para lo que requirieran. Pudo contemplar la costa a estribor y trató de memorizar el Puerto de la Navidad, a su paso. La embarcación prosiguió su viaje hacia el sur. Llegados a un punto, el piloto le señaló una ensenada.

—Aquel es el sitio del que usted hablaba, señor —le dijo el nauta—. Los indios lo llaman Acapulco, en lengua náhuatl.

Fernando contempló la entrada de mar. Durante las conversaciones en Tiripetío, el virrey Mendoza mencionó aquel lugar el cual pretendía convertir en el puerto más grande de Nueva España en la Mar del Sur. Los navíos que hallaran el tornaviaje desde la Especiería cruzarían el gran océano y arribarían a Acapulco. Luego iniciarían la ruta más directa hacia la ciudad de México. Desde allí, volverían a embarcar las mercancías en Veracruz, para seguir su viaje hasta La Habana, donde se cogerían a los alisios rumbo a España. Esa sería la gran ruta española de las Especias, y Fernando esperaba participar en ella con la ayuda de su amigo, el capitán Estrada, desde el otro lado del orbe.

Recordó que esa idea había sido la misma de Alvarado con respecto a Guatemala. El hidalgo había pretendido hacer de Iztapa el gran puerto de la Mar del Sur y convertir a Santiago de los Caballeros en la nueva Sevilla. Sin embargo, nada de eso iba a suceder. Tras su muerte, muchos de sus planes pasarían al olvido y otros los tomarían señores importantes y de más nombre como el propio virrey. Aunque la extensión de tierra fuera mucho mayor para cruzar las mercancías por tierra, Nueva España sería la primera parada de todas las especias de las islas del sur. Los navíos saldrían de Veracruz, y, en la gran bahía de La Habana, se prepararían las flotas y los convoyes para salir hacia España. El Nuevo Mundo comenzaba a perfilarse como un jugador más en la gran partida.

El galeón llegó al puerto solitario de Chiapas durante los primeros días del mes de agosto. Fernando escribió una nota a vuelapluma al obispo Marroquín, rogándole que regresara a Guatemala cuanto antes, y pagó a un jinete para que cabalgara hacia la villa de Ciudad Real de Chiapas en su búsqueda. La nao permaneció una semana en ese puerto, mientras hacían reparaciones en el aparejo y cosían velas. Fue tiempo suficiente para que Marroquín apareciera de improviso. La gravedad de los acontecimientos le hizo tomar decisiones a toda prisa y no desaprovechar la oportunidad de volver a Guatemala por mar. Fernando salió a recibirlo, y el obispo lo saludó con un efusivo abrazo.

—Que Dios escolte a los portadores de tan aciagas noticias —le dijo Marroquín. Fernando fue consciente del dolor que sentía el obispo, amigo íntimo de Alvarado, y quizá el único hombre que supo entender su manera de ver la vida. Tanto Fernando como muchos otros recordaban al hidalgo por su ambición y su falta de escrúpulos a la hora de incumplir pagos y deudas. Sin embargo, Francisco Marroquín había conocido al hombre oculto tras el velo de sus pecados. Fue su confesor centenares de veces y había descubierto en él un alma arrepentida y devota bajo cuya piel orgullosa se escondía un hombre llano y temeroso de Dios. Fernando aprovechó el viaje para hacerle entrega

del testamento de don Pedro, redactado el último día en Guadalajara.

—Era un hombre bueno —le dijo durante la travesía hacia el sur—. Cierto es que poseía un carácter difícil, como cualquier hombre de su categoría, don Fernando, pero era un hombre de buenas intenciones.

El joven se preguntó entonces si acaso el camino al infierno no estaba empedrado de buenas intenciones. Para él, Alvarado había sido muchas cosas, sobre todo un pésimo gobernante, dotado de artimañas de cortes añejas como la castellana de otros siglos. ¿Qué clase de hombre no pagaba a su hueste cristiana y a los infantes aliados? ¿Qué gobernador entregaba la mayor parte de los bienes a sus hermanos y allegados y dejaba a la mayoría de su ejército en necesidad? ¿Cómo podía considerarse inteligente un hombre que, una vez acabada la guerra, quemaba vivos a los reyezuelos locales? Ni fray Bartolomé de las Casas, que exageraba en sus acusaciones, ni Francisco Marroquín, que defendía en exceso a su amigo, ni el propio Pedro de Alvarado, que en tan alta estima se tenía, llevaban la razón. En opinión de Fernando, al adelantado le faltaron conocimientos, paciencia, inteligencia táctica y grandeza para gobernar una tierra tan compleja como Guatemala. Fernando había aprendido en esos años que no bastaba con fundar villas, herrar a indios, quemar a reyes y construir flotas: había que ser más listo que el hambre y menos codicioso que un ciego. Y a Alvarado lo había matado su ambición.

Fernando y el obispo arribaron por fin a Guatemala a finales del mes de agosto de aquel año de 1541, con la sensación de haber regresado al hogar y con la amargura de portar noticias nefastas. El puerto de Iztapa los esperaba con la silueta de los volcanes del valle en su horizonte. Grandes y majestuosos, como testigos imponentes de las calamidades sufridas por esas gentes. En ese muelle solitario, al caer al tarde, ninguno de los dos hombres intuía que los destinos de aquella tierra adolorida estaban a punto de cambiar para siempre.

XIX

La gran expiación

1

La dama dejó escapar un grito agudo que pareció emerger del fondo de sus entrañas, y aunque sus doncellas intentaron sostenerla, ella las apartó con brusquedad y lloró de desesperación. El lamento de doña Beatriz de la Cueva se oyó en cada casa de la villa de Santiago de los Caballeros. La vida y Dios le arrebataban a su esposo con crueldad e injusticia, el hombre que la había hecho abandonar su Úbeda natal para cruzar océanos y selvas y ser la esposa del gobernador de una tierra inhóspita. El mismo destino aciago que se había llevado a su hermana mayor, Francisca, y que ahora se cebaba con ella y la hacía enviudar en un territorio en guerra con los naturales y con las facciones contrarias al poder de la familia Alvarado. La angustia de doña Beatriz hacía prever la guerra fratricida que estaba por suceder.

Fernando se mantuvo de pie, consciente del dolor que habían provocado sus palabras. A continuación, la dama exigió conocer los detalles de la muerte de su marido, incluso los más escabrosos. Fernando, que se encontraba en compañía del obispo Marroquín, se negó en una primera instancia, pero tras el reclamo de la señora, se vio en la obligación de relatar la sangrienta caída en el barranco y la dolorosa muerte ocurrida los días posteriores. Fernando había decidido acudir en persona a dar la funesta noticia, pues lo consideraba una responsabilidad al haber sido uno de los primeros en rescatarlo de la tragedia y por ser un hombre cercano al adelantado. Además, era una promesa que le había hecho a Alvarado, y era parte de su último servicio. Tras su relato, doña Beatriz cayó de rodillas, vencida. Esta vez aceptó el consuelo de sus damas, aunque no tuvo fuerzas para levantarse. Fernando pensó que era el momento de retirarse. En compañía del obispo Marroquín, se dirigió hacia la puerta. Antes de salir de la estancia, oyeron a doña Beatriz alzar la voz.

—Viviré en estricto luto y me someteré a Dios —anunció con los ojos enrojecidos de rabia—. ¡Pintaré las paredes y las cortinas de negro! ¡Vestiré de luto hasta que la muerte decida llevarme con ella!

Fernando y el obispo lo lamentaron por ella y por su dolor. La dama parecía haber perdido el juicio por completo. Sin embargo, pronto se darían cuenta de que sus impulsos no acabarían ahí, esa tarde.

La villa recibió con estupor la noticia de la muerte de Pedro de Alvarado y las campanas doblaron por la muerte del adelantado. Alvarado dejaba un listado de individuos a quienes les debía dineros y, sobre todo, un legado que se había convertido en un territorio injusto y desigual, en el que únicamente sus allegados, hermanos y primos contaban con los recursos, las tierras y la mano de obra. El resto de la población malvivía en la miseria.

Fernando y el obispo cruzaron la casa de Alvarado a través de un oscuro pasillo y se dirigieron a su despacho. Marroquín era el custodio de su testamento. La sala estaba llena de mapas, legajos, papeles, documentos, cédulas, y otros cientos de cosas que había acumulado el hidalgo a lo largo de una vida de viajes, expediciones y conquistas. Fernando descubrió un legajo que contenía las cartas de Su Majestad. El joven vio cuatro o cinco baúles. Uno de ellos, precisamente el que estaba junto al gran escritorio, fue el que más le llamó la atención.

—Este debe de ser —murmuró.

Extrajo la llave y la introdujo en la cerradura. Dentro vio muchos rollos de papel y pergaminos, libros forrados de pieles, una caja de metal y una bolsa de terciopelo. Con la ayuda de Marroquín revisaron una a una las pertenencias del adelantado. Algunos eran documentos o contratos aún por saldar de los que se ocuparía el obispo en el futuro. Por último, vaciaron sobre la mesa la bolsa de tela. Más de un centenar de monedas de oro puro y plata se esparcieron sobre los papeles. Fernando, que había visto muchos dineros a lo largo de su vida, determinó en una sola mirada que su valor podía ascender a varios miles de ducados.

—Don Fernando —dijo el obispo con las manos sobre la mesa. Lo miró con expresión preocupada, casi paternal—. Alvarado nos ha legado una capitanía en ruinas. Tendré que lidiar con muchos hombres que guardan deudas con él, no tan grandes como la suya, desde luego, pero sí sumas importantes, de cuatrocientos o quinientos ducados. Varios vecinos que no dudarán en aceptar una guerra abierta por el dominio del cabildo.

—¿Qué insinúa, señor obispo? —Fernando se imaginó por dónde iba. Marroquín pretendía quedarse con la totalidad del oro, por el bien de Guatemala y de su gente. El obispo se mostró calmado, como un hombre sensato y razonable. Fernando estaba sereno, como un buen negociador. Era consciente de que Alvarado no había firmado ningún documento en el que

estipulaba que la mitad de esos dineros eran suyos. Aquel había sido un trato de caballeros, únicamente de palabra. Marroquín clavó la mirada en Fernando.

—Quiero decir que Alvarado ha dejado cinco niños bastardos y docenas de críos sin padre a causa de su guerra y de su campaña —dijo el obispo—. Sé que usted quiere lo mismo que yo. Justicia. Quiere ver a Guatemala convertirse en una tierra grande y digna de este imperio por la gracia de Nuestro Señor. Don Fernando, le ruego que renuncie a su parte en oro y plata por el bien de esta causa.

—¿Ha perdido el juicio, Marroquín? ¡He cruzado las Indias de punta a punta por recuperar la fortuna de mi familia! No tiene la menor idea de la cantidad de dineros que me debe el adelantado, señor.

El obispo asintió, comprensivo.

—Lo sé, señor, y no pretendo que sea un obsequio. Sin embargo, podemos arreglarlo de otra manera.

—¿De qué manera?

—Verá —comenzó Marroquín juntando sus manos—, podría intercambiar grandes extensiones de tierra a cambio de esta suma. Tal vez podría darle algo que le interese. En mi carta al rey, además, puedo solicitar una merced para usted; digamos que, como obispo, puedo recomendarlo a Su Majestad, por todos sus servicios a la Iglesia y a la Corona en Guatemala, como hombre fiel a Alvarado y a la capitanía.

Fernando había aprendido lo difícil —por no decir imposible— que era conseguir un mísero ducado en Indias. Comprendía que el obispo necesitaba liquidez para pagar deudas, es decir, necesitaba de esas monedas, de ese oro y de esa plata, para firmar la paz entre los suyos. Para que Guatemala no se le fuera de las manos. Se dio cuenta de que el valor de esas monedas podía ser superior al valor del propio dinero.

—Quiero el puerto de Iztapa y los astilleros de Acajutla —dijo Fernando.

—Eso es demasiado —respondió Marroquín, que había comprendido las intenciones del joven Cardeña, que estaba dispuesto a negociar—. Es una concesión que únicamente puede dar el rey. Ni siquiera yo podría ofrecerle eso.

Fernando guardó silencio y acarició una de las monedas.

—Tal vez lo mejor es que me lleve la parte que me corresponde.

—No, espere.

—¿Qué propone, pues?

—Puedo otorgarle el plazo de un año para que utilice los astilleros de Acajutla y no pagará las tasas de aduanas en el puerto de la Mar del Sur. Es un

trato justo, no puedo ofrecerle más. Le escribiré al rey con estas disposiciones.

El joven asintió lentamente. Había visto la situación económica en Nueva España y en Nueva Galicia y tenía intenciones de llenar las bodegas de su galeón con manufacturas, pertrechos y materiales para vendérselos al virrey Mendoza en el Puerto de la Navidad. Guatemala contaba con mucha gente capaz de trabajar y de realizar envíos continuos al norte, y más todavía en aquel período de guerra contra los rebeldes. Mendoza necesitaba de suministros y, durante aquel año, Fernando podría dárselos.

—Me parece bien —dijo finalmente—. Pero quiero una cosa más.

El obispo frunció el ceño.

—Espero poder concedérselo. Usted dirá.

—Quiero de vuelta a los ciento cincuenta esclavos africanos del adelantado —exigió Fernando—. De lo contrario, no habrá ningún trato.

A Marroquín no le hizo gracia aquella petición, pero iba a enfrentarse las próximas semanas a problemas mucho más importantes. Tras un momento, el obispo le estrechó la mano.

Luego Fernando se dirigió a la puerta.

—¿Dónde va, señor? —le preguntó Marroquín.

—A hablar con los principales de la villa —dijo Fernando—. Crearé una compañía para abastecer de suministros a Mendoza.

—Don Fernando, reuniré al cabildo mañana para leer la disposición del virrey. Luego los miembros del cabildo votarán la elección del gobernador. Necesitaré de su apoyo.

—¿Por qué mi apoyo? ¿Qué tiene que ver eso con mi compañía?

—Todo tiene que ver, señor —sostuvo el obispo—. Aquellos que participen de su compañía deberán hacerlo también en la votación.

Fernando entornó la mirada. Santiago de los Caballeros de Guatemala se había convertido en una corte oscura, plagada de juegos maniqueos. Sin Alvarado, cada uno apostaría por sus propios intereses. A continuación, se retiró de la estancia y salió de la casa del adelantado. Confiaba en que su plan tuviera éxito y que esa compañía prosperara. Enviaría a Nueva España toda clase de géneros, desde armas y armaduras o protecciones hasta pieles, cueros, cerámicas, velas, cuerdas, ropajes y madera. También granos de maíz y de cacao.

Todo para la guerra de Mendoza.

2

Esa tarde, Fernando fue a la casa de doña Teresa. Cruzó la plaza de armas, bajo la sombra de los volcanes, y pensó en que había transcurrido más de un año desde la última vez que se habían visto, cuando la hueste de Alvarado había marchado al puerto de Iztapa para navegar hacia Nueva España. Fernando llevaba apenas unas horas en Santiago de Guatemala; se había presentado directamente en la casa de doña Beatriz de la Cueva sin siquiera pasar por su propia casa. Ahora, con la excusa de recuperar sus llaves, se dirigió a la casona de la dama. Pensó en ella y en el recuerdo cálido de su cuerpo y de sus labios. ¿Cómo lo recibiría después de un año? Rememoró las veces que había compartido el lecho con ella y las largas noches de conversación. Doña Teresa era una mujer madura, leal, con los pies en el suelo y trabajadora. Esperaba que lo recibiera con el mismo entusiasmo que albergaba él. Fernando no iba a perder esta oportunidad.

Algunos vecinos lo reconocieron en la plaza y dieron muestras de saludo. Fue hacia el umbral que tantas noches lo había visto entrar y salir en clandestinidad y tuvo el recuerdo fugaz de aquellos encuentros. Había comprendido que la vida era como el fluir de un río. Teresa Ugarte era su destino.

Tocó a la puerta con el puño, tres veces.

Fernando dio un paso hacia atrás. Nadie abrió la puerta. Volvió a tocar. En ese momento, un hombre abrió. Fernando lo miró de arriba abajo. Tenía el aspecto de un viejo soldado, la barba poblada, la piel curtida. Fernando adoptó otra postura y su rostro, otra expresión, completamente distinta a la que traía.

—Busco a doña Teresa Ugarte, señor.

—¿Quién va? —preguntó el hombre, con tono seco.

—Soy el capitán Fernando de Cardeña, vecino de la villa.

—Alonso Herrera, escribano público —respondió el hombre—. Soy el esposo de la señora. ¿Para qué la busca?

A Fernando la vida le había enseñado a disimular las sorpresas, y la guerra y los viajes, los golpes. De pronto muchas cosas con las que soñaba se vinieron abajo. ¿Qué podía hacer? ¿Culparla? Fernando se había marchado hacía más de un año, había vivido la guerra, la revuelta del Mixtón. Ni siquiera le había escrito una carta. Ella se lo había advertido en numerosas ocasiones: estaba sola en una tierra tan lejana de Castilla. Por supuesto que no iba a esperar a un hombre que volviera de la Especiería después de años de dar la vuelta al mundo. Fernando se sintió un estúpido y un ingenuo.

—La dama custodia las llaves de mi caserón, señor —respondió

finalmente.

El hombre asintió y lo invitó a pasar.

Fernando vaciló, pero prefirió no levantar sospechas de ningún tipo. Esperó de pie junto a la puerta a que el escribano fuera en busca de su esposa. De pronto, la señora apareció por el umbral, apresurada, y contuvo el aliento. Fernando trató de disimular su dolor y malestar. La dama había tardado menos de medio año en olvidarlo.

Doña Teresa le lanzó una mirada furibunda. Fernando supo exactamente lo que significaba. Era su manera de reprenderlo por volver, por no dar muestras de nada, por largarse de la vida de ella. La mujer se llevó una mano al vientre y Fernando reparó en que tenía al menos tres o cuatro meses de gestación. Doña Teresa se dirigió al mueble, como había hecho en otro tiempo, y extrajo la llave del cajón. Mientras, Alonso Herrera, que había vuelto a la sala, le preguntaba acerca de su viaje y de su procedencia y Fernando respondía acerca de la Nueva España sin pensar en lo que decía, con la mirada puesta en la mujer del escribano, esa mujer a la que hasta esa misma tarde había soñado con desposar. Ella se acercó y le entregó su llave por última vez.

Fernando la recibió, y una mirada fugaz fue suficiente para decirse sin palabras aquello que los dos pensaban, una acusación mutua, fruto de la impotencia del destino inconstante que parecía moverlos a ambos como a marionetas. Fernando se despidió con el mismo tono de quien le augura una buena y larga vida a un viajero, pues se tiene la certeza de que el camino será largo y que nunca más volverán a verse. Y así, con mucho dolor, la esperanza de una vida con Teresa Ugarte se desvaneció para siempre.

3

Esa noche hubo corrillos en distintas casas, conspiraciones y planes para hacerse con el poder. La sombra de la incertidumbre se erguía más alta que la del volcán más grande del valle. Sin Alvarado, los quichés y cakchiqueles veían un brillo de esperanza en el futuro de su tierra. Sin embargo, cabía la posibilidad de que cualquier bando tomara las riendas de Guatemala, y nadie podía estar seguro de si sería más cruel y tormentoso que su predecesor.

El cabildo se encontraba en la plaza de armas y tenía unas dimensiones bastante inferiores al palacio de Alvarado, que era la edificación más grande de Santiago de Guatemala. Estaban presentes los principales de la villa, entre ellos su alcalde, Gonzalo Ortiz, un hombre que no había gozado de ningún poder de facto en la ciudad; el obispo Marroquín acompañado de dos frailes y

Francisco de la Cueva, primo de doña Beatriz y lugarteniente de Alvarado en su ausencia. Fernando estaba delante de todos ellos, que no apartaban la mirada de él y de las cartas que traía desde Nueva España escritas por el virrey. Una era para el cabildo. La otra, para De la Cueva.

En ese momento, se oyó el crujir de la puerta y uno de los pajes presentó a doña Beatriz de la Cueva a los señores de la cámara. La viuda del adelantado entró escoltada de dos damas, dos pajes y su confesor. Todos vestían de riguroso luto. Fernando intuyó a través de las maneras de aquella mujer que había transformado su dolor en ambición. Era fácil presumir que no quería perder sus derechos como gobernante. Y eso pasaba por mantener los privilegios de sus aliados y de su corte.

El obispo, como autoridad neutral, dio la palabra a Fernando de Cardeña.

—*«Magníficos y nobles señores»* —leyó Fernando en la carta. A continuación, se detallaba el inmenso dolor y sentimiento por la muerte de Alvarado.

Hizo una pausa y continuó leyendo.

—*«Don Pedro»* —decía el virrey— *«dejó como su teniente de gobernador a don Francisco de la Cueva por la confianza que le tenía, y no menos le tengo yo. Es por ello, hasta que Su Majestad desee proveer otra cosa, mis señores, que deberéis obedecerlo como gobernador y os conforméis con esto para alcanzar la paz y el sosiego»*.

Hubo un murmullo en la sala. Para algunos, fue un alivio.

—*«Para doña Beatriz»* —leyó Fernando, al tiempo que levantaba la vista y cruzaba una mirada con la señora—, *«acatadla como es justo, porque en esto serviréis a Su Majestad. A quince de julio de mil quinientos cuarenta y uno. Don Antonio de Mendoza»*.

Fernando cruzó la sala y le entregó la carta con las instrucciones a Francisco de la Cueva, que hacía un esfuerzo por mostrarse compungido por los acontecimientos. En ese momento, el obispo Marroquín lo detuvo.

—Señores, el cabildo ha de votar esta disposición del virrey —les recordó.

Doña Beatriz lo fulminó con la mirada.

—El cabildo se reunirá la semana que viene —anunció la dama con inusitada fuerza en la voz, y su tono de mando fue tal que muchos olvidaron que acababa de enviudar—. Se harán los preparativos para elegir al nuevo gobernador. Que Dios nos guíe en esta senda desolada sin nuestro conquistador.

Marroquín no supo qué decir, y se limitó a asentir. Lo mismo hizo el resto de los señores. A continuación día, doña Beatriz invitó a los principales del cabildo a una misa en la capilla de su casa. Nadie se atrevió a rechazar la invitación. Fernando se acercó al obispo mientras los señores hablaban en

corrillos.

—Me temo que cuenta con una nueva e inesperada pieza en el tablero —murmuró. El obispo lo miró con preocupación.

4

El ambiente en Santiago de Guatemala se enrareció. La muerte de Alvarado privaba a Beatriz de la Cueva de sus privilegios de consorte; sin embargo, las líneas escritas en la carta del virrey le dieron alas. La mujer lloraba a su adelantado a todas horas; dejó de comer, y su estampa delgada se volvió la de un espectro desolado. Pronto surgió en ella el deseo de poder y de asumir las responsabilidades de su marido, que tan bien le había enseñado. ¿Quién más, sino ella, conocía las verdaderas intenciones de Pedro de Alvarado? ¿Quién, sino ella, merecía salvaguardar el legado de su esposo? Durante esa semana, la casa del adelantado se convirtió en un continuo ir y venir de principales. Doña Beatriz trabajó hábilmente en los votos e hizo promesas tal como habría hecho su difunto esposo. Varios de los miembros del cabildo eran estimados de Alvarado, y no parecían dispuestos a que las cosas cambiaran. La idea de una gobernación en manos de doña Beatriz, con los mismos privilegios de antaño, no les disgustaba.

Los rumores de esta nueva conspiración por el poder se hicieron eco en las casas y corrillos de la villa. Aquellos naturales que habían venido desde México o Tlaxcala y que participaban en la vida de la villa se mostraron contrarios. Lo mismo sucedió en los barrios de quichés y cakchiqueles, hartos de la mala administración de los recursos. Fernando, por su parte, pasó la semana tratando de conformar una compañía de mercaderes. Sin embargo, el obispo había tenido razón al advertirle de que todo estaba supeditado a la votación. Ninguno de los señores quería arriesgarse en una empresa como esa sin tener claro que mantendrían sus privilegios en la capitanía.

Esa semana llovió de manera copiosa todos los días. Aunque a veces el cielo se volvía oscuro como la ceniza, el viento se llevaba la lluvia y el sol entraba y salía de la villa de tanto en tanto. Las calles y los caminos permanecían constantemente embarrados, y había que tener cierta habilidad para esquivar los charcos y las pozas. Fernando tuvo el recuerdo de Sevilla, de cuando iba hacia la catedral desde su casa en compañía de su tío. Después de esos años había olvidado el olor de su ciudad y, en parte, el acento de sus gentes. En Indias se hablaba de forma distinta, como un compendio de tonos mezclados con la musicalidad de las lenguas nativas. Se preguntó si él también

habría cambiado su manera de hablar.

Uno de esos días lluviosos, Fernando volvió a descubrir el sendero que iba hacia el cerro que había visitado con el capitán Estrada y Balam. No tardó en subir a la gruta desde donde se contemplaba la villa y los volcanes en todo su esplendor. Para su regocijo, encontró la talla de Ixchel rodeada de ofrendas. Una familia quiché que había acudido al oratorio permanecía resguardada de la lluvia. Fernando esbozó una media sonrisa y desvió la mirada hacia la villa. Le alegró saber que aquel sitio cumplía la función de refugio y que la talla al fin descansaba donde se merecía.

Se sentó en una roca a contemplar el paisaje. Recordó que aquel día se cumplían dos años de la muerte de Portocarrero. Rememoró el viaje por la selva, por el Usumacinta. Tanto tiempo había transcurrido que ahora le parecía otra vida. Miró hacia la ciudad y pensó en su casa en la villa, que era oscura y tenía goteras. Fernando se había convertido en un viajero, un aventurero que nunca detenía sus pasos, y aunque permaneciera en sitios durante un año o más, no dejaban de ser lugares de paso. ¿Dónde estaba su casa, en realidad? ¿Dónde estaba su hogar? No sabía hasta dónde había llegado el propósito de su misión, diluida en el tiempo, perdida en un sinfín de proyectos y de campañas. ¿Hasta dónde iría a parar? Apostar por la expedición de un conquistador había sido un terrible error. Temía que su familia acabara perdiendo la riqueza y él, años de vida. ¿Cómo podría sacar algo de provecho en todo eso?

Cuando llegó el día señalado, Fernando se vistió con sus ropajes de Sevilla. Algunas de las prendas estaban viejas y raídas por la humedad y por los años, pero se las apañó para acudir como un hombre de su categoría. Era reconocido en Guatemala como un principal, aliado de Alvarado, capitán de su hueste y hombre de confianza. Cualquiera hubiera dicho que pertenecía al bando de los Alvarado; sin embargo, no había nada más lejos de la realidad. Fernando consideraba imprescindible un giro de timón por el bien de la capitanía. Alvarado no se había detenido ni un instante en hacer obras para su gente y para su villa, únicamente se había dedicado a la construcción de su palacio, y gracias. Cualquier otro hombre más sensato hubiese traído frailes, habría levantado un convento, un hospital, una escuela, habría empedrado las calles, habría hecho alcantarillas, pozos, acueductos y casas para todos los vecinos, sin importar su origen. Muchos españoles pensaban como Fernando, incluyendo el alcalde de Santiago de Guatemala, Gonzalo Ortiz, al que apenas se le permitió hacer nada más que portar el título de la alcaldía. Santiago llevaba muchos años abandonada al sueño delirante de riquezas y de poderío

de su fundador.

La cámara del cabildo estaba abarrotada. Aquella mañana no había dejado de caer una ligera llovizna y los principales fueron apareciendo vestidos de luto —siempre para acompañar a la viuda del adelantado— y enfundados en sus capas. Doña Beatriz se situó frente a la tarima, junto a su primo, el licenciado Francisco de la Cueva. Fernando contempló a la viuda de negro, con mantilla y velo, y le pareció una mujer orgullosa y dominante. La vio dirigirse a algunos señores con órdenes de mando y a estos obedecer sin rechistar. Todos los presentes, incluyendo los oidores y demás señores de renombre, se acercaron a mostrar sus respetos. El obispo Marroquín se situó en uno de los laterales, junto a Fernando. El joven descubrió una sombra en la mirada del obispo.

—Está todo arreglado —murmuró.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Fernando en un susurro.

El obispo contestó sin mirarlo.

—Ha contentado a todos los miembros del cabildo con su palabra venenosa —musitó Marroquín—. Les ha prometido mantener todos sus privilegios y otorgarles otros nuevos. Su tío, Francisco de los Cobos, es el secretario favorito de Su Majestad, por lo que no le costará ratificar su nombramiento de gobernadora.

Fernando entornó la mirada con preocupación.

—¿Y qué pasará con su primo, De la Cueva?

El obispo se volvió a mirarlo.

—Será su brazo ejecutor.

Fernando sintió un nudo en el estómago. Se dio cuenta de que ningún hombre en solitario podría cambiar la política de aquel lugar. Se arrepintió de haber dudado del honor del obispo en alguna ocasión. Por fin comprendía que aquel hombre estaba al servicio de Guatemala, más que ningún otro, y había utilizado su amistad con Alvarado para aconsejarlo y calmar sus impulsos más descabellados. La cosa sería bien distinta ahora con su viuda, doña Beatriz, que no aspiraba a recibir el consejo de nadie más que de su primo.

—No podemos permitirlo —dijo Fernando mirando al obispo a los ojos.

Marroquín negó con la cabeza, resignado.

—No hay nada que podamos hacer ya, don Fernando. No nos queda otra cosa más que encomendarnos a Dios.

Los escribanos tomaron asiento y se abrió la sesión. Hubo alegaciones de ambas partes, totalmente desiguales, pues el bando contrario únicamente se

hizo presente con Gonzalo Ortiz, el alcalde de la villa. Cuando se preguntó si alguien más apoyaba a Ortiz se formó un silencio en la sala. En ese momento, Fernando alzó la mano. Tenía voz y voto, como vecino de Guatemala. Varios de los hombres con los que él había intentado negociar lo miraron con decepción, como a un extranjero. Gonzalo Ortiz le agradeció el apoyo cuando regresó a su sitio. Tras las discusiones, fue el turno del obispo en tomar la palabra.

—Don Gonzalo Ortiz —dijo Marroquín—. Puede usted dejar por escrito su argumentación si lo desea y así quedará en el acta de este cabildo. Y ahora, pasaremos a deliberar.

Doña Beatriz de la Cueva no salió de la cámara sin antes echarles una mirada envenenada a Gonzalo Ortiz y a Fernando, que estaba a su lado. La señora abandonó la sala y se dirigió a su casa, en espera de la votación. Ortiz le ofreció a Fernando escribir algo en el acta si lo deseaba también.

—¿No desea dejar nada por escrito? —le preguntó Fernando.

—Esta tierra necesita unanimidad, señor Cardeña —respondió Ortiz con resignación—. Demasiado nos han separado los Alvarado ya. Si el cabildo elige a doña Beatriz gobernadora, dejaré mi voto en blanco.

Y así sucedió.

Beatriz de la Cueva fue elegida por unanimidad gobernadora de Guatemala. El cabildo al completo cruzó la plaza de la villa y acudió en compañía de los escribanos al palacio de los Alvarado para hacerle saber su nombramiento. Fernando se quedó atrás, decepcionado, viendo cómo esos hombres empequeñecían y parecían arrastrarse por las migajas de la misma familia cruel que había gobernado esa tierra. Sin que asombrara a ninguno, doña Beatriz estaba preparada para la ocasión. Sentada en la oscura sala principal, recibió la noticia en palabras del obispo Marroquín con fingida sorpresa. A continuación, los escribanos dispusieron los libros frente a ella y uno de ellos le entregó una cruz de plata y la vara de la gobernación para que hiciera juramento.

—Juro, en el nombre de Dios, dejar la vida por esta tierra, mi tierra, Guatemala, como su más fiel servidora —anunció la dama. Los presentes aplaudieron. La señora observó a su primo, Francisco de la Cueva, su brazo ejecutor, y le dio el cargo de teniente de gobernador, tal como le había predicho el obispo a Fernando. Luego se acercó al acta y se detuvo a meditar con la pluma en las manos durante un instante. Poco después, escribió:

«La Sin Ventura

Doña Beatriz».

Y con aquel nombre y aquel trazo, aquella mujer pasaría a la historia en compañía de su destino.

5

Al día siguiente se desató una gran tormenta, como no se recordaba desde la fundación de la villa. No se detuvo desde el amanecer, aunque por la tarde amainó ligeramente. Cuando cayó la noche, Fernando cruzó la plaza bajo los pórticos y soportales hacia la casa del obispo. Fernando había sido invitado a cenar junto a Gonzalo Ortiz. Aunque más o menos podía intuir los motivos de la invitación —levantar los ánimos de los únicos hombres contrarios a los miembros del cabildo—, no era una cena entre amigos. Fernando agradeció la hospitalidad del obispo, y estuvieron charlando hasta que apareció un criado por el umbral de la sala y anunció que Gonzalo Ortiz no acudiría, ya que había tenido un inconveniente con el techo de su casa y le estaba entrando el agua a raudales.

—Lo lamento por él, de verás —dijo Marroquín, poco después, ante un plato de sopa. Fernando estaba frente a él, sin más compañía—. Don Gonzalo es un buen hombre, aliado de Alvarado; sin embargo, el adelantado nunca le pagó lo que él creía merecer. Cuando le otorgó el cargo de alcalde, se alegró, como no podía ser de otro modo, pero pronto se dio cuenta de que era poco lo que podría hacer sin la aprobación de don Pedro.

—Los dos sabemos que esta tierra necesita cambios, Marroquín —dijo Fernando con decepción—. Dudo mucho que esos cambios, con doña Beatriz al frente, vayan a mejor.

El obispo frunció el ceño.

—Procure que no le oigan decir esas cosas, don Fernando. Tomaré eso último como un secreto de confesión. Los principales le serán fieles mientras sepa mantener sus privilegios.

—La vieja historia de siempre.

Marroquín se encogió de hombros y volvió a servir el vino. Fuera, la noche rompía el cielo en truenos y relámpagos que centelleaban de tanto en tanto, y sus destellos podían verse a través de las ventanas. La lluvia comenzó a golpear con fuerza los postigos y el viento, a mover las celosías.

—No debería haber levantado la mano —dijo el obispo tras un momento.

—¿Cómo dice?

—Que no debió apoyar a Ortiz. Ese error le costará muy caro.

Fernando negó con la cabeza.

—Si el bando de doña Beatriz quiere amenazarme, que lo haga. No pienso permanecer más tiempo del necesario en Guatemala.

—No digo que vayan a por su vida, don Fernando. Pero dudo que alguno de los señores quiera aliarse con usted en su afán de montar una compañía de mercaderes. Guatemala tiene oficio de guerra. Sus principales son veteranos, capitanes y viejos soldados de la conquista. Carecen de su visión del mundo. A veces, yo mismo dudo que sepan vivir en paz.

Fernando pensó largamente en esto último, incluso cuando la cena concluyó y el joven se dispuso a partir de vuelta a su casa. Era tal el aguacero que caía fuera que el obispo le ofreció pasar la noche en la estancia de invitados, la misma alcoba en la que se había hospedado la primera vez que había ido a Santiago. El joven no pudo rechazar la invitación. Fuera, la plaza estaba prácticamente inundada, los caminos se habían convertido en un lodazal y los vientos mecían de forma violenta los árboles y los tejados, amenazando con arrancarlo todo de cuajo. No había visos de que la lluvia fuera a detenerse.

Se durmió pronto, exhausto. Pensó con desilusión que las cosas en Guatemala jamás cambiarían y que se abría un período de tiranía comandado por una mujer déspota y ambiciosa. Comprendió, de algún modo, que Alvarado había marcado para siempre el destino de aquella tierra; sus sucesores harían lo mismo que él y estrangularían a su pueblo hasta la asfixia. ¿Cuánto dolor más podría soportar un país que vivía en una guerra perpetua? Entonces Fernando soñó con el mar. Sintió las aguas y la humedad. Notó que iba en una barca, en un mar en calma, y que su mano caía por la borda y acariciaba la superficie con la yema de los dedos… En ese instante, Fernando despertó con una mano bajo el agua. Cuando se incorporó, se dio cuenta de que la habitación estaba inundada más de dos palmos y que sus botas de cuero flotaban junto a la cama.

—Dios mío.

Se vistió tan rápido como pudo. Oyó un trueno que estalló e hizo vibrar el suelo y enmudeció la noche.

—¡Don Fernando! —Era la voz del obispo al otro lado de la puerta.

El joven cruzó la alcoba con el agua por las rodillas y abrió la puerta con dificultad. El obispo estaba empapado, con cara de circunstancias.

—Tiene que ayudarme, mi señor. Esto es un desastre.

Ambos cruzaron el pasillo, que parecía un navío a punto del naufragio, y

se dirigieron al despacho. Allí, dos criados trataban de salvar documentos, papeles y legajos dentro de un baúl. Fernando imaginó que las lluvias se habían desatado y que se habría desbordado el río. De ser así, acabarían inundándose la mayoría de las casas de la villa.

—¡Tenemos que llevar esto a la iglesia! —exclamó Marroquín. Aunque el baúl lo podrían haber cargado dos hombres sin problema, los criados, el obispo y Fernando cogieron un asa cada uno y fueron a la puerta de la casa. Le echaron por encima una piel de venado. Cuando Marroquín abrió para salir a la plaza, la tormenta los recibió con viento y agua. Trataron de cubrirse bajo los pórticos, pero lo mismo daba, puesto que muchos de ellos habían sido arrancados por la fuerza del aire. A Fernando le sorprendió ver a un hombre con dos cabezas de ganado en la plaza tratando en vano de hacerlas cruzar hacia su hacienda.

—¡Por aquí! —les guio Marroquín. Siguieron por una callejuela y accedieron por una puerta lateral a la iglesia. Los cuatro apoyaron el baúl en una mesa.

—Esto no pinta nada bien, señor —murmuró Fernando. En efecto, parte del techo de la iglesia se había derruido y el agua entraba por arriba y por la puerta principal. Algunas de las bancadas flotaban a la altura de las rodillas. El obispo se giró a Fernando, empapado hasta las orejas, y señaló el cofre.

—¡Es preciso que esté a salvo!

—¿De verdad es tan importante? —soltó Fernando.

Marroquín aprovechó para abrir el baúl y guardar algunas reliquias sagradas de la iglesia. Luego se volvió a él con la mirada encendida.

—Este baúl contiene todo lo de esta capitanía, incluyendo sus actas de fundación y las disposiciones del rey y del cabildo. Sin esto, don Fernando, no somos más que un campamento de bárbaros en mitad de la nada.

Fernando comprendió sus palabras. Marroquín era el único hombre que se preocupaba de preservar la legitimidad de la villa, de su iglesia y su cultura. Había que trasladar el baúl a un lugar seco o, al menos, a un sitio más elevado. Fernando pensó en el palacio de Alvarado, la única casa con dos alturas. Cuando se lo propuso al obispo, este negó con la cabeza. Entonces el joven recordó el sendero que subía por el cerro hacia la gruta que él había encontrado.

—¡Conozco un sitio! —gritó Fernando para hacerse oír. El eco de la iglesia hacía resonar el agua y la tormenta.

—Bien, cargadlo hasta allí —le pidió el obispo a Fernando—. Yo cruzaré la plaza e informaré a doña Beatriz de que es preciso sacar a la gente y llevarla

a un terreno más seguro. ¡La villa va a inundarse!

—De acuerdo —dijo Fernando—. Regresaré en cuanto el baúl esté a buen recaudo. Sus hombres no se separarán de él.

El obispo se despidió con rapidez y Fernando lo vio andar con el agua hasta las rodillas hacia la puerta principal. Los dos criados cogieron el baúl con más agilidad que cuando lo hicieron los cuatro y siguieron a Fernando hacia fuera. Una cortina de lluvia torrencial caía sobre sus cabezas. Fernando jamás había visto caer tanta agua en toda su vida. El cielo se había transformado en una cascada y los relámpagos y truenos rompían en aquella noche oscura. Dieron un rodeo a la iglesia, y allí Fernando les señaló la cuesta a los criados.

—¡Es por allí! ¡Vamos!

Fernando se volvió un instante hacia la plaza. El arriero con el ganado había logrado cruzar una de las vacas al otro lado. Sin embargo, la otra bestia permaneció en el centro, con las patas entre el lodo y el agua que amenazaba con hundirla. Fernando clavó la vista en ella y vio que no era una vaca, sino un toro. De pronto, tuvo la imagen fugaz de un recuerdo perdido hacía años. La lluvia como un mal presagio. Miró a su alrededor en busca de alguien, pero allí no había nadie más que ellos. A Fernando le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de que, de algún modo, había sido testigo ya de lo que estaba ocurriendo. Sintió que la desgracia que estaba por acontecer ya la había vivido en sus sueños.

6

Ascendieron por la cuesta embarrada, con dificultad, mientras el agua formaba surcos en la tierra y caía en forma de arroyos desde las alturas. Vieron a muchos quichés y cakchiqueles con sus familias que subían la cuesta con hatos de ropa y provisiones. Fernando vio desde arriba que muchos vecinos de la villa habían salido de sus casas y trataban de ponerse a salvo. La lluvia no se detenía y el cielo rugía en aquel diluvio bíblico.

En ese momento, se oyó un enorme estruendo que no pareció provenir del cielo. El pánico se apoderó entre los que escalaban el cerro. Los naturales comenzaron a correr hacia la gruta y a pasar por su lado. Fernando se giró a los dos criados del obispo, que se habían detenido a recuperar el aliento.

—¡Id hasta la gruta y poned este baúl en un lugar seguro! —les ordenó—. ¡Yo volveré a ayudar a Marroquín!

Los dos muchachos, asustados, asintieron y trataron de continuar siguiendo el curso de la gente. Fernando apartó a la muchedumbre y se situó

en una roca para contemplar la plaza un momento. Vio al obispo salir de la casa de doña Beatriz y regresar a la iglesia. Entonces se oyó nuevamente un estruendo, esta vez más potente que ningún otro. De pronto, la tierra se estremeció y tembló.

La sacudida duró varios instantes, suficientes como para helar el alma de todos los que allí se encontraban. Se produjo un mortuorio silencio a continuación. Entonces los indios dieron voces y señalaron la cima del volcán.

Una de las paredes agrietadas de la boca del cráter se resquebrajó. Al cabo de unos momentos, cedió. Toda el agua contenida en la cima, almacenada durante aquellos días como si se tratase de un depósito natural, se derramó por la quebrada. La fuerza descomunal de la naturaleza partió la montaña y todo se vino abajo. La enorme cantidad de agua se vertió sobre el valle y comenzó a bajar, llevándose por delante lo que pilló a su paso. El alud de agua y lodo corrió a toda velocidad por el costado del volcán, dando brincos en dirección a la villa, aniquilando todo en su trayectoria. Sus enormes olas cabalgaban como jinetes infernales, tratando de llenar cualquier hueco en el valle y de dar muerte y sepultura a todo lo que encontraba en su camino.

En la cuesta, el griterío y la desesperación fueron incontenibles para quienes fueron testigos impotentes del desastre. La gente huyó en desbandada ladera arriba. Una muerte atroz venía a por ellos. Fernando permaneció de pie, absorto, sujeto a una roca. El alud entró en Santiago de Guatemala con una violencia incontrolada. Destruyó las primeras casas en un santiamén. Arrastró muros de piedra, casas completas que borró del mapa. Sepultó establos, granjas y todo lo que encontró. La marea de lodo alcanzó con ímpetu el palacio de Alvarado y las casonas aledañas. Tiró sus muros, que tanto esfuerzo y dolor había costado levantar, como si hubiesen sido hechos de papel, los sepultó en un instante, y destruyó para siempre aquella construcción, sin aviso ni compasión.

Fernando temblaba de miedo. Ninguna de las personas dentro del palacio podría haber sobrevivido a tal impacto. Desvió la vista hacia donde había estado su casa hasta esa misma noche y no vio nada más que una densa masa de barro, agua y escombros que se movían en forma de remolino y trataba de rellenar cualquier hueco del valle. Tampoco vio ninguna de las casas vecinas de esa parte, ni la de Teresa Ugarte. Todo había sido barrido por la fuerza de la naturaleza en menos de un padrenuestro. Quedó menos de la mitad de la villa en pie, en la parte más alta. Aquel río siguió llenando espacios y galopó por la cuenca del valle.

Decidido a salvar a los supervivientes, Fernando dejó a los dos criados y

fue hacia abajo. Antes de llegar a la callejuela que llevaba hacia la que había sido la villa, vio un río torrentoso que discurría hacia la parte baja del valle y que arrastraba restos de casas, árboles, animales y cuerpos. Entre todos estos elementos, Fernando distinguió la figura de una muchacha, que iba cogida a un tronco, mientras luchaba por salvar su vida.

Fernando corrió por la orilla y dio saltos de roca en roca para situarse en una posición donde cogerla. Encontró un árbol caído más adelante y, sin pensárselo, se subió a él para tener una mejor colocación. El tronco dio una bandada, y Fernando a poco estuvo de caer en el torrente. Sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Se estaba jugando la vida, pero no le importaba. Era incapaz de limitarse a contemplar la desgracia sin hacer nada. Se sujetó con fuerza a la madera y estiró el brazo hacia el punto por el que iba a pasar esa joven mestiza.

La muchacha se estiró todo lo que pudo hacia él, y durante un instante Fernando pensó que la había perdido. En ese momento sus manos se encontraron, y juró no soltarla. Le pareció de pronto que pesaba una tonelada. Luchó contra la fuerza del agua y, con un esfuerzo sobrehumano, la sacó del lodo y consiguió subirla al tronco del árbol en el que estaba. Antes de que la joven se sintiera a salvo, Fernando la arrastró y la guio a la orilla, sobre unas rocas. La chica tenía el vestido raído y el rostro lleno de magulladuras y estaba cubierta de fango. Cuando Fernando la miró a los ojos, descubrió que era Leonor de Alvarado, la hija del adelantado y viuda de Portocarrero.

—Mi señora, ¿se encuentra bien? —le preguntó Fernando con una rodilla en el suelo, sin aliento, mientras comprobaba que la dama estaba entera.

—¡Se los ha llevado a todos! —exclamó la muchacha con horror, cubriéndose la mueca del llanto con una mano.

—¿A quiénes? —preguntó Fernando con desesperación.

—A doña Beatriz y a sus doncellas… —logró decir doña Leonor entre sollozos. Apenas era capaz de articular las palabras. Su expresión se había desfigurado a causa del llanto. Fernando se dio cuenta de que sus manos temblaban igual que las suyas. Tras unos momentos, la joven dama fue capaz de reunir fuerzas para proseguir—. Ella… ella nos pidió que acudiéramos al oratorio de su capilla. Todas se adelantaron. ¡Todas! Yo tardé un poco más porque quise ir a por la cruz de mi madre, cuando de pronto… —la joven se detuvo y volvió a sollozar—, … y vi cómo todas morían sepultadas…

Su voz se cortó y lloró sin consuelo bajo la lluvia.

Fernando sintió un nudo en la garganta. Desvió la vista a la villa. Contempló las pocas edificaciones que se mantenían y el torrente desfilando

con violencia. Se preguntó entonces cuánta gente habría perecido. No pudo imaginar siquiera el próximo amanecer. Doña Leonor interrumpió sus pensamientos.

—Esto es un castigo de Dios —murmuró la joven, convencida.

—¿Cómo dice? —preguntó Fernando tratando de centrarse en ella.

La muchacha se limpió el rostro con las manos. Tenía la cara hinchada de los golpes y de tanto llorar. Negó con la cabeza, abatida.

—Es un castigo divino —repitió Leonor, y por una vez miró a Fernando a los ojos—. Una represalia de Dios por mi padre, por haber desposado a dos hermanas, por haber desangrado esta tierra, por haber vendido hombres, por haberla llenado de odio y de guerra. Este es el castigo a los conquistadores de Guatemala.

Para Fernando, sus palabras fueron casi una revelación.

7

La lluvia se detuvo y la luz del día reveló una estampa desoladora. Toneladas de barro habían cambiado el paisaje por completo. No había árboles ni vegetación por donde había pasado el alud. La villa ya no existía, tan solo permanecían en pie algunas casas dispersas en la parte más alejada de lo que había sido la plaza de armas. Eran los barrios más pobres de quichés y cakchiqueles y las casas construidas sobre la ladera por los mexicas y tlaxcaltecas. Las grandes casas, aquellas pertenecientes a la élite de Guatemala, con sus patios y sus establos, habían desaparecido junto a sus gentes. Cientos de hombres, mujeres y niños murieron esa noche. Quedaba la tarea hercúlea de recuperar sus restos para darles sepultura.

En mitad de esa desolación, Fernando encontró un morrión de acero hundido en el barro. Lo limpió como pudo y cogió el agua fresca de la lluvia de las grandes hojas de unos helechos. Luego fue al refugio rocoso donde había conseguido alojar a doña Leonor para que descansara unas horas. La dama recibió el agua como una bendición.

Durante la noche, la tierra había vuelto a estremecerse en varias ocasiones. En ese momento sintieron un nuevo temblor y la tierra vibró. Cuando se detuvo, todo permaneció en silencio, a excepción del canto de los pájaros.

—Tengo que volver —murmuró Fernando en voz baja, como si quisiera evitar perturbar a la tierra—. Debo buscar a gente que haya sobrevivido.

—Iré con usted, don Fernando —resolvió doña Leonor, que había recuperado la compostura—. No pienso quedarme sola.

Fernando no replicó, y ambos iniciaron una marcha silenciosa. Fernando cogió la mano de Leonor en varias ocasiones para ayudarla a escalar o a sujetarse. Andaban sobre una trampa mortal. El terreno se había vuelto inestable, y era tremendamente peligroso hundir el pie en cualquier parte. El barro no se había solidificado y el peso de un cuerpo era suficiente para hundirlo por completo. Decidieron entonces subir por una ladera y bordear la zona más afectada.

—Dios mío, esto es cuanto ha quedado —musitó doña Leonor al ver la villa destruida frente a ella desde lo alto de un terraplén. Fernando sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Vio la iglesia en pie, aunque solo fuera la mitad del edificio. En ese momento distinguió a un hombre que parecía un ermitaño, sucio y herido, que se sujetaba a un palo para mantenerse en pie. Estaba junto a la puerta de lo que había sido la nave central de la iglesia dando voces con una pierna rota. Era Francisco Marroquín.

—¡Padre! —le gritó Fernando.

El obispo se volvió en esa dirección y, al verlos, hincó las rodillas para dar gracias a Dios por su misericordia.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo entre lágrimas, y su voz resonó con el eco del valle silencioso.

Fernando y Leonor consiguieron llegar hasta la iglesia y saludaron al obispo con un abrazo. Se dieron ánimos y fueron llamando a los supervivientes. Decidieron reunirlos a todos en la parte más seca y que menos daños había sufrido. Poco a poco, la gente que había logrado ponerse a salvo en las colinas adyacentes bajó y se dirigió hacia la muchedumbre. Fernando contó muy pocos españoles. El alud se había llevado por delante a la mayoría de los principales. De los pocos que sobrevivieron, uno de ellos apareció maltrecho y con el gesto compungido. Era Francisco de la Cueva.

En lo alto de los cerros comenzaron a verse grupos de quichés y cakchiqueles, y pronto se vio que eran mucho más numerosos que los españoles. Fernando notó la preocupación del obispo y pensó lo mismo que él. De desatarse una revuelta o una purga contra los españoles en ese momento, no tendrían ninguna opción de luchar y ni siquiera de sobrevivir. Fernando no tenía nada más que lo puesto. Ni armas portaba. Su ropera, sus pertenencias, lo había perdido absolutamente todo. Marroquín cambió el gesto. El obispo miró a Fernando, en busca de un apoyo.

—No pueden vernos vencidos —murmuró—. Hay que levantarse y hacer de tripas corazón. Dios nos asista.

Fernando comprendió que, más que pundonor, se trataba de

supervivencia. El obispo tenía razón.

—¡Acercaos! —vociferó el obispo a la multitud. Poco a poco la gente comenzó a moverse—. ¡Hoy Dios Todopoderoso nos regala un nuevo amanecer! ¡Nos da la posibilidad de cambiar! Os pido que dejéis a un lado vuestras diferencias y trabajemos como hermanos, como hijos de Dios. ¡Vosotros! ¡Acercaos! —llamó a los indios de los cerros—. ¡Venid todos! ¡Eso es! Este nuevo día es para arrimar el hombro y levantar nuestra villa. Reconstruiremos nuestras casas y daremos sepultura a nuestra gente. ¡Todos juntos! ¡Nadie se quedará en la miseria! ¡Juntos haremos una nueva Guatemala!

El discurso del obispo surtió efecto en los corazones temblorosos de los supervivientes, e incluso en los indios, que se sumaron a las labores. Las mujeres buscaron agua y alimentos. Los hombres más fuertes se hicieron cargo de sacar los cuerpos de los caídos. Fernando ayudó a excavar el palacio de Alvarado. Un muro y unas pocas estancias sin paredes permanecían en pie. Fernando recordó lo que le había contado doña Leonor. Entonces se dio cuenta de que, si la gobernadora hubiese decidido quedarse en su estancia, habría sobrevivido. Las doncellas habían acudido a la capilla, justo donde la marea del alud había golpeado con más fuerza. En ese lugar se encontrarían, más tarde, los restos sepultados de doña Beatriz, abrazada a una niña mestiza y a una cruz, y junto a las damas de corte, aquellas que habían corrido su misma suerte.

Marroquín, sin apenas fuerzas, pasó horas dando ánimos a unos y a otros, sin importar su origen o condición. Era el hombre al que todos acudían, la persona a quien preguntar, el hombro sobre el que llorar. Algunas horas más tarde, el obispo pidió a Fernando que fuera a por su baúl, pues contenía la cruz y las reliquias de la iglesia. Esa misma tarde oficiaría una misa por las almas de los fallecidos. Fernando se alejó de allí y agradeció la soledad y la calma. Subió la cuesta y poco después consiguió llegar al lugar de la gruta.

Entonces lo que vio lo sobrecogió.

El sitio estaba lleno de gentes, madres y abuelas con sus hijos, que habían buscado refugio en la gruta en torno a Ixchel. Una india quiché se acercó a él, que permanecía con la mirada puesta en la talla sagrada.

—Yo sé quién es usted —le dijo en un castellano rústico.

Fernando entornó la mirada y negó con la cabeza. La mujer insistió.

—Sí —dijo—. Usted trajo la diosa a nuestro valle.

Fernando asintió.

Ella lo miró de forma limpia y llana.

—Cuando el cielo comenzó a caer, buscamos refugio en ella. Nos ha salvado. Es usted un hijo de Ixchebel Yax.

Fernando vio a la mujer alejarse y regresar con sus hijos. Recordó de pronto las palabras de Ikal acerca de los jaguares que sostenían la cúpula del mundo y vinieron a él las palabras de aquella profecía inscritas en el libro de los mayas. *«Luego el cielo caerá, caerá sobre la tierra, donde los bacab están situados, los que evitarán la destrucción del mundo»*.

El Bacab en el centro, el último jaguar, aquel que había salvado a la diosa de los impostores, aquel era el verdadero guardián de su pueblo. Al joven se le erizó la piel. Fernando rememoró de pronto cada uno de sus sueños, desde Sevilla, sueños e imágenes que volvieron a él en torrente, y fue como descorrer el velo de la verdad. No había necesidad de dar explicación a las cosas, tan solo aceptarlas como venían. Se sintió un ser pequeño, un mero instrumento de la manifestación de los dioses; todo cuanto había hecho esos años, cada paso que había dado en sus viajes le pareció que había sido guiado por la diosa con el fin de salvar a su pueblo de la destrucción.

El quinto jaguar. Él había sido el guardián.

Y eso significaba muchas cosas en su vida y le revelaba una única verdad, una cuya historia desconocía. Una verdad que le había dicho incluso la misma diosa en sus sueños, pues yacía en él el mismo espíritu que en su padre. Una verdad de la que se había dado cuenta Portocarrero y que le había faltado tiempo para compartir, puesto que no había sido a Alvarado a quien le debía un favor de vida. Un favor tan grande como para cruzar una selva entera por él y dar su vida a cambio. Recordó entonces la casa de Santiago de Cuba, la cruz del guardián en la higuera que daba a la bahía, la mirada de Beatriz al verlo por primera vez… Todo se unía y cobraba sentido al fin. Fernando permaneció un momento en silencio mientras pensaba en estas cosas. Luego se acercó a la figura, con lágrimas en los ojos, y sostuvo la primera ofrenda que había puesto él en la gruta. Era el colgante de madera de su padre. Su verdadero padre.

Ahora era suyo. Por afán del destino. Por voluntad de Ixchel.

XX

El camino de regreso

1

La nueva Santiago de Guatemala se levantó a una legua de la anterior villa, que pasó a ser llamada Ciudad Vieja o Antigua Guatemala. Todos arrimaron el hombro para su construcción, españoles y quichés. Se hizo un cementerio y se dieron misas por todos los fallecidos. Fernando nunca consiguió hallar nada de Teresa Ugarte, y sufrió con dolor su pérdida. Durante un tiempo soñó con ella por las noches, la veía por la ciudad nueva en compañía de su esposo, con su sayo agitado por el viento. Luego despertaba aturdido, a veces con lágrimas, con la angustia de saber que había cosas irremediables en la vida. Tampoco encontró nada de su casa. De hecho, le costó esfuerzo determinar dónde se había levantado la puerta de entrada. Le apenó perder tantos recuerdos y objetos que para él tenían un valor especial.

El obispo Marroquín continuó como la máxima autoridad aceptada por todos, y para regocijo de Fernando adoptó algunas ideas que habían visto en los agustinos de Tiripetío. Durante los siguientes meses, se construyeron casas para todos, se proyectó una catedral, se ideó un convento, un hospital, una escuela. El obispo sabía que no podía cambiar la vida de Guatemala de un día para otro; sin embargo, se dejaron atrás viejos comportamientos establecidos en la época de los Alvarado, y los principales fueron conscientes de que el desastre había cambiado para siempre la historia de la capitanía. Nada volvería a ser lo mismo. Fernando liberó a sus ciento cincuenta esclavos, para sorpresa de Marroquín, y estos ayudaron a construir casas para toda la gente y para sus familias.

Tras el Año Nuevo, el virrey mandó una embarcación con algo de material y ayuda. Fernando estaba en el despacho de la casa de Marroquín cuando apareció el correo de México, y el obispo le tendió una carta.

—Es para usted.

A Fernando le dio un vuelco el corazón al reconocer la letra. Era de Bardi y tenía fecha de hacía diez meses.

«Seré breve en la relación de los hechos, Fernando, puesto que ansío que esta carta llegue a tus manos lo antes posible. La guerra en el oriente ha detenido todas las rutas de comercio en las que participaba nuestra familia en el Mediterráneo. Los Espinosa se temen lo peor. Es necesario que cobres a Alvarado lo que pueda concederte y que regreses a Sevilla durante el año próximo. Juan permanece en Lisboa, y, como te imaginas, no se espera mucho de él. Tu tío se esfuerza en mantener la casa y los negocios, pero ha enfermado y no cuenta con las mismas fuerzas. Sabes que siempre te he sido franco: se avecinan tiempos oscuros para nosotros, sin comercio, ni rutas ni mercancías.

Vuelve cuanto antes.

Giacomo B».

Aquella carta llenó a Fernando de tristeza y ansiedad. Había luchado mucho esos años, pero todo parecía un sinsentido: realmente no había conseguido enviar nada más que esos dineros, ningún cargamento, ninguna especia. ¿Cómo pretendía que su familia pudiera prosperar así? Sin el comercio de Indias, sin rutas en el oriente… Sintió que su viaje había sido en vano, el esfuerzo por llegar a Santa María de la Victoria, la muerte de Portocarrero, la negociación con el virrey, el viaje a la Especiería. Tenía que volver, aunque fuera con los dineros que guardaban los agustinos en Tiripetío, pero antes debía buscar la manera de crear riqueza, llevar algo de las Indias a Sevilla, algo que salvara a su familia de aquella situación. *Su familia*. Vinieron a su pensamiento recuerdos de su padre en Santo Domingo, de cuando era un crío y don Fernando se impacientaba, lo regañaba y lo castigaba. Recordó entonces una discusión a gritos de sus padres, un hecho que su mente había borrado de su memoria. Había sido idea de su padre mandarlo lejos de las Indias, arrancarlo de su vida. Tal vez nunca lo quiso. ¿Por qué razón enviar a un hijo al otro lado del mundo y olvidarse de él para siempre? ¿Puede un hombre amar a un crío que no es de su estirpe? Fernando tenía muchas preguntas para su madre, pero más para doña Beatriz en La Habana, acerca de su primer esposo.

Fernando permaneció en Guatemala más de un año, hasta diciembre de 1542, afanado en la reconstrucción de la ciudad y en sacar adelante sus asuntos. Se convirtió en la mano derecha del obispo. Su presencia fue una oportunidad para los pocos principales que sobrevivieron. Su idea de crear una compañía de mercaderes tenía más sentido que nunca. Guatemala necesitaba de un empuje, de algún motivo que les hiciera producir manufacturas o recoger las cosechas, y esa motivación la halló Fernando en abastecer a Nueva España y Nueva Galicia en la revuelta chichimeca.

Fernando contaba con dos naos en Iztapa —que con el transcurso del año cuarenta y dos se convirtieron en tres—, que iban y venían de Guatemala al Puerto de la Navidad o Acapulco. Con ayuda de todos los hacenderos, Fernando consiguió llenar naos con maderas, utensilios, herramientas, armas, pieles de cuero, granos de maíz y de cacao para Nueva España y hacerlas regresar a Guatemala con objetos imprescindibles para la ciudad y para sus habitantes. Las familias de los antiguos esclavos africanos aceptaron trabajar para él. Los meses transcurrían deprisa y Fernando leía y releía la carta de Bardi en espera de una nueva misiva, mientras trataba de apuntalar una ruta de comercio en Indias. En uno de aquellos viajes de retorno de su flota, en febrero de 1542, casi cinco meses después del desastre, Fernando recibió en el puerto de Iztapa a su capitán de nao, que le entregó un cargamento de ropas y alimentos, además de papel, pergamino, libros, cuadernos y tinta. Una carga preciosa, cortesía del virrey Mendoza.

—Me ha pedido el virrey que os entregue esto también —le dijo el capitán de nao—. Se han repartido cientos como este. No hay un rincón en Indias y en España en que no se hable de nuestra ciudad y de lo ocurrido.

Fernando sostuvo el papel que le dio el capitán. Se trataba de un volante de cuatro hojas con letra gótica y tinta de imprenta. En él podía leerse el título de *«Relación del espantable terremoto que ha acontecido en la ciudad de Guatemala. Es cosa de gran admiración y gran ejemplo para que todos nos enmendemos de nuestros pecados y estemos apercibidos para cuando Dios decida llamarnos»*.

Fernando se sorprendió de que la noticia hubiese llegado tan rápido hasta la ciudad de México y que allí se hubiesen imprimido panfletos como aquel. Como si lo hubiera escrito la propia Leonor de Alvarado, las líneas resumían un castigo divino a los conquistadores de Guatemala y a los pecados cometidos por su adelantado.

Así pasó el año de 1542, y la nueva ciudad de Santiago tomó la forma de una villa en condiciones, aunque hubo gente que prefirió seguir viviendo en la Antigua Guatemala. En septiembre de ese año, recibieron la noticia de que el virrey Mendoza, con más de setecientos infantes españoles y aliados, había hecho frente a la rebelión y la había sofocado. Aquello fue objeto de celebración, que coincidió con el primer aniversario del desastre. El obispo Marroquín ordenó entonces que, a partir de ese momento, se celebraría una solemne procesión desde la nueva villa a la Ciudad Vieja, en recuerdo de los fallecidos. Junto con las cartas del virrey a Marroquín y al cabildo que llegaron ese mes, Fernando recibió una muy especial para él.

«Solo Dios y la diosa Ixchel saben cuántas oraciones les he ofrecido por tu

alma. Por Mendoza y tus envíos al puerto de la Navidad hemos podido saber que has sobrevivido al desastre de Guatemala. Nuestros días no han sido tan aciagos como los tuyos, pero tampoco mejores. Hemos acabado con la dichosa revuelta que se llevó a Alvarado gracias al arrojo y a la táctica del capitán Cristóbal de Oñate. Incluso el escribano Baltasar Montoya ha sabido redimirse y ha tenido un papel importante en la batalla, y ahora ha decidido comprarse una casa en Guadalajara y pasar allí sus días. Balam es el mestizo con más suerte de Indias, y ha conseguido pasar la guerra sin contratiempos, no como yo, que me ha quedado una cojera que hará que ninguna mujer se me vuelva a acercar. Hemos cumplido cuatro años en Indias, Fernando, ¿quién lo iba a decir? El sueño de Sevilla está muy lejos aún para mí, pero me hallo con fuerzas para emprender esta gran travesía. Partimos ahora hacia el puerto de San Blas con el pariente del virrey, el capitán Ruy López de Villalobos, que es un tipo con agallas. Apercibiremos a la flota y saldremos hacia Poniente antes de final de año. El virrey Mendoza, así como Villalobos, conocen mi participación y mi objetivo, por lo que me han asignado uno de los navíos, La Magdalena. La quinta parte del total. Prometo enviar noticias en cuanto tenga la ocasión. Fray Diego de Chávez, ese cura tan listo que conocimos en Tiripetío, sobrino de Alvarado, custodia tus dineros en el convento.

Que Dios e Ixchel te protejan como hasta ahora, Fernando, y no bajes nunca la guardia.

Tu amigo y hermano, capitán Diego de Estrada.

En Tiripetío, a veinte de julio de mil quinientos cuarenta y dos».

La carta del capitán hizo pensar a Fernando que había llegado la hora de proseguir con el viaje. Ahora que la guerra había acabado en Nueva Galicia y que Guatemala avanzaba, aunque fuera a pasos lentos, era el momento de marcharse. La primera etapa de su ruta estaba asegurada en Iztapa, con los africanos que aceptaron trabajar los campos de cacao de su encomienda, libres y bajo la protección que les ofrecía su nombre. Faltaba el resto del recorrido y agentes en cada uno de los pueblos.

A los pocos días, el nuevo cabildo y sus nuevos oidores votaron y ratificaron por unanimidad a Francisco de la Cueva como gobernador de Guatemala. El destino y la conveniencia hicieron que se enamorara de doña Leonor de Alvarado, la muchacha cubierta de barro que había visto la mañana tras el desastre. El enlace contentaba a los viejos principales y traía sangre nueva y mestiza a la capitanía. Ni siquiera Marroquín habría encontrado una solución mejor, y el obispo se mostró exultante.

Fernando permaneció hasta el matrimonio, que se celebró en la villa con algarabía, fuegos, comida y música, entre saraos y encamisadas. Guatemala

necesitaba de aquella fiesta después de un año de luto. Tras la noche de celebración, en la que Guatemala pareció por fin dejar atrás su mal augurio, Fernando felicitó a don Francisco y a doña Leonor, la cual guardaría un afecto especial por él. Ambos habían visto a la muerte de cerca y ambos habían sobrevivido. Fernando siempre gozaría de su favor. Luego, en un acto solemne, los miembros del cabildo se acercaron a la pareja y entregaron a la dama la vara de la gobernación que habría de sostener junto a su esposo. Así y de esta manera fue como la hija mestiza del adelantado y de doña Luisa, princesa de Tlaxcala, se convirtió en la justa gobernadora de Guatemala y de sus gentes.

2

A final del año 1542, Fernando llenó las tres naos de cacao y otras especias para iniciar el regreso a España y establecer su ruta por la Mar del Sur hasta Nueva España. Marroquín fue hasta Iztapa a despedirlo.

—Siempre será bienvenido como un hijo de esta tierra, don Fernando —le dijo el obispo antes de darle un abrazo y un apretón de manos.

—Espero ver sus obras acabadas algún día —dijo Fernando sonriente.

Marroquín le entregó un legajo de cartas.

—Estas son para el virrey y estas para el obispo de México, Juan de Zumárraga —dijo, y alzó la mirada—. Yo también espero eso. Fray Alonso de la Veracruz, de los agustinos de Tiripetío, tenía razón, don Fernando. Haré colegios de teología y gramática, para que haya más hombres instruidos en la capitanía y menos soldados. Además, estoy aprendiendo a hablar y escribir la lengua quiché, siguiendo el consejo de fray Diego.

Fernando esbozó una sonrisa sincera.

—Me alegra oír eso, padre.

Marroquín asintió, y ambos estuvieron un momento en silencio. Era la despedida. Fernando habría de reconocer finalmente que guardaba por el obispo un aprecio y una amistad sinceros.

—¿Qué planes tiene para su casona? —le preguntó Marroquín, por último.

Fernando pensó en la casa que se había construido en la nueva Guatemala, en una posición privilegiada en la plaza de armas, cerca del cabildo y de los primeros cimientos de la nueva catedral. Era una casa grande, con varias estancias y una fachada señorial, con dos grandes celosías de madera que le había tomado seis meses mandar a tallar.

—Quédesela —dijo Fernando—. Haga un orfanato.

—¿Y qué pasará con su ganancia entonces?

Fernando se encogió de hombros. Aunque era una residencia nueva, no quería ningún dinero proveniente de aquel caserón, fruto de la desgracia, y que atrajera a la mala fortuna. Era mejor una ofrenda para una buena causa.

—Haga buen uso de ella para su gente.

El obispo se despidió de él con la expresión de quien ve partir a un amigo.

—Escríbame desde México. Los hombres seguirán al servicio de su compañía de mercaderes y enviarán las mercancías a Nueva España como hemos acordado.

Fernando asintió y se alejó. Agitó una mano desde la nao y luego sostuvo la figurilla de Ixchel que colgaba de su cuello, en agradecimiento a aquella tierra. Su vista fue a la silueta de los volcanes. De esta forma, dejó finalmente la capitanía de Guatemala.

Navegó por la costa de la Mar del Sur durante semanas hasta alcanzar el Puerto de la Navidad en enero de 1543. La flota de Villalobos, con el capitán Estrada y Balam, había partido hacia Poniente hacía dos meses, y Fernando aprovechó para mirar hacia el mar y acariciar sus olas para dar buena suerte y buen viaje a sus amigos. Fue a la villa de la Purificación, donde se reencontró con el capitán Híjar, y este le cedió una compañía de soldados para que escoltaran su carga hasta la ciudad de México. Fernando contrató a medio centenar de hombres para que lo ayudaran a transportar sus mercancías. Compró provisiones, caballos, burros y todo lo que le permitieron sus recursos, prometiendo pagos del mismo modo que habría hecho Alvarado. El capitán Híjar le dio cartas que iban para México.

Así consiguió llegar a Tiripetío, con una enorme marea de gente cargada de especias. La región aún se resentía de la guerra, y aunque los ánimos no fueran los mejores, fue recibido con hospitalidad. Cenó con los frailes, Alonso de la Veracruz y Diego de Chávez, en una sala privada del convento. Fernando llevó presentes y alimentos del sur, y los frailes se mostraron muy agradecidos. Fue una noche cálida. Les habló de Guatemala y les narró lo acontecido. Ambos quisieron conocer la historia de primera mano. Se le hacía difícil no mencionar a Ixchel, pasar por alto sus acciones, y dar por hecho que las cosas ocurrieron por simple mandato divino del dios cristiano. Tal vez Dios habitara en los corazones de la gente y de los españoles, pero aquella tierra estaba regida por fuerzas superiores, elementos difíciles de definir que los naturales aceptaban con normalidad. Itzamná, Ixchel, Kukulkán, Chaak y tantos otros señores de aquel extraño panteón. Descubrió que en Nueva

España afectó mucho el desastre de Guatemala y el volante de la *Relación del terremoto* hizo mella en la gente, que se volvió más temerosa de la tierra y de Dios.

Esa noche, fray Diego lo condujo a una estancia para descansar. Había mandado que le llevaran la caja de caudales con sus dineros.

—Vuestro pago del virrey Mendoza —le dijo antes de retirarse.

Una vez solo, Fernando abrió la caja y las monedas relucientes se reflejaron en su rostro y en su mirada a la luz de las velas. Había tardado cinco largos años en recuperar los dineros de su familia. Notó que algo importante había cambiado en él, pues era ajeno a la sed de riquezas. Tampoco tenía intenciones de acercarse a la corte del rey. Nada de eso le importaba ya. Fernando quería enviar especias de Guatemala a Sevilla. El apremio lo espoleaba. Necesitaba llegar a tiempo de pagar las deudas de su tío o perderían su casa y su condición. Sin embargo, el mundo era demasiado grande, y sabía que tardaría meses en llegar. Los sueños de juventud y las ganas de ver cumplidos los sueños de su tío se habían apagado con el transcurrir del viaje. Había aprendido que había cosas más importantes que las grandes campañas, que las cortes reales o que gozar del favor de un rey.

Fernando permaneció una semana en Tiripetío y aprovechó para invitar a los frailes a participar en su compañía de mercaderes o, al menos, en su ruta de Especias, su ruta de comercio. El convento y sus almacenes podían ser una parada estratégica para sus envíos, que esperaba que se sucedieran así todos los años. Alonso de la Veracruz no era un hombre de negocios, pero era un fraile astuto y comprendió los beneficios que podía traer eso a su comunidad.

—¿Qué llevará a España? —quiso saber fray Alonso—. ¿Maíz?

—Nada de eso —dijo Fernando—. Llevaré el cacao. Vi el año pasado cómo lo trabajaban los pueblos en Guatemala. Para ellos es casi una bebida sagrada, un brebaje que abre los sentidos. He aprendido a moler los granos y a prepararlo exactamente como lo hacen los chamanes quichés.

Los frailes intercambiaron una mirada, poco favorable. Aquellas palabras podían ser tomadas incluso como herejía.

—En España no gustará —concluyó fray Diego, algo molesto.

Fernando le devolvió una mirada segura.

—Sé que usted aprecia el cacao caliente, fray Diego. Tal vez, con el tiempo, las cosas cambien en Castilla.

Pese a las reticencias, los frailes aceptaron participar de sus negocios. Fernando procuró donar quinientos ducados al convento y a la obra de los agustinos antes de partir. Fray Diego le entregó la correspondencia que iba

para la ciudad de México y Fernando fue acumulando cartas como un mensajero.

De esta manera, Fernando y su comitiva iniciaron el último tramo de viaje hasta la ciudad de México, antigua capital del imperio mexica. Fernando disfrutó del viaje, que fue lento y, en ocasiones, tortuoso. Una mañana soleada de principios de abril de 1543, más de un año y medio desde la carta de Bardi, la comitiva se detuvo en una ladera, y el capitán de la compañía de soldados le señaló el horizonte.

—México-Tenochtitlán —dijo.

Fernando descubrió ante sus ojos la ciudad del lago. Se trataba de varias islas unidas entre sí por enormes pasarelas y puentes. Aún se hallaban a varias leguas de allí, pero pudo percibir en la distancia que se trataba de una urbe inmensa. Algunas horas después, Fernando y su gente entraron por la vieja calzada de Tlacopan, aquella en la que había sido atacado Pedro de Alvarado en su intento de tomar la ciudad por el lado sur. Solo entonces comprendió la enorme empresa que significó conquistar esa ciudad. Fernando entró en México, que estaba a rebosar de gente. Apenas había españoles, que eran la minoría. La ciudad, grande como la propia Sevilla, tenía sus plazas, sus mercados y sus tiendas, y contaba con el trajín y el murmullo de una gran urbe. La comitiva de Fernando avanzó hasta la plaza Mayor, donde la calzada de Tlacopan se cruzaba con la de Coyohuacan, en las ruinas del Templo Mayor. En la plaza, soleada y amplia como dos plazas españolas juntas, vio hombres y mujeres de toda condición y de todos los oficios. Vio indios de todos los pueblos imaginables, desde tlaxcaltecas, pasando por mexicas, totonacas, chichimecas, hasta quichés, chontales y muchos más. Los pueblos que alguna vez habían guerreado entre sí durante siglos ahora compartían una misma plaza precedida por una iglesia cristiana, la Iglesia Mayor de México.

3

El virrey Antonio de Mendoza le cedió una casa de Pedro de Alvarado que estaba a tiro de piedra del mercado de Tlatelolco para que se alojara. Fernando fue recibido esa misma tarde en su elegante despacho. Tenía intenciones de proponerle formar parte de su ruta de comercio. La derrota de los insurrectos el año anterior pareció animar al virrey, y estaba dispuesto a probar nuevas empresas.

—Siempre ha tenido usted un gran instinto, Cardeña —le dijo el virrey, al otro lado de la mesa—. Lo vi durante nuestro encuentro en Tiripetío.

—Solo hago lo que considero mejor.

Mendoza dibujó un gesto amable, cortesano como siempre.

—Estoy seguro de que Alvarado le ofreció muchas cosas, puedo imaginarlo. Lo mismo que Marroquín en Guatemala. No voy a mentirle. Usted habría sido un gran gobernador para la provincia. De hecho, lo tuve muy presente, incluso antes de ratificar a Francisco de la Cueva. El problema es que ese hombre es sobrino del secretario favorito de Su Majestad, y no es buen negocio molestar o ir en contra de la voluntad del círculo más próximo al rey. Espero que lo entienda.

Fernando le devolvió una reverencia en agradecimiento.

—No busco establecerme en Indias, virrey, ni tampoco cargos que me aten a esta tierra —respondió con cortesía—. Pero le agradezco su confianza.

—Lo cierto es que me vendría bien alguien como usted aquí —dijo Mendoza—. Es un señor instruido en las cuentas y en los negocios y conoce perfectamente el modo en el que tratar a los viejos conquistadores. Tal vez, mientras realiza los preparativos de su compañía de mercaderes, podría permanecer en México y ayudarme en ciertos asuntos.

Fernando sabía que iba a tener que quedarse unos meses, aunque no quisiera. Su idea era dejar establecida una red de agentes en todo el recorrido que iba desde Guatemala hasta México y luego hasta Veracruz. Las mercancías embarcarían hacia La Habana, donde esperaba reunirse con doña Beatriz del Castillo y nombrarla agente en Cuba. Todos esos tratos requerían de tiempo, y era preciso permanecer en el lugar.

—Antes me gustaría saber si estaría dispuesto a participar en mi compañía de mercaderes, señor. Pretendo llevar tres naos al año de Guatemala a España cargadas de mercancías y especias de la región. He preparado cada una de las etapas de la ruta de comercio.

Mendoza esbozó una sonrisa amplia.

—Falta gente como usted en Indias, don Fernando.

—Lo tomaré como un cumplido.

—No me ha entendido, señor —dijo el virrey—. Durante muchos años esta ha sido una tierra de rodeleros y arcabuceros, de aventureros y capitanes de nao, de gente belicosa, para que usted me entienda. Este período ha pasado ya. Ahora necesitamos hombres así, señor, personas que vengan con las ideas renovadas. Necesito más comercio y menos hueste.

Fernando no cayó tan fácil en su elocuencia.

—Supongo que Indias jamás habría crecido sin la ayuda de esa hueste.

—Por supuesto.

—Entiendo que ahora necesite de gente menos propensa a la guerra —dijo Fernando—. O al menos, menos dispuesta a buscar riquezas a través de la guerra.

Mendoza asintió levemente y luego juntó las manos sobre la mesa.

—Dígame: ¿qué espera que haga en su compañía? —preguntó el virrey.

—Que compre parte de mi mercancía para el suministro de la ciudad. El género restante embarcará en Veracruz rumbo a La Habana y de ahí a Sevilla. Con su pago se costearán los embarques y el flete de las naos. Además, con alguna dispensa suya, seguramente los cargamentos puedan ir más rápidos si son enviados directamente por el virrey de Indias. ¿Comprende lo que le digo?

—Perfectamente —respondió Mendoza.

—¿Tenemos un trato entonces?

—Siempre y cuando permanezca unos meses conmigo —lo atajó el virrey—. Su consejo me vendrá bien. Luego podrá regresar a España. Además, volverá con toda la correspondencia del virreinato para la corte y tendrá usted audiencia con Su Majestad, si no le importa. Le narrará los hechos de Guatemala y hablará por mí sobre la guerra del Mixtón y la revuelta que he sofocado. Don Carlos querrá escuchar en su jardín cómo su virrey de Indias sofocó la mayor rebelión del Nuevo Mundo. ¿Podrá hacerlo?

Fernando tardó un instante en reaccionar. Aunque perdiera un par de meses trabajando para el virrey, su amistad y su influencia podrían ser grandes aliadas en el futuro. Tras un momento, estrechó su mano para cerrar el trato. Mendoza mandó servir dos vasos pequeños de licor.

—No todo ha salido tan bien como esperábamos —prosiguió el virrey.

—¿Qué ha pasado?

—¿Se acuerda de esas expediciones que pactamos en Tiripetío? Las capitulaciones con Alvarado, Marroquín, Maldonado y toda esa gente…

—Por supuesto —dijo Fernando—. Mi gente viaja con su pariente, el capitán Villalobos, rumbo a la Especiería.

—Y que Dios le haga descubrir los vientos del tornaviaje —añadió el virrey.

—Amén —dijo Fernando—. ¿Qué ha ocurrido?

Mendoza negó con la cabeza, con expresión cansada.

—De Villalobos aún no tenemos noticias, como era de esperar. La expedición de Hernando de Alarcón, que fue por el mar siguiendo la costa de Nueva Galicia, se ha perdido, y dudo que volvamos a verlo con vida. La campaña de Coronado, que siguió las instrucciones de fray Marcos de Niza hacia las ciudades de Cíbola, las ciudades de oro, regresó el año pasado con lo

puesto. Casi mueren de sed e inanición. Ambas expediciones han sido un completo fracaso. ¡Un desastre! De la última expedición que preparamos, con Juan de Alvarado al frente, solo espero hallar el paso de los océanos en el norte. Con eso me conformo.

A Fernando le alegró en cierta forma tener la certeza de haber apostado por la única campaña más o menos sensata, si podía considerarse eso el cruzar el océano más grande del mundo rumbo a Cipango. Por otro lado, le amargó ver que cada uno de los intentos por extender el dominio de la Corona era un nuevo fracaso.

—Lo lamento, señor.

—Lamentarlo no sirve de nada —dijo Mendoza—. Nuevas expediciones saldrán hacia el norte, de eso puede estar seguro. Y espero que con su compañía y sus negocios decida participar, mi señor.

Fernando entornó la mirada. Antonio de Mendoza daba mucho, a la vez que tiraba de su cuerda. Se dio cuenta de que aquella era la manera en la que se mantenían las amistades poderosas. Hoy por ti, mañana por mí. Pero ese mañana no tardaría demasiado en llegar. Fernando sería socio del virrey de Indias, acudiría a una audiencia con el rey y establecería negocios con los hombres más importantes del imperio, aun sin proponérselo. Una vez dentro, era imposible escapar.

Mendoza alzó su vaso ligeramente con una sonrisa.

—Brindo por nuestra alianza y amistad, don Fernando. Que nuestros negocios, expediciones y empresas conviertan nuestros nombres en grandes linajes, por la Corona y nuestro rey.

Fernando le devolvió el gesto con cautela, sin estar del todo seguro de querer entrar en aquel círculo de poder, a sabiendas de que no tenía otra alternativa.

4

Cuando llegó el mes de julio de 1543, Fernando llevaba casi seis meses en Nueva España, y aunque comenzaba a acostumbrarse a la vida en la ciudad de México, empezaba a impacientarse. El virrey le había prometido ponerlo al frente del siguiente convoy de Indias que saldría para Sevilla desde Veracruz ese mismo año. Sin embargo, las semanas pasaban y permanecía en la ciudad con la ansiedad de que su regreso se retrasaba día tras día. Tampoco recibía cartas. ¿Cómo sabría Bardi que se encontraba en México y no en Guatemala? ¿Cómo sabría su familia siquiera que estaba vivo?

La casa de Alvarado —la que le había cedido el virrey por tiempo indefinido— era pequeña comparada con los caserones de Guatemala, pero más acogedora, y se encontraba al abrigo de una calle transitada que por las tardes gozaba de un espléndido atardecer. En esa espera, Fernando sintió que podría pasar en aquella ciudad el resto de sus días. El mercado de Tlatelolco era enorme, un mosaico de aromas y sabores, de gentes y de lenguas. Se comerciaba con especias exóticas, platos extraños y bebidas de lo más variadas. Los mexicas usaban las frutas para preparar jugos y brebajes dulces capaces de animar el alma de un viudo. También se vendían carnes de animales y de aves. Existían varios puestos de comida, donde echaban la carne en un asador y la servían en tortas de maíz con pimienta y picante proveniente de un fruto rojo como un pimiento pequeño al que llamaban chili. Todos estos sabores, aromas y colores de la ciudad hicieron que Fernando se sintiera más o menos en casa. El virrey había contratado los servicios de un paje y una criada para él, ambos mestizos y naturales de la ciudad. La señora Luisa, la criada, le preparaba unos platos deliciosos. A Fernando, en cierta manera, le recordaba a sus años de infancia junto a la señora Aldonza, en Sevilla. Tristán, su paje, maestresala y camarero, le hacía compañía y le hablaba de las costumbres del lugar. La caída de Tenochtitlán fue el preludio de una campaña mucho más amplia por todo el territorio, y la guerra se alejó de la ciudad. Muchas cosas cambiaron con la caída de la Triple Alianza y de Moctezuma, pero la ciudad no dejó de prosperar y, en veinte años, pasó a ser una urbe mixta que dio cabida a pobladores de todos los confines del antiguo imperio mexica, antiguos enemigos, y a los castellanos, que llevaron sus iglesias y su cultura. En esos paseos matutinos por los mercados, pasarelas y callejuelas junto a Tristán, Fernando se dio cuenta de la complejidad de aquella sociedad. La ciudad de México no era en ningún caso una villa española, como había pretendido hacer Alvarado en Santiago de los Caballeros de Guatemala. Allí las costumbres y las lenguas se solapaban unas a otras, y pese a las leyes y ordenanzas castellanas, el virrey debía actuar con inteligencia para dominar a toda esa gente. Había que conocer su idiosincrasia. Los naturales de la región eran tantos en número y tan pocos los castellanos que de nada serviría someter a los pobladores autóctonos a la fuerza como si fuera una campaña sin final. De ahí que pronto se vieran funcionarios locales y mestizos, personas que comprendían aquel entorno tan particular y complejo.

Una mañana de principios de julio, Fernando se despidió de Tristán en el mercado y disfrutó de la caminata hacia la plaza Mayor. La ciudad tenía un aire

y un clima agradables. El sol se derramó sobre los tejados y los transeúntes. Fernando, que había quedado en pasarse uno de esos días por la casa del virrey, pensó en acudir a la misa antes del mediodía, en la Iglesia Mayor, y encontrarse con Mendoza allí. La plaza olía a flores y a los frutos dulzones de sus arboledas. Descubrió fuera de la iglesia a una docena de pobres harapientos que esperaban al final de la misa para pedir limosna. En el grupo había españoles, pero también indios y negros. Fernando dio monedas a tres de ellos antes de entrar en el templo. La iglesia de México era pequeña. Se trataba de una nave simple, indigna para la grandeza de la ciudad. Así lo habían visto el virrey y el obispo Zumárraga, que ya habían encargado los planos de una nueva catedral que pronto se pondría en construcción. Fernando hizo la señal de la cruz y buscó entre los presentes a Mendoza. No estaba allí. Fernando apreciaba más la idea de un encuentro casual antes que ir a tocar a la puerta a su casa. Salía de la iglesia cuando uno de los mendigos lo sujetó de la manga y lo obligó a detenerse.

—Señor.

Se trataba de un negro alto al que la falta de comida lo había dejado en los huesos, y sus ojos salientes y blancos exhibían una expresión desesperada. Fernando frunció el ceño y le entregó una moneda.

—Vaya con Dios. —Se dio la media vuelta, pero el hombre volvió a cogerlo de la manga—. Ya te he dado una limosna.

—No me reconoces, pero yo a ti sí —murmuró el negro.

A Fernando le molestó, y trató de zafarse. En ese momento volvió a cruzar una mirada con él y se detuvo. Lo miró de arriba abajo. Entonces distinguió un brillo particular en los ojos de aquel hombre, un gesto que lo llevó al recuerdo de una mañana en las gradas de la catedral de Sevilla con su tío Rodrigo, y el alma le dio un vuelco.

—¿Amir…?

El africano se acercó a él e hincó las rodillas, con lágrimas en los ojos.

Fernando lo alzó, sin poder creérselo, y le dio un abrazo. Algunos de los que allí estaban miraron en esa dirección, sorprendidos de que un principal diera muestras de cariño a un negro. Fernando vio que Amir apenas tenía fuerzas para tenerse en pie.

—Hemos vuelto, señor —musitó con los ojos vidriosos.

—¿De dónde? ¿A dónde fuiste? ¿Por qué saliste de Cuba?

Amir se secó los ojos y trató de recuperar el aliento.

—Finalmente marché en la expedición de Hernando de Soto. Es una larga historia —le explicó con un hilo de voz—. Los hombres que ves aquí son

algunos de los supervivientes. Después de cuatro años, hemos recorrido a pie toda la costa del golfo. Hemos vuelto andando menos de la mitad desde La Florida.

Fernando no podía creerse sus palabras.

—¿Andando? ¿Y Soto? ¿Dónde está?

Amir negó con la cabeza.

—Murió el año pasado.

Fernando cruzó un brazo por el hombro de Amir.

—Ven, amigo —le dijo—. Tienes mucho que contarme. Vamos a casa.

5

Amir tardó varios días en recuperarse. Fernando pidió a la señora Luisa que le diera tres comidas diarias, con doble ración, y por las noches, un tazón de cacao caliente con picante para recuperar las fuerzas. Poco a poco Amir fue mostrando la expresión y la sonrisa que Fernando recordaba en él, aunque nada volvería a ser lo mismo después de sus vivencias y de aquel sufrimiento.

Amir se bañó con jabón y agua aromatizada, se cortó el cabello y se afeitó la barba, larga y ermitaña. Fernando consiguió para él unas bonitas prendas de principal para que vistiera con elegancia. Esos días, el virrey se hizo cargo de los hombres que habían llegado desde La Florida. Los alojaron y les dieron de comer. Habían perdido absolutamente todo, sus pertenencias y sus participaciones en la campaña. Habían caído en la ciudad de México sin un mísero maravedí en la bolsa y con la piel en los huesos. Pero nunca venían mal los hombres para poblar un territorio. Mendoza, con la ayuda de Fernando, se encargó de reagruparlos y de ofrecerles algo con lo que ganarse la vida y repartirlos por los pueblos de Nueva España.

Pasados varios días, cuando Amir más o menos se había recuperado, Fernando volvió a su casa y ambos compartieron la cena y tuvieron tiempo para hablar con tranquilidad.

—¿Por qué Soto no pobló La Florida? —le preguntó Fernando, sin comprenderlo—. ¿Por qué no fundó una villa en la que su gente pudiera prosperar?

Amir negó con la cabeza. El africano habría recuperado la voz y la fuerza.

—Buscaba una gran ciudad. Como la que había encontrado Cortés aquí o Pizarro en el Perú. Además, ¿de qué servía poblar si los naturales no querían comerciar con nosotros y solo nos atacaban?

—Entonces, ¿por qué no regresó a Cuba?

Amir se encogió de hombros.

—Soto no iba a darse por vencido. La Florida tiene un clima infernal, con un calor sofocante, tormentas y huracanes. Después de encontrar a un español intérprete, un tal Juan Ortiz, vagamos por un desierto desolado hacia el norte. Tuvimos muchos encuentros con tribus. La moral de Soto se fue degradando. Comenzó a exigir información a los jefes de las tribus, esclavizó a sus hombres para usarlos de porteadores y permitió que sus capitanes violaran a las mujeres. Mutiló a muchos indios solo para interrogarlos.

Fernando asintió en silencio. Amir continuó su relato.

—Pasamos un año vagando desesperadamente en busca de una gran ciudad o de oro. Todo el mundo quería desertar. Yo mismo me alié con algunos hombres para tratar de regresar a las naos, pero nos fue imposible. Entonces alcanzamos un pueblo que se llama Mabila y su líder, un tal Tascalusa, nos esperaba allí con miles de indios.

—¿Os hicieron la guerra? —preguntó Fernando.

—Durante un día y una noche —dijo Amir con voz grave—. Matamos a tantos indios que perdimos la cuenta. Matamos a algunos con fuego, a otros con espadas, a otros con lanzas, y los que quedaron se colgaron de los árboles con la cuerda de sus arcos. Por entonces creímos recuperar la confianza en Soto, pero el hambre y el desconcierto no tenían salvación. Así anduvimos hasta un río que lleva un caudal de agua impresionante y que bautizamos con el nombre de Espíritu Santo. Los indios lo llamaban Misisipi. Lo cruzamos como pudimos, con barcas precarias que hacían aguas, y anduvimos por el otro lado, sin encontrar nada más que hambre y sed. Soto cayó enfermo de fiebres. Unos dicen que lo envenenaron. Lo mismo da. Arrojamos su cuerpo al río.

A Fernando le costó asimilar que aquel hombre, Hernando de Soto, había sido el mismo al que él había conocido en Sevilla, el mismo con el que había pasado a Indias y entablado negocios en Cuba. Su gran expedición fue un desperdicio. No consiguió fundar ciudades ni crear misiones. Él, al igual que muchos hacenderos en Cuba, perdieron sus participaciones. Por mucho que se lamentara, tal era la naturaleza de las expediciones en Indias.

Al acabar la cena, la señora Luisa les retiró los platos y les ofreció cacao caliente. Fernando se levantó de la mesa y se sentó frente al candil en uno de los sillones de cuero. Invitó a Amir a hacer lo mismo. Se dio cuenta de que su amigo lo observaba todo, como si aún le costara un esfuerzo comprender que aquello que veían sus ojos era verdad y no una alucinación. Podía imaginar esa sensación, pues él mismo la había sentido al llegar a Santa María de la Victoria.

Luego la vida le había enseñado que hasta el viaje más largo y dificultoso también llegaba a su fin.

Amir dio vueltas al cacao con una cuchara. Fernando imaginó todas las cosas que estarían pasando por su cabeza en ese momento.

—Podrás regresar a Guinea si lo deseas —le comentó.

—Preferiría que me dieras un cargo —respondió Amir.

Fernando esbozó una sonrisa y el africano se la devolvió. Luego estuvieron un instante sin hablar, mientras disfrutaban del cacao. Poco después, Fernando entornó la mirada, más serio.

—No me has dicho por qué has embarcado en la expedición de Soto. ¿Qué pasó con la india Jimena y con su hijo?

La expresión de Amir se ensombreció.

—Los dejé a buen recaudo con doña Beatriz del Castillo en La Habana.

—Has hecho bien —dijo Fernando—. Pero ¿por qué? No te pedí que cuidaras de mis intereses ni los de la compañía, Amir. Te has jugado la vida.

Amir asintió, sin quitarle la razón, y se mantuvo en silencio. Fernando se dio cuenta de que había algo que no le estaba contando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en tono preocupado.

—Beltrán —susurró Amir.

Aquel apellido portó un nombre a la memoria de Fernando como una llama candente, un recuerdo hermoso y doloroso a partes iguales.

—¿Qué ha hecho?

—Soto le ofreció un cargo en una de las villas que pretendía fundar. Beltrán se dejó llevar por sus cantos de sirena y decidió unirse a la flota —dijo Amir—. Pero no lo hizo en solitario. Fue con su esposa.

—Juana —murmuró Fernando.

A continuación, Amir le relató lo sucedido en el campamento sin nombre, a una legua del pueblo de Ucita. Le habló de la orden de Soto de enviar compañías de jinetes y de hombres a explorar el territorio.

—En una de esas partidas de rodeleros marchó Antonio Beltrán, y unos días después, sus compañeros trajeron su cuerpo sin vida. Era el año treinta y nueve. La señora Juana quedó viuda menos de dos semanas después de pisar La Florida.

Fernando se incorporó para escuchar más de cerca a su amigo.

—Continúa, te lo ruego.

—Por esos días, un capitán que se llamaba Vasco Porcallo, harto del sinsentido del mando de Soto, le pidió licencia para volver a Cuba con los heridos y prometió volver con más hombres y provisiones.

—¿Y qué pasó con Juana?

Amir frunció el ceño.

—Soborné a unos soldados y a un capitán para subirla a bordo de esa nao.

Fernando sintió que le volvía el alma al pecho.

—Dios, entonces ha regresado a Cuba. ¡Está en La Habana!

—Espero de corazón que así sea.

Fernando no sabía qué pensar.

—¿Qué tienen que ver Beltrán y Juana en todo esto? Sigo sin entender por qué embarcaste con ellos.

Amir hizo una pausa y un largo silencio llenó la sala. Fernando supo que se trataba de algo difícil de decir. Trató de contenerse para no presionarlo.

—Poco después de tu marcha a Santo Domingo con el capitán Estrada —dijo Amir—, la señora Juana fue a La Florida con su esposo. Estaba encinta, y eso era algo que nadie más sabía. Ni siquiera doña Beatriz. Yo lo descubrí de pura casualidad.

Fernando asintió levemente. Aquello era lo normal, incluso podía ser previsible, por lo que no le sorprendió. Amir había cometido la locura de seguirla para cuidarla y protegerla. En ese momento, como si le hubiese leído la mente, Amir negó con la cabeza y contempló a su amigo.

—No lo entiendes —susurró, mirándolo a los ojos—. Esto viene de mucho antes. Juana guardó su secreto, se lo ocultó a Beltrán, a doña Beatriz, al cura, a todos y… se casó. Lo hizo para sobrevivir. Lo sé porque ella misma me lo dijo.

Fernando permaneció inmóvil durante un instante, con la vista en el suelo, mientras trataba de asimilar lo que acababa de oír. Luego alzó la mirada hacia su amigo y, por primera vez en mucho tiempo, se quedó sin palabras.

XXI

El emisario del virrey

1

Los comerciantes, hacenderos y buhoneros de La Habana montaron sus puestos temprano, de buena mañana, en la plaza de la bahía. Gaspar tiró del carro con la mercancía que esperaban vender. Juana contempló al hijo de Beatriz marcharse por el sendero embarrado, mientras ayudaba a cerrar los últimos pertrechos en la casona. El muchacho acababa de cumplir los diecisiete y era tan alto como ella. Las cosas no habían ido bien para nadie en la villa, y mucho menos para Beatriz y para Juana. La ruta de comercio de Fernando había sido un desastre, pues seguían sin tener noticias de Soto, casi tres años después. Tras la muerte de Beltrán, Beatriz se había visto obligada a saldar todas las deudas de la compañía con el ganado, que había quedado reducido a unas pocas cabezas, pero suficientes como para sacar algo de provecho, gracias a la leche y los quesos. Sin embargo, Beatriz había decidido retornar a la villa de Santiago, donde todos estarían más cómodos y sería más fácil entablar algún negocio con Pedro de Becerra, su última esperanza.

Juana volvió a las cocinas, donde estaba la india Jimena preparando un cocido, y la vio acompañada de su hijo, Jerónimo, y del pequeño Rodrigo. Juana acarició la cabellera de su hijo, que iba camino a cumplir los cuatro años. Ya hablaba y era un niño curioso, al que le gustaban los animales, sobre todo los caballos. Entonces apareció Beatriz por la cocina, lista para salir.

—Llegamos tarde —le dijo.

—Venga.

Juana dejó a Rodrigo con Jimena y Jerónimo y ambas salieron apresuradas hacia el puerto de la bahía. Beatriz había apalabrado con un vecino fletar una parte de las bodegas de su carraca, con la que poder llevar sus pertenencias de regreso a Santiago. Cuando llegaron, vieron el tumulto del mercado. Juana desvió la vista al otro lado de la bahía, a la fortaleza que había mandado construir Soto antes de irse, en la entrada de la ensenada. Sus obras avanzaban a buen ritmo y sus muros y torres comenzaban a elevarse.

—Hoy va a hacer un calor infernal —comentó Beatriz con los brazos en jarras.

—Allí está Gaspar —dijo Juana, que lo vio junto al carro, dando voces con la intención de vender sus quesos.

Ambas cruzaron la plaza hasta los embarcaderos. Juana acompañó a Beatriz a hablar con un hombre, el dueño de la carraca. Examinaron juntos el espacio donde iría su carga y estuvieron un rato discutiendo si sería suficiente para las cosas que llevaban. A Juana le entusiasmaba la idea de ir a Santiago después de esos años en el norte: añoraba la compañía de sus vecinos, viejos conocidos, como Antón, su mujer y Ana, su amiga, y prefería que Rodrigo creciera allí. Además, estaba su madre, con quien se escribía cartas con cierta frecuencia. La campaña de Soto se había diluido en el tiempo, de la misma forma que el sueño de convertir la villa de La Habana en la gran ciudad de Cuba.

—¿Tenemos un trato, entonces? —le preguntó el hombre a Beatriz cuando volvieron a la cubierta. En ese momento escucharon unas campanadas en lo alto del torreón de la fortaleza. Los vecinos que allí estaban echaron la vista hacia el mar. Luego hicieron repicar las campanas de la iglesia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juana con preocupación. Persistía en los vecinos los recuerdos de intentos de ataques de naves corsarias, tanto inglesas como francesas, tanto en Santiago como en La Habana.

—No, no es ningún ataque —sostuvo el hombre junto a ellas, con la vista en el horizonte. Las campanas volvieron a sonar.

Una flota, con banderas castellanas, se aproximaba a la bahía.

—Vaya por Dios… —soltó Beatriz entusiasmada—. Si había un día para que viniera una flota, ese era hoy. Con el mercado montado. Dios vela por nosotros.

Beatriz y Juana abandonaron al hombre y regresaron al mercado para ayudar a Gaspar. Una comitiva de principales y sacerdotes escoltaron a doña Isabel de Bobadilla al puerto, para dar la bienvenida a la máxima autoridad del convoy y a sus capitanes. Juana imaginó que la dama estaba ansiosa por obtener noticias de su esposo. Lo lamentó por ella. Con el paso de los años, se había aislado más y más en su corte, Juana había dejado de acudir y solo Beatriz participaba los domingos en los corrillos de después de la misa.

Poco después, pasado el mediodía, una armada de siete navíos desfiló en línea por la bahía y atracó en los muelles, al abrigo del oleaje del mar abierto. La emoción fue máxima entre los vecinos y las autoridades, que hacía meses que no recibían un convoy como aquel. Los oficiales de la Corona cumplieron

con sus labores, y por orden de doña Isabel permitieron desembarcar a la gente. Muy poca fue la mercancía que descargaron. No tardaron en enterarse de que la flota iba rumbo a las Azores y luego a Sevilla, comandada por uno de los hombres de confianza del virrey de la Nueva España. Viajaban a bordo más de cuatrocientas personas, incluyendo a los marineros. Los galeones iban cargados de mercancías y especias de todos los confines de las Indias.

Gaspar y Beatriz estaban en el puesto de mercado, vendiendo quesos y leche a buen ritmo, cuando vieron a la comitiva de doña Isabel y al emisario del virrey pasar por la plaza en dirección a la casa de la gobernadora. Corrió la voz de que venían del puerto de Veracruz, siguiendo la estela de una ruta que partía en los confines de la capitanía de Guatemala y de que la autoridad de aquella flota era uno de los hombres más importantes de Indias. Juana lo vio a lo lejos. Se trataba de un hombre poderoso, como no podía ser de otro modo, vestido con unos ropajes elegantes, y que cruzó la villa junto a doña Isabel. Llevaba una melena castaña, a la usanza de Indias, y una barba espesa, bien recortada. Cuando la comitiva pasó cerca de ellas, por el mercado, Juana pudo verlo más de cerca y distinguió que iba ataviado con una parlota ancha de color bermejo y una capa del mismo tono. En ese momento, su corazón dio un vuelco.

Era Fernando.

—Dios mío —murmuró Beatriz a su lado, al reconocerlo en la lejanía.

Juana se llevó una mano a la boca.

Hacía más de un año habían llegado noticias desde Veracruz. Hernán Jémez había vuelto del puerto con un volante, un panfleto impreso en Nueva España, titulado *Relación del espantable terremoto que ha acontecido en la ciudad de Guatemala*. Juana lloró durante días por la muerte de Fernando. Había albergado la estúpida idea de que en algún momento él regresaría a Cuba a visitar a Beatriz y entonces volverían a encontrarse. Su recuerdo era cálido, y nunca consiguió borrar de su memoria los días en Santiago y las noches en las que se habían amado hasta lo imposible. Juana lloró por guardar un resquicio de amor en su corazón, por ser tan estúpida como su madre y dar alas a la esperanza. Por haber amado a un hombre así. Ahora que lo tenía tan cerca, se llenó de inquietud y de temor. Se había convertido en un hombre importante. ¿Se acordaría de ella? ¿Se habría casado con la heredera de alguna de las familias más importantes de Nueva España? De pronto, Juana se sintió poca cosa, con la vergüenza de tener que presentarse ante un gran señor e informarlo de que había tenido un hijo con él.

Juana supo que Beatriz también había llorado por Fernando, y en alguna

ocasión hablaron de él y acerca del devenir de la compañía de mercaderes en Cuba.

Se limpió las manos con un trapo y salió del puesto apresurada para adelantarse hacia allí. Se hizo sitio entre el gentío. Vio que todos los señores cruzaban la plaza con expresión sombría. Juana no dejó de mirarlo, y se dio cuenta de cuánto había cambiado Fernando en esos años. Su rostro ya no era el de un joven, sino que se había convertido en un hombre, en un principal. Avanzó decidida hacia la comitiva, cuando una mano la detuvo.

—¡Espera, niña! —soltó Beatriz, tras ella—. ¿Qué haces? ¿Qué vas a decirle? Ya habrá tiempo de buscar la ocasión.

Juana pareció despertar de una ensoñación.

—Tienes razón —reconoció finalmente.

Lo vieron alejarse al paso por la calle principal en compañía del resto de señores. Ambas tomaron el camino de vuelta al puesto con Gaspar y continuaron con sus labores. Las gentes venidas de México y Veracruz llenaron la plaza y el mercado. Gaspar lo vendió casi todo. Entonces un africano, vestido con ropajes de principal, se detuvo ante el puesto y se quitó el sombrero.

—¿Qué va a querer el señor? —le preguntó Gaspar.

En ese momento, Juana cruzó una mirada con él y lo reconoció. Sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría. Era Amir.

2

Regresaron a la casa de Beatriz y Amir informó a la señora de que don Fernando se reuniría con ella después de su audiencia con la gobernadora. Beatriz mandó preparar una comida y una estancia por si Cardeña aceptaba la invitación de hospedarse allí. Entre tanto, Amir y Juana pudieron tener un encuentro.

—Este es mi hijo —le dijo en el patio de la casa—. Se llama Rodrigo.

El africano esbozó una sonrisa y lo cogió en sus brazos.

—Saluda al señor —le ordenó Juana.

El niño lo saludó con timidez.

—Me alegro de que las cosas hayan salido bien —comentó Amir.

Juana suspiró. Acarició a Rodrigo, que se alejó al trote.

—No han ido mal. Tuve que renunciar a gran parte de la herencia de Beltrán para que su hermano me dejara en paz. Pero eso fue mejor que seguir en La Florida. Y te lo debo a ti.

Amir asintió y su semblante se ensombreció.

—Cuéntame de la expedición, Amir —le pidió Juana—. Qué sucedió, quiero saberlo todo.

El africano le hizo un detallado resumen. Le contó que la campaña de Hernando de Soto había fracasado. Además, más de la mitad de los expedicionarios habían perdido la vida, entre ellos, el propio adelantado. Juana se lo podía imaginar, ya que llevaban más de dos años sin noticias de ellos. Se preguntó cómo se lo tomaría doña Isabel y pensó en la responsabilidad de Fernando de ser él el portador de las malas noticias. Los supervivientes habían conseguido llegar andando hasta la ciudad de México, después de una travesía imposible a lo largo del golfo. Amir le habló de la larga marcha hasta el gran río Espíritu Santo, la batalla de Mabila y las escaramuzas de las tribus, que no les dieron tregua en ningún momento. A Juana le vino el recuerdo de aquel día cuando Amir la había subido a uno de los bateles; la había salvado de un desastre. Se alegró mucho al saber que María y su esposo, el arcabucero Pedro Recio, habían sobrevivido y que Fernando los había enviado a un pueblo llamado Tiripetío, donde se necesitaba de vecinos como ellos que se asentaran, tuvieran hijos e hicieran prosperar la región.

—Don Fernando me encontró en México y me salvó. Ahora formo parte de su séquito de confianza. He tenido mucha suerte —dijo Amir para finalizar el relato. Juana guardó silencio, mientras pensaba en que aquel acto de Amir en las playas de La Florida marcaría su vida para siempre. Luego el africano le contó sobre la vida en México, cómo lo había encontrado Fernando y le había dado de comer y se había ocupado de que vistiera con prendas nuevas y lustradas. Juana se moría de ganas de saber sobre la vida de Fernando, qué es lo que había hecho, en qué lugares había estado, si se había casado, si había tenido hijos durante ese tiempo. Le daba vergüenza preguntárselo a Amir.

—¿Te has vuelto a casar? —quiso saber Amir.

Juana negó con la cabeza.

—He preferido ayudar a Beatriz y llevar una vida apacible. Aunque he tenido otros pretendientes, ninguno de ellos ha llenado mi corazón. Ahora que la espera de Soto ha terminado, volveremos todos a la villa de Santiago, a la vieja casona, y esperamos que la vida vuelva a ser tranquila como antes.

Amir volvió a sonreír. Desvió la vista hacia Jerónimo y Rodrigo, que jugaban juntos en el patio de la casa. Tras un momento en el que permanecieron en silencio, Juana se atrevió a preguntar:

—¿Él cómo está? Parece tan distinto…

Amir la miró a los ojos y asintió lentamente.

—Así es. Se ha convertido en un principal. Y ha venido con la flota hasta aquí por una única razón.

3

Por segunda vez en su vida, Fernando tuvo que dar la noticia a la viuda de un gobernador y adelantado sobre el fallecimiento de su esposo. Doña Isabel de Bobadilla cerró los ojos y aceptó el destino de su amado con elegancia y entereza, a diferencia de como lo había hecho doña Beatriz de la Cueva. Fernando dejó un momento de silencio para que la dama se recompusiera. Su hermano y su confesor tuvieron unas palabras en voz baja con ella. Luego doña Isabel invitó a Fernando a narrarle los hechos que sabía sobre la desgracia de su esposo.

—Mi señora, he venido acompañado de estos hombres, supervivientes de la larga travesía que les tocó vivir.

Fernando hizo un gesto para que los dos infantes que lo acompañaban dieran un paso al frente. Aunque ya no tenían aspecto de náufragos por sus ropajes, sus expresiones reflejaban la dureza del viaje, el hambre y la sed. Los dos hablaron por turnos y narraron los hechos acontecidos desde que arribaron a la bahía del Espíritu Santo. La audiencia se alargó varias horas. Fernando sabía que el hambre, el miedo y la desesperación hacían volar la mente e imaginar cosas o hechos que jamás habían sucedido. Doña Isabel se mostró molesta por las contradicciones de sus crónicas. La dama no comprendía que los sucesos habían acontecido hacía muchos meses, incluso años, y resultaba difícil traerlos de regreso con tanto detalle.

A continuación, uno de ellos carraspeó y tomó la palabra.

—Los capitanes y principales determinaron que, si le dábamos sepultura a don Hernando en la tierra, los indios profanarían su tumba y exhibirían sus restos como trofeo de guerra —le explicó—. Entonces amortajamos su cuerpo y se dio misa entre susurros en plena oscuridad de la noche. Luego un grupo de capitanes se adentró en el cauce del gran río Espíritu Santo, y arrojamos el cuerpo de don Hernando dentro de un tronco, con su espada, al fondo de las aguas, para que su cuerpo descansara sin ser mancillado.

Se hizo un silencio en la sala.

—Mi marido no tiene cruz ni lápida que lo recuerde, pues —murmuró doña Isabel con resignación.

—No necesita ni de lo uno ni de lo otro para ser recordado, mi señora —se adelantó Fernando—. Murió demostrando su valor.

—Agradezco su intento de devolverme el ánimo, don Fernando. Pero, por lo que he podido entender del relato de estos señores, la hueste se mostró insatisfecha con el mando del adelantado desde el momento en el que pisaron La Florida. Cuestionaron su autoridad y trataron de rebelarse ante sus ordenanzas.

—Mi señora, al principio todo el mundo tenía sus dudas —reconoció uno de los hombres, con cara de circunstancias—. El capitán general envió muchas partidas de hombres a los alrededores que no sirvieron de mucho.

A la señora no pareció agradarle su respuesta.

—El señor Porcallo volvió a Cuba a las pocas semanas con algunos heridos. Conozco a una persona que me ha dado buena relación de los hechos —dijo doña Isabel—. La viuda del señor Beltrán.

Fernando notó una punzada en el corazón al oír referirse a Juana. La sala volvió a sumirse en el silencio. Comprendía la necesidad de doña Isabel de conocer la verdad y no dejarse llevar por mentiras piadosas que ocultaban el verdadero relato de la historia y la muerte de su esposo. La gobernadora prosiguió.

—A todos les vino bien la muerte del capitán general. Sobre todo, después de que se negara a regresar a las naos en la costa y ordenara seguir marchando al noreste.

Ninguno de los supervivientes respondió a esto último. Doña Isabel mandó a todo el mundo retirarse de su sala. A todos excepto a Fernando. El emisario del virrey tenía varios temas pendientes con la señora y otros asuntos personales que debía completar en la villa de La Habana. Cuando ambos quedaron solos, Fernando dio unos pasos hacia ella.

—He querido ser cortés y considerado en el relato, lo mismo que esos hombres, pero veo que no es necesario ir con adornos frente a usted, mi señora —consideró Fernando.

—Llevo años esperando, don Fernando —dijo ella, con la mirada encendida—. Años oyendo rumores de Vasco Porcallo y de sus hombres sobre las formas de mi esposo para el mando. Me temo que lo hayan asesinado. Necesito conocer la verdad.

Fernando guardó silencio unos instantes.

—El virrey interrogó a todos los hidalgos y capitanes, y todos afirman que don Hernando sufrió de fiebres y enfermó gravemente. No voy a ocultar la realidad, mi señora. Los hombres acabaron por aborrecer a vuestro esposo. No hablo por ellos, puesto que no soy más que el mensajero del virrey Mendoza, pero le puedo asegurar que a don Hernando le pudo la desgracia, y

sus hombres perdieron la fe en él. Sin oro y sin poblar, sus acciones se redujeron a asuntos que empañan su memoria y el recuerdo que tiene usted de él. Don Hernando mató a cientos de enemigos, torturó a reyezuelos para ganar información, esclavizó a indios y permitió que su hueste violara a las mujeres —dijo Fernando en tono frío, y luego hizo una pausa—. Yo conocí bastante bien a su esposo, mi señora. Recordará nuestro pase a Indias y esos días en el océano. Sé que era un hombre con un gran sentido del honor, pero también sé lo que provoca la guerra, porque la he vivido. Se vio obligado a realizar actos más propios de un canalla, y la mala fortuna envolvió su campaña de una atmósfera de motín. No se puede juzgar a nadie que haya pasado por los horrores de la guerra sin entender los motivos. Yo siempre lo recordaré como el hombre al que conocí. Y entiendo que usted debería hacer lo mismo.

Estas palabras hicieron aflorar lágrimas en los ojos de la dama. Fernando se dio cuenta de que la verdad había roto su corazón. Más que el dolor por su muerte, doña Isabel sintió el golpe de saber que el hombre al que había amado había sufrido tanto, asfixiado por unas circunstancias tan adversas. Fernando bajó la mirada en señal de respeto. Para él, Hernando de Soto había sido un gran hombre, valiente y arrojado, que escapaba de la mediocridad y de la cobardía, y no le parecía justo pronunciarse sobre su destino después de tanto tiempo.

4

Aquella tarde cayó una lluvia apacible en La Habana. La gobernadora ordenó días de luto por la muerte de su esposo. Antes de marcharse de la audiencia, Fernando tuvo que pasar por el mal trago de recordarle que el cabildo de la villa debía votar para elegir a un nuevo gobernador provisional hasta que Su Majestad determinara quién sería la nueva autoridad de Cuba, lo mismo que había ocurrido en Guatemala. La señora, conocedora de su destino, le pidió a Fernando algunos camarotes para ella y para alguna de sus doncellas y criados en la flota para Sevilla.

Fernando volvió a la cámara del capitán a cambiarse de ropas. Una hora después, Amir volvió a su navío y le dijo que doña Beatriz lo esperaba esa misma tarde para cenar y que lo invitaba a alojarse en su casa, como era de esperar. Fernando lo miró con preocupación.

—¿Cómo se han tomado nuestra llegada?

Amir sonrió.

—Todos en esa casa te guardan aprecio, igual que al capitán Estrada. Se alegraron mucho de verme, sobre todo Juana. Les he contado que me has encontrado en México como a un fantasma.

Fernando le dio unas palmadas en el brazo.

—Buen trabajo, amigo —dijo algo más relajado—. Que dos muchachos lleven nuestras cosas a la casa de doña Beatriz, y cargad una arroba de cacao y los presentes que les hemos traído.

Cuando el africano estaba por marcharse, Fernando lo llamó.

—¿Cómo se encuentra Juana? —le preguntó en tono confidente.

—Preocupada —respondió Amir.

Fernando asintió, con aire pensativo. Amir volvió a tomar la palabra.

—Preparan la salida para Santiago. Doña Beatriz ha pactado con el dueño de una embarcación su regreso al sur; las cosas no han ido bien en La Habana como esperaban. Juana retornará junto a ella.

Amir salió de la cámara y fue a cumplir con sus instrucciones.

Fernando frunció el ceño, en soledad. Aprovechó el momento para escribir algunas cartas que pensaba enviar a Santo Domingo, a Pedro de Becerra, al señor Monroy y a su madre. Permanecería en La Habana cinco días, ni más ni menos, y luego ordenaría al convoy poner rumbo a las Azores. Un poco más tarde, Amir volvió para decirle que estaba todo preparado. Fernando se cambió sus ropajes por otros menos lujosos, como acostumbraba a llevar. Luego la comitiva se puso en marcha hacia la casa de doña Beatriz.

No hubo necesidad de tocar a la puerta.

Doña Beatriz del Castillo lo esperaba en la calle, y cuando lo vio aparecer fue a su encuentro. Fuera había mucha gente. Incluso salieron de algunas casas vecinas a mirar y preguntar quién venía. En el pórtico de la casa, Fernando reconoció entre la gente al hombre de confianza de la señora, Hernán Jémez. Entonces vio a Juana, algo alejada de la casa, con un niño en sus brazos, acompañada de un apuesto joven. Estaba frente a un árbol, y le pareció que Juana le decía algo al oído a su hijo mientras este acariciaba las hojas. Se emocionó al pensar que aquel hijo podría ser suyo. Fernando necesitó de un solo instante para darse cuenta de que seguía siendo la mujer más hermosa de Indias.

Doña Beatriz salió a su encuentro con una amplia sonrisa.

—¡Fernando! —Lo recibió con alegría. Tomó su mano y la besó. Fernando, por su parte, mostró un gesto amable y besó sus manos también.

—Cuánto tiempo ha pasado —dijo él, sonriente.

—Bienvenido a La Habana —lo saludó ella.

—Hemos traído algunos presentes —dijo Fernando, y señaló a Amir y a los criados con el carro.

—No puedes imaginar la felicidad que siento ahora mismo de verte aquí —reconoció doña Beatriz, y le ofreció que entrara en la casa—. Adelante.

En el interior, Fernando saludó a toda la gente, que se alegró mucho de verlo. Tardó un momento en reconocer al joven apuesto al que había visto antes.

—¿Gaspar? —le preguntó—. Acércate, muchacho.

El chico había crecido y tenía buen porte de soldado. Tenía unos hombros anchos y unos brazos fuertes de trabajar en el campo. Además, le pareció un muchacho inteligente. Beatriz esbozó una sonrisa al verlos juntos. Gaspar era un poco más bajo que Fernando, y daba la impresión de estar bien instruido por su madre.

—Tal vez tú no te acuerdes de mí, pero nos hemos conocido hace unos años, en el caserón de tu madre en la villa de Santiago.

—Lo recuerdo, señor. Cómo olvidarlo. A vos y al capitán Estrada.

—Estás hecho un hombre —resolvió Fernando, sonriente.

Gaspar se mostró agradecido y se giró a su madre. Beatriz asintió y le hizo un gesto para que fuera a ayudar a los criados. Fernando apreció que supiera cuál era su lugar. Admiró el respeto que mostraba por su madre.

La última en entrar fue Juana, que bajó a su hijo para llevarlo de la mano. Fernando sintió que no había pasado ni un día desde la última vez que se habían amado, y tuvo ganas de estrecharla entre sus brazos. Ambos cruzaron una mirada y Fernando vio resurgir la misma llama de siempre, aquella que nunca se había apagado desde que la había conocido.

—Bienvenido, señor Cardeña —dijo ella, casi en un susurro.

Fernando decidió tomar la iniciativa y cogió sus manos. Las besó con parsimonia. Luego se giró hacia doña Beatriz.

—Quisiera hablar un momento a solas con la dama, mi señora.

Juana se sorprendió, de pronto, y se volvió a su amiga. Juntó las manos sobre su regazo y aguardó con la vista en el suelo. Beatriz, al ver la expresión de Fernando, mandó que todo el mundo desalojara la sala principal.

5

Juana alzó la vista y encontró los ojos de Fernando. ¡Cuánto había cambiado! Observó un ligero surco que se dibujaba junto a sus labios, su barba cuidada, su cabello, su pose. Aunque ya no fuera ese joven recién llegado a Indias,

mantenía el mismo brillo de sus ojos al posarse sobre los de ella. Una brisa de la calle acarició a Fernando y le llevó a Juana el aroma de su piel. De pronto, a Juana le vinieron todos esos recuerdos vetados de esos días de Santiago, de aquellas noches en las que se habían conocido y se habían amado. Fernando anduvo unos pasos por la sala y se situó junto a la ventana. La luz de la tarde se derramó sobre sus cabellos. Juana notó que estaba tan nervioso como ella.

—He imaginado muchas veces que volvía a tenerte frente a mí, y en todas esas veces me repetía la misma pregunta —dijo Fernando.

Juana lo miró a los ojos sin vacilar. Le costaba creer que era él.

—¿El qué? —preguntó.

Fernando bajó la mirada.

—¿Por qué no fuiste esa mañana al puerto? —quiso saber él.

—Solo Dios sabe cuánto te he llorado, Fernando. Sabes que no podía hacerlo.

Fernando volvió a posar sus ojos sobre ella.

—Me ha costado mucho superar el dolor de aquellos días en Santiago —reconoció él—. De haberme separado de ti de esa manera.

Juana negó con la cabeza y fue a su lado, junto a la ventana. Sus ojos se habían humedecido.

—¿Piensas que yo no he sufrido todos estos años? Me vi obligada a casarme con otro hombre, a ir a La Florida, a tener un hijo…

Fernando la interrumpió.

—¿Es cierto?

Ambos estaban muy cerca el uno del otro y hablaban en susurros.

—¿A qué te refieres? —preguntó Juana.

Fernando entornó la mirada.

—Amir me ha contado tu historia en La Florida. Me ha dicho lo que él cree. Y es una de las razones por las que he venido.

Juana guardó silencio. Tuvo ganas de acariciar su rostro, de abrazarlo. Poco después, asintió.

—Cuando lo supe ya era demasiado tarde y tú ya estabas muy lejos de aquí —dijo finalmente—. Lo hice para sobrevivir. Espero que sepas entenderlo.

Fernando se mantuvo varios momentos en silencio, sin decir nada, valorando lo que eso significaba.

—¿Cuál es su nombre?

—Se llama Rodrigo. Y lleva mi apellido.

Fernando apenas pudo contener la emoción.

—Portocarrero —dijo con una sonrisa cristalina. Fernando cogió las

manos de Juana y las besó. Juana lo acarició y disfrutó de aquel gesto, que de algún modo le daba a entender que Fernando comprendía por lo que había tenido que pasar y aceptaba las decisiones que había tomado. Se sintió liberada después de mucho tiempo de aquel absurdo sentimiento de culpa que persistía en ella, por haberle mentido a tanta gente por el bien de su hijo. Estuvieron así hasta sentirse reconfortados.

—Creímos que habías muerto —murmuró Juana después, cuando se separaron, mientras se secaba una lágrima—. Hasta aquí vinieron las noticias sobre el desastre de Guatemala. Lo último que supimos de vosotros fue la carta enviada desde Santa María de la Victoria. La carta de mi padre.

Fernando asintió.

—Juana —dijo él, en tono solemne—, debes saber que tu padre ha sido el mejor hombre al que he conocido.

La joven no se esperaba aquello, y derramó lágrimas silenciosas al oír sus palabras. Fernando la rodeó con sus brazos. Luego le relató su viaje a través de la selva, por la Tierra de Guerra, hasta el norte. Le contó que había vuelto a Guatemala y que el devenir de los acontecimientos lo había arrastrado a Nueva España y a Nueva Galicia, a vivir los horrores de la guerra, antes de regresar nuevamente a Guatemala y sobrevivir al desastre. Juana se dio cuenta de todo lo que había tenido que sufrir para llegar hasta allí. En todos esos años, Fernando no se había detenido ni un instante, siempre con un pensamiento hacia ella.

—Gracias —dijo ella—. Gracias por cumplir con tu promesa.

—Tenemos mucho para hablar —sostuvo Fernando.

Aquel encuentro había llegado a su fin. Juana se preguntó entonces por qué se lo había pedido a Beatriz, qué era acaso tan urgente. Fernando introdujo la mano en un bolsillo de su jubón y extrajo algo. Luego cogió la mano de Juana y le entregó el objeto. Cerró su puño con una caricia.

—Hasta en los momentos más duros has estado conmigo, Juana; cada jornada, a cada paso. Me has acompañado durante toda mi travesía. Y ahora quisiera que siguieras haciéndolo —Fernando exhibió una mirada brillante—. Ven conmigo a Sevilla. Embarca conmigo esta vez.

Juana se quedó sin palabras ante su proposición.

—Fernando…

Él negó con la cabeza, sin soltar su mano.

—Sé que el tiempo ha pasado —reconoció él—, que ninguno de los dos somos la misma persona. Durante mucho tiempo traté de olvidarte.

—Yo también lo intenté.

Fernando guardó silencio un instante antes de hablar.

—También he probado a amar a otra mujer —le confesó.

Juana frunció el ceño. Aquello no le hizo gracia, pero podía comprenderlo. Llevaban casi cuatro años sin verse.

—No puedo culparte, Fernando. Fui yo la que eligió en su momento. Nada te obligaba a guardar fidelidad.

Fernando asintió, esta vez, más serio.

—Lo único que importa es esa llama que aún no se ha extinguido.

Ambos volvieron a mirarse con una complicidad que parecía intacta en el tiempo. Juana acarició su mejilla. Fernando besó su puño y, con una sonrisa, se separó de ella para abandonar la estancia. Juana lo vio marcharse. Una vez sola, desvió la vista hacia su mano. Descubrió un trozo de papel, viejo y arrugado. El paso de los años, la humedad y el barro habían cambiado su color, lo habían vuelto marrón y habían borrado casi todo vestigio de su tinta, como un despojo sin valor. De pronto, Juana sintió que le daba un vuelco el corazón al reconocer el trazo que escondía aquel fragmento. Se trataba del viejo plano de la casa de Fernando en Sevilla, aquel trozo de papel sobre el que había escrito y dibujado Juana hacía unos años en Santiago. Su letra. Su propio trazo. Su nombre y el de Fernando, juntos, mientras la tinta se aferraba débil al papel, con desesperación, como para no caer en el abismo del olvido, del mismo modo que lo había hecho su amor. Se dio cuenta, con emoción, de que Fernando lo había llevado consigo durante todo ese tiempo.

6

Fernando y doña Beatriz presidieron la mesa en la sala comedor, en la que también se encontraban Hernán Jémez, su esposa, Amir, Gaspar y Juana. Le alegró saber que después de todos esos años doña Beatriz había podido reunir a su gente por fin en La Habana. La dama le hizo muchas preguntas sobre sus viajes en aquellos cuatro años a Fernando. Él explicó que había estado en la capitanía de Guatemala, en las provincias de Honduras y Chiapas, en Nueva España y en Nueva Galicia, recorriendo el territorio de punta a punta.

—Creímos que el terremoto de Guatemala había significado el final para ti y para el capitán Estrada, Fernando —dijo ella—. Sufrimos mucho imaginando lo peor.

—Juana me ha dicho que la noticia había llegado hasta aquí.

—Desde luego —comentó Beatriz—. Leímos una crónica impresa en México.

—Todo el mundo hablaba de ello —comentó Hernán Jémez.

Fernando recordó la *Relación del terremoto*.

—Vivirlo en persona fue algo diferente.

Fernando quiso desviar el tema y les habló de las villas del otro lado del mar y de la gran ciudad de México. Amir tomó la palabra y contó cuánto le había impresionado la ciudad en mitad de un lago. La cena se alargó y hablaron de muchas más cosas. Cuando acabaron de comer, doña Beatriz le preguntó por Hernando de Soto. Fernando intuyó que la señora quería saber qué pasaría con la compañía de mercaderes que ambos tenían.

—La expedición de Soto ha fracasado —explicó Fernando—. El pago por adelantado que nos hizo, las cabezas de ganado, es lo único que hemos podido recuperar de nuestra participación.

Beatriz asintió con un gesto de preocupación.

—Las cosas aquí han ido bastante justas de dineros. Aprecio a doña Isabel, pero no ha hecho nada para mejorar la vida de los hacenderos en Cuba. Tuvimos que dejar a un lado los sueños de ese gran imperio en La Florida y ponernos a trabajar de sol a sol para ganarnos la vida. Imagino que quieres recuperar tu parte de la compañía antes de partir.

Fernando frunció el ceño. Luego negó con la cabeza.

—Sé que es muy poco y que le haría mucho daño si se la exigiera.

—Entonces, ¿qué pasará con nuestra compañía de mercaderes?

—Cederé mi parte a cambio de que envíe a Santo Domingo, a la casa de mi madre, una décima parte de sus ganancias cada año. ¿Le parece un trato justo?

Beatriz no pudo evitar esbozar una sonrisa. Aquello era un regalo. Tras lo de Soto, estaban por venir tiempos de incertidumbre en La Habana y en Cuba. La compañía de mercaderes era de ambos, pero él había decidido cedérsela a cambio de un diez por ciento. Era un favor caído del cielo.

—¿Puedo saber por qué tanta generosidad?

Fernando cruzó una mirada con Juana.

—Necesito su lealtad, mi señora —dijo volviendo la vista a Beatriz. Ella lo miró sin comprender de lo que hablaba.

—Cuentas con ella desde siempre, Fernando.

Fernando le devolvió un gesto con la cabeza.

—Necesito de una persona fiel en La Habana —dijo—. Mis otros agentes son el obispo de Guatemala, el gobernador de la villa de la Purificación, los frailes agustinos en Tiripetío y el virrey de Indias, Antonio de Mendoza, en la ciudad de México. Usted, doña Beatriz, es la pieza que falta en Cuba.

—¿Se trata de una compañía?

—Una ruta de comercio, mi señora. Desde el puerto de Iztapa en la Mar del Sur, en Guatemala, hacia Nueva España, que pasa por México y Veracruz. La última etapa será La Habana, que es el último puerto al que llegarán las mercancías antes de cruzar el océano hacia Sevilla.

—Vaya por Dios —soltó Hernán Jémez, visiblemente sorprendido, antes de sonreír—. No ha perdido el tiempo, señor.

Fernando asintió con un gesto.

—Quiero que doña Beatriz sea mi agente en Cuba. Nuestras familias han sido aliadas durante muchos años. Y así debe seguir siendo.

Beatriz aceptó, sin necesidad de pensárselo ni de negociar. Hasta ese momento, su única perspectiva de futuro había sido regresar a la villa de Santiago.

—Está hecho —le dijo. Fernando distinguió un brillo en el gesto de Gaspar, el hijo de Beatriz. El muchacho parecía complacido por lo que acababa de presenciar.

—¿Qué llevará a España, don Fernando? —quiso saber Gaspar, con entusiasmo. Fernando le ofreció una ligera sonrisa.

—Llevaremos el cacao al Viejo Mundo, muchacho.

Beatriz frunció el ceño. Fernando sabía que la señora recelaba, pues desconocía el verdadero poder de aquellos granos tostados y molidos.

—Confíe en mí —le dijo sonriente—. Se venderá a buen precio.

Fernando estaba seguro de que el tiempo le daría la razón.

7

Cuando la cena acabó, doña Beatriz acompañó a Fernando a su estancia. Fernando agradeció su hospitalidad. La habitación contaba con todos los lujos que podía permitirse en Cuba. Además, la señora había tenido el detalle de llevarle un aguamanil con agua perfumada. Fernando volvió a agradecérselo. Antes de darle las buenas noches, se dirigió a la señora en la intimidad del pasillo.

—Un último asunto.

—¿De qué se trata? —preguntó doña Beatriz.

—Hoy he podido ver a Gaspar durante la cena. Es un joven inteligente y bien instruido —comentó Fernando con cautela.

—Así es —dijo Beatriz, que cambió de expresión.

Fernando hizo una breve pausa antes de su ofrecimiento.

—Podría venir conmigo a Sevilla, si lo desea —dijo tras un momento—. Estaría bajo mi tutela, en la casa de mi familia, y aprendería de cuentas y el oficio de mercader durante algunos años antes de regresar a La Habana.

Beatriz se quedó en silencio al oír su propuesta.

Fernando comprendió que la idea era un sueño cumplido. Su hijo, el jovencísimo Gaspar de la Torre, era un muchacho de corazón noble, pero que con el tiempo acabaría sujeto a las costumbres y a los modos de Indias, a llevar una espada en el cinto como el resto de los muchachos de la villa, a retarse a duelo, a hacer negocios de poco alcance. A Beatriz se le llenaron los ojos de lágrimas, pues, aunque era enorme la tristeza de verse separada de su hijo, entendía la educación que podía recibir en Sevilla. Tenía, frente a ella, un ejemplo del hombre en el que se podía convertir.

—Hablaré con él —dijo doña Beatriz finalmente.

Se dieron las buenas noches y Fernando cerró la puerta. Se despojó de sus ropajes, y poco después, oyó que llamaban otra vez a la puerta. Tuvo la impresión de que la señora quería decirle una última cosa. Gaspar estaría bajo su tutela, y Fernando haría de él un hombre de provecho, como una manera de agradecer la lealtad de doña Beatriz y afianzar los lazos entre las dos familias. Abrió la puerta medio palmo, pero, para su sorpresa, no se trataba de doña Beatriz.

Era Juana.

Fernando y ella se sostuvieron la mirada hasta que él la dejó pasar. La joven se quedó de pie, frente a él. Parecía nerviosa. Estaba arrebatadoramente guapa aquella noche, con ese sayo y con su melena dispersa. Se había fijado mucho en ella durante la cena, en cómo su rostro había cambiado con el paso del tiempo y se había convertido en una mujer madura. Ambos habían intercambiado alguna mirada con disimulo. Fernando había soñado muchas veces con volver a tenerla delante alguna vez para decirle lo que sentía. Notó como si su corazón fuera a salir de su pecho; sin embargo, Juana mostró un semblante preocupado.

—¿Recuerdas nuestros encuentros a escondidas? —preguntó, y bajó la mirada.

Fernando asintió.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —Alzó el rostro de Juana con una suave caricia en su mentón.

—Siento las horas —dijo Juana—, pero tal vez no haya otro momento. He pensado en todo lo que ha sucedido y en tu propuesta.

—¿Y bien? —preguntó él con ansiedad.

Juana cogió aire, nerviosa.

—Fernando, solo quería decirte que…

El joven dio un paso hacia ella, sin poder contenerse ni un instante más, y apoyó los labios sobre los suyos para besarla con suavidad. Juana interrumpió el discurso que traía preparado, sin apartarse de él. Sus brazos rodearon el cuello de Fernando, y recibió su beso con fervor. La joven dejó que las emociones y los sentimientos actuaran por ella y lo besó con pasión, del mismo modo que hizo Fernando, que aspiró su aroma y probó sus labios y la piel de su cuello, mientras sus manos la acariciaban. Fernando la abrazó por la cintura. Tras un instante en el que los dos intentaron recuperar el aliento, Juana lo miró a los ojos.

—Quiero que nos lleves a Sevilla, a Rodrigo y a mí.

—Vendréis conmigo.

Fernando asintió con seriedad, y ambos volvieron a besarse como si hubieran enloquecido. Esperaba hacía tanto aquel momento que parecía irreal. Juana pegó su cuerpo al suyo y Fernando la besó sin contener las emociones. Tras un momento, cambiaron el beso por el dibujo de una sonrisa, sin separarse.

—¿Vendrás como mi esposa? —quiso saber él.

—Sí —dijo ella, agitada—. Y ahora hazme tuya de una vez.

Fernando rio. A continuación, Juana se quitó el sayo con rapidez, y Fernando hizo lo mismo con sus calzas. Descubrió que su cuerpo era más hermoso de como lo recordaba. Ella se encontró con una docena de cicatrices y heridas de guerra. Había pasado el tiempo, más de cinco años desde que lo habían hecho por primera vez, y Fernando tenía razón: los dos eran diferentes, pero esa llama incandescente ardía con más fuerza que nunca. Juana se lanzó sobre él, y sintieron como si nunca se hubieran separado. Fernando había sufrido y había cambiado, al igual que Juana, y ambos se entregaron con pasión el uno al otro y volvieron a encontrar aquella noche su verdadero refugio en el mundo.

8

A causa del duelo por la muerte de Hernando de Soto y por la pronta partida del convoy de Indias, Fernando y Juana se casaron con premura en la misa del domingo siguiente en la iglesia de La Habana. Estuvieron presentes todos sus amigos y familiares. En el momento del enlace, Fernando sacó de su bolsillo un anillo de oro, anudado a un cordel de cuero, un objeto que tenía guardado

desde hacía cuatro años. Se lo tuvo que colgar a Juana del cuello, pues era demasiado ancho para su medida. La joven lo acarició. Era precioso.

—Es increíble —murmuró Juana, agradecida.

Fernando la miró a los ojos.

—Es oro azteca. Pertenecía a tu padre y fue la alianza que llevó con la princesa de Tlaxcala.

Juana borró la sonrisa, mientras lo acariciaba. Luego alzó la mirada.

—Tu padre habría querido que lo conservaras —le dijo Fernando—. Ahora es tuyo.

Juana lo rodeó con los brazos, y ambos sellaron su matrimonio con un beso. Los asistentes en la iglesia les aplaudieron con algarabía.

Apenas hubo tiempo de preparar nada, y Fernando tampoco quiso celebrar una gran boda por respeto a doña Isabel, que decidió no acudir. La señora comprendía los motivos para que se celebrara aquel matrimonio y no se opuso. Todo el mundo tenía claro que aquel era el único modo para que Juana obtuviera la licencia de pase —como esposa de don Fernando— y que arribara a Sevilla como la señora de un mercader. Además, a Fernando se le consumía el tiempo. Estaba ansioso por partir y descubrir el estado de las cosas en Sevilla después de tantos años.

Aquel día soleado dispusieron las mesas en el patio y disfrutaron todos los que vivían en la hacienda; comieron, bebieron y los niños jugaron en la hierba. La flota se iba al día siguiente, y aquel encuentro sirvió también de despedida para el joven Gaspar, que estaba ansioso por la aventura que estaba por emprender. Por la tarde, cuando todo pareció calmarse, Fernando pudo charlar con Beatriz, y ambos pudieron hacerlo una última vez, sentados a la mesa bajo la sombra de los árboles. Fernando le relató algunas anécdotas de sus viajes y le habló de Portocarrero. Beatriz se emocionó especialmente cuando le narró el recuerdo que tenía él de la muchacha a la que llamaba «gitanilla». Poco después, Fernando sacó de un bolsillo una figura que Beatriz reconoció al instante. Era el colgante de Ixchel.

—Sé que esto le pertenece —dijo él.

Beatriz recibió la figura con nostalgia. La acarició con la yema de los dedos.

—Martín nunca se separaba de ella —susurró la señora, que se la devolvió.

Fernando la rechazó.

—Ya me ha acompañado, y sé el valor que tiene para usted.

Beatriz negó con la cabeza.

—No lo sabes bien. Martín la encontró en Cuzamil, una isla que está frente al Yucatán, durante la expedición de Grijalva.

Fernando recordó el día en que Alvarado había ido a su casa de Sevilla y había relatado aquel episodio durante la cena. Había intuido que Juana y ella habrían hablado acerca de Martín. Por esa razón decidió romper una barrera, aunque aquello fuera contra las buenas costumbres.

—¿Lo amó?

Beatriz no se sorprendió por su pregunta, sino lo contrario. Pareció comprender la puerta que abría Fernando. Había borrado la sonrisa.

—Más que a nadie en este mundo —reconoció la dama en un susurro—. Y lo sigo haciendo. Cada día que pasa, tengo un recuerdo para él.

Fernando bajó la mirada. Comprendía ese sentimiento.

—¿Cómo era?

—¿Martín? —A Beatriz le volvió el gesto amable al rostro—. Era un joven apuesto, pero orgulloso hasta las entrañas. Solo quería que lo vieran pasear por el pueblo con su espada nueva y que los principales lo reconocieran como un hombre.

Fernando esbozó una media sonrisa.

—Vaya.

Beatriz se encogió de hombros.

—La vida en Santiago era pequeña y sus aspiraciones no iban más allá de ser reconocido por los cuatro vecinos que poblaban la villa. —La dama mantuvo la mirada puesta en su hijo, Gaspar, que charlaba en la lejanía con Juana. Ambos se percataron y la saludaron en la distancia. Fernando comprendió que el hijo de la dama tenía en ese momento la misma edad de Martín cuando marchó en la expedición con Alvarado—. Era un muchacho valiente y arrojado, y cuando algo se le ponía entre ceja y ceja, no había quien lo detuviera.

Fernando se quedó en silencio. Beatriz lo miró a los ojos. Sabía que el joven temía hacer ciertas preguntas que pudieran ofenderla.

—Martín se encaprichó de tu madre —dijo, y su gesto, así como sus ojos brillantes, se llenaron de la nostalgia de otro tiempo—. Los dos jugaron al peligroso juego del amor a escondidas.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Fernando, con seriedad.

Beatriz frunció los labios y se encogió de hombros.

—¿Has leído la carta de Portocarrero? —preguntó en un tono diferente, más sombrío.

Fernando negó con la cabeza. Beatriz apartó la mirada y dio un sorbo a su

copa de vino. Sus ojos se habían llenado de lágrimas de repente. Volvió a posar los ojos en Fernando y trató de esbozar una sonrisa, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Fue incapaz de decir nada.

—Cree que era mi padre —afirmó Fernando, y su vista fue hacia Juana, a lo lejos—. Incluso Portocarrero se dio cuenta.

—Eres su viva imagen, Fernando.

Las palabras de Beatriz fueron tan rotundas que Fernando notó que algo cambiaba en su interior, y aunque trató de contener las emociones, la tensión se liberó y no pudo sino derramar lágrimas. Por la verdad. Por Martín, por Portocarrero, por Beatriz y por todos los que formaban parte de aquella historia, de aquel secreto. Comprendió al fin que su padre lo despreciaba, que lo había enviado a Sevilla al cuidado de su tío para borrarlo de su vida. Por sus venas corría la sangre de ese joven desconocido, el guardián de Ixchel.

Tardó un momento en recomponerse.

—Esta figura te pertenece —sostuvo Beatriz en un tono confidente que significó muchas cosas. Fernando aceptó quedárselo y se lo colgó del cuello.

—Gracias —le dijo—. Por todo.

—Cuidaré de tu madre —prometió Beatriz—. Le enviaré su parte de las ganancias de nuestra compañía y le escribiré. Si puedo, la próxima primavera la visitaré en Santo Domingo.

Fernando se lo agradeció.

Así pasó el día en el que Fernando desposó a Juana. Lamentó que no estuvieran su madre, doña Inés, su tío Rodrigo, su familia en Sevilla, Giacomo Bardi y tantos otros. Aquel día estuvo muy presente Portocarrero. Se preguntó si acaso le habría complacido aquel enlace, y se dijo que sí. También tuvo un recuerdo para su amigo Diego de Estrada y para Balam. Fernando rememoró sus días de plena juventud en la casa de San Leandro en Sevilla, sus tardes en San Esteban. Por primera vez fue consciente del viaje que había hecho, y comenzó a pensar en el mundo al que iba a llegar. Llevaba años sin noticias de Sevilla, desde la última carta de Bardi. Después de cinco años, iba a volver con un hijo y una esposa, con las naves cargadas de una especia nueva, el cacao, y con una docena de encargos de primer orden.

Al día siguiente el puerto se llenó de gente para decir adiós al convoy. Fernando, Juana, Rodrigo, Gaspar y Amir se despidieron de quienes dejaban en La Habana. Fernando echó un vistazo al joven Gaspar en el momento en el que abrazaba a su madre y se vio a sí mismo reflejado. El chico iba a iniciar un viaje tan largo que nunca más volvería a ser la misma persona. Fernando cogió al pequeño Rodrigo en sus brazos y cruzó el puente de la cubierta de su

galeón, seguido de los suyos.

Vieron aparecer al séquito de doña Isabel de Bobadilla: algunas de sus doncellas, un par de criados y una esclava mulata. La señora iba vestida de luto. Su gente se había encargado de cargar sus pertenencias los días anteriores, por lo que la dama embarcó directamente. Fernando la esperaba en la cubierta de su nao y la recibió con una reverencia. A continuación, la acompañó a su cámara.

Fernando subió con su hijo en brazos al castillo de popa, seguido de Juana. Saludó al capitán de la nao, al contramaestre y al timonel. Luego los tres se situaron en la borda para ver por última vez a su gente.

Los marineros soltaron los amarres y entonaron canciones populares y salmos para hacer sus tareas. Las naves del convoy comenzaron a salir del puerto en fila y navegaron por la bahía antes de dar la vuelta hacia la boca de la ensenada.

El galeón de Fernando encabezó el cortijo, que cogió velocidad cuando ordenaron botar la gavia y esta se hinchó e hizo crujir la nave como un armario viejo. Fernando seguía con Rodrigo en la popa, y ambos miraron hacia abajo la estela espumosa que dejaba la nao en el mar y que se estiraba una milla larga. Atrás quedaban las Indias. Rodrigo sonrió, abrazado a su padre. En ese momento, entre el vaivén, descubrió en su pecho la talla de Ixchel. El niño la inspeccionó con sus manos, con curiosidad. Entonces Fernando se quitó el colgante y se lo cruzó por el cuello al pequeño.

Así surcaron las aguas que separaban La Habana de La Florida en busca de los alisios que los arrastraran hacia las Azores. Luego volvieron la vista a la delgada línea del litoral que permanecía en el horizonte. Poco a poco, vieron la costa de Cuba alejarse y, frente a ellos, bajo un cúmulo de nubes, no hubo más que la inmensidad del océano.

XXII

MERCADER DE INDIAS

1

Las campanas doblaron en la ciudad de Sevilla para recibir a la flota que llegaba de Indias, y el puerto se llenó de cargadores, mozos, oficiales y tratantes como de costumbre. Era una mañana fría de enero del año 1544. Después de más de dos meses de travesía por el mar, tras una parada en Azores, el convoy se había detenido en Sanlúcar, y Fernando se vio obligado a negociar con los oficiales de la Casa de la Contratación la entrada de las mercancías. Finalmente había obtenido los permisos para desembarcar en Sevilla. La flota estaba compuesta por siete navíos, de los cuales cuatro embarcaciones iban llenas de género de Fernando: cacao, maíz y otras mercancías para ser vendidas. Fernando era consciente de que no eran ricas telas de seda, ni pimienta negra ni clavo, pero confiaba en sacar un buen beneficio con la introducción del cacao.

—Qué grande es —murmuró Juana a su lado en la tolda, con la vista en la ciudad. Su esposa llevaba a Rodrigo de la mano.

—Es grande y ruidosa y huele mal —dijo Fernando.

Reconoció el muelle en el que se había despedido de su tío Rodrigo a principios de 1538. Muchas cosas habían sucedido desde entonces, y Fernando tuvo una sensación extraña. Sevilla despertaba bajo un cielo ceniza y la lluvia amenazaba con convertir el Arenal y la Cestería en un barrizal. Fernando sintió, por primera vez, que no era de ningún sitio. Ni indiano ni sevillano. Tal vez la ciudad no fuera tan diferente a como la recordaba, pero notó que él había cambiado tanto que no volvería a ser el mismo. La Española, Cuba, Guatemala, México eran parte de su vida ahora, al igual que lo era Sevilla, y algo le decía que nunca más volvería a encontrar un sitio al que pudiera llamar su tierra.

—¿Qué es ese sitio? —le preguntó Gaspar, al tiempo que señalaba un castillo al otro lado del río y que daba al puente de las barcas.

—San Jorge —dijo Fernando—. Es la prisión de la Inquisición.

Fernando vio Sevilla con los ojos de Juana y de Gaspar, y le pareció una ciudad enorme y bulliciosa. La vecina Triana era indivisible de la urbe, y desde el muelle frente a las atarazanas podía verse el trajín de alfareros, carpinteros, calafates y gentes de mar al otro lado, yendo y viniendo. Frente a ellos se erigía la gloriosa torre del Oro y la grúa de descarga, un tremendo artilugio de madera para vaciar las bodegas de los galeones.

Amir y Gaspar fueron los primeros en cruzar la tolda y en desembarcar. Fernando se dirigió a los oficiales del puerto y reconoció a la máxima autoridad, un hombre llamado Ocaña, aquel oficial que le había presentado su tío hacía unos años. El hombre no lo reconoció, y cuando Fernando le dijo quién era, se sorprendió.

—Hacía mucho que su familia no traía nada al puerto.

—Pues eso cambiará a partir de ahora.

Aquella era una flota que podía considerarse importante. Ocaña prometió encargarse de todos los asuntos en la aduana y en la Casa de la Contratación. Fernando dio algunas instrucciones a Amir, que cumplía funciones de segundo, y pidió que bajaran un quintal de cacao y lo llevaran a la casa de San Leandro. Luego se dirigió al grupo de criados y doncellas que custodiaban a doña Isabel de Bobadilla. La dama contaba con más de doce personas en su servicio. Se reunieron en el muelle, entre la muchedumbre, donde proliferaba toda clase de hombres que se ofrecían como cargadores.

—Mi señora —dijo Fernando—. Mandaré preparar las estancias para daros hospedaje en mi casa.

—No será necesario, mi señor —respondió doña Isabel, orgullosa—. Mi familia tiene una casa en la ciudad.

Fernando la miró a los ojos, tratando de darle a entender que la acompañaba en su angustia y en su dolor.

—Mi secretario, Amir, os acompañará igualmente —le ofreció.

—Gracias, don Fernando —respondió ella antes de despedirse. Fernando quiso decir algo y doña Isabel lo detuvo—. Gracias por haber sido honesto conmigo cuando más lo necesitaba.

—Siempre estaré a vuestro servicio, mi señora —respondió él.

Se despidió de ella con una ligera reverencia, y aquella fue la última vez que la vio. Al año siguiente, Isabel de Bobadilla fallecería a causa de una enfermedad. La leyenda contaría más tarde que murió de desamor, víctima de la eterna espera a su amado, Hernando de Soto. Su historia se contaría en plazas y tabernas, se plasmaría en cantares y poemas y llegaría incluso a las Indias, donde permanecería en la memoria del tiempo por los siglos

venideros. Sin embargo, Fernando sabría la verdad, la de una mujer rota por la decepción.

Fernando cogió a Rodrigo en sus brazos y ofreció su mano a Juana. Los tres, seguidos de Gaspar, se dirigieron a la Casa de la Contratación para ser inscritos. Fernando reparó en que el viejo alcázar y el patio no habían cambiado mucho. Desde la puerta del Arenal tuvo la impresión de que la calle era más estrecha. Sevilla había empequeñecido. Fernando guardaba el recuerdo reciente de Indias, de la amplitud de La Habana, y qué decir de las calzadas de México-Tenochtitlán. Lo que alguna vez le había parecido la ciudad más grande del mundo, Sevilla, ahora no lo era tanto.

2

Fernando declaró las mercancías y llevó sus dineros en la caja de caudales. El oro y la plata debían permanecer allí unas horas hasta que los oficiales hicieran un recuento. El oficial lo apuntó todo de manera prolija en el libro de registros, y Fernando reparó en la casilla que había escrito el oficial junto a su nombre. *«Mercader de Indias»*. Salieron de la Casa de la Contratación y cruzaron la catedral y la torre.

—Esto es increíble —murmuró Juana, sin aliento, a Gaspar.

—En Sevilla debes ir con cuidado —le comentó Fernando al muchacho cuando reanudaron la marcha—. Es una ciudad llena de críos huérfanos, ladronzuelos y buscavidas. Que no te engañen sus murallas. Es un sitio peligroso.

—De acuerdo —respondió Gaspar, con seriedad.

—Pronto aprenderás a moverte por aquí —dijo Fernando, con una mano sobre su hombro, y el chico asintió.

Cruzaron la calle transitada y Fernando eligió caminar hacia la plaza de San Francisco. En esa zona se hallaban las casas de los mercaderes alemanes, genoveses, flamencos y portugueses. Admiraron juntos los palacios que se extendían a lo ancho de la plaza. En aquel sitio se regía el poder económico de la ciudad, y Fernando tuvo el deseo de comprar una casa allí algún día, algo impensable para su tío o para Bardi. Sin embargo, las cosas habían cambiado. Luego anduvieron hacia la lonja de la seda y se internaron en las callejuelas que iban hacia San Esteban. Recordaba exactamente el camino hacia su casa; supo orientarse y conseguir llegar a la calle de San Leandro. Se plantó frente a su casa y vio que el portón permanecía cerrado.

—¿Es aquí? —le preguntó Juana.

Fernando asintió. El frío y el viento del invierno los hizo arrebujarse en sus prendas. Sevilla estaba gris y húmeda, y un cielo ceniza se posaba sobre ellos. Fernando tocó el aldabón varias veces hasta que oyó que alguien abría la mirilla al otro lado y lo observaba con desconfianza.

—Quién va.

—¿Señora Aldonza?

—¡Lárguese! —La mujer cerró con fuerza.

Fernando volvió a tocar, esta vez más fuerte.

—¡Le he dicho que se largue!

—Señora Aldonza, por Dios, soy Fernando. El que se fue a Indias. El sobrino de don Rodrigo —dijo él.

La mujer se quedó en silencio, aturdida, y tardó unos momentos en abrir la portezuela. Fernando vio que el tiempo había hecho mella en ella y que la señora tenía el aspecto de una anciana. Vestía con varias prendas viejas y raídas por encima, muy pobre. Titubeó un instante. Luego cogió la mano de Fernando como si fuera la de su hijo.

—¡Mis rezos han sido escuchados! —exclamó la criada con lágrimas en los ojos—. Venid, pasad y calentaos frente al fuego. He preparado un caldo.

Fernando cruzó el umbral y descubrió una casa abandonada. Estaba muy oscura, y se oía el eco de una gotera. El patio ya no tenía plantas, y vio varias humedades en la parte de abajo, junto al almacén, y parte del tejado estaba roto. Juana, Rodrigo y Gaspar cruzaron tras él. Se trataba de un lugar frío y lúgubre. La mujer se percató de los finos ropajes de Fernando y de la señora, así como de los del joven y el niño que los acompañaban. Entraron en las cocinas, el único lugar habilitado para vivir, y vieron que la mujer alimentaba el horno con leña y que ahí mismo había dispuesto su lecho. La señora Aldonza vivía en lo que habían sido las cocinas de la casa palacio.

Fernando rechazó el caldo y también la silla que le ofreció la mujer.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó desde el umbral.

Ella le devolvió una mirada desolada.

—Los Espinosa —dijo la señora Aldonza, al tiempo que revolvía el puchero—. Las cosas han ido de mal en peor, Fernando. Don Rodrigo tuvo que darles la casa.

—¿Y quién vive aquí aparte de usted?

—Nadie, yo sola. Los Espinosa me tienen aquí para que cuide de que no entren los gatos. Y, vamos, yo tampoco tengo otro lugar al que ir.

—¿Dónde está mi tío?

—Vive en una pensión, no muy lejos de aquí.

Fernando se volvió a Juana y a Gaspar. Antes de que pudiera decir nada, Juana se le adelantó.

—Nosotros nos quedaremos junto al fuego en la casona. Te esperaremos aquí. Ve y arregla tus asuntos. No importa cuánto tardes —le dijo con voz de autoridad—. Señora Aldonza, acompañe usted a don Fernando.

—¿Estás segura? —le preguntó Fernando a Juana.

Ella cogió su mano.

—Ve y arregla esto.

La señora Aldonza se cubrió con una manta gruesa y guio a Fernando hasta la puerta. Salieron al frío de la calle. Cruzaron el laberinto de callejuelas en silencio hasta un lugar cercano a la Cárcel Real. Era un sitio tenebroso. Fernando sintió un nudo en el estómago al pensar que su tío estaba allí.

—Es aquí —murmuró la señora—. Vengo todos los días a atenderlo, aunque ya no me pague nada.

Ambos cruzaron un umbral de madera que daba a un patio interior lleno de azoteas. Fernando tuvo la sensación de estar en una nao. La mujer subió por unas escaleras estrechas y empinadas hasta una segunda altura y tocó a la puerta de un cuartucho. Al ver que nadie respondía, la señora levantó una de las tablillas del suelo y sacó la llave que abría la puerta.

Rodrigo de Cardeña estaba postrado en la cama, enfermo. Fernando se acercó a él y sintió una punzada de tristeza al verlo. Estaba dormido.

—Hace tres años vino la peste —le explicó ella—. Vuestra tía Teresa…

Fernando asintió, mientras trataba de asimilar aquello.

—Hay días que se levanta y camina hacia la ventana —susurró la mujer—. Se está quedando ciego, creo.

Fernando se acercó y se sentó al borde de la cama. El anciano notó el peso sobre el lecho y abrió los ojos. Tardó un momento en comprender quién era la persona que tenía a su lado. Luego estiró una mano para acariciar la barba de su sobrino. A Fernando se le partió el alma al ver que su tío se venía abajo. Rodrigo de Cardeña se incorporó con dificultad y abrazó con efusividad a su sobrino como si este hubiera vuelto de la muerte. Después, su tío lo obsequió con una ligera sonrisa mientras se secaba las lágrimas. Parecía que le costaba creer que lo tenía delante.

—Lo hemos perdido todo, hijo —murmuró Rodrigo—. Dejamos de recibir cartas tuyas, y cuando supimos acerca del desastre de Guatemala, pensamos que habías muerto. Nuestra participación con Alvarado y todo el comercio de Indias estaba perdido. Tuvimos que buscarnos la vida, Fernando. Ahora los Espinosa se han quedado con la casa. Ya no hay mercancías en

nuestro almacén. Hemos caído en la desgracia.

Fernando negó con la cabeza.

—No voy a permitir que eso suceda —dijo con ímpetu. A Rodrigo de Cardeña le brillaron los ojos. Fernando cogió su mano arrugada y la acarició —. He puesto en práctica todo lo que me has enseñado. Un galeón de nuestra familia surca la Mar del Sur rumbo a las Especias al mando de Diego de Estrada y una nueva ruta de comercio desde Guatemala hasta aquí lleva nuestro nombre. He vuelto como el emisario del virrey de Nueva España.

Su tío se fue incorporando en la cama a medida que su sobrino hablaba. Se pasó una mano por el rostro. Apenas podía creer lo que acababa de decir.

—¿Del virrey? —preguntó con una expresión de sorpresa.

—Eso es, tío —dijo Fernando, sonriente.

—¿Con cuántas naos has regresado?

—Cuatro galeones nuestros y tres del virrey y de otros mercaderes.

Rodrigo dejó que las lágrimas lo bañaran, mientras parecía despertar de una larga pesadilla. Fernando puso una mano sobre su hombro. Se dio cuenta de que lo miraba de manera distinta, de la misma forma que hacían aquellos que estaban bajo su responsabilidad. Fernando se había convertido en la cabeza de su familia de la noche a la mañana. Notar el paso del tiempo, ese preciso instante, fue el golpe más duro de cuantos se había llevado en su viaje.

—¿Dónde está Bardi? —le preguntó tras un momento, con los ojos vidriosos—. Necesito hablar con él.

—Trabaja para un mercader genovés, como contable y escribano — sostuvo Rodrigo, y Fernando tuvo la impresión de que recuperaba parte del ánimo y de la salud—. Lo encontrarás en su casa, en la plaza de San Francisco.

—Bien; le mandaré a Amir que venga a por ti.

—¿Amir?

—¿Recuerdas al africano del mercado de las gradas de la catedral? Ahora es mi amigo y mi hombre de confianza.

Su tío pareció recobrar de pronto las fuerzas. Desvió la vista hacia la señora. Su actitud había cambiado.

—Aldonza, ábrame ese baúl y prepare mis prendas —dijo Rodrigo en un ataque de vitalidad, y se puso de pie.

—¡No tan rápido, que usted no es un crío, don Rodrigo! —exclamó la criada.

Fernando dejó escapar una risa. Su tío se volvió a Fernando, mientras la mujer lo ayudaba a ponerse las calzas.

—¿Quién se encarga de tu mercancía en el puerto?

—Ocaña.

—¿Ocaña? —rezongó Rodrigo—. Ese no se entera de la misa la mitad.

Fernando se encogió de hombros.

—Tú lo sabrás mejor que yo, tío.

Rodrigo asintió, entusiasmado, y esbozó una sonrisa ancha, como no lo había hecho en mucho tiempo.

—Tú ve a por Bardi —le ordenó a su sobrino—. Yo iré a ver el estado de las cosas en el puerto: no quiero que nadie nos quite ni una arroba. ¡Mi bastón, Aldonza!

Fernando lo miró sonriente. Rodrigo de Cardeña parecía otra persona de pronto.

—¿Seguro que estarás bien?

—No del todo, hijo. Estoy cojo y viejo, pero me has devuelto parte de la vida. Llevo meses enjaulado en este cuartucho, sin esperanza. Me he convertido en un viejo triste y ermitaño. Tu llegada es un buen motivo para alzarme y sacar fuerzas de donde no hay. Si he de morir, que sea en el puerto, comerciando en nombre de nuestra familia —dijo su tío—. Busca a Bardi. Ve a por él.

A continuación, Rodrigo le indicó a Fernando la casa en la que se encontraba su amigo, el genovés. Fernando se despidió y dejó que la señora Aldonza se ocupara de su tío. Salió de la estancia como una exhalación, y bajó las escaleras de la pensión. Luego se echó a la calle en busca de Bardi.

3

Después de preguntar a los vecinos, Fernando supo que el genovés hacía sus transacciones en la lonja de la seda. Fue hasta allí y se mezcló entre el gentío. Fernando encontró a Giacomo Bardi sentado a una mesa, frente a un libro de cuentas, una balanza y una caja con monedas. El genovés era algunos años menor que su tío, y aún tenía fuerzas para trabajar y ganarse la vida con sus conocimientos. En aquel puesto, la familia genovesa para la que trabajaba exhibía su mercancía. Fernando fue hasta allí y se detuvo frente a su mesa. El viejo genovés no levantó la vista del libro en el que apuntaba cifras.

—El oficial os enseñará los tejidos, señor —le dijo mientras señalaba al joven al otro lado.

—No he vuelto para comprar mercancía, sino para venderla —murmuró Fernando. Bardi alzó la vista de súbito ante aquellas palabras. Tardó unos instantes en reconocerlo, y su gesto pasó de la incredulidad a la emoción.

—*Miracolo!* —exclamó Bardi de pura felicidad, y se levantó de un salto para abrazarlo. Fernando le devolvió el saludo. A continuación, Bardi examinó sus ropajes y sus tejidos, así como la parlota que llevaba en la cabeza. Fernando se alegró de verlo tal y como lo recordaba, siempre vestido con elegancia. Giacomo Bardi apenas había cambiado.

—Creímos que habías muerto.

—Lo sé —dijo Fernando, y poco a poco fue borrando su sonrisa—. Pero he vuelto. Y ahora necesito de tu ayuda.

Fernando echó la vista alrededor. De repente, Bardi empezó a guardar sus pertenencias en una bolsa de cuero.

—¿Qué haces?

—No pienso seguir aquí ni un instante más.

—Pero ¿y qué pasará con el mercader para el que trabajas?

Bardi se encogió de hombros y se acercó al joven mercader genovés que estaba con la mercancía. Le dijo dos frases en un dialecto extraño. El hombre comenzó a increparlo de malos modos mientras Bardi regresaba junto a Fernando.

—¿Estás seguro de…?

—Que le zurzan —soltó Bardi, mientras echaban a andar.

Cruzaron esa parte de la ciudad hacia la catedral, en dirección al puerto. Hacía frío, y lloviznaba. Fernando necesitaba detenerse a pensar y hacerle a Bardi todas las preguntas que su tío no había podido responder. Anduvieron por debajo de los tejados para protegerse de la lluvia.

—Necesito que me lo cuentes todo —le pidió Bardi.

Fernando no sabía por dónde empezar.

—He vuelto con cuatro galeones llenos de género. Son de nuestra familia. Otros tres navíos son negocios del virrey de Nueva España que yo mismo manejo. Mi tío parece haber resucitado, tendrías que haberle visto la cara. Nos espera en el puerto.

—No me extraña que lo haya hecho —comentó Bardi con una sonrisa. Luego negó con la cabeza, con la mirada perdida, como si no se lo creyera.

—También he vuelto con una esposa y un hijo —dijo Fernando.

El genovés lo instó a que le hiciera un resumen de su viaje. Fernando pasó por encima muchas cosas, pero fue directamente al grano. Había regresado con los dineros de la familia, con varias posesiones en Guatemala y Chiapas que eran suyas y con su esposa Juana, con una participación en la expedición de Ruy López de Villalobos y con una ruta de comercio desde Guatemala a Sevilla en la que era socio el virrey Mendoza. Volvía, además, con una serie de

tareas que le había pedido el virrey en su nombre, entre ellas, entrevistarse con el rey y dar relación de los hechos.

Bardi no cabía en sí de júbilo. Su mirada reflejaba el orgullo que sentía por el que había sido durante años su pupilo.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Fernando cuando acabó de hablar.

Bardi negó con la cabeza, decepcionado.

—Después de que llegaran las noticias del desastre de Guatemala, Rodrigo se dio por vencido. Las rutas del oriente se cerraron. Nuestros dineros no alcanzaban para cubrir el préstamo de los Espinosa. Faltaban dos años para que se cumpliera el plazo y Rodrigo quiso tener con ellos un acto de buena voluntad y entregarles la casa con anticipación; de esta manera le perdonaban los intereses. Los Espinosa ni siquiera la querían, pero tu tío insistió, a sabiendas de que jamás encontraría la manera de cubrir el pago. La familia estaba arruinada. Así que abandonó la casa, después de la peste, y los Espinosa esperan a que se cumpla el plazo del trato, dentro de seis meses, para hacer la casa suya. Tu primo Juan ha establecido alianzas en Lisboa y vende algo de mercancía, pero muy poco comparado con lo que hacíamos antes. Le ofreció a tu tío irse a vivir con él, pero Rodrigo es un hombre orgulloso que no acepta las limosnas de nadie. Ni siquiera de mí.

Fernando asintió, mientras trataba de recomponer las piezas y ver por dónde empezar. Por lo pronto, Amir lo esperaba en el puerto. Debía volver a la Casa de la Contratación. Una carta del virrey sería suficiente para que entendieran que esa riqueza, en parte, pertenecía a la Corona, por lo que el oro que traía tenía un trato especial. Se detuvieron en una calle, bajo un portal.

—Necesito que me hagas un favor —dijo Fernando finalmente—. Quiero una audiencia en la casa de los Espinosa.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

Bardi comprendió enseguida las intenciones de Fernando.

4

Fernando regresó al puerto bajo una ligera llovizna. Fernando descubrió en el muelle a Amir, que estaba con su tío Rodrigo y la señora Aldonza. Rápidamente, mandó a su amigo el africano que reuniera una escolta de ocho hombres armados con los que dirigirse a la Casa de la Contratación. Aprovechó para buscar a dos muchachos para que acompañaran a la señora

Aldonza a por leña y alimentos y la envió de vuelta a su casa con dineros y un mensaje para Juana. Fernando desvió la vista al muelle un momento, mientras esperaba que apareciera Amir con la guardia.

—No puedo imaginarme todo por lo que has tenido que pasar —murmuró su tío Rodrigo, apoyado en el bastón.

Fernando le ofreció su brazo, y echaron a andar cuando Amir apareció con un grupo de hombres armados.

—Ya tendrás tiempo de oír mis historias —dijo Fernando.

—¿A dónde vamos? —quiso saber don Rodrigo.

—Ya lo verás.

Cruzaron la puerta del Arenal y se dirigieron a la Casa de la Contratación. Allí Fernando distinguió la silueta de Giacomo Bardi, esperándolos en el umbral. El genovés saludó a Fernando y luego estrechó las manos de su viejo amigo. Fernando se preguntó cuánto llevaban sin verse. Dejó a su comitiva en el patio y entró en el antiguo Alcázar Real. En la Casa de la Contratación, dos pajes sostenían su caja de caudales, un baúl pesado y ornamentado con un mecanismo oculto de triple cerradura para cuya apertura era necesaria la intervención de tres personas. Aquel cofre era imposible de abrir de otra manera. Fernando los llevó hasta donde los esperaba su escolta. Dos hombres fornidos se hicieron cargo del baúl.

—¿Listos? —le preguntó Fernando a Bardi.

—Vamos allá, pues.

Bardi los guio hasta la casa de los mercaderes banqueros. Se trataba de una lujosa casa palacio que estaba a pocos pasos de la catedral. El paje que los recibió reconoció a Rodrigo y a Bardi. Luego fueron conducidos a una estancia muy lujosa, en la que había una gran mesa y ocho sillas de cuero. Fernando pidió que dos escoltas se quedaran con ellos y que el resto permaneciera en la entrada. Poco después, aparecieron dos hombres. Uno de ellos era Espinosa.

—Señor Cardeña, imagino la razón de esta visita —dijo con la vista en el anciano, y luego la desvió hacia la caja de caudales—. ¿Quién es el señor que os acompaña esta vez?

Bardi carraspeó y se adelantó a su amigo.

—Don Fernando de Cardeña, sobrino de don Rodrigo y emisario del virrey de Nueva España.

A Espinosa le cambió el gesto.

—Bienvenido a Sevilla, don Fernando —le saludó Espinosa, y al cruzarse con su mirada, Fernando imaginó la clase de hombre a la que pertenecía,

orgulloso, avaricioso, soberbio. No era menos venenoso que Pedro de Alvarado o el propio virrey.

—Ojalá hubiese podido venir antes, por cortesía —dijo Fernando—. Pero al menos he llegado en plazo.

Espinosa no varió su gesto; se giró hacia su acompañante y le comentó algo al oído. Este le respondió algo inaudible.

—Así es —dijo el mercader banquero—. Vuestro plazo acaba a final de este año; sin embargo, vuestro tío, que está aquí presente, decidió saldar el trato de otra manera por su cuenta. Decidnos, ¿qué habéis traído para nosotros?

—¡No me dejasteis otra opción! —exclamó don Rodrigo, fuera de sí.

Espinosa ni siquiera se inmutó ante su ataque de ira.

Fernando alzó la vista hacia el resto de los señores en la sala.

—Déjennos a solas.

Espinosa entornó la mirada. Instantes después, accedió a la petición de Fernando y mandó con un gesto que se retirara su gente. Fernando echó una mirada a su tío y a Bardi para tranquilizarlos.

—Fernando… —dijo Bardi.

—No, no voy a permitir que negocies tú solo con ese buitre —manifestó Rodrigo. Fernando los calmó a los dos con un gesto.

—Confiad en mí —les pidió, y los invitó a salir de la estancia.

Ambos señores fruncieron el ceño y acabaron por desistir. Cuando se cerraron las puertas, Fernando cruzó una mirada con Espinosa.

—Veo que habéis traído todos vuestros dineros en una caja de caudales.

Fernando hizo un gesto cortesano con una mano.

—No es más que una muestra de mi solvencia, caballero. —Se acercó y le entregó una carta con el sello del virrey de Nueva España—. Don Antonio de Mendoza es un señor que cuenta con el apoyo y la confianza del rey, como sabréis, y busca señores de buen nombre para que puedan participar de sus campañas y de otros proyectos en las Indias. El rey, por supuesto, está al corriente de todo —anunció Fernando—. Le he hablado de vos y de vuestra familia, durante mi estancia en México, señor Espinosa, y lo he convencido de vuestra buena disposición y de vuestro buen hacer. El virrey está encantado de que la familia Espinosa forme parte de sus negocios. Hablamos de asuntos que vienen directamente de la Corona, señor.

Espinosa leyó la misiva y luego alzó la mirada.

—Continuad.

—Además, los Cardeña contamos con una nueva ruta de comercio que

cruza la Mar del Sur y que esperamos que alcance los mercados de Flandes —dijo Fernando con las manos atrás, y anduvo hasta una ventana que daba a un jardín—. El propio virrey es el principal socio de esta nueva compañía de mercaderes, señor. Espero de corazón que vuestra familia decida participar con nosotros. —Fernando se giró a Espinosa, que no le quitaba la vista de encima—. En las próximas semanas tendré una audiencia real con Su Majestad en Valladolid y lo pondré al corriente de estos negocios, de vuestras participaciones, así como de los negocios y los agentes de esta compañía.

Espinosa guardó silencio unos instantes.

—¿Decís que os veréis con Su Majestad?

—Así es —dijo Fernando, con seriedad.

—Ya veo —murmuró Espinosa, con la vista en la carta nuevamente—. ¿Qué queréis a cambio?

Fernando clavó la mirada en el banquero.

—Poca cosa para los negocios que se presentan.

Espinosa esbozó una media sonrisa y Fernando le devolvió una reverencia.

De esta manera, supo que había caído en sus redes y que el ofrecimiento de negocios y de alianzas con hombres tan cercanos al rey era lo único a lo que aspiraba. Una casa palacio, aunque tuviera un valor importante, era nada si se comparaba con la posibilidad de participar de asuntos de la Corona y con acceder a ciertas esferas de poder. Así, Fernando negoció la entrada de los Espinosa en su compañía de mercaderes y su ruta de comercio, con la que planeaba vender su cacao en Flandes. Le ofreció una participación y Espinosa aceptó. A continuación, saldó el dichoso préstamo de su familia, entregándole en moneda la diferencia entre su participación en la compañía y la deuda. Los Cardeña y los Espinosa se convertían así en socios y aliados de las campañas y rutas de comercio del virrey de Nueva España.

Permaneció otra hora, mientras firmaba documentos y negociaban otros temas. Cuando acabó, Fernando salió de la estancia y bajó al patio del palacio, donde lo esperaban su tío, Bardi y Amir con los escoltas. Todos se mostraban preocupados.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Rodrigo, con el semblante serio.

Fernando mostró un gesto satisfecho y cansado. Les entregó un rollo de papel. Bardi lo desplegó con premura y su tío se llenó de emoción al ver las escrituras del palacio de la calle de San Leandro.

—Vámonos a casa —dijo Fernando, exhausto.

5

La familia pasó el invierno en la casa de la calle de San Leandro. El despacho de los mercaderes volvió a brillar con la luz de antaño y, gracias a la felicidad de verse nuevamente en su casa, don Rodrigo recuperó la salud y el ánimo. Fernando ocupó sus días en poner al tanto de sus negocios a su tío y, en especial, a Bardi. El genovés se trasladó a la casa palacio, como antes, y no tardó en convertirse en su mano derecha. Fernando les explicó el nuevo trato con los Espinosa. Les contó con detalle la ruta del cacao desde la encomienda y el puerto de Iztapa hasta La Habana y les explicó su plan de vender aquella especia en los mercados del norte, desde Medina del Campo hasta Amberes. Ninguno de los dos se mostró demasiado convencido hasta que una fría noche de enero, con la ayuda de Juana, Fernando molió los granos y preparó el brebaje caliente con leche. Las miradas entre su tío y el genovés lo dijeron todo.

Juana se encargó de hacer que la casa palacio reluciera y de gobernarla como se debía. Pronto pareció otro sitio, un verdadero hogar. Fernando y Juana se acomodaron con el pequeño Rodrigo en su estancia de siempre, en la alcoba que le había dibujado Fernando sobre una cartilla y en la que Juana había escrito sus nombres. Fernando descubrió con cariño el viejo mapa que colgaba de su pared, con varios huecos en blanco que exhibían las Indias, lagunas que ya no eran desconocidas para él.

La vida esos meses fue plácida y tranquila. Juana, pese a echar de menos a Beatriz y a su madre, estaba radiante, y llenó la casa de frescura. La señora Aldonza no tardó en apreciarla como a su propia hija. Juana estaba acostumbrada a llevar una casa. Un día de esos, subió al despacho de los mercaderes y encontró a su esposo sentado al escritorio que había sido de su tío y ahora ocupaba él con diversos negocios.

—Tienes una carta —le informó Juana—. Parece importante.

Fernando la abrió y echó una mirada rápida.

—Es una invitación —sostuvo, y luego esbozó una sonrisa tranquila—. Nos invitan junto a otros mercaderes a la consagración de un nuevo obispo en el monasterio de San Pablo.

—¿Para cuándo?

—Para la primavera —dijo él.

Juana le devolvió la sonrisa y regresó a sus quehaceres. La familia había vuelto a ocupar la posición de antaño, y esa invitación era una muestra de aquello. Esos días, los almacenes se llenaron de mercancías y el patio volvió a

gozar del murmullo diario de pajes, camareros, cargadores y oficiales. Gaspar, por su parte, bajo la tutela de Fernando, inició sus lecciones de escritura, lectura y álgebra con el Bardi. Acababa de cumplir los dieciocho, pero había aprendido por su cuenta que las herramientas intelectuales solían ser más eficaces que el acero. Así las semanas pasaron, y Juana no tardó en anunciarle a Fernando, antes del final del invierno, que estaba nuevamente encinta. Esto fue motivo de celebración para la familia, y Fernando fue el hombre más feliz del mundo.

Una noche, Fernando se sentó a su escribanía; Juana dormía sobre el lecho abrazada a Rodrigo. Cogió papel y pluma y comenzó a redactar una larga carta de relación para Su Majestad. La tituló *«Relación de los hechos acontecidos en Guatemala, Nueva España y La Florida, y los vientos de conquista más allá de Nueva Galicia»*. Se trataba de un resumen de aquello de lo que debía informar al monarca, de las expediciones de Pedro de Alvarado, de Hernando de Soto, de la guerra del Mixtón y del resto de las campañas del virrey. Sin embargo, Fernando era consciente de que le faltaba abordar un asunto más, aquello por lo que Ixchel se le había manifestado. Los indios. ¿Cómo explicarle al rey la importancia de protegerlos y de salvaguardar su cultura? ¿Cómo abordar las atrocidades que había visto en Guatemala y en Nueva Galicia, las barbaridades de los conquistadores y las desgracias de todas esas injusticias?

De esta manera llegó la primavera, y Fernando empezó a organizar su viaje a la corte, a Valladolid. Pensó en el capitán Estrada, a quien tanto extrañaba, y en Balam. No pasaba un día sin tener un recuerdo para ellos. ¿En qué parte del orbe estarían en ese momento? Decidió que acudiría a la corte junto con Bardi, Amir y Gaspar. Debía planificar bien las etapas, las posadas y la ruta que habrían de escoger. Entretanto, los negocios prosperaban, Fernando iba y venía del puerto y de la Casa de la Contratación, y veía cómo la ciudad estaba llena de hombres de las Indias, gentes que en otra época habían pasado desapercibidas para él. Muchos de los naturales habían sido traídos como esclavos de las encomiendas de las distintas capitanías del Nuevo Mundo y se veían obligados a servir en las casas de grandes señores. Lo mismo ocurría con muchos negros de Guinea. Fernando no olvidaba lo que había visto: tamemes, cargadores, esclavos, buscadores de perlas, indias violadas, aperreamientos, ejecuciones en la hoguera, empalamientos…, las atrocidades que se ocultaban bajo la excusa de la guerra. El recuerdo de esto lo perturbaba, y no dejaba de preguntarse una y otra vez cómo abordaría aquel conflicto con la única persona capaz de cambiar las cosas. El rey.

6

Pronto llegó la primavera. Una mañana de finales de marzo, Fernando acudió con sus mejores ropajes al monasterio de San Pablo, en compañía de Juana y de Rodrigo. Era domingo de Pasión. Sevilla volvía a ser luminosa, y sus calles estaban llenas de transeúntes. Frente a las puertas del monasterio, vieron a un grupo de mercaderes y de principales que esperaban a entrar en la iglesia. Fernando y Juana estaban felices de haber recibido esa invitación y formar parte de la élite de comerciantes de la ciudad.

—Cojamos sitio —dijo Fernando, y le ofreció el brazo a su esposa.

Cruzaron el arco de la iglesia. Fernando guio a Juana y a Rodrigo entre el gentío hacia uno de los laterales de la nave, en la parte más cercana al altar. Poco después, cerraron las puertas. Los obispos de Córdoba y de Trujillo presidieron la celebración. Delante, más de cuarenta misioneros y frailes dominicos estaban de pie. Uno de ellos se adelantó y se puso de rodillas frente al altar. Fernando esbozó una media sonrisa, pues sabía quién era y a dónde se dirigía. Los prelados realizaron la ceremonia y, colocando una mano sobre su cabeza, lo consagraron como nuevo obispo de la provincia de Chiapas.

Era fray Bartolomé de las Casas.

Cuando la misa concluyó, los frailes hicieron corrillos para hablar y luego para felicitar a fray Bartolomé. La gente comenzó a abandonar la iglesia. Fernando se acercó al grupo de dominicos y la mirada del nuevo obispo de Chiapas se cruzó con la suya, sin ocultar la sorpresa de verlo allí. Se acercó hacia él.

—Es usted la última persona a la que esperaba ver aquí, señor Cardeña —comentó fray Bartolomé—. No creí que hiciera caso a mi invitación.

—Se hará cargo de una diócesis aún por construir, la de Chiapas —dijo Fernando a modo de saludo. Ambos se estrecharon las manos. No se veían desde la salida de Alvarado con su hueste de Guatemala, cuando el fraile lo había acusado de ser cómplice del adelantado.

—Por eso mismo la he escogido —explicó fray Bartolomé—, aunque me ofrecieran la de Cuzco y esa vida más cómoda en el Perú.

Fernando asintió y entornó la mirada. De haber elegido la diócesis de Cuzco, De las Casas habría sido el obispo más rico y de mayor poder de Indias, después del de Nueva España. Sin embargo, había decidido apostar por aquella tierra dolorosa, cuya guerra parecía no tener fin.

—Francisco Montejo es el nuevo señor de Chiapas —le dijo—. Intercambió su provincia por la de Honduras con Alvarado. Lo sé porque yo

estaba presente el día de las capitulaciones. Le hará la vida imposible.

—No más que Alvarado a Marroquín —sostuvo él.

—Alvarado ha muerto —le informó Fernando. De las Casas frunció el ceño y luego, con alguna reticencia, hizo la señal de la cruz sobre su pecho.

—Que Dios le guarde misericordia.

Los dos estuvieron un instante sin hablar. Luego el nuevo obispo rompió el silencio.

—La destrucción de la ciudad de Guatemala ha sido dolorosa. Ha estado en mis oraciones, Cardeña.

Fernando hizo una reverencia en agradecimiento.

—El padre Marroquín sobrevivió, y tratará de cambiar el rumbo de la capitanía.

—Ambos lucharemos para hacer de la Tierra de Guerra un lugar libre de conquistadores y de encomenderos. Un lugar donde se enseñe la vida de Cristo en lengua nativa y se respete su cultura.

—¿Cree que eso será posible?

El nuevo obispo entornó la mirada.

—Su Majestad, don Carlos, ha aprobado las leyes y ordenanzas para el buen tratamiento de los indios y leyes que espero hacer cumplir.

Fray Bartolomé le explicó que se trataba de un conjunto de ordenanzas que revisaba por completo el sistema de encomiendas y daba derechos a cada uno de los naturales de Indias como vasallos de Su Majestad. Fernando no pudo hacer otra cosa más que sonreír. De las Casas, por su parte, no se mostró tan entusiasmado. Fernando le confesó entonces el dolor que guardaba. Las Indias era un lugar plagado de injusticias, y era necesario el esfuerzo de todos para acabar con aquellas prácticas que llevaban tanto tiempo utilizando los viejos conquistadores durante su guerra.

Fray Bartolomé cambió de actitud al oírle hablar.

—Dígame: ¿ahora qué piensa de los indios? —quiso saber el fraile.

Fernando supo reconocer que era la primera pregunta que le había hecho el día que se habían conocido. Resumía todos esos años de travesía por las Indias. La conquista, la invasión, el sometimiento de los pueblos. Había visto el empuje y la obsesión de Alvarado, de Soto y de tantos otros conquistadores por prosperar y por conseguir riquezas a costa de otras almas, gentes que habían sido privadas de sus tierras en nombre de la guerra. Fernando recordó con dolor la tarde en la que vio arder a los reyes de Guatemala y derramó lágrimas por sus vidas. Miró al fraile de otro modo, con sinceridad.

—Pienso que son hombres libres.

Fray Bartolomé borró su expresión seria y Fernando le vio esbozar una sonrisa por primera vez. Era un gesto de esperanza, de comprender que no era el único que veía las cosas de ese modo, y aunque muchos otros pensaran que sus tesis no eran más que una utopía, existían hombres de honor que creían y luchaban por sus principios. Por el final de la conquista de la tierra y el principio de un mundo nuevo, y tal vez mejor.

—Costará mucho trabajo enseñar a los señores y a los viejos capitanes la manera en la que tratar a la gente, pero lo conseguiremos, no lo ponga en duda —dijo el fraile—. Esa será mi misión. Saldré para Indias en la siguiente flota con este grupo numeroso de misioneros dominicos.

Fernando vio que Juana se acercaba hacia ellos con Rodrigo y lo esperaba a pocos pasos.

—¿Qué hará a partir de ahora? —le preguntó fray Bartolomé a Fernando.

—Me espera una audiencia con el rey para informarlo de los hechos acontecidos en Indias estos últimos años. Le hablaré de usted.

—Su Majestad se encuentra lejos de España —le dijo fray Bartolomé—. Está poniendo fin a su guerra con Francia. Tal vez lo reciba su hijo, el príncipe Felipe. Es un joven instruido, que sabe escuchar, y querrá oír las historias de Indias. Será un gran rey. Aunque le advierto: no se deje engañar por su aspecto de infante; don Felipe es un hombre inteligente. No cometa el error de mentirle o de endulzar su relato por querer agradarlo. Háblele de los indios como lo ha hecho conmigo. Dígale la verdad.

Fernando agradeció su consejo. Fray Bartolomé le ofreció su mano por última vez y él se la estrechó. Con aquel gesto, los dos firmaron la paz. El fraile regresó con el grupo de dominicos. Juana se acercó a Fernando y el pequeño Rodrigo subió a los brazos de su padre.

—¿Qué va a hacer en Indias? —quiso saber Juana.

Ambos vieron a fray Bartolomé alejarse con su comitiva. Fernando volvió la vista hacia ella, con aire reflexivo.

—Luchar por cambiar las cosas.

Juana lo miró a los ojos y asintió, consciente del mundo injusto al que se enfrentaban. Fernando tenía la esperanza de que las cosas irían a mejor, y haría lo posible por cumplir su parte frente a la Corona. Por el dolor de los oprimidos, por los que no tenían voz, por el pueblo de Ixchel. Cruzaron el umbral de la iglesia de vuelta a casa. Fernando desvió la vista al cielo, mientras se perdían entre el gentío y el recuerdo de sus viajes volvía a su memoria como una cálida brisa de Indias.

NOTA DEL AUTOR

El 20 de noviembre de 1542 Carlos I de España promulga las llamadas Leyes Nuevas, influido por los escritos de fray Bartolomé de las Casas. En ellas se promueve la conservación de los indios, su buen trato y la abolición completa de cualquier forma de esclavitud hacia los naturales, así como la mala costumbre de hacerlos cargadores (tamemes) o buscadores de perlas. Sin embargo, el sistema de encomiendas y de reparto de indios que llevaba décadas arraigado en la sociedad costaría muchos años que fuera abolido, pese a los intentos de la Corona y de sus oficiales por hacer cumplir la nueva ley. De las Casas apenas permaneció un año como obispo de Chiapas, presionado por los encomenderos y por el propio gobernador, Francisco Montejo, que se negaron a acatar la nueva ley.

Sobre Pedro de Alvarado puede decirse, hoy en día, que es una figura compleja a la hora de tratar de definirla. Mi intención ha sido narrar los hechos sin ninguna pretensión, mostrando al hombre como lo que fue, un gran soldado y un pésimo gestor y gobernante, eclipsado en la historia por la figura de Hernán Cortés. De lo que no parece caber duda es de que Alvarado fue un agente histórico fruto del contexto en el que se desenvolvió. Esta novela es una pequeña aproximación a su figura, y es tarea de los historiadores juzgar los hechos y a las personas. Sobre su pacto con Montejo por el intercambio de provincias, cabe destacar que una parte del pago se realizó efectivamente con piezas de artillería y pólvora, que el gobernador de Tabasco tenía en Santa María de la Victoria. Algunos años después, el propio Montejo acusaría a Alvarado ante la Corona de extorsión por el modo en el que se firmó aquel asunto.

En cuanto a la expedición de Hernando de Soto y su figura, he querido señalar la dificultad a la que se enfrentaron las empresas particulares a la hora de poblar un territorio —en especial La Florida—, por su clima y extensión, y el desconocimiento que se tenía sobre la vastedad del territorio norteamericano. Resultaba difícil poblar y mantener asentamientos en La Florida, Guatemala, Honduras o México. Esto nunca pudo haber sido posible sin la presencia de los pueblos originarios en la sociedad. He pretendido ofrecer una muestra de la dificultad para elaborar proyectos y conducirlos a buen puerto dados los medios, las distancias y los recursos que se empleaban

en el siglo XVI.

Quisiera aclarar que el proceso de conquista fue llevado a cabo mediante empresas particulares, bajo la autorización de la Corona, y tuvo como objetivo la salvación de las almas y la entrega de la palabra de Cristo en la fe católica. No obstante la conquista y la invasión de los territorios fueron crueles y sangrientos. Los abusos de los conquistadores fueron los de unos hombres acostumbrados a la guerra y a la barbarie, que se vieron superados ante un reto que exigía mayores conocimientos técnicos, sociales y económicos. Sus atrocidades se vieron reflejadas en la obra de Bartolomé de las Casas *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, escrita con la intención de proteger a los pobladores y dar a conocer al rey la identidad de estos hombres.

Desde el inicio del siglo XVI, la Corona protegió jurídicamente a los naturales, desde Isabel la Católica hasta su nieto Carlos I, que prohibió la esclavitud para los indios de Nueva España desde 1530, más de una década antes de las Leyes Nuevas de 1542. Acabar con los instrumentos de conquista y sometimiento requirió de mucho tiempo, y, en muchos casos, se prolongó con los años.

La bibliografía utilizada para la elaboración de esta novela ha sido extensa, y, en resumen, enumeraré las principales obras consultadas. Sobre Pedro de Alvarado, en particular, la bibliografía existente es pobre y escasa. Además de la obra de Díaz del Castillo, he utilizado como referencia las biografías *Pedro de Alvarado*, de Adrián Recinos, y *Don Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala*, de Ángel de Altolaguirre, así como la obra de Antonio de Remesal *Historia general de las Indias occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*. Sobre los preparativos y la expedición de Hernando de Soto a Cuba y a La Florida me he apoyado en la obra *Fidalgo de Elvas* por haber sido escrita por uno de los supervivientes. Sobre la esclavitud en Santo Domingo e Indias en el siglo XVI, he consultado el trabajo de Genaro Rodríguez Morel *«Esclavitud y vida rural en las plantaciones azucareras de Santo Domingo. Siglo XVI»*, publicado en el *Anuario de Estudios Americanos*. Sobre cuestiones financieras de las expediciones a Indias destaco los trabajos de Hugo Martínez Saldaña publicados en los *Estudios de Historia Novohispana*. Asimismo, el trabajo de Adelaida Sagarra Gamazo *«La trastienda atlántica. Hombres del rey en Tierra Firme y Mar del Sur (1514-1540)»,* publicado en el *Anuario de Estudios Atlánticos*, ha sido de gran inspiración. Sobre la vida de Antonio de Mendoza, la biografía de Pérez Bustamante *Don Antonio de Mendoza. Primer virrey de la Nueva España (1535-1550)* me ha ofrecido diversos lazos con la historia de Alvarado.

Por último, para el lector que desee indagar un poco más, lo invito a

descubrir la travesía de Fernando por Guatemala, a través de sus tesoros naturales, como las pozas de Semuc Champey, las grutas de Lanquin y del rey Marcos o las cuevas de la Candelaria. Descubrirá la naturaleza deslumbrante de esa tierra, que corre por el río Chixoy y el Usumacinta y que atraviesa las selvas de Alta Verapaz, por Yaxchilán y Lakamhá, en su camino hacia el mar.

A. Pitronello

Febrero de 2022



ALAN PITRONELLO (Viña del Mar, Chile, 1986) procede de familia italiana, y ha vivido en Argentina, Bélgica, Italia, Suiza y España. Cursó sus estudios de Historia y Geografía en la universidad de Valencia, donde se especializó en Historia Moderna, con especial interés por el siglo XVI. Apasionado del género histórico, sus influencias han sido Joseph Conrad, Italo Calvino o Patrick O'Brian, entre otros. *Vientos de conquista* es la segunda novela del autor, después de *La segunda expedición* (Pamies, 2019) que fue galardonada con el VIII Premio de Novela Histórica Ciudad de Úbeda.